Graham Shipley

El mundo griego después de Alejandro 323-30 a.C.



Sea cual fuere la importancia atribuida a Alejandro Magno como un personaje sobresaliente y carismático, es indudable que su paso por la historia de Grecia y del Próximo Oriente representó un profundo cambio a partir del cual nacería un mundo nuevo. Todavía permanece vivo el debate sobre si ello significó la helenización del Oriente o más bien la orientalización de Grecia. Lo cierto es que a partir de este momento hay que estudiar de manera globalizadora todo el espacio histórico comprendido entre Macedonia y los límites de la India.

Este es, en efecto, el nuevo «mundo griego». El nuevo espacio histórico comprende Egipto, Asia Menor, Grecia, el antiguo Irán, pero sus alteraciones finales se verán condicionadas igualmente por la presencia romana. La historia universal adquiere así un contenido más realista en relación con su título, reflejo de las aspiraciones de sus protagonistas al Imperio universal.



Graham Shipley

El mundo griego después de Alejandro, 323-30 a. C.

ePub r1.0
FLeCos 03.04.16

Título original: *The Greek world after Alexander, 323-30 BC*
Graham Shipley, 2000
Traducción: Magdalena Chocano Mena

Editor digital: FLeCos
ePub base r1.2



A mis estudiantes y colegas de Leicester de ayer y de hoy

PREFACIO

EN un principio, esta visión de conjunto de la sociedad y la cultura helenísticas se inspiró en las obras de Claire Préaux y Frank Wallbank, con quienes debo reconocer una deuda sustancial. Sin embargo, desde el momento en que el libro fue concebido a inicios de los años noventa, han aparecido numerosos obras disponibles (particularmente en inglés), las cuales se destacan en la sección de Lecturas suplementarias, que han cumplido la tarea de asimilar una amplia gama de fuentes y acontecimientos históricos mucho más simple de lo que podría haber sido.

Dada su extensión limitada, esta obra no pretende dar una imagen completa, sobre todo de las áreas en las que el autor no es experto. Para ciertos temas y regiones específicos es obvio que me he basado en gran medida en investigadores anteriores; este es en especial el caso de Egipto y el imperio seléucida, pues no tengo conocimiento de lenguas no griegas. Este libro está concebido para vincular dos aspectos que quedan desvinculados en estudios anteriores: por una parte, los cambios políticos, económicos y administrativos que ocurrieron después de Alejandro el Grande, que son explorados mediante el examen de áreas geográficas distintas (Macedonia, Grecia, Asia seléucida y Egipto; por otra parte, la producción cultural e intelectual del período, y particularmente la literatura y la ciencia). Estas últimas no pueden ser entendidas sin los anteriores. No soy el primero en sugerir que el elemento de continuidad de la época clásica puede al menos ser tan importante como el elemento de cambio. También me permito sugerir que muchas de las nuevas formaciones son prueba, no de los cambios en la mentalidad popular, sino de las innovaciones en los discursos llevadas a cabo en el ámbito de la élite de la sociedad; éstas no carecían de influencia en las bases, pero el grado de continuidad en la cultura popular de seguro que fue mucho más grande.

Por darme la posibilidad de escribir este libro doy las gracias, primero y ante todo, a la Universidad de Leicester por brindarme un año de licencia para estudios en 1993 y 1998, y una licencia de investigación suplementaria en 1999. El jefe del la Escuela de Estudios Arqueológicos, Graeme Barker, y mis colegas de las secciones de historia antigua y arqueología merecen mi aprecio por asumir tareas adicionales durante mis ausencias. Debo dar las gracias también al director de la Escuela Británica de Atenas, David Blackman y al personal, particularmente de la biblioteca, por proporcionarme un entorno agradable, en el cual concentrarse en la investigación durante 1998 y 1999. Agradezco a Warden and Fellows del Wadham College, Oxford, los servicios de investigación y alojamiento durante el verano de 1998. La revisión final fue realizada durante el disfrute de una beca en la BSA y una beca del Research Leave Scheme del UK Arts and Humanities Research Board.

Richard Stoneman y sus colegas en Routledge, particularmente Coco Stevenson,

han sido una fuente de saber y consejos prácticos cuyo valor no se puede ponderar. Por su ayuda práctica en seleccionar y conseguir las ilustraciones debo dar las gracias a Revel Coles, Charles Crowther, Heinrich Hall, Chris Howgego, Andy Meadows y Marcella Pisani. La Escuela de Estudios Arqueológicos de la Universidad de Leicester me ayudó con el costo de las fotografías. A otras personas les he dado las gracias personalmente y mis excusas van a quienquiera que haya sido omitido sin querer. El libro se ha beneficiado mucho de la inteligente corrección de Susan Dunsmore y la lectura de pruebas de Laetitia Grant.

Las enseñanzas y la supervisión que he recibido de Peter Derow y del difunto George Forrest siguen siendo una fuente de inspiración infinita. Los colegas y estudiantes que me han ayudado en los años recientes debatiendo detalles específicos o la forma general del trabajo, dándome acceso a sus propios trabajos o leyendo secciones particulares son: Jamie Bell, Dorothy Buchan, Lin Foxhall, Mogens Hermán Hansen, Ioanna Kralli, Brian McGing, Céline Marquaille, Henrik Mouritsen, Graham Oliver, Katerina Panagopoulou, Martyn Richards, Athanasios Rizakis, Sarah Scott, Tyler Jo Smith y Mark Steinhardt. A otros les expreso mi reconocimiento en las notas. Mi padre, Donald Shipley, leyó varias versiones del texto e hizo muchas sugerencias y críticas valiosas. Le estoy especialmente agradecido a Dorothy Thompson por ayudarme a mejorar y corregir el capítulo 6, a John Davies por leer todo el texto del borrador y hacer muchas sugerencias informativas y agudas, y sobre todo a Fergus Millar por su invitación a escribir este libro y por mostrar, cada vez, paciencia, generosidad y crítica acumen como editor de la colección.

Espero que el apoyo y el aliento constantes de mis padres y muchos amigos, aunque apenas recompensados, hayan sido adecuadamente reconocidos en otras formas. El libro está dedicado a mis colegas y estudiantes en Leicester, en particular a aquellos estudiantes que asistieron a mi curso de historia helenística en sus primeros años y contribuyeron a que este libro cobrara forma.

AGRADECIMIENTOS

DEBO agradecer a Michel Austin y a la Cambridge University Press el permiso para reproducir numerosos extractos de M. M. Austin, *The Hellenistic World*, y a la Cambridge University Press el permiso para reproducir un extracto de S. M. Burstein, *The Hellenistic Age* (en p. 309).

Las citas de las siguientes traducciones de la Loeb Classical Library, publicadas por la Harvard University Press y The President and Fellows of Harvard College, se copian con permiso del editor (en algunos casos con omisiones y ligeras modificaciones por este autor):

Ateneo, *The Deipnosophists*, vol. n, trad. C. B. Gulick (1928); Diodoro de

Sicilia, vol. I, trad. C. H. Oldfather (1933); vol. VIII, trad. C.B. Welles (1963); vols. IX-X, trad. R.M.Geer (1947, 1954); vol. XI, trad. F. R. Walton (1957);

Greek Mathematical Works (Selections Illustrating the History of Greek Mathematics), vols I-II, trad. I. Thomas (1939-1941); Livio, vol. X, trad. E. T. Sage (1935); Polibio, *The Histories*, vols IV-V, trad. W. R. Patón (1925, 1926); Ptolomeo, *Tetrabiblos*, ed. y trad. E E. Robbms (1940); Séneca, *Tragedies*, vol. I, trad. F. J. Miller (1917); *The Geography of Strabo*, vol. VIII, trad. H. L. Jones (1932); *Theophrastus: Characters, Herodas. Mimes, Cercidas and the Choliambic Poets*, ed. y trad. J. Rusten, I. C. Cunningham y A. D. Knox (1993); Teofrasto, *Enquiry into Plants and Minor Works on Odours and Weather Signs*, vols. I-II, trad. A. Hort (1916); Teofrasto, *De Causis Plantarum*, vol. II, ed. y trad. B. Einarson y G. K. K. Link (1990); Jenofonte, *Memorabilia y Oeconomicus*, trad. E. C. Marchant (1923).[*]

El diagrama del engranaje de Anticitera (fig. 9.7) ha sido copiado de D. J. de S. Price, *Gearsfrom the Greeks*, p. 37, fig. 29 (artista B. Pope), con el permiso de la American Philosophical Society. El diagrama de la catapulta de Ctesibio (fig. 9.3) se ha tomado de Marsden, E. W, *Greek and Roman Artillery: Technical Treatises* (1971), p. 174, diagrama 8, con el permiso de la Oxford University Press.

Otros extractos cortos se basan o se citan de las siguientes fuentes, a veces con pequeñas modificaciones (los números se refieren a las páginas de este volumen: R. J. A. Talbert, *Plutarch on Sparta* (169), I. Scott-Kilvert, *Polybios*, (170, 229, 394), R. Wells, *Theocritus: The Idylls* (227, 262, 263, 280) y R. Stoneman, *The Greek Alexander Romance* (275), todos publicados por Penguin Books; M. R. Lefkowitz y M. B. Fant, *Women s Life in Greece and Rome* (128, 129), A. A. Long, *Hellenistic Philosophy* (206) y A. Kuhrt y S. Sherwin-White, eds., *Hellenism in the East* (319), todos publicados por Duckworth; N. Lewis, *Greeks in Ptolemaic Egypt* (243, 247) y E. W. Marsden, *Greek and Roman Artillery: Technical Treatises* (358), ambos publicados por Oxford University Press; P. E. Easterling y B. M. W. Knox, eds.,

Cambridge History of Classical Literature (268-269, 279 por A. W. Bulloch, 281 por E. Handley) y *The New English Bible* (290, 334), ambos publicados por Cambridge University Press; S. M. Burstein, *The Babyloniaca of Berossus*, Undena (37-38); M. Lichtheim, *Ancient Egyptian Literature*, III, University of California Press (246); G. E. R. Lloyd, *Greek Science after Aristotle*, Chatto & Windus (385); M. H. Morgan, *Vitruvius: The Ten Books on Architecture*, Harvard University Press y Dover Books (380); J. D. Ray, *The Archive of Hor*, Egypt Exploration Society (233-234); K. J. Rigsby, *Asylia*, University of California Press (106, parte); E. S. Shuckburgh, *The Histories of Polybius*, Macmillan (92, 173); E. W. Walbank, *The Hellenistic World*, Harper Collins (37, 384); y C. B. Welles, *Royal Correspondence in the Hellenistic Period*, Yale University Press y Ares (184).

Se han hecho todos los esfuerzos para establecer contacto o dar reconocimiento a los propietarios de derechos de autor y nos disculpamos de cualquier omisión no intencionada. Si falta algún reconocimiento apreciaremos que se dirijan a la editorial, de modo que se pueda corregir en cualquier edición futura.

Por la autorización para reproducir fotografías, doy las gracias a: Ashmolean Museum, University of Oxford: figs. 1.5- 1.10, 2.6, 3.1, 4.3, 8.7 y 10.1; British Museum, Londres: figs. 3.4, 6.5; Deutsches Archáologisches Institut, Atenas: fig. 3.3 (DAI Atenas, negativo n.° Akr. 2368); Deutsches Archáologisches Institut, Roma: figs 3.2 (DAI Roma, negativo n.° 83.1776, fotografía de Schwanke), 8.6 (DAI Roma, negativo n.° 70.2117, fotografía de Singer); Egypt Exploration Society: figs 5.1 (refotografiado de la *Journal of Egyptian Archaeology*, 60 (1974), pp. 239-242, lám. op. p. 240), 6.2 (P. Oxy. 3777) y 6.3 (refotografiado de J. D. Ray, *Archive of Hor*, lám. 3); Staatliche Museen zu Berlín, Antikensammlung: fig. 3.13 (BPK Inv.-Nr. OM 6921, © Bildarchiv Preussische Kulturbesitz 1999). La fotografía de la cubierta de Agora P 28543 (Rotroff n.° 59) (negativo n.° 99-39-33, fotógrafo Craig A. Mauzy) se reproduce con la autorización de la American School of Classical Studies at Athens: Agora Excavations.

Las imágenes digitales de las inscripciones en las figs. 1.1-1.4 son reproducidas con autorización del Dr. C. Crowther en nombre del Centre for the Study of Ancient Documents, University of Oxford. Las fotografías en figs. 3.7, 5.2, 5.3, 8.8, 9.1, 9.2, 9.4 y 9.5 son del autor.

ADVERTENCIA

EN las citas de este libro se utilizan varios signos para indicar omisiones o restauraciones en los textos clásicos citados los puntos suspensivos indican una simple omisión del autor, los puntos suspensivos incluidos entre paréntesis cuadrados suponen, en cambio, omisiones que se encuentran ya en el original. Las conjeturas propias que intentan solventar estas deturpaciones del original se añaden igualmente entre paréntesis cuadrados. Los comentarios se destacan en cursiva, mientras que para la información adicional —por ejemplo la relativa a los números regionales— se utilizan los paréntesis convencionales.

ABREVIATURAS

LAS abreviaturas de autores clásicos y sus obras siguen al OCD,3 con dos excepciones Varrón, RR, y Columella, RR (*De re rustica* en cada caso). Los datos completos de las obras modernas abreviadas pueden encontrarse en la Bibliografía

AJP American Journal of Philology

Alessandria Alessandria e il mondo ellenistico-romano I centenario del Museo Greco-Romano (Alessandria, 23-27 novembre 1992) Atti del II Congresso Internazianale Italo-Egiziano Roma «L:Erma» di Bretschneider, 1995

ASAA Annuario della Scuola Archeologica di Atene

Ath Mitt Mitteilungen des Deutschen Archaologischen Instituts, Athenische Abteilung

Austin M M Austin, The Hellenistic World from Alexander to the Roman Conquest: A Selection of Ancient Sources in Translation. Cambridge CUP, 1981 (los números se refieren a los documentos)

BAR British Archaeological Reports

BCH Bulletin de correpondance hellenique

BD R S Bagnalk y P Derow, Greek Historical Documents The Hellenistic Period. Chico, CA Scholars Press, 1981

BGU Agyphsche Urkunden aus den könighchen Museen in Berlin Griechische Urkunden Berlin: Weidmann, 1892-1937

BICS Bulletin of the Institute of Classical Studies

Bilde, Centre and Periphery R Bilde, T Engberg-Pedersen, L Hannestad, J Zahle y K Randsborg, eds , Centre and Periphery in the Hellenistic World Aarhus; Aarhus UP, 1993 y 1996

Bilde, Ethnicity R Bilde, T Engberg-Pedersen, L Hannestad y J Zahle, eds , Ethnicity in Hellenistic Egypt Aarhus; Aarhus UP, 1992

Bilde, Kingship P Bilde, T Engberg-Pedersen, L Hannestad y J Zahle, eds , Aspects of Hellenistic Kingship Aarhus; AarhusUP, 1996

Bilde, Religion R Bilde, T Engberg-Pedersen, L Hannestad y J Zahle, eds , Religion and Religious Practice in the Seleucid Kingdom Aarhus; AarhusUP, 1990

Bilde, Values P Bilde, T Engberg-Pedersen, L Hannestad y J Zahle, eds , Conventional Values of the Hellenistic Greeks Aarhus; Aarhus UP, 1997

BMC Ptolemies R. S. Poole, A Catalogue of the Greek Coins in the British Museum, XXIV: The Ptolemies, Kings of Egypt. Londres, Trastees of the British Museum, 1883

Briant, RTP P. Briant, Rois, tributs et paysans: Études sur les formations tributaires du Moyen-Orient ancien. París: Les Belles Lettres, 1

BSA Annual of the British School at Athens

Bull. Ép. Bulletin épigraphique (anualmente en REG)

Bulloch, Images A. Bulloch, E. S. Gruen, A. A. Long y A. Stewart, eds., Images and Ideologies: Self-definition in the Hellenistic World. Berkeley, Los Angeles, Londres: Univ. of California Press, 1993

Burstein S. M. Burstein, The Hellenistic Age: From the Battle of Ipsos to the Death of Kleopatra VII. Cambridge: CUP, 1985

CAH1 vi J. B. Bury, S. A. Cook y F. E. Adcock, eds., The Cambridge Ancient History 1, vi: Macedon 401-301 BC. Cambridge: CUP, 1927

CAH1 vii S. A. Cook, E E. Adcock y M. P. Charlesworth, eds., The Cambridge Ancient History 1, vii: The Hellenistic Monarchies and the Rise of Rome. Cambridge: CUP, 1928

CAH1 viii S. A. Cook, E E. Adcock y M. P. Charlesworth, eds,, The Cambridge Ancient History 1, viii: Rome and the Mediterranean 218-133 BC. Cambridge: CUP, 1930

CAH1 iv J. Boardman, N. G. L. Hammond, D. M. Lewis y M. Ostwald, eds., The Cambridge Ancient History 1, iv: Persia, Greece and the Western Mediterranean c. 525 to 479 BC. Cambridge: CUP, 1988

CAH2 vi D. M. Lewis, J. Boardman, S. Hornblower y M. Ostwald, eds., The Cambridge Ancient History 1, vi: The Fourth Century BC. Cambridge: CUP, 1994

CAH2 vii. 1 F. W Walbank, A. E. Astin, M. W. Frederiksen y R. M. Ogilvie, eds., The Cambridge Ancient History 1, vii. 1: The Hellenistic World. Cambridge: CUP, 1984

CAH2 vii. 1, *Plates* R. Ling, ed., The Cambridge Ancient History 2: Plates to Volume vii Part 1. The Hellenistic World to the Corning of the Romans. Cambridge: CUP, 1984

CAH1 vii. 2 , F. W Walbank, A. E. Astin, M. W Frederiksen, R. M. Ogilvie y A. Drummond, eds., The Cambridge Ancient History 2, vii. 2: The Rise of Rome to 220 BC. Cambridge: CUP, 1989

CAH2 viii A. E. Astin, F. W Walbank, M. W. Frederiksen y R. M. Ogilvie, eds., The Cambridge Ancient History 2 viii: Rome and the Mediterranean to 133 Be. Cambridge: CUP, 1989

CAH2 ix J. A. Crook, A. Lintott y E. Rawson, eds., The Cambridge Ancient History 1, ix: The Last Age of the Roman Republic, 146-43 BC. Cambridge: CUP, 1994

Cartledge, Constructs P. Cartledge, P. Garnsey y E. Gruen, eds., Hellenistic Constructs: Essays in Culture, History and Historiography. Berkeley, Los Angeles, Londres: Univ. of California Press, 1997

CHCL P. E. Easterling y B. M. W. Knox, eds., The Cambridge History of Classical Literature, I: Greek Literature. Cambridge: CUP, 1985

Choix F. Dürrbach, Choix d’inscriptions de Délos, I. París: Leroux, 1921-1923

CIG A. Boeckh et al., Corpus inscriptionum graecarum. I-IV. Berlín: Officina

Academica/Reimer, 1828-1877

CPC Acts 1 M. H. Hansen, ed., The Ancient Greek City-state (Symposium on the Occasion of the 250th Anniversary of the Royal Danish Academy of Sciences and Letters, July 1-4 1992). Copenhague: Munksgaard, 1993

CPC Acts 2 M. H. Hansen, ed., Sourcesfor the Ancient Greek City-state (Symposium August, 24-27 1994). Copenhague: Munksgaard, 1995

CPC Acts 3 M. H. Hansen, ed., Introduction to an Inventory of Poleis (Symposium August, 23-26 1995), Copenhague: Munksgaard, 1996

CPC Acts 4 M. H. Hansen, ed., The Polis as an Urban Centre and as a Political Community (Symposium, August, 29-31 1996). Copenhague: Munksgaard, 1997

CPC Acts 5 M. H. Hansen, Polis and City-state: An Ancient Concept and its Modern Equivalent. Copenhague: Munksgaard, 1998

CPC Papers 1 D. Whitehead, ed., From Political Architecture to Stephanus Byzantius: Sourcesfor the Ancient Greek Polis. Wiesbaden: Steiner, 1994

CPC Papers 2 M. H. Hansen y K. Raaflaub, eds., Studies in the Ancient Greek Polis. Wiesbaden: Steiner, 1995

CPC Papers 3 M. H. Hansen y K. Raaflaub, eds., More Studies in the Ancient Greek Polis. Wiesbaden: Steiner, 1996

CPC Papers 4 T. H. Nielsen, ed., Yet More Studies in the Ancient Greek Polis. Wiesbaden: Steiner, 1997

CQ Classical Quarterly

CR Classical Review

CRAI Académie des Inscriptions et de Belles-Lettres, comptes rendus

CUP Cambridge University Press

DAI Deutsches Archáologisches Institut

frag. fragmento

FGH F. Jacoby, Die Fragmente der griechischen Historiker. Berlín:
Weidmann, etc., 1923-1958

Fraser P. M. Fraser, Ptolemaic Alexandria, I-III. Oxford: Clarendon, 1972

GMWi I. Thomas (trad.), Greek Mathematical Works, i: From Thales to Euclid. Londres: Heinemann/Cambridge, MA: Harvard UP, 1939

GMWii I. Thomas (trad.), Greek Mathematical Works, ii: From Aristarchus to Pappus. Londres: Heinemann/Cambridge, MA: Harvard UP, 1939

Green, HHC P. Green, ed., Hellenistic History and Culture. Berkeley, Los Angeles, Oxford: Univ. of California Press, 1993

Gruen, HW E. S. Gruen, The Hellenistic World and the Corning of Rome. Berkeley, Los Angeles, Londres: Univ. of California Press, 1984

Habicht, Athens C. Habicht, Athens from Alexander to Antony. Cambridge, MA y Londres: Harvard UP, 1997

Harding R Harding, From the End ofthe Peloponnesian War to the Battle of Ipsus. Cambridge: CUP, 1985

Head2 B. Y Head, con G. F. Hill, G. Macdonald y W. Wroth, Historia Numorum: A Manual of Greek Numismatics 2. Oxford: Clarendon, 1911

Hesp. Hesperia

I. Cret. M. Guarducci, ed., Inscriptiones Creticae: opera et consilio Friderici Halbherr collectae, I-IV. Roma: Librería dello Stato, 1935-1950

I. Délos Inscriptions de Délos. París: Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, 1926-1972

I. Didyma A. Rehm, Didyma, II: Die Inschriften. Berlin: Mann, 1941

IG Inscriptiones Graecae. Berlín: de Gruyter

IGLS L. Jalabert, P. Mouterde y J.P. Rey-Coquais, eds., Inscriptions grecques et latines de la Syrie. París: Geuthier 1929-

I. Olympia W. Dittenberger y K. Purgold, Die Inschriften von Olympia (Olympia, 5). Berlín: Asher, 1896

I. Priene F. Hiller von Gaertringen, Inschriften von Priene. Berlín: Kónigliche Museen/Reimer, 1906

ISE L. Moretti, Iscrizione storiche ellenistiche, I-II. Florencia: Nuova Italia, 1967-1976

JEA Journal of Egyptian Archaeology

JHS Journal of Hellenic Studies

JRS Journal of Roman Studies

Kock, CAF T. Kock, ed., Comicorum Atticorum fragmenta. Leipzig: Teubner, 1880-1888

Kuhrt y Sherwin- White Hellenism A. Kuhrt y S. M. Sherwin-White, eds., Hellenism in the East: The Interaction of Greek and Non-Greek Civilizations from Syria to Central Asia after Alexander. Londres: Duckworth, 1987

Lefkowitz y Fant. M. R. Lefkowitz y M. B. Fant, Women s Life in Greece and Rome. Londres: Duckworth, 1982

LSJ H. G. Liddell y R. Scott, Greek-English Lexicón9. Oxford: Clarendon, 1940

LSJ Suppl.2 P. G. W. Glare, con A. A. Thompson, Greek-English Lexicón: Revised Supplement. Oxford: Clarendon, 1996

NEB The New English Bible with the Apocrypha. Cambridge: CUP, 1970

OCD3 S. Hornblower y A. Spawforth, eds., The Oxford Classical Dictionary Oxford y Nueva York: OUP, 1996

OGIS W. Dittenberger, Orientis Graecae inscripciones selectae, 2 vols. Leipzig: Hirzel, 1903-1905

ÖJh Jahreshefte des Österreichischen Archaeologischen Instituts in Wien

OUP Oxford University Press

P. Papiro: las abreviaturas no listadas aquí pueden encontrarse en E.G. Turner, Greek Papyri: An Introduction (Oxford, 1980), o J.F. Oates et al., Checklist of Editions of Greek and Latin Papyri (Atlanta, GA, 1992)

P. Col. Zen. i, ii W. L. Westermann y E. S. Hasenoerl, eds., Zenon Papyri:

Business Papyri of the Third Century BC dealing with Palestine and Egypt, I (equivale a P. Col. iii); II (equivale a P. Col. iv). Nueva York: Columbia UP, 1934

PCZ C.C. Edgar, ed., Zenon Papyri, I-IV (Catalogue general des antiquités égyptiennes du Musée du Caire, 79, 82, 85, 90). El Cairo: Institut Françáis d'Archéologie Oriéntale, 1925-1931.

P. Enteuxeis O.Guéraud, Evtevgles: requétes et plaintes adressés au roi d'Égypte au IIIe siécle avant J.C. El Cairo: Imprimerie de I'Institut Françáis d'Archéologie Oriéntale, 1931-1932

P Hib. B. P. Grenfell, A. S. Hunt, E. G. Turner y M.T. Lenger, eds., The Hibeh Papyri. Londres: Egypt Exploration Fund, etc., 1906-1956

P. L. Bat. 22 E. Boswinkel y P. W. Pestman, eds., Les Archives privées de Dionysios, fils de Kephalas: textes grecs et démotiques. Texte (Papyrologica Lugduno-Batava, 22A). Leiden: Brill, 1982

P. LONDT. C. Skeat, Greek Papyri in the British Museum, VII: The Zenon Archive. Londres: BM Publications for British Library Board, 1974

P. OXY B. P. Grenfell et al., eds. Oxyrhynchus Papyri. Londres: Egypt Exploration Fund, etc., 1898-

P REV B. P. Grenfell y J. P. Mahaffy (1896), Revenue Laws of Ptolemy Philadelphus. Oxford: Clarendon

Petracos, Amphiareion B. Petracos [V Ch. Petrakos], The Amphiareion of Oropos. Atenas: Clio, 1995

Préaux C. Préaux, Le Monde hellénistique: la Gréce et l'Orient de la mort d'Alexandre á la conquéte romaine de la Gréce (323-146 av. J.-C), I-II. París: Presses Universitaires de France, 1978

Primo Contributo A. Momigliano, Contributo alia storia degli studi classici. Roma: Edizioni di storia e di letteratura, 1955

PSI Papiri greci e latini: Pubblicazioni della Societá Italiana per la Ricerca dei Papiri Greci e Latini in Egitto. Florencia: Ariani, etc., 1912-

P. Tebt B. P. Grenfell et al, eds., The Tebtunis Papyri. Londres: Egypt Exploration Fund, etc., 1902-1976

Quinto contributo A. Momigliano, Quinto contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico, I-II. Roma: Edizioni di storia e di letteratura, 1975

RC C. B. Welles, Royal Correspondence in the Hellenistic Period: A Study in Greek Epigraphy. New Haven, CT: Yale UP/Londres: Humphrey Milford, OUP/Praga: Instituto Kondakov, 1934

RDGE R. K. Sherk, Roman Documents from the Greek East: Senatus Consulta and Epistulae to the Age of Augustus. Baltimore, MD: Johns HopkinsUP, 1969

RE G. Wissowa et al., eds., Realencyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft. Stuttgart: Metzler, 1893-1981

REA Revue des études anciennes

REG Revue des études grecques

Rostovtzeff SEHHW M. Rostovtzeff, The Social and Economic History of the Hellenistic World, I-III. Oxford: Clarendon, 1941

SB F. Preisigke, F. Bilabel y E. Kiessling, eds., Sammelbuch griechischer Urkunden aus Ágypten. Estrasburgo, Berlín, Heidelberg, etc., 1913-

Schürer2 i E. Schürer, The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ (175 BC-AD 135), I. Edimburgo: T. &. T. Clark, 1973

Schürer2 iii. 1, 2 E. Schürer, The History of the Jewish People in the Age of Jesus Christ (175 BC-AD 135), III. 1-2. Edimburgo: T. &. T. Clark, 1986-1987

SEG Supplementum epigraphicum Graecum. Leiden: Sijthoff, etc. 1923-

Sel. Pap. A. S. Hunt, C. C. Edgar y D. L. Page, eds. (1950), Select Papyri, i-iv (Loeb Classical Library). Cambridge, MA, y Londres: Harvard UP

SGDI H. Collitz y F. Bechtel, eds., Sammlung der griechischen Dialekt-inschriften, I-IV. Gotinga: Vandenhoeck & Ruprecht, 1884-1915

Sherk R. K. Sherk, Rome and the Greek East to the Death of Augustus. Cambridge: CUP, 1984

Sherwin-White y Kuhrt Samarkhand S. Sherwin-White y A. Kuhrt, From Samarkhand to Sardis: A New Approach to the Seleucid Empire. Londres: Duckworth, 1993

Staatsv. III H. H. Schrnitt, ed., Die Staatsverträge des Altertums, III: Die Vertrage der griechisch-römischen Welt von 338 bis 200 v. Chr. [nºs. 401-586]. Munich; DAI/Beck, 1969

Syll2.W. Dittenberger, rev. F. Hiller von Gaertringen, Sylloge inscriptionum Graecarum, I-III. Leipzig, Hirzel, 1898-1901

Syll3. W. Dittenberger, rev. F. Hiller von Gaertringen, J. Kirchner, J. Porntow y E. Ziebarth, Sylloge inscriptionum Graecarum, I-IV. Leipzig; Hirzel, 1915-1924

Talbert, Atlas R. J. A. Talbert, ed., Atlas of Classical History. Londres y Nueva York; Routledge, 1985

TAM Tituli Asiae Minoris. Viena: Ósterreichische Akademie der Wissenschaften, 1901-

Tarn y Griffith W. W. Tarn y G. T. Griffith, Hellenistic Civilisation. Londres; Arnold, 1952

Terzo contributo A. Momigliano, Terzo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico, I-II. Roma: Edizioni di storia e di letteratura, 1966

Tod M.N.Tod, A Selection of Greek Historical Inscriptions, ii: From

403 to 323 BC. Oxford: Clarendon, 1948

UP University Press

UPZ U. Wilcken, Urkunden der Ptolemaerzeit (altere Funde). Berlín y Leipzig: de Gruyter, 1927-1957

Walbank, HCP F. W Walbank, A Historical Commentary on Polybius. 3 vols. Oxford: Clarendon, 1957-1979

Walbank, HW E W. Walbank, The Hellenistic World. Londres: Harper Collins, 1981, rev. 1986, 1992

W. Chrest. U. Wilcken, Grundzüge und Chrestomathie der Papyruskunde, i. 2: Chrestomathie. Leipzig y Berlín: Teubner, 1912

Will E. Will, Histoire politique du monde hellénistique (323-30 av. J.-C), I-II. Nancy: Université de Nancy II, 1966, 1979-1982

ZPE Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik

CRONOLOGÍA

Finales del siglo IV a. C.

338 Batalla de Queronea: Filipo II de Macedonia derrota a los griegos del sur, funda liga de Corinto

336 Asesinato de Filipo; Alejandro III (Magno)

334 Alejandro invade Asia

331 Fundación de Alejandría. Agis III de Esparta encabeza revuelta de los griegos.

330 Asesinato de Darío III, rey de Persia

324 Decreto de los exiliados de Alejandro

323 Muerte de Alejandro

-Ptolomeo se convierte en sátrapa de Egipto

-Estallido de la guerra lámica (revuelta griega)

322 Batalla de Cranón: Antipatro derrota a los griegos del sur

321 Conferencia de Triparadisos: Antipatro nombrado regente

319 Muerte de Antipatro. Poliperconte se convierte en regente

-Ptolomeo invade Siria y Fenicia

317 Poliperconte proclama la libertad griega

-Demetrio Falereo convertido en gobernante de Atenas

-Asesinato de Filipo III Amadeo

316 Casandro expulsa a Poliperconte, ejecuta a Olimpia, funda Casandrea y Tesalónica, reconstruye Tebas

-Eumenes ejecutado por Antígono

315 Antígono expulsa a Seleuco de Babilonia

-Declaración de Tiro: Antígono Monoftalmo proclama la libertad griega

-Ptolomeo proclama la libertad griega

315-314 Antígono funda la liga de los insulares

313 Alejandría se convierte en capital de Egipto

312 Batalla de Gaza: Ptolomeo y Seleuco derrotan a Demetrio, hijo de Antígono

-Se inicia la era seléucida

311 Paz entre Antígono, Ptolomeo, Lisímaco, Casandro: Seleuco confirmado en sus posesiones asiáticas

310 Asesinato de Alejando IV

308 (o 305) Comienza la guerra de Seleuco contra Chandragupta (hasta 303)

307 Se hace voluntaria la efebía ateniense

-Demetrio, hijo de Antígono, libera Atenas y derroca a Demetrio Falero

307-304 Casandro sitia Atenas

306 Batalla naval de Salamina (Chipre): Antígono (I) y Demetrio (I) derrotan a Ptolomeo y se convierten en reyes Pirro se convierte en rey del Épiro

305/304 Demetrio fracasa en el sitio de Rodas, pero consigue el apodo de Poliorcetes (el expugnador)

-Ptolomeo, Lisímaco, Casandro y Seleuco se convierten en reyes

304 Demetrio levanta el sitio de Atenas

302 Antígono y Demetrio reviven la liga de Corinto

c. 302 Filetairo se convierte en gobernador de Pérgamo en representación de Lisímaco

301 Batalla de Ipsos: muerte de Antígono I

Siglo III a. C.

300/299 Fundación de Seleucia-Pieria y Antioquía

c. 300-295 Gobierno de Lacares en Atenas

298 (o 297) Muerte de Casandro

c. 297 Fundación del reino de Pontos

297-295 Demetrio I sitia Atenas

295 Se instala en El Pireo una guarnición macedonia

294 Demetrio I arrebata Macedonia a Alejandro y Antípatro, hijos de Casandro

-Antíoco se convierte en corregente con Seleuco I

293 Fundación de Demetrias

291 (o 290) Demetrio vuelve a Atenas

288/287 Demetrio I es expulsado de Macedonia por Lisímaco y Pirro, rey del Épiro 287 (o 286) Atenas se subleva por Demetrio

286 Demetrio capturado por Seleuco

285 Ptolomeo II Filadelfo se convierte en corregente en Egipto

283 Muertes de Demetrio I, Ptolomeo I

-Comienza la era pergamena

281 Batalla de Curupedio: muerte de Lisímaco

-Asesinato de Seleuco; Ptolomeo Cerauno se convierte en gobernante de Macedonia

280 Pirro invade Italia

-Muerte de Ptolomeo Cerauno

-Refundación de la liga aquea

−280/279 Guerra en Siria entre Antíoco I y Ptolomeo II

-Los gálatas rechazados en Grecia central

279 Festival de Tolomea inaugurado en Alejandría

278/277 Los gálatas invaden el Asia Menor

277 Antígono II Gónatas derrota a los gálatas y se apodera de Macedonia

275 Pirro vencido por los romanos

c. 275 Arsínoe II llega al correinado de Egipto

c. 274-271 Primera» guerra siria (Egipto consigue avances)

272 Pirro invade Laconia, muere en Argos

271/270 Procesión de Ptolomeo II en Alejandría

268 Muerte de Arsínoe II

268/267 (o 265/264) Inicio de la guerra cremonidea (griegos del sur contra Macedonia)

263/262 (o 262/261) Antígono Gónatas captura Atenas

260-c. 253 Segunda guerra siria (indecisa)

260… ¿Batalla de Cos?

259/258 «Leyes de renta» de Ptolomeo II

c. 255 Capadocia se separa del imperio seléucida

251 Los sicionios, dirigidos por Aratos, expulsan al tirano macedonio; Sición se une a la liga aquea

c. 250 La Bactriana se separa del imperio seléucida; las satrapías orientales pasan a manos de los partos

c. 249 Entre 249 y 245, Alejandro (general macedonio en Corinto) se rebela

c. 246 ¿Batalla de Andros?

246-241 Tercera guerra siria (guerra de Laodicea) (Ptolomeo III Eurgetes se apodera de ciudades en el Asia Menor)

245 Aratos se convierte en general de la liga aquea

-Antígono Gónatas toma Corinto

c. 244 Accesión al trono de Agís IV de Esparta

243 Aratos expulsa a los macedonios de Corinto

241 Ejecución de Agis

c. 240 Átalo I asume el título de rey

240/239 Estalla la guerra entre Seleuco II y su hermano Antíoco Hierax

c. 239/238-229 «La guerra de Demetrio» (Atenas contra Demetrio II de Macedonia)

236 Paz entre Seleuco y Hierax

235 Megalópolis se une a la liga aquea

c. 235 Ascensión de Cleómenes III de Esparta

230-227 Seleuco II intenta conquistar a los partos

229 Primera guerra iliria: acción romana contra la reina Teuta Se subleva Atenas; liberación de El Pireo

227 Golpe de Cleómenes II de Esparta; la liga aquea declara la guerra a Esparta

227/226 Terremoto en Rodas

226-223 Átalo I de Pérgamo toma el control del oeste de Asia Menor

223 Sube al trono Antíoco III

223/222 Antíoco III se apodera de territorio de Pérgamo

222 Batalla de Selasia: los aqueos y Antígono III Dosón de Macedonia derrotan a Cleómenes

221 Suben al trono Ptolomeo IV y Filipo V

220 Acayo se proclama rey de Asia

221-217 Guerra «social» de Filipo V contra los «aliados» (Etolia, Esparta, Elis)

219 Segunda guerra iliria: los romanos contra Demetrio y Scerdileda.

-Muerte de Cleómenes en Egipto

219-217 Cuarta guerra siria

218 Aníbal invade Italia

217 Batalla de Rafia: Egipto rechaza a Antíoco III

216-213 Guerra de Antíoco III contra Acayo

215 Tratado de Filipo V con Aníbal

214-205 Primera guerra macedónica

212 (o 211) Tratado de Roma con los etolios contra Filipo

212-205/204 «Anábasis» de Antíoco III: recobra las satrapías orientales (temporalmente)

c. 210 Egina vendida a Átalo I

207 Muerte de Macánidas; asciende al trono Nabis en Esparta

205 Paz de Fenice

204 Antíoco toma el resto del territorio de Pérgamo

202-201 Campaña de Filipo V en el Egeo

202-200 Quinta guerra siria (Egipto se apodera de parte de Siria)

200 Los romanos y Átalo defienden Atenas y El Pireo contra Filipo

Siglo II a. C.

200-197 Segunda guerra macedónica

200 Filipo V de Macedonia invade Ática

197 Batalla de Cinocéfalos: Roma derrota a Filipo V

196 Flamimo proclama la libertad griega en los juegos ístmicos de Corinto

195 Guerra de Roma contra Nabis

192 Etolios atacan Esparta, asesinan a Nabis

-Filopoimen, general de la liga aquea, derrota a Esparta

-Esparta incorporada a la liga aquea

191-188 «Guerra siria» de los romanos contra Antíoco III

c. 190 Entre 191 y 188, los atenienses se alían a Roma

189 Batalla de Magnesia: los romanos derrotan a Antíoco

188 Paz de Apamea divide el Asia Menor entre Rodas y Pérgamo

-Abolición de la antiquísima constitución de Esparta

c. 187-183 Guerra de Eumenes de Pérgamo contra Prusias I de Bitinia

184/183 El senado romano establece ley sobre Esparta
183 Mesene se alza contra la liga aquea
183-179 Guerra de Eumenes contra Pontos 182
-Asesinato de Filopoimen
-Licortas recobra Mesene para la liga aquea
181/180 El emisario aqueo Calícrates exhorta al senado a apoyar a sus aliados
179 Perseo se convierte en rey de Macedonia
175 Jasón asume el sumo sacerdocio en Jerusalén
172 Eumenes denuncia a Perseo en Roma
172-168 Tercera guerra macedónica
169-168 Sexta guerra siria: Antíoco invade Egipto
168 Batalla de Pidna: Roma derrota a Perseo
-Q. Popilio Laenas fuerza a Antíoco a abandonar la invasión de Egipt0
167 Macedonia es dividida en cuatro repúblicas
-Deportación a Roma de rehenes aqueos (entre ellos Polibio)
-Roma convierte Délos en un puerto franco y lo da a Atenas
c. 167 Menelao ungido sumo sacerdote en Jerusalén
166/165 Procesión de Antíoco IV en Dafne
c. 166/165 Los macabeos dirigen la rebelión judía contra Antíoco IV
164 Tratado entre Rodas y Roma
163 Lisias, regente para Antíoco V, restablece los privilegios judíos
160/159 Átalo II se convierte en corregente en Pérgamo
156-154 Guerra entre Prusias de Bitinia y Átalo
155 Ptolomeo lega Egipto a los romanos (no aplicado)
155-153 Guerra de los piratas cretenses contra Rodas
152 Roma da apoyo a Alejandro Balas
-Jonatán ungido sumo sacerdote en Jerusalén
150 Regreso de los rehenes aqueos a Grecia
150-145 Los Seléucidas pierden Media ante Mitrídates I Arsaces de Partia
149 Revuelta macedónica dirigida por Andrisco contra Roma
-Átalo de Pérgamo y Nicomedes destronan a Prusias de Bitinia
148 Derrota de Andrisco
146 Revuelta de los aqueos; Mumio saquea Corinto; la liga desmembrada
-Macedonia se convierte en una provincia romana
145 Ptolomeo VIII y Demetrio II Nicator de Siria derrotan a Alejandro Balas
143 Simón es ungido sumo sacerdote en Jerusalén
142 Diodotos Trifón se proclama rey de Siria
142 (o 141) Roma reconoce la independencia de Jerusalén
139/138 Trifón derrotado por Antíoco VII
135 Juan Hircano ungido sumo sacerdote en Jerusalén
134 Antíoco VIII recaptura Jerusalén

133 Átalo III muere, dejando Pérgamo al pueblo romano
132-130 Rebelión de Aristonico
131 Expedición oriental de Antioco VII
129 Muerte de Antíoco VII mientras guerreaba con los partos. Judea recobra su independencia
129-126 M. Aquilio organiza la provincia de Asia
124 Fin de la guerra civil entre Ptolomeo VIII, Cleopatra II y Cleopatra III
118 Decreto de amnistía de Ptolomeo y las Cleopatras
c. 113 Mitrídates VI de Ponto se hace con el poder
108-107 Mitrídates divide Paflagonia con Nicomedes de Bitinia
102-100 Guerra de Marco Antonio contra los piratas cilicios
101 (o antes) Mitrídates conquista Capadocia (temporalmente)

Siglo I a. C.

96 Comagene (Asia Menor) se separa de los Seléucidas
-Ptolomeno Apión (hijo ilegítimo de Ptolomeo VIII) lega Cirene a Roma. Ptolomeo X Alejandro I lega Egipto y Chipre a Roma
89 Se inicia la guerra contra Mitrídates
88 Mitrídates organiza la masacre de romanos en Asia
-Atenas abandona a Roma, apoya a Mitrídates; Ateneo se convierte en general de los hoplitas; Aristeo se convierte en «tirano»
87-85 Sila asedia y después saquea Atenas
84/83 El último monarca seléucida, Filipo II, derrocado por los Antíocos; el reino entregado a Tigranes de Armenia
83-82 Segunda guerra contra Mitrídates. Campañas de L. Murena en Asia
80 Los romanos imponen a Ptolomeo XI, que es linchado
75/74 Los romanos anexionan Cirene
75 (o 74) Nicomedes de Bitinia entrega su reino a Roma
74 Campañas de Marco Antonio contra los piratas
73-63 Tercera guerra contra Mitrídates
71 Mitrídates prisionero de Tigranes en Armenia
70 Lúculo reorganiza el Asia Menor
69 Batalla de Tigranocerta; Lúculo restaura brevemente la dinastía seléucida al entronizar a Antíoco XIII
68 Campaña de Quinto Mételo contra los piratas cretenses
67 Batalla de Zela: Mitrídates derrota a Lúculo
-Pompeyo comanda contra los piratas
66 Pompeyo derrota a Mitrídates
65-64, 62 Pompeyo reorganiza el oriente

64 Siria convertida en provincia romana
63 Suicidio de Mitrídates
-Pompeyo toma Jerusalén
-Pompeyo liquida a la dinastía seléucida
57 Ptolomeo XII Auletes se refugia en Roma
55 Gabinio restaura a Ptolomeo XII
c. 55 Bactriana cae en poder de invasores orientales
53 Batalla de Carrhae: Craso derrotado y muerto por los partos
51 Los partos invaden Siria
49 Estallido de las guerras civiles romanas
48 Batalla de Farsalia: César derrota a Pompeyo que huye a Egipto donde es asesinado
-Guerra de César en Egipto, relación con Cleopatra VII
47 Batalla de Zela: César derrota a Farnaces del Ponto
-Nace Cesarión
45 Los partos invaden Siria
44 Asesinato de Julio César; Bruto se marcha a Grecia
42 Batallas de Filipos
41 Marco Antonio en Asia y Egipto
31 Batalla de Actium: Octavio derrota a Marco Antonio y Cleopatra VII de Egipto
30 Muerte de Marco Antonio y Cleopatra; Egipto convertido en una provincia Romana
27 Octavio asume el título de Augusto
-Creación de la provincia de Acaya
25 Creación de la provincia de Galacia
22-10 Augusto en Grecia y Asia
6 Creación de la provincia de Judea

Siglo I d. C. y después

17 Creación de la provincia de Capadocia. Anexión de Comagme
64-65 Reino del Ponto agregado a Galacia
66 (o 67) Nerón proclama la libertad griega
-Revuelta judía
7 Nerón en Olimpia
70 Tito destruye el templo de Jerusalén
116 Adriano agrega Frigia a la provincia de Asia
124,128 Adriano en los misterios de Eleusis
131-132 Última visita de Adriano a Atenas

132-135 Rebelión judía bajo Bar-Kochva
143 Consulado de Herodes Ático
267 Heruli invade Grecia; Dexipo defiende Atenas

1. LOS ENFOQUES Y LAS FUENTES

EL PERÍODO Y SUS PROBLEMAS

LA denominación de «helenístico» dada a este período es uno de los términos más debatidos en el estudio del mundo antiguo.[1] Se deriva del antiguo verbo griego *hellenizo* (comportarse como un griego, adoptar los modales griegos, o hablar el griego), y por tanto, en última instancia, del nombre que los griegos se daban a sí mismos, *hellenes*. Sin embargo, se trata de una expresión moderna, basada en el término *Helenismus*, que el historiador prusiano de mediados del siglo XIX, J. G. Droysen, empleó para definir el período en que la difusión de la cultura griega en las zonas del mundo no griego recibió un nuevo ímpetu a partir de las invasiones de Asia por Alejandro.[2] El trabajo de Droysen centró su atención en el período en tanto fase distintiva de la cultura griega.[3] En forma más o menos explícita, aparece un panorama de una cultura universal helenística, distintiva y unificada, en estudios magistrales tales como los de Kaers[4] y Beloch,[5] y se encuentra de vez en cuando aún hoy.[6]

En el período posterior a la conquista de Alejandro Magno, el término *hellenizo* y sus derivados aparecen muy rara vez en los documentos, y generalmente con los significados definidos antes. Ningún autor antiguo habla de que el Oriente «se volvió griego», como el término en su acepción actual parecería sugerir, aunque Plutarco declara que Alejandro había llevado la civilización a los pueblos conquistados (Plutarco, *De Alexandri Magni Fortuna aut Virtute* [*Sobre la fortuna o la virtud de Alejandro*] 1,[7] 328 c-f, Austin 19). La búsqueda de una caracterización general que distinga lo griego y lo no griego tiende a dar por sentado la existencia de una cultura «oriental» unificada, bastante reñida con la realidad.[8] Prácticamente ningún estudioso piensa ahora que los pueblos del Oriente Próximo habrían adoptado de modo unánime la lengua y las costumbres griegas; no hay indicios de que esto haya ocurrido. Prefieren trazar un cuadro heterogéneo de coexistencia, interacción, y a veces de enfrentamientos entre los griegos recién llegados y las poblaciones nativas (algunas de las cuales habían migrado también de otro lugar), en un contexto social dinámico antes que estático. Ocasionalmente hay indicios del fomento activo del intercambio cultural por parte de los gobernantes, pero una única explicación no encaja en todos los casos y cada uno debe ser examinado por sí mismo. Los límites que definían lo que debía ser griego y lo que no (como presuntamente lo vería un griego) eran permeables, no fijos, y tenían que ser renegociados cuando la sociedad cambiaba, sobre todo cuando los intercambios matrimoniales en Asia o Egipto, sucedidos durante generaciones, planteaban la interrogante de quién era griego y quién no.

Lo que llamamos el «mundo griego» nunca fue un ámbito limitado al estado griego moderno. En tiempos antiguos las ciudades-estado griegas habían establecido

asentamientos coloniales en las orillas del mar Mediterráneo y el mar Negro, particularmente en Sicilia y el sur de Italia. Alejandro conquistó el imperio persa que comprendía Egipto y el Asia occidental, pero su efímero imperio fue dividido entre sus sucesores, dando origen finalmente a tres grandes reinos. Macedonia (que incluía la península griega hasta el Istmo, que Filipo II había conquistado en 338, pero no el Peloponeso) estaba gobernada por los monarcas antigónidas; Egipto, por los Ptolomeos; y Asia (a veces llamada Siria) por los Seléucidas. Esta última era en parte una aglomeración de principados separados (tales como Armenia y Capadocia), como lo había sido bajo el régimen persa. Un cuarto reino, Pérgamo en el noroeste del Asia Menor, se separó del de los Seléucidas a mediados del siglo III a. C., y varios territorios seléucidas se convirtieron en independientes o semi-independientes en diferentes momentos (destacándose Bactriana en el extremo oriental) a partir de mediados del siglo III.

Las ciudades-estado griegas preexistentes se incorporaron a los territorios de los reyes por distintos medios, algunas permanecieron independientes en teoría, aunque estuvieran formalmente subordinadas. En este nuevo contexto político, los griegos eran quizá numéricamente dominantes sólo en los pueblos y las ciudades, en especial en Alejandría, la nueva capital de Egipto fundada por Alejandro, que se convirtió en la ciudad más grande del mundo griego y adquirió un carácter multiétnico peculiar. A partir de finales del siglo III en adelante, el creciente poder de Roma se hizo cada vez más importante; los romanos vencieron a Macedonia por primera vez en 197 a. C., expulsaron a los ejércitos seléucidas de Europa y les impusieron un gravoso tratado de paz (188), abolieron el reino de Macedonia (168), derrotaron a la confederación de las ciudades griegas del sur (146) y se apoderaron paso a paso del resto del mundo helenístico, sobre todo al conquistar Egipto en el año 30 al final de las guerras civiles romanas.

Pese a los problemas que se asocian al nombre helenístico, sigue siendo una etiqueta clara y conveniente para el período que se inicia con Alejandro, usualmente a partir de su muerte en 323 a. C., pero a veces con otras fechas (particularmente con la batalla de Ipso en 301 a. C.). El término se mantiene en este libro, pero solamente como un indicador cronológico. Como todos los «períodos» en la historia, el helenístico es en muchos sentidos una construcción arbitraria. Existe una dificultad particular para asignar una fecha final, y ningún intento de hacerlo resultaría completamente convincente. La dominación griega (que en sí misma significa una diversidad de cosas) llegó a su fin, generalmente en favor de la dominación romana, en diferentes momentos en diferentes lugares entre 168 a. C. y 72 d. C. Incluso entonces, la cultura distintiva de los griegos centrada en la ciudad, modificada por siglos de interacción con culturas no griegas, continuó evolucionando en nuevas formas durante muchos siglos todavía. Con razón escogió A. H. M. Jones los mil años que se inician con Alejandro como el marco cronológico para su estudio de la ciudad griega tardía, que persistió por bastante tiempo una vez iniciada la era

cristiana y después de la división del imperio romano en oriental y occidental.[9]

Dadas estas dificultades o fluctuaciones de definición (y particularmente en vista de que es posible plantear definiciones más breves del período, tales como 301-146 a. C.), debemos inquirir si hay algo inherentemente distintivo en el período posterior a Alejandro. Como existe una plétora de acontecimientos políticos y militares que podrían ser escogidos como hitos, sería mejor enmarcar dicha respuesta en términos de la sociedad, la economía y la cultura. A menos de que evitemos distorsionar los datos en búsqueda de fronteras cronológicas fijas o transformaciones de la noche a la mañana, la pregunta puede ser considerada como una investigación en los efectos de la conquista macedónica de Grecia y el Oriente Próximo. Además, como los capítulos subsiguientes mostrarán, el período que se inicia con Alejandro contempló una aceleración de todo tipo de contactos entre las diferentes colectividades del Mediterráneo y de su entorno, en actividades como el comercio, los viajes, la diplomacia y el intercambio de ideas.

Una serie de asuntos importantes han atraído la atención de los historiadores en los últimos años. ¿Cómo evolucionó la ciudad-estado clásica? ¿Cómo les fue a las personas comunes y corrientes en lo económico y en relación a los derechos políticos en un mundo de potencias militares monárquicas? ¿Cómo se desarrolló la propia Macedonia después de la desintegración del imperio de Alejandro, y qué impacto tuvo el gobierno de los monarcas de ancestro macedonio en Egipto y Asia occidental? ¿Cómo pudieron sobrevivir las formas tradicionales de religión en Grecia, y qué cambios tuvieron lugar en el estilo de las prácticas religiosas y en los sistemas éticos? Fuera de Grecia ¿de qué modo la cultura y la organización social griegas interactuaron con otras sociedades? ¿Cómo abordaron las personas, tanto en Grecia como fuera de ella, las cuestiones relativas al género, la etnicidad en las nuevas circunstancias sociales y políticas? ¿Qué actividades intelectuales se desarrollaron?, y ¿en qué medida interactuaron con la vida social y contribuyeron a ella en un sentido amplio?

La información, desde muchos ángulos, nos presenta un período de cambio rápido. Pese a las anteriores preocupaciones de algunos estudiosos, está creciendo el consenso de que la polis (ciudad-estado) griega continuó existiendo y, en algunos aspectos, floreció y prosperó. Parece evidente que hubo más ciudades democráticas que antes, pero su libertad de acción se vio limitada. Muchas ciudades (*poleis*) tuvieron que resignarse a una nueva situación de subordinación a un rey; pero esta no era una experiencia totalmente nueva, pues muchas habían tenido que lidiar con el dominio de Atenas o Persia. Sin embargo, hay tendencias más preocupantes: en la Grecia propiamente dicha al menos, la arqueología sobre el terreno indica un movimiento, aunque no completo, de abandono de las pequeñas explotaciones agrarias en favor del empleo urbano, quizá respaldado por la agricultura de grandes propiedades en el medio rural, realizado por aristócratas terratenientes cada vez más ricos (aunque las pruebas no son concluyentes [pp. 57-58]).

Se aprecian también signos de transformaciones sociales, si bien graduales. Las mujeres parecen desempeñar un papel más destacado en la vida pública, aunque dentro de un sistema de valores de predominio masculino. Sin duda, la literatura y los documentos oficiales muestran signos de una visión más compleja de las mujeres como personas.[10] Hubo nuevas alternativas religiosas, especialmente en el ámbito del culto al soberano y de los nuevos cultos no griegos introducidos recientemente en territorios griegos, con una mayor visibilidad de los cultos medicinales y aquellos relacionados al destino o a la salvación individual. En la filosofía, hubo un énfasis en la ética y en el papel de la persona en una colectividad. La literatura, que nunca había dejado de evolucionar (el supuesto pináculo de obras maestras en los siglos IV y V apenas representa una instantánea), se desarrolló en nuevas direcciones. La poesía tiene un perfil muy característico de esta época, al subrayar la vida individual y los estados emocionales y psicológicos, antes que, como en la Atenas clásica, centrarse en el deber del ciudadano con la ciudad. Finalmente, hubo en todo sentido grandes avances de la comprensión científica, aunque no, como hoy en día, desde un punto de vista utilitario o industrial. La ciencia era una actividad cultural, casi filosófica y religiosa, e incluso un pasatiempo para la élite ociosa.

Todo período histórico puede ser visto hasta cierto punto como un espejo del nuestro, ya que es el relato de cómo las personas, que en la mayoría de aspectos eran como nosotros, lidiaron con los problemas que les salían al paso. El período helenístico, no es una excepción, y muchos escritores han considerado que contiene claves para las cuestiones de nuestra época. W. W. Tarn, que escribió principalmente durante el período de entreguerras, en el momento de apogeo de la Liga de las Naciones, se centró en el enfrentamiento racial y cultural que Alejandro y sus sucesores abordaron, y en la naturaleza del régimen colonial en Asia occidental.[11] Mijail Rostovtzeff, que dejó Rusia para evitar la revolución, nos ofreció un mundo helenístico cuya característica más importante era el surgimiento de una burguesía capitalista (los sucesores de Alejandro eran incluso «hombres que se habían hecho a sí mismos»).[12] Arnaldo Momigliano, un judío italiano que escribió antes y después de la segunda guerra mundial, se centró en la historia intelectual como un proyecto autónomo, y también en los problemas del mutuo entendimiento entre las razas.[13]

Más recientemente, en el Nueva York de los años cincuenta, Moses Hadas pintó un cuadro optimista de la síntesis de las culturas.[14] F. W. Wallbank, un historiador que asume un enfoque materialista, escribe en términos del poder político-militar y de las relaciones de clase.[15] Claire Préaux, una papiróloga cuya obra está marcada por un enfoque histórico social, examina el sistema económico de Egipto y, en su trabajo posterior, la interacción entre reyes y ciudades y entre culturas diferentes, asumiendo una visión pesimista en general de esta última.[16] Otros, tales como el cuáquero John Ferguson y el perpetuo iconoclasta Peter Green, que escriben en la época del liberalismo de finales del siglo XX, han tendido a ver el período helenístico en

términos del individualismo (sea normal o *déraciné*), de la ruptura de las convenciones y de los experimentos de nuevas formas de vida y pensamiento, comparables a los de los últimos treinta años en el Occidente capitalista. Green, en particular, ve reflejadas en todas las instituciones y procesos políticos una desilusión posmoderna.[17]

Aunque algunos de estos enfoques tienen un mejor fundamento en los testimonios que otros, se puede mostrar que muchos son históricamente relativos, mientras que otros son excesivamente rigurosos, selectivos o exagerados. Los estudiosos más modernos ceden menos a la tentación de plantear esquemas históricos globales.[18] Es importante comprender el período utilizando términos metodológicamente neutrales tanto como sea posible (la riqueza, los grupos, el poder, etc.) y definir con precisión el uso de determinados términos de análisis tales como imperialismo o economía. Podemos así evitar imponer un esquema rígido o radical al que es con seguridad el período más complejo de la historia griega, e intentar que aflore la diversidad de culturas, de formas sociales y de paisajes.

LAS FUENTES LITERARIAS

EN cuanto nos proponemos entender el período, nos encontramos con el problema de cómo enfocar e interpretar los datos, que tienen un carácter bastante diferente de aquellas disponibles para el período clásico precedente.[19]

Los «fragmentos»

Al leer sobre la historia helenística, es usual encontrar el término, rara vez explicado, de «fragmento». A veces un fragmento es eso precisamente: un trozo roto de papiro o la página arrugada de un manuscrito medieval de pergamino o vitela. Sin embargo, las más de las veces se usa «fragmento» para referirse a una cita o resumen de un autor perdido en las obras de un autor conservado. La razón de por qué estas citas son tan importantes es que, para el período posterior a Alejandro, no existe una narrativa contemporánea ininterrumpida. Algunas obras de historia desaparecieron porque fueron releídas y copiadas con menos frecuencia en una época en que el público lector romano prefería resúmenes y compendios (tales como el epítome de Justino a partir de Trogo, véase más abajo). Por tanto, era muy probable que las copias preservadas en las bibliotecas de obras más antiguas fueran únicas, de modo que cuando se destruía una biblioteca la obra de un autor podía perecer para siempre (sobre la destrucción de las bibliotecas en la Alejandría helenística tardía y romana, véase más adelante). Por ello dependemos de autores posteriores que citan (o parecen citar) obras perdidas, muchas veces escritas siglos antes de su época.

Un autor que ha preservado las palabras y las ideas de muchos originales perdidos es Ateneo de Náucratis o de Alejandría (c. 200 d. C.), cuyo extensa obra, *Deipnosophistai* (*El banquete de los eruditos*), contiene una serie de anécdotas de autores anteriores, que comprende a muchos del período helenístico. En este extracto transmite las observaciones sobre las curiosidades naturales de un historiador del siglo II a. C.:

> Polibio de Megalópolis, en el libro 34 de las *Historias*, cuando habla de la tierra de Lusitania en Iberia, dice que hay encinas en el fondo del mar, cuyas bellotas comen los atunes, engordándose.
>
> (Aten. 7. 302 e)

El geógrafo Estrabón, del siglo I a. C., (pp. 40-41) conserva un trozo que es claramente otra parte del mismo pasaje:

> Produce tanto fruto que después de su sazón aparece cubierta de bellota la costa,

> tanto la del lado de acá como la del más allá de las Columnas, que arrojan las mareas; pero la de la costa de más acá de las Columnas es siempre más pequeña y se encuentra en mayor cantidad. Polibio afirma que esta bellota llega hasta la costa latina, «a no ser, dice, que la produzcan también Sardón y las comarcas vecinas».
>
> (Estrabón, 3. 3. 6 [145])

La segunda frase de este extracto se coloca junto a la cita de Ateneo en las reconstrucciones del libro 34 de Polibio.

Otras obras que son ricas fuentes de fragmentos son los trabajos de carácter enciclopédico. *Etnika* de Stefano de Bizancio, compuesta en el siglo VI d. C., queda sólo en la forma de un defectuoso compendio que guarda información sobre los nombres de las ciudades griegas principalmente.[20] Los *Suidas* o (*Suda*), una enciclopedia histórica que data de aproximadamente de 1000 d. C. compilada a partir de obras de referencia más antiguas, contiene muchos fragmentos valiosos de escritores perdidos, mientras que otras compilaciones tardías como el *Onomastikon* de Pólux (escrito en el siglo II d. C., pero conocido sólo a partir de un sumario mucho más tardío) contiene muchos restos útiles de conocimientos de la antigüedad.

Los textos de autores cuyos trabajos quedan sólo en fragmentos fueron recopilados por Jacoby en su obra (inacabada) *Die Fragmente der griechischen Historiker*, en la que asignó a cada autor un número (generalmente precedido por FGH, FgrH o FgrHist).

Los escritos sobre Alejandro

Aunque la invasión de Asia por Alejandro representa sólo una parte del preludio al período helenístico, las obras escritas sobre Alejandro durante la primera parte de él fueron significativas, tanto para la cultura contemporánea como para la escritura de historia. La importancia de Alejandro para las personas de la siguiente generación es confirmada por una serie de trabajos escritos sobre él, que son conocidos sólo indirectamente, a partir del uso hecho de ellos por los historiadores posteriores que han perdurado, principalmente Arriano y Curcio.

La tradición más confiable fue inaugurada por Ptolomeo, el primer rey macedonio de Egipto, que escribió una memoria personal de la expedición, y por Aristóbulos de Casandrea (FGH 139), que sirvió a Alejandro y más tarde compuso una semblanza sumamente favorable del rey. Ambos se basaron en el trabajo de Calístenes (Calístenes; FGH 124; p. 287), a quien Alejandro nombró historiador oficial pero luego mandó ejecutar. La fuente originaria de la otra tradición «común» fue probablemente Clistarco de Alejandría (FGH 137), quien a finales del siglo IV, escribió una historia de Alejandro utilizando probablemente relatos de primera mano.

Las historias que han quedado incluyen ejemplos de ambas tradiciones historiográficas. Arriano de Nicomedia (Lucius Flavius Arrianos Xenophon, c. 80-

160 d. C.), un griego de Bitinia que fue funcionario bajo los romanos, asegura haber usado las fuentes más confiables sobre Alejandro y haberlo hecho críticamente. Sus obras existentes comprenden la famosa *Anábasis de Alejandro* («La expedición de Alejandro al interior»), fundamento de todos los estudios modernos sobre Alejandro, y el *Indike*, un relato del viaje de regreso de la India de la flota del rey. Quedan extensos fragmentos en papiros y en manuscritos medievales, de su *Ta meta Alexandron* (Qué pasó después de Alejandro, FGH 156; partes en Austin 22a, 24), que cubren los primeros cuatro años después de la muerte del rey.

Diodoro (sobre el cual véase más adelante) utiliza a Clitarcos en su relato sobre Alejandro de su libro XVII. El otro historiador principal de Alejandro es un romano, Quinto Curcio Rufo (del siglo I o II d. C.), una figura bastante nebulosa, que escribió en latín, refleja la tradición populista o vulgar. Esto da a su obra un carácter moralista y retórico, pero complementa de forma útil a Arriano en el período que se inicia en 333 (la parte más antigua de su trabajo se perdió). En el llamado *Romance de Alejandro*, una colección parcialmente legendaria de cuentos que han quedado en versiones romanas medievales se reflejan elementos de la tradición vulgar, provenientes quizá de las tradiciones populares escritas no pocos después de la muerte del rey.

La historiografía del período helenístico

Los historiadores del período helenístico fueron numerosos, pero se han conservado pocas obras suyas. Las ramas de la historia local, regional y de las antigüedades florecieron, pero la mayoría de los autores son ahora nada más que nombres para nosotros (véase el capítulo 7). La falta de una narración continuada es un problema para gran parte de este período, particularmente en relación a los inicios y mediados del siglo III. Los principales historiadores del siglo III se han perdido: Jerónimo, Duris, Timeo, Filarco y Arato de Sición.

Como señala Wallbank: «Hay claros indicios de que son estos cinco quienes imprimieron su carácter y su versión de los hechos en la tradición existente».[21] Una pérdida igual de lamentable es la de Filocoros, el último y más grande de los actidógrafos (escritores de historia ática, es decir, ateniense), que trató tanto de los acontecimientos contemporáneos como de los más antiguos. La desaparición de estas obras es resultado, en parte, de los cambios en el gusto romano a que nos hemos referido antes, pero también se explica por una aparente falta de interés en los años transcurridos de c. 301 a c. 229 por parte de los escritores posteriores, que pueden haber preferido no centrarse en una época en que la dominación macedónica no había sido prácticamente desafiada. Todos estos escritores son examinados más adelante, aquí debo centrarme en los autores cuyas obras se han conservado en parte o en su totalidad.

Para el período desde 229 en adelante, tenemos la primera narración casi contemporánea que tiene afortunadamente una alta calidad. Polibio de Megalópolis (c. 200-c. 118) es el único historiador helenístico del que ha quedado una obra casi completa. Su obra, sin embargo, presenta mutilaciones; sólo un octavo de ella (los primeros cinco libros de cuarenta) permaneció intacto; el resto fue compuesto a partir de «fragmentos» (en el sentido explicado antes) más cortos o más largos, especialmente un resumen casi continuo del libro 6 al 18.

Polibio fue testigo de acontecimientos importantes y se relacionó con hombres que hicieron historia. Su padre fue un destacado estadista en la liga aquea durante los inicios del siglo II. Polibio fue uno de los mil aqueos retenidos en Italia después de la derrota de Macedonia; gozó de la compañía de estadistas y literatos romanos mientras vivió allí. Fue testigo del saco de Cartago en compañía de los principales generales romanos (146), y exploró la costa atlántica más allá del Estrecho de Gibraltar. Escribió su historia con el fin de explicar cómo los romanos se apoderaron de Grecia entre 220 y 167 y por tanto incluyó un proemio (libros 1-2) sobre el surgimiento de Roma, las primeras guerras contra Cartago, la situación de Grecia bajo Macedonia y la derrota de Esparta por Antígono II de Macedonia. Al final añadió un relato de los efectos de la dominación de Roma sobre Grecia (libros 30-39). No sorprende que esta dominación hiciera una fuerte impresión en Polibio, quien parece haber deseado explicarse por qué el éxito de los romanos fue tan completo, así como comunicar estas razones a sus lectores griegos de modo que éstos aceptaran el ineluctable nuevo orden mundial y se acomodaran a la situación.

Aunque resulta casi injusto para con los historiadores perdidos concentrarse tanto en Polibio, debemos asumir que la razón de que su obra se conservara se debió a que fue ampliamente leída y copiada, y por tanto que era considerada excelente. Junto con Tucídides, es uno de los dos historiadores griegos que puede, al menos en términos de metodología y objetivos, ser llamado científico, aunque ambos eran artistas literarios y distaban de ser desapasionados. Llama a su obra *pragmatiké historia*, «historia pragmática», basada en testimonios escritos, en su propio conocimiento de los hechos, en el testimonio de testigos oculares y así sucesivamente. Organizó su material de modo sistemático: en la parte principal de su obra abarcó un año cada vez, tratando de los hechos en el occidente (incluida África), Grecia, Macedonia, Asia y Egipto, siempre en ese orden. Desarrolló los principios explicativos de Tucídides a un nivel más alto de complejidad, que su insistencia en el papel de la Fortuna (*tyché*, cf. pp. 199-200) no invalida. El corolario a su análisis de sus propios métodos históricos son sus ataques, a veces imprudentes, a los métodos y prejuicios de otros historiadores, especialmente de Timeo en el libro 12. Él mismo está claramente predispuesto en favor de los aqueos y netamente en contra de los espartanos; pero el comentario de un estudioso de que «por supuesto sin ser neutral, no obstante, era honesto» parece justo.[22]

La historia universal del escritor romano Tito Livio (Titus Livius, probablemente

59 a. C.-17 d. C.) incluyó muchos pasajes basados en los libros perdidos de Polibio. Queda una amplia porción de la obra de Livio, que permite a los estudiosos llenar los vacíos de Polibio. Sobre la participación romana en Grecia hasta 167 a. C., Livio ofrece una narración detallada y valiosa en los libros 26-45.

Un contemporáneo de Livio, Diodoro de Sicilia (Diodorus Siculus, el «Siciliano») escribió una *Bibliothéke* (*Biblioteca*), una historia universal hasta 60 a. C. Los libros 18-20 son la única narración ininterrumpida de que disponemos para los años de 323-302 a. C.; se basan en buena parte en las memorias de Jerónimo de Cardia, archivero de Alejandro que fue también oficial del ejército. Del resto de la obra de Diodoro quedan fragmentos, pero es claro que para la historia de su Sicilia natal hasta el segundo cuarto del siglo III utiliza a Timeo; para la historia griega del siglo III tardío y el siglo II sigue mucho a Polibio, y para el período posterior a 146 utiliza al erudito estoico Posidonio (135-51 a. C.). Los libros sobre los hechos de 301 a 60 a. C. son fragmentarios.

Desde 301 hasta la narración de Polibio en 229 a. C., no hay un relato continuo; lo más próximo a una narración que tenemos es una versión de segunda mano de una obra perdida escrita a finales del siglo I a. C. o inicios del siglo I d. C. Pompeyo Trogo, un galo romanizado de la Galia Narbonense, escribió sus *Historias Filípicas* en el reinado de Augusto. Han quedado en la forma de un epítome (resumen) de Justino (M. Iunianus Iustinus), un escritor de fecha incierta, quizá de finales del siglo II d. C.[23] El sumario tiene 262 páginas de traducción al inglés [en la versión castellana de Gredos, suman 457 pp.]; el original fue probablemente de cinco a diez veces más largo. Los resúmenes de libros individuales variaban de longitud entre una y diecinueve páginas, y eran particularmente cortos en los períodos medio y tardío; los libros 26-35 (272-145 a. C.) ocupan tan sólo unas setenta páginas en la versión castellana. La conservación de la obra se debe a su popularidad en la Edad Media, cuando el epítome era ampliamente leído en términos relativos, junto con una serie de *prologi* (índices de contenido) de autoría indeterminada; éstas son independientes de Justino puesto que evitan algunos de sus errores. Tanto su brevedad como su relativa precisión son ilustradas por el *prologus* del libro 27, que abarcaba nada menos que la historia de veinte años (246-226/115 a. C.). La siguiente cita mantiene la grafía latina en los nombres:[24]

> En el volumen vigésimo séptimo se contiene lo siguiente: la guerra de Seleuco (II Calinicus) en Siria contra Ptolomeus Trifo; igualmente en Asia contra su hermano Antiocus Hiérax, guerra en la que fue vencido por los galos en Ancura; y cómo los galos, vencidos en Pergamum por Atalus, mataron al bitinio Zielas. Como Ptolomeus (III) mató a Adeus, después de haberlo hecho prisionero por segunda vez, y Antigonus venció a Sofron en Andros, en una batalla naval. Cómo Antiocus, derrotado por Seleucus III Calinicus en Mesopotamia, escapó de Ariamenes, que maquinaba contra él, y después huyó de los guardianes de Trifo; matado Antiocus por los galos, también su hermano Seleucus murió, y Apaturius mató al mayor de sus hijos.
>
> (Trogo, Prólogos, 27)

Un ejemplo de las deficiencias de Justino, o de cómo sus intereses eran diferentes a los nuestros, es que en el epítome más completo del mismo libro deja de nombrar por completo la batalla de Ancura (hoy Ankara), y erróneamente se refiere a Átalo de Pérgamo como «el rey de Bitinia, Eumenes» (27.3.1).

La obra de Trogo abarcó el Oriente Próximo (libros 1-6), Macedonia (7-12), los reinos helenísticos (13-40) y la historia de los partos (41-42); añadida a ésta están los primeros reyes de Roma (43) y la historia de España y Cartago (44). Las secciones helenísticas incluían muchos episodios de la historia siciliana y cartaginesa, y el epítome de Justino de los libros 24-25 preserva un valioso relato de las invasiones gálatas de Grecia, así como una notable historia que pretende mostrar cómo Ptolomeo Cerauno (Trueno), hijo de Ptolomeo I, engañó a su hermana (media hermana) Arsínoe II para que se casara con él y mató a los hijos de ella, de modo que pudo quitarle la ciudad de Casandrea (24, 2-3), un caso raro de una narración específica sobre los primeros Ptolomeos, aunque no más confiable por ello. Justino es la principal fuente de ciertos episodios, tales como un golpe en la ciudad peloponesia de Elis alrededor de 270 a. C. (26, 1-4); en este caso particular el epítome y el prólogo apenas si se yuxtaponen.

El epítome de Justino es efectivamente una selección personal antes que un sumario literal, y puede demostrarse que es impreciso y confuso en muchos puntos; pero su posición se ha elevado al reconocerse que Trogo puede haber usado ampliamente a Posidonio (directamente o a través de un historiador intermediario), y que Justino y los prólogos son particularmente importantes para la historia griega occidental y cartaginesa.

El último gran historiador, particularmente importante para el período helenístico tardío, es Apiano de Alejandría (últimas décadas de la primera mitad del siglo II d. C.). Más o menos contemporáneo de Arriano, trabajó como abogado en Roma y tuvo un cargo público bajo el emperador Antonino Pío. Su historia de Roma comprende varios libros que describen determinados pueblos y cómo los romanos los conquistaron. El libro 9, la *Makedoniké* (*Historia macedónica*), es fragmentario, pero los tres siguientes han quedado completos. El breve libro 10, *Ilyriké* (*Historia iliria*) se centra en la intervención de Roma en la Grecia noroccidental en 230-119 y 50-33 a. C. El libro 11, *Syriaké* (*Historia siria*, generalmente llamado *Las guerras sirias*) describe con detalle la guerra de Antíoco contra los romanos (caps. 1, 1-7. 44) y resume la historia seléucida tardía hasta la conquista romana y la época posterior (caps. 8. 45-51, 11. 66-70). Una digresión sobre los acontecimientos previos (caps. 9. 52-11. 66) contiene el famoso esbozo de Seleuco I y sus triunfos. El libro duodécimo, el extenso *Mithradateios* (o *Mithridateios; Las guerras de Mitridates*) narra las tres guerras de Mitridates (o Mitradates) VI Eupátor contra los romanos, conservando episodios clave tales como la masacre de los romanos en Asia Menor (cap. 4. 22-3)), la tiranía de Aristión en Atenas, y la captura de la ciudad por Sila (cap. 5. 28-6. 41).

Apiano hace más que resumir sus fuentes para nosotros; preserva material de obras perdidas de Jerónimo de Cardia, Polibio, y sobre todo del tratado antirromano *Sobre los reyes de* Timagenes de Alejandría, escritor del siglo I (FGH 88).

Para el período 69 a. C.-46 d. C. también tenemos los libros 36-60 (de los ochenta libros originales) de la *Historia romana* de Casio Dión (c. 164 d.C-después de 229), otro griego miembro de la clase senatorial de Asia Menor. Los libros que quedan se refieren principalmente a la historia romana, pero contienen importantes datos para las fases tardías de las guerras mitridáticas de Roma (véase el capítulo 10).

Otras fuentes con contenido histórico

Los escritores no griegos que escribieron en griego son una fuente ocasional pero esencial de datos. Para la historia de los judíos bajo el régimen seléucida, particularmente el conflicto con Antíoco IV en el siglo II a. C., los libros primero y segundo de los Macabeos, ambos en griego, son una fuente clave (pp. 289-290, 330), mientras que Josefo (siglo I d. C.), otro ejemplo de literatura greco-judía (p. 289), nos da más apreciaciones de éste y otros episodios.

Babilonia y Egipto tienen cada una un portavoz. Quedan los escuetos fragmentos de la *Babyloniaka* del sacerdote babilónico Beroso (p. 285), quien, se dice, la dedicó a Antíoco I (r. 280-261). Se afirma que fundó una escuela para astrólogos en la isla de Cos, que estaba dentro de la esfera ptolemaica (Vitruvio 10. 6.2). En la antigüedad su obra fue leída principalmente en la forma de un sumario por Cornelio Polihistor (siglo I a. C.). Éste, a su vez, se conserva sólo en extractos de Josefo (siglo I d. C.) y Abidenos (siglo II d. C.) y en una versión de inicios del siglo IV a. C. por el obispo griego Eusebio de Cesárea, en el libro I de su *Chronika*. Beroso relató primero (en un griego bastante deficiente) la creación del mundo y la revelación de los principios de la civilización por el mensajero de los dioses, Oanes:

> En el primer año [del reinado de Alorus] un animal llamado Oanes salió del mar Eritreo [Golfo Pérsico] en un lugar cercano a Babilonia. Todo su cuerpo era como el de un pez, pero le había crecido una cabeza humana debajo de la de pez y también pies humanos a partir de la cola… Dio a los hombres conocimientos de las letras y las ciencias y oficios de todo tipo. También les enseñó como fundar ciudades, organizar templos, introducir leyes y medir la tierra. También les reveló las semillas y la recolección de frutos, y en general les dio todo lo que hace la vida civilizada.
>
> (*Babyloniaka*, 1. 1.5)

La obra continuaba con la historia de los reyes babilónicos y sus sucesores hasta Alejandro, con bastante brevedad; esto le atrajo las críticas de los escritores griegos y romanos que esperaban un contenido más histórico. Parece, sin embargo, que el propósito de Beroso era no tanto histórico como cultural: ofrecer a los griegos, en particular a los soberanos de Babilonia, un esbozo de la cultura y las creencias

babilónicas. A juzgar por las posteriores tergiversaciones sufridas por esa cultura, su obra tuvo poca influencia.[25]

Mejor preservado que Beroso ha sido un autor egipcio, Manetón (o Manetos; FGH 609, véase p. 285). No es seguro si él o Beroso escribieron primero, pues fueron casi contemporáneos.[26] Siendo un sacerdote, como Beroso, dedicó su *Aegiptiaka* (*Historia egipcia*) a Ptolomeo II. Si es cierto que Ptolomeo I le pidió consejo cuando el culto de Serapis llegó a Alejandría (Plutarco, *Sobre Isis y Osiris*, 28), era una figura importante en la corte de los primeros Ptolomeos. Su libro se ha preservado en la forma de citas y paráfrasis en Josefo, y en citas de un epítome (perdido) entre las obras de autores romanos y bizantinos tardíos tales como el cronógrafo latino Africano (siglo III d. C.), Eusebio (arriba, preservado en griego y armenio), y el monje griego Sincelo (siglo VIII).[27] Ocasionalmente tenemos amplios sumarios o paráfrasis como cuando Josefo critica su relato de las costumbres y la historia judías (Manetón, frag. 54 = Josefo, *Contra Apión*, 1, 26-31, 226-87). Un fragmento típico, sin embargo, aparece en la siguiente forma (copio las tres versiones):

> La XXXI Dinastía consistió en tres reyes persas. 1. Oco, en el año veinte de su reinado sobre los persas, se convirtió en rey de Egipto y gobernó durante dos años. 2. Arses reinó tres años. 3. Darío reinó cuatro años. Total de años en el tomo tercero, 1050 [los editores sugieren 850]. Aquí termina la Historia de Manetón.
>
> (fr. 75 a, en griego, de Sincelo, según Africano)

> La XXXI Dinastía consistió en tres reyes persas: 1. Oco, en el año veinte de su reinado sobre los persas, se convirtió en rey de Egipto y gobernó durante seis años. 2. Su sucesor fue Arses, hijo de Oco, que reinó cuatro años. 3. Despues reinó seis años Darío, el cual fue muerto por Alejandro el macedonio. Esto es lo referido en el tomo tercero de Manetón. Aquí termina la Historia de Manetón
>
> (fr. 75 b, en griego, de Sincelo, según Eusebio)

> La XXXI Dinastía consistió en reyes persas: 1. Oco, en el año veinte de su reinado sobre los persas, ocupó Egipto y lo gobernó durante seis años. 2. Su sucesor fue Arses, hijo de Oco, que reinó cuatro años. 3. Después, reinó seis años Darío, al cual mató Alejandro el macedonio. Y estas son las cosas referidas en el Tomo tercero [segundo en la versión original armenia] de Manetón.
>
> (Manetón, fr. 75 c, en latín de la traducción armenia de Eusebio)

Las numerosas discrepancias, particularmente cronológicas, ilustran el problema que afecta a todas las fuentes fragmentarias del período helenístico, aunque este es un caso extremo. No obstante, Manetón siguió siendo el fundamento de la cronología egipcia preptolemaica,[28] y otro ejemplo importante (si bien raro) de intercambio entre griegos y no griegos.

Entre las fuentes no historiográficas más valiosas de época más tardía están las cincuenta biografías en griego de Plutarco de Queronea (n. antes de 50 d. C.; m. después de 120 d. C.), que también escribió profusamente sobre filosofía y ética. En

estos breves, y a menudo brillantes, relatos de las vidas individuales explora las raíces de los caracteres humanos en sus rasgos heredados y adquiridos, tal como los mostraban sus acciones, con el fin de hacer accesible a sus lectores una verdadera comprensión del carácter y la moralidad. Cuarenta y seis de estas vidas van en pares: las *Vidas paralelas*, en las que un estadista griego es comparado explícitamente con uno romano; en la mayoría de los casos, un tercer texto más corto llamado la *Comparatio* acompaña el dúo. Plutarco era un beocio de Queronea, pero aunque preservó sus raíces allí, como Polibio y otros muchos griegos educados, se beneficiaron de contactos intelectuales con Roma y Alejandría y de sus visitas allí. El emperador Trajano le otorgó honores. Veneraba los ideales de la Grecia clásica, que estaban siendo reformulados para una nueva audiencia durante el período llamado la Segunda Sofística (c. 60-230 d. C.), bajo el mecenazgo de emperadores tales como Nerón, Trajano y especialmente Adriano. Plutarco asumió seriamente sus responsabilidades como encargado de un sacerdocio en Delfos.

En las *Vidas paralelas* la preferencia general de Plutarco se decanta por las figuras heroicas de la Grecia clásica que podían equipararse a los romanos que había escogido; parece pensar menos en Grecia bajo Alejandro y después de él. De la Atenas de finales del siglo IV, retrata a dos víctimas de la toma de la ciudad por los macedonios: Demóstenes (comparado con el orador romano Cicerón, también víctima de una guerra civil) y Foción (junto a Catón el Joven, una víctima honorable semejante). Por lo demás, junto a Alejandro (yuxtapuesto a Julio César), nos da sólo siete figuras helenísticas. De los años posteriores a la muerte de Alejandro escribió sólo tres biografías. El rey Demetrio I es su único personaje regio de la generación de sucesores de Alejandro; es comparado con Marco Antonio, otro hombre al que Plutarco atribuye una debilidad de carácter revelada por las circunstancias. Eumenes de Cardia, el único general no macedonio entre los Epígonos, es comparado con Sertorius, un soldado igualmente talentoso y marginado. El rey Pirro del Épiro, que invadió Italia, es colocado en contrapunto a Mario. El descuido de Plutarco en incluir a Ptolomeo, Lisímaco, Seleuco o a cualquiera de sus descendientes —incluso hombres de grandeza tal como el heroico reconquistador del oriente, Antíoco III, o al agresivo Filipo V de Macedonia— sugiere que tenía dificultades para elevar a un nivel ejemplar, aun como modelos negativos, a los griegos que hubieran oprimido a otros griegos (de Demetrio podía al menos decir que había liberado dos veces a Atenas). El énfasis resultante en los hechos ocurridos antes y después de mediados del siglo III agrava el vacío en nuestras fuentes narrativas.

Las figuras de finales del siglo III y del siglo II en las *Vidas de Plutarco* incluyen a dos generales aqueos. Se trata de Arato de Sición en una biografía suelta, no en pareja; Filopoimen, sin embargo, es emparejado con un estadista romano implicado en la conquista de Grecia: Flaminio, el liberador del año 197. Otra Vida está dedicada a Emilio Paulo, el vencedor del último rey de Macedonia, que es emparejado con Timoleón, un corintio del siglo IV que derrocó a los tiranos de Sicilia. Las biografía

de los reyes espartanos reformadores Agis y Cleómenes están escritas en pareja y son comparadas con un par de reformadores romanos, los hermanos Gayo y Tiberio Graco.

Las *Vidas* de Plutarco son, a falta de otro testimonio, una fuente importante de datos históricos, pero son biografías morales ante todo y sobre todo; y sólo secundariamente relatos históricos. Aunque utiliza sus fuentes concienzudamente, con frecuencia selecciona y reacomoda para recalcar rasgos del carácter y puntos de comparación. A veces cae bajo el hechizo de fuentes tendenciosas, como en sus biografías de Agis y Cleómenes, que se basan mucho en el adulador relato de Filarco y en su retrato de su enemigo Arato, en que utiliza las memorias del jefe aqueo como una fuente primaria, aunque también lo critica.

Entre los escogidos por el biógrafo romano Nepote (c. 110-24 a. C.) para su colección de vidas breves figuran el estadista ateniense de finales del siglo IV Foción (dos páginas) y el general macedonio Eumenes (9 páginas). También escribió una página sobre los reyes (*De regibus*), un tercio de la cuál es una mera nómina de los diadocos. Aunque carente de hechos fiables, tiene cierto interés, en tanto confirma el sesgo de todas nuestras fuentes en apartar la atención de mediados del siglo III.

> Hubo también muchos reyes de entre los amigos de Alejandro Magno que, tras la muerte de éste, asumieron el poder; entre ellos Antígono y su hijo Demetrio, Seleuco y Ptolomeo. De éstos Antígono murió violentamente cuando luchaba contra Seleuco y Lisímaco. La misma muerte tuvo Lisímaco a manos de Seleuco cuando, rotas las hostilidades entre ellos, se hicieron la guerra. Por lo que hace a Demetrio, que había casado a su hija con Seleuco, lo que no hizo que pudiera haber una leal amistad entre ellos, murió de enfermedad durante el tiempo que su yerno lo tuvo en prisión, después de haberlo cogido prisionero de guerra. Y no mucho después Seleuco fue muerto a traición por Ptolomeo Ceraunos, a quien el propio Seleuco, al ver que el padre de Ptolomeo le había expulsado de Alejandría, encontrándose sin protección de nadie, le había recibido en su casa. El propio Ptolomeo, que había renunciado en vida al poder en beneficio de su hijo, se dice que fue privado de la vida por su propio hijo.
>
> (Nepote, *De regibus*, 3. 1-4 = cap. XXI, *Vidas*)

Los geógrafos pueden también ser invalorables.[29] Estrabón, de Amasea en el Ponto (c. 64 a. C. - después de 21 d. C.), es un escritor helenístico cultural y cronológicamente, aunque se le suele tomar más en cuenta en relación al imperio romano.[30] Su Geografía en diecisiete libros no sólo es una de las fuentes más extensas, sino también una de las más importantes de la antigüedad griega, y será citado en este libro con más frecuencia que cualquier otro autor, a excepción de Polibio. El principal valor de su obra para la historia helenística reside en sus descripciones topográficas de las áreas orientales del imperio de Alejandro que se convirtieron en provincias romanas, pero también nos informa de asuntos tales como la historia de los atálidas. Su utilidad es tanto mayor por el hecho de que mucha de su información geográfica procede de autores de los siglos III y II, que, aunque anticuada

en su propia época, es relevante para la historia helenística. Esto puede ser exacto con respecto a parte de su información sobre Mesopotamia y las provincias seléucidas (hay muchas referencias en el capítulo 8). Sin embargo, su extensa descripción de Alejandría (pp. 239-240) está basada en su propia observación.

Una fuente no historiográfica igualmente importante, esta vez de la época romana, es Pausanias (mediados del siglo II d. C.), un médico de Magnesia en el Asia Menor (probablemente Magnesia de Sipilos), que compuso una guía para Grecia meridional continental y sus antigüedades. Su interés se limita, en gran parte, a los lugares famosos más antiguos previos a la derrota de la liga aquea por los romanos en 146 a. C., pero a raíz de ello incluye estatuas y otros monumentos de figuras importantes del siglo III e inicios del II, algunas de las cuales utiliza como puntos de partida para narraciones históricas. El libro 1, sobre el Ática, casi parece concebido a introducir al lector en la historia de las monarquías helenísticas, con sus digresiones sobre la invasión de los gálatas (cap. 4), las vidas de Ptolomeo I (caps. 6-7), Átalo (cap. 8, 1-2), Pirro (caps. 11, 1-14.1) y Seleuco (cap. 6), los acontecimientos que implicaron a Mitrídates y Sila (cap. 20. 3-4), y la historia de Atenas desde Filipo a Casandro (caps. 25.3-26.3), así como una digresión sobre Lisímaco que es uno de nuestras más importantes fuentes de información sobre este rey (caps. 9.5-10.5). En otras partes hay secciones sobre la historia de Esparta (vg. 2. 9. 1-3; 3, 6; 8.27. 9-16) y un encomio de Filopoimen (8. 49-52); es nuestra primera fuente para el saco de Corinto por los romanos y del asentamiento romano de 146 a. C. (7.14-16).[31]

Finalmente, Ateneo (pp. 31-32) recoge muchas anécdotas sobre los reyes helenísticos. Sus relatos de la entrada de Demetrio I en Atenas y de la procesión de Ptolomeo II en Alejandría (respectivamente At. 6. 253-b-f y 5. 201b-203e, Austin 35 y 219) se citan en otra parte de este libro. En comparación, es parco en material más antiguo, quizá a causa de la riqueza de las fuentes helenísticas en que se pudo basar.

Examen de los textos históricos

Las fuentes literarias para los acontecimientos antes de la absorción romana son intermitentes y, con la excepción de Justino, hay un vacío completo de 301 a 229. El vacío más lamentable de todos es quizá la ausencia de relatos detallados de las vidas de Lisímaco y Seleuco. Sin embargo, aun para el siglo III, podemos utilizar inscripciones para reconstruir una especie de narración, y sólo permanecen en la oscuridad episodios aislados. Los historiadores no están de acuerdo, por ejemplo, si Antígono II Gónatas de Macedonia reinó en Atenas durante algunos años; hay dudas acerca de la cronología de la guerra cremonidea en la década de 260. Varias batallas, como la de Cos y la de Andros a mediados del siglo III no tienen fecha segura; y hay famosos enigmas irresueltos tales como la revuelta de Ptolomeo «el hijo» en Efeso en

la década de 260.[32] Otros períodos también tienen problemas: la historia de los últimos Ptolomeos está representada principalmente por las maquinaciones dinásticas, con algunos vacíos sólo parcialmente cubiertos por hechos registrados en inscripciones y papiros; la secuencia de revueltas nativas es todavía tema de debate; no todos los nombres e interrelaciones de los últimos Ptolomeos y sus reinas se conocen con exactitud, al igual que los últimos Seléucidas. Un ejemplo particularmente grave de *terra incognita* es la historia de los últimos gobernantes griegos de Bactriana (en el norte de Afganistán), para algunos de los cuales la única prueba de su existencia está en sus monedas. Los estudiosos han establecido tentativamente una secuencia de monarcas y calculan la duración de sus reinados a partir del número de monedas existente, un procedimiento endeble que no procura un fundamento firme para la explicación histórica.

A la luz de lo que se ha dicho antes, podría pensarse que el estudio de la historia y la cultura helenística está asediado por problemas insuperables, y que la escasez de fuentes es responsable de (y quizá justifica) el descuido relativo de la historia helenística por parte de los escritores modernos, y su lugar marginal en los cursos universitarios. Sin embargo, ¿resultaría diferente el período, si tuviéramos más fuentes literarias? ¿Tendríamos un fundamento más firme para tratar de comprenderlo?

No es la carencia de una narración continua lo que distingue a este período de la era clásica precedente, sino la sobrevaloración de la misma y de ciertas categorías particulares de testimonios. Sólo podemos comenzar a entender cabalmente la Grecia clásica cuando nos liberemos de la presencia distorsionadora de autores que tienen una sólida concepción del mundo, como Tucídides. El peso asignado a enunciados «clásicos» como los suyos, no ha tenido una influencia benigna en su conjunto. Los historiadores del período clásico, como los del helenístico, se basan ahora esencialmente en testimonios no literarios así como en fuentes historiográficas; nuestra comprensión del imperio ateniense del siglo V y de la naturaleza de la democracia ateniense, que se basó alguna vez en fuentes literarias como Tucídides o Diodoro, fue completamente transformada a finales del siglo XIX y en el siglo XX por el descubrimiento de las inscripciones. Además hay muchas áreas de la historia clásica que las fuentes literarias y epigráficas apenas tocan, y que no podemos siquiera comprender sin recurrir a datos numismáticos, artísticos y arqueológicos. Esto es sobre todo válido respecto a la historia económica y social.

De modo semejante, lo disparejo de la narración helenística es en parte un fallo de los antiguos escritores, ya sea de los que se han conservado o de los que se han perdido, que se centraron en las guerras y las luchas dinásticas de los sucesores inmediatos de Alejandro, y en la conquista de Grecia por Roma, en detrimento de otros aspectos y épocas. Una razón probable puede ser inferida a partir de Polibio, que al inicio de su historia comenta que

> en las épocas anteriores a ésta [en 220-216 a. C.] los acontecimientos del mundo estaban como dispersos, porque cada una de las empresas estaba separada en la iniciativa de conquista, en los resultados que de ellas nacían y en otras circunstancias, así como en su localización. Pero a partir de esta época la historia se convierte en algo orgánico, los hechos de Italia y los de África se entrelazan con los de Asia y con los de Grecia, y todos comienzan a referirse a un único fin.
>
> (Polibio, 1.3.3)

El relativo descuido de algunos tramos de la época podría estar hasta cierto punto inscrito en el material; pues los diferentes historiadores trataban de los distintos acontecimientos sin dar una visión de conjunto. Se vio exagerada a finales de la era helenística y durante la época romana, en que los epítomes y los sumarios desplazaron partes enteras de la narración. Es muy dudoso que el descubrimiento de una obra literaria importante, como la historia de Jerónimo, cambie de modo fundamental la narración o aumente nuestra comprensión de las estructuras clave y las tendencias sociales. Lo que hace a la historiografía helenística diferente y apasionante, y podría hacerle más fácil lograr una visión equilibrada de la sociedad helenística, es precisamente el hecho de que el testimonio no literario es mucho más abundante que las narraciones prefabricadas con su conocimiento histórico inevitablemente limitado y puntos de vista comprometidos. En efecto, uno de los temas de este libro será que no hay una única «historia helenística», sino una serie de historias diferentes.

Los textos no históricos

La antigua tradición de la historiografía estaba sumamente centrada en las cuestiones políticas y militares, pero los estudiosos están habituados a hacer uso de otro tipo de fuentes literarias para esclarecer diferentes aspectos en todos los períodos de la historia griega y romana. Muchas obras contemporáneas de creación literaria, en particular la poesía, aportan datos sobre la sociedad y la cultura, aunque, como los escritos de religión, filosofía y ciencia, han sido muchas veces tratados separadamente en los estudios generales del período, o incluso no tomados en cuenta. Tal descuido es tanto más injustificado dado que aquellos que escribieron sobre la filosofía y la mecánica se consideraban también literatos.

Aquí se hará sólo una breve enumeración de las fuentes, que se encontrarán detalladas en los capítulos 5 (especialmente la sección sobre filosofía), 7 (sobre literatura) y 9 (sobre ciencia).

La poesía del período helenístico, gran parte de la cual se escribió en el entorno ptolemaico y a la cual a veces se llama genéricamente alejandrina, está bien representada en las obras que han quedado. Fuera de Egipto, pero influenciado por los estilos existentes, un figura principal es Arato de Soles, autor de poemas

didácticos sobre astronomía y signos del clima. Entre los poetas importantes iniciales están Teócrito y sus sucesores, tales como Mosco y Bioon (siglo II a. C.), quienes cultivaron la poesía bucólica (poemas sobre pastores), que quizás con más exactitud se puede llamar pastoral. Las diversas obras de Calimaco (Callimachus) lo colocan en la vanguardia de la literatura del siglo III, junto con luminarias tales como Apolonio de Rodas, autor de un nuevo estilo de poema épico sobre los argonautas. Entre los poetas que consideramos figuras menores, algunas fueron sin duda importantes para sus contemporáneos. Ejemplos de ello son el enigmático Licofrón, con su interminable poema acertijo *Alexandra* (pp. 271-272), y Nicandro (Nicander), cuyos poemas presentan el novedoso tema de los venenos y los animales venenosos. *Los Mimos* de Herodas no salieron a la luz en papiro hasta el siglo XIX. Muchos epigramas helenísticos (no todos alejandrinos) se preservaron en antologías, de las cuales la primera y más famosa es la *Guirnalda* de Meleagro (c. 100 a. C.); entre los principales exponentes del epigrama están los poetas del siglo III Asclepíades, Filetas y Hedilos.

Todo esto es de interés y valor para el historiador, y señala al período helenístico como la edad de oro de la poesía griega y sus poetas fácilmente están a la altura de los grandes líricos del período arcaico (c. 700-480), que son tan importantes para una comprensión del desarrollo inicial de la sociedad de élite. Indirectamente, si se interpreta con prudencia, también estos poetas nos dan una idea de las prácticas y las actitudes sociales a las que las fuentes clásicas rara vez nos dan acceso.

El drama desempeñó un papel menor que antes, al menos en la literatura conservada. Del inicio de nuestro período procede uno de sus más grandes dramaturgos, el escritor cómico Menandro de Atenas, algunas de cuyas obras se preservan en papiro. Sus piezas encarnan (y así fomentan) nuevas maneras de presentar y exponer la vida del individuo y la familia. Fuera de los mimos de Herodas, cuyo contexto social es tema de debate, sólo quedan fragmentos de los nuevos dramas. Aunque los dramas clásicos atenienses continuaron representándose, en un nuevo contexto político no tenían ya la misma función de compendiar los debates más encendidos del momento.

Nuestro conocimiento de la filosofía y la ciencia es relativamente completo, a partir tanto de fuentes contemporáneas como posteriores. Desde antes del inicio del período nos han quedado numerosas obras de Aristóteles de Estagira, Macedonia (384-322), director del Liceo en Atenas y posiblemente tutor del joven Alejandro. Sus tratados, quizá basados en anotaciones de clase, comprenden temas tan diversos como la lógica, la metafísica, la biología, el entendimiento, la ética, la política, el arte y la poética, y demuestran que los límites entre las disciplinas eran fluidos y que los pensadores estaban dispuestos a cruzarlos. Para el historiador se destacan dos obras: *La Política* (*Politika*; una traducción mejor sería *Cívica*), escrita alrededor de 330 a. C., contiene abundante información sobre las diferentes ciudades-estado griegas. *La Constitución de los atenienses*, escrita por él o por sus ayudantes, y descubierta en

papiro a finales del siglo XIX, es enormemente valiosa para la historia ateniense. No obstante, la *oeuvre* más amplia de Aristóteles tuvo una importancia mayor con posterioridad; para los pensadores medievales —quizá en un grado excesivo— era la fuente principal de todo el conocimiento del cosmos.

El sucesor de Aristóteles, Teofrasto de Ereso en Lesbos, tenía igualmente un talento múltiple y quizá con un fundamento más firme en los datos empíricos. Otras obras han tenido menor fortuna: sólo una que otra ha quedado completa, el tratado filosófico sobre la armonía por Aristoxenos, un joven asociado de Aristóteles. Se han encontrado papiros quemados y obras menores de Epicuro, pero sobre él y otros filósofos nuestra fuente principal es tardía: los diez libros de *Vidas de filósofos ilustres* atribuidos a Diógenes Laercio (c. siglo III d. C.).

Junto a las obras de Aristóteles y Teofrasto, las fuentes contemporáneas conservadas sobre las ciencias (en el sentido moderno más estricto de distintas a la filosofía) comprenden obras de filosofía de Aristarco e Hiparco, de matemáticas e ingeniería de Arquímedes y Euclides, sobre las secciones cónicas de Apolonio de Perga (c. 120) y de física de Filón (c. 255) y Herón (finales del siglo V d. C., pero importante por la recuperación de sus predecesores). Todos estos escritores fueron muy importantes, pues a veces establecieron terminologías científicas todavía utilizadas hoy en día.

Muchos detalles sobre el pensamiento científico tienen que completarse con fuentes posteriores, particularmente escritores griegos y romanos del período imperial. Desde el fin del período helenístico, autores tales como Estrabón y el tratadista de arquitectura Vitruvio (ambos activos bajo Augusto) preservaron muchos elementos del pensamiento helenístico, nombrando a menudo a pensadores e inventores específicos. Lo mismo hizo también el escritor romano Plinio el Viejo (siglo I d. C.) en su compendio *Historia natural*.

Particularmente problemática es la reconstrucción de la medicina helenística, para la cual debemos confiar en las fuentes secundarias. No queda ninguna obra primaria, aunque un largo tratado de Pedanio Dioscórides (Pedanius Dioscorides de Anazarbos en Cilicia), *Sobre la materia de la medicina* (*Peri hylês iatrikês* o *De materia medica*), que trata de los remedios, data del siglo I d. C. Abarca, sobre todo, las sustancias derivadas de plantas, pero también de los animales y los minerales, y representa una síntesis importante basada en largos viajes, experiencia de primera mano e investigación en la obra de autores antiguos. La práctica y la teoría médicas son abordadas por el autor romano Aulo Cornelio Celso (Aulus Cornelius Celsus, que escribió bajo el reinado del emperador Tiberio, 14-37 d. C.) y por otros tres autores que escribían en griego: Rufo (finales del siglo I d. C.), Sorano (floreció bajo Trajano y Adriano), ambos de Éfeso, y sobre todo las voluminosas obras de Galeno de Pérgamo (129-199 d. C.). Partes de Galeno y de Rufo sólo quedan en traducción árabe.

Ptolomeo (Claudius Ptolomaeus, mediados del siglo II d. C.) es una fuente esencial para la astronomía, la geografía y las matemáticas (véanse las pp. 372, 373, 376-377). Otra es Pappus de Alejandría (p. 353) cuya obra, parcialmente conservada, *Synagogê* (*Colección* o *Compilación*) es una recopilación póstuma de sus tratados; incluye comentarios sobre Euclides, Apolonio, Ptolomeo y otros autores antiguos, así como información útil sobre Hiparco. Las obras que quedan de tres filósofos neoplatónicos desempeñan un papel similar. Proclo (401 o 412-485 d. C.), de Licia, escribió tratados de astronomía y comentarios sobre Euclides y Ptolomeo. Ioanes (Juan) Filoponus de Alejandría (c. 490-570 d. C.) debatió la física de Aristóteles y la naturaleza del universo. También a mediados del siglo VI, Simplicio de Atenas escribió comentarios sobre Aristóteles, preservando la esencia de muchas discusiones durante novecientos años después de su muerte. Pese al lapso de tiempo transcurrido, es posible dar un peso considerable a estos testimonios tardíos; los científicos griegos fueron siempre conscientes de la obra de sus predecesores, y buscaron validar sus propios aportes refiriéndose a ellos.

Los textos científicos y literarios son testimonios importantes de la visión que los griegos tenían de sí mismos y del carácter de la sociedad griega.

LAS FUENTES NO LITERARIAS

UN rasgo sorprendente del período helenístico, en comparación con el clásico, es el número muy grande de textos no literarios que quedan, y su preponderancia sobre los datos historiográficos. Por una parte, dichas fuentes —papiros documentales, inscripciones, monedas y restos arqueológicos— nos dan un acceso mucho más directo al período. Por otra parte, estas fuentes plantean problemas especiales de interpretación y necesitan conocimientos especializados para ser evaluadas directamente. No pueden hablarnos con su propia voz, como Tucídides y Polibio; debemos analizarlas tanto internamente y cotejarlas de modo que podamos interrogarlas con rigor, no subjetivamente.

Los papiros

Uno de las categorías más importantes de tales datos es la que corresponde a las decenas de miles de papiros preservados en Egipto. Sin embargo, como son de relevancia casi exclusivamente para la historia egipcia, y no para el mundo griego en general, son examinadas en el capítulo 6.

Las inscripciones

El estudio del período en general se beneficia del hecho de que queda una gama mucho más amplia de inscripciones (testimonio «epigráfico») que para los períodos más antiguos de la historia griega.[33] El presente libro cita muchos de esos documentos. Mientras que los papiros contienen con frecuencia la fecha exacta según el calendario ptolemaico, la mayoría de las inscripciones tienen que ser fechadas interpretativamente sobre la base de la forma de la letra. Ésta indica muchas veces cuándo y dónde fue grabado un texto, dentro de amplios límites; un epigrafista especializado podrá típicamente inferir una fecha con un margen aproximado de un cuarto de siglo más o menos. La asignación a un determinado lugar puede basarse en el idioma del texto, que puede estar asociado a una ciudad particular. Los límites varían, sin embargo; las simples lápidas funerarias, nunca fechadas, pueden ser difíciles de asignar a un período determinado de un siglo, mientras que otras inscripciones preservadas sin contexto, carentes de procedencia arqueológica, no siempre pueden atribuirse a un lugar. En el otro extremo del espectro, un decreto que nombre a un rey, incluso sin un sitio de hallazgo, puede ser usualmente datado dentro de un determinado reinado en particular —aunque, como los reyes de una

determinada dinastía solían tener el mismo nombre, y no estaban numerados como ahora, no es siempre seguro a qué rey se refieren.

El grupo más importante de textos epigráficos son los documentos cívicos de la polis griega (las ciudades-estado). La mayoría de las ciudades seleccionaban ciertas transacciones públicas para que fueran grabadas en piedra, aun cuando ya estaban bajo el dominio de Alejandro y sus sucesores. No sólo aumentó el número de ciudades en este período, sino que se dedicaron con creciente energía a la preservación de estos registros. El enorme aumento del número de inscripciones de las ciudades griegas del Asia Menor es uno de los rasgos más asombrosos de este tipo de testimonio, y en ausencia de narraciones ininterrumpidas y de papiros, son particularmente valiosas para el estudio del imperio seléucida occidental. Entre las fuentes para la historia económica de las comunidades, las inscripciones de Délos, especialmente las cuentas de los encargados del templo (*hieropoioi*) son particularmente ricas en datos (véase Austin 104, de los relatos para 279 a. C.).[34] El documento arquetípico de la época, sin embargo, es el decreto del Consejo y el Pueblo (vg. SEG i, 363) que con frecuencia preserva los nombres de los ciudadanos políticamente activos o registra las relaciones de la ciudad con el rey.[35] En número, las lápidas son probablemente los textos más comunes, un hecho que en algunos casos ha permitido estudios demográficos de comunidades urbanas tales como la de Rodas.[36] Las lápidas, las listas de nombres registrados para algún propósito colectivo y los documentos cívicos que contienen los nombres de ciudadanos políticamente activos ofrecen muchas posibilidades para la prosopografía (estudios de los vínculos entre individuos relacionados a través del tiempo), que pueden a su vez permitirnos rastrear los cambios en las élites políticas y en otros aspectos.[37] Otro tipo importante de documentos (algunos de los cuales son decretos de la polis, como ya se dijo) es la «correspondencia real».[38]

Las monedas

El testimonio histórico de las monedas no es menos importante que en el período clásico. Una de sus más notables características es su grado de uniformidad en todo en mundo helenístico, que hace tanto más significativas las desviaciones y las excepciones.[39] Otra es el surgimiento de las denominaciones más pequeñas, lo que apunta a una mayor monetización de la economía cotidiana, aunque es probable que todavía la mayoría de las transacciones se hicieran en especie (véase por ejemplo el decreto del siglo III de la ciudad de Gortina sobre la nueva moneda de bronce, *Syll3* 525, Austin 105).[40]

Siguiendo el ejemplo de su padre, Alejandro Magno promovió una moneda uniforme en todo su imperio,[41] aunque sin excluir las emisiones regionales y

municipales, y adoptó el patrón ático de medida de 17,2 gramos para el dracma de plata. Después de su muerte se mantuvo esta norma excepto en Egipto, donde Ptolomeo I pasó gradualmente a un patrón de menor peso, fijado en 14,3 gr. hacia 290 a. C. Las monedas emitidas en nombre de Alejandro fueron acuñadas por los reyes y las ciudades durante más de doscientos años, mientras que la moneda en nombre de las ciudades, aunque continuó esporádicamente, ocupó un lugar menos importante. Para confusión del lego, algunas ciudades en ciertos momentos emitieron monedas en nombre de Alejandro o del rey de la región, antes que en su propio nombre sencillamente. Éfeso, en el Asia Menor, bajo el dominio ptolemaico, incluso acuñó emisiones de monedas reales y municipales según el patrón ptolemaico, que hasta entonces no había utilizado[42].

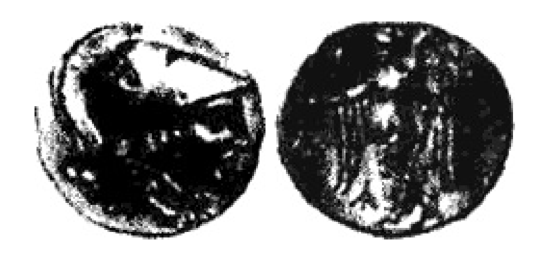
Hay dos aspectos principales de la evidencia que dan las monedas, el ideológico y el económico, aunque ambos se yuxtaponen. Emitir moneda, validada por un retrato o un nombre, es una manera de reclamar o crear efectivamente tanto autoridad económica como política. El retrato de Alejandro fue labrado primero en las monedas por Lisímaco; honrar la memoria de Alejandro era dotarse de legitimidad afirmando un derecho heredado a gobernar, pero a la vez era una certificación (hay que admitir que era sólo autocertificada) de la pureza del metal y de la fiabilidad comercial de las monedas. Ambos factores pueden explicar la persistencia de «alejandros» entre las nuevas emisiones monetarias, del mismo modo que explican el uso de la imagen de Lisímaco después de su muerte por las ciudades que había gobernado en el Propontis y el Helesponto:[43] esto quizá desmiente la imagen convencional de Lisímaco como gobernante impopular.

Particularmente, el uso del propio retrato o de los ancestros, junto con el de Alejandro, en la misma moneda podía ir más lejos. Una vez que los diadocos se hubieron convertido en reyes a finales del siglo IV, gradualmente comenzaron a grabar sus retratos en el anverso, manteniendo el de Alejandro en el reverso, aunque algunas eran emitidas sólo en su nombre. Ptolomeo aparece en las monedas antes de c. 300 a. C., Demetrio I de Macedonia también apareció mientras vivía. Seleuco I emitió diferentes tipos de moneda a otras monarquías junto con «alejandros» y no puso su retrato en las monedas; Antíoco I fue el primer Seléucida que lo hizo. El primer gobernante atálida, Filatairo de Pérgamo, aunque independiente desde 284, no tomó desde el principio el título real; acuñó en nombre de Alejandro y después en el de Seleuco, su señor nominal. Sólo después sus sucesores pusieron su imagen en las monedas,[44] y nunca emplearon sus propios retratos en vida, aun cuando finalmente adoptaron una moneda distintiva para el reino. Esto puede relacionarse con la fachada de estatus cívico que los soberanos atálidas mantuvieron en lo tocante a su ciudad natal de Pérgamo.

Para una ciudad, emitir moneda (no todas eran lo bastante ricas para hacerlo o no a todas se les permitió) era proclamar y, por el mismo hecho, actualizar en cierta medida una posición enaltecida en la escena universal y expresar una independencia

ficticia o real. Les daba la oportunidad de declarar su adhesión a una dinastía sin arriesgarse: indirectamente al poner a Alejandro en las monedas; directamente al utilizar el perfil del soberano o sus antecesores. La importancia simbólica puesta en la moneda de la polis puede ser apreciada por el hecho de que la falsificación de moneda era generalmente un crimen capital (véase Austin 106, *Syll3* 530, una lista de condenas de Dymé en Acaya en el siglo III).

Desde un punto de vista estrictamente económico, los soberanos podían tratar de regular la actividad económica imponiendo emisiones normalizadas, pero la sugerencia de que imponían sus propias monedas excluyendo todas las demás es difícil de comprobar. Incluso en Egipto, donde había poca tradición de uso de moneda antes de Alejandro, es posible que las emisiones ptolemaicas se volvieran normales casi por defecto, y la exigencia de que los mercaderes extranjeros cambiaran sus monedas (Austin 238, BD 84, PCZ59021)[45] puede haber sido meramente un ardid fiscal, una manera de extraer algo de plata de cada transacción En las posesiones ptolemaicas fuera de Egipto, como en las regiones seléucidas, la circulación simultánea de monedas emitidas por diferentes monarquías señala un activo comercio En el territorio atálida un patrón más bajo y un nuevo tipo de moneda, el cistofórico (que lleva una figura de la canasta dorada de Dionisio) fue introducida durante los inicios del siglo II, pero las medidas áticas no fueron inmediatamente abandonadas, siendo acuñadas quizá para transacciones externas.[46] Por otra parte, los diferentes reinos podían representar esferas de circulación más o menos separadas, en que los alejandros dominaban los territorios seléucidas mientras que las monedas de peso ptolemaico predominaban en Egipto y en las posesiones externas. En Egipto, el uso de las monedas ptolemaicas, sin duda, era predominante y quizá legalmente exigido; pero en las posesiones ultramarinas circulaban monedas no ptolemaicas también, y en las regiones que cambiaban de manos cada vez, tales como Celesiria, que los Seléucidas reconquistaron en 200 a. C., las monedas ptolemaicas y seléucidas de peso ático existentes continuaron circulando juntas y algunas de estas últimas fueron incluso acuñadas según el patrón ptolemaico. Por lo general, sin embargo, los gobernantes provinciales seléucidas y las ciudades griegas no fueron alentadas a acuñar, particularmente en oro y plata.[47] Los patrones de comercio que la circulación de las monedas helenísticas ilustra son tema de una activa investigación actual, y muchos problemas antiguos y nuevos esperan una respuesta.[48] En un frente más estrecho y documental, las monedas son a veces pruebas de hechos históricos particulares y de la historia dinástica. Este es el espectacular caso de los últimos reyes griegos de Bactriana.



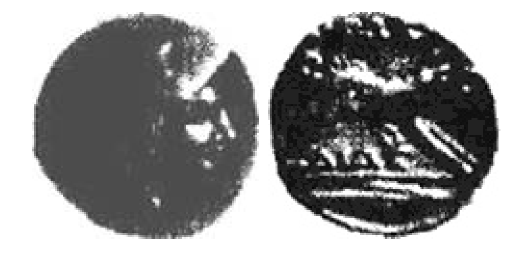
Estátero de oro (16,81 g) en nombre de Alejandro. Magnesia del Meandro, c. 323-319 a. C. (SNG 2756). Anverso: cabeza de Atenea. Reverso: Niké. (Ashmolean Museum, Universidad de Oxford.)



Tretadracma de plata (16,91 g) en nombre de Alejandro. Mileto o Mialsa, c. 300-280 a. C. (SNG 2791). Anverso: cabeza de Heracles. Reverso: Zeus. (Ashmolean Museum, Universidad de Oxford.)



Didracma (6,50 g) de Samos, c.300 a. C. (J. P. Barron, *The Silver Coins of Santos*, Londres, 1966, p. 214, n.° 2 a). Anverso: máscara de león. Reverso: parte frontal de un buey. (Ashmolean Museum, Universidad de Oxford.)



Hemidracma (2,39 g) de la liga etolia, c. 220-189 a. C. Anverso: cabeza de Atalanta. Reverso: jabalí. (Ashmolean Museum, Universidad de Oxford.)

La arqueología

La arqueología del período es más difícil de caracterizar que la del período clásico, debido no en poca medida a la enorme área geográfica implicada. La arquitectura y la

escultura siempre han tenido dominado el uso de la cultura helenística por parte del público occidental, y se hará referencia en los siguientes capítulos a los monumentos existentes del período y a los resultados de la excavación, particularmente en el contexto de los cambios de las formas urbanas. En el capítulo 3, las monedas y los retratos esclarecerán la representación propia de los soberanos, y las representaciones artísticas darán testimonio de los cambios en la idea del individuo y de cómo se constituyó la identidad, especialmente en el caso de las mujeres. Una síntesis arqueológica más amplia, no obstante, está fuera del alcance de este libro.

En términos de restos monumentales de ciudades y santuarios, nuestro conocimiento de la principal ciudad del mundo griego es desalentadoramente limitado. En compensación, es fácil señalar la grandeza de la acrópolis de Pérgamo con su gran altar esculpido; las estoas (columnatas abiertas) de las nuevas plazas de Atenas y Mileto, los nuevos templos en santuarios como Didima, los complejos públicos y ceremoniales excavados en las nuevas ciudades griegas de Asia, incluso tan distantes como Ai Khanum en Afganistán, y las espléndidas dedicaciones de los potentados extranjeros en el santuario medicinal de Anfirao en el Ática septentrional. En el ámbito de la arquitectura doméstica, sin embargo, se tiende a utilizar una gama bastante limitada de estudios de caso, tales como las bellas casas de Delos y Priene y las residencias de visitantes en la ya mencionada Amphiareion;[49] el período todavía aguarda una síntesis de los resultados de las excavaciones. (Sobre los mapas de las ciudades, véase el capítulo 3.)

El eje principal de la investigación histórica del arte ha sido la escultura; de ella tomamos las divisiones artísticas convencionales del período, tales como «rococó, realista y exótico» de J. J. Pollitt, o bien inicial (c. 320 -c. 220), alto (c. 220-c. 150) y tardío (c. 150-30) de Andrew Stewart.[50] En cambio, las obras corrientes sobre el arte helenístico dedican un espacio relativamente pequeño a los mosaicos, los murales y las artes llamadas menores tales como la cerámica, las estelas funerarias pintadas, las vasijas hechas en molde, las gemas, las monedas y los camafeos, aunque éstos constituyeron quizá el grueso de la producción artística.[51] Queda mucho por aprender sobre la cultura material de las diferentes partes del imperio de Alejandro, aunque el análisis de la propia escultura está comenzando a indicar la persistencia y el desarrollo autónomo de estilos locales distintos, particularmente en el Egeo.[52] Es muy posible que se conozca una cantidad mayor de objetos que del período clásico, pero aún falta una síntesis arqueológica. Los estudios de artefactos, en realidad, están en un estado fluctuante; muchos objetos puestos a buen recaudo en los museos carecen de cualquier registro de donde fueron hallados o desenterrados; la gran mayoría de estatuas de soberanos helenísticos se han perdido (quizá porque fueron hechas en bronce, antes que en mármol, relativamente menos prestigioso), y son conocidas sólo a partir de copias romanas. El número de yacimientos helenísticos excavados fuera de Grecia sin duda excede a los de Grecia, pero en este caso también falta un panorama general. El estudio de las tipologías de la cerámica hasta ahora sólo

ha producido unas pocas *corpora* (colecciones de material fechado de modo convincente y vinculado estilísticamente) detalladas con las cuales cotejar el nuevo material.[53]

Un objeto que contribuye en buena medida a nuestra comprensión del comercio es el asa estampada de ánfora. El ánfora (*amphoreus*), es decir, la vasija de dos asas para transportar, tenía una capacidad de 20 a 25 litros y era típicamente usada para el aceite, el vino o los alimentos en conserva. Con frecuencia llevaban una marca de control impresa en un asa, agregada después de que la vasija había sido cocida. Mientras que los fragmentos rotos de una vasija pueden despertar poco interés entre los excavadores, las asas selladas son rápidamente reconocidas como objetos que vale la pena preservar. Usualmente indican el lugar de origen de la vasija, a veces la fecha, y con debida cautela pueden ser objeto de análisis estadísticos. Se han publicado muchas decenas de miles procedentes de áreas del Mediterráneo y del Mar Negro, y el estudio está comenzando a mostrar amplios patrones tales como la importancia de Tasos como productor de ánforas y la predominancia de Rodas en el transporte marítimo (no necesariamente de productos rodios), y a precisar la cronología de otros artefactos por asociación.[54]

Otro campo donde el testimonio arqueológico está comenzando a esclarecer nuevas áreas de la vida helenística es la prospección del terreno, la inspección sistemática, usualmente intensiva y muchas veces sin realizar excavaciones, de la superficie de un paisaje con el fin de recobrar restos de asentamientos abandonados y otros yacimientos. La amplia mayoría de los hallazgos son fragmentos (piezas rotas) de vasijas y tejas, con ocasionales «pequeños hallazgos» tales como inscripciones y monedas. En consecuencia, los datos esclarecen una gama más amplia de tipos y tamaños de yacimientos que los métodos arqueológicos tradicionales, desde las aldeas importantes hasta las cabañas de almacenaje rurales y los establos de animales, desde los principales santuarios rurales hasta los diminutos parajes de culto que servían a una localidad limitada.[55]

Muchos de estos sondeos se han publicado por ahora sólo en forma preliminar. Además, debido a la situación de la cronología cerámica hay variaciones en las fechas asignadas al período helenístico y a sus subfases. Con estas precauciones en mente, los datos todavía pueden servir para una comprensión provisional de los cambios en la demografía, los paisajes culturales y la relación entre el campo y la ciudad.

El inicio del período vio una gran emigración de Grecia, que puede haber generado una disminución demográfica en la península y, sin duda, llevó al asentamiento de griegos y macedonios en las nuevas ciudades y en los antiguos territorios conquistados en todo el Oriente Próximo. Los efectos de estos y otros cambios globales sobre el paisaje geográfico y humano del mundo griego antiguo y del nuevo apenas se están comenzando a comprender, pero se ha vuelto un axioma entre los historiadores que ninguna serie de fenómenos universales puede darse por

sentada. La variabilidad demográfica parece haber sido confirmada con toda seguridad, incluso en un nivel muy local, con los resultados de los sondeos en la «Antigua Grecia».

En cuanto a los paisajes culturales, se puede inferir que hubo una bajada en la actividad de los santuarios rurales, lo cual sugiere un cambio en la relación entre las colectividades urbanas y rurales.[56] El asentamiento rural, no obstante, parece haberse intensificado en ciertas partes de la Grecia peninsular y en algunas islas. En la Argólida meridional hay un aumento del número de pequeños yacimientos rurales entre c. 350 y c. 250 a. C., así como en la proporción de las vasijas de almacenamiento en aquéllos; estos datos sugieren la intensificación de la agricultura.[57] Un patrón similar se aprecia poco después en Etolia,[58] un área donde las ciudades se agruparon juntas en un poderoso estado federal durante el siglo III y posiblemente prosperaron a causa de ello. En Acaya, el examen ha revelado una significativa recolonización del paisaje rural.[59] En Metana, el número de yacimientos aumentó en los inicios del período helenístico, un fenómeno que los investigadores relacionan con la existencia de una base naval ptolemaica.[60]

A la inversa, en otras áreas parece haber habido un uso menos intensivo del paisaje. En este punto, sin embargo, debemos primero tomar en cuenta una serie de enunciados en las fuentes que nos estarían informando de las condiciones económicas y sociales de ciertas áreas. A inicios o mediados del siglo III el autor de una descripción algo satírica de la Grecia central describe a los pueblos beocios en términos positivos:

> La ciudad (de Tanagra) está situada en un promontorio escarpado… La entrada de las casas y las pinturas que tienen le dan a la ciudad una bella apariencia. La ciudad no goza de una abundante producción agrícola, pero es la primera en Beocia por su vino. Los habitantes, aunque ricos, tienen un sencillo estilo de vida; son todos agricultores y no jornaleros. Saben respetar la justicia, la buena fe y la hospitalidad…
>
> La ciudad (de Tebas) está situada en el centro de Beocia… Aunque es una ciudad antigua, el trazado de sus calles es de una moderna concepción… toda la tierra tiene abundancia de agua, es verde y cubierta de montes, y tiene más jardines que cualquier otra ciudad de Grecia.
>
> («Heráclides de Creta», 1, 8-9, 12; Austin 83)[61]

En cambio, Polibio declara que la cosa pública en Beocia durante finales del siglo III y comienzos del siglo II estaba por los suelos, y que las fortunas familiares se dilapidaban en un consumo notorio, antes que pasar a los legados (20, 6, 1-6; Austin 84). A primera vista esto indica un cambio para peor en la sociedad beocia; pero su relato está casi con seguridad empañado por el prejuicio.[62] De modo parecido, sus referencias a la estrechez de miras de la gente de Elis en el Peloponeso noroccidental, que delegaban las funciones cívicas tales como la administración de justicia al campo con el resultado de que los ricos descuidaban la vida en la ciudad (4, 73, 5-74, 2,

Austin 85), parecen estar teñidas de retórica y en todo caso se refieren sólo a la élite. Finalmente, es difícil saber qué valor de prueba debe atribuirse a los enunciados de Polibio que implican que la Grecia de su época estaba sufriendo un descenso demográfico debido a que las familias no se reproducían (36, 17, 5-10; Austin 81).

Sería ingenuo suponer que puede confiarse en alguno de nuestros autores como científico: incluso cabe sospechar del aparentemente optimista «Heráclides» por tener un propósito retórico. Dedica el epílogo de su obra a demostrar, por ejemplo, que la Hélade propiamente dicha se extiende hasta Tesalia pero no más allá, excluyendo específicamente Macedonia. Sus enunciados sobre el cambio social, aunque deben considerarse seriamente, no deberían predeterminar la interpretación de los datos arqueológicos, a los cuales ahora volvemos.

En Beocia los datos de prospección efectivamente indican un amplio abandono de asentamientos durante el siglo III o después, incluidas dos ciudades;[63] pero más que a la deficiencia moral o a la insensatez de los lugareños, como Polibio podría hacernos pensar, esto podría ser debido a hechos tales como la violenta destrucción y la subsiguiente reedificación de Tebas a finales del siglo IV.

Parecidas precauciones deben aplicarse al Ática. Los datos arqueológicos referentes a los cambios en el asentamiento rural se encuentran todavía en un estado tal que es difícil sacar conclusiones, pese al optimismo de algunos estudiosos. Se considera por lo general que los testimonios epigráficos y textuales indican un ligero descenso de la población, pero los datos son difíciles de interpretar. Había, de hecho, emigración a Alejandría, pero el reducido número de inscripciones de *demes* (aldeas constituyentes de la *polis* ateniense) podría deberse a la falta de fondos antes que a una población decreciente. El descenso del número de lápidas inscritas áticas y de las de metecos (extranjeros residentes) podría explicarse por los cambios en las prácticas conmemorativas; el reducido número de efebos (aprendices militares de élite), por los cambios en el reclutamiento. Contra la probabilidad de emigración neta, debemos subrayar el hecho de que los atenienses no parecen haber tenido problemas para designar *bouleutai* (consejeros), incluso cuando el *boulê* (consejo) había aumentado de tamaño a finales del siglo III.[64] En el campo arqueológico se necesita mucho más trabajo antes de poder afirmar con seguridad la despoblación rural para el Ática.

En Kea (Ceas, Zea o Zia) noroccidental, el abandono del asentamiento está claramente fechado en el siglo III; los expertos sugieren que esto puede deberse a la fusión de tenencias para formar grandes propiedades, que promovió y a su vez fue promovida por la desaparición de la polis de Coressos.[65]

En Melos el cuadro es mixto: en la transición clásico-helenística hay continuidad en algunos asentamientos, pero también una continuación de la tendencia clásica a asentarse en núcleos; estos cambios pueden indicar la despoblación rural y el creciente predominio de la ciudad principal.[66]

Finalmente, los datos del reconocimiento de Laconia indican una ligera bajada del

número total de yacimientos; pero esta generalización oculta dos tendencias contradictorias. Partes del área reconocida más cercanas a Esparta y a la llanura del Eurotas generan indicios de muchos establecimientos agrícolas pequeños a inicios y mediados del período helenístico, mientras que las zonas del área de reconocimiento situadas lejos de Esparta parecen haber experimentado una concentración de asentamientos en sitios más pequeños y prósperos.[67] Aquí, también, los factores locales deben tenerse en cuenta, tales como la decadencia del poder de los espartanos y la gradual erosión de su territorio en favor de las ciudades más pequeñas de Laconia.

No parece haber un patrón claro en Grecia, un área para la cual los datos sean relativamente completos. Uno podría haber supuesto, por ejemplo, que las áreas bajo el control macedónico se comportaran de forma diferente a las otras; esto no parece haber sido el caso. Tampoco es evidente, sin más, si la intensificación agrícola en un área determinada debe tomarse como una medida de la prosperidad o de la crisis. Los datos sugieren desde luego que los factores locales a veces prevalecieron sobre las tendencias globales.

Por lo general en el mundo helenístico, desde Grecia occidental hasta Afganistán, sobre la base de unos cincuenta proyectos de reconocimiento resulta haber una amplia tendencia —que puede haber estado en marcha antes del inicio del período— hacia una mayor urbanización, también con variaciones regionales: aquí una situación estática, allá dispersión de la población en asentamientos rurales con intensificación agrícola, más allá concentración de la población en las ciudades y relativo abandono del campo.[68] Los datos son todavía material de análisis, sin embargo pueden pasar muchos años antes de que los historiadores alcancen el consenso en torno a cómo leerlos y desenmarañar sus implicaciones sociales.

CONCLUSIÓN

ESPERO que esta rápida revisión de la gama de testimonios habrá convencido al lector de que, lejos de tratarse del período histórico inferior por el cual ha sido a menudo tomado, la época posterior a Alejandro Magno es no sólo rica en testimonios, sino que plantea cuestiones decisivas para la interpretación histórica que toda sociedad que se llame civilizada haría bien en considerar. No menos que el período clásico, este fue un período de rápido cambio social y cultural. Los cambios en la ubicación del poder político y en cómo se configuró la autoridad política y religiosa; el enfrentamiento (o, si se prefiere, el intercambio de información) de culturas presuntamente extrañas; la lucha económica (o la simbiosis) del campo y la ciudad; los roles sociales desempeñados por los creadores de literatura, filosofía y de todo tipo de escritos académicos; los posibles cambios en la construcción del papel del individuo en la sociedad civil y como miembro de un grupo sexual; todos estos aspectos, y otros, hacen que el período helenístico sea especialmente digno de ser investigado, y nos desafía a examinar nuestros presupuestos de cómo las sociedades se estructuran y qué factores son esenciales en su evolución.

2. ALEJANDRO Y LOS DIADOCOS HASTA EL 276 a. C.

EL período helenístico encarna una paradoja: la extensión de la cultura y la influencia de la Hélade (Grecia) en el mundo de habla no griega tuvo lugar después de la decadencia de las principales ciudades-estado griegas tales como Atenas, Esparta y Tebas, y como resultado del auge de lo que los griegos del sur consideraban como un reino no griego, Macedonia (la cultura griega, por supuesto, se había expandido a nuevas áreas antes mediante la colonización, pero las conquistas de Alejandro aceleraron el proceso y le dieron una nueva dinámica). Este capítulo verá primero rápidamente la situación de Grecia antes del reinado de Alejandro, y después sus conquistas con sus secuelas. Las guerras entre los sucesores de Alejandro llevaron a la creación de nuevas monarquías y dinastías. De los generales de Alejandro, dos no se convirtieron en fundadores de dinastías, pero sus vidas por esa misma razón son reveladoras y dignas de estudio en sí mismas: Eumenes y Lisímaco. Después nos ocuparemos del otro enemigo no griego que penetraría en el mundo griego durante ese período, los gálatas o galos, y los posibles efectos de las campañas de Alejandro y las guerras de los diadocos en la demografía de Grecia.

EL SIGLO IV Y LA ETAPA POSTERIOR

LA Grecia clásica era un mundo de ciudades-estado separadas (*poleis*), comunidades políticas de ciudadanos fundadas en centros urbanos; no era un sistema de estados naciones como el mundo moderno. Pese a esta aparente fragmentación, las ciudades-estado formaban una esfera cultural ampliamente ligada por la lengua, las costumbres y la religión, que abarcaba no sólo la Grecia continental y las islas vecinas sino cientos de ciudades griegas en torno a las costas del Mediterráneo (notoriamente Sicilia e Italia), el norte de África, el Asia Menor, los Dardanelos y el mar de Mármara, y el mar Negro. El mundo de habla griega abarcaba un área amplia y diversa; algunas de las *poleis* más prósperas y poderosas estaban lejos de la Grecia peninsular, tales como Siracusa en Sicilia y Cirene en Libia.

Alrededor de este «mundo griego» había grandes y poderosos estados tales como el imperio cartaginés en el norte de África, el antiguo reino de Egipto y el imperio persa, con todos los cuales los griegos tenían amplios contactos, amistosos y hostiles. Otras civilizaciones basadas en ciudades-estado eran la etrusca en el centro de Italia y la fenicia en las regiones llamadas después Líbano y Palestina. Al norte estaban las sociedades de la edad de hierro menos conocidas y semiurbanas como la tracia y la escita.

La gran mayoría de las *poleis* griegas no eran decididamente democráticas como la Atenas del siglo V; aunque en el siglo IV muchas tenían una constitución democrática, esto no implicaba una democracia radical. Algunas, en efecto, tenían un derecho de sufragio limitado, basado con frecuencia en la propiedad, o incluso una oligarquía (*oligarchia*, «el gobierno de unos pocos»). Casi todas las ciudades-estado habían rechazado los gobiernos monárquicos en un primer momento, aunque, algunas, particularmente en Sicilia, estaban gobernadas por «tiranos» (*tyrannoi*), dictadores que habían tomado el poder por la fuerza, pero no eran necesariamente incultos u opresores, y que disfrutaban incluso de un cierto apoyo popular. Esparta, excepcional entre los estados griegos meridionales, mantenía una monarquía dual, pero sus reyes operaban principalmente como jefes militares y estaban sometidos a un control político. En el norte, había monarquías de habla griega como el Épiro (Epirus), Iliria y Macedonia, mientras que en áreas como Tesalia (Grecia centro oriental) y Caria (Asia Menor suroccidental), el siglo IV vio el surgimiento de poderosas dinastías familiares que gobernaban desde un centro urbano que era también una polis. Asimismo, otras ciudades eran a veces súbditas de reyes extranjeros, como las ciudades griegas del Asia Menor, que durante buena parte del período clásico estuvieron obligadas a pagar tributo a los reyes aqueménidas de Persia.[69]

Las formas culturales estaban asociadas muy estrechamente con la Grecia clásica:

la literatura, los sistemas políticos, la filosofía, etc., que se desarrollaron en diferentes ciudades-estado durante el período arcaico (c. 700-480); pero los avances más espectaculares tuvieron lugar en Atenas a finales del siglo V en un momento en que gobernaba un imperio que comprendía cientos de otras ciudades griegas. La derrota de Atenas por Esparta a finales de la guerra del Peloponeso en 403 no señaló una ruptura definida en la historia política o cultural; los espartanos no destruyeron Atenas y en pocos años era otra vez una potencia importante. Se sucedieron muchas décadas de cambiantes alianzas y guerras, cuando, junto a las ya sólidas *poleis* de Atenas, Esparta y Corinto, una cuarta, Tebas en Beocia, se hizo poderosa por un tiempo. Con la ayuda de los persas, los espartanos trataron de imponer un tratado de paz entre los estados griegos beligerantes, pero esto no prosperó. El poder de Tebas llegó a su apogeo en el 371 cuando derrotaron a los espartanos en Leuctra, en Beocia: en los siguientes años una serie de invasiones del Peloponeso dirigidas por los tebanos llevó a la liberación de Mesenia (el Peloponeso suroccidental) del dominio de Esparta y a una pérdida de la influencia espartana, confirmada por una batalla indecisa en Mantinea en Arcadia oriental (362). En estas décadas el imperio ateniense del siglo V fue resucitado en una nueva forma, llamada la Segunda Confederación Ateniense; en teoría era menos opresiva que su precedente, pero cayó víctima de las revueltas de sus aliados.

Entretanto, una nueva potencia en Grecia septentrional estaba causando preocupación a las ciudades del sur. Filipo II (r. 360/359-338) estaba haciendo de Macedonia una potencia económica, militar y económica y buscaba dominar la Grecia continental. En 338, después de dos décadas de guerra, estableció su hegemonía con la victoria de Queronea en Beocia. Entonces dio inicio a la liga de Corinto, una alianza de todas las ciudades griegas (Esparta se mantuvo al margen) con él mismo como jefe (*hêgemôn*); oficialmente su propósito era hacer la guerra al imperio persa, pero era también el instrumento de la dominación macedónica. Se establecieron guarniciones en ciertas ciudades.

Se han visto con frecuencia las guerras entre los griegos a inicios y mediados del siglo IV, y la subsiguiente derrota griega por Macedonia, como la muestra de lo obsoleto del sistema de las ciudades-estado; se ha considerado incluso que la batalla de Queronea marca el «fin de la polis», aunque otros lo han situado en fechas distintas, más tardías, como el fin de la guerra de Cremónides en la década del 260.[70] Esto es demasiado prematuro. En efecto, el siglo IV trajo el surgimiento de las ligas federales y la restauración del poderío persa sobre los griegos del Asia Menor occidental, de modo que desde cierto punto de vista «la ciudad-estado independiente había entrado en decadencia mucho antes de la batalla de Queronea», pero es claro que «la polis en el verdadero sentido de la palabra existió y prosperó durante todo el período helenístico y el romano» —por «verdadero sentido» se entiende una colectividad política que se autogobierna (sea totalmente independiente o no) y que es también un estado y tiene un centro urbano.[71]

No sólo tiene el siglo IV un mejor derecho que el V a ser la edad de oro de la democracia ateniense, sino que uno de los rasgos más marcados del reinado de Alejandro fue la adopción de las instituciones democráticas (promovidas por él en Jonia: Arriano, 1, 17; Austin 4; Austin 5, BD 2, *Syll3* 283; Tod, 192). La tendencia continuó bajo sus sucesores. Las formas políticas características —la asamblea popular, los magistrados elegidos o sorteados, el consejo de representantes, y así sucesivamente— se difundieron en la mayoría de las ciudades. Por supuesto, la forma no es lo mismo que el contenido, y se ha afirmado a menudo que la democracia bajo los reyes macedonios era una farsa. Pero a medida que el «hábito epigráfico» se difundió en el mundo griego recientemente ampliado, las ciudades que tenían procesos democráticos de toma de decisiones esculpieron en piedra sus determinaciones públicas en un número cada vez mayor. El lenguaje de los decretos, originalmente imitados de Atenas, fue adaptado para expresar las variantes locales de la democracia; pero en un sentido amplio vemos un proceso normalizado, por el que las propuestas emanan de los funcionarios de la ciudad, el consejo o la asamblea, y debe ser ratificado por el voto popular para que tenga validez.[72]

Aunque, en ciertas coyunturas durante el período helenístico, la participación popular en el gobierno de Atenas estaba limitada o incluso suspendida, la ciudad usualmente funcionó como una democracia activa hasta el siglo II y posteriormente. Aun cuando los ricos, como parece haber sido probable, controlaban la democracia con más fuerza que en la Atenas clásica —de modo que, como expresaba Aristóteles, los estados con forma democrática podían actuar más como oligarquías (*Política*, 4, 1292 b 15)—, se ha observado sobre Atenas en los siglos III y II que «La impresión más duradera producida por un estudio de las inscripciones es la de una comunidad regulando sus asuntos de modo ejemplar».[73]

En general, en el período helenístico, el gobierno participativo estuvo ampliamente difundido. Estrabón (que escribía en el siglo I a. C. pero que evidentemente miraba al pasado a una época en que los reyes y las ciudades eran los principales protagonistas en las relaciones internacionales griegas) habla de cómo los reyes manipulaban las ciudades a través de la generosidad, y no de la oratoria: «la persuasión mediante las palabras —dice— no es característica de los reyes sino de los oradores; llamamos persuasión real cuando ellos aportan mercedes y conducen al pueblo en la dirección que desean» (9. 2. 40 [415]). Como señala Gauthier, esto sólo tiene sentido si Estrabón cree que las ciudades están gobernadas por asambleas donde cuenta la retórica.[74]

Del siglo IV en adelante, pudo haber habido una creciente interacción entre las *poleis* griegas y entre Grecia y el mundo externo.[75] La administración municipal también se hizo cada vez más compleja, como vemos a través de documentos tales como la ley portuaria de Tasos (Austin 108), las regulaciones de Delos sobre la venta de madera (Austin 109, *Syll3* 975), y las regulaciones mercantiles atenienses del siglo

II (Austin 111).[76] Desde Pérgamo (que, aunque en términos prácticos, estaba sometida a un rey, era en todo sentido la polis griega en su administración cívica) tenemos un notable documento de fecha tardo helenística o romana que conserva las regulaciones atálidas para el mantenimiento de las calles, la muralla de la ciudad y el abastecimiento de agua (Austin 216, OGI5483).[77] En suma, la polis florecía.

El legado de Alejandro

Filipo intentó completar su éxito en Queronea invadiendo el imperio persa, basado en el actual Irán y que se extendía desde las fronteras de la India por el este hasta el Asia Menor y Egipto por el oeste. Esto habría satisfecho a aquellos publicistas del siglo IV que querían un jefe «panhelénico» (uno «de toda la Hélade») que uniera a los griegos dirigiendo sus energías contra el enemigo común; pero en el 336, cuando un ejército avanzaba ya en el Asia Menor, Filipo fue asesinado. Su hijo Alejandro, de veinte años —Alejandro Magno— asumió la tarea, pero primero tuvo que someter a los vecinos enemigos de Macedonia, los tracios y los ilirios. Después sofocó una revuelta griega, castigó al pueblo de Tebas arrasando su ciudad hasta los cimientos (Arr. 1. 9.9-10; cf. iii-3 Plutarco, *Alejandro*, 10. 6-11, Diodoro, 17.14, ambos en Austin 2; fue refundada por Casandro en 316). En 334 pasó al Asia Menor con un ejército de macedonios, tesalios y otros griegos.[78]

Las victorias en las batallas y en los asedios dieron a Alejandro el control del Asia Menor occidental (334) y, después, de Siria y Palestina (332). Rechazó una oferta del rey persa Darío III de entregarle la mitad occidental de su imperio, y se apoderó de Egipto. En el 331 tomó Babilonia (más o menos el Irak central), apoderándose del tesoro real persa que contenía 50 000 talentos (unas 1500 toneladas) de oro, una fortuna casi inconcebible. Después, en rápida sucesión, tomó tres de las cuatro capitales: Susa, Persépolis y Pasargadai. En Persépolis, el palacio del siglo VI edificado por Ciro el Grande fue completamente incendiado (Arr. 3. 18. 10-12; Diod. 17. 70-72, Austin 9) y, fuera un acto deliberado o un accidente, pudo presentarlo como la venganza, que los griegos habían esperado largamente, por la invasión de Jerjes del 481-479 y el incendio de sus templos.

Cuando, en 330, Darío fue asesinado por Besos, un pretendiente al trono persa, Alejandro se convirtió en el indisputado «señor del Asia» (*kyrios tês Asias*). Este, en efecto, es su título en una dedicatoria de la ciudad de Lindos en la isla de Rodas, probablemente fechada en ese año: «El rey Alejandro, habiendo derrotado a Darío en la batalla y siendo señor de Asia, sacrificó a Atenea lindense según una profecía del sacerdocio de Teógenes hijo de Pistócrates» (*Lindian Chronicle* [FGH 532], cap. 38, Burstein 46 c).

La época de Alejandro

338 Batalla de Queronea
337 La liga helénica declara la guerra a Persia
336 Asesinato de Filipo en Egas; Alejandro III sube al trono; Darío III coronado en Persia
335 Saqueo de Tebas
334 Alejandro pasa al Asia Menor
334-331 Conquista del oeste y el sur del Asia Menor, Egipto y Cirene
331 Fundación de Alejandría. Alejandro llega a Babilonia y Susa
330-329 Alejandro en Persépolis
330 Alejandro en Ecbatana. Asesinato de Darío III, rey de Persia
329-326 Alejandro conquista Bactriana y Sogdiana e invade la India
324 Alejandro en Susa
323 Muerte de Alejandro en Babilonia

Alejandro y su ejército no se contentaron meramente con regresar a su patria cargados de botín. Entre 330 y 325 marcharon por el imperio persa oriental, llegando incluso hasta el Punjab, donde en 327 Alejandro derrotó al rey Poros pero lo convirtió en su aliado. Para entonces, sin embargo, el ejército rehusó proseguir hacia el oriente y Alejandro les concedió lo que deseaban (Arr. 5. 28-29. 1, Austin 12). Viajando por el río Indo hacia la costa, continuó saqueando las ciudades y masacrando a sus habitantes. En 325, después de una travesía mal planeada y calamitosa del desierto de Gredosia (al sureste de Irán), Alejandro parece haber decidido consolidar su imperio por un tiempo; pero en este punto su conducta se hizo por lo visto más autocrática. Su tesorero, Harpalo, huyó a Grecia tomando 6000 mercenarios y 5000 talentos (Arr. 3. 6. 4-7; cfr. Harding 120, Plut. *Vidas de los diez oradores*, 846 a-b = Filocoro, FGH328 fr. 163).[79] Allí se tramaron los planes de la revuelta.

Alejandro puede haber deseado que su imperio tuviera su centro en el antiguo corazón del imperio persa, o quizá Babilonia. Persistió con los intentos de atraer a la élite macedónica con esta idea y de armonizar las relaciones entre ésta y la nobleza persa. Puede ser un signo de su disposición a ser imparcial el que en 325 dos jefes macedonios acusados de perpetrar injusticias contra la población de Media fueran condenados a muerte (Arr. 6. 27. 3-5, Austin 13). En Susa en el 324 Alejandro dio un gran banquete para celebrar su fusión en un único pueblo dominador, casando a sus oficiales con mujeres persas (Arr. 7.4. 4-8; parte en Austin 14). Había ya tomado como primera esposa a Roxana, hija del rey bactriano (Arr. 4. 19. 5-6); ahora se casó con una hija de Darío y posiblemente incluso una tercera esposa, una hija del predecesor de Darío, Artajerjes III (Arr. 7. 4. 4).

Tanto Filipo después de Queronea, y Alejandro hasta finales de su reinado, evitaron interferir directamente en los asuntos de la principal ciudad-estado griega, Atenas, donde probablemente no hubo una guarnición macedónica.[80] En el 330, los espartanos acaudillaron una rebelión que terminó con la derrota del rey Agis en Megalópolis; Atenas no se adhirió. Quizá para prevenir nuevas revueltas en su tierra natal, Alejandro ordenó que las ciudades-estado de allá readmitieran a los exiliados políticos, quienes, gracias a las recientes guerras y sublevaciones, eran un grupo

numeroso. Muchos podrían haber sido pro-macedonios que, como anota Diodoro (18, 8; Austin 16), habrían podido significar un contrapeso frente a la revuelta; pero tal interferencia directa en los asuntos internos, coincidiendo con la exigencia de Alejandro de que se tributaran honores divinos a su amigo muerto Hefaistión, dio a sus enemigos una ventaja simbólica. Cuando, en junio de 323, se enfermó, después de una prolongada ronda de banquetes y libaciones y murió en Babilonia, a los griegos se les ofreció la oportunidad de recobrar su libertad, mientras los macedonios podrían abandonar, si así lo deseaban, su reluctante reconciliación con los persas. El hecho de que Alejandro no hubiera indicado quién debía sucederlo, o no lo hubiera indicado con claridad, empeoró las cosas.

El reinado de Alejandro en muchos sentidos parecía anunciar —y en verdad contribuyó a determinar— la situación del mundo griego después de su muerte. Su relación con las ciudades griegas, una mezcla de deferencia aparente con sus tradiciones con una autocracia apenas velada, se parece a lo que vemos bajo los diadocos. Fundó nuevas ciudades como hicieron aquéllos. Acompañando sus expediciones llevó a historiadores y otros intelectuales, prefigurando el mecenazgo de la alta cultura de los reyes que buscaban realzar su reputación. Quizá lo más espectacular fue que desarrolló un nuevo estilo de realeza macedónica, sin duda en parte inconscientemente, pero en muchos aspectos de modo deliberado, que marcó las pautas que los reyes posteriores imitarían. Las estatuas de Alejandro que idealizaban su belleza, su carisma personal que inspiró devoción en el ejército y su propia creencia en que descendía de los dioses contribuyeron a crear un nuevo código religioso. Era el modelo frente al que los reyes posteriores se medían y, de paso, se convirtió para siempre en un héroe tradicional en el Oriente Próximo y en el Mediterráneo.[81]

Sin embargo, el singular logro de Alejandro creó problemas para aquellos que vinieron después. Es posible que se hubiera inclinado más por el oriente que sus oficiales, y parece que soñaba con una clase dirigente macedonia-persa unida. Los «Últimos proyectos» presuntamente encontrados entre sus papeles después de su muerte implican que deseaba conquistar el norte de África y Europa occidental, con el objetivo de unir a los diversos pueblos (Diodoro, 18. 4. 4, Austin 18; cf. Curtius, 10. 1. 17-18; Arr. 4. 7. 5; 5. 26. 1-2; 7. 1. 1-4, Austin 17).[82] Era improbable que ideas tan grandiosas tuvieran continuidad sin una dirección fuerte; como gran parte del éxito logrado por la expedición había estado ligado a su propia persona, su desaparición dejó un vacío. Quizá podría haber mantenido el nuevo imperio unido; pero el mismo hecho de que sus triunfos militares fueran tan rápidos e imparables significaban que, de hecho, sus ejércitos sólo habían abierto un estrecho paso por el imperio persa. Su «imperio» asiático puede ser representado, de modo caricaturesco, como poco más que una tenue cinta de tierra conquistada cruzando Asia de ida y vuelta, dejando regiones enteras casi completamente intactas a su paso. En dichas circunstancias, y sin la estabilidad de un largo reinado, era imposible para Alejandro

hacer cualquier alteración en la mayor parte de su territorio. Puesto que sus sucesores pasaron muchos años luchando entre sí, no estaban mejor situados para crear nuevas estructuras administrativas. Asentar la geografía del poder del imperio tomó más de una generación; cuando ocurrió, tuvo una notoria semejanza con lo que había existido antes de que Alejandro llegara al Asia, y, en efecto, a lo que había existido antes de la creación del imperio persa bajo Ciro el Grande en el siglo VI a. C.

Ni el ascenso de Alejandro ni la muerte del rey persa crearon una violenta transformación en Macedonia o en Persia; tampoco la prematura muerte de Alejandro. Convencionalmente hablamos de un período helenístico o «grecizante», pero mucho de lo que se considera como característico del mismo había comenzado antes de su reinado. Muchas tendencias políticas comenzaron antes, tales como el surgimiento de grandes estados territoriales y el resurgimiento de gobiernos monárquico en los países griegos. La numerosa emigración de Grecia en el medio siglo después del 330 puede haber sido resultado parcialmente de un aumento demográfico anterior. La adopción de cultos del Oriente Próximo en las ciudades griegas (capítulo 5) no era nada nuevo en sí mismo; aunque rendir culto religioso a una persona viva (capítulo 3) puede ser visto durante la guerra del Peloponeso (431-404) y poco después. Los cambios en la «alta cultura», como la popularidad de los epigramas (pp. 276-278) y la ambientación cada vez más doméstica de la comedia, estaban en marcha antes del reinado de Alejandro. Finalmente, los cambios en las formaciones y la tecnología militares, como el uso de mercenarios y de tropas con armamento ligero, e incluso la elaboración de nuevas técnicas de asedio y de defensas permanentes, habían comenzado antes del 400.

Todas estas tendencias contribuyeron a crear un clima adecuado para la conquista del Asia occidental, la cual tuvo repercusiones en Grecia, a veces reforzando dichos avances.

LOS DIADOCOS

LAS siguientes páginas se concentrarán en las acciones de una élite militar. Una narración político-militar es un modo válido de examinar el período, cuando menos porque era el modo en que los autores antiguos lo presentaron; en el mundo antiguo griego y romano, los individuos poderosos marcaban una diferencia significativa en el curso de los acontecimientos. Sin embargo, hay sorprendentes dificultades. No se ha de exagerar el papel desempeñado por los individuos incluso aunque los autores antiguos lo hagan. Es igualmente importante no proyectar las preocupaciones modernas sobre el pasado, atribuyendo a los jefes militares intenciones políticas, diplomáticas y estratégicas que no habrían podido formular,[83] ni era un mundo administrado por economistas y políticos educados con complejas doctrinas teóricas. Finalmente, está el peligro del pensamiento teleológico, de asumir tácitamente que, debido a que el imperio de Alejandro fue finalmente dividido de un modo particular, estaba destinado a ello.

Las guerras de los diadocos (323-276 a. C.)

Dado lo incompleto de las fuentes, no puede escribirse una narración exhaustiva de la estrategia y de la diplomacia del medio siglo transcurrido después de la muerte de Alejandro. Como sobre el período de cincuenta años transcurrido entre aproximadamente del 276 al 226 casi no existe una narración continua, prestar una atención excesiva a los hechos del 323-276 produciría un cuadro desequilibrado del período helenístico en su conjunto. Sólo se presenta aquí un breve esbozo, centrado en los hechos significativos por sí mismos o para la historia posterior, y sin referencias detalladas de las fuentes. (Una buena reconstrucción imaginativa de los acontecimientos de los primeros años después de la muerte de Alejandro puede encontrarse en la novela *Funeral Games* de Mary Renault.)[84]

La importancia de esta fase reside menos en el curso con frecuencia interrumpido de los sucesos, que en su papel para crear un escenario para los avances culturales y políticos. Por tanto, aunque Eumenes y Lisímaco fracasaron en instalarse permanentemente en el poder, merecen un examen por su posición en las fuentes posteriores y por su contribución al proceso de fijar la forma final del imperio. La narración sobre diferentes áreas del mundo helenístico para el período posterior a c. 276 se continúa en los capítulos siguientes.

Los generales que heredaron el imperio de Alejandro son llamados diadocos (*Diadochoi*) Alejandro no parece haber designado un heredero sin ambigüedad; cuando Pérdicas, el general de caballería más antiguo, le preguntó a quién dejaba su

reino, parece haber dicho «a Crátero» (*tôi Kraterôi*) o «al más fuerte» (*tôi kratistôi*, Arr. 7. 26. 3), aunque esto puede ser sólo un cuento. Hablando en sentido estricto, no tenía que nombrar un sucesor, pues podía pedirse al ejército macedonio que escogiera uno; pero había enredado las cosas librándose de algunos de los candidatos probables, y su amigo Hefaistión, al que podría haber designado, estaba muerto. Si se deseaba la continuidad dinástica, estaba Filipo III Arriadeo, medio hermano de Alejandro, pero se suponía que era un deficiente mental, o quizá epiléptico, y a los ojos de algunos, no apto para gobernar. Sin embargo, Roxana, la esposa bactriana de Alejandro, dio a luz a un hijo póstumo, Alejandro IV Estos dos herederos fueron reconocidos como reyes conjuntamente, pero nunca ejercieron el poder, y las guerras siguientes llevaron a que ambos fueran asesinados en unos pocos años.

La época de Antígono, 323-301 a. C.

323-322 Guerra lámica; Antípatro reprime la revuelta griega
322 Pérdicas conquista Capadocia; Eumenes nombrado sátrapa
321 Pérdicas muerto en Egipto
-Crátero derrotado en Asia Menor
-Conferencia de Triparadisos: Antípatro nombrado regente
319 Muerte de Antípatro. Poliperconte se convierte en regente
318 Antígono y Casandro se alían contra Poliperconte
317 Poliperconte proclama la libertad griega
-Casandro nombrado regente
-Demetrio Falereo convertido en gobernante de Atenas
-Asesinato de Filipo III Arriadeo
316 Casandro ejecuta a Olimpia
-Eumenes ejecutado por Antígono
315 Antígono expulsa a Seleuco de Babilonia. Éste se refugia con Ptolomeo
-Declaración de Tiro: Antígono proclama la libertad griega
-Ptolomeo proclama la libertad griega
312 Batalla de Gaza: Ptolomeo y Seleuco derrotan a Demetrio Poliorcetes.
-Seleuco restablecido en Babilonia
311 Paz de Antígono, Ptolomeo, Lisímaco, Casandro
310 Asesinato de Alejando IV por Casandro
c. 309/308 Antígono expulsado de Persia por Seleuco
310 Demetrio arrebata Atenas a Casandro y expulsa a Demetrio Falereo
306 Antígono y Demetrio, reyes
305/304 Ptolomeo, Lisímaco, Casandro y Seleuco, reyes
301 Batalla de Ipsos: Antígono derrotado y muerto; Ptolomeo se apodera de Celesiria

Aunque a menudo se dice que el reino de Alejandro fue repartido en tres partes después de su muerte, el imperio no fue dividido simplemente; los diferentes generales recibieron diferentes áreas para administrar, pero Pérdicas estaba encargado del conjunto; más tarde fue redistribuido por un acuerdo o como resultado del conflicto. No obstante, pasaron muchos años antes de que la situación se estabilizara, y podría ser útil comenzar con una breve síntesis antes de abordar un relato más amplio.

En Egipto la situación se consolidó con rapidez; Ptolomeo gobernó sin

interrupciones desde el 323. En Asia, Seleuco no fue confirmado en el control de sus provincias asiáticas hasta el 311. Macedonia primero se mantuvo estable, pero después agitada; después de veinte años de gobierno de Casandro (véase abajo), desde el 317 como regente y a partir del 305/304 como rey, su muerte en el 298 o 297 fue seguida por unas dos décadas en que el reino cambió de manos cada dos años hasta que Antígono II Gónatas tomó el poder, de modo permanente como se vio al final.

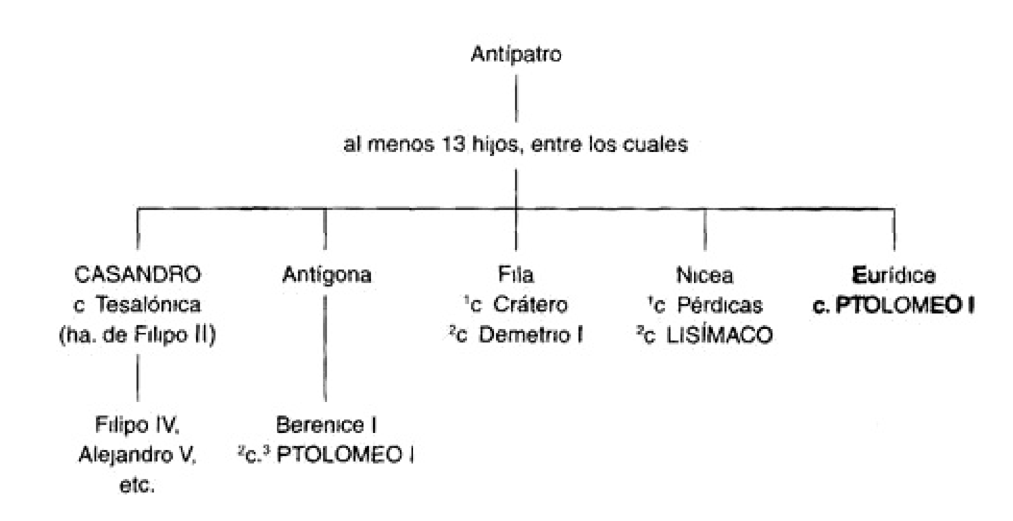
A raíz de la muerte de Alejandro la obra de adaptar la estructura administrativa aqueménida fue continuada sin una fisión greco-persa. Se nombraron sátrapas (*satrapai*, versión griega de la palabra persa para los gobernadores provinciales), un regente y un virrey de Macedonia. Pérdicas fue nombrado quiliarca (literalmente un general de mil hombres, pero traducido con frecuencia a «visir») de todo el reino y era, en teoría, superior a los demás generales. En el nivel regional, el anciano Antípatro (Antipatros en griego), virrey en Macedonia, fue confirmado como general de los territorios europeos. Otro general de la generación más antigua, Antígono, apodado Monoftalmo («el tuerto») era ya sátrapa de Frigia y fue ahora encargado del Asia Menor occidental. Ptolomeo (Ptolemaios), un hombre más joven vinculado a Alejandro, se convirtió en sátrapa de Egipto, Lisímaco, hijo de Agatocles, uno de los *sômatophylakes* (guardaespaldas o personal) recibió Tracia. Finalmente, Crátero fue nombrado representante (*prostatês*) de los reyes.[85]

Los desacuerdos sobre la asignación de las satrapías y los poderes del regente pronto desencadenaron un conflicto abierto. Perdicas trataba de ejercer su autoridad general; se formó una alianza en su contra, y en el 321 fue asesinado mientras invadía Egipto (Diod. 18. 37. 5). Nuevas negociaciones, en Triparadesios en Siria, hicieron a Antípatro guardián de los jóvenes reyes en Macedonia y a Antígono general de Asia (Diod. 18. 39. 5-7; cf. Arriano, *Ta meta Alexandron* (FGH 156), fr. 9. 34-38, Austin 24). Babilonia fue asignada a Seleuco, antiguo general de los *hypaspistas* (portaescudos de Alejandro; habían sido llamados «un regimiento de guardas de primera»).[86] Incluso ahora, y en los siguientes años, el reino de Alejandro era oficialmente una entidad única y no más dividida que, digamos, en el 325, en que Alejandro estaba en Afganistán. Macedonia estaba gobernada por Antípatro y las diversas provincias del antiguo imperio persa estaban administradas por sátrapas.

La rivalidad pronto se transformó en un lucha patente por el dominio de todo el imperio. Antípatro nombró como sucesor a un hombre de su propia generación, Polipercontes (o Polisperconte), de modo que se indispuso con su propio hijo Casandro (Kassandros, en griego), que había aspirado a convertirse en regente (Diod. 18. 48-50, Austin 25). En consecuencia Casandro se volvió receptivo a las propuestas de Antígono, que hizo una alianza con él y con Lisímaco y Ptolomeo. No existía ya un acuerdo general sobre quién debería gobernar cada zona; todo estaba sujeto a disputa, y mucho se disputó en el campo de batalla. (Algunas consecuencias de la guerra entre Casandro y Polipercontes se examinan en el capítulo 4.) Casandro se

hizo regente en el 317 con el apoyo de Eurídice, esposa de Filipo Amadeo. En el mismo año, la anciana madre de Alejandro, Olimpia, invadió Macedonia e hizo asesinar a Filipo y a Eurídice. En el 316, cuando Casandro volvió a Macedonia, fue condenada a muerte por el ejército y ejecutada a su vez.

La descendencia de Antípatro.



Antígono procuró fortalecer su posición en Asia, expulsando a Seleuco de Babilonia; esto provocó que los antiguos aliados y enemigos de Antígono reclamaran que Seleuco fuera reinstaurado. A finales de la década del 310, hubo encuentros entre Antígono y sus oponentes en varios campos de batalla incluida Caria, Tracia y Palestina. Un resultado importante fue la restauración de Seleuco en Babilonia en el 312, un hecho en el que Ptolomeo desempeñó un papel principal. En el 311, un tratado de paz reconoció implícitamente una división cuatripartita del imperio. En teoría Alejandro IV, el hijo póstumo de Alejandro Magno, debía todavía convertirse en rey (Diod. 19, 105; Austin 30),[87] pero en el 310 Casandro lo hizo asesinar.

Tampoco el tratado proporcionó una paz duradera; prosiguió una confusa serie de guerras. En el 306, el hijo de Antígono, Demetrio, derrotó a Ptolomeo en el mar, cerca de Salamina en Chipre. El padre y el hijo fueron reconocidos como reyes (*basileis*) «por la multitud» según Plutarco (*Demetrio*, 18.1, Austin 36; Diod. 20. 53. 2-3; Apiano, *Guerras sirias*, 54); el acto podrían haberlo preparado los jefes políticos locales. Mucho antes Ptolomeo, Lisímaco, Seleuco y Casandro (Plut. l.c; Just. 15.2, 10-12) habían adoptado todos (o aceptado) el título de rey (*basileus*). En teoría, el rey macedonio tenía que ser aclamado por el ejército y los nobles (p. 142, n. 28), pero cada uno de los diadocos ahora tenía sólo una parte del ejército macedonio original, y pocos miembros de las fuerzas originales de Alejandro estaban todavía en servicio. Algunos historiadores han dudado de que el acto de llamarse a sí mismos *basileus Makedonôn*, «rey de (los) macedonios», equivalga a afirmar el gobierno del territorio entero de Alejandro; pero es difícil ver que dicho título, al menos al comienzo, no implicara que otros pretendientes fueran ilegítimos.[88]

Si había un sucesor que tenía sus miras firmemente puestas en la reunificación del

reino, este era sin duda Antígono. Después de la toma de Chipre, y habiendo asegurado el control de la liga insular, la posesión de la importante potencia naval de Rodas le daría el dominio total del Egeo. Demetrio sitió la ciudad por más de un año (305-304) empleando fuerzas masivas y aparatos mecánicos de asedio, pero aunque la espectacular empresa le ganó el apodo de Poliorcetes («el sitiador») fracasó en rendir por hambre a los rodios, que recibían suministros de Ptolomeo. Conmemoraron su resistencia encargando a Cares de Lindos que construyera el Coloso de Rodas, una estatua de bronce de Helios, de 70 codos de alto (32 m), que habría estado en la entrada del puerto. Plinio narra brevemente su historia (*Historia Natural*, 34, 41) y su construcción es descrita en detalle alrededor del 200 a. C. por Filón de Bizancio (*Sobre las siete maravillas del mundo*, 4).[89]

Pese a su fracaso, Antígono siguió presionando. Fundó una liga helénica en Corinto en el 302 según el modelo de la de Filipo en el 338, con Demetrio como hegemón (BD 8; líneas 5-44 en Harding 138, líneas 61-99 en Austin 42).[90] En el 301, no obstante, a la edad de 81 años, fue derrotado y muerto en Ipso en Frigia por los ejércitos asociados de Casandro, Lisímaco y Seleuco (la batalla es descrita en Plut., *Demetr*. 29). Lisímaco se hizo entonces cargo de la mayor parte de Asia Menor. Se suele considerar Ipso como un momento decisivo de la historia de este período.

Después de la derrota y muerte de su padre, Demetrio retuvo una poderosa flota. No deberíamos disminuir la importancia de sus campañas posteriores al 301 sólo porque finalmente no tuvo éxito.[91] En realidad, nada estaba aún seguro en cuanto a la forma definitiva del imperio, y con una mejor suerte Demetrio podría haber triunfado donde su padre fracasó. Por un tiempo él y Seleuco fueron aliados, con mutuo beneficio; pero, al igual que la antigua amistad entre Seleuco y Ptolomeo fue víctima de la realidad, esta nueva alianza resultó efímera.

La muerte de Casandro en el 298 o 297 tentó a Demetrio a regresar a Grecia, a partir de lo cual los otros se apoderaron de los territorios que había heredado de su padre. La viuda de Casandro, Tesalónica (una hija de Filipo II), era ahora regente en nombre de sus hijos menores. El mayor, Filipo III, pronto enfermó y murió. El segundo, Antípatro I (o II), probablemente de unos quince años, y el tercero, Alejandro V, reinaron conjuntamente hasta que en el 294.

Antipatro asesinó a su madre y desterró a su hermano. Alejandro hizo causa común con Demetrio pero se reconcilió con su hermano; Demetrio entonces lo hizo matar por la sospecha de que estaba conspirando contra él. Antipatro se refugió con Lisímaco, pero pronto fue eliminado al no ser más un aliado útil. Demetrio fue aclamado como rey de Macedonia (294), pero en un intento de recobrar sus posesiones orientales fue capturado y encarcelado por Seleuco (288/287). Murió once años después, presuntamente a causa de la bebida. (véase la *Vida de Plutarco*).

Aun cuando los diadocos habían estado disputándose el imperio por un tiempo más largo que toda la vida de Alejandro, la geografía global del imperio, fuera de Egipto, todavía no se había fijado. La desaparición de Demetrio llevó a la partición

de Macedonia entre Lisímaco y Pirro del Épiro. Después, Lisímaco se estableció como el único soberano; también controlaba la mayor parte del Asia Menor, y hasta entonces su centro de operaciones había estado al este de Macedonia, en el lado europeo del Helesponto. Sin embargo, en el 281, en Curopedio de Lidia, Lisímaco fue derrotado y muerto por Seleuco. El anciano vencedor trató de unir Europa y Asia invadiendo Macedonia, pero fue asesinado en el 281 por un hijo distanciado del rey Ptolomeo de Egipto, Ptolomeo Cerauno («rayo»).

La época de Demetrio, 301-276 a. C.

298/297 Muerte de Casandro
294 Demetrio I captura Atenas y Macedonia
-Antíoco se convierte en corregente con Seleuco I
293 Lisímaco capturado por Getai
288/287 Demetrio I es expulsado de Macedonia por Lisímaco y Pirro, rey del Épiro
287 Atenas se subleva por Demetrio
286 Demetrio capturado por Seleuco
285 Ptolomeo II Filadelfo se convierte en corregente en Egipto
283 Muerte de Demetrio I, muerte de Ptolomeo I
c.283 Muerte de Agatocles, hijo de Lisímaco
281 Lisímaco muere en la batalla de Curopedio
-Asesinato de Seleuco; Ptolomeo Cerauno rey de Macedonia
280 Pirro invade Italia
-Muerte de Ptolomeo Cerauno
-Refundación de la liga aquea
280/279 Los gálatas rechazados en Grecia central
279 Los gálatas establecen el reino de Tilis en Tracia
278/277 Los gálatas invaden el Asia Menor
277 Antígono II Gónatas toma el control de Macedonia

Los dos últimos generales de Alejandro habían muerto al cabo de cuarenta y dos años de que el conquistador de Persia sucumbiera a la fiebre. Aunque los hechos del 323-281 pueden ser revisados en pocas hojas, muchas personas nacidas bajo el reinado de Alejandro no vivieron para ver este desenlace. Para ellos, su muerte habrá parecido tan remota en el tiempo como la crisis de Suez y la revolución húngara de 1956 resultan a alguien que las contemple desde finales de la década de 1990. Estas cuatro décadas, que pueden parecer caóticas, contuvieron muchos períodos de calma relativa, y hubo épocas en que la cuestión de quién habría de gobernar Macedonia parecía haber sido definitivamente resuelta.

Ptolomeo Cerauno murió en el 280 luchando contra los galos (véase más abajo), y no fue sino hasta tres años después cuando Antígono II Gónatas (r. 277-239) tomó el control de Macedonia.[92] Desde esa época hasta la conquista romana de Grecia en el siglo II a. C., sus descendientes, los Antigónidas, fueron la dinastía reinante de Macedonia.

Eumenes

En este punto, habiendo establecido la secuencia de los acontecimientos que implicó a los principales rivales, el cuadro puede ser completado describiendo las carreras de los hombres que desempeñaron una parte en las luchas de los diadocos y la administración del imperio. Además de los grandes nombres conocidos en la historia, hubo muchos generales menores, de importancia local o efímera. Algunos sólo son conocidos por las referencias casuales en las fuentes y los documentos, tales como Eupolemo de Macedonia, que gobernó Caria como dinasta en la década del 310 (Diod. 19. 68. 5-7, Austin 33).[93] En las siguientes páginas hablaremos de dos individuos que, aunque importantes, no disfrutaron del éxito completo. A Lisímaco ya lo hemos encontrado. Primero nos centraremos en una figura que en una perspectiva más larga podría ser considerada un carácter menor, pero que aparece en las fuentes antiguas como una figura clave para los años 323-316 (Diodoro, esp. 18. 29-32, 39-42, 53, 57-62; 19. 12-18, 21-34, 37-44; Plut. *Eumenes*).

Como ciudadano de Cardia, en el litoral de Propontis (mar de Mármara), Eumenes, secretario de Alejandro, era el único no macedonio nombrado para un generalato importante en el 323. Se le asignó la tarea de expulsar a un soberano persa local, Airrates, de Capadocia y Paflagonia. Llevó a cabo la tarea con la ayuda de Pérdicas (Diod. 18. 16. 3, 18. 22. 1); pero cuando éste fue asesinado, los otros diadocos atacaron a Eumenes y lo condenaron a muerte en ausencia por matar a Crátero, aun cuando éste lo había atacado.

Durante años de campaña Eumenes evitó repetidamente la derrota, y con astutas tretas mantuvo la lealtad de sus tropas macedonias. Una de las historias más pintorescas es preservada por Diodoro (18. 60-61). Eumenes deseaba hacer que sus opiniones contaran en el consejo militar de su ejército, pero llegó a la conclusión que no siendo macedonio era poco probable que lo tomaran en serio. Por tanto, declaró que había tenido un sueño en donde vio a Alejandro presidiendo el consejo y entonces persuadió a sus oficiales de que pusieran un trono vacío y le colocaran la insignia real encima, como si Alejandro en persona estuviera presidiendo sus debates. De este modo, «se declaró igual a los demás generales… disipó la envidia con que había sido mirado y suscitó sentimientos muy favorables hacia su persona entre los generales» (Diod. 18. 61. 2). Con todo, fue sitiado finalmente en Nora, en Frigia, hecho prisionero y condenado a muerte por Antígono (Diod. 19. 44).

Tanto Diodoro como Plutarco hicieron amplio uso de la perdida obra de Jerónimo de Cardia (p. 288), que había estado adscrito al ejército de Eumenes a partir del 323. En consecuencia sabemos más de Eumenes que sobre casi ningún otro diadoco. Diodoros y Plutarco subrayan una y otra vez que como era el único no macedonio entre los generales tenía que preocuparse por reclamar una posición equivalente;

quizá por esta razón apoyó inicialmente a Pérdicas y a los reyes. Ambos autores, sin embargo, usaron sus carreras como un cuento moral sobre la volubilidad de la fortuna (*tyché*). Este énfasis puede proceder de Jerónimo —efectivamente podemos estar viendo una imagen que Eumenes deseaba presentar a la posteridad—, pero fue aceptada y aumentada por Diodoro y Plutarco bajo la influencia de las ideas de su propia época,[94] y no deberíamos fiarnos de su valoración de Eumenes. Esto no significa que hayan exagerado su poder, pues tuvo considerable influencia en los acontecimientos. Por tanto, vale la pena examinar las razones de su fracaso en consolidarse firmemente como un diadoco.

Eumenes se comportó igual que cualquier otro diadoco y su carrera puede servir como un ejemplo de lo que estaba pasando con el poder macedonio. Después de la corta regencia de Pérdicas, que trató de mantener el reino unido, los ejércitos de los diadocos no fueron ya en realidad el ejército macedonio, o secciones del mismo, sino fuerzas mercenarias adscritas a ellos por un juramento. Eumenes se cuidó de no reclamar ninguna legitimidad que perteneciera debidamente a los macedonios, sin embargo fue derrotado al final. La razón del fracaso de Eumenes pudo estar, por tanto, no (o no principalmente) en haberse ganado cierta enemistad de ellos (sus propias tropas macedonias le fueron tenazmente leales), sino en el hecho de que en última instancia no tenía un ejército suficientemente poderoso. Como dice Briant, ni el hecho de que no fuera macedonio ni el hecho de que se mantuviera leal a los reyes legítimos pueden explicar su fracaso.[95]

Eumenes es un ejemplo interesante de la mitificación de los diadocos por autores posteriores, quienes a veces siguen a las fuentes contemporáneas. Parece como un embaucador, un «hombre ingenioso» a imagen y semejanza del héroe épico Odiseo. Su vida se ha vuelto casi novelística; como todas las buenas novelas contiene una moraleja, en este caso la inestabilidad del destino. Esas glosas probablemente fueron añadidas después. Como cualquiera de los diadocos, Eumenes procuró su propio interés. Como ellos, representó un tránsito de la monarquía «nacional» macedonia a un estilo característicamente postalejandrino de monarquía personal sustentado en un ejército mercenario.

Lisímaco

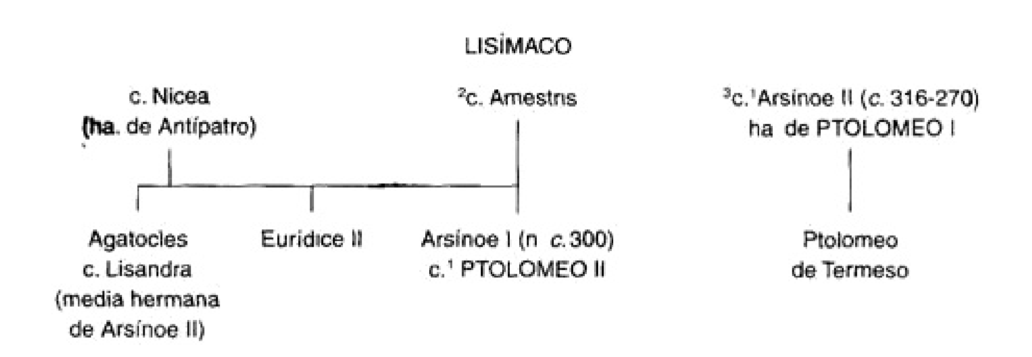
Otra figura en la que vale la pena centrarse, precisamente porque no logró establecer un territorio dinástico con fronteras estables, es Lisímaco (fig. 2.5). Su larga trayectoria fue sintetizada por Pausanias (1.9-10, Austin 45).

En el 323 se le asignó la tarea de administrar Tracia y defenderla de los tracios odrisios, quienes lo forzaron a aceptar un compromiso.[96] Implicado en importantes alianzas contra Casandro y Antígono, hizo campañas en dos frentes a la vez: para mantener su posición en su provincia y para aumentar su poder, pero también para

proteger a Macedonia del ataque de los no griegos. Su territorio se expandió hasta incluir la mayor parte del Asia Menor y la propia Macedonia finalmente. Mantuvo estrechos contactos con los atenienses, para quienes el acceso a las islas del Egeo nororiental y los suministros de grano de más allá del mar Negro, eran preocupaciones permanentes. Después de Ipso, Atenas no era menos valiosa para Lisímaco en su campaña militar y diplomática contra Demetrio, y cultivaba su apoyo mediante generosas donaciones a la ciudad. Estas fueron posiblemente negociadas por el exiliado ateniense Filipides de Cefale, poeta y autor de versos políticos que vivió en la corte de Lisímaco por muchos años y recibió honores en Atenas en el 283/282 (Austin 43, BD 13, Burstein 11, *Syll3* 31 A)[97]

Como otros reyes, Lisímaco fundó o antes bien refundo ciudades. En el 309/308, Cardia, en la costa europea del Helesponto, se convirtió en su nueva capital lisimaquea, bien situada para controlar el acceso hacia y desde el mar Negro. Rebautizó a Éfeso como Arsínoe por su tercera esposa, Arsínoe II (hermana de Ptolomeo II Filadelfo de Egipto), trasladando la ciudad a un nuevo emplazamiento, reubicando allí por la fuerza a las personas de las cercanas *poleis* de Colofón y Lebedos y reemplazando la constitución democrática establecida por Alejandro (Arr. 1.17, Austin 4) por una oligárquica. Incluso promovió que se reorganizaran las ceremonias del culto de Artemis, la diosa patrona de la ciudad.[98] Tales manejos autoritarios probablemente no habrían sido del gusto de todos, pero sin duda la élite ciudadana rápidamente se resignó en tanto mantuviera el poder político. La memoria de Lisímaco no se vio empañada, pues en el período romano era rememorado junto con otros fundadores históricos y legendarios de la ciudad.[99]

La descendencia de Lisímaco



Lisímaco impuso un gobernador regional en Jonia, como cualquier otro soberano de satrapías habría hecho; arbitró las disputas entre las ciudades como Samos y Priene (BD 12, Burstein 12, RC 7, OGIS 13, del 283/282 a. C.). Tampoco parece haber quedado atrás en ofrecer dones a las ciudades y a los templos. Como otros diadocos, posiblemente recibió honores divinos. También tuvo una «corte» real formada por sus *philoi* (amigos), y pese a que se dice que el rey Demetrio se mofaba de sus maneras licenciosas y serviles (Plut. Dem. 25, 4-6; Ath. 14. 614 f-615 a), estos

hombres eran tan griegos y tan cultos como los cortesanos de cualquier otro rey.[100] No hay prueba de su presunta dureza fiscal hacia las *poleis* griegas, aunque podría haber sido duro hacia las poblaciones no griegas (*laoi*), por ejemplo en el Asia Menor. Como los demás diadocos, siguió una política alentada por el pragmatismo antes que por la ideología que mezclaba incentivos y elementos disuasorios en respuesta a las circunstancias particulares.[101] Aprovechaba sus vínculos con Alejandro tal como ellos hacían; a diferencia de algunos, no podía jactarse de una larga carrera al servicio de Alejandro, de quien era contemporáneo. Utilizaba las imágenes visuales como las monedas para afirmar su derecho al poder, manteniendo los modelos acuñados de Alejandro. A partir de Ipso (301), fue el primero en retratar a Alejandro en las monedas, quizá para mostrar al rey como su protector divino, mientras que otros diadocos eligieron a las deidades olímpicas como emblemas.

En los estudios modernos a veces se presenta a Lisímaco como un gobernante cruel y sin inteligencia que no mereció el triunfo ni lo consiguió; pero se suelen interpretar las pruebas forzadamente. Su reputación militar puede haber sufrido debido al hecho de que a finales de la década de 290 fue hecho prisionero por Dromicetes, el jefe de los getas, un pueblo tribal de más allá del Danubio, pero hay considerables indicios de su perspicacia militar. En cuanto a la dureza de su gobierno, podría tratarse en gran medida de una fantasía.

Muchos estudiosos se han visto tentados a ver alguna verdad en un rasgo de esta mitología. Aunque Pausanias enmarca la historia en términos puramente personales y nos permite saber que hubo diferentes versiones, parece ser cierto que Lisímaco o Arsínoe II procuraron la muerte de su obvio heredero, Agatocles (hijo mayor del rey y su primera esposa, Nicea):

> Suelen venir a los hombres muchas desgracias por causa del amor. Efectivamente, Lisímaco, cuando era ya de edad avanzada y era considerado feliz en lo que concierne a sus hijos y Agatocles tenía ya hijos de Lisandra, se casó con Arsínoe (II), hermana de Lisandra. De esta Arsínoe, que temía por sus hijos no fuera que al morir Lisímaco quedaran en manos de Agatocles, se dice que por este motivo conspiró contra Agatocles. Y también han escrito que Arsínoe se enamoró de Agatocles y que al no obtener su amor, dicen que proyectó su muerte. Dicen también que Lisímaco se enteró después de las maquinaciones de su mujer, pero no tenía ya ningún poder, pues se había quedado sin amigos. En efecto, como Lisímaco permitió a Arsínoe que matara a Agatocles, Lisandra se refugió en la corte de Seleuco, llevándose consigo a sus hijos y a sus hermanos.
>
> (Pausanias, 1. 10. 3-4)

El joven era un jefe militar de probada capacidad, y según las fuentes antiguas su asesinato suscitó repulsa y desató revoluciones en las ciudades regidas por Lisímaco. Esto a su vez provocó que los demás diadocos formaran una coalición contra él, que llevó a su derrota y a su muerte en el 281.

La afirmación de que Lisímaco era un gobernante inepto puede no tener otra base que su fracaso en fundar un reino y una dinastía duraderos —como si esta fuera la

única medida u objetivo de la trayectoria del personaje. Existe también el peligro de un argumento circular. Ninguna prueba de su incompetencia o brutalidad supera el escrutinio; las afirmaciones de que estaba senil, y que el poder de Arsínoe era excesivo, carecen casi por completo de valor; incluso la muerte de Agatocles no va en contra de él, si era políticamente necesaria. Se ha sugerido que «el gran error de Lisímaco estaba en su resistencia a reconocer los derechos de la nueva generación que dejaba clara su propia mortalidad»,[102] pero sería deseable buscar una explicación política además.

No es posible sustentar la teoría antigua de que Agatocles era tan popular que cuando fue asesinado las ciudades en el territorio de Lisímaco se indignaron y llamaron a Seleuco para que las ayudara a rebelarse; pero puede ser que, al dar la impresión de inseguridad al verse forzado a ordenar la muerte de su heredero, Lisímaco generara una crisis de confianza que despejó el camino para que la causa de los grupos partidarios de los Seleucidas avanzara a su costa.[103] Es probable que la rivalidad entre Agatocles y Ptolomeo de Termesos, primer hijo de Lisímaco con Arsínoe II, llevara a una crisis dinástica que provocara que Lisímaco se deshiciera de su heredero obvio. Como superviviente, Ptolomeo de Termesos debería haber ocupado el trono, pero el hundimiento del poder lisimáqueo era tan total que fue rápidamente expulsado por Antígono,[104] y tuvo que refugiarse con Ptolomeo II Filadelfo de Egipto. Como posibilidad alternativa o complementaria, el hecho de que la madre de Ptolomeo de Termesos casara ahora con su hermano, que no era otro que Filadelfo, puede hacer sospechar que el rey egipcio tuviera algo que ver en los acontecimientos. Tal maniobra podría haber estado motivada por el deseo de controlar el Egeo nororiental; los Ptolomeos eran muy activos en el Egeo en esa época, por ejemplo, a través de la liga de los insulares.

El desmantelamiento del poder de Lisímaco no estaba inscrito en el destino; fue en parte una cuestión de mala suerte y en parte el resultado del desastre en Corupedio (281), si no estaríamos hablando de la dinastía agatóclida de Macedonia antes que de la antigónida. Durante su vida Lisímaco tuvo exactamente tanto éxito como sus rivales en desempeñar el papel de un rey de nuevo estilo.

Otros gobernantes

Los gobernantes de territorios menores también adoptaron el título de rey, sobre todo en Asia Menor. El más importante de estos reinos fue Pérgamo en el noroeste de Asia Menor, que fue independiente de los Seléucidas desde 283. Sus gobernantes fueron llamados reyes desde más o menos 240, y su historia se trata en el capítulo 8.

Otros reinos disfrutaron de un poder limitado, pero son zonas importantes de interacción griega con los no griegos, ya que algunos permanecieron bajo gobernantes no griegos. El tracio Zipoites gobernó Bitinia, al oriente de Asia Menor

noroccidental, desde 297/296 hasta 279. Sus aspiraciones helenizantes son evidentes en que diera un nombre griego a su hijo, Nicomedes I (rey 279-250), que fundó una capital griega en Nicomedia en el Propontis. El tercer rey, Ziailias (r. 250-c. 230) cultivó la amistad de los Ptolomeos. En el Ponto, en Asia Menor septentrional, Mitrídates I, quizá descendiente de una familia persa que en el siglo IV había gobernado la ciudad de Quíos (Cios, Cius) en el Propontis, fue proclamado rey en 281, aunque hizo retroceder su época reinante hasta 297/296 (Diod. 20. 111). A diferencia de Bitinia, el Ponto estaba generalmente aliado con los Seléucidas, y el segundo rey, Mitrídates II (rey c. 250-c. 220) se casó en la casa real seléucida. Bactriana (Afganistán septentrional) logró la independencia bajo Diodoto en algún momento a mediados del siglo III, quizá en el año 250 o después. Eutidemos (rey c. 226-186) llegó a ser rey, un hecho reconocido formalmente por Antíoco III en el 206 después de la victoria de Eutidemo sobre los «bárbaros» (Polibio 11, 34, Austin 150).[105]

En el occidente griego, el tirano Agatocles de Siracusa asumió el título real en el 304, unos doce años después de arrebatar el poder en su ciudad a un régimen oligárquico, «puesto que pensaba que ni en poder ni en territorio ni en hazañas era él inferior a aquéllos» (los diadocos; Diod. 20. 54. 1). (Diodoro 19. 5-31. 17 *passim* es nuestra principal fuente, quien la mayoría de veces se basa en Timeo). Exiliado ya dos veces, al parecer Agatocles fue llamado por el pueblo y, con la ayuda cartaginesa, volvió en 319/318, convirtiéndose en «*strategos* (general) con plenos poderes sobre los baluartes en Sicilia» (Parían Marble [FGH 239], B 12, Austin 21, Harding 1 a). Tres años más tarde derrocó a los seiscientos oligarcas y se convirtió en el *strategos* a cargo de la ciudad y, de hecho, en un tirano (Diod. 19. 9. 4). Intentó erradicar una provincia cartaginesa en Sicilia occidental pero fracasó, siendo abrumadoramente derrotado en África en 308/307; esto lo dejó como antes, dueño de las ciudades griegas de Sicilia, pero en sus años postreros consiguió un éxito parcial en ampliar el poder siracusano sobre las ciudades griegas del sur de Italia, quizá con la aspiración a unir los griegos de Sicilia con los de la península. Antes de que muriese en 289/288, su hijo Agatocles había sido asesinado en el norte de África por su propio hijo Arcagato, cuya ambición era gobernar Siracusa; después de lo cual el tirano antes que permitir que su nieto lo sucediera, devolvió el poder a los oligarcas. (Alrededor del 264, no obstante, Hierón de Siracusa fue reconocido como rey de la ciudad después de su triunfo sobre los mamertinos de Campania: Polib. 1. 7-9.) Desde una perspectiva amplia los logros de Agatocles pueden ser vistos como meramente temporales, pero las opiniones modernas al igual que las antiguas, están divididas respecto a su habilidad y a su trayectoria.[106]

Aunque, para los principales diadocos, el título de «rey de los macedonios», al menos en principio, encarnaba un derecho al gobierno universal; un gobernante que se llamara a sí mismo *basileus* estaba proclamando su supremacía sólo dentro de su propio territorio, no sobre todo el mundo griego.[107] La *Basileia* se convirtió, en

efecto, en un rango antes que el derecho formal a ser el único sucesor de Alejandro, con quien muchos de estos gobernantes no tenían vínculos directos.

LOS GÁLATAS

EL mundo griego no era una entidad independiente, aislada de los pueblos no griegos. Un recordatorio sorprendente de este hecho tomó la forma de las invasiones gálatas de inicios del siglo III. Por generaciones los gálatas o celtas (*galatai* o *keltoi* en griego) habían estado emigrando al sur y al este desde su tierra natal en Europa noroccidental; sociedades enteras se habían puesto en marcha como resultado de la presión demográfica en su país. Los gálatas incluso habían saqueado Roma en la década del 390 y Casandro y Lisímaco tenían ahora que defender la Grecia septentrional contra las incursiones de los gálatas o de otras tribus a quienes aquéllos habían forzado a abandonar sus tierras de origen.[108]

La muerte de Seleuco en el 281 provocó una crisis en el norte, que empeoró cuando su asesino, Ptolomeo Cerauno fue muerto en una batalla contra los nuevos invasores gálatas.[109] Una banda de gálatas llegó a Delfos, donde fue rechazada por los etolios y otros griegos del centro con la ayuda del dios del santuario, Apolo, que envió una nevasca para detenerlos. El acontecimiento se conmemoró en un decreto emitido en el 278 por los ciudadanos de la polis insular de Cos; el texto es una buena prueba de la organización del culto y, de paso, del continuado prestigio de los dioses tradicionales griegos (cf. capítulo 5):

> Diocles hijo de Filmo propone:
>
> Puesto que, después de la expedición de los bárbaros contra los griegos de Delfos, se ha informado de que los atacantes del santuario han sido castigados por el dios y por los hombres que vinieron a defenderlo contra ellos; que el santuario ha sido salvado y adornado con los despojos del enemigo, y que, de los restantes atacantes, la mayoría han perecido combatiendo contra los griegos:
>
> Sea manifiesto que el pueblo comparte la alegría de los griegos por la victoria y está ofreciendo al dios dones de agradecimiento por manifestarse durante los peligros que amenazaron al santuario y por la protección de los griegos.
>
> Mediando la buena fortuna, sea acordado por el pueblo que el jefe de la sagrada embajada [de Cos] y los embajadores sagrados que han sido electos, al llegar a Delfos, sacrificaren a Apolo Pitio un buey con cuernos dorados en pro de la segundad de los griegos.
>
> … Que el heraldo sagrado proclame que «el pueblo está guardando este día como sagrado debido a la seguridad y a la victoria de los griegos; y que todo sea lo mejor para aquellos que llevan las guirnaldas»…
>
> (Austin 48, BD 17, *Syll3* 398)

Una división de los gálatas dirigidos por Breno llegó con 2000 carros, lo que implica que tenía un contingente total (incluidos los no combatientes) que llegaba a las decenas de miles.[110] Justino (24. 3), sintetiza Pompeyo Trogo, dice que «cuando los macedonios, vencidos, se escondieron tras las murallas de sus ciudades, Breno, vencedor y sin que nadie se lo impidiera, saquea los campos de toda Macedonia». El

número total de personas en marcha, incluidos los no combatientes, puede haber llegado hasta los 300.000.[111] La fuerza de los gálatas puede medirse por sus victorias sobre Cerauno y su sucesor Sostenes.

Algunos gálatas pasaron al Asia Menor, en parte por invitación de Nicomedes de Bitinia, que los convirtió en sus mercenarios (Memnon, FGH 434 frag. 11, Austin 140, Burstein 16).[112] Saquearon el campo y hay una información que habla de muchos habitantes helenizados de Asia Menor noroccidental que fueron capturados por los gálatas y rescatados por un funcionario del rey seléucida (Austin 142, Burstein 19).[113] Impusieron tributos a las ciudades y dinastas por igual hasta que fueron derrotados por Filetairo de Pérgamo, y también por Antíoco I, alrededor del 270. Antíoco los estableció en una zona del norte de Frigia que vino a ser llamada Galacia, «país de los gálatas», aunque los asentamientos permanentes no deben haber sido anteriores a finales del siglo III. Continuaron preocupando a los gobernantes greco-macedonios, pero probablemente no eran agresivos de modo innato, sino que buscaban un país para vivir.[114] Estuvieron dispuestos a ser reclutados como mercenarios, por ejemplo por Antíoco Hiérax en el 241. Las triunfantes campañas de Filetairo contra ellos contribuyeron a que Pérgamo se estableciera como un estado independiente, y fueron conmemoradas, junto con otras victorias posteriores sobre ellos, con esculturas de los gálatas luchando contra los griegos que decoraron la acrópolis de Pérgamo (fig. 8.6). Átalo I se hizo famoso por no pagarles el tributo acostumbrado, quizá con el fin de provocar la lucha que terminó con una gran victoria de Pérgamo. Sin embargo, estaban lejos de ser subyugados; en el 189 los romanos comandados por Gneo Manlio Vulso todavía estaban expulsando a los galos de las regiones costeras de Asia Menor.[115] Eumenes II de Pérgamo luchó en grandes campañas en las décadas de 180 y 160 y su sucesor Átalo II se planteó atacarlos unos pocos años después.

En Tracia, Antígono II Gónatas exterminó una gran fuerza gálata en el 277. No hubo más incursiones en Grecia; aunque el reino gálata de Tylis permaneció hasta c. 212. El prestigio de la victoria ayudó a Gónatas a tomar el control de Macedonia (aunque él fechaba su reinado desde la muerte de su padre Demetrio I en 283). Esta marcó un momento decisivo en el desarrollo político global de los reinos helenísticos: Gónatas, a diferencia de los anteriores diadocos, fue capaz de mantenerse en el poder, y la dinastía antigónida gobernó Macedonia hasta la conquista romana. Aquí, entonces, como en Pérgamo, la oposición a los gálatas proporcionó una palanca para la ambición dinástica.

Dondequiera que fueran, los gálatas despertaban el temor, o así lo afirman las fuentes y los documentos. Representaban un «otro» peligroso, y se convirtieron en los bárbaros arquetípicos, posiblemente los enemigos más importantes de los griegos desde los persas. Hammond atribuye la relativa debilidad de Macedonia a partir del 277, al menos en comparación con los demás reinos principales, a los efectos de larga

duración de las incursiones gálatas, que considera fueron ruinosas.[116] En verdad, los gálatas podrían haber sido una amenaza menor para Grecia que los persas a inicios del siglo V. Una y otra vez las campañas contra ellos fueron aprovechadas con propósitos propagandísticos. El temor a los galos puede haber incitado a los griegos a defender su propia identidad satanizándolos, y explica por qué podemos ver en Pausanias (1. 3. 5-4; 10. 19. 4-23. 7) un fuerte prejuicio desde la invasión de Jerjes.[117] Sus acciones agresivas dieron a los reyes oportunidades para mostrar cuan griegos, cuan fuertes y cuan meritorios eran; pero en otras circunstancias no tardaban en utilizar el peso militar de los gálatas en sus propias campañas.

LOS EJÉRCITOS Y LA EMIGRACIÓN

NUESTRAS fuentes se concentran en las acciones de una élite militar. La posteridad y la fama (*kleos*) era importantes para los griegos de la aristocracia, pero la historia es algo más que esto, y otros factores estuvieron presentes en el trazado del mapa del mundo después de Alejandro. Como dice Claire Préaux: «¿Saben los actores de la historia adonde van sus acciones?».[118] Los cambios más amplios en la sociedad podrían haber agregado impulso al establecimiento de un nuevo sistema político. ¿Por qué pudieron Alejandro y los diadocos organizar ejércitos tan grandes?

Alejandro se encontró con que tenía un problema en cuanto a la cantidad de exiliados de las ciudades griegas. Eran tan numerosos que, según Diodoro (18.8, Austin 16, cf. 17, 109), más de 20 000 se congregaron en Olimpia en el 324 para oír el «decreto de los exiliados». Es posible que fueran miembros de la clase de los hoplitas en sus ciudades natales —hombres relativamente prósperos que podían adquirir la armadura completa de infantería a la manera griega tradicional— que habían sido expulsados como resultado de los problemas políticos. La cifra podía incluir sólo unos pocos hombres de cada polis, aunque habría muchos más además de aquéllos en Olimpia; con todo es significativo que el fenómeno de los exiliados fuera visto como general. Un problema adicional para Alejandro era el gran número de mercenarios despedidos (por orden suya) por sus sátrapas. Muchos miles se juntaron en el 324 en el santuario de Poseidón en el cabo Tainaron en Laconia, un lugar donde tradicionalmente se contrataba a los mercenarios (Diod. 17. 111). Bajo el mando de un destacado general ateniense, Leóstenes, se pusieron a la disposición de Atenas para preparar un alzamiento contra Macedonia.[119]

Un posible factor demográfico relevante para el siglo IV fue la superpoblación, que podía llevar a la emigración. Sallares ha examinado las tendencias de la población de largo plazo de Grecia desde un punto de vista biológico y demográfico.[120] Detectó un patrón en las fuentes que sugiere que la población humana llegó a un máximo alrededor del siglo IV y después, como tiende a suceder con las poblaciones biológicas, excedió la capacidad de sustento ofrecida por el medio, antes de retroceder en el período helenístico. Después de que el sistema palaciego micénico llegara a su fin en el siglo XII, era probable que la población humana del entorno griego aumentara por su propio impulso si no iban en su detrimento accidentes como las hambrunas y las invasiones. Por tanto, un factor que podría explicar la frecuencia del asentamiento griego en ultramar durante la llamada edad oscura (c. 1100-c. 900) y los períodos geométrico y arcaico que la siguieron (c. 900 -c. 480), sería un exceso (en cierto sentido) de la población, aunque las personas en ese momento probablemente no lo habrían reconocido como tal. El historiador, sin embargo, debe analizar cómo operan tales causas impersonales en medios sociales concretos.

Cuando se examinan las postrimerías del siglo IV, es importante explicitar un posible vínculo entre el cambio demográfico y el número de exiliados políticos; pero las personas coetáneas no pueden haber tenido ningún medio para saber que la población estaba aumentando, más allá de los superficiales o anecdóticos, pues los datos estadísticos o eran pocos o no existían. Ellos habrían sido conscientes de la guerra y de sus víctimas, de las disputas por la propiedad de la tierra, de la guerra civil que provocaba expulsiones, y así sucesivamente. Una consecuencia posible de la creciente población bien puede haber sido un conflicto civil recurrente que acababa con la expulsión de los grupos derrotados.

Ya en 380 (en su *Panegírico*), y ya en 324 y 338 a más tardar (*Cartas*, 2-3: *A Filipo* 1 y 2), el orador ateniense Isócrates demandaba una expedición panhelénica contra Persia para arreglar los problemas de Grecia.[121] Entre esos años hizo esta súplica más de una vez: en 356 al rey Arquidamo de Esparta (*Carta* 9: A *Arquidamo*), en 346 a Filipo (*Oración* 5: *Filipo*). Más de una vez recalcó que, entre los problemas de Grecia, estaba, a su parecer, el número masivo de exiliados políticos:

> Porque aunque son muchos los males inherentes a la naturaleza de los hombres, nosotros mismos hemos añadido más de los necesarios, al haber guerras y revueltas entre nosotros y, así, unos han muerto injustamente en sus ciudades, otros andan desterrados en tierra extranjera con sus hijos y mujeres, y muchos obligados por la escasez de lo cotidiano a defender a los enemigos, han muerto luchando con sus amigos.
>
> (Isócrates, *Oración* 4; *Panegírico*, 167-168)

De modo semejante, en la oración *A Filipo*, escribió que «es fácil reunir un ejército más numeroso y fuerte con vagabundos que con ciudadanos» (sección 96, cf. 120-121). Muchos de estos hombres pudieron haber sido exiliados políticos, que fueron presentados (con exactitud o con falsedad) como un peligro para Grecia.

La ocupación ateniense de Samos es un caso especial de este fenómeno. En el 365 los atenienses habían aplastado brutalmente la polis de Samos y se habían apoderado de la isla, enviando a ciudadanos atenienses a establecerse como clerucos (*klêrouchoi*, parcelarios, como los del imperio ateniense del siglo V) y a cultivar la tierra. Muchos de los exiliados griegos que trataban de volver a su patria en el 324 eran los supervivientes y los descendientes de estos samianos que presionaban a Alejandro para que restableciera su polis. Finalmente lo hizo, aunque primero los ateniense no obedecieron su proclama y sólo la guerra lámica solucionó la cuestión.[122]

Los factores demográficos pueden así haber facilitado un suministro disponible de tropas para los ejércitos de los diadocos, tanto mediante el crecimiento de la población como del exilio político. El servir en un ejército real representaba un camino para el ascenso social (habiendo reconocido el riesgo de perecer) que se abría ante los exiliados griegos y los no ciudadanos pero también ante los ciudadanos normales.[123] El reclutamiento por lo general conllevaba a asentarse en el extranjero

al pasar al retiro. Es difícil ver esto como un proceso meramente demográfico; para un ciudadano, la elección entre emigrar con la esperanza de una vida mejor, y permanecer en la patria con oportunidades económicas menores, no siempre debió de haber sido fácil. Es dudoso que sea exacto, como algunos aseguran,[124] que la falta de otros empleos lucrativos fuera un factor que promovía la emigración; las economías de las ciudades-estado quizá no estaban basadas en el trabajo asalariado en un alto grado. Es más probable que la creciente polarización de las clases ricas y el crecimiento de las grandes propiedades de la élite —una tendencia con frecuencia observada en la historia griega— estuviera expulsando de la tierra a los ciudadanos con pequeñas propiedades y haciéndolos depender de los ricos para el empleo estacional. Para estos hombres la oportunidad de emigrar a una nueva ciudad y/o de luchar por el rey con la esperanza de recompensa podría haber sido atractiva, dada la perspectiva de recuperar el estatus de propietario de tierra.

Las fuentes dan una idea de la escala de los movimientos de población. En el 334, cuando invadió Asia, Alejandro llevó 12 600 griegos del sur con él, de los cuales 7600 eran de las ciudades de la liga de Corinto, y el resto mercenarios. El resto de su ejército de 37 000 hombres estaba formado por macedonios, reclutas de las tribus del norte y griegos del centro norte como los tesalios. Recibió alrededor de 65 000 nuevos mercenarios durante su expedición, de los cuales al menos 36 000 se quedaron como tropas de guarnición o colonos.[125] Después unos 23 000 griegos (que podrían haber incluido norteños o incluso macedonios) fueron asentados por Alejandro en las satrapías persas «altas» (orientales); a su muerte se rebelaron, con el deseo de volver a Grecia y fueron masacrados por los macedonios (cf. Arr. 5. 27. 5, sobre el envío de regreso de los tesalios desde Bactriana). Después de la muerte de Alejandro, los nuevos gobernantes parecen haber continuado reclutando en Grecia en números cada vez mayores. Antígono tenía 28 000 infantes y 8500 jinetes en 317 a. C. (Diod. 19. 27, Austin 28); contra él Eumenes presentó 35 000 infantes. Once años después Antígono tenía 80 000 infantes (Diod. 20. 7. 3). Un siglo después Antíoco podía movilizar 70 000 infantes y 5000 jinetes, de los cuales no menos de 40 000 habían sido reclutados en Grecia y Asia Menor (Polib. 5, 63-65, Austin 224); la fuerza que Ptolomeo le opuso en el 217 a. C. incluía 5000 mercenarios griegos contando 2500 cretenses. Estos son sólo ejemplos seleccionados, pero dan una idea de la escala de emigración de Grecia, descontando incluso la exageración y las dificultades del recuento. Gran parte de la emigración procedía de las zonas menos urbanizadas como Etolia, Tesalia y Creta antes que de ciudades famosas como Atenas. Incluso en la ciudad relativamente próspera de Magnesia, a orillas del Meandro, bajo Antíoco I, los ciudadanos estaban deseosos de trasladarse a la nueva fundación de Antíoco en la lejana Persis (Austin 190, Burstein 32, OGIS 233). Esparta es un caso especial: desde inicios del siglo IV los espartanos habían estado ganando dinero sirviendo a potentados extranjeros (véase por ejemplo, *Agesilaos* de Plutarco) y esto continuó.[126]

Las ambiciones de estos miles de hombres —muchos de los cuales habrían experimentado una relativa pobreza en sus ciudades natales— puede haber proporcionado algo de la motivación para las conquistas iniciales de Alejandro y las luchas territoriales de los diadocos. Para los soldados las principales recompensas del servicio militar estaban en el saqueo, el botín y, en el fondo, en la tierra, de modo que —dejando de lado los riesgos de la vida y de pérdida de miembros— era importante continuar en la campaña. Si establecerse en Alejandría, en Egipto, o en Alejandría Escate (en el actual Uzbekistán) era igualmente atractivo es una cuestión discutible. [127]

Una idea de lo que se ofrecía a los atenienses de la época puede percibirse en un esbozo de la serie de rasgos éticos descritos por el filósofo Teofrasto del siglo IV, aunque el personaje del que se habla fuera un charlatán:

> Es capaz de engañar a su compañero de viaje durante el camino, contándole que participó en una expedición con Alejandro, y cómo lo trataba éste y cuantas copas con incrustaciones de piedras se trajo. Mantiene que los artesanos de Asia son mejores que los europeos, y se expresa en estos términos pomposos, aunque jamás puso los pies fuera de Atenas. Asegura que ha recibido tres veces cartas de Antípatro, invitándole a visitar Macedonia y que a pesar de haberle sido concedido un permiso de importación de madera exento de impuestos, lo ha rechazado, a fin de no ser acusado por algún conciudadano: «¡Tenían que haber sido más avispados los macedonios!». Sostiene que, durante la época de escasez, gastó más de cinco talentos en socorrer a los más necesitados de entre sus compatriotas, por ser incapaz de negarse a ello
>
> (Teofrasto, *Caracteres*, 23)

Aunque los macedonios aquí son una fuente de conflicto —el pasaje implica que les agradaba contratar agentes secretos en las ciudades— es igualmente claro que jactarse de hacer dinero al servicio del rey era algo que uno podía esperar oír de la gente, una estrategia reconocida de ascenso social.

La jefatura personal ejercida por los diadocos sobre sus tropas representaba un nuevo fenómeno social, al menos por su escala. Los jefes mercenarios habían sido usados antes por las ciudades griegas y los potentados no griegos; a inicios del siglo IV el ateniense Ifícrates, uno de los generales más renombrados, había servido primero a su propia ciudad, después a los tracios, los persas, los espartanos y los macedonios. Los miembros de las antiguas *poleis*, como Conón de Atenas y el rey Agesilao de Esparta a inicios del siglo IV, habían sido empleados, con frecuencia con tropas personalmente leales a ellos, por potentados extranjeros. La sola dimensión de los ejércitos de los diadocos, combinada con los juramentos de lealtad personal que les prestaban las tropas (a Eumenes, por ejemplo, Plut. *Eum*. 5. 3, cf. 7. 1, 12. 2; o al rey Eumenes I Austin 196, BD 23, OGIS 266),[128] aumentó la dificultad de reunificar el imperio: demasiados jefes individuales y soldados tenían algo en juego en un resultado diferente.

Las ambiciones individuales de los soldados griegos también tuvieron

consecuencias para la población nativa de Egipto y Asia (capítulos 6, 8). La época «helenística» no fue un período en que «el Oriente» se volvió culturalmente griego; pero los griegos sí colonizaron muchas partes de Asia occidental y Egipto y trajeron con ellos su cultura, incluidas las prácticas militares, así como la religión, la literatura y el atletismo —todas las cosas que constituían su identidad para sus propios ojos, y cuya ausencia hacía bárbaros a los otros. La emigración, el exilio y el servicio mercenario proporcionaron los principales estímulos para la expansión del poder griego en el Oriente Próximo.

3. LOS REYES Y LAS CIUDADES

LA parte principal de *El mundo helenístico*, el estudio de Claire Préaux sobre la sociedad y la cultura griegas después de Alejandro, lleva como título: «Las grandes entidades», subdivididas en «Reales» y «Urbanas». Con razón, la autora considera a los reyes y a las ciudades como los dos elementos principales del período. Los nuevos centros de poder surgieron en la persona de los reyes, pero las antiguas ciudades no fueron dejadas de lado y todavía surgieron algunas nuevas. Ambas instituciones constituirán el marco del presente capítulo.

Los cambios políticos del período 338-276 implicaron graves consecuencias para las viejas ciudades-estado de Grecia. La realeza era anatema para las *poleis* arcaicas y clásicas; según su mitología, la habían repudiado muy pronto, quizá durante el período llamado la edad oscura (c. 1100-c. 900 a. C.). Fuera de Esparta, cuyos dos reyes no eran en cualquier caso particularmente diferentes de los ciudadanos comunes y corrientes, sólo bárbaros como los persas tenían reyes: en la ideología griega, Jerjes y sus sucesores encarnaban lo peor de un poder único irresponsable. En cambio, la ciudad-estado, fuera democrática u oligárquica, fue fundada, en teoría, en base al debate abierto entre los ciudadanos, fueran éstos un grupo pequeño o grande. El renacimiento de la realeza por tanto desbancó algunas apreciadas convicciones de los griegos del sur, aunque muchas ciudades griegas, como las de Asia Menor, habían coexistido desde hacía tiempo con regímenes monárquicos como los de Lidia y Persia, pagando algunas veces un tributo monetario. También en el norte, ciertas ciudades habían tenido que encontrar un *modus vivendi* con los reyes macedonios, mientras que algunas fueron fundadas incluso por Filipo y sus sucesores. El modelo ideal de la polis autónoma y autosuficiente formulado por Aristóteles y otros con frecuencia no fue corroborado por la realidad.

Es posible que, a largo plazo, el sistema clásico de ciudades-estado sea un interludio excepcional en la historia del antiguo Oriente Próximo, dominado por el gobierno monárquico.[129] En el período helenístico, como en otras épocas, los reyes y las ciudades tenían que encontrar formas de coexistencia. La relación no era simplemente de dominación. Aunque las ciudades tenían que cuidar de no provocar enemistad, los reyes que despreciaban a las *poleis* también habían de atenerse a las consecuencias de ello. Por tanto, la imagen de los reyes, fuera creada por ellos mismos para presentarse ante sus súbditos o por éstos para relacionarse con aquéllos, representaba un compromiso entre el cambio y la continuidad. Las comunidades griegas necesitaban contrarrestar los términos negativos en que solían encuadrar las ideas de monarquía y acostumbrarse a la nueva situación. Era natural que los reyes (griegos también culturalmente) emplearan y desarrollaran los códigos simbólicos existentes al presentar una imagen pública a sus súbditos mediante monedas, estatuas

y documentos escritos. Las ciudades hacían lo mismo en sus peticiones y en los honores que dispensaban.

Los reyes encaraban tres problemas particulares. En primer lugar, las *poleis* habían sido gobernadas por ciudadanos bien conocidos por sus conciudadanos, mientras que los nuevos gobernantes eran foráneos desconocidos y políticos principiantes. En segundo lugar, las antiguas autoridades estaban sancionadas por las «constituciones ancestrales», mientras que los conquistadores militares tenían que crear su propia legitimidad. En tercer lugar, las *poleis* eran centros urbanos con territorios relativamente pequeños, mientras que las zonas controladas por los reyes se extendían sobre vastos territorios. Eran necesarias nuevas estructuras de apoyo, algunas de las cuales serán examinadas más adelante. Los reyes aprovecharon el lenguaje de la representación visual y ceremonial, y se beneficiaron indirectamente de las representaciones literarias. Mediante la imagen pública de las familias reales, incluidas las mujeres, y por el modo en que sus amigos y allegados formaron «cortes» reconocibles como tales, los reyes buscaron legitimar su poder y utilizarlo efectivamente. Esto daba a algunas *poleis* la oportunidad de sacar ventaja de la situación, procurando obtener privilegios y mercedes. Tales peticiones con frecuencia las realizaron los ciudadanos de la élite que podían servirse de canales directos o indirectos de comunicación con el rey. Sin embargo, la comunicación iba en los dos sentidos: era vital para el rey tomar el pulso de sus aliados y súbditos.

LAS REPRESENTACIONES DE LA REALEZA

Semblanzas literarias

NUESTRAS fuentes literarias, escritas tanto en el período helenístico como en el posterior, creaban y manipulaban las imágenes de los reyes y los ideales de la realeza, representando un diálogo entre los nuevos detentadores del poder y aquellos que debían soportarlo o que se oponían a él. Algunos reyes, en especial los Ptolomeos y los Atálidas, dedicaron enormes recursos a conservar y a realzar la cultura griega. Dar apoyo a bibliotecas y escritores era otro medio con el que los reyes buscaban modelar su imagen pública. El rey se beneficiaba de que se le viera realizar la función casi sagrada de asegurar que la memoria del pasado se mantuviera viva.[130] Estas actividades no eran meras «relaciones públicas»; los reyes eran, o deseaban ser vistos como, griegos, y consideraban natural utilizar su riqueza en promover las tradiciones y la cultura que definía la helenidad. Además, la diferencia con el pasado era más de escala que de carácter.

En muchos escritores helenísticos, particularmente historiadores y poetas, se pueden encontrar debates en torno la realeza y sobre los reyes individuales. Teócrito escribió un himno (*Idilio* 17, parte en Austin 217) a Ptolomeo II, que se refiere a las virtudes del rey: descendía de Zeus, su padre, el difunto Ptolomeo I, se sentaba ahora entre los dioses, su nacimiento fue señalado por signos de Zeus «el protector de los reyes ilustres», su reino egipcio tenía 300 000 ciudades (un número formulaico), regía muchos otros países y era «soberano de los mares», su riqueza era mayor que la de cualquier otro rey, su territorio era inmune a los ataques y reverenciaba a los dioses y concedía mercedes a las ciudades y a los reyes vasallos. Podía tratarse de mera adulación poética, pero resume los atributos reales que eran esenciales para el éxito: un ancestro divino, un gran poder, un gran territorio, riqueza, triunfo, generosidad y piedad.

Una caracterización semejante se aplica a Seleuco I en la semblanza trazada por Apiano:

> (55) Y así fue que Seleuco se convirtió en rey de Babilonia, y también de Media, después de que matara en la batalla con su propia mano a Nicanor, que había sido puesto por Antígono como sátrapa de Media. Hizo muchas guerras contra los macedonios y los bárbaros… Siempre al acecho de los pueblos vecinos, con el poder para compelerlos y la persuasión de la diplomacia, se convirtió en soberano de otros pueblos vecinos que Alejandro había conquistado en la guerra hasta el Indo. Los límites de sus dominios en Asia se extendían más allá que los de cualquier otro soberano, a excepción de Alejandro…
>
> (57)…Era alto y de complexión fuerte; un día cuando fue traído un toro salvaje a Alejandro para el sacrificio y rompió sus ataduras, él solo lo contuvo y lo controló con

las manos desnudas. Debido a esto sus estatuas… lo representan con cuernos. Fundó ciudades en todo su imperio.

(58) Dicen que había emprendido la fundación de las dos Seleucias, la de Seleucia del Mar fue precedida por un portento de truenos, y que por ello consagró al trueno como su divinidad.

(Apiano, *Guerras sirias*, 55, 57-58, Austin 46)

Apiano dice incluso que los intentos de los magos (sacerdotes persas) de ocultar la hora más propicia para excavar los cimientos de Seleucia del Tigris fueron desbaratados por la intervención divina; en otras palabras, los dioses estaban con Seleuco. Esta mezcla de propaganda real, adulación oficial e imaginación popular expresa la mística con que estaba investido el poder real.

El debate de Polibio sobre los caracteres de los reyes que aparecen en su narración parece a primera vista con más fundamento en los hechos, teniendo en cuenta incluso sus posibles prejuicios y su confianza en información de segunda mano. Aun así, formuló una imagen de la realeza y sus responsabilidades que refleja las actitudes de la época. Átalo I merece su alabanza por su práctica de las cualidades reales, sus mercedes, sus hazañas en la guerra y su decencia personal (18. 41, Austin 199). Su hijo Eumenes II recibe un elogio similar (32. 8, Austin 207). Filipo V, sin embargo, no alcanza a colmar el ideal. Polibio, poco amigo de los macedonios, lo considera inicuo y, en cierto sentido, un demente, aunque al menos en una ocasión se comportó de modo racional y correcto. Su ejército había invadido el Ática, provocando que los emisarios romanos lanzaran un llamado a que se retirase: «Si se aviene a ello todavía le es posible la paz con los romanos» y aprueba «la conducta real y verdaderamente magnánima de Filipo, la constancia en sus propósitos»:

irritado por los desastres que había sufrido se indignó y se enfureció más de lo que era normal en él, pero con ello se adaptó de manera sorprendente y prodigiosa a la situación de entonces y fue así como se enderezó contra los rodios y el rey Átalo y saldó con éxito sus empresas siguientes.

(Polibio, 16. 28)

Polibio puede haber interpretado mal la situación. Es posible que Filipo se retirara por miedo de provocar una guerra con Roma. Esto no importa, el punto es que Polibio, aunque era un escritor analítico a diferencia de Teócrito, y un historiador más crítico que Apiano, comparte con ellos la presunción de que un rey debía encarnar ciertas virtudes. La decisión sensata de Filipo se convierte para Polibio en un signo de su naturaleza verdaderamente real —aunque en otras ocasiones se mostró inepto. Otro rey que a los ojos de Polibio no estaba a la altura debida era Antíoco IV Epífanes, apodado Epimanes (el loco) porque supuestamente se mezclaba con los plebeyos y no se privaba del gusto de hacer payasadas en los baños públicos (Ateneo, 10. 439a + 5. 193d = Polibio, 26. 1a-2. Austin 163a; Livio, 41. 20, Austin 163b; cf.

Diodoro, 31, 16).

Demetrio de Plutarco, aunque fue escrito siglos después de la muerte de su protagonista y está impregnado de las preocupaciones morales y filosóficas del día, encarna la misma expectativa de lo que un rey debía ser. Demetrio es sobrenaturalmente bello; su apariencia combina los atributos heroicos con la dignidad real (cap. 2); ama a su padre y es leal con sus amigos (caps. 3 y 4); es decidido en la estrategia y valiente en la batalla, y es un jefe resuelto que emprende la guerra por la libertad (cap. 8); es generoso con el enemigo vencido (cap. 17). No es su culpa que los atenienses incurrieran en la adulación crasa; la falla de su carácter era ser un esclavo del placer y descuidado de su reputación. Plutarco estaba operando con su propia versión del «rey ideal», la cual Demetrio le permite definir en parte por contraste, y presenta un comentario interesante aunque crítico sobre la significación de la adopción del papel real por los sucesores de Alejandro:

> No se crea que terminó esto en la añadidura de un dictado [dar el título de rey] y la mudanza de traje, sino que influyó en los ánimos, y los llenó de orgullo y altanería para el trato y para toda su conducta, mudando, como los actores de la tragedia, juntamente con las ropas, el aire y continente del cuerpo, la voz y el modo de sentarse y saludar. Así que desde este punto se hicieron más violentos en la administración de la justicia, dando de mano al disimulo hipócrita que los hacía un poco más benignos y afables con los súbditos. ¡Tanto pudo una sola palabra de un adulador, y tal mudanza produjo puede decirse que en toda la tierra!
>
> (Plutarco, *Demetrio*, 18, Austin 36)

¿Era sólo un cambio de estilo? Evidentemente, no para Plutarco; el nuevo título alteraba el carácter de los hombres y por tanto modificaba la historia. Para Polibio también, aunque éste yuxtapone a la figura real un nuevo estrato de análisis, en la creencia de que el jefe militar más exitoso es aquel de un superior cálculo racional. Los diferentes autores operan con diferentes marcos conceptuales y escriben para públicos diferentes, pero todos presuponen que los reyes están obligados, por su posición y su dignidad, a comportarse de cierta manera.

Una serie de opiniones más problemáticas surgen en las filosofías contemporáneas, o en los relatos fragmentarios de ellas que se pueden reconstruir. En el período clásico, los autores críticos de la democracia como Jenofonte, Platón (en su *Politikos*, o *el Político*) e Isócrates habían desarrollado teorías sobre la monarquía como forma de gobierno. Una vez que se hizo realidad y sus problemas pudieron apreciarse, los filósofos continuaron examinando el concepto y se escribieron muchas obras sobre la monarquía; ninguna ha quedado definitivamente, aunque el tratado *Sobre la realeza* de Diotógenes, y otro del mismo título atribuido falsamente al filósofo pitagórico del siglo IV, Ecpanto, pueden haber tenido un origen helenístico antiguo.[131] El esfuerzo de defender la toma de decisiones democrática frente al poder real habría estimulado el debate. Hasta cierto punto, es probable que aquellos

que formularon las ideas sobre la realeza trataran de ayudar a los griegos a lidiar con los problemas de un nuevo sistema político antes que rendirse a las relaciones de poder verticales prevaleciente, o bien intentaran cambiarlas.

El lexicón bizantino de Suidas presenta la siguiente definición de realeza (*basileia*), que se cree derivada de una fuente helenística:

> monarquía. No es la justicia ni la naturaleza lo que da las monarquías a los hombres, sino la habilidad para mandar un ejército y gestionar los asuntos competentemente. Tal fue el caso de Filipo y los sucesores de Alejandro. Pues al hijo natural de Alejandro no le fue útil en modo alguno su realeza debido a su debilidad de espíritu, mientras que aquellos que no tenían parentesco con Alejandro se convirtieron en reyes de casi todo el mundo habitado.
>
> (Suidas, *s. v. basileia*, Austin 37)

La obra filosófica de la cual probablemente procede encarnaba por lo visto la habitual distinción griega entre naturaleza y convención; aunque el derecho «natural» de los reyes a gobernar no se discute realmente, la idea tradicional de una realeza hereditaria se cuestiona, y en consecuencia, la realeza es una posición que puede ser lograda por un individuo poderoso o atribuida a él por otros. A la vez, está la implicación de que un hombre pueda resultar inepto para ser rey, una opinión que habría surgido en el contexto de la oposición griega a los diadocos y a sus descendientes.

Las críticas más radicales se encuentran, de modo notable, entre los primeros filósofos estoicos (capítulo 5). Zenón, el fundador del estoicismo, adoptó quizá una posición radical, que sus sucesores suavizaron una vez que la independencia total quedó fuera del alcance de Atenas. El estoicismo se convirtió entonces en una filosofía predominante de la élite dirigente en los estados griegos y después en Roma, que la transformó de una teoría general de perfección moral en una limitada teoría de conducta ética para el gobernante que deseara ser justo.[132] También pudo tratarse de un intento de dotar a las élites griegas con las herramientas conceptuales que necesitaban para dar sentido a su relación con los nuevos poderes externos, y darles justificaciones retóricas toda vez que desearan hacer presión por un trato justo.

El culto y el ceremonial

El fenómeno del culto del soberano (capítulo 5) que se convirtió en un rasgo habitual de la vida, no representa una violenta desaparición de una práctica existente, sino una remodelación de los significados religiosos existentes para expresar y formular las relaciones entre las comunidades urbanas y sus nuevos amos. Aunque su origen puede haber sido anterior, para los fines presentes comienza con la ecuación entre Alejandro y el dios egipcio Amón (*Ammon* en griego) indicado por la adición de unos

cuernos sagrados a la frente de Alejandro en las monedas de Ptolomeo.

Tetradracma de plata (17,09 g) en nombre de Alejandro. Acuñado bajo Ptolomeo I, c. 319-315 a. C. Anverso: cabeza de Alejandro. Reverso: Zeus. Alejandro lleva una piel de elefante; la punta de un cuerno de carnero se asoma bajo ella. (Ashmolean Museum, Universidad de Oxford.)

Los reyes podían modificar su imagen pública adoptando como patronos a los dioses o a antepasados divinos. Las monedas de Átalo I llevan los cuernos del toro como símbolo de Dionisio, el protector elegido de la dinastía. Después de repeler a los gálatas de Delfos, las monedas de Gónatas le atribuían los cuernos de Pan, el dios que fue visto luchando contra ellos.[133] Seleuco I afirmaba que Apolo era su antepasado, como aparece en un decreto de Ilion:

> Cuando Ninfio, hijo de Diotrefes era epiménios, y Dionisio hijo de Hipomedo era presidente, Demetrio hijo de Dies propuso:
>
> Ya que el rey Antíoco hijo del rey Seleuco, habiendo al inicio asumido la realeza y seguido una gloriosa y honorable política, ha tratado de devolver la paz y la antigua prosperidad a las ciudades de la Seleucia [Siria seléucida] que estaban sufriendo por las dificultades a causa de los rebeldes contra el rey…
>
> y (ya que) ahora ha venido a este lado del monte Tauro con todo celo y entusiasmo y ha restaurado la paz a las ciudades y ha promovido sus intereses y la realeza a una posición más poderosa y brillante…
>
> que el consejo y el pueblo resuelvan que la sacerdotisa, los guardianes del templo y los prytaneis [magistrados superiores] rueguen a Atenea de Ilion, junto con los embajadores, que su presencia [en este lado del Tauro] sea en beneficio del rey…
>
> y que los demás sacerdotes y sacerdotisas rueguen junto con el sacerdote del rey Antíoco a Apolo, el antecesor de su familia, a Niké [Victoria], a Zeus, y a todos los demás dioses y diosas…
>
> (Austin 139, BD 16, Burstein 15, OGIS 219)

Este documento sintetiza nítidamente el discurso dentro del cual tanto las ciudades como el rey tenían que operar. El rey era el benefactor de sus súbditos y aliados; es un triunfador; su reino tiene una riqueza espectacular; la ciudad mantiene una lealtad inconmovible hacia él; ambos eran piadosos y reverenciaban a los dioses.

La imagen del rey podía ser reforzada con un apellido o un apodo. A veces estaba en dialecto macedonio y su significado es incierto, como en el caso de Antígono II Gónatas y de Antígono III Dosón. A veces el nombre es descriptivo: Antígono II era llamado Monoftalmo («el tuerto»), aunque no en los documentos oficiales. Podía ser un reconocimiento al éxito militar: ya en 303/302 Demetrio Poliorcetes es llamado

Megas («el grande») en un decreto honorífico de un cuerpo militar de élite ateniense que había luchado con él (ISE 7).[134] Otros nombres parecen derivar de apreciaciones o sátiras populares, como Ptolomeo IX Lathyros («garbanzo») y Ptolomeo XII Auletes («flautista»). Sin embargo, muchos son cultuales. Antíoco I recibió (no se nos dice de quién) el título de Soter («salvador») por su victoria sobre los gálatas (Ap., *Guerras sirias*, 65); era ya un título del culto de deidades como Zeus y Asclepios (Esculapio). A veces el epíteto era sin duda alguna divino, como en el título de Theos («dios») de Antíoco II, otorgado por la ciudad de Mileto después de que éste derrocara a su tirano. Más de un rey fue llamado «Epífanes» con sus sentidos aparejados de «eminente» y «manifiesto», como de un dios presente aquí en la tierra. En Egipto, efectivamente, los apellidos de los Ptolomeos eran con frecuencia versiones griegas de títulos faraónicos tradicionales.[135] Un título usado en los documentos en vida de un rey probablemente reflejaba una imagen que le satisfacía propagar, fuera esto hecho o no por su propia iniciativa.

Las insignias exteriores de la realeza no se elaboraban según los cánones de la realeza europea moderna. A juzgar por las representaciones visuales, los reyes utilizaban botas militares y una capa, pero su único emblema exclusivo era la diadema (*diadêma*), una banda tejida de color blanco (o blanco y púrpura) que ceñía la cabeza.[136]

Cuando en la década de 160, Eumenes II de Pérgamo envió a su médico Estratios a convencer a su hermano Átalo de que no lo abandonara, aquél

> le puso delante de la vista que, por el momento, reinaba conjuntamente con su hermano; la única diferencia era que no ceñía la corona y que no recibía el título de rey; por lo demás, tenían la misma e idéntica autoridad.
>
> (Polibio, 30. 2)

Aunque es probable que no vistieran con fasto, los reyes se diferenciaban por su estilo de vida. Para los ciudadanos de la *poleis*, el *symposion* (un banquete de hombres donde se hacían libaciones) era, y quizá siguió siendo, un ritual crucial de la vida cívica. Bajo Filipo II y sus sucesores, adquirió una escala mayor y un nuevo significado. Arriano describe una serie de banquetes en que Alejandro manifestó importantes decisiones de política; para Plutarco y otros biógrafos el banquete suele ser la ocasión en que el carácter del rey se revela más claramente. El «banquete del rey y los sabios», en que el rey plantea preguntas a los filósofos para medir su sabiduría, se convirtió en un elemento típico de las fuentes populares (para episodios parecidos véase Plutarco, *Alejandro*, 64; *Pirro*, 14; Austin 47b).[137] Josefo, que escribió en el siglo I pero empleando fuentes más antiguas, relata una escena parecida en la que Ptolomeo III conoce a un prestamista judío (AJ 12, 175, Austin 276). Estos

episodios pueden ser cuentos que crecían al ser narrados, pero sin duda los reyes verían su potencial para una efectiva representación de sus personas.

Las ceremonias públicas dieron a los reyes nuevas oportunidades de aparecer ante un público más amplio y consolidar su poder.[138] No se adoptó un complejo lenguaje ceremonial, tal como el de las modernas monarquías europeas, excepto tal vez en Egipto, donde cada nuevo rey era coronado según la tradición faraónica.[139] Sin embargo, la realeza se asociaba cada vez más con fastuosas festividades y manifestaciones exóticas, fueran procuradas por los propios recursos del monarca o realizadas en su honor.

El banquete era la demostración visible de la gran riqueza del rey, y era obligado que el jefe honrara a sus subordinados invitándolos a su mesa. Durante un asedio, Eumenes de Cardia, pese a no disponer de más provisiones que grano y sal, invitó a sus amigos a cenar con él «teniéndolos por días a su mesa y sazonando la comida [común] (*syssition*) con una conversación y una afabilidad llena de gracia» (Plut. *Eum*. 11). La tradición griega tendía a censurar el lujo excesivo, de modo que la habilidad de Eumenes de hacer tolerable la inversión del banquete real normalmente fastuoso redunda en su mérito moral en lo que concierne a Plutarco, quien, escribiendo mucho después, seguía un programa filosófico, pero la historia tiene su origen posiblemente en Jerónimo. Al mostrar hospitalidad, los reyes mantenían las tradiciones de hospitalidad griega y macedonia. La diferencia con la práctica anterior era, al menos en muchas ocasiones, el tamaño y el lujo del agasajo.

El rey podía brindar su generosidad simbólica o concreta cuando se le agasajaba. Un acontecimiento de este tipo fue la ocasión en la que Atenas dio la bienvenida a Demetrio con odas procesionales, loas y un himno que lo comparaba con los dioses. Las procesiones eran una característica destacada de la práctica religiosa griega, y los reyes no tardaron en intervenir en esta tradición cívica. El autor tardío Ateneo, basándose en el historiador contemporáneo Calixeno, describe la gran procesión realizada por Ptolomeo II en Alejandría en 271/270, que combinaba elementos griegos y egipcios. Después un gran número de animales exóticos para el sacrificio vino en un carro de cuatro ruedas que llevaba las imágenes de los dioses y estatuas de Alejandro y Ptolomeo.

> La ciudad de Corinto [como persona], situada cerca de Tolomeo, llevaba una diadema de oro. Junto a todos ellos había una credencia llena de vajilla de oro, y una crátera de oro de cinco metretas de capacidad. A este carro de tres ruedas lo seguían unas mujeres con costosos ropajes y ornamentos; tenían nombres de las ciudades, unas de la Joma y otras de las restantes ciudades helenas que pueblan Asia y las islas y que estuvieron bajo el poder de los persas. Todas llevaban coronas de oro. En otros carros de tres ruedas se portaban igualmente unos tirsos de oro de noventa codos de alto, así como una lanza de oro de sesenta codos, y en otro un falo de ciento veinte codos, pintado con dibujos y atado con cintas bordadas en oro; en la parte superior tenía una estrella de oro, cuyo perímetro era de siete codos.
>
> (Ateneo, *Deipnosofistas*, 5. 201-b-f, Austin 219)

Luego venían los animales exóticos, más estatuas de dioses, después más de 57 000 jinetes y 23 000 infantes, ricamente equipados. Se ofrecían ricas recompensas a los triunfadores de las competiciones y es probable que se invitara a los habitantes comida y vino. El gasto total era más de dos mil talentos, y el esplendor de la ocasión, sin duda, procuraba demostrar la generosidad del rey hacia el pueblo de Alejandría, griegos y no griegos por igual, impresionarlos con su poder y subrayar la estabilidad y la continuidad de la dinastía.[140]

El lenguaje del ritual, como el del arte, se utilizaba para expresar nuevas relaciones sociales. En estas y otras maneras, los reyes estaban adoptando un código ceremonial griego derivado de las tradiciones del symposion y de las festividades de la polis. En efecto, el código de significados y asociaciones simbólicas era el que, como griegos, compartían. En este aspecto como en otros, los reyes desde cierto punto de vista eran «preservadores» que «asumían la tarea de conservar los valores de la ciudad clásica».[141] Era mucho más sensato que imponer la voluntad propia por la fuerza; pero sería quizá erróneo imaginar que tomaron decisiones deliberadas para aprovechar el ritual existente cínicamente. Antes que una estrategia calculada, podría haberles parecido el modo más natural de cumplir con su papel.

Las representaciones visuales

Particularmente característico del período que se inicia con Alejandro, y parcialmente nuevo en el arte griego, fueron los numerosos «retratos» reales. La cultura griega era todavía, en su mayor parte, oral. La literatura florecía, y los usos públicos de la escritura eran más amplios que antes, gracias a la creciente propensión de las ciudades a grabar sus disposiciones en piedra y la necesidad de los reyes de archivos exhaustivos; pero la mayoría de hombres y mujeres probablemente leían poco y escribían menos. Como en la Europa medieval, las declaraciones sobre el orden político y religioso se hacían muchas veces mediante la representación visual. Anteriormente las deidades habían sido representadas en esculturas y monedas, ahora los monarcas también eran retratados de este modo.

El precedente fue establecido por Alejandro, que en una primera etapa fue caracterizado con una figura juvenil de exuberante cabellera (con raya al medio) y los ojos vueltos hacia el cielo como si reconociera su ancestro divino.[142] En las estatuas y otras representaciones su retrato estándar —no necesariamente real— fue modificado en diversas formas, como con la añadidura de los cuernos de carnero para simbolizar el vínculo con su divino padre Zeus-Amón. No causa sorpresa que sus retratos sean los más numerosos entre las estatuas reales, y hayan proporcionado un prototipo sobre el cual se modelaron las demás estatuas. Lisímaco parece haber sido el primero en poner el busto de Alejandro en las monedas; otros lo hicieron más tarde

para expresar su continuidad con el fundador del imperio.

Las estatuas de los reyes posteriores son con frecuencia más difíciles de identificar, en parte porque la gran mayoría son conocidos a través de las copias romanas; pero es claro que no sólo utilizaron las imágenes de Alejandro esculpidas o representadas por otros medios, sino que también —como las representaciones de aquél— el lenguaje visual de la estatuaria griega más antigua. Los reyes eran representados como guerreros y como jinetes, o simplemente con una musculatura atlética. Por lo general, los mostraban como adultos jóvenes, que no sobrepasaban la edad mediana; el retrato de Seleuco I fue hecho cuando ya era en realidad un anciano.[143] Se les hacía semejantes a los dioses, pero «separados de los olímpicos tradicionales».[144]

Demetrio I parece haber sido el primer rey representado en vida en las monedas. Los retratos numismáticos tienden a ser menos estereotipados que los de las estatuas, pero sería imprudente ver los rasgos de la personalidad individual en las monedas.[145] Los retratos en las monedas no se proponían ser versiones exactas —dada la falta de imágenes reproducibles por medios mecánicos, por ejemplo, el grabado o la fotografía, difícilmente podían serlo—, sino que los rasgos individuales podían ser presentados e incluidos como pertenecientes a un determinado rey, una especie de firma. Los reyes griegos que señorearon Bactriana son retratados como hombres maduros, con rostros «realistas» y tocados militares ¿realmente eran así o era una manera de mostrar que eran buenos gobernantes?[146] Algunos retratos de los reyes del Ponto aparecen con cabezas pequeñas y mandíbulas grandes,[147] que pueden ser las señas artísticas reconocidas de una familia real o semejanzas exageradas con su fundador. La cuestión no es la exactitud, la cual no hay manera de evaluar. Antes bien, los retratos en las monedas probablemente debían encarnar las virtudes que los reyes deseaban proyectar: coraje, generosidad, sabiduría, justicia, etc. Tenemos que preguntar qué tipo de declaración se está haciendo, de quién y para quién.

Es importante no exagerar la novedad de las estatuas reales; erigir estatuas de los reyes no era en sí mismo un trastorno de las normas griegas, pues las ciudades habían levantado con frecuencia estatuas de personas reales así como de héroes y de dioses. En la moneda, también, los reyes se estaban asociando, o siendo asociados, con las tradiciones cívicas existentes. En ambos contextos el rey era legitimado al ser incorporado al repertorio visual de las tradiciones de la ciudad griega. La validación era por tanto mutua.

Las mujeres reales y la «familia real»

La monarquía en este período, a diferencia de la tiranía en el período arcaico, puso a las mujeres emparentadas con los dinastas en la vanguardia de la vida pública. El

término *basilissa* (reina) parece haber sido aplicado a las esposas de los reyes macedonios sólo a partir de 360/365, cuando las nuevas monarquías surgieron,[148] lo que sugiere un papel más importante para las mujeres reales que durante la vida de Alejandro. Se cree que algunas reinas se hicieron realmente poderosas en virtud de su personalidad, aunque es probable que se les permitiera esta posición pública sólo con el fin de que contribuyeran a los objetivos definidos por los hombres, quienes retuvieron casi toda la autoridad oficial.

Olimpia, la madre de Alejandro, tenía un poder enorme en Macedonia después de la muerte de éste, guerreando por sus propios derechos y ejerciendo las prerrogativas reales allí.[149] Casi podría ser considerada uno de los diadocos; entre las mujeres reales era atípica por tener tanta libertad de acción, pero fue típica al perderla finalmente. Eurídice, la esposa de Filipo III Arriadeo (medio hermano de Alejandro), que fue derrotado por Olimpia y ejecutado, es un ejemplo de un tipo más común: la mujer real que tiene poder sólo por sus vínculos con parientes y allegados masculinos y que aprovecha su influencia temporal sobre ellos.

Después de las guerras de los diadocos, las mujeres reales fueron con más frecuencia las portadoras de las ambiciones dinásticas en favor de los hombres que participantes autónomas. Como lo fue Estratonice, esposa de Seleuco I y después de su hijo Antíoco I. El episodio fue embellecido como una historia de amor por los escritores helenísticos y es repetido por Plutarco (*Demetrio*, 38) y Apiano (*Guerras sirias*, 59-61), que escriben un relato sentimental de cómo Antíoco se enamoró de la joven esposa de su padre y suspiraba por ella hasta que un astuto médico griego convenció a Seleuco de entregársela. Esto no es necesariamente cierto; el cuento puede haber tenido su origen en la propaganda ideada para demostrar la armoniosa relación que había entre padre e hijo, ocultando el verdadero propósito de Seleuco de compartir el reinado con su hijo para asegurar una sucesión sin problemas.[150] O bien no es necesario que la historia tenga su origen en la propaganda seléucida ni nos diga nada sobre la política real, sino que sea el producto de una tradición retórica de los primeros tiempos imperiales.[151] Otra mujer presuntamente utilizada como vehículo de relaciones políticas sería Berenice II, hija de Ptolomeo II, que fue dada a Antíoco II como parte de una renegociación de las relaciones políticas entre los dos reinos. Los problemas resultantes entre Antíoco y su primera esposa, Laodicea, originaron la guerra «laodicea» o tercera guerra siria (246-241).

No sólo las mujeres sino a veces toda la familia real llegaron a ser símbolos importantes de la salud de un reino. La muerte del hijo y heredero de Lisímaco puede haber tenido una significación especial. Con más frecuencia la mujer cumplía el papel con éxito, como en los casos de Estratonice y particularmente Arsínoe. Es habitual considerar a esta Arsínoe, esposa y hermana de Ptolomeo II (rey 285-246) como la mujer real más exitosa del período helenístico inicial. El matrimonio con la hermana era una especie de costumbre entre los Ptolomeos que obedecía al precedente egipcio. En términos dinásticos era un proceder seguro que evitaba la división de la propiedad

o del reino y también el problema de escoger entre otras familias dominantes, o ramas de la misma familia, al establecer nuevos vínculos dinásticos (por no hablar de las dificultades que escoger un cónyuge de una familia griega residente en Egipto acarrearía). Arsinoe fue incluso corregente desde aproximadamente 275 hasta su muerte en 268,[152] y fue la primera reina ptolemaica en ser retratada en las monedas. El poeta cortesano Teócrito celebraba su piedad hacia el dios Adonis en su décimo quinto *Idilio*. Los historiadores quizá están demasiado ansiosos por ver a Arsinoe como una mujer genuinamente poderosa e independiente, e incluso como la responsable del aumento del poder naval ptolemaico.[153] Es posible que a Ptolomeo II le satisfaciera proclamar públicamente que su política estaba en armonía con los deseos de «sus antepasados y su hermana» (decreto de Cremónides); en realidad, aunque las primeras reinas como Arsinoe pueden haber tenido influencia en lo privado, su papel público servía ante todo para reforzar las acciones y la posición de su parentela masculina.

Posteriormente en el período helenístico, en particular en la tardía dinastía ptolemaica, hubo reinas importantes que parecen haber desempeñado de modo genuino un papel independiente en las luchas dinásticas (véase el cap. 6). El ejemplo más famoso es Cleopatra VII, amante de Julio César y Marco Antonio.

Sin embargo, un ejemplo más típico de las virtudes que las reinas helenísticas presuntamente debían encarnar podría ser el de Apolonis, esposa del rey Átalo I, de Pérgamo (rey 241-197), que en un decreto de mediados del siglo II de Hierápolis en el Asia Menor noroccidental, es alabada por su piedad con los dioses y sus padres, y por sus armoniosas relaciones no sólo con los hijos bellos y legítimos que tuvo, sino también con su nuera (Austin 204, OGIS 308). La formulación de sus virtudes y logros en términos tan estrechamente vinculados con su papel de esposa y madre es característica del énfasis que se proyectaba sobre el rey y sus parientes, en particular de los Atálidas, como familia modelo.

LA NEGOCIACIÓN DEL PODER

La «libertad griega» y los reyes

PARTE del deber de un rey era dar muestra patente de respetar la libertad de las comunidades griegas en su territorio. Los documentos registran los esfuerzos de los generales y los reyes por convencer a las ciudades de que estaban luchando por su libertad. Esta reclamación, hecha en el siglo V por los espartanos y sus aliados, cuando luchaban contra la Atenas imperial, fue posiblemente expresada antes por el regente Poliperconte en 319. Diodoro (18.55) informa de que Poliperconte y sus consejeros, al hacer frente a una alianza de Casandro, Antígono y Ptolomeo, decidieron

> dar libertad a las ciudades griegas y derrocar a las oligarquías establecidas en ellas por Antípatro: pues de este modo debilitarían la influencia de Casandro y también se asegurarían una mayor gloria y muchos aliados de consideración.

El cambio, no obstante, estaba redactado en términos de un decreto de los reyes, y en verdad representaba otra invasión de la independencia de la ciudad. El decreto concluye:

> Los griegos hemos de aprobar un decreto de que ninguno se oponga a nosotros, y que si uno desobedece, sea exiliado el responsable junto con su familia, y sus bienes confiscados. Hemos ordenado a Poliperconte que siga de cerca este negocio así como los demás. Obedecedle, como ya os hemos escrito anteriormente; pues si alguno deja de respetar estas órdenes, no lo toleraremos.
>
> (Diod. 18, 56)

Varios años después, en el 314, en la más famosa de tales declaraciones (pero en modo alguno la última), Antígono denunció a Casandro en una asamblea general de su ejército, mencionando los crímenes contra la familia de Alejandro y proclamando que

> todos los griegos eran libres, exentos de guarniciones y autónomos. Cuando los soldados votaron la moción y Antígono despachó mensajeros a todas partes para anunciar el decreto. He aquí su razonamiento: las esperanzas de los griegos en la libertad los convertirían en aliados llenos de celo en la guerra, mientras que los generales y los sátrapas de las satrapías superiores, que sospechaban que Antígono trataba de derrocar a los reyes que habían sucedido a Alejandro, cambiarían de opinión y se someterían prontamente a sus órdenes cuando vieran claramente que emprendía la guerra en su favor…
>
> Ptolomeo, habiendo sabido del decreto concerniente a la libertad de los griegos que

> los macedonios junto con Antígono habían aprobado, puso por escrito una proclama con casi las mismas palabras haciendo saber a los griegos que él no se preocupaba menos por su autonomía que Antígono. Cada parte veía que ganar la devoción de los griegos sería de no poca importancia, y de este modo rivalizaban por otorgarles favores.
>
> (Diod. 19. 61, Austin29)

Igualmente, en una inscripción de Skepsis en la Tróade (Asia Menor noroccidental), en una de las muchas copias expuestas en diferentes *poleis*, hace amplias afirmaciones acerca de cómo tratará a los griegos:

> Hemos escrito una cláusula en el acuerdo de que todos los griegos deberían unirse para proteger su libertad y autonomía mutuas, en la creencia de que durante nuestra vida serían en toda la expectativa humana conservados, pero que en el futuro, estando los griegos y los hombres en el poder unidos por juramento, la libertad de los griegos sería garantizada con mucha más seguridad.
>
> (Austin 31, BD 6, Harding 132, RC 1, OGIS 5).[154]

Autonomía (al menos en una interpretación reciente) significaba no meramente «autonomía», la libertad de aprobar leyes; significaba independencia real.[155] En tales proclamas había una disyuntiva irreconciliable entre la libertad como beneficio del rey y la libertad desde el punto de vista de la ciudad y su clase dominante, para quienes la libertad no era real si se trataba de algo otorgado y retirado al capricho del rey, «una condición pasiva».[156]

Sin embargo la última frase del extracto deja claro que era un proceso doble, una observación que deriva de la fuente principal de Diodoro sobre los diadocos, Jerónimo de Cardia. Es demasiado simple ver a los reyes como embusteros; las ciudades hostiles eran en potencia sumamente problemáticas, y un rey al que se considerara estar «contra» la libertad griega estaba destinado a que no le fuera muy bien. En este sentido, en ocasiones las ciudades griegas pudieron influir en su destino con un buen resultado.

A veces uno se puede preguntar si los cacareados logros de los reyes fueran bien recibidos por las ciudades, como cuando Lisímaco refundo Éfeso. Un extenso documento de finales del siglo IV (Austin 40, BD 7, RC 3-4, *Syll3* 344)[157] registra el minucioso planeamiento implicado en el esquema de Antígono I de «sinoicizar» —fusionar en una sola ciudad— la diminuta polis de Lebedos en Jonia con su vecina mayor de Teos, y posiblemente trasladar ésta a un nuevo lugar. Como señala Austin en su comentario: «resulta evidente que el plan era el del propio Antígono, impuesto a colectividades reacias y en efecto el sinoicismo nunca se efectuó».[158] Sin duda los motivos de Antígono eran una combinación de previsión estratégica y de deseo de engrandecer su propia fama fundando una nueva ciudad más.

Las consecuencias militares del poder real eran a menudo desastrosas.[159] Las ciudades fueron saqueadas y arrasadas durante las guerras entre reyes enemigos. Los

reyes podían obligarlas a devolver a los exiliados políticos si esto encajaba en sus propósitos. Las ciudades no estaban ya en posición de formar sus propios ejércitos de ciudadanos como en la etapa clásica; sólo hay ejemplos puntuales de que ofrecieran tropas de ciudadanos a un ejército real y el servicio mercenario era ahora la regla. Los soberanos macedonios invadieron su independencia estableciendo guarniciones, como hizo Filipo V después de haber arrebatado Samos a los Ptolomeos en el 200 sin mediar provocación alguna;[160] en tales casos la mayor parte del costo recaía posiblemente en la ciudad ocupada, y la presencia de los soldados producía los trastornos y las interferencia habituales en la vida normal. Se puede concluir que las guarniciones y el acantonamiento de tropas generaban resentimiento, pues: «Los tasios manifestaron a Metródoro, general de Filipo [V], que estaban dispuestos a entregar la ciudad a condición de vivir sin guarnición, de que no se les impusieran tributos ni fuerzas de ocupación y pudieran regirse por sus leyes» (Polibio 15. 24). Este caso muestra, por cierto, que una ciudad-estado fuerte tenía alguna esperanza de sacar ventajas al negociar con un rey.

A veces eran impuestos gobernadores (*epistatai*). Podían ser ciudadanos locales nombrados para gobernar su propia ciudad; se menciona a Douris de Samos como el «tirano» de su ciudad. Era probable, efectivamente, que un *epistates* fuera un intermediario, que negociara con el rey en nombre de la ciudad; su papel no era forzosamente represivo por completo, pues podría haber conseguido una reducción de los impuestos reales o del acantonamiento de tropas.[161]

Con todo, la excepción prueba la regla: las ciudades normalmente esperaban que el rey exigiría *phoros,* el tributo. Entre las excepciones se cuenta Eritrea en Jonia; la inscripción pertinente sugiere que no se podía suponer que una garantía de exención hecha por un rey sería respetada por su sucesor, y que para asegurarse lo mejor para una ciudad era volver a solicitarla:

> El rey Antíoco [I o II] saluda a la *boulé* y al pueblo de Eritrea. Tarsuno, Pytes y Botas, vuestros enviados, me entregaron vuestro decreto según el cual habéis votado las honras y trajeron la corona con la que nos han coronado, a la vez que el oro para los presentes de hospitalidad, y ellos han hablado de los buenos deseos que en todo tiempo tenéis para nuestra casa… y además de la estima de que gozaba la ciudad durante los reyes anteriores… Después de que por Tarsuno, Pytes y Botas quedó patente que, durante los reinados de Alejandro y Antígono, vuestra ciudad permaneció autónoma y libre de tributos… os conservaremos la autonomía y la exención no sólo de todos los tributos, sino de todas las contribuciones a la Galática… Os invitamos… a recordar [a aquellos de quienes] habéis recibido beneficios…
>
> (Austin 183, BD 22, Burstein 23, RC 15, OGIS 223)

Las menciones pasajeras de impuestos regulares y especiales y de cupos monetarios son reveladoras, pues el hecho es que la ciudad, irónicamente, tenía que comprar su exención fiscal; es presumible que se considerara que había un ahorro neto, y que la institución pueda ser explicada por la preferencia del rey de tener una

fuente segura de metálico antes que arrendar la recaudación de impuestos a un empresario cada año. El donativo de coronas (con frecuencia de oro, un costo mayor para la ciudad) es otra característica común de los tratos de las ciudades con los reyes.[162]

Los acompañantes y los consejeros

El aura que rodeaba a los reyes se veía realzada por la presencia de acompañantes y soldados. La palabra que se usa en castellano para referirse al círculo de oficiales y partidarios de un rey es «corte» que, sin duda, es exacta para denominar al grupo de adeptos no vinculados a un lugar fijo que suelen viajar con el rey. Aunque esto evoca a la monarquía persa, egipcia y medieval más que algo específicamente griego, también se parece al entorno culto y elegante de los antiguos aristócratas griegos, en particular de los tiranos del período arcaico. Hay diferencias: la «corte» abarca una compleja gama de administradores que a menudo estaban a cargo de grandes territorios, lo cual no era un rasgo de las antiguas tiranías. Con todo, la semejanza es importante, pues nos recuerda que aunque el poder real era, en teoría, absoluto o ilimitado, dependía de un apoyo robusto y leal.

Además de los ayudantes más o menos funcionales, el rey estaba acompañado por «amigos» (*philoi*), a veces de origen macedonio, pero a menudo de otras ciudades, que le eran leales. Eran escogidos por él, y su sucesor podía no retenerlos. La tradición tenía su origen en la monarquía macedonia, pero era útil para administrar los nuevos territorios y satrapías. Aquellos que eran reclutados entre la élite de una polis tenían un papel mediador importante entre el rey y la ciudad, como cuando ésta tenía que hacer una demanda.[163] Los atenienses en esta situación fueron Filipides de Cefale y probablemente el político Democares. La investigación reciente ha demostrado que, con el tiempo, los atenienses hacia mediados del siglo III llegaron a ver a los amigos de los reyes que eran ciudadanos atenienses como personas bien situadas no sólo para garantizar la buena voluntad del rey hacia Atenas, sino para ejercer una influencia positiva sobre él para satisfacer los deseos de los atenienses.[164] A veces los amigos actuaban como una junta de consejeros que podía reunirse formalmente; cuando Polibio dice que el *synedrion* de Antíoco III se reunió para debatir sobre la revuelta de Molón (5.41; Austin 147), probablemente se está refiriendo a ellos. Después de un servicio distinguido un amigo podía ser premiado, por ejemplo, con un cargo sacerdotal en las ciudades controladas por el rey (véase Austin 175, BD 132, RC 44, OGIS 244; Austin 176, RC 45, ambos referidos a Seleucia de Pieria).[165]

A veces la relación era informal, como en el caso de Demetrio de Faros, el consejero con quien Filipo V evaluó cómo reaccionar ante la victoria de Aníbal sobre

los romanos en 217 (Polibio 5. 101). Algunos consejeros se ganaron una tenebrosa reputación. Se dice que Agatocles de Samos y, especialmente, el tutor del rey Sosibio ejercieron una siniestra influencia sobre Ptolomeo V debido a su inmadurez (Polibio 15, 34-35). Polibio, quien de hecho se oponía a los reyes, advierte que pocos reyes escogían a sus consejeros con cuidado (7. 14. 6).[166] Sin embargo, la influencia de los amigos, podía ser presentada de modo benigno, como en un documento que transcribe las deliberaciones de Átalo, hermano de Eumenes II de Pérgamo, junto con «Ateneo y Sosandro y Menógenes, pero también otros de mis parientes» (*anangkaioi*, literalmente «personas intrínsecamente vinculadas»; RC 61, líneas 3-5), un cumplido interesante aunque quizá hiperbólico.[167] Desde el punto de vista de una ciudad griega, una vinculación especial con un amigo del rey ofrecía una vía incomparable de comunicación con la esfera superior.

Las negociaciones con los reyes y entre las ciudades

Las ciudades no estaban forzosamente reducidas a la impotencia, pues los reyes dependían de su apoyo práctico e ideológico, y a veces era posible un intercambio. Uno puede dar por sentado que las ciudades rivalizaban entre sí en ofrecer regalos y alabanzas a los reyes; de igual modo los reyes podían realzar su reputación de modo más pronunciado al ser considerados como benefactores de las ciudades. El siguiente pasaje proviene de una carta fragmentaria de Seleuco I y su hijo enviada a un funcionario en el santuario de Plutón y Core en Nisa, en Caria:

> El rey Seleuco y Antíoco [saludan a] Sopatro.
>
> Los atimbranios [nos envían] en representación a Yatrodos, Artemidoro y Timoteo sobre el tema de los privilegios de poder recibir suplicantes, el derecho de asilo y la exención de tributos. Te hemos escrito para que les favorezcas lo más posible. Pues preferimos siempre agradar a los ciudadanos de las ciudades griegas, haciendo beneficios y no menos contribuir a aumentar piadosamente [las honras] de los dioses para obtener siempre su favor con nosotros.
>
> (RC 9, *Syll2* 467)

A veces el proceso es descrito de modo que se deduce una transacción mutuamente beneficiosa, como en la larguísima inscripción de mediados del siglo III de Esmirna (246-226/225 a. C.), cuyo inicio es el siguiente:

> Resolución del pueblo, a propuesta de los generales.
>
> Desde antes, en el tiempo en que el rey Seleuco (II) pasó a Seleucis, y muchos y graves peligros amenazaron a nuestra ciudad y su territorio, el pueblo mantuvo su buena voluntad y amistad hacia él, y no fue intimidado por la invasión del enemigo y no pensó en la destrucción de sus posesiones, sino que consideró que todo era secundario al mantenimiento de la política de amistad y a defender los intereses del rey con lo mejor de su capacidad tal como había prometido al inicio:

y como el rey Seleuco, que muestra su piedad hacia los dioses y afecto por sus padres, siendo generosos y sabiendo cómo corresponder con gratitud a sus benefactores, honró nuestra ciudad por la buena voluntad y el celo manifestado por su pueblo hacia sus intereses…

(Austin 182, BD 29, OGIS 229)

¡Es asombroso que la ciudad se presente como la benefactora del rey! Dar por hecho la existencia de lo que se desea realizar es una retórica eficaz.

Esto no sólo contribuyó a que el rey pudiera afirmar que actuaba con justicia y piedad; a veces lo obligaba a probarlo administrando justicia en la práctica. Desde el período arcaico, las ciudades griegas que entraban en conflicto solían llamar a una tercera ciudad en calidad de árbitro. A juzgar por la creciente frecuencia con que se documenta la acción de la justicia entre los estados, se había convertido en una suerte de industria en el siglo III, tomando en cuenta incluso la mayor regularidad con que los documentos se grababan en piedra. No hay prueba de que se tratara de un procedimiento exitoso generalmente, pero su popularidad implica que era a veces efectivo y en verdad era ampliamente alabado.[168] Una razón puede ser que para todos los efectos y fines las ciudades no podían ya levantar ejércitos en el campo para combatir entre sí.

Con frecuencia se agradecía a una ciudad por haber enviado a un grupo de *dikastai* (jurados o jueces) para resolver las disputas internas en otra ciudad. El rey podía aprovechar el sistema: en una ocasión el almirante ptolemaico Filocles de Sidón dispuso que Miletos, Mindos y Halicarnaso enviaran dicastas a Samos para resolver los pleitos entre los ciudadanos. El decreto samiano subsiguiente en honor de los dicastas mindianos se conserva y nos ofrece un panorama de la administración de una ciudad-estado en este período.

Resuelto por el consejo y el *demos* a propuesta de los *prytaneis*:

Referente a las cosas sobre las que el consejo pidió un parecer preliminar, de modo que los dicastas que vinieron de Mileto y Mindos y Halicarnaso sobre los contratos no resueltos pudieran ser cumplidos:

Mientras, cuando los ciudadanos tengan diferencias entre sí sobre contratos no cumplidos, Filocles rey de los sidonios, queriendo estar en concordia con la polis, escribió que el *demos* de los mindios debería enviar una corte para conciliar los contratos no resueltos; y los mindios, permitiéndose toda buena voluntad y deseo hacia la reconciliación de los ciudadanos, seleccionaron hombres respetables (*kalous k'agathous*) y los enviaron a la polis, (a saber) Teocles hijo de Teógenes (y) Hierofanto hijo de Artemidoro; y estos hombres (solucionaron) bien y con justicia todos los casos que les trajeron, juzgando algunos y reconciliando otros, prefiriendo que aquellos de los ciudadanos que habían tenido diferencia fueran reconciliados y llevar sus asuntos públicos en libertad de cargos levantados entre sí.

El consejo y el *demos* han resuelto que el *demos* de los mindios sea elogiado por enviar a estos hombres y que estos hombres que vinieron sean también elogiados, (a saber) Teocles hijo de Teógenes (y) Hierofanto hijo de Artemidoro, por haber reconciliado bien y apropiadamente algunos de los casos y juzgado otros; y coronarlos con una corona de oro y proclamar la corona en el festival trágico de las Dionisíacas, y que sean ellos *proxenoi* de la polis y benefactores, y que la ciudadanía les sea otorgada en

términos similares e iguales, y asignarlos en una tribu y mil cien y *genos*[169] exactamente como otros samios; y que el privilegio de sentarse delante esté a su disposición en cualquiera de las luchas que la polis organice; y que el acceso al consejo y al *demos* les sea dado en primer lugar después de los sacrificios y los rituales reales; y que tienen el derecho de navegar dentro y fuera, en tiempos de paz y de guerra, sin *sylé* y sin tregua; y que las autoridades establecidas después velen por sus necesidades.

Y de este modo el *demos* de los mindios puede saber que ha sido votado (ha sido resuelto) escoger un emisario que, viniendo de Mindos, lleve el decreto al consejo y al *demos*; y lo inscriba en una piedra *stêle* (pilar) y la erija en el santuario de Hera; y que el secretario del consejo cuide la inscripción, y el tesorero procure el gasto de la *stêle* y la inscripción. Y que tales gastos sean disponibles para el emisario como el *demos* determine.

El emisario escogido fue Esquilo hijo de Ampélides.

(Austin l35, SEG i. 363)[170]

Podemos determinar los diversos magistrados de los samianos y sus funciones, así como ver la manera en que una polis mediana infla su importancia con un lenguaje florido, legalista y repetitivo. Muchas de las frases del documento son parecidas a las de decretos similares de Samos y otros lugares y se convirtieron en cumplidos habituales en las relaciones diplomáticas. La manera en que el documento pasa de la voz activa a la pasiva, no obstante, sugiere que es obra de un comité en funciones o que se presentaron una serie de enmiendas de los asistentes a la asamblea, donde cada orador trataba de sobrepujar al previo en generosidad.

En Creta en el siglo II pudo haber existido un sistema de arbitraje ordinario, el *koinodikion*, para arreglar las disputas particulares entre miembros de diferentes poleis.[171] A veces una ciudad arbitraría o mediaría entre otras dos, como cuando un tribunal de jueces de Mileto fue llamado para resolver una disputa fronteriza entre Esparta y Mesenia (Burstein 80, *Syll2* 683,1. Olympia, 52; cf. Tácito, *Anales*, 4. 43. 1-6).[172] En otros casos un rey podría ser llamado a arbitrar. En la década de 280, Samos y Priene recurrieron a Lisímaco en relación a su antigua disputa sobre el territorio de Anea en Asia Menor continental. Cada parte citó precedentes históricos y parece que el rey en persona escuchó a sus emisarios y expresó irritación con los prienenses al decir a los samios: «Si hubiera sabido que habíais tenido esta tierra en posesión y la habíais ocupado por tantos años nunca habríamos aceptado oír el caso» (BD 12, Burstein 12, RC 7, OGIS 13, líneas 4-6), y les dio la razón. Es digno de mención que en subsiguientes querellas entre Samos y Priene, el juicio de Lisímaco sobre al menos una porción del territorio disputado fue considerado decisivo.[173] Otro ejemplo de arbitraje entre ciudades es la delimitación que hizo Megara de los linderos terrestres entre Epidauro y Corinto alrededor de 240 a. C. (Austin 136, *Syll3* 471);[174] como otros de este tipo, la inscripción lista con detalle los mojones limítrofes acordados.

Las excepciones notorias a la generalización de que las misiones dicásticas se hicieron más comunes corresponden a las dos ciudades-estado más poderosas de

Grecia, Atenas y Rodas, que nunca consideraron necesario llamar a los ciudadanos de otros estados, aunque los atenienses muchas veces servían como *dicastai* en otras partes.[175]

El crecimiento de la «industria de la diplomacia» puede apreciarse en el número de documentos que registran que una ciudad reconoce la *asilia* o inviolabilidad de otra ciudad o lugar de culto. Los santuarios estaban intrínsecamente protegidos por la sanción divina; técnicamente, por tanto, no había necesidad de garantizarles la inmunidad. Sin embargo, a partir de la década de 260 a. C., tenemos muchas inscripciones que registran la «inviolabilidad declarada». Las ciudades receptoras estaban generalmente en el Egeo y el Asia Menor, aunque había varias en Beocia; en el primer documento conocido de la *anfictionía* de Delfos se reconoce la *asilia* del templo de Atenea Itonia en Coronea (SEG xviii. 240, ISE ii. 74).[176] Otro ejemplo característico, el segundo conocido, es de Delfos, y se refiere a una demanda iniciada por la ciudad de Esmirna y apoyada por un rey:

> DIOSES
>
> [Resuelto por la polis de los délficos:
>
> en la medida en que el rey Seleuco (hijo) del rey [Antíoco], habiendo enviado una carta a la ciudad, considera que tanto el santuario [de] Afrodita Estratonice y la polis de los esmirnios deberían ser [sa]grados e inviolables, habiendo él mismo previamente obedecido el oráculo del dios y habiendo realizado las cosas que él también considera que la polis debería hacer, y ha concedido a los esmirnos que tanto su polis y su territorio sean libres y no sujetos a tri[bu]to, y confirma su territorio existente y anuncia que restablecerá su territorio ancestral;
>
> y (como) los esmirnios, habiendo enviado como emisarios a Hermodoro y a Demetrio, piensan que todas las cosas concedidas a ellos deben ser inscritas en el santuario, como el rey considera también:
>
> la polis de los délficos resuelve que tanto el santuario de Afrodita Estratonice y la polis de los [esmir]nos sean sagrados e inviolables, tal como el rey ha escrito [y] la polis de los esmirnos considera; y que ha sido ordenado que los sagrados emisarios (*theôroi*) que proclaman el festival pitio que ensalcen al rey Seleuco por es[tas cosas] y su piedad y su obediencia al oráculo del dios, y que sacrifiquen a Afrodita y que la polis grabe este decreto en el santuario del dios, y la carta [del rey] en el muro del archivo.
>
> (BD 28, OGIS 228)[177]

En este caso los intereses de la ciudad, del rey y de los santuarios operaban juntos: el intercambio de formalidades permite que la munificencia real para con la ciudad y su saludo formal al santuario sea proclamada al mundo griego en Delfos, reforzando a su vez el prestigio del centro panhelénico.

La moda se mantuvo durante todo el período helenístico. Antíoco III otorgó asilia a Teos en 204/203 como parte de un intento más amplio de reavivar el prestigio seléucida (Austin 151, Burstein 33);[178] el hecho de que los romanos diez años después dieran a su vez esta garantía sugiere parcialmente una motivación política (Austin 157, BD 87, Sherk 8, *Syll3* 601).[179] En 22 y 23 a. C., sin embargo el senado romano examinó los derechos existentes al privilegio por parte de las ciudades y

santuarios de Asia, Chipre, Creta y probablemente otras partes (Tácito, *Anales* 3. 60-3; 4. 14. 1-2), y tal vez puso restricciones para las futuras concesiones.[180]

Las concesiones de *asilia* se han vinculado a veces con la decadencia religiosa (un fenómeno del que no hay pruebas reales; véase el capítulo 5) o con el deseo de proteger a los exiliados políticos, refugiados o criminales fugitivos; es más plausible que puedan ser considerados como intentos de conseguir ayuda militar en tiempos agitados, o de limitar la piratería de pueblos como el etolio o el cretense. Algunos ejemplos de piratería se examinan a continuación antes de volver al tema de la *asilia*.

La piratería aparece a menudo en las fuentes, aunque la terminología es variable, y la piratería de un escritor es la campaña naval de otro. Menandro, en todo caso, escenifica el rapto de un niño y un esclavo por los piratas, que después los venden en el mercado de esclavos de Milasa, en Caria (Los *sincionios*, 3-15, Austin 86). Uno se puede figurar una situación parecida a mediados del siglo III cuando la ciudad de Mileto ultimó un tratado con Cnosos, por el cual un ciudadano de una de estas *poleis* no podía comprar una persona libre o esclava de la otra; la inscripción registra que otras diecinueve ciudades cretenses habían tomado decisiones parecidas (Austin 89).[181] También en el siglo III, la ciudad insular de Amorgos honró a dos de sus ciudadanos que contribuyeron a rescatar «más de treinta niñas, mujeres y otras personas, libres y esclavas» de los piratas (*peiratai*; Austin 87, *Syll3* 521).[182] En tales casos se supone que los secuestradores estaban haciendo lo que normalmente hacían: ganarse el sustento según su modo tradicional, aunque poco aceptable para las comunidades políticas de Grecia. Sin embargo, cuando los atenienses en 217/216 honraron a un cretense por haber rescatado a personas capturadas por los etolios (Austin 88, *Syll3* 535),[183] podemos preguntarnos si no se trataba de una actividad belicosa, quizá vinculada a la guerra de Filipo V contra los etolios; es digno de mención que el término «pirata» no fuera usado en este decreto (un caso similar es Austin 50).

Las medidas contra la piratería habían sido probablemente previstas en los estatutos de la liga griega fundada en el 302 por Antígono I. Después los rodios asumieron el papel de controlar la piratería, en especial de las ciudades cretenses (sobre el ejercicio del poder cretense en Creta oriental c. 200 a. C., véase Austin 95, *Syll3* 581, su tratado con Hierapitna).[184] La primera intervención romana en los asuntos griegos, en Iliria desde el 229 a. C., estuvo parcialmente motivada por la preocupación de los barcos mercantes itálicos que eran víctimas de los ataque ilirios. En los doscientos años que siguieron, las campañas contra los «piratas» en el sur de Asia Menor, el Egeo y las costas sirias fueron una preocupación periódica de los romanos. La piratería de diversos tipos, entonces, aunque a veces es difícil de distinguir de las acciones periféricas de las campañas militares, era a veces un peligro para los viajeros en el mar y podía involucrar a individuos o colectividades en subidos pagos de rescate. Por otra parte, puede haber arreciado a la sombra de

conflictos más amplios, haciendo peligrar los asentamientos costeros antes que las embarcaciones marinas. La piratería, en el sentido de robo por barco, era un fenómeno real pero no necesariamente tan difundido ni tan homogéneo como para explicar la generalidad de casos en que la *asilia* fue buscada y concedida.[185]

Un estudio reciente señala que las demandas de ayuda militar forman un grupo reducido de los documentos de *asilia*; en la mayoría de los casos no hay una explicación pragmática convincente. Un caso extremo: cuando los habitantes de Cos demandaron que la ciudad griega de Neápolis (Nápoles) en Italia reconociera la inviolabilidad de su santuario de Asclepio, es inconcebible que se previera una efectiva ayuda militar. Parece probable, por tanto, que se trate de un intercambio de reconocimiento y prestigio, cosas que, aunque en cierto nivel no tienen eficacia práctica, son importantes indicadores de valor y puede suponerse que entrañasen ventajas intangibles o a largo plazo como resultado del realce que daban a las ciudades y los santuarios.[186]

Además de disfrutar (a juzgar por las inscripciones) de lazos diplomáticos y ceremoniales con mayor asiduidad, las ciudades pueden haberse hecho menos impermeables en ciertos aspectos. Practicaban con más frecuencia la ciudadanía compartida, por ejemplo, mediante la *simpoliteia* (vg. Austin 134, *Syll2* 641, entre las ciudades focianas de Stiris y Medeon en el siglo II) o la *homopoliteia* (documentada sólo entre las *poleis* insulares de Cos y Calimnos a finales del siglo III; Austin 133).[187] La ciudadanía compartida está también documentada a inicios del siglo III entre Hierapitna y Praisos en Creta (Austin 132).[188] Las ciudades estaban más dispuestas a recibir a extranjeros y a aquellos de parentela mixta. A finales del período helenístico, en que la dominación romana llevó a diluir los valores ciudadanos, se permitió a veces a las mujeres actuar casi como magistrados y benefactores.[189]

Las mercedes reales y la monumentalización

Los griegos tenían una amplia experiencia en construir entornos arquitectónicos para uso público en las ciudades y los santuarios existentes, o después de la fundación de una nueva ciudad. Los primeros aristócratas y tiranos expresaban su ambición y poderío edificando suntuosos monumentos para las ciudades; el más importante de los recientes monarcas dinásticos griegos, Mausolo (latinizado como Mausolus), sátrapa de Caria, al suroeste del Asia Menor, creó un palacio de estilo griego en Halicarnaso. Se atribuye a Filipo II haber fundado o renovado una serie de ciudades en el norte de Grecia.

Se esperaba que los reyes como sus predecesores macedonios y griegos fueran ricos[190] y que edificaran espléndidamente. Ptolomeo adornó Alejandría por ser el lugar de reposo de Alejandro y la nueva capital cultural del mundo griego. Los

Antigónidas embellecieron Pella; más tarde, los Atálidas dieron a Pérgamo su nueva acrópolis, pero los más grandes fundadores de ciudades fueron los Seléucidas, aunque la lista de Apiano de las ciudades creadas por Seleuco es una exageración. La fundación de ciudades podría haber tenido repercusiones sobre ciertos aspectos de las culturas locales. En el norte de Siria la aparición de cuatro grandes ciudades nuevas (véase Estrabón) generó un entorno multicultural; los detalles de las adaptaciones a largo plazo y los préstamos de una cultura a otra, particularmente en el terreno cultual, no son todavía claros, pero se ha advertido que hasta finales del siglo IV d. C. no hay documentos ni monedas de esta área que tengan escritura semítica, sólo griega (aunque sin duda se hablaban muchas lenguas).[191]

En Egipto, Alejandro fundó una nueva capital en Alejandría. En Asia, él y sus sucesores crearon una red relativamente densa de nuevos centros urbanos, aunque el número de las fundaciones de Alejandro en el antiguo imperio persa ha sido a veces sobreestimada.[192] No todas fueron grandes ciudades —algunas fueron poco más que un pequeño mercado o ciudades de guarnición, generalmente asentamientos para soldados macedonios veteranos—, pero son una afirmación resonante del poder del nuevo orden para transformar el paisaje. La construcción de Ai Janum en Bactriana aunque incorpora elementos de la arquitectura no griega, es el más sorprendente ejemplo (aunque sólo sea por ser el más lejano) de la imposición de la forma urbana griega sobre un paisaje extraño.

Más cerca de su tierra natal, la intervención real en las estructuras fundamentales de las ciudades podía ser beneficiosa material y socialmente, además de ser una muestra de poder. Parte de la ciudad de Samos fue planeada dos veces en el siglo III, con un nuevo ordenamiento de calles y nuevos edificios; estas operaciones pueden haber sido financiadas por los reyes que gobernaron Samos, quizá los Ptolomeos en cada ocasión.[193] Cuando Filipo respondió a un pedido de la ciudad tesalia de Larisa en el 217, intentaba reformar no sólo el aspecto físico sino social de la ciudad:

> El rey Filipo a los *tagoi* [magistrados principales de los tesalios] de Larisa, saludos. Petrao, Anangkipo y Aristono cuando vinieron en embajada declararon ante mí que debido a las guerras vuestra ciudad necesita más habitantes. Hasta que piense en otros que merezcan vuestra ciudadanía, por ahora mando que aprobéis un decreto que conceda la ciudadanía a los tesalios u otros griegos que residan en vuestra ciudad. Pues cuando se haga esto… estoy seguro que resultarán muchos otros beneficios para mí y para la ciudad, y la tierra cultivada será mayor.

La misma inscripción conserva una carta del 214 en la que se queja de que

> aquellos que reciban la ciudadanía conforme la carta que os envié y a vuestro decreto, cuyos nombres fueron inscritos, han sido borrados… Que es la mejor situación que tantos como sea posible disfruten de los derechos ciudadanos, que la ciudad sea fuerte y la tierra no quede tristemente desierta, como ahora; creo que ninguno de vosotros lo negaría; y uno puede observar que otros otorgan la ciudadanía del mismo modo. Entre éstos están los romanos…
>
> (Austin 60, BD 31, Burstein 65, *Syll3* 543, IG ix. 2. 517)

Buscaba aparecer como un benefactor preocupado, pero deseaba preservar la seguridad de su territorio. El documento revela ambos aspectos del poder real sobre las ciudades griegas.

La intervención real en los asuntos de las ciudades existentes no siempre fue mal recibida, particularmente cuando las ciudades tenían dificultades financieras. Las guerras de los diadocos causaron probablemente problemas económicos a la élite; en Éfeso en la década de 290, los terratenientes estaban envueltos en graves problemas de deudas, pues sus propiedades se habían arruinado durante el conflicto entre Demetrio y Lisímaco (BD 9; *Syll2* 364). A veces las ciudades eran obligadas a obtener suscripciones públicas para nuevas edificaciones; entre los ejemplos de inicios del período está la ciudad de Oropos, en la frontera entre el Ática y Beocia, que consiguió dinero para una fortificación (Austin 101, *Syll3* 544),[194] y Halicarnaso en el Asia Menor suroccidental que homenajeó a los que contribuyeron con más de 500 dracmas a edificar una *stoa* («columnata») en honor de Apolo y del rey Ptolomeo (Austin 100, OGIS 46). Istria en los inicios del siglo II agradece a un ciudadano por cancelar los intereses de una antigua deuda pública a su padre (Austin 102, ISE ii. 130), y a mediados del siglo II Cranon en Tesalia incluso intentó resolver los problemas de endeudamiento consiguiendo una suscripción pública (Austin 103, ISE ii. 199).

Una posible repercusión de tales problemas financieros era que de vez en cuando una ciudad no podía encontrar ningún ciudadano dispuesto a incurrir en el gasto de un cargo público;[195] quizá la resistencia era también natural cuando la independencia estaba limitada por la necesidad de adoptar una postura adecuada hacia un poder superior, y la preeminencia política de que uno disfrutaba en la ciudad podía acabar por obra de un rey enemigo. A veces un rey asumía temporalmente un papel público, como el de alto magistrado o sumo sacerdote, que implicaba el financiamiento de festividades u otros eventos públicos. Alejandro desempeñó esa función en Mileto en 334-333 (*Syll3* 272), tal como hicieron Demetrio en 295 y Antíoco en 280-279 (*Syll3* 322), Estas crisis parecen haber sido particularmente frecuentes durante las guerras de los diadocos.

Las ciudades trataban de obtener dones de los reyes.[196] En otros casos los reyes podían nombrar a los funcionarios de la ciudad; una carta fragmentaria de Eumenes I a la ciudad de Pérgamo (una ciudad que reconocía que disfrutaba de una relación única con una dinastía)[197] muestra la cuidadosa intervención del rey en la ciudad:

> [Eumenes, hijo de Filetaero, saluda al pueblo de Pérgamo. Palamandros, Escimno, Metrodoro, Teotino] y Filisco, los generales, parece que, durante su año de sacerdocio, en todo momento desempeñaron bien su cargo. Pues en esta función y en todas las demás han actuado con justicia, y no sólo en las cuestiones públicas sino también en lo referente a las finanzas del templo administradas de forma provechosa para el pueblo y para los dioses; incluso atendieron lo dejado por hacer durante los cargos anteriores… decidimos que, en las Panateneas, se les ofrezca una corona; pensamos que debíamos escribiros

> sobre esto, para que en el tiempo que media, penséis la forma de honrarlos como tengáis a bien. Adiós.
>
> (Austin 195 a, BD 67, RC 23, OGIS 267 i)

Los soberanos a menudo hacían donativos a las ciudades y a los santuarios. Particularmente antes de la conquista romana, estos regalos podían ser dinero en efectivo, aunque sería más conveniente para el soberano donar en especie de los recursos de su imperio.[198] Antígono I donó 150 000 *medimnoi* de grano a Atenas en 307-306 (Plut. *Demetr*. 10, Austin 34), así como madera para edificar barcos de guerra; ese regalo era parte de un esfuerzo para tratar de ganarse el favor de un aliado importante. Una serie de soberanos ricos hicieron generosas donaciones, en dinero y en especie, a la ciudad de Rodas después de un devastador terremoto en 227-226 (Polibio, 5. 88-90, Austin, 93). La reina seléucida Laodicea realizó parecidas donaciones de grano a la ciudad de Iaso en Caria, con las cuales se debía financiar a las hijas de ciudadanos necesitados (Austin 156, Burstein 36, c. 195 a. C.).[199] Los dones a los santuarios podían ser hechos con el objetivo de dar más brillo general a la posición del rey en Grecia, como cuando en 160-159 Eumenes II y Átalo II de Pérgamo dieron dinero a Delfos para la compra de trigo, la refacción del teatro y la educación de los niños:

> Resuelto por la ciudad de Delfos… ya que el rey Átalo (II) hijo del rey Átalo (I), cuando le envió emisarios a él… escuchó favorablemente nuestros pedidos y envió a la ciudad 18 000 dracmas de plata de Alejandro para la educación de los jóvenes y 3000 dracmas para honores y sacrificios, de modo que su donación pudiera ser perpetua y los salarios de los maestros puedan ser pagados con regularidad y los gastos para los honores y sacrificios puedan ser provistos con los intereses del préstamo del dinero: con buena fortuna, resuelve la ciudad que el dinero sea consagrado al dios…
>
> (Austin 206, Burstein 89, *Syll3* 672)[200]

Sería simplista, no obstante, ver estas mercedes como un mero ejercicio de relaciones públicas; como Préaux advierte precisamente, «una piedad auténtica y una generosidad desinteresada no están necesariamente excluidas».[201]

LA SOCIEDAD URBANA Y EL CAMBIO SOCIOECONÓMICO

SE ha sugerido que la frecuencia de los dones reales a las comunidades griegas llevó a un cierto estancamiento económico, que permitió a las ciudades eludir la tarea de esforzarse por desarrollar sus economías.[202] Esto implica un enfoque demasiado moderno de la administración de la economía urbana, es imposible que la élite de la ciudad dedicara mucho tiempo al «desarrollo» económico en el sentido moderno. Las economías de las ciudades probablemente permanecieron inalteradas en su mayor parte, excepto por la imposición de contribuciones reales, y recíprocamente, la intervención de los reyes con sus mercedes benéficas. Davies y otros, en efecto, señalan los signos de crecimiento económico, parcialmente explicados por la creciente intensidad de la interacción comercial entre diferentes partes del mundo helenístico. Las ciudades pueden haberse beneficiado indirectamente de la conquista macedonia y la explotación de Asia occidental, y del desarrollo general de las instituciones mercantiles.[203] La base económica, desde luego, siguió siendo la producción agrícola del territorio rural (*chora*) de cada ciudad (véase el capítulo 4 sobre los posibles efectos económicos del dominio macedónico en Grecia).

Los cambios en la forma urbana

La arquitectura y los monumentos cívicos del período helenístico suelen ser fáciles de distinguir de los edificios más antiguos y de los posteriores; los diferentes órdenes arquitectónicos están combinados de modo imaginativo y dejan una impresión general de grandeza. Las instituciones que obtuvieron renovada importancia se hicieron más complejas arquitectónicamente, como el *gymnasion*, un centro educativo donde, en muchas ciudades, los hijos adolescentes de la élite eran imbuidos de la cultura griega. Por todo el mundo griego, se encuentran inscripciones con las leyes de la administración de *gymnasia* en las ciudades (como Beocia en Macedonia) (Austin 118),[204] Mileto (Austin 119, BD 127, Burstein 30, *Syll3* 577) y Teos (Austin 120, BD 65, *Syll3* 578), todas del siglo II (sobre el supuesto de que una polis necesitaba, antes que nada, un *gymnasion* véase la carta de Eumenes II a una comunidad frigia). Las instituciones más antiguas tales como las ágoras, los teatros y los santuarios también se volvieron más grandes y más suntuosas.

Pero muchos de estos edificios espléndidos fueron pagados por potencias extranjeras. Algunas veces, las ciudades más antiguas, como Atenas, parecen no haber podido financiar los proyectos públicos importantes con sus propias reservas,

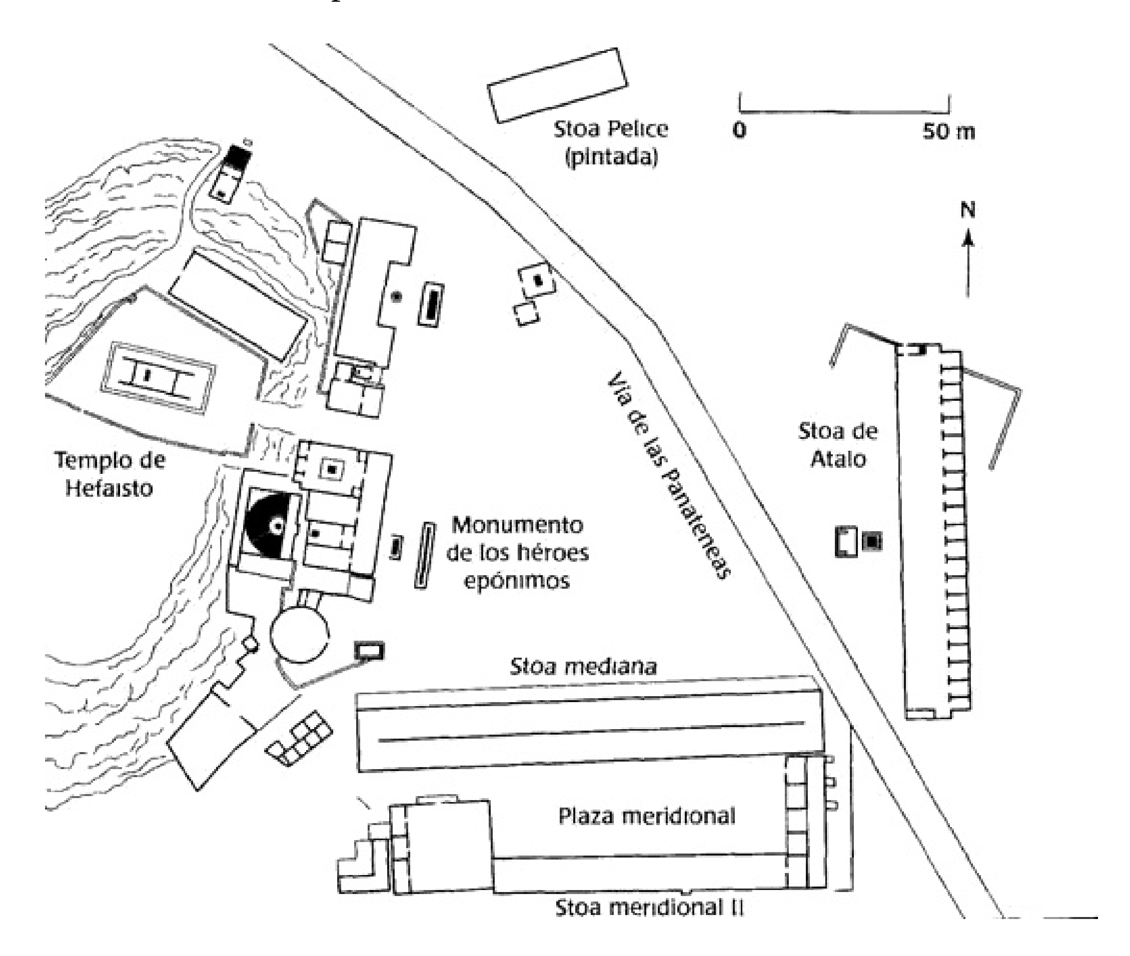
quizás porque ya no eran potencias imperiales sino que estaban dominadas durante períodos más largos o más cortos por soberanos foráneos. Se respaldaron cada vez más en benefactores externos como los reyes y sus generales.

En Atenas, esta tendencia comenzó relativamente tarde. Hay un largo hiato en los grandes proyectos públicos a partir de 300-299, en que la nueva stoa dórica en el santuario de Asclepio, en la ladera sur de la acrópolis, se decidió por votación de un decreto (IG ii2 1685).[205] Durante el período de resistencia a Macedonia y los veintitrés años de gobierno directo que terminaron en el 229, no se emprendió ninguna gran obra. Sin embargo, desde el 229 los ciudadanos pudieron sacar adelante, presumiblemente con fondos públicos, una renovación general de la muralla de la ciudad y de los fuertes rurales en el Ática. Para honrar a Diógenes, el general que liberó El Pireo (Pausanias 2.8.6), inauguraron un culto, un festival y un edificio, el Diogeneo (Plut. *Symposiaka problêmata*[206] 9.1. 1, 736d); este último pude haber sido parte del complejo del gimnasio probablemente fundado por esta fecha en honor de Ptolomeo III de Egipto, para el cual se ha propuesto recientemente una nueva ubicación al este del agora.[207]

En este momento el mecenazgo real comenzó a hacerse sentir. En los inicios del siglo II, Eumenes II de Pérgamo dio a la ciudad una gran stoa al lado sur de la acrópolis; tiene una gran dimensión (163 m de largo) y es notable por el novedoso uso de los arcos. Eumenes habría sido venerado también con un enorme monumento junto a la entrada de la acrópolis. Entre el 175 y el 164, el rey seléucida Antíoco IV también se mostró dadivoso. El Olimpión, o templo de Zeus Olímpico, había quedado inacabado por más de tres siglos. Por orden de Antíoco, el arquitecto romano Cosutius terminó la mayor parte o todas las murallas y columnas del santuario donde estaba el dios (Vitrubio, 3. 2. 8).

Posteriormente, se realizó una serie de modificaciones en el agora y en su área circundante. Átalo II de Pérgamo (r. 159-139/138) donó la stoa que, por primera vez, daba al costado oriental del agora una fachada definida: la famosa stoa de Átalo, reconstruida en la segunda mitad del siglo XX. Para hacer espacio para construirla probablemente se demolió una corte de justicia del siglo IV.[208] Alrededor de la misma época, se construyeron nuevas stoas en la parte sur del agora: la stoa intermedia con su triple columnata, y la «segunda stoa meridional», que creó un «plaza meridional» cerrada, separada del núcleo de la antigua agora. Un tiempo más tarde se dotó a la «plaza» de dos nuevos templos. Entretanto, en el agora principal, el Metroón existente, un edificio consagrado a la madre de los dioses que servía como archivo de la ciudad, fue dotado de una nueva fachada muy elaborada, mientras que el área del agora principal se llenaba cada vez más con estatuas de reyes, de sus amigos y de otros benefactores de la polis.[209] El efecto de estos cambios fue hacer el agora menos abierta y más estructurada, un proceso que iba a continuar durante el período romano. En menos de un siglo, el carácter monumental de los espacios

públicos centrales de Atenas se había transformado. Aunque Atenas no era ya una potencia importante, un rey podía conseguir un gran prestigio cultural si asociaba su nombre a sus monumentos públicos.



Plano del agora ateniense que muestra las características alteraciones helenísticas, incluida la «la plaza cuadrada». (Basada en Travlos, *Pictorial Dictionary of Ancient Athens*, p. 23)

Un estudio reciente de la «Torre de los Vientos», también llamado el Horologio (clepsidra o reloj de agua) de Andrónico de Critesos, al este del agora, ha resucitado la idea de que el monumento antecede al saqueo de la ciudad por los romanos en el 86 a. C. Por ello es tentador suponer que, también, fue donado por un rey en el siglo II. Cuando se erigió (antes de que el agora romana adyacente fuera construida por César y Augusto), la torre dominaba sus alrededores desde un promontorio, y permanecía en un espléndido aislamiento sirviendo como reloj del mercado. Quizá aquí, también, tenemos un caso de un soberano extranjero que dejó su firma en Atenas.[210]

Los cambios deben ser vistos en el trasfondo de un nuevo orden político. Pese a la continuación de la amplia participación en Atenas y la adopción casi universal de las estructuras políticas de tipo democrático en otras partes, la democracia radical era algo del pasado incluso en Atenas. Las ciudades se apoyaban cada vez más en benefactores extranjeros. Aunque los nuevos edificios que su generosidad financiaba

eran una mejora de los servicios urbanos, de los cuales disfrutaban muchas personas y sin duda eran particularmente bien recibidos por aquellos miembros de la élite ciudadana amigos de los reyes, el efecto era que el entramado urbano quedaba expuesto ante el poder (y los gustos) de la riqueza privada, que con frecuencia no estaba en manos de ciudadanos. En Atenas, por lo menos, esta tendencia puede haber comenzado con las reformas económicas de la década del 330 bajo la dirección de Licurgo, que fueron concebidas para imponer la austeridad financiera; efectivamente, hay indicios de la privatización de las tenencias corporativas de tierra en esa época, lo cual puede representar un abandono parcial del *ethos* de las contribuciones obligatorias al tesoro público hacia un sistema basado en la buena voluntad de benefactores individuales.[211]

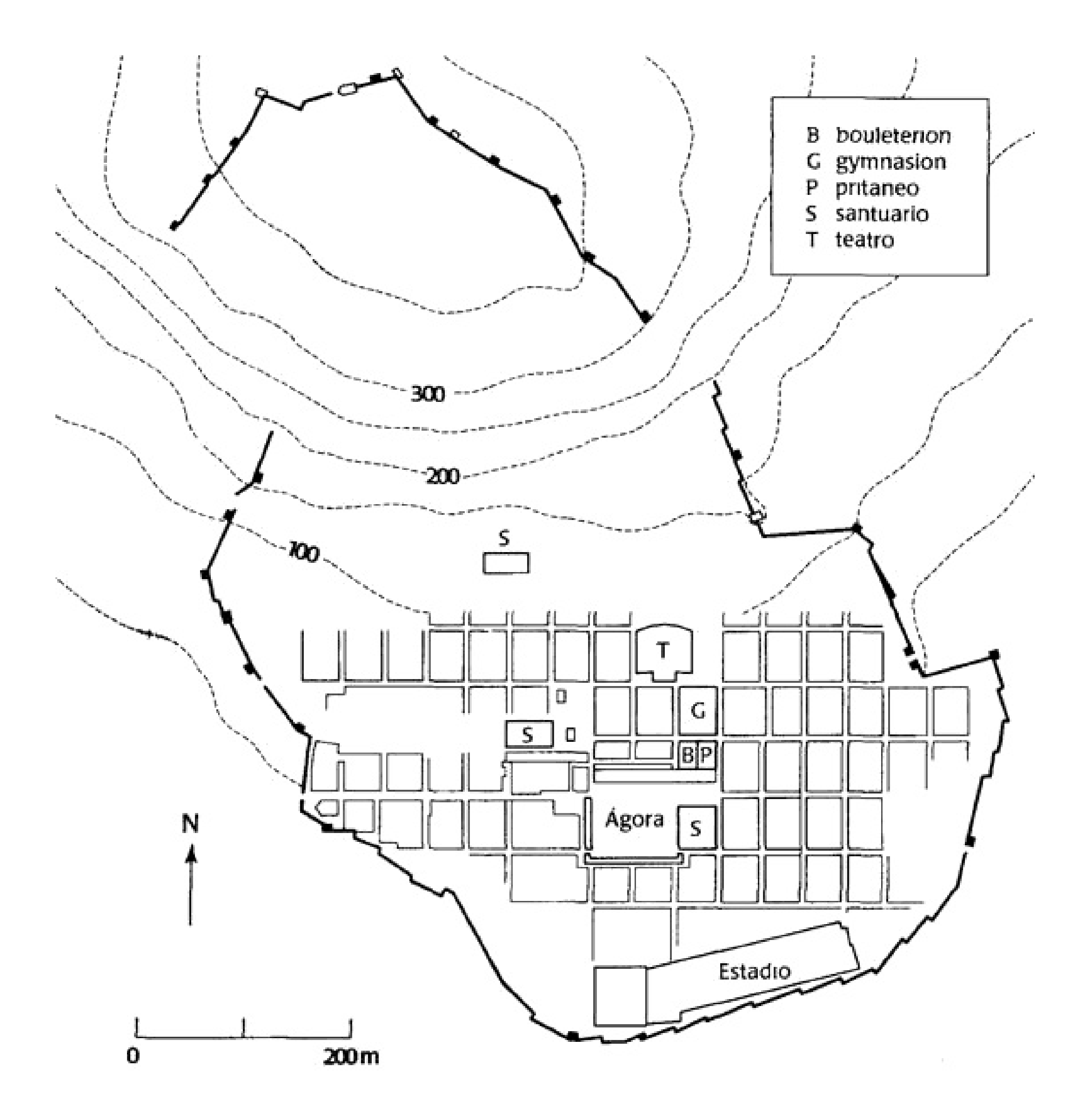
Pese al papel desempeñado por los benefactores que no eran ciudadanos, los cambios del entramado urbano representan un desarrollo continuo del pasado clásico, no una ruptura radical. Desde el período arcaico inicial, las nuevas ciudades se habían fundado siguiendo el plan de una cuadrícula formada por calles en ángulo recto, con espacio reservado para templos, ágoras, teatros, etc. El sistema de planeamiento llegó a ser llamado «hipodamio», por Hipódamo de Mileto, un filósofo de inicios del siglo V; el trazado de cuadrícula era muy anterior a él, pero puede haber sido quien dio al planeamiento urbano un fundamento teórico en sus escritos, que encarnan una teoría social conservadora basada en una división tripartita de la sociedad y el territorio (Aristóteles, *La política*, 2. 8. 1267b-1269a, cf. 7. 11. 1330b).[212]

Un centro urbano planificado era ahora de *rigueur* para toda nueva ciudad. Heráclides «de Creta» compara implícitamente el bello trazado urbano de la Tebas reconstruida con las calles serpenteantes y estrechas de Atenas. Un vínculo entre la forma urbana y la salud política es explicitado por Estrabón que elogia la ciudad de Rodas tanto por tener excelentes monumentos como por su buen gobierno (14. 2. 5 [652-653], Austin 92).

La planificación urbana en el período helenístico se desenvolvió dentro del esquema existente, aunque las nuevas estructuras monumentales y los espacios reservados a ellas le dieron un carácter distintivo. Un buen ejemplo de la época del reinado de Alejandro o un poco anterior es Priene, una pequeña polis en el Asia Menor, que fue trasladada a un nuevo sitio. Aquí la cuadrícula de Hipodamio, con las calles trazadas de norte a sur y de este a oeste, se impuso sobre un lugar con laderas escarpadas, de modo que algunas calles están formadas realmente por escalinatas.[213] Una idea parecida se aprecia en Heraclea en Latinos.[214] Ambos eran ejemplos desusadamente estrictos de planificación hipodámica, y proceden de antes, o de los inicios, del período helenístico. En las fundaciones posteriores de Asia Menor occidental, se adoptó un enfoque más flexible, como en Alinda, Aso, y sobre todo en Pérgamo.[215]

Muchas ciudades muestran la gama de adaptación aplicada a la planificación urbana (en contraste, por ejemplo, al trazado urbano romano casi completamente

normalizado de época posterior).[216] Casope, en el golfo de Arta, tiene como defensas naturales los peñascos de las montañas; sus murallas encierran una red de bloques de viviendas de proporciones largas y estrechas; aparte del teatro cerca de la parte más alta del lugar, los edificios públicos están limitados a una pequeña área en el sureste. El trazado de la ciudad ha sido descrito adecuadamente como utilitario y sin concesiones a la estética.[217] En Goridzia de Tesalia (posiblemente la antigua Orminio), una pequeña ciudad militar fundada probablemente por Demetrio I para controlar el golfo de Pagasai, tiene un aspecto funcional parecido; pero se permitió que los bloques urbanos variaran en tamaño y proporciones, quizá por la posición inclinada de la ciudad sobre un promontorio. La ciudad nunca fue dotada de edificios públicos sustanciales, quizá a causa de su ocupación relativamente breve (menos de un siglo).[218] En la cercana Demetria, en cambio, fue posible adoptar un trazado completamente uniforme en un emplazamiento llano costeño; cada bloque tiene la proporción de 2 a 1, y se dejó bastante espacio para los edificios públicos: un agora con stoas, un palacio real, etcétera. Aunque ubicada estratégicamente, Demetria combina funciones militares con los atributos de un centro urbano completamente desarrollado.[219] Finalmente, Halos (Nueva Halos en la literatura arqueológica), en la orilla oeste del golfo, que fue ocupada sólo desde c. 300 al 265 a. C., tenía sesenta y cuatro bloques de casas de ancho normalizado pero de longitud variable. La ciudad tenía una función primordialmente militar, como Goridza, pero el área residencial fortificada se mantenía bastante separada de la acrópolis militar; ambas partes se asientan en el paisaje sin hacer concesiones a los contornos.[220]



Plano de Priene. (Basado en Reinders, *New Halos*, p. 196, fig. 107.) Curvas de nivel en metros.

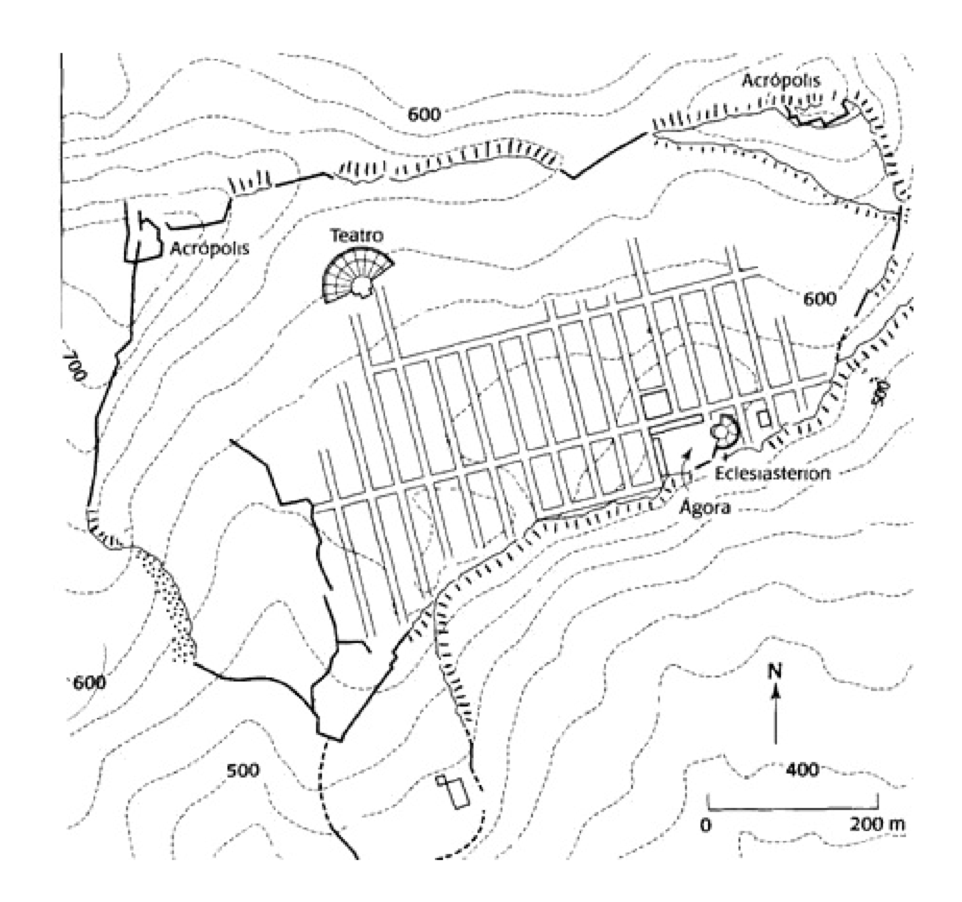
Incluso en estas fundaciones con un propósito principalmente militar, se dio espacio para el crecimiento de una cultura ciudadana, cuando no era promovida activamente. Los reyes macedonios parecen haber dado a sus arquitectos militares libertad para adaptar un esquema básico al terreno y a las circunstancias, esto es, para experimentar con nuevas versiones. Se adherían al ideal tradicional de forma urbana, pero también armonizaban con los valores culturales griegos. Fundar una polis era una manifestación de helenidad, pero no era una práctica normal imponer un plan predeterminado; la variedad y la adaptación eran parte de la cultura.

Fuera de las áreas grecohablantes, un trazado rectangular de las calles podía verse como una adopción consciente del estilo griego, una expansión de la tradición griega a un nuevo contexto. La forma urbana adoptada no fue siempre puramente griega; en Ai Janum en Bactriana, sobre un trazado urbano básicamente griego, los conjuntos arquitectónicos combinaban estilos griegos y no griegos. La nueva capital de Egipto, Alejandría, fue trazada para Alejandro sobre una cuadrícula por el planificador

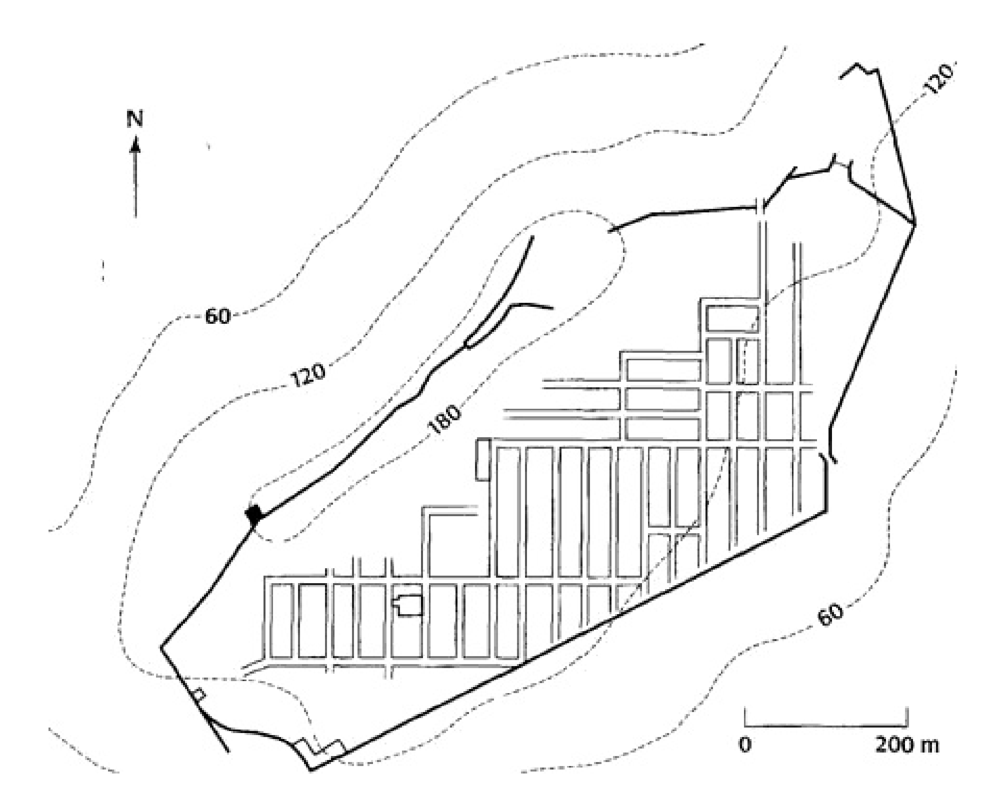
Deinócrates, con áreas reservadas para diferentes grupos de edificios.

Quizá con el fin de rivalizar con la ciudad egipcia, los soberanos de Pérgamo del siglo III adoptaron un plan arquitectónico que aprovechaba el terreno empinado de la acrópolis de la ciudad para un mejor efecto. Un plan hipodámico no se impuso, sin duda a causa de lo escarpado del terreno, pero, como en Alejandría, los edificios públicos estaban agrupados de modo sucesivo, en este caso en diferentes terrazas que llegaban hasta la acrópolis. Cada terraza tenía un grupo imponente de monumentos que formaban una unidad arquitectónica. El visitante avanzaba desde la gran agora inferior hasta el conjunto del gimnasio, al que seguía un santuario de Démeter y una segunda agora sobre el que Eumenes II edificó un gran altar a Zeus en la década de 170 para celebrar la antigua victoria de Átalo I sobre los gálatas. En la parte más alta de la acrópolis había un gran santuario de Atenea, un teatro, la biblioteca, los palacios de los reyes y edificios militares. Ninguna estructura única domina la ciudad, por el contrario, la serie de espacios arquitectónicos está concebida para impresionar al visitante con su creciente dimensión y complejidad, a lo que contribuye la vista sobre la llanura que se abre a medida que uno asciende.[221]

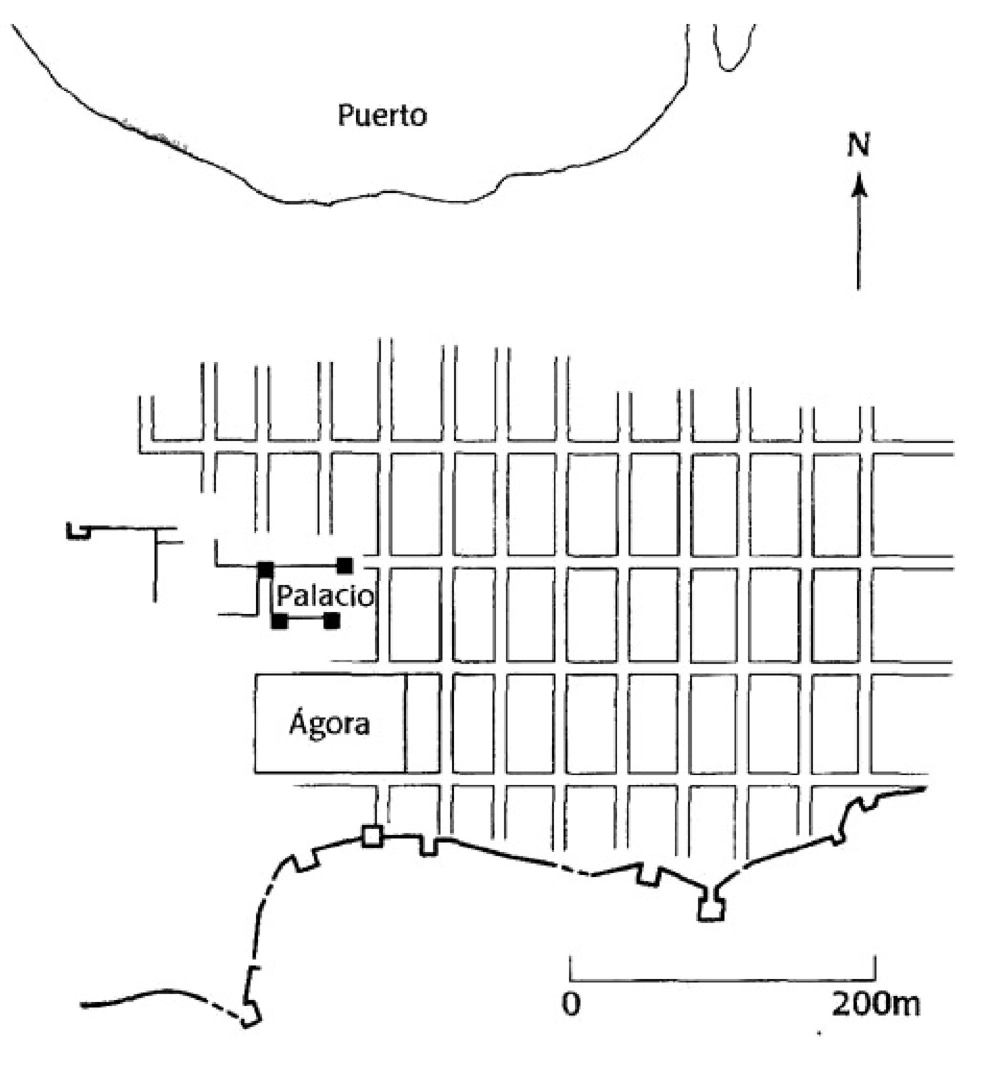
En muchas nuevas ciudades se reservaba una zona para un palacio. Los palacios helenísticos se pueden dividir en reales (sean edificios únicos o conjuntos), gubernamentales y privados (o casas palaciegas); los dos últimos han sido llamados «pálidos reflejos» de los primeros.[222] En la Macedonia helenística inicial (específicamente en Vergina, Pela y Demetria), los palacios se caracterizan por una extensa explanada y amplios patios de columnas que dan a una serie de grandes salones; en Pérgamo y Alejandría, el barrio palaciego está separado en un extremo, o a un lado, de la ciudad; pero en Demetria, bajo Filipo V, el palacio fue reedificado como una acrópolis fortificada, casi como una ciudad dentro de una ciudad.[223] Se construyeron otros palacios en todos los reinos principales, así como en Judea Asmonea (se han identificado treinta y uno), y proporcionaron un marco en el que el soberano o la soberana podían patrocinar la innovación arquitectónica y legitimar su estatus mediante un gasto ostentoso. Como en el caso de la planificación urbana, no hay un único modelo; la experimentación no fue la norma exclusiva, pero en Asia los elementos griegos y macedonios se mezclaron cada vez más con los nativos.[224]



Plano de Casopo. (Basado en Hoepfner y Schwandner, *Hans und Stadt*, fig 95, y Dwens, *City*, p. 76, fig. 21.) El «eclesiastenon» es el edificio de la asamblea. Curvas de nivel en metros.



Plano de Goritsa, (Basada en Owens, *City*, pag 78, fig 23. Reinder, *News Halos*, pag 49. Curvas de nivel en metros.

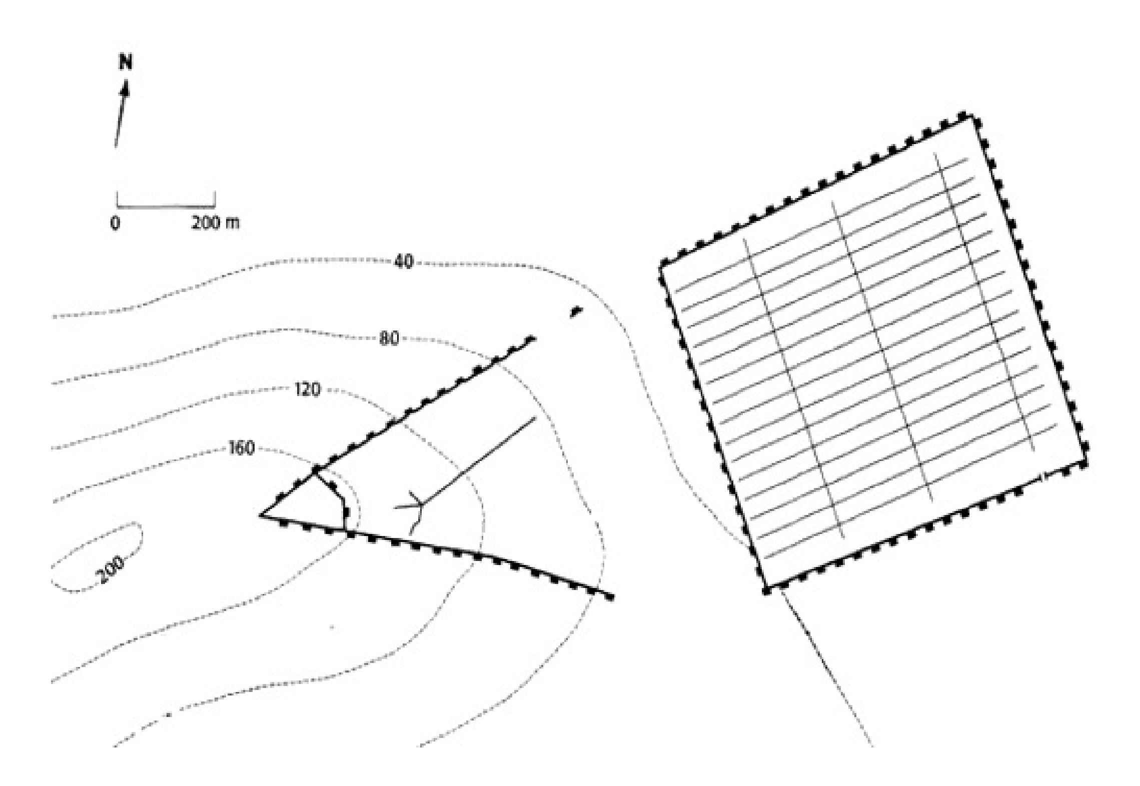


Plano de Demetria. (Basado en Owens, *City*, p. 79, fig. 24.)

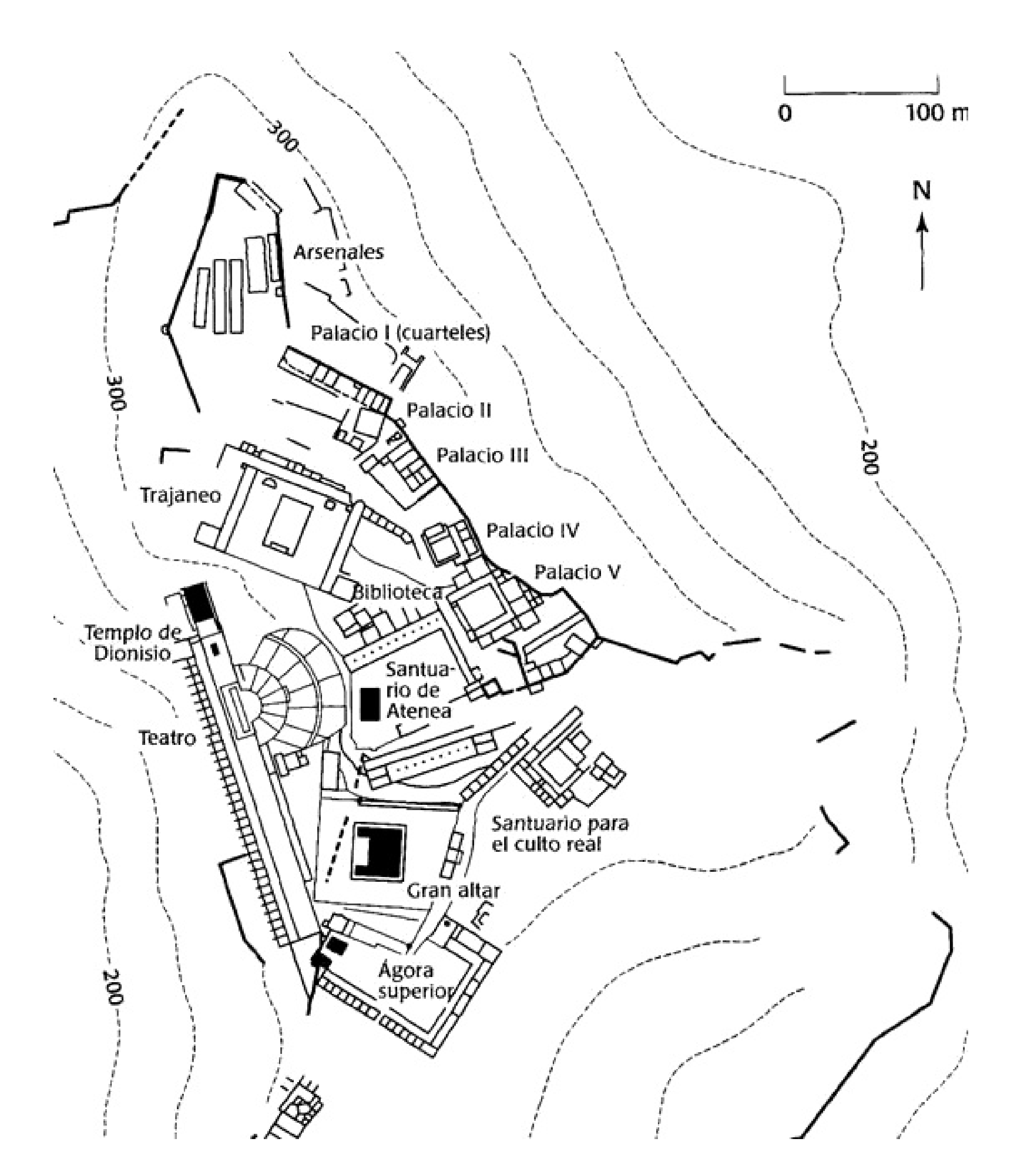
Las primeras fundaciones seléucidas, edificadas muchas de ellas en territorios deshabitados o en reemplazo de los asentamientos originarios, tienen un trazado generalmente normalizado, con una calle principal que divide longitudinalmente la ciudad, pero en cada caso se adaptan al sitio; es el caso de Antioquía del Orontes, Beroia, Apamea y su puerto Laodicea del Mar, y Seleucia del Tigris. Generalmente hay una zona palaciega separada y una acrópolis. Una calle axial se aprecia en la pequeña capital real de Seutes III de Tracia, Seutópolis, que aunque apenas mide 250 metros de un lado a otro, tiene su propia agora y su barrio palaciego. En Damasco, no obstante, la necesidad de transigir con el trazado urbano existente generó un plano mixto, con una calle central de este a oeste uniendo los barrios antiguos y los nuevos. No todas las fusiones de ciudades griegas y no griegas tuvieron éxito en términos arquitectónicos; en Douros-Europos, algunos de los proyectos de construcción de estilo griego, incluida el agora, no se terminaron jamás.[225]

Además de ser expresión del helenismo o aun de la helenización y del ideal urbano (aunque generalmente en un nuevo contexto monárquico), este florecimiento del estilo griego representa la manifestación más espectacular de la habilidad de los reyes para monumentalizar su poder y alterar el paisaje. La riqueza y el trabajo

necesarios para construirlos no estaban al alcance de la mano, sino que tenían que ser movilizados. Las consecuencias económicas son un aspecto de no poca importancia de la edificación urbana en el período helenístico. La urbanización dependía de una combinación de trabajo esclavo, militar y libre —este último empleado quizá especialmente para la decoración arquitectónica y escultórica más compleja—, y debe de haber dado ocupación a artesanos y jornaleros, que pueden haber migrado periódicamente a nuevos proyectos. Los recursos para sostener estos programas masivos habrán procedido, como la riqueza de los reyes, de una combinación de ganancias de la guerra, impuestos al comercio, rentas de las propiedades reales, contribuciones financieras y laborales de las ciudades, y en suma, de la extracción de riqueza de una gran masa de población: campesinos, comerciantes y los propios artesanos griegos y no griegos, junto con esclavos y otros grupos de personas no libres. La fundación de ciudades representaba por tanto una redistribución de recursos.[226]



Croquis de Nueva Halos (Basado en Reinders, *New Halos*, pag 34) Curvas de nivel en metros



Plano de Pérgamo. (Basado en W. Radt, *Pergamon*, pp. 84-85, fig. 10.) Curvas de nivel en metros.

Los ciudadanos *EUERGETAI*

Las mercedes regias eran parte de un fenómeno más amplio, para el cual los historiadores han inventado el término de «evergetismo», acuñado a partir de la palabra griega para «benefactor», *euergetés* (el apellido de varios reyes helenísticos). Un nombre alternativo es el antiguo término griego de *euergesia*, que significa tanto una sola merced como la práctica general.[227]

La práctica no era nueva en modo alguno; la Atenas clásica se apoyaba en los ciudadanos ricos para financiar los festivales y la construcción pública. En la primera

parte del siglo IV, Jenofonte en su *Económico* esbozaba los deberes del caballero terrateniente:

> En primer lugar, porque veo que estás obligado a celebrar frecuentes y abundantes sacrificios, pues en otro caso ni dioses ni hombres te aguantarían. En segundo lugar, porque tu rango exige dar hospitalidad a muchos extranjeros y a tratarlos con magnificencia. En tercer lugar, tienes que ofrecer banquetes y agradar a tus conciudadanos, o perder su adhesión. Además veo que la ciudad te ha impuesto ya grandes contribuciones: el mantenimiento de un caballo, la coregía, la gimnasiarquía y la aceptación de presidencias; en caso de declararse una guerra, estoy seguro de que te impondrían una triarquía y unos gravámenes tan grandes que no podrás soportarlos fácilmente.
>
> (Jen., *Eco*., 2. 5-6).

En Atenas es posible que las donaciones públicas obligatorias (*leitourgiai* «liturgias») fueran abolidas por Demetrio de Falero (r. 317-307), en una maniobra destinada a calmar a las familias más ricas que hacían el grueso de los gastos.[228]

El valor relativo de las donaciones más grandes puede haber cambiado gradualmente. Parece haber habido una polarización de las clases adineradas, tanto en general como dentro de la élite. Unos cuantos individuos eran tan ricos que podían servir al bien público en una escala nunca vista antes. Una larga inscripción de alrededor del 200 (Austin 97, *Syll2* 495) detalla los actos de Protógenes, un ciudadano de Olbia, a orillas del mar Negro, que ayudó a la ciudad a afrontar las exigencias de fondos para defensa contra los pueblos vecinos no griegos, y los problemas de escasez de grano y, sobre todo, pagó el costo de construir un granero público y las murallas de la fortificación. Quizá un poco después, la ciudad de Istria, también cerca del mar Negro, rindió honores al ciudadano Agatocles por servicios similares (Austin 98, Burstein 68, JSE ii, 131). En el mismo siglo los ciudadanos de Paros homenajearon a un hombre por sus servicios, particularmente como superintendente del mercado (*agoranomos*), cargo en el cual defendió los derechos tanto de los empleadores como de los trabajadores (Austin 110).[229]

Otra inscripción, de la década del 240, registra un decreto samiano en honor de un ciudadano, Bulágoras (Austin 113, BD 64, SEG i. 366; citado, p. 185). Enumera una serie de sus buenas obras a través de los años. Representó a su ciudad en una exitosa petición a Antioco Hierax, referente a las propiedades siempre disputadas en Anea. Actuó en favor del demos en los procesos por el mal uso de sus fondos o su propiedad, y sustituyó a un *gimnasiarca* —presidente (esto es, proveedor de fondos) del gimnasio ciudadano— que adquirió su oficio a un valor más alto del que podía pagar. Adelantó grandes sumas a la ciudad, permitiendo que el trigo pudiera ser comprado por los ciudadanos durante una carestía, «atribuyendo la mayor importancia al bien común y al disfrute de la abundancia por el pueblo». Incluso prestó dinero a «los necesitados».

No es necesario que pongamos a Bulágoras en el papel de un filántropo

victoriano; los pobres mencionados en el decreto no eran forzosamente miserables, y pueden haber sido miembros de la clase terrateniente (o de la clase ciudadana en su conjunto, si es que no eran sólo terratenientes en ese momento) que eran temporalmente incapaces de financiar el estilo de vida a que estaban habituados. Sus donaciones de trigo pueden no ser indicio de una hambruna o de un problema general de abastecimiento de grano. Las grandes crisis afligieron a Grecia durante los años 331-324, cuando la ciudad de Cirene compensó casi sin ayuda el déficit de unas cincuenta ciudades griegas; una inscripción de Cirene (BD 3, Harding 116, SEG ix. 2, Tod 196) registra sus numerosas donaciones, incluida la más grande, de 100 000 *medimnoi* a Atenas.[230] Las ciudades generalmente rendían honores a los extranjeros por un trato justo en los tiempos de escasez; alrededor del 300 a. C. los éfesos concedieron la ciudadanía a un importador rodio (Austin 112, *Syll3* 354), y otro rodio fue homenajeado por los ciudadanos de Histea en Eubea a finales del siglo III (Austin 115, Choix 50).

Es más probable que Bulágoras haya estado negociando con una escasez temporal de trigo, que los ciudadanos acomodados (o quizá, todos los ciudadanos) preferían al alimento común, la cebada.[231] Podría haber estado tratando de preservar el estilo de vida de sus colegas de la élite, no de reducir la tensión social. Las numerosas referencias a un *sitônés* (comprador de trigo) en los documentos oficiales pueden ser indicios de *euergesia* antes que de crisis económica (aunque hubo crisis, particularmente en época de guerra). Bajo esta luz deberíamos ver, por ejemplo, los honores délicos a los *sitônés* que les envió Demetrio (Austin 114, Choix 48) y la famosa ley samiana del grano de c. 206 (Austin 116, BD 63, *Syll3* 976).[232]

La riqueza de Bulágoras y de hombres como él puede haber procedido del tráfico marítimo, que floreció en el mundo mediterráneo oriental después de Alejandro, o de la creciente explotación de aquellas personas, libres o no libres, que no poseían tierra. Muchas ciudades tenían una clase de personas no libres, tal vez distintas étnicamente; Priene tenía sus *pedieis* («hombres simples») que causaron agitación en este período, mientra los *anaiitai* de Samos, que vivían en Anaya, pueden haber sido un grupo semejante. Si, además, la tierra de los hombres libres estaba pasando a manos de los grandes terratenientes, uno puede fácilmente imaginar de qué modo los ricos se hacían más ricos constantemente.

La *euergesia*, fuera local o regia, permitió a las ciudades disfrutar de una gama más amplia de servicios públicos. Algunas ciudades nombraron a un médico público, pagado de los fondos públicos —aunque podía haber seguido cobrando una tarifa. Esto se vio con frecuencia en tiempos difíciles, como cuando la ciudad cretense de Cnossos honró a un médico de Cos:

> Los kosmoi y la ciudad de Cnosos al consejo y al pueblo de Cos, saludos. Puesto que cuando el pueblo de Gortin envió una embajada a vosotros con respecto a un doctor, y vosotros respondisteis con celosa voluntad enviándoles a Hermias un doctor, y cuando hubo una revolución en Gortin, y llegamos conforme con nuestra alianza a la batalla [que

> tuvo lugar en Gortin] en la [ciudad], y ocurrió que muchos ciudadanos… fueron heridos y que muchos [cayeron] gravemente enfermos por [sus] heridas, Hermias siendo un buen hombre mostro entonces todo su celo por nosotros y los salvó [de] grandes peligros, y en todos los casos constantemente dio su ayuda sin flaquear a aquellos que [lo] requerían…
>
> (Austin 124, *Syll3* 528)[233]

En otro documento el *demos* de Samos honra al doctor público Diodoro, hijo de Dioscórides, que ayudó a los ciudadanos durante el sitio de la ciudad por Filipo V, y «por muchos años en el período anterior con sus conocimientos y atenciones cuidó y curó a muchos de los ciudadanos y de los otros en la ciudad que habían caído gravemente enfermos», distribuyendo sus servicios «equitativamente a todos» después de una serie de terremotos (Austin 125).[234] Una vez más, no debemos aplicar nociones del moderno sistema de salud pública, gratuito en cuanto al servicio.[235] Diodoro aparece también en la lista de contribuyentes a la ley samiana del grano, lo que sugiere que su profesión era lucrativa.

La *euergesia* era una manera en que los ciudadanos de los estados griegos (la mayoría de los cuales ya no sacaban provecho de hacerse la guerra uno al otro o a los no griegos, como habían hecho antes) trataban de mantener los privilegios asociados con la ciudadanía. Era también una manera en que los miembros de la élite adquirían crédito público y mejoraban su posición cívica y política. La elaboración y la diseminación de esta práctica ha sido a veces tomada como un signo de decadencia de las instituciones de la polis, pero esto parece un error. Por una parte, la *euergesia* puede representar un reemplazo del sistema de «liturgia» (*leitourgia*) de la ciudad clásica, por el cual era obligatorio que los ciudadanos ricos financiaran los festivales, los barcos de guerra, etcétera, por turno; por otra parte, no sabemos si este sistema se difundió más allá de la Atenas clásica, ni si este nivel de financiación fue ampliamente accesible fuera de aquellas ciudades clásicas con grandes flotas. Debe haber otra explicación, además de que la *euergesia* se generó simplemente a partir de las liturgias.

Se acepta generalmente que estaba ampliándose la brecha en términos de riqueza entre los ciudadanos normales y los muy ricos; probablemente las rentas del comercio que entraban en las *poleis*, particularmente en las antiguas, estaban acumulándose en manos de hombres como Bulágoras. La *euergesia* podía ser un signo de éxito continuado (aunque desigualmente distribuido), no de crisis. Las donaciones más grandes de Bulágoras, no eran regalos, sino préstamos o adelantos que no fueron pagados; no hay razón para pensar que estaba usando su riqueza para hacer de todo el *demos* su cliente o para construir una base de poder corrupta.[236] Desde luego, podría haber previsto conseguir un estatus oficial o quizá obtener un oficio público, pero en la democracia griega era un derecho del pueblo no concederle honores y no elegirlo. Era también posible que los honores fueran demorados hasta el final de una distinguida carrera de servicio público, como a veces ocurría en Atenas.[237] Los

honores que se votaron para él fueron modestos; sus actos se adecúan exactamente al ideal de participación ciudadana enunciado por Jenofonte 150 años antes.

Gauthier distingue entre el período helenístico inicial y el posterior. Durante el siglo II a. C., bajo la influencia del creciente poderío de los romanos, de la restricción de la democracia participativa que paso a paso consiguieron y de la protección a las élites que simpatizaban con ellos, la *euergesia* comenzó a asociarse con la dominación política sobre los conciudadanos de uno; de modo que los benefactores comenzaron a parecer alejados del *demos*. Muchas donaciones se efectuaron sin tener un cargo público, con frecuencia para beneficio de toda la población, no sólo para los ciudadanos. La *euergesia* perdió su carácter estrictamente ciudadano.[238] No obstante, el proceso distó de ser uniforme o completo. Incluso a finales del siglo II, Esmirna honró a un ciudadano por sus buenas obras, muy parecidas a las de Bulágoras en la Samos del siglo III, y los honores apenas si fueron un poco más fastuosos: una corona anual, un asiento delantero en el teatro para el personaje y sus descendientes y una estatua de mármol (Austin 215, OGIS 339). El tono era todavía muy cívico.

Las relaciones entre los sexos y la identidad individual

La variedad de cambios en la sociedad ciudadana han sido examinados por historiadores: los cambios en la estructura de clases, en la distribución de la riqueza, en el papel de los individuos y su sexo. Aunque la representación literaria de las mujeres no necesariamente es indicio de un vuelco radical en las relaciones sociales, hay cambios en la posición pública de las mujeres.

El hecho de que algunas mujeres regias fueran figuras poderosas pude haber afectado el modo en que las demás mujeres fueron consideradas. El relato de Plutarco acerca del papel desempeñado por las espartanas en las «revoluciones» del siglo III parece indicar realmente un cambio en el modo en que fueron consideradas las mujeres, en comparación, por ejemplo, con la Atenas clásica.[239] Se ha pensado que las espartanas eran diferentes; Aristóteles (*Política*, 2. 6. 1265b-1266a) señala que poseían propiedades y eran activas políticamente. Algunas mujeres de Plutarco encarnan el carácter espartano ejemplar, como la madre del rey Agis IV (r. c. 244-241), Agesistrata, de quien se dice que camino a ser ejecutada habría dicho: «¡Ojalá que esto sea en bien de Esparta!» (Plutarco, *Agis*, 20). En el mismo episodio, Plutarco relata la ejecución de Cratescleia, madre del rey Cleómenes, y destaca el valor de la joven viuda innominada de Panteo, uno de los soldados más valientes del rey. Los vividos detalles que ofrece sugieren que por una vez pudo tratarse de un acontecimiento real, descrito para Plutarco por sus fuentes, aunque embellecido al contarlo una y otra vez. Sin embargo, en su pluma se convierte en una prueba de su

propia filosofía moral: «Lacedemonia [Esparta], pues, habiendo puesto en contraposición y competencia en esta tragedia el valor de unas mujeres con el de los hombres, hizo ver que la virtud no puede ser nunca ofendida y agraviada por la fortuna» (Plutarco, *Cleómenes*, 39.1).[240]

Un interés no inferior suscita Agiatis, viuda de Agis. Su marido había sido asesinado por instigación de Leónidas, padre del otro rey, Cleómenes III, y Leónidas la había casado con éste. En el relato de Plutarco, que debe mucho al favorable memorial de Filarco, aparece como una reformadora digna de la memoria de su difunto marido:

> Agiatis había heredado la cuantiosa herencia de su padre Gilipo, y era en la edad y en la belleza la más aventajada de las griegas, y en sus costumbres y conducta sumamente apreciable. Dícese por lo mismo que nada omitió para que no se la hiciera aquella violencia, pero enlazada con Cleómenes, aunque aborrecía a Leónidas, era buena y cariñosa esposa de aquel joven, el cual, además, se había enamorado de ella; y en cierta manera participaba de la memoria y la benevolencia que de Agis conservaba su esposa; tanto que muchas veces le preguntaba sobre aquellos sucesos, y escuchaba con atención la relación que le hacía de las ideas y proyectos que tenía Agis.
>
> (Plutarco, *Cleómenes*, 1)

Tal como lo presenta Plutarco, Agiatis es la responsable de las acciones posteriores de Cleómenes. Es difícil distinguir el hecho concreto de la proyección retrospectiva de ideas posteriores sobre lo que había sido Esparta en el siglo III. Agesistrata y Agiatis podían realmente haber encarnado lo que consideraban ser los ideales de su sociedad; no es posible que nuestras fuentes estén absolutamente equivocadas sobre la fuerza de esas aspiraciones. Sin embargo, podemos estar razonablemente seguros de que esas mujeres, como las mujeres de la realeza en otras partes, ejercían su influencia dentro de un sistema de valores dominado por los hombres. Quizá sólo en el período helenístico tardío fue puesta en cuestión la imagen exclusivamente masculina del rey, por cuanto las reinas ptolemaicas ejercieron el poder efectivamente.[241]

Entre las mujeres que no pertenecían a la realeza, sabemos de poetas tales como Erinna (Lefkowitz y Fant, n.° 9-10), que al parecer escribió las reminiscencias de sus amigas; pero se conoce poco de su vida, e incluso es posible que algunos de sus poemas, como otras obras atribuidas a mujeres en este período, hubieran sido escritas por hombres.[242] En la la historia espartana suelen aparecer nombres de mujeres en las listas de triunfos de las carreras de carros en los festivales (Lefkowitz y Fant, n.° 45-47), indicando que eran propietarias del carro y del tronco de caballos (antes que ser las conductoras).[243] Otras mujeres importantes fueron las compañeras de los filósofos, a las que se les atribuye ingenio y talento. La historia de Crates el Cínico y su mujer Hiparquia es contada por Diógenes Laercio (c. 200-250 a. C.) en sus *Vidas de filósofos*:

> Adoptó su mismo traje, iba a todas partes con él y se asoció con él[244] en público; iba a los banquetes con él. Una vez, cuando fue a un banquete en casa de Lisímaco, confundió a Teodoro llamado el Ateo, usando el siguiente truco de lógica: si una acción no podía ser considerada errónea cuando la hacía Teodoro, no podía ser tampoco errónea cuando la hiciera Hiparquia. Por tanto, si Teodoro no hace nada malo al darse golpes a sí mismo, Hiparquia no hace nada malo si golpea a Teodoro.
>
> (Diógenes Laercio, 6. 96-98; Lefkowitz y Fant, n.° 43)

Cuando Teodoro trata de humillarla con una sarcástica referencia a las ocupaciones propias de las mujeres, Hiparquia responde: «Teodoro: ¿no pensarías que he empleado mal mi tiempo, si lo hubiera desperdiciado tejiendo en vez de emplearlo en mi educación?». Era considerada una filósofa con talento propio, al igual que Leoncione, la compañera del filósofo Epicuro, la cual incluso escribió sobre filosofía.[245]

No debemos exagerar el significado de estos ejemplos, como si testimoniaran la existencia de un sistema educativo que hubiera sido ampliamente accesible para las mujeres;[246] estos ejemplos aparecen en relación con filosofía y estilos de vida anti-ortodoxos. Había habido antes algunas mujeres notablemente educadas, siendo la más famosa la amante de Pericles, Aspasia, en la Atenas del siglo V. Por otra parte, hay indicios de que ahora era perfectamente aceptable, aunque no habitual, que una mujer fuera muy educada. He aquí, por ejemplo, la lápida de una mujer de Sardis, del siglo I a. C., que lleva inscrito un conmovedor epigrama métrico; la piedra y la inscripción fueron pagadas por el público.

> Esta piedra señala a una mujer de talento y belleza. Quién es ella lo revelan las inscripciones de las musas: Menófila. Un lirio esculpido, un alfa, un libro y una canasta, y con éstas una corona de flores muestran que es honrada. El libro indica que eras sabia; la guirnalda que llevabas en tu cabeza muestra que eras una adalid; la letra alfa que eras una hija única; la canasta es un signo de tu ordenada excelencia; la flor muestra la de tu vida, que el destino robó. Que en la muerte el polvo te sea leve. ¡Ay! tu padres están sin hijos; para ellos has dejado las lágrimas.
>
> (Lefkowitz y Fant, n.° 49)[247]

Entre las restricciones legales impuestas a las mujeres estaba el *gynaikonomoi* (censores de las mujeres) nombrados por Demetrio de Falero, cuya función podría haber sido limitar el despliegue excesivo de riqueza y de fiestas fastuosas. Sin embargo, el propósito fundamental de tales funcionarios puede haber sido controlar la competencia entre los ciudadanos (siendo la propiedad de mujeres una de las formas de ostentar riqueza). Es más, no hay pruebas de que tales instituciones fueran comunes. Asimismo, aunque las mujeres todavía necesitan un tutor de sexo masculino (*kyrios*) para muchas transacciones legales, hay numerosos indicios de que las mujeres griegas disfrutaban de un papel más público: las mujeres ricas hacían donaciones a las ciudades en su propio nombre. Euxenia de Megalópolis en el siglo II

era sacerdotisa de Afrodita, y costeó la edificación de una muralla que rodeara el templo y un hospedaje para los visitantes. File de Priene (siglo I a. C.) «dedicó a su costa un receptáculo de agua y las tuberías de agua de la ciudad» (Lefkowitz y Fant, n.° 48, Burstein 45). Pomeroy da ejemplos como estos de la propagación o disolución de los antiguos privilegios de la ciudadanía masculina, en un momento en que el foro político de la ciudad no era ya tan importante en el mundo; Van Bremen, sin embargo, no percibe ningún cambio real en la situación legal de las mujeres.[248] Ni la intervención de las mujeres en el espacio público fue resultado de una falta de riqueza en la élite, pues muchos hombres tenían todavía grandes cantidades de dinero para hacer lo que les placiera.

La gama de actividades públicas accesibles a las mujeres era más amplia que en la Grecia clásica —o al menos en Atenas, pues es probable que otras ciudades-estado no limitaron a las mujeres tan drásticamente en el período clásico.[249] La literatura y los documentos se combinan para sugerir cierta distensión del control, al menos en el ámbito de la élite (el único donde normalmente aparecen mujeres). La rígida ideología de una vida política, social y pública exclusivamente masculina, particularmente fuerte en la Atenas clásica, quizá puede haberse comenzado a resquebrajar; se podía hablar de las mujeres en formas nuevas, al menos en los documentos y en la literatura. Así como la ideología común de la virtud ciudadana tuvo que cambiar para dar cabida a los reyes y un nuevo tipo de *euergesia*, del mismo modo habría dado entrada a las mujeres, de un modo controlado. Así como la «familia real» se convirtió en un medio de representación pública de los reyes, las mujeres de los ciudadanos tuvieron ese mismo papel para éstos, aun cuando el contenido de la ciudadanía estuviera cambiando. Estos cambios no fueron planificados, ni fueron completamente producto del período helenístico. La sociedad griega se estaba desarrollando bajó el estímulo de las poderosas monarquías nuevas, y en parte, al margen de ellas.

El período helenístico se ha representado a veces como una época en que la libertad individual aumentó y en que surgieron nuevas oportunidades para la realización del destino individual. No se debe exagerar esta tendencia, ni afirmarla precipitadamente sin pruebas contundentes, pero hay signos de cambio. El mayor número de estatuas e inscripciones que nombran a hombres, mujeres y niños individualmente, en particular en un contexto religioso, son testimonio de que, al menos entre las personas acomodadas, era posible un nuevo tipo de conmemoración tanto en vida de una persona como después de su muerte.[250] Esto no equivale al debilitamiento de los vínculos comunitarios, pero es parte de un creciente cuerpo de evidencia de que los individuos de ambos sexos fueron representados de nuevas formas en el discurso público.

Las nuevas relaciones entre los individuos son probablemente un requisito para nuevas relaciones entre los sexos. La arqueología ofrece algunos indicios. Se ha sugerido que la creciente semejanza entre los objetos encontrados en las tumbas de

hombres y mujeres en el Ática a partir del siglo IV implica una nueva intimidad entre los sexos; que las representaciones de Afrodita, sumada a la más común de Hera, como patrona del matrimonio son signos de una demarcación más laxa entre las mujeres respetables y las *hetairai* (prostitutas de nivel social superior); y que las figuras de una mujer o una diosa en el baño o desnuda están vinculadas con una propensión a la exhibición personal del lujo y de signos de un estilo de vida despreocupado, todo lo cual tendería a disminuir la distancia de estatus entre los géneros,[251] al menos en Atenas, y en el nivel de prosperidad en que se pueden encontrar vestigios de los individuos en el registro arqueológico.

Muchos atenienses emigraron a Délos cuando cayó en su poder en el 167. En esta sociedad cosmopolita, las lápidas de atenienses y no atenienses en su conjunto apuntan a una visión más convencional del papel de los hombres y las mujeres que el señalado por la escultura no funeraria de la propia ciudad de Délos y de Atenas.[252] Sin embargo, esto parecería quizá el caso excepcional de una sociedad próspera, parcialmente colonial, que se hizo más convencional que la sociedad dejada atrás, y que transmitió su tradicionalismo a los que provenían de lugares que no eran el Ática.

Para inicios del período romano, el discurso de Plutarco *Sobre el amor* (*Erôtikos*) presenta el matrimonio como una sociedad que implicaba un nivel de igualdad y amistad para las mujeres, aunque en un tipo de participación en la masculinidad y como una relación que tenía aspectos privados importantes que no habían sido previamente examinados. La familia ahora tenía más que una importancia meramente cívica.[253] Es de suponer que tales cambios en el concepto de la persona tuvieron lugar poco a poco y gradualmente, y que en verdad no existió un «estado fijo». La negociación de las relaciones sociales es un proceso continuo.

¿MÁS ALLÁ DE LA POLIS?

SE ha encontrado insuficiente el argumento de que la polis llegó a su fin en Queronea en el 338. Muchas *poleis*, particularmente en el Peloponeso y el Egeo, permanecieron libres de la dominación macedónica y disfrutaron de relaciones diplomáticas con reyes, que, al menos formalmente, las trataron como estados soberanos. Sólo los rodios y los etolios permanecieron continuamente independientes hasta la conquista romana, y por tanto pudieron hacer la guerra y la paz sin restricciones (una de las más notables guerras entre las ciudades ocurrió entre Rodas y Bizancio en el 220 a. C. por el control del acceso al comercio en el mar Negro; Polibio 4. 46. 5-47. 6, Austin 94). Sin embargo, muchas ciudades, incluso bajo la férula de los reyes, retuvieron la facultad de organizar su propia defensa. (Sobre el dominio de Bizancio sobre el comercio del mar Negro, véase Polibio 4. 48, Austin 96).

El poder ptolemaico y antigónida se basaba en mantener contentas a las ciudades; habría sido imposible imponer una lealtad en todos los extensos territorios y los imperios marítimos por medio del poder militar solamente. Estar subordinado a un rey no sólo tenía consecuencias negativas. Tampoco las causas de los problemas sociales en la Grecia del siglo III han sido definidas, y sería precipitado atribuirlas todas a la influencia de las monarquías. Las ciudades-estado en una época de mayor independencia habían creado mucha opresión social, y el cuadro para los siglo III y II no es uniforme.

Algunos pueden argumentar que la polis clásica no era el *telos* (fin u objetivo, en la terminología aristotélica) de la sociedad griega, sólo un paso evolutivo en el camino a los estados federados (véase el capítulo 4) o a estados territoriales como los representados por los reyes helenísticos y el imperio romano.[254] Si esto se plantea como un argumento funcionalista —por ejemplo, que la polis había «fracasado» en resolver los «problemas» de Grecia y estaba destinada a sucumbir tarde o temprano ante una administración más grande y eficiente—, debemos rechazarlo. El sistema de la polis, incluso como elemento de las monarquías territoriales, resultaba flexible en gestionar recursos y en encaminar con éxito la competencia de los individuos hacia fines sociales. Los monarcas helenísticos fueron todos con demasiada regularidad seleccionados por la intriga, el asesinato y las fuerzas mercenarias, un sistema que resultaría finalmente poco adaptable frente a amenazas externas, como incluso ocurrió con el imperio romano.

4. MACEDONIA Y GRECIA

EN este capítulo se examina el auge de Macedonia a partir de la expedición de Alejandro. Su muerte trece años más tarde desató un período de conflictos militares, durante los cuales el poder estuvo en manos de una serie de sucesores a veces más, a veces menos legítimos, hasta que hacia 276 el reino se consolidó bajo el dominio antigónida. La esfera de influencia macedónica se extendía por el sur hasta Grecia peninsular, pero no podía controlar todas las zonas. Ciudades como Atenas eludieron el control antigónida, a veces con la ayuda ptolemaica. Esparta fue un foco de revuelta y no fue destruida hasta 222. Los efectos indirectos del dominio macedonio pueden apreciarse incluso a bastante distancia del Peloponeso; uno de ellos fue el surgimiento de la liga aquea como potencia militar. A partir de 222 los nuevos intentos espartanos de recuperación y reforma fueron coartados por las guerras macedónicas contra Roma (211-168), la “liberación” de Grecia (197) y la incorporación de Esparta a la liga aquea (192).

Buena parte de este capítulo se centra en Atenas y su desarrollo bajo la dominación macedónica y en oposición a ella. Esto refleja parcialmente el amplísimo corpus de datos epigráficos y la atención que se le ha prestado por parte de los historiadores, notoriamente Christian Habicht en una serie monumental de estudios. Se debe también a que Atenas era verdaderamente importante. Aunque ya no podía dominar el sur de Grecia y el Egeo, dado el poder de las monarquías, siguió siendo una potencia militar y naval significativa. De ahí la determinación de los macedonios de retener el control de El Pireo, el puerto de Atenas, tal como lo hicieron durante gran parte de finales del siglo IV y del siglo III, en que se comprende un período continuo de sesenta y seis años desde 295, e incluso en momentos cuando la propia ciudad de Atenas estaba libre. El Pireo formaba un eslabón clave de la cadena de fortificaciones de la costa oriental de Grecia resguardada por los macedonios. El control del Ática también dio a los reyes acceso (e impidió el de sus enemigos) a una de las principales fuentes griegas de plata en las minas del distrito de Laureion, cuyo valor principal era ser una fuente de metal para acuñar. Finalmente, al haber sido Atenas una antigua potencia imperial y el origen de todo lo que era prestigioso en la literatura, las artes visuales y la filosofía, los reyes sólo abrigaban la esperanza de obtener prestigio cultural por asociación y dar una suerte de legitimidad a su papel de árbitros de los asuntos griegos.

MACEDONIA HASTA EL 276 a. C.

La estructura del reino

COMO entidad geográfica Macedonia puede definirse como la cuenca formada por la desembocadura de los ríos Haliakmon y Vardar (el antiguo Axios) y sus tributarios.[255] Su característica distintiva es la fértil meseta costera, una de las más grandes de Grecia, tras la cual se encuentran las zonas montañosas que conforman la alta Macedonia. Hasta que se impuso la agricultura mecanizada, muchas partes de la meseta eran regularmente inundadas por los ríos que desbordaban sus márgenes y depositaban limo; de modo que en primavera y otoño la llanura brindaba pastos para las ovejas, las cabras y los caballos, así como productos del delta y las marismas (sal, pescado y otros). Los olivos crecían con rapidez en las montañas circundantes, alabadas en las fuentes antiguas por sus pastos y por productos como la miel, la cera, la seda y la madera (Procopio, *El tratado de los edificios*, 4. 3. 27; Tito Livio, 44. 43. 1; Tod 91 y 111). Allí se podían cazar también muchos animales salvajes. En suma, el paisaje tenía un carácter no mediterráneo, a la vez que el clima era más continental (inviernos fríos, veranos muy cálidos) excepto en las penínsulas de Calcídica.[256]

Los primeros reyes habían ocupado «la Macedonia actual, que se extiende junto al mar» (Tuc. 2. 99), pero a inicios del siglo V Alejandro I expulsa a los pueblos vecinos de la llanura litoral y de los valles del norte. La satrapía de Tracia fue probablemente ocupada después de la derrota de la invasión de Grecia por Jerjes. Hasta el reinado de Filipo II, no obstante, los reyes fueron incapaces de establecer un control permanente del interior montañoso. El logro de Filipo fue ensalzado en la arenga que Alejandro pronunció ante el ejército en Opis, tal como se la figuró Arriano cinco siglos después:

> En efecto, Filipo os encontró siendo unos vagabundos indigentes: muchos de vosotros, mal cubiertos con unas burdas pieles, erais pastores de unas pocas ovejas que tenían que guardar (y no siempre con éxito) de los limos, tribalos y vuestros vecinos tracios. Fue Filipo quien os facilitó clámides en vez de vuestras toscas pieles, os bajó del monte a la llanura, os hizo contrincantes capaces de pelear con vuestros vecinos bárbaros… Os hizo habitar las ciudades y os proporcionó leyes y costumbres en extremo útiles… anexionó la mayor parte de Tracia a Macedonia y, apoderándose de los asentamientos más idóneos de la zona costera, atrajo el comercio a la región, posibilitándoos trabajar con seguridad las minas de metales.
>
> (Arriano, 7. 9, Austin 15)

Filipo, sin duda alguna, hizo algo grande, pero debe tomarse en cuenta el carácter

un poco retórico de este pasaje y su fecha tardía. No había comenzado de cero: sus predecesores no sólo habían afianzado un reino floreciente, sino que había ya una tradición cívica muy arraigada en la sociedad macedónica.[257]



Norte de Grecia (adaptado de Talbert, *Atlas*, p. 32).

Filipo no sólo conquistó, sino que creó un nuevo país. Los planes de desecamiento fueron un elemento importante de su obra. Teofrasto (*Sobre la causa de las plantas*, 5. 14. 5) escribió que después de que Filipo recuperó la llanura boscosa y anegada de Filipoi, ésta se transformó en una región drenada, desecada y cultivada.[258] Filipo también estableció el control de las regiones costeras mediante ciudades griegas, comprendido el valle del río Strimón al este de la planicie central, con la polis de Anfípolis, disputada largamente por los macedonios y los atenienses, antes de emprender las conquistas más amplias de los vecinos «bárbaros» y, finalmente, de los países griegos del sur. El pasaje de Arriano nos recuerda un importante hecho sobre la ubicación de Macedonia: sus vecinos (los tracios, los peonios, los epirotas y los ilirios) eran principalmente pueblos no urbanos con élites más o menos helenizadas. Para Grecia en su conjunto, Macedonia aparecía como un baluarte contra los «bárbaros».

Si Alejandro y los macedonios eran griegos sigue debatiéndose encarnizadamente desde la antigüedad. Hacía mucho tiempo que el litoral era parte de la conciencia griega; se habían fundado colonias en el período arcaico, mientras que los atenienses ricos como Tucídices habían explotado los recursos auríferos y argentíferos del

interior. No obstante, antes del siglo IV, Macedonia podría haber sido considerada como un área marginal, y durante ese siglo los políticos atenienses pudieron negar, cuando les convenía, que los macedonios fueran griegos. Una vez que los macedonios se convirtieron en una potencia amenazante, algunos escritores griegos los representaron de todas las formas en que les fue posible como no griegos.[259] Sin embargo, es probable que los dominantes Argeadas hayan estado más o menos helenizados desde por lo menos inicios del siglo V, en que vemos que establecieron relaciones culturales con los griegos meridionales. Los reyes aseguraban descender de Zeus; Alejandro I participó en los Juegos Olímpicos, siendo al parecer el primer macedonio en hacerlo, persuadiendo a los jueces de su helenidad enumerando a sus antecesores que se remontaban hasta los reyes de Argos. Parece haberse supuesto que los macedonios del pueblo, pese a su dialecto, no eran tan griegos como sus reyes —Heródoto define a Amintas (c. 500) como «griego que gobierna a los macedonios» (5. 20)—[260] pero, pese a las controversias antiguas y modernas, es claro que los macedonios en su conjunto eran grecohablantes. Aunque la élite se comunicaba naturalmente con otras élites en un griego normalizado, tal vez ático, los macedonios comunes y corrientes parecen haber hablado un dialecto del griego, aunque con préstamos del ilirio y el tracio lo que dio pábulo a sus detractores.[261]

Si es necesaria una prueba de la complejidad de Macedonia en esa época, uno puede aportar los fragmentos del papiro literario griego más antiguo conservado, un rollo carbonizado encontrado en una tumba colectiva de c. 340-320 en Dervéni cerca a Tesalónica. Contiene parte de un texto filosófico sobre la cosmología presocrática y órfica compuesto alrededor de 400, y seguramente tuvo una importancia religiosa para el hombre en cuya pira funeraria fue colocado. El rollo de Dervéni proporciona una prueba del alto nivel cultural de la aristocracia.[262]

Macedonia era una monarquía con un territorio muy amplio; su capital estaba en Aigai. En muchas áreas remotas que los reyes reclamaban era difícil garantizar la lealtad de los aristócratas locales. Tucídides esboza un cuadro de una sociedad cuasifeudal: «los lincestas, los elimiotas y otros pueblos del interior que son aliados y súbditos suyos, pero conservaron sus propios reyes» (2. 99). Sin embargo, hacia las postrimerías del período clásico, todo el reino, fuera de la propia tierra del rey, estaba compuesto por territorios cívicos centrados generalmente alrededor de un centro urbano. En las «nuevas tierras» más allá del Axio y el Estrimón, sobre las cuales Filipo II restauró la hegemonía macedónica, éstos podían ser agrupados en *sympoliteiai* (ciudades coligadas). Al oeste de la meseta central, más allá de las montañas, las confederaciones de aldeas, llamadas *ethnê* subsistían desde las épocas anteriores (ahora se considera que se basaban en lo geográfico antes que en lo tribal). En el «antiguo reino» la forma política dominante era la polis. Las zonas fuera del territorio nuclear tales como Tesalia, Tracia (que estaba gobernada por un *stratêgos*) y Peonia no eran formalmente parte del reino. Como estado, Macedonia, tanto antes como después de Alejandro, puede ser descrita como un estado monárquico federal,

en oposición a los estados federales republicanos que surgieron en la Grecia meridional (pp. 158-165).[263] El rey ejercía el poder a través de un consejo o *synedrion* cuyos miembros, en teoría, podía escoger; en la práctica, no obstante, había un «gabinete de cámara» que reunía a los hombres más poderosos, al cual los demás jefes del ejército y delegados de las *poleis* podían ser invitados a asistir.[264]

Macedonia poseía ciudades griegas sometidas o «aliadas», principal o exclusivamente en la costa. Algunas fueron originalmente colonias de los estados griegos meridionales; bajo Filipo se convirtieron en súbditas de Macedonia. Su posición era de ese modo diferente a la de las *poleis* griegas meridionales, aunque no estaban solas en tener que lidiar con un poder real externo a la vez que mantenían su carácter ciudadano. Para los reyes macedonios, representaban más que simples baluartes estratégicos y fuentes de tributo, peajes y fuerza de trabajo. Era importante para el prestigio del reino que fueran consideradas como verdaderas entidades ciudadanas. Un compromiso arquetípico está representado por Amfipolis, que bajo Filipo conservó una forma democrática de constitución, pero también tenía una guarnición y un superintendente (*epistatês*) macedonios.[265] La propia fundación de Filipo, Filipoi (famosa en la historia romana como Filipi) tenía una constitución democrática, pero las fundaciones de sus sucesores, como Casandrea (Cassandreia), parecen no haber tenido ni instituciones democráticas ni asambleas populares. Sin embargo, tenían magistrados tales como los arcontes (magistrados superiores o una junta formada por ellos), tesoreros (*tamiai*) e incluso generales (*stratêgoi*). Sabemos poco de cómo fueron administradas antes de los siglos III y II; parece que no podían tomar ninguna decisión importante sin antes consultar al rey, como en el caso de las cuatro ciudades (Casandrea, Amfipolis, Filipoi y Pella) que, en 242 a. C., buscaron el reconocimiento de la inmunidad sagrada de Cos, declarando que su decisión se ajustaba a la política del rey (SEG xii. 373-374).[266] Pese a ello eran consideradas *poleis* por los demás griegos y admitidas a las festividades panhelénicas.[267]

Los recursos naturales de Macedonia eran variados. Debido a su clima húmedo, la tierra baja era capaz de sostener una gama de economías agrícolas y pastorales más amplia que la de Grecia meridional, mientras que las vastas sierras tenían abundantes recursos de madera y brea para construir barcos. Una ciudad incluso era llamada Xylópolis, Ciudad Maderera, y la madera era generalmente exportada a las ciudades-estado griegas meridionales para la fabricación de barcos. Se extraía oro y plata; la cercanía a la producción permitía el uso habitual (por parte de la élite) de grandes recipientes de plata y oro, como los desenterrados en las excavaciones de tumbas del siglo IV. Fuera de las *poleis* de la franja litoral quedaban elementos tradicionalistas; las comunidades pastoriles sedentarias, antes que las unidades sociales nómadas, eran probablemente predominantes aún en las zonas más altas.

Incluso antes del período helenístico, se puede decir que la economía había sido una «economía regia». El suministro de madera y de metales preciosos era

probablemente una prerrogativa real, y parece que se pagaban impuestos sobre las cosechas cultivadas. En 334 Alejandro concedió a los padres y a los hijos de los compañeros del rey muertos en la batalla del Gránico «exención de tributos por sus tierras (*chôra*), así como de los servicios personales (*soma*) y de impuestos especiales (*eisphorai*) sobre sus posesiones (*ktêseis*)» (Arr. 1. 16. 5). El impuesto sobre la tierra afectaba probablemente el producto de la tierra, fuera privada o perteneciente al rey; los servicios personales probablemente comprendían el trabajo en las murallas de la ciudad, los caminos y otras obras públicas; la conscripción sólo debe haberse dado para casos de emergencia, en época de guerra. Plutarco describe a Alejandro asignando las rentas de determinados puertos y comunidades a individuos (Alex. 15, Austin 3a), y hubo probablemente un impuesto sobre la transferencia de bienes.[268]

Cualquiera que fuese el grado de urbanización en el siglo IV (había más de cien comunidades nucleadas), Macedonia habría permanecido básicamente rural, como la mayor parte de Grecia. Tampoco alcanzó después el esplendor de otros reinos, pese al del palacio de Pella y de las tumbas reales como la de Filipo II en Aigai (o Aigeai, actual Vergina).[269] El mundo helenístico puede haber sido el heredero del imperio de Alejandro, pero no fue regido desde Macedonia; ni siquiera sus reyes dominaron Grecia alguna vez. Alejandro y su padre derrotaron a la alianza griega meridional, pero no se apoderaron de todas las regiones: el Peloponeso y las islas, por ejemplo, permanecieron en gran parte fuera de su control. La hegemonía macedonia estuvo bastante limitada al área que se extiende desde el istmo de Corinto hacia el norte, y fue preservada por las cuatro guarniciones que más tarde Filipo V llamaría (según Polibio, 18. 11. 5) «las cadenas de Grecia» (*pedai Hellênikai*): en Acrocorinto (la montaña de la acrópolis de Corinto), El Pireo, Calcis en Eubea y Demetria en Tesalia (fundada por Demetrio I alrededor de 294). La posesión de estas plazas fuertes garantizaba el control de la ruta marítima hasta la costa oriental de Grecia.

Filipo y Alejandro

Filipo II (r. 360/359-338) puso a las *poleis* griegas de Macedonia bajo su control y afianzó su poder sobre las regiones montañosas. Su principal logro, sin el cual conquistar el sur de Grecia habría sido imposible, fue obligar a someterse a los más lejanos vecinos de Macedonia, especialmente a los ilirios. Para conseguirlo, creó un nuevo estilo de ejército con una lanza de cinco metros de largo, la *sarissa*, que sus contemporáneos consideraron como un arma clave pero que era mucho más que eso. Puesto que sustituía parcialmente una coraza defensiva costosa, permitió una participación mucho más amplia en el ejército y por tanto en la vida política.[270] Efectivamente, desde la ascensión de Alejandro o antes, una asamblea ordinaria de los macedonios (como el ejército o el pueblo) se reunió en diferentes ocasiones como un cuerpo político que ejercía funciones jurídicas y cívicas similares a las de la

asamblea de la ciudad.[271] Fue creado un regimiento de élite de compañeros hoplitas (*pezhetairoi*).[272] Se copiaron las técnicas de adiestramiento militar de las ciudades griegas del sur. El sometimiento de la alta Macedonia fue profundizado con la fortificación de las ciudades comerciales existentes y de los baluartes militares estratégicos. Filipo concedió mercedes de tierra conquistada a los hombres cuyo apoyo deseaba asegurarse. Estableció un interés común con el reino oriental de los molosos epirotas, casándose con Olimpia, la sobrina del rey, quien dio a luz a Alejandro en 356. Era una de sus siete esposas, con todas las cuales se había casado obviamente para promover buenas relaciones con los reinos vecinos.

La afirmación de Arriano (o de Alejandro) de que Filipo hizo de los macedonios habitantes de las ciudades es una exageración. El rey Arquelao (r. 413-399) había creado una nueva capital en Pella en las tierras bajas; según Tucídides (2. 100) edificó fortalezas y caminos rectos, y gastó mucho en caballos y nuevas armaduras.[273] Estos cambios deben de haber permitido el funcionamiento más efectivo del poder real desde lejos, incluso en las regiones más remotas. Filipo no había comenzado con un paisaje vacío, ni todas las ciudades nuevas eran obra suya. Las dos principales fundaciones tuvieron lugar después de la muerte de Alejandro y fueron iniciativa de Casandro: la polis costeña de Tesalónica (la actual Thessaloniki, Salónica) y Casandrea, una ciudad nueva que reemplazaba a Potidea en la península de Palene en Calcídica. Ambas fueron *sinoicizadas* a partir de ciudades existentes.

Con todo, la escala de la acción de Filipo fue impresionante. Hay testimonios de un programa de expansión de las ciudades y de transferencia de población; las ampliaciones se hacían a menudo a costa de la destrucción de otros asentamientos o del reemplazo de los anteriores habitantes por colonos macedonios. Las pequeñas *poleis* independientes de Galepsos y Apolonia fueron destruidas en la década de 350 (Estrabón, libro 7, frag. 34) y sus poblaciones fueron destinadas a engrandecer la fundación de Filipoi, mientras que una tercera ciudad cercana, Oisime, fue dada a los macedonios para que se asentaran.

La polis independiente de Metone, al norte de Pidna, fue arrasada en 354 y Filipo «distribuyó la tierra entre los macedonios» (Diod. 16. 31 y 34), mientras que la población existente fue expulsada. Cientos de miles de cautivos de las áreas más remotas de los Balcanes fueron posiblemente agregados a la población libre de Macedonia: por ejemplo, «más de diez mil sarnusianos» en 345 y «veinte mil niños y mujeres» de Escitia en 339-338 (Polianos, 4. 2. 12; Justino, 9. 2). Esta acelerada urbanización bajo Filipo no necesitó una revolución desde arriba, sino la redefinición y la ampliación de los asentamientos existentes y la creación de nuevas estructuras administrativas.[274]

Aunque Filipo no transformó por completo la sociedad macedonia, probablemente hizo realidad el poder militar ya latente de su pueblo (véase más adelante). Esto explicaría la rapidez de las conquistas macedonias, tanto en Grecia como fuera de ella, entre las décadas de 350 y 320. El poderío de Macedonia bajo

Filipo y Alejandro probablemente se asentaba más en los recursos y la población de los nuevos territorios balcánicos y griegos meridionales que Filipo había conquistado, que en una reestructuración «económica» del reino de estilo moderno. Los aliados y los súbditos podían pagar impuestos (Tracia, por ejemplo, probablemente pagó tributo, como había hecho previamente bajo sus reyes locales); se recaudaron impuestos al comercio de un número creciente de *poleis* costeras dentro del reino, tales como Tesalia. Errington puede estar en lo cierto al sostener que la preocupación principal de Filipo era la seguridad de Macedonia: «las políticas con respecto a Grecia tuvieron inicialmente un lugar secundario».[275]

Se dice que el veterano jefe Antípatro —quizá previendo los problemas que el dominio del Oriente Próximo plantearía a Macedonia— habría aconsejado a Alejandro no emprender una expedición asiática hasta que tuviera un hijo y heredero (Diod. 17. 16). La expansión de las ambiciones de Alejandro de abarcar la conquista y el dominio del imperio persa implicó una situación fundamentalmente nueva para Macedonia, pero aunque esto puede ser representado como un debilitamiento de los logros de Filipo, no deberíamos olvidar que la campaña fue planeada por él.

La expedición contra Persia alteró profundamente a la monarquía. Como observa Errington, el aumento de la devoción personal del ejército por el rey minó el poder tradicional de la aristocracia; los adeptos del rey eran ahora leales a él y a sus propias ambiciones antes que a «los intereses del estado macedonio como fueron definidos por Filipo».[276] Cabe dudar de si lo que Filipo creó fue lealtad sólo al estado en cuanto tal; era un jefe carismático exactamente igual que Alejandro, y es posible que sólo debido al lugar especial de Alejandro en las fuentes, éste parezca haber tenido una relación con las tropas más estrecha que Filipo. Por otra parte, la situación de Alejandro era muy diferente a la de su padre: un imperio macedonio era ahora un hecho, y necesitaba un nuevo tipo de apoyo. Era inevitable que el llevar al ejército a una prolongada expedición fuera de Grecia significara que los nobles, que individualmente podían haber proporcionado tropas, no tuvieran ya el poder sobre él, y que Alejandro confiase más en la lealtad personal de las tropas y sus jefes.

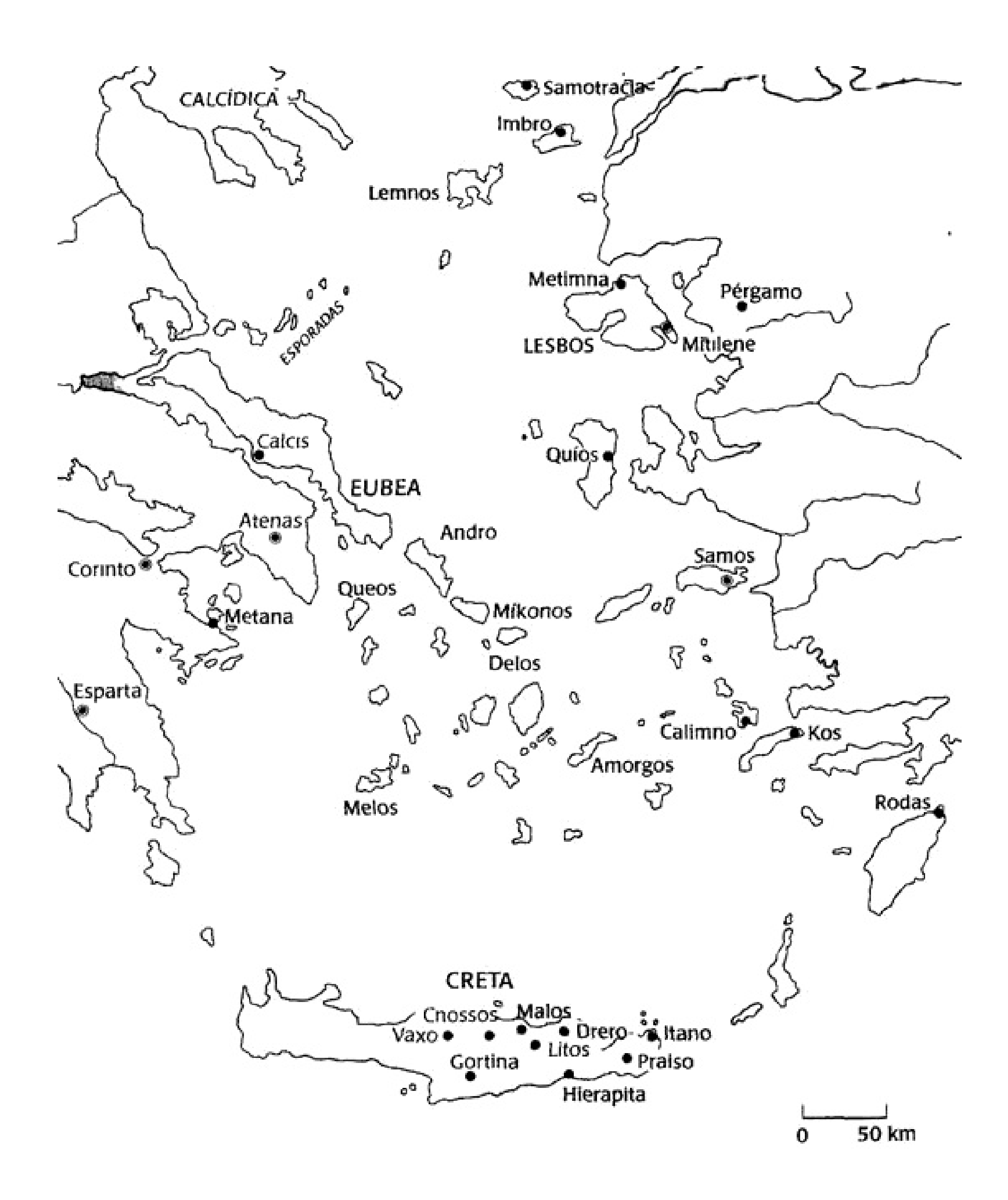
Los griegos de origen no macedonio habían alcanzado altos cargos antes, como bajo Filipo, y las tropas no macedonias de los Balcanes, como los ilirios y tracios, habían luchado generalmente al lado de Filipo; Alejandro vio que era necesario ascender incluso a los no griegos a altos cargos y reclutar persas para las falanges de hoplitas. Los diadocos reaccionaron contra algunos de estos cambios, y después de la muerte de Alejandro intentaron gobernar colectivamente, pero la mera fuerza de las circunstancias en los nuevos reinos hizo que asumieran los nuevos rasgos de la realeza de Alejandro (véase el capítulo 3). Dentro de la propia Macedonia, la monarquía a la antigua usanza persistió más tiempo, pero los reyes se vieron forzados a transigir hasta cierto punto con las exigencias públicas y culturales de la realeza helenística (véase más adelante).

Macedonia bajo los diodocos (323-276 a. C.)

Antípatro, que quedó como regente en Macedonia, tuvo que lidiar con las revueltas griegas antes y después de la muerte de Alejandro. La principal fue la guerra lámica de junio de 323 hasta inicios de agosto de 322 (Austin 26, Harding, 123, *Syll3* 317),[277] resuelta en favor de Macedonia por la batalla de Kranon en Tesalia.[278] Por su parte, la población de Macedonia puede haber estado entonces algo disminuida debido a la falta de los contingentes suplementarios enviados a Alejandro de vez en cuando. Es posible que la siguiente serie de guerras entre jefes rivales afectaran al campo negativamente, aunque el posible impacto puede haber sido exagerado. Hubo emigración —miles de macedonios habían marchado con Alejandro, y muchos no habían regresado—, pero el flujo puede haberse extinguido a partir de 323.

El sucesor escogido por Antípatro en 319, el anciano Poliperconte, fue derrocado en 316 por Casandro, hijo de Antípatro, que retuvo el control hasta su muerte c. 298, formando exitosamente alianzas y haciendo la guerra a los demás diadocos. Entre la muerte de Casandro y la proclamación de Antígono II Gónatas como rey (276), Macedonia tuvo seis gobernantes: Demetrio I (r. 294-288), Pirro (288/287-285), Lisímaco (r. 288/287-281), Seleuco por un corto período (281) y finalmente Ptolomeo Cerauno (281-279).

Los historiadores son propensos a suponer que la «inestabilidad dinástica» generó el caos social y económico; se dice a menudo que Macedonia estaba «destrozada» o en estado de anarquía como consecuencia de la disminución de su fuerza militar y de los conflictos bélicos.[279] No obstante, no sólo algunos de estos reyes gobernaron realmente por muchos años, sino que la ley tradicional o ciudadana continuó imperando probablemente excepto en el momento álgido de las crisis efectivas, que eran cortas. Hubo invasiones, pero después de que Casandro atacara Macedonia en 317, sitiando a Olimpia durante el siguiente invierno en Pidna, no hubo batallas en territorio macedónico durante diecinueve años[280] (Demetrio I en 302 sólo llegó a Tesalia), aunque el ejército a las órdenes de Casandro de vez en cuando luchó fuera de Macedonia.



El Egeo (Adaptado J. Falconer y R.J.A., en Talbert, *Atlas*, p. 16)

Sólo el período que va desde la muerte de Casandro (c. 298 o 297) hasta 277 podría posiblemente ser considerado de crisis prolongada en Macedonia. En 294 sus hijos Alejandro y Antípatro se enfrentaron en una guerra civil en que venció el primero, pero la contienda dio una oportunidad a Demetrio I para arrebatarles el poder —no sin que antes Alejandro hubiera cedido a Pirro del Épiro los distritos de Timfea y Parauea. Mientras Demetrio estaba combatiendo en Grecia meridional en 288, Pirro invadió el sur de Macedonia, la cual quedó dividida entre él y Lisímaco (establecido en Tracia) por tres años hasta que aquél fue expulsado por éste. Después de la victoria de Lisímaco, Macedonia puede ser considerada casi como una provincia periférica de su reino, todavía centrado en Tracia. La muerte de Lisímaco en el campo de Curopedio (281) fue seguida por la invasión de Seleuco contra Macedonia y su

asesinato por Ptolomeo Cerauno. El reino, en términos dinásticos, tenía ahora a su rey más legítimo, desde que murieran los hijos de Alejandro: Cerauno no era un advenedizo, sino el hijo legítimo de Ptolomeo I y nieto de Antípatro.[281] Sin embargo, habiendo gobernado más de un año cayó luchando contra los gálatas. Un tal Sostenes, quizá un antiguo oficial de Lisímaco, fue nombrado gobernador, aunque rehusó el título de rey, e hizo retroceder a aquel ejército de gálatas que había derrotado a Cerauno; el siguiente grupo de invasores bajo Breno aprendió la lección, y se dirigió directamente al sur. Pirro siguió siendo una amenaza, al lanzar una nueva invasión que duró corto tiempo a finales de la década de 270; su sucesor Alejandro II del Épiro haría lo mismo (véase más adelante).

Incluso en este momento no debemos suponer un desorden generalizado, o un número masivo de muertes. Las batallas en la antigüedad no producían normalmente grandes bajas (las excepciones tienden a ser recalcadas con énfasis), y la guerra en general no acarreaba una gran destrucción de propiedad; durante las etapas de violencia, la mayor pérdida de vidas debe haberse dado entre los hombres de los sectores altos de la sociedad. El rey, normalmente un hijo adulto elegido por el soberano anterior, tenía que ser aprobado por el ejército y los principales nobles; si la sucesión era controvertida o poco clara, esto no era una mera formalidad.[282] Los soberanos sucesivos y los potenciales, por tanto, se preocupaban por obtener el apoyo de otros nobles y de eliminar la oposición. Es probable que cada noble principal pudiera recurrir al apoyo del pueblo de su propia localidad. Muchas muertes ocurrían entre la nobleza durante los cambios de poder. En 317, por ejemplo, la madre de Alejandro, Olimpia, al volver a Macedonia por instigación de Poliperconte, tramó vengarse de sus enemigos. Diodoro escenifica los hechos vívidamente; adviértase el papel de la «opinión pública» macedonia:

> Pero después que Olimpia hubo hecho cautivas a las personas reales y se hubo apoderado del reino sin lucha, no supo comportarse en la victoria tal como debía todo ser humano, sino que primero puso a Eurídice y a su marido Filipo [III Arriadeo] bajo vigilancia y comenzó a maltratarlos. Así que los emparedó en un angosto espacio y les daba lo que era necesario por un solo pequeño agujero. Pero después de haber tratado inicuamente durante muchos días a los desdichados cautivos, como estuviera perdiendo el favor de los macedonios que compadecían a las víctimas, ordenó a unos tracios que pasaran por las armas a Filipo, que había sido rey por seis años y cuatro meses. En cuanto a Eurídice, que hablaba con la mayor libertad y proclamaba que el reino le pertenecía a ella antes que a Olimpia, la juzgó merecedora de un castigo mayor. Entonces le envió una espada, una cuerda y un poco de cicuta, y le ordenó que empleara el medio de su gusto para darse muerte —sin mostrar ningún respeto por la dignidad de su víctima a la cual trataba inicuamente, ni moverse por la piedad por la Fortuna que a todos iguala. Por esto, cuando ella se encontró con el mismo revés, tuvo un fin digno de su crueldad. Eurídice, en efecto, en presencia del guarda hizo votos para que Olimpia recibiera dones semejantes. Después acostó el cuerpo de su esposo, limpiando sus heridas tanto como se lo permitían las circunstancias, después se colgó con su cinturón, sin vertir ni una lágrima por su suerte ni abatirse ante el peso de sus desventuras.
>
> (Diodoro, 19. 11. 3-7)

Más de cien notables macedonios que eran amigos de Casandro fueron asesinados (Diod. 19. 11. 8), pero, por lo visto, los excesos de la reina provocaron al parecer que muchos macedonios se volvieran contra ella con más fuerza todavía. El relato evoca la dramatización de Plutarco de las muertes de Agiatis y Agesistrata de Esparta (p. 128), pero Diodoro o su fuente son más moderados en su moralismo.

En 316, tal como Eurídice había rogado, Olimpia fue a su vez condenada a muerte «por los macedonios», después de ser capturada por Casandro, que trató de exiliarla y procurar su muerte durante el viaje.

> Sin embargo, como Olimpia proclamó firmemente que no huiría sino que por el contrario se aprestó a comparecer ante todos los macedonios, Casandro, temiendo que la plebe pudiera cambiar de opinión si oía a la reina defenderse… envió a su casa doscientos soldados que eran los más apropiados para esta misión, ordenándoles que la mataran cuanto antes. En consecuencia, irrumpieron en la casa de la reina, pero cuando vieron a Olimpia, intimidados por su alto rango, se retiraron sin hacer nada. Pero los parientes de sus víctimas, deseando complacer a Casandro y vengar a sus muertos, asesinaron a la reina, que no expresó ningún ruego indigno ni mujeril.
>
> (Diodoro, 19.51.4-5)

Una vez más el papel de la opinión pública (de élite) es interesante. Cinco años después, una vez que su posición parecía segura, el propio Casandro exterminó la línea de Filipo II eliminando al hijo de Alejandro, el joven Alejandro IV, y a su madre Roxana (Diod. 19. 52; 19, 105, Austin 30). Esta periódica pérdida de vidas entre la aristocracia no tiene que haber tenido consecuencias graves para la economía y la sociedad de Macedonia; sin embargo, puede haber alentado a los territorios periféricos a afirmar su independencia.

No todo lo que ocurrió en Macedonia bajo los diadocos fue negativo. Casandro fundó una nueva ciudad. Surgió la curiosa ciudad, filosóficamente sancionada, de Uranópolis. Tesalónica en el golfo termaico estaba formada por el sinoceísmo de varios pequeños asentamientos. Bajo Casandro, Tracia fue separada de Macedonia (tuvo que reconocer el poder que Lisímaco ejercía allí), y después de su derrota de Olimpia del Épiro una vez más se convirtió en un vecino hostil; no obstante, Casandro tuvo éxito en instaurar un rey promacedonio en 313. Cuando el joven Pirro fue coronado rey del Épiro en 306 por una facción antimacedonia, Casandro ejerció una influencia indirecta para que fuera reemplazado, pero no intervino directamente. En muchos sentidos, Casandro, lo que no sorprende dada su parentela, fue un defensor de la monarquía tradicional.

Demetrio I, que gobernó desde 294 hasta 288, encaja en el mismo papel: tuvo tiempo de fundar la ciudad de Demetria en Tesalia, en el golfo de Pagasai, y continuó gobernando el Ática y los limitados territorios peloponésicos. Adoptó las relaciones de sus predecesores con las potencias extranjeras incluso donde había conflicto con sus propias políticas anteriores: la hostilidad hacia Etolia y contra Pirro, por ejemplo.

Su ambición, sin embargo, se extendía sin fundamento a la reconquista de todo el reino de Alejandro, y quizá por esta razón no logró conseguir la lealtad de los macedonios, a juzgar por los relatos de Plutarco (*Demetr*. 41-42: su derrota a manos de Pirro disminuyó su prestigio, y su estilo de vida ostentoso lo indispuso con los tradicionalistas).[283] Macedonia estaba entonces gobernada desde fuera por Lisímaco, Pirro y Ptolomeo Cerauno hasta que Gónatas la tomó en 277.

GRECIA BAJO LA DOMINACIÓN MACEDÓNICA

Atenas y el sur de Grecia (323-276 a. C.)

LA tarea de reprimir el levantamiento griego de 323 mantuvo ocupado a Antípatro por un año. Después se acantonó en la montaña de Muniquia de El Pireo y restringió los derechos democráticos en Atenas, lo cual no había ocurrido en vida de Alejandro. Se tomaron medidas semejantes en otras ciudades. Sin embargo, la revuelta que llevó a la guerra lámica no era una aventura desatinada sino una apuesta necesaria.[284]

En 319 Poliperconte para asegurar su posición en Macedonia contra Casandro, abolió las oligarquías promacedonias en Grecia meridional, haciendo peligrar el control macedonio (Diod. 18. 55-57). En Megalópolis en 317 esto tuvo el efecto paradójico de indignar a los principales ciudadanos normalmente propensos a ponerse del lado de Casandro contra Peliperconte (Diod. 18. 68). Era una suerte de segundo decreto de los exiliados, un intento de ganarse el apoyo de los estados griegos. Los atenienses esperaban recuperar Samos, pero en la siguiente guerra Casandro los atacó, apoderándose de las islas cercanas de Salamina y Egina y tomando los fuertes rurales en Ática.

Casandro retuvo el sistema de gobierno autoritario de Antípatro, pero a diferencia de su padre trató de atraer a los promacedonios antes que recurrir a la fuerza. La restauración de Tebas, a partir de 315, fue parte de su intento por ganar popularidad. Sin embargo, en 317, cuando se había llegado a un acuerdo con Atenas, restringió la democracia (aunque con una calificación más generosa de propiedad mínima que bajo Antípatro) y nombró a Demetrio de Falero, un aristócrata con preparación filosófica para el gobierno de Atenas.

Demetrio puede haber sido designado comisario (*epimelêtés*), presidente (*epistatês*) o superintendente (*prostatês*); en 309/308 también sirvió como arconte epónimo (el magistrado que dio su nombre a su año de ejercicio). Su régimen fue caracterizado por la supervisión estricta de otros magistrados, pero las convenciones del procedimiento democrático fueron, en buena parte observadas. La ausencia relativa (aunque no total) de inscripciones oficiales que documenten los años de su gobierno puede ser el resultado de las restricciones que puso en el consumo ostentoso (una obsesión elitista, más que populista, de la política griega), que también implicó que cesaran de esculpirse una serie de espléndidos monumentos funerarios característicos de la Atenas del siglo IV. La austeridad que promovió puede haber estado en sintonía con lo que exigían las circunstancias, antes que ser un resultado de convicciones filosóficas; o bien podría haber sido «principalmente un diplomático y un legislador» también un estudioso serio de la filosofía y un escritor prolífico y

respetado.[285] En los asuntos externos la ciudad estaba sujeta a los deseos de Casandro.

Las ciudades griegas del sur confiaban en el apoyo de Ptolomeo I para obtener auxilios contra macedonia. En 308 tomó Sición y Corinto y «planeó librar también la otra ciudad griega, pensando que el favor de los griegos sería un gran apoyo para su causa», aunque cuando sólo recibió un tibio apoyo en el Peloponeso, hizo la paz con Casandro y retuvo sólo esas dos ciudades (Diod. 20. 37).

El año siguiente otro diadoco, Demetrio, enviado del Asia Menor por su padre, Antígono, liberó Atenas de las guarniciones de Casandro que habían permanecido durante quince años. Demetrio de Falero fue depuesto y se restauró la democracia —aunque no la democracia radical de los antiguos días. Mégara también fue liberada. Los macedonios demolieron el fuerte de Muniquia, y los atenienses decretaron que se hicieran estatuas de oro y otros honores, para Demetrio y su padre (Diod. 20, 45-46; Plut. *Demetr*. 10). Modificando las estructuras constitucionales que habían permanecido sin cambios durante tres siglos, los atenienses agregaron dos tribus epónimas, Antígonide y Demetriade, a las diez existentes y aumentaron el número de miembros de la *boulê* de 500 a 600. Entre otros honores, se debía rendir culto a Demetrio y a Antígono como dioses salvadores, y sus estatuas debían agregarse al monumento de los héroes epónimos en el agora. Era la primera vez que se rendían tales honores en Grecia peninsular, pero una hazaña sin precedentes merecía honores sin precedentes.[286] Los atenienses recuperaron gracias a Antígono las islas egeas del noreste de Lemnos e Imbro, antiguas posesiones suyas. Se dieron pasos en ese momento para reparar las murallas de la ciudad y El Pireo. La nueva democracia era activa. Durante los años de la ocupación antigónida (307-301) se aprecia un resurgimiento de las inscripciones de decretos.[287]

Atenas y otras *poleis* griegas se habían beneficiado de esta fase de guerras de los diadocos, pero apenas si estaban en una posición sólida para rechazar futuros ataques macedonios. La ayuda dada por Ptolomeo y los Antigónidas no estaba fundada en un concepto de los derechos inherentes a las ciudades griegas, y estaba condicionada a su apoyo.

Después de su victoria sobre la flota de Ptolomeo cerca de Salamina, en Chipre en 306, Antígono y Demetrio fueron aclamados como reyes.[288] En 304-303, Demetrio se apoderó de Calcis en Eubea y obtuvo el apoyo de la liga beocia y etolia. Casandro, que en varias ocasiones durante la «guerra de los cuatro años» (307-304) atacó Atenas, Eleusis y los fuertes áticos, finalmente sitió la ciudad. En 304, Demetrio rompió el cerco, devolvió los fuertes a Atenas y capturó varias ciudades, entre ellas Corinto y Sición.

> Después de que Demetrio trasladó a los habitantes de Sición a su acrópolis, hizo derribar el barrio de la ciudad adyacente al puerto, ya que su situación era bastante insegura; entonces, después de que hubo ayudado a la plebe de la ciudad (*politikon plêthos*) a reedificar sus casas y les hubo restituido su libertad (*eleutheria*), recibió

> honores iguales a los de los dioses por los cuales había sido favorecido; pues llamaron a la ciudad Demetria y votaron que se celebraran sacrificios y festivales públicos y también juegos en su honor cada año y le otorgaron los demás honores de fundador.
>
> (Diod. 20. 102, Austin 41)

Como con otras intervenciones reales en las *poleis* griegas, es posible que sólo un grupo de ciudadanos sacara ventajas de las acciones de Demetrio, que mostró cierto desdén por la sensibilidad de la polis en Atenas en 304-303 y en 303-302, haciéndose sumamente impopular, si hemos de confiar en nuestras fuentes, por su estilo de vida inmoral y complaciente. Esto se tradujo en el campo político, por ejemplo, cuando un joven persuadió al rey de exigir a los magistrados que eximieran a su padre de una fuerte multa que debía pagar (Plut. *Demetr*. 24). Esta vez, los ciudadanos se negaron, pero en 302 se les convenció de cambiar el nombre de un mes temporalmente para que los misterios eleusinos (las festividades oficiales de Démeter y Coré realizadas en Eleusis) pudieran ser repetidos en beneficio de Demetrio especialmente (Plut. *Demetr*. 26).[289]

En 302 Demetrio expulsó a las guarniciones de Casandro de Tesalia, pero su éxito fue limitado por la guerra contra Lisímaco y Seleuco en el Asia Menor, que terminó con la guerra de los Antigónidas en Ipso (301). Los atenienses decretaron que jamás se diera entrada a ningún rey en la ciudad (Plut. *Demetr*. 30. 4). No sería la última vez que adoptarían una posición de neutralidad, y fueron premiados con dones de grano tanto por Casandro como por Lisímaco en 299, pero probablemente perdieron Lemnos e Imbro.

No es seguro si Casandro hizo algún intento activo de recuperar el control de otras ciudades meridionales. Desempeñó un papel en suspender la democracia en Atenas, al alentar a Lacares, *stratêgos* de los extranjeros y antiguo (se dice) campeón del *demos*, a convertirse en tirano[290] (Paus. 1. 25, Austin 23; véase también FGH 275a, Burstein 5, extractos de un papiro cronológico del siglo II a. C.). Lacares parece no haber interferido de otro modo con la constitución. Es posible que acordara las urgentes donaciones de grano y quizá la construcción de una nueva stoa en el santuario de Asclepio.[291]

La muerte de Casandro en 297 dio a Demetrio I la oportunidad de sitiar la ciudad. Los atenienses sufrieron terriblemente. Pagaban 300 dracmas por un *medinnos* de trigo que normalmente costaba unas 5 dracmas y comían ratones mientras que Demetrio talaba las cosechas (Plut. *Demetr*. 33-34). En 295 expulsaron a Lacares, y Demetrio les dio 100 000 *medimnoi* de grano. Aunque se le entregaron El Pireo y Muniquia, Demetrio fue tan lejos que se le autorizó a poner una guarnición en el monte Museo, al suroeste de la Acrópolis (Plutar. *Demetr*. 34); antes había sido él quien sacara a la guarnición de Muniquia. Demetrio recibió honores para reemplazar aquellos que habían sido otorgados en 307 y después rescindidos —un mes nombrado en su honor, una nueva festividad de Demetria (Plut. *Demetr*. 12)—, pero mientras

aseguraba que daba a los atenienses los magistrados que éstos deseaban, hizo que la *boulê* se convirtiera en un cuerpo electo, antes que designado por sorteo, y su flota permaneció en El Pireo. Un arconte epónimo que, sin precedente alguno, había permanecido ilegalmente en el cargo por dos años seguidos, Olimpiodoro, fue probablemente el representante de Demetrio para supervisar la ciudad, tal como el historiador Jerónimo de Cardia lo hacía en Beocia.[292] El último decreto de Calías de Esfeto (más abajo) designa a este período como una «oligarquía».

Por otra parte, mucho antes el rey se ausentó permanentemente para controlar grandes zonas del Peloponeso, ejercer influencia en Beocia y en 294 recuperar finalmente Macedonia, que había sido perdida en Ipso. En 291 o 290 visitó Atenas, donde el pueblo lo celebró como un dios y lo llamó en su ayuda contra los etolios, que se habían apoderado del santuario de Delfos. En Atenas fundó un sustituto de los juegos pitios de Delfos (Plut. *Demetr*. 49. 7-8), pero la invasión de Etolia fue rechazada por Pirro del Épiro. Sin embargo, su objetivo final era reconquistar Asia y Egipto, y encargó quinientas naves de guerra en los astilleros de El Pireo, Corinto, Calcis y Pela (Plut. *Demetr*. 43), pero en 288 su dominio de Macedonia terminó a causa de la invasión de Pirro y Lisímaco, y por el envío de una flota de Ptolomeo al Egeo.[293]

En 287 o 286 Atenas se sublevó otra vez. Dirigidos por el antiguo títere de Demetrio, Olimpiodoro, los atenienses asaltaron la guarnición macedonia. Muchos años después, en 270-269, la asamblea de Atenas aprobó un decreto en honor de Calías de Esfeto, que revela la preocupación del pueblo por el suministro de grano en esa época:

> El pueblo (corona a) Calías hijo de Timocares, de Esfeto…
>
> Resuelto por el consejo y el pueblo… puesto que, en el momento del levantamiento del pueblo contra aquellos que estaban ocupando la ciudad, cuando el pueblo expulsó a los soldados de la ciudad pero el fuerte en el Museo estaba todavía ocupado, y la guerra arrasaba en el campo debido a los (soldados) de El Pireo, y Demetrio estaba viniendo con su ejército desde el Peloponeso contra la ciudad, Calías, al saber del peligro que amenazaba la ciudad, escogió mil soldados que estaban acantonados con él en Andros, les dio salarios y raciones de comida, y vino inmediatamente a rescatar a la gente de la ciudad, actuando según la buena voluntad del rey Ptolomeo (I) hacia el pueblo, y conduciendo a los soldados que lo seguían al campo, protegió la cosecha del grano, haciendo todos los esfuerzos para asegurar que se llevara a la ciudad tanto grano como fuera posible…
>
> (Austin 44, Burstein 55)[294]

El resto de la inscripción nos informa de que Calías ayudó a Ptolomeo a negociar con Demetrio en favor de Atenas, y después (283-282) consiguió una donación de 50 talentos de plata y 20 000 *medimnoi* de grano del nuevo corregente, Ptolomeo II. Más tarde Calías dirigió la embajada sagrada ateniense a la primera Ptolomea, y hacia 270-269, cuando sus conciudadanos le concedieron una corona de oro, una estatua de

bronce y un asiento de honor, estaba al servicio de Ptolomeo de modo permanente.

Las sublevaciones de 287 o 286 no consiguieron la liberación de El Pireo ni de las fortificaciones rurales, menos aún una ruptura absoluta con Macedonia, pero Demetrio concedió una cierta independencia. Su atención probablemente estaba puesta en la inminente invasión de Asia. El Pireo había tenido tropas acantonadas desde 295, y seguiría así (como Salamina) hasta 229; un segundo ataque de los atenienses una vez que Demetrio hubo vuelto la espalda resultó vano. Eleusis fue reconquistada alrededor de 286-285, Ramnunte antes de 268, pero Sunion se mantuvo macedonia hasta 268. Podría ser que después de la recuperación de Eleusis los atenienses introdujeran el sistema de dos generales (*stratêgoi*), uno en Eleusis, y el otro responsable del Ática oriental y meridional.[295]

Una vez más la libertad (relativa) de los atenienses dependía de cómo las potencias más poderosas estuvieran dispuestas a tratarlos. Seleuco optó por devolver Lemnos a Atenas en los últimos años de su vida (poco después de arrebatársela a Lisímaco), pero a finales de la década de 280, Antígono II Gónatas, hijo de Demetrio I, retuvo el control de Corinto, Calcis, varias ciudades peloponesias y El Pireo. Después de Curopedio (281) los griegos del sur quizá sufrieron como resultado de las invasiones de los gálatas, pero no hubo probablemente efectos duraderos; sólo en Tracia, y posteriormente en Asia Menor, se establecieron los gálatas de modo permanente.[296]

Bien fuera por un respeto sentimental por el pasado de Atenas o bien por el peligro de suscitar la oposición de potencias rivales, Atenas nunca fue despiadadamente aplastada, pero marcó el límite de los intentos de extender el dominio macedónico en Grecia meridional.

Dominación y resistencia bajo Antígono Gónatas (276-239 a. C.)

Después del asesinato de Seleuco en 281, Ptolomeo Cerauno impidió a Antígono II Gónatas (r. c. 277-239) que tomara Macedonia de inmediato. La batalla de Curopedio provocó un alzamiento griego dirigido por el rey Areo I de Esparta, que sin duda deseaba restablecer la hegemonía espartana en el Peloponeso. El levantamiento derivó en una campaña contra los etolios (Just. 24.1). Gónatas resultó virtualmente intocable a causa de que había heredado las guarniciones que controlaban Tesalia, el golfo de Eubea, El Pireo y Corinto. Después del fracaso de Areo, se vio libre para invadir Asia Menor, en el que sería el último intento de realizar las ambiciones de su padre y su abuelo. No obstante, la invasión gálata lo trajo de nuevo a Europa y en 277 les infligió su única derrota aplastante en Lisimaquea, Tracia.[297] Con más de cuarenta años de edad, era finalmente dueño de su reino.[298]




Tetradracma de plata (17,07 g) de Antígono Gónatas, 277-239 a. C. (SNG 3260). Anverso: escudo macedonio con el busto de Pan, posiblemente a semejanza del rey. Reverso: Atenea. (Ashmolean Museum, Universidad de Oxford.)

Como resultado de la muerte de Pirro en Argos en 272, la cual debe haber sido un golpe a las esperanzas griegas (específicamente atenienses),[299] Gónatas consiguió Argos, Mégara y zonas de Eubea. Las fuentes presentan su trato a los griegos como represivo, dando apoyo a los tiranos y a las oligarquías, en contraste con la política, presuntamente más pragmática, de Filipo II y la mayoría de sus sucesores. Las razones quizá estriban en su deseo de maximizar las rentas, especialmente las cuotas portuarias, pero el carácter del poder macedonio engendraba conflicto. Dio a Ptolomeo II un pretexto para intervenir en los asuntos griegos, permitiéndole aparecer como partidario de la liberación. Los testimonios epigráficos, incluido el decreto de Callas citado antes, muestra a Atenas cultivando asiduamente su relación con Egipto en las décadas de 280 y 270.[300] Entretanto la liga etolia, todavía independiente en Grecia central, reclutó nuevos miembros de la costa occidental a la oriental, fortaleciendo su control de las rutas terrestres desde el sur de Macedonia, de ahí la importancia del control macedonio de «las cadenas».[301]

Cuando estalló la guerra, en 268-267 o en 265-264,[302] se basó en una alianza formada por Atenas (aún independiente) y una serie de ciudades sobre todo peloponesias, apoyadas por Egipto. Como los promotores no estaban sujetos a Macedonia, la guerra no debe ser vista como una revuelta; estaban intentando liberar a sus compatriotas griegos. Los antiguos decretos de los dinastas asegurando conceder la libertad a los griegos tuvieron evidentemente repercusiones, fortaleciendo la resistencia ante la absorción imperial. Ptolomeo II y su consorte Arsínoe pueden haber sido los principales promotores, alarmados por el creciente dominio de Gónatas sobre Grecia meridional.[303] Los etolios no se involucraron, como vemos en esta inscripción que registra el decreto ateniense cuyo promotor dio nombre a esta guerra:

> Cremónides hijo de Eteocles de Aitalidai propone:
>
> Ya que anteriormente los atenienses, los lacedemonios [i.e. espartanos] y sus respectivos aliados después de establecer una alianza y amistad comunes han luchado juntos en muchas gloriosas batallas contra aquellos que querían esclavizar las ciudades…
>
> y ahora, cuando circunstancias parecidas han afligido toda Grecia a causa de aquellos

que procuran subvertir las leyes y las constituciones ancestrales de cada ciudad; y el rey Ptolomeo (II), siguiendo la política de sus ancestros y de su hermana [Arsínoe II], notoriamente muestra su celo por la libertad común de los griegos; y el pueblo de Atenas, habiendo hecho una alianza con él y otros griegos, ha aprobado un decreto para invitar a todos a seguir la misma política…

sea resuelto por el pueblo que la amistad y la alianza traídas por los embajadores entre los atenienses y los lacedemonios, los reyes de los lacedemonios, los eleianos, los aquellos, tegeates, mantineos, orcomenos [de Arcadia], figaleos, cafianos y todos los cretenses que están aliados con los lacedemonios y Areo, y los demás aliados, deban ser válidos todo el tiempo…

(Austin 49, BD 19, Burstein 56, *Syll3* 434-435)[304]

El recurso a las antiguas alianzas se refleja en un decreto en honor a Glauco, hermano de Cremónides, que había estado al servicio de Ptolomeo II. El decreto fue aprobado entre 261 y 246 en nombre del «*koinon* de los griegos» en ocasión de la Eleuteria o festividad de Zeus Eleuterio («de la libertad»), una asamblea panhelénica en Platea que conmemoraba las guerras médicas de 480-479 a. C. (Austin 51).[305]

Pese al apoyo ptolemaico y a los ataques espartanos contra Corinto, los baluartes macedonios resultaron decisivos, aunque Atenas independiente no cayó sino hasta 263/262 (o 262-261), después del sitio y la hambruna. Gran parte de la acción tuvo lugar entorno al Ática, probablemente implicando el uso de una fortaleza en Coroni por fuerzas navales ptolemaicas (como lo testimonian las monedas). Un decreto del fuerte Ramnunte en el este de Ática (Austin 50, SEG xxiv. 154)[306] honra a un general que salvó la cosecha local del *demes*, pagó por las importaciones de trigo, negoció la liberación de los prisioneros y trató con los piratas que merodeaban. En 266-265 el *demos* homenajeó a los efebos (jóvenes oficiales de élite) por su valentía durante los anteriores años de guerra (Austin 117, *Syll3* 385).[307]

La naturaleza precaria de la dominación macedónica quedó expuesta durante la guerra cremonidea. Alejandro II, rey de Molosia e hijo de Pirro, invadió el Épiro, mientras Gónatas estaba en Atenas, causándole una pérdida temporal de su reino natal, aunque Gónatas rápidamente lo recuperó. Después de la guerra griega, se establecieron nuevas guarniciones en Atenas (en el Museo) y en varios de sus *demes* rurales fortificados. Gónatas nombró a un virtual dictador, que posiblemente no fue otro que Demetrio de Falero, el nieto del antiguo soberano del mismo nombre. En 255 se dice que Gónatas habría concedido la libertad a Atenas, lo que puede significar que Demetrio fue depuesto; de ninguna manera significa esto que la guarnición desapareciera. Hay muchos aspectos de la historia de la generación de 262 a 229 poco documentados, debido a la pérdida de la historia de Filarco. Sin embargo, como muchas inscripciones públicas afirman, Atenas siguió siendo oficialmente leal a Macedonia. La democracia estaba estrechamente circunscrita: el arcontado, hasta entonces designado por sorteo, se convirtió probablemente en un cargo electo; y hay pruebas de que los regimientos de efebos y jinetes se hicieron socialmente más exclusivos que antes.[308]

Aunque Gónatas derrotó a la flota ptolemaica en la decisiva batalla de Cos (probablemente durante la década de 250; Plutarco, *Moralia*, 183 c, 545 b),[309] y tal vez otra vez en la batalla de Andros (cuya fecha es aún más incierta, posiblemente c. 246; Trog. *Prol*. 27, citado en p. 36; Plut. *Pelópidas*, 2),[310] su poder sobre el territorio meridional nunca fue seguro. El surgimiento de la liga aquea bajo Arato de Sición provocó la pérdida de Corinto cuyo gobernador macedonio, Alejandro, se puso del lado de los rebeldes aqueos y procedió a expulsar las guarniciones macedonias de Eubea. Sólo Atenas y Argos permanecieron en manos de Gónatas, y tuvieron que pagar a Alejandro para evitar el ataque. La guerra entre los aqueos y los etolios en la Grecia central, no obstante, ofreció a Gónatas una oportunidad para recuperar Corinto (245/244-243). Una vez más, en 243, Arato expulsó a los macedonios, capturando los barcos de guerra. Consiguió el apoyo de más ciudades, y en 242 incursionó en el Ática tratando de arrebatársela a Gónatas y agregarla a la liga, pero Gónatas pudo aprovechar las divisiones entre los griegos, y envió a los etolios a hacer una incursión en el Peloponeso (241-240). Un tratado de paz efímero fue roto en 240 por una incursión aquea contra El Pireo.[311]

En 239 Gónatas murió a una edad avanzada después de un reinado de treinta y ocho años. Su personalidad domina a mediados del siglo III, aunque los testimonios directos de su reinado son fragmentarios. Ha sido objeto de diferentes valoraciones que van desde la admirativa biografía de Tarn (un libro al que se ha llamado recientemente «uno de los menos confiables en toda la historiografía griega»),[312] hasta la crítica incisiva de Hammond de que Gónatas habría creado sin querer un clima de resistencia en el sur de Grecia y que había fortalecido a un aliado potencialmente peligroso en Etolia.[313] Sin embargo, con frecuencia se le otorga el mérito no sólo de haber restablecido el poder militar de Macedonia, sino el de emular, hasta donde le fuera posible, la grandeza de otras monarquías. Puede ser que, debido a que pasó tanto tiempo en Macedonia, se desarrolló una compleja «sociedad cortesana». Protegió realmente la cultura griega, y mantuvo a Macedonia en el mapa en lo concerniente al prestigio regio. Cuando era gobernador de Atenas había asistido a las conferencias de Zenón. Como los antiguos reyes, especialmente Arquelao y sus predecesores más próximos Filipo y Alejandro, invitó a figuras intelectuales y culturales a Pela, tales como el poeta Arato de Soli y al historiador Jerónimo de Cardia.[314] Empleó a arquitectos griegos para su nuevo palacio en Aigai (Vergína). Su medio hermano Crátero publicó una importante colección de documentos históricos atenienses. Gónatas fue elogiado en fuentes posteriores por sus cualidades personales[315] —supuestamente habría considerado la realeza como «gloriosa esclavitud» (*endoxos douleia*, Aelio, *Varia historia*, 2. 20)—, pero no hay huellas de que la filosofía universalista de Zenón influyera en sus políticas concretas.

Quizá es mejor tomar un camino intermedio entre la idealización de Tarn y la denigración de Hammond. Los logros de Gónatas pueden haber sido exagerados a

causa del presunto contraste con lo que lo había antecedido, pero he sugerido antes que Macedonia no fue devastada antes de 276 y que es dudoso el grado de necesidad de «recuperación» que hubiera. Su política hacia los griegos no fue particularmente severa; no fue el primero en poner guarniciones en las ciudades. Puede incluso merecer crédito por no provocar a la liga etolia, que podría haberle dificultado el acceso por vía terrestre a la Grecia meridional, de modo que habría exigido el mantenimiento de las «cadenas».[316]

En último análisis Gónatas puede ser visto como continuador de las políticas tradicionales de los soberanos macedonios desde Filipo: asegurar la frontera en caso de ataque, sin provocar a los vecinos potencialmente hostiles; conservar el control de Grecia meridional con fines de seguridad militar y recaudación de renta, y mantener el poder ptolemaico bajo control. La mala prensa que ha merecido en las fuentes puede deberse en buena medida a que derrotó a los atenienses y a los peloponesios en la guerra.

La participación política en Atenas y otros lugares

Podría pensarse que la situación de Atenas en estos años habría socavado el carácter de la polis como comunidad participativa. El sufragio democrático fue limitado primero por Antípatro, estableciendo la cualificación mínima en 2000 dracmas; esto puede haber excluido a dos tercios de los votantes. La democracia plena fue restablecida brevemente en 318/317; un decreto ateniense contemporáneo honra a Eufrón de Sición, que había socorrido a la ciudad durante la guerra lámica, y se refiere a la época presente como una en que «el pueblo ha [regresado] y ha [recobrado] sus leyes y la democracia» (Austin 26, Harding 123 a, *Syll3* 317).[317] El sufragio fue restringido otra vez bajo Demetrio de Falero (r. 317-307), después de un censo (Ctesicles, FGH 245 fr. 1 = Aten. 6. 272 c.) la cualificación mínima de propiedad fue establecida en 1000 dracmas, lo cual puede haber excluido a 5000 de 21 000 ciudadanos.[318] Demetrio cesó el pago del estado a los ciudadanos por asistir a la asamblea y a los jurados, y los subsidios para aquellos que asistían al teatro; después, Casandro alentó a Lacares a que tomara el poder exclusivamente; y Antígono Gónatas, después de su ascenso al trono, puede haber continuado custodiando los baluartes mantenidos antes por Demetrio. La erección en 280/279 de una estatua de Demóstenes, el orador antimacedonio del siglo IV, implica que los atenienses se sentían libres del control macedónico, pero todavía dependían de poderosos protectores, como cuando (en 280 o antes) el rey seléucida Antíoco I les devolvió las islas con clerucos atenienses, que había arrebatado a Demetrio en 288.

Debe reconocerse que había signos evidentes de un debilitamiento de la democracia. Hubo cambios reales en las reglas para la ciudadanía, y verdaderas oscilaciones entre la oligarquía y la democracia; no se regresaría a los días en que la

asamblea podía ser gobernada por las opiniones de los sin tierra. La libertad de acción de la ciudad en asuntos militares estuvo drásticamente limitada en varios momentos, y los máximos honores cívicos eran concedidos a los oradores antes que a los generales.[319] Puede considerarse que las comedias de Menandro indican transformaciones importantes en la política y la sociedad, y una disolución de los valores antiguos; en su *Dyskolos* (*El malhumorado*), por ejemplo, un personaje posee tierra valorada en muchos talentos y vive en la ciudad, mientras que los pobres ofrecían su trabajo por un salario. Hay una cierta despolitización de la literatura: la Comedia Nueva es diferente de la de Aristófanes de finales del siglo V, que entablaba un diálogo con una sociedad política. Teofrasto en los *Carácteres*, escritos a finales del siglo IV, rara vez alude a la política.[320] Se ha sugerido que las clases propietarias se retiraron de la política.[321] Finalmente, en otras ciudades bajo la dominación de los reyes, los estudios prosopográficos de las relaciones familiares y las genealogías durante los siglos III y II sugieren que los ciudadanos políticamente activos deben de haber sido una minoría cada vez más reducida y rica.[322]

Sin embargo, para cada uno de estos puntos hay un argumento en contra. El cambio de la hazaña militar a la retórica es real, pero también es una continuación de la creciente separación de funciones en el siglo IV,[323] y ¿qué puede ser más democrático que la oratoria? La restricción del derecho al voto, y la abolición de privilegios que antes permitían a los ciudadanos sin tierra influir en las decisiones que los afectaban, no implica que los votantes que retuvieron sus derechos hicieran menos uso de ellos. Las grandes propiedades de propietarios absentistas no eran nuevas, ni tampoco el trabajo de los ciudadanos; en el siglo V, los propietarios políticamente activos pasaban buena parte de su tiempo en Atenas y siempre ha habido hombres sin tierra. La notoria despolitización de la literatura no significa que el debate político estuviera muerto, sólo que el papel del drama había cambiado. Hay poco o ningún indicio de la retirada de la élite; por el contrario, Cremonides y muchos otros políticos eran de la clase más rica de la sociedad, y su decreto, más allá de una pasajera referencia a la concordia (*homonoia*, un término muy estoico), está inspirado por la ideología tradicional de la libertad de la polis y resistencia a la monarquía. Su papel como jefe procedente de una élite social no está en contradicción con su adhesión a la filosofía de Zenón, aun cuando el estoicismo en su origen era una filosofía igualitaria y posiblemente no nacionalista. La dirigencia de la élite era tradicional; la élite era predominante incluso en la democracia radical de la Atenas del siglo V.

La evolución de la *ephebeia* ateniense, una temporada de servicio militar para los jóvenes, reflejó el creciente dominio de una élite, pero no necesariamente socavó la polis. Por una ley de 336/335 la *ephebeia* fue abierta a todos los jóvenes de dieciocho años, sin duda para aumentar la reserva de talento de la cual podían reclutarse *hoplitas* para el ejército de ciudadanos. Sin embargo, en 307 la institución se

convirtió en voluntaria y el tiempo de servicio se redujo a un año, quizá como una medida para limitar costos. Los testimonios de listas de efebos muestran desde entonces que las cifras eran una fracción del nivel anterior y que la institución se convirtió en un dominio de la élite, concebida para seleccionar a los futuros jefes de la ciudad. Durante la guerra cremonidea, como hemos visto, los efebos retuvieron una función militar. Sólo alrededor de 130 a. C. se crearon más oportunidades para entrar en el entrenamiento efébico, pero pueden haber estado dirigidas a los ciudadanos y extranjeros ricos; el cuerpo todavía estaba claramente formado por los hijos de la élite, a quienes se exigía asistir a las sesiones académicas. La *ephebeia* era una suerte de escuela de perfeccionamiento para los jefes del *demos*. Hacia inicios del siglo I puede haber sido aún más exclusiva admitiendo como miembro, por ejemplo, a Ariobarzanes II de Capadocia en 80/79.[324] Aunque esta dominación puede ser vista bajo la misma luz que los actos de Cremónides: al menos hasta mediados del siglo II, éstos confirman que la élite continuaba suscribiendo la cultura política tradicional según la cual los honores públicos se obtenían sirviendo a la comunidad.

Lo más notable es que las inscripciones con decretos de todo el mundo griego muestran que las asambleas continuaron reuniéndose regularmente, los cabildos o consejos ciudadanos continuaron planteando propuestas a las asambleas, y el control popular sobre la elección de los magistrados y la votación popular de decisiones políticas siguieron siendo cruciales.[325] Esto no se contradice con la creciente dominación de los honores y los cargos por parte de los ricos. Sólo en casos excepcionales como Délos, donde la riqueza del santuario panhelénico de Apolo significaba que no había necesidad real de fondos privados que se usaran en servicio de la polis, vemos una amplia participación en los cargos públicos.[326] La esencia de la democracia griega, generalmente, no era la distribución equitativa de cargos entre ricos y pobres, sino controlar los intereses poderosos y redirigirlos hacia el bien del pueblo en su conjunto. Esta esencia parece haberse mantenido mediante formas democráticas de gobierno, en Atenas y otras partes, incluso cuando la autonomía estuvo en peligro.

Los posibles efectos económicos de la dominación macedónica

Dada la carencia casi completa de documentación continua para los acontecimientos y procesos políticos en Grecia meridional, fuera del testimonio epigráfico que, en su mayor parte, trata de la historia política de Atenas, es difícil esbozar tendencias, pero la dominación macedónica afectaría efectivamente la economía de una ciudad hasta cierto punto. Se daba por sentado el ingreso de contribuciones a los cofres reales y se las extraía, sin duda, por diferente medios, fuera la presentación de coronas por las ciudades o por sus ciudadanos ricos o, directamente, a través del tributo. Plutarco

(*Demetr*. 27) relata que Demetrio exigió a los atenienses recaudar 250 talentos y permitió a su reina y a sus cortesanos gastarlos en cosméticos. No se puede comprobar si esta historia es verdadera, pero puede implicar que los reyes exigieron dinero directamente en ocasiones específicas y que esto creó resentimiento.

El método principal de los macedonios para extraer riqueza era mediante los impuestos y puertos. Dada la naturaleza no institucionalizada de la economía antigua, no podemos suponer que esto significara una diferencia para las ramas de actividad manufacturera o del comercio por El Pireo, por ejemplo. Es verdad que cuando los romanos convirtieron Délos en un puerto franco, las rentas de Rodas, el centro comercial rival, recibieron un duro golpe; pero hay razones para dudar de la seriedad de estos efectos, y en la Grecia peninsular del siglo III todos los bienes que entraban en la esfera macedonia por cualquier ruta serían probablemente gravados, de modo que un puerto en particular no sería peor que otro. El Pireo y Corinto eran todavía los puntos de desembarco más importantes para los comerciantes. No sabemos siquiera si los impuestos reales eran agregados a los impuestos de la ciudad preexistentes o simplemente los reemplazaron. Lo más importante es que el comercio de importación y exportación no debe ser visto puramente en términos de las fuerzas del mercado y la balanza de pagos. Demóstenes a finales del siglo IV define un préstamo comercial de un modo que implicaba que un exportador importaría sólo lo que él pudiera pagar en efectivo (*Contra Formio*, 6).

La élite consumidora de Atenas obtenía su riqueza principalmente de sus vastas propiedades de tierras, y continuaría comprando objetos de lujo, locales e importados, para la ostentación y el consumo inmediato, mientras que exportaba sus excedentes de aceite de oliva y otras mercancías. Sobre ellos recaía el principal peso de los pagos especiales a los reyes.

El verdadero cambio puede haber sido que la élite tenía menos que gastar en la ciudad (compárese la prescripción cívica de Jenofonte citada anteriormente). Esto estuvo acompañado por un cambio político: en Atenas la democracia radical ya no existía para obligar a los ricos a gastar en el bien público, o al menos no tan generosamente como antes. En las ciudades fuera de Atenas hay indicios de que la élite estaba menos dispuesta a servir a la ciudad con gran gasto. El mismo hecho de que los *euergetai* ricos fueran distinguidos con conmemoraciones sugiere que tales donaciones se hacían rara vez; no necesariamente debido a un cambio económico, sino porque las exigencias políticas de gasto a la élite no comportaban ya la misma fuerza.

Es difícil detectar efectos económicos más amplios de la dominación macedónica, antes se aprecian los políticos. Sin embargo, los cambio políticos podrían haber tenido efectos económicos; es bajo esa luz como tenemos que considerar los indicios de creciente tensión social en la Grecia del siglo III. Hemos ya observado el modo en que las ciudades se apoyaron cada vez más en benefactores ricos; pero esto no es necesariamente una prueba de crisis económica como de un cambio político (véanse

páginas anteriores). Hay posibles indicios de pobreza en Grecia en el relato del gobernador macedonio de Cirene, Ofelas, que en 307 reunió una fuerza mercenaria para ayudar a Agatocles de Siracusa contra los cartagineses:

> Ofelas se había casado con Eutídice, hija de Milcíades que fue llamado así por el jefe de los vencedores de Maratón [490 a. C.]. Debido a este vínculo matrimonial y a otros signos de favor que había mostrado hacia la ciudad, muchísimos atenienses se alistaron con empeño en la expedición, y entre los demás griegos, no pocos se apresuraron a tomar parte en la empresa, esperando participar en las asignaciones de tierra en la parte más rica de Libia [i.e. norte de África] y saquear la riqueza de Cartago. Pues la situación en toda Grecia, debido a las continuas guerras y la rivalidad (*philotimiai*) de los dinastas, se había empobrecido y arruinado (*tapeina*), de modo que consideraron que no sólo se convertirían en dueños de muchos bienes, sino que también se librarían de los males presentes.
>
> (Diod. 20. 40)

Este pasaje debe ser leído con cuidado. Diodoro atribuye directamente las penurias experimentadas por muchos griegos a los efectos de las acciones de los diadocos, y establece que los vínculos personales entre Ofelas y los atenienses eran el factor clave. No está necesariamente describiendo una crisis económica. Grecia siempre había experimentado superpoblación, los griegos siempre habían recurrido a la emigración y a la colonización ultramarinas.[327] El pasaje de Diodoro presupone que había hombres sin tierra o con tierra insuficiente, pero ¿cuándo había sido de otro modo?

En este contexto podemos examinar algunas referencias claras al conflicto de clases en los estados griegos. En 316 Agatocles pudo conseguir apoyo para su golpe en Siracusa prometiendo la cancelación de las deudas y la redistribución de tierras a los pobres (Diod. 19. 9, Austin 27a). En los estatutos de fundación de la liga helénica en 302 hay referencias fragmentarias a las preocupaciones tradicionales de los reyes y las ciudades-estado: «[que sea tomado cuidado… de que el] mar quede libre [de piratas (?)]… de usar las constituciones ancestrales… no con el propósito de revolución…» (BD 8, Harding 138; secciones posteriores en Austin 42).[328] Estas frases recuerdan documentos anteriores y posteriores que ser refieren a los lemas gemelos de «redistribución de la tierra» (*gês anadasmos*) y la «cancelación de las deudas» (*chreôn apokopê*). En Itanos, en Creta, un juramento en una inscripción del siglo III, probablemente votado por aquellos que eran recién admitidos al (limitado) cuerpo ciudadano, incluye una promesa de no «iniciar una redistribución [de tierra] o de casas [o de sitios poblados] ni una [cancelación] de deudas» (Austin 90, *Syll3* 526).[329] En las postrimerías del siglo III, las guerras locales entre las *poleis* cretenses estaban acompañadas por la posibilidad, o la realidad, de *stasis* (véase por ejemplo, el juramento cívico de Dreros, Austin 91, *Syll3* 527).[330]

Las referencias a la tierra y a las deudas no deberían necesariamente ser vistas en términos modernos, como prueba de graves privaciones o de la existencia de un

proletariado marginal. Esta era una sociedad esclavista, donde un hombre libre era, en razón de ser libre y ciudadano, un individuo privilegiado que disfrutaba de derechos políticos y económicos que lo situaban por encima de otros hombres. Su estatus *vis-á-vis* sus conciudadanos, y la fuerza de su voz política dependían de que tuviera tierra para cultivar, u otros que la cultivaran, y de cuánto dinero sobrante disponía para la ostentación en sociedad. La obra de Finley sobre las inscripciones de hipotecas áticas ha mostrado que la deuda no era un problema tanto para los pobres como para la élite —como los terratenientes de Éfeso— se prestaban grandes sumas con la garantía de sus tierras, y después, por cualquier motivo, se encontraban en dificultades, quizá perdiendo sus tierras. Mientras los hombres que nunca poseyeron tierras habrían intentado servir como mercenarios de los diadocos, es más probable que las personas que demandaran una redistribución fueran aquellos que alguna vez habían tenido tierras pero ya no las tenían. El conflicto civil en las ciudades griegas, bastante corriente en este período, probablemente estalló más debido a las disputas y rivalidades entre ciudadanos relativamente privilegiados. Las demandas de reforma, quizá, no eran un llamado a la revolución o a un nuevo orden social, sino a una nueva asignación de puestos en el orden existente.

Las ligas y el «federalismo»

Una de las estrategias adoptadas por las élites políticas fue promover lo que los modernos historiadores llaman a menudo «federalismo»;[331] con más precisión, un tipo particular de alianza o liga para la cual el término griego es *koinon* (simplemente «algo en común», i.e. «comunidad»).[332] Hasta cierto punto el precedente fue establecido por los reyes: la liga de Corinto de Filipo (338) era una alianza militar contra Persia, con él mismo como *hêgemón* (jefe) y un consejo (*synedriori*) formado por delegados de las ciudades miembros en proporción a sus poblaciones. Esto a su vez seguía el modelo de la llamada segunda confederación ateniense de inicios del siglo IV, donde la libertad de las ciudades miembros habían sido formalmente garantizada con el fin de salvaguardarlas de un recrudecimiento de las actitudes imperialistas de Atenas. La liga de Corinto fue, desde luego, una herramienta de la dominación macedónica, y algunas ciudades tenían guarniciones; pero Filipo necesitaba atraer a las ciudades-estado potencialmente rebeldes.

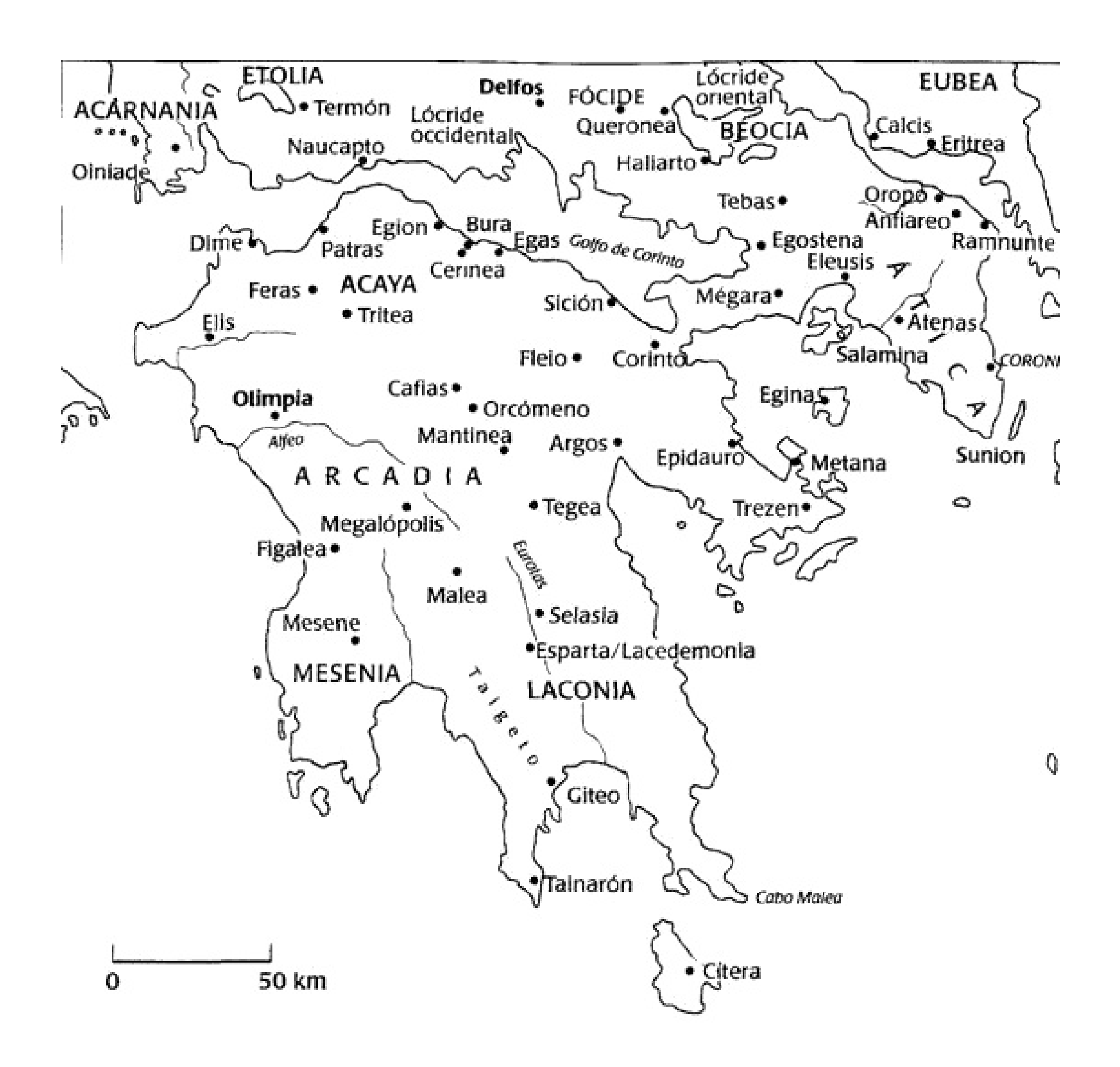


Figura 4.4. Grecia central y meridional (adaptado de Talbert, Atlas, p. 29).

En épocas anteriores había habido muchas asociaciones semejantes, con frecuencia con un centro religioso. Una de ellas era la anfictionía délfica, una especie de consejo de gobernadores del santuario de Apolo en Delfos nombrado por las ciudades-estado de Grecia central, a veces de lugares tan lejanos como Atenas; en la época de Filipo II este consejo detentaba una considerable influencia política, pero no tenía como meta subsumir las comunidades de la polis cuyos delegados asistían a ella. Otros *koina* habían sido más parecidos a estados, aunque indefectiblemente con una capital religiosa. Las ciudades miembras de la confederación beocia, por ejemplo, que fue constituida en el siglo VI, habían desarrollado en el siglo V una forma de representación proporcional y actuaban generalmente de modo concertado. Tebas generalmente dirigió la liga, proporcionando cuatro de los once «beotarcas» en c. 386 a. C. La confederación sobrevivió a la batalla de Mantinea (362) y continuó desempeñando un papel importante hasta que se deshizo después de Queronea (338). Tres años más tarde, Alejandro arrasó Tebas.[333]

Algunas regiones donde los habitantes, aunque establecidos en una pluralidad de centros, se identificaban como pertenecientes a un solo *ethnos* (traducido

aproximativamente como «nación») habían fundado instituciones políticas comunes y actuado juntas en los negocios militares. Los arcadios fundaron una efímera liga democrática a consecuencia de la derrota de Esparta en Leuctra en 371.[334] En el período helenístico una antigua liga de *poleis* jonias en Asia Menor occidental siguió existiendo; se preserva su decreto en honor a Antíoco I (Austin 143, BD 20, OGIS 222).[335]

Este trasfondo étnico se refleja en una de las principales ligas helenísticas, la de los etolios de Grecia centro-occidental. Los etolios, famosos en los estados importantes como proveedores de tropas mercenarias de armas ligeras, habían fundado un *koinon* que en 367 reconocía la tregua sagrada en la temporada de los misterios eleusinos en Atenas (una ciudad miembro lo violó entonces; véase el decreto ateniense en Harding 54). En la época de Alejandro los etolios estaban completamente integrados en el mundo político griego. Este rey los tuvo en cuenta en su Decreto de los Exiliados (324), por el cual tuvieron que reintegrar a los habitantes de Oiniade en Acarnania, a quienes habían expulsado (Diod. 18, 8, Austin 16). Como resultado se unieron a la rebelión griega que desató la guerra lámica, para entonces ya se habían adherido algunas ciudades vecinas acarnanias (Paus. 1.25, Austin 23).

Hacia el siglo III, si no antes, los etolios estaban realizando asambleas bianuales de los hombres adultos, y tenían un *stratêgos* anual (jefe militar) y un gran consejo permanente (*boulé* o *synedrion*) que se reunía en el intervalo entre las asambleas; el consejo estaba formado por delegados de las ciudades, en proporción aproximada a la población de cada una. Dentro del consejo una comisión especial de *apoklêtoi* («hombres escogidos») administraba los asuntos diarios.[336] En otros aspectos los etolios eran típicos griegos habitantes de ciudades y adoraban a los dioses olímpicos. La propia liga tenía santuarios de deidades olímpicas como el de Apolo en Termón, el lugar de culto central del *ethnos*. Si bien que todos los hombres adultos pertenecían a la unión etolia, seguían siendo ciudadanos de sus propias *poleis* —algunas de las cuales eran muy pequeñas incluso para la norma griega.

A inicios del siglo III la liga amplió su poder para incluir Delfos, donde dominaba la anfictionía; los etolios adquirieron gran prestigio por haber defendido el santuario contra los gálatas en 278. En la década de 240, los quianos, al otro lado del Egeo, les rindieron homenaje por conceder a su ciudad la ciudadanía etolia y un asiento en el consejo anfictiónico:

> Resuelto por el [consejo y el pueblo]; el [presidente mensual] de los polemarcas… [propuso]:
>
> ya que la liga [etolia], debido al parentesco y [a la amistad] ancestrales que existen entre [nuestro] pueblo y los etolios, votó antes el concedernos la ciudadanía [y] prohibió todo saqueo de la propiedad de [los quianos] desde cualquier punto [bajo] la pena de comparecer ante los [consejeros] por el cargo de dañar los intereses comunes de los etolios:
>
> por esto el pueblo gentilmente [aceptó] su devoción y votó que los [etolios] debían ser ciudadanos y compartir todos los derechos que los quianos comparten, y decidió que debían tener preferencia [en el acceso] al consejo y a la asamblea, [y] ser invitados a

sentarse en los lugares de honor (*proedria*) en todos los certámenes organizados [por la ciudad];

y ahora los emisarios sagrados y los embajadores han vuelto e [informaron] a la ciudad de la buena voluntad [hacia nuestra] ciudad que abriga la liga etolia…

Por tanto… sea resuelto por el consejo y el pueblo elogiar a la [liga etolia] por la buena voluntad y el celo que muestra en cada ocasión [hacia nuestro pueblo y] coronarla con la corona de oro más grande según la ley, evaluada en 100 monedas [de oro de Alejandro]…

(Austin 52, *Syll3* 443)

Durante el siglo III se adscribieron como miembros del *koinon* etolio lugares remotos, en cierto sentido. Se sabe que Lisimaquea en Tracia, Quíos en Asia Menor y Calcedonia en el mar Negro disfrutaron de derechos de *isopoliteia* («ciudadanía equivalente») o de *sympoliteia* («ciudadanía conjunta»).[337] No se trataba de un imperio; la *koinon* era percibida como poderosa (estaba a ambos lados de la ruta terrestre de los macedonios a Grecia meridional, aunque podía ser evitada por mar) y atrajo a nuevos estados miembros para que participaran en la toma de decisiones colectiva y, en algunas ocasiones, para reunir fuerzas militares y navales. Fue la principal protagonista en los asuntos griegos durante el avance del poder romano.

La otra liga principal del siglo III fue la aquea, originalmente centrada en el noroeste del Peloponeso.[338] Polibio, historiador del siglo II, ciudadano de Megalópolis en el Peloponeso central, era hijo de un importante jefe aqueo. En su historia ofrece un esbozo bastante partidista de la liga y su historia:

Son muchos los que intentaron tiempo atrás reunir a los peloponesios en una comunidad de intereses, pero nadie logró conseguirlo porque la libertad común no era lo que buscaban todos sino su propia dominación. Pero en nuestro tiempo esta perspectiva ha gozado de gran auge y perfección: los peloponesios no sólo han llegado a una comunidad política fundada en la alianza y la amistad, sino que utilizan las mismas leyes, pesos, medidas y monedas, y además nombran magistrados, consejeros y jueces comunes. En suma: sólo falta una cosa para que todo el Peloponeso no tenga la organización de una sola ciudad: que sus habitantes no se ven circundados por una sola muralla…

¿Cómo y porqué motivo, entonces, los aqueos gozan de tan buena fama que todos los demás peloponesios han adoptado su nombre y su constitución?… La causa, creo, es la siguiente: sería imposible encontrar un régimen de igualdad política y de libertad de palabra más puro que el que prefieren los aqueos. Entre los peloponesios no hubo algunos que lo eligieron libremente, a muchos les atrajo su poder de persuasión y su racionalidad. Otros, en fin, se vieron obligados a adoptarlo, pero sus rasgos hicieron que éstos que se habían visto forzados lo aprobaran inmediatamente.

(Polibio, 2, 37 y 38; Austin 53)

Polibio explica la historia de la liga, que hasta principios del siglo IV era una asociación de unas doce ciudades, más bien pequeñas, pasando un período de desunión después de Alejandro, en que se instalaron guarniciones macedonias en algunas de las ciudades miembro, hasta su resurgimiento desde aproximadamente 280 en que varias ciudades expulsaron a las guarniciones y a los tiranos. Su patriotismo lo

lleva no sólo a exagerar el grado de democracia de su época —probablemente escribía antes de su derrota ante Roma en 146[339]—, sino que también incurre en descuidos, ya que, aunque las ciudades emitían una moneda común, cada una mantuvo sus propias leyes. No había una ceca federada; cada ciudad emitía monedas de plata con los emblemas de la liga así como los propios, y monedas de bronce que llevaban su nombre completo así como el de los aqueos.[340]

Parece probable que tanto la *boule* como la asamblea, a la cual todos los ciudadanos tenían derecho a asistir, se reunía cuatro veces al año.[341] Como los etolios, tenían una *boule* y magistrados colectivos, incluidos un jefe *strategos* y diez *damiourgoi* («trabajadores del pueblo», un título común para los magistrados griegos). Cualesquiera que fueran los límites teóricos al poder de estos funcionarios, parece claro que las ciudades individuales (aunque como todos los estados griegos habrán tenido asambleas de algún tipo) estaban dominadas por las élites propietarias que, a su vez, dominaban la política de la liga. Veremos después que el interés propio de estos jefes incidió en la conducta de la liga a finales del siglo III.

Polibio pasa por alto la incorporación forzada de ciudades, de lo que él mismo da testimonio en otra parte.[342] El auge de la liga a mediados del siglo III fue incentivado por las ambiciones de las ciudades aqueas y sus jefes. El momento decisivo para la liga fue la incorporación de su primera ciudad no aquea, la doria Sición. Los sicionios, dirigidos por Arato, de veinte años de edad, expulsaron a su tirano, Nicocles en 251. Esto no fue en sí mismo un paso antimacedonio —Arato incluso pidió ayuda a Antígono Gónatas (Plut. *Arat*. 4. 3)— pero Nicocles era tal vez muy promacedonio. Megalópolis expulsó también a su tirano, y un rey dio a Aratos veinticinco talentos (Plut. *Arat*. 11.2) —pudo tratarse de Antígono o de Ptolomeo II (quien más tarde se convirtió en protector de Arato), para apoyar la causa antimacedonia. El regreso de casi seiscientos sicionios exiliados por Nicocles parece haber desatado disputas intestinas; la decisión de Arato de incorporar la ciudad a la liga aquea habría sido tomada para estabilizar la situación (Plut. *Arat*. 9. 3-4). Alrededor de 249, Arato atacó la propia Corinto, y el gobernador Alejandro, como hemos visto, se pasó al bando rebelde. Alejandro resucitó la liga de las ciudades eubeas y se habría proclamado rey.

Sólo en este momento la liga aquea se convirtió en un foco de resistencia antimacedonia para los estados del sur. Al comienzo parecía posible que Gónatas apoyara a Arato; una generación después Arato se volvería otra vez a Macedonia. Entretanto los aqueos, como las *poleis* en todo este periodo, dependían de la ayuda de poderes externos, fuera Alejandro o Ptolomeo. La libertad podía ser el lema, pero la libertad plena no era posible.

Arato se convirtió en *strategos* de la liga en 245, atacando a los etolios que antes habían intentado atacar Sición. Éstos a su vez se adueñaron del territorio de los beocios, ahora aliados de los aqueos. En el mismo año, Antígono Gónatas recuperó Corinto, aplastó la liga eubea y puso guarniciones en sus ciudades (Plut. *Arat*. 17. 2).

Los etolios estaban tratando de incorporar ciudades del oeste del Peloponeso, pero Arato restableció la ruta alta de los aqueos al recuperar Corinto en 243 con un ataque sorpresa. La liga ahora reunía a Corinto, Epidauro, Mégara y Troizen, y eligió a Ptolomeo III como su *hegemon* (jefe) probablemente un puesto honorífico. Arato intentó amedrentar a Atenas para que se adhiriera, e hizo una alianza con Esparta. Incluso Polibio admite que las ciudades eran forzadas a unirse a la liga, y es tentador preguntarse si Arato y sus aliados intentaban crear el imperio más grande posible para sus propios fines u ofrecer a las ciudades la opción de un desarrollo autónomo y sacudirse el miedo de la dominación macedónica. Debemos tener en cuenta que atraer una ciudad a una liga implicaba poco más que el reemplazo de un grupo dominante por otro, no una guerra abierta, ni mucho menos la esclavización de la población. Probablemente ambas ambiciones no pueden ser separadas.[343]

Para comprender si la liga aquea representaba un imperio sicionio o una estrategia colectiva de resistencia, debemos hacer más que considerar los procesos de toma de decisiones aparentemente democráticos de la liga; es también demasiado fácil para un grupo pequeño dominar una estructura semejante, y no es difícil imaginarse cómo esto podía suceder. Puede también ser útil preguntar si las ligas del siglo III eran como los modernos estados federales, como se afirma a menudo. El término federal, del latín *foedus*, «tratado», indica su origen en tratados, sea acordados voluntariamente o impuestos después de derrotas militares. El término griego ordinario, sin embargo, es simplemente *koinon*, un uso que se remontaba a los primeros días del *etnos* y a sus festividades comunes.

Algunas ligas fueron instrumentos de dominación. En 302 Demetrio I revivió la liga de Corinto de Filipo II (inscripción, BD 8; parte en Austin 42, cita antes), específicamente con vistas a la guerra contra Casandro («la guerra común»). La alianza de Antígono III Dosón, fundada después de la guerra de Esparta en 222 (véase más adelante), incorporó tanto a la liga aquea como a muchas comunidades griegas del centro (Polib. 2. 54, 65; 4. 9). La liga de los insulares («*koinon* de los *Nôsiôtai*») fue organizada en 315-314 por instigación de Antígono I; aquí otra vez había una razón política: la enemistad de los Antigónidas contra Ptolomeo. Ptolomeo a su vez se apoderó de la liga a inicios del siglo III y tanto él como su sucesor se presentaron como protectores de los insulares, como lo muestra el decreto de la liga de alrededor de 280 donde se acepta tomar parte en el festival de la Ptolomea:

> [Resuelto] por los delegados (*synedroi*) de los insulares:
>
> con respecto a los asuntos que [Filocles] rey de los sidonios y Bacon el [*nesiarca* (comandante de las islas)] escribió a las ciudades, de que deberían enviar delegados a Samos para hablar de que el sacrificio, los emisarios (*theoroi*) sagrados y el concurso que el rey Ptolomeo (II) está creando en honor a su padre en Alejandría, deberían ser iguales en rango a los juegos olímpicos, [y] (referente a lo cual) Filocles y Baconte han [ahora hablado] con los [delegados] que han llegado de las ciudades:
>
> sea resuelto por el *koinon* de los delegados:
>
> puesto que el rey Ptolomeo (I) Soter ha sido el causante de tantas bendiciones para los insulares y los demás griegos, al haber liberado a las ciudades, restablecido las leyes,

> restaurado todas sus constituciones ancestrales y perdonado los impuestos;
>
> y como ahora el rey Ptolomeo (II), habiendo heredado el reino de su padre, continúa mostrando la misma buena voluntad y cuidado con los insulares y los demás griegos, y está ofreciendo un sacrificio en honor de su padre… preservando su [piedad] hacia los dioses y manteniendo su buena voluntad hacia sus [ancestros]…
>
> [aceptar] el sacrificio y [enviar] emisarios sagrados en la [estación apropiada de aquí] en adelante, como sea instruido por el rey…
>
> y coronar al rey Ptolomeo hijo del rey Ptolomeo Soter con una corona [de oro] por el mérito [con el valor de] mil estáteros, por su excelencia y buena voluntad hacia los insulares…
>
> (Austin 218, Burstein 92, *Syll3* 390)

Las asociaciones de este tipo estaban concebidas con conciencia de las tradiciones de acción colectiva, pero tenían jefes «reales» (*hêgemones*) y eran reflejo obviamente del poder macedónico y egipcio. Incluso un *koinon* que actuara independientemente del patronazgo real, como los aqueos o los etolios, podía escoger un protector real; los aqueos eligieron a Ptolomeo III como su jefe titular (con pocas consecuencias prácticas) y más tarde los etolios escogieron a Antíoco III como su *strategos* en un momento en que se avecinaba la guerra con Roma.[344]

Varias ligas creadas durante el siglo V o antes estaban aún activas y se desarrollaron más a inicios del período helenístico. La liga epirota, anteriormente estructurada según los vínculos tribales y formada por los molosos, caonios y tesprotianos, asumió su nuevo nombre alrededor de 300 y era una mezcla de monarquía, federalismo y organización tribal. Los tesalios retuvieron su constitución hasta que se liberaron de Macedonia y se reorganizaron en 194; la federación perduró hasta la época romana, como ocurrió con la antigua federación clásica focia, que fue absorbida por los etolios durante 197-191 y después liberada. La liga acarnania, creada en el siglo V, tuvo una historia con más altibajos: después de su reorganización por Casandro en 314, cuando los acarnanios aceptaron concentrarse en menos ciudades pero de mayor tamaño, sufrió la dominación del Épiro y Etolia y una periódica desorganización, siendo refundada finalmente alrededor de 230.[345]

Entre las nuevas confederaciones se cuentan la de los magnesios en Tesalia, fundada después de la segunda guerra macedonia (200-197), con su centro en Demetria, y la de los licios, un pueblo helenizado que tenía una estructura federal hacia 200 a. C. Finalmente, las cuatro repúblicas macedonias fundadas por Roma en 167 tenían una estructura federal en que cada una tenía una asamblea de representantes y un general en jefe.[346] Para entonces era menos común que hubiera una asamblea primaria con facultades de decisión.

La participación en una liga limitó hasta cierto punto la autonomía de las *poleis* integrantes; éstas asumieron la lucha en conjunto y el respeto a la constitución, y a veces la emisión de moneda con un diseño común. No debe sorprender, quizá, que no se acordaran procedimientos para retirarse de una *koinon*; las ciudades que intentaron hacerlo tuvieron que luchar por ello, y podían ser forzadas a volver. Hasta ese punto,

por lo menos, se había cedido la soberanía. Las disputas entre los miembros eran ordinariamente sometidas al arbitraje del cuerpo gobernante de la liga, a veces a extraños. Esto fue así, por ejemplo, en el caso de la federación de las *poleis* lésbicas (Mitilene, Metimna, Antisa y Ereso) fundada en vísperas del tratado de Apameia, que siguió a la derrota de Antíoco III por los romanos (IG ix. 4. 1064, SEG xxiii. 491). [347]

La pertenencia a la liga aquea probablemente implicaba una constitución democrática. La subida del arcadio Orcómeno en 235 o poco después está documentada en un decreto de la liga por el cual indica que el tirano de la polis había abdicado, puesto que se le garantizaba la inmunidad de las acusaciones (Austin 54, BD 30, *Syll3* 490).[348] Es presumible que cada ciudad pudiera gestionar su propia administración interna, e incluso algunos tipos de relación con otras poleis, sin recurrir a la liga. No había una intención formal de establecer un estado unitario en todo sentido, aunque la autonomía en el sentido de independencia era incompatible con la pertenencia a un *koinon* de este tipo.[349] Es posible que Sición haya dominado la alianza aquea, pero era una alianza que las más de las veces las ciudades deseaban contraer —lo que significaba, en la práctica, la mayoría de los hombres importantes, o los más poderosos de las familias principales de cada ciudad. Deben de haberlo considerado como una protección segura contra Macedonia. Lamentablemente, como se hizo evidente, Sición era tan poderosa que sus jefes podían virtualmente dictar la política a los demás miembros y era improbable que una ciudad miembro pudiera retirarse de la alianza.

LAS «REVOLUCIONES» ESPARTANAS Y SUS SECUELAS

ARATO de Sición trató de convertir la liga aquea en una poderosa alianza, en parte para proteger a los griegos del sur, particularmente a las ciudades-estado peloponesias, de la enemiga de la liga, Macedonia. Para los peloponesios, no obstante, el antiguo enemigo no era Macedonia sino Esparta, la principal ciudad de la región que los historiadores llaman Laconia (actual Lakonía), pero que entonces era conocida como *Lakôniké* (o a veces *Lakedaimôn* [Lacedemonia]). El siglo III vio los intentos de los reyes espartanos Agis IV (r. c. 244-241) y Cleómenes III (r. 235-222) para restablecer el poder militar de su ciudad. Fracasarían finalmente debido a Arato y a sus aliados, con la ayuda inesperada de la antigua enemiga de los aqueos, Macedonia.

Esparta después de Queronea (338-c. 244 a. C.)

Hasta 369 los espartanos ocuparon unas tres quintas partes del Peloponeso directamente y dominaron el resto mediante alianzas desiguales. En 369 después de sufrir una aplastante e inesperada derrota a manos de los tebanos, perdieron sus territorios en Mesenia. Después de Queronea (338), Filipo II les quitó algunos territorios de la frontera en el interior que estaban bajo su control, y lo que es más importante, separó algunas *poleis* costeras de los periecos («habitantes de los alrededores»), un tipo de ciudadanos del estado lacedemonio que no tenían derecho a una voz política en Esparta.[350] Aunque los espartanos conservaron el puerto en Githion en el golfo mesenio, su territorio ahora comprendía poco más que las llanuras de Esparta y Helos, y las penínsulas montañosas de Tainoron (actual Máni) y Malea.

La sociedad espartana era en cierta forma diferente a las demás *poleis* griegas, aunque compartían importantes rasgos. Era más tradicionalista y más rígidamente estructurada que la mayoría de ellas; tenía dos reyes hereditarios, y hasta bastante avanzado este período no utilizó oficialmente la moneda. Antes de la derrota en Leuctra (371) y las subsiguientes invasiones tebanas de Laconia, Mesenia (el Peloponeso suroccidental) había sido cultivada en provecho de los ciudadanos guerreros (los espartiatas) por los mesenios autóctonos, que habían sido convertidos en hilotas (aproximadamente «siervos») en el siglo VIII. El trabajo de estas personas (que servían lealmente en el ejército espartano y sólo rara vez se sublevaron) liberaba a los espartiatas del trabajo productivo y les permitía dedicar su tiempo al continuo entrenamiento militar, convirtiéndose en los soldados más temidos en Grecia hasta el

surgimiento de Tebas y después Macedonia.

Algunos hilotas permanecieron en Laconia después de 369. Sin embargo, ya antes de la pérdida de Mesenia, el número de los espartiatas había estado disminuyendo, y se servían cada vez más de hilotas y periecos para completar el ejército. Esta disminución del número, usualmente mencionada como oligantropía (del término aristotélico *oliganthrôpia*, «escasez de gente»), probablemente se debía a una causa social antes que biológica: el sistema de herencia espartano, que se diferenciaba del de otros estados en que las mujeres al igual que los hombres podían heredar la tierra, agudizaba la tendencia existente de que la propiedad territorial se concentrara en la élite, la cual acabó concentrando cada vez más tierras.[351] Después de la pérdida de Mesenia la situación empeoró todavía más. Puesto que, para ser un ciudadano espartano, un hombre tenía que hacer una obligada contribución de productos agrícolas para la mesa común, el desequilibrio del perfil de la propiedad territorial resultó en el descenso de muchos ciudadanos al estatus de «inferiores» (éstos, naturalmente, se habían preparado como espartiatas y no fueron dados de baja en el servicio militar). Hacia la década de 240 había sólo unos setecientos ciudadanos plenos (*spartiatai*) y unas cien familias que poseían tierras (Plut. *Agís*, 5, Austin 55a). Además de los problemas especiales originados por su único sistema social, que todavía se estaban resolviendo, Esparta participó de las dificultades contemporáneas experimentadas por otras *poleis*, y quizá en un grado mayor, en especial, de la polarización de la propiedad de la tierra y la monopolización del poder político por un número cada vez más reducido de ciudadanos con derechos.

Esparta no había luchado junto a otros griegos contra Filipo II en Queronea y se había mantenido fuera de la liga de Corinto. En 331 Agis III con un ejército unido de espartanos y mercenarios, junto con los estados peloponesios menos poderosos, atacó a los macedonios en el Peloponeso pero fue derrotado por Antipatro en Megalópolis en la batalla más grande ocurrida en Grecia desde las guerras médicas. Muchos espartanos fueron muertos y se tuvieron que entregar rehenes a Antipatro.[352] Quizá por esta razón, Esparta no se unió a los alzamientos griegos de 323-322.

Bajo Areo[353] I (r. 309/308-265), los espartanos estaban otra vez militantemente activos, ayudando a sus parientes en Taras (Taranto.en Italia) contra sus vecinos no griegos (303). Laconia fue invadida por Demetrio I en 294, y en 281 Areo dirigió a los beocios, megarenses y algunos aqueos y arcadios en una expedición fallida para liberar Delfos de la dominación etolia. Una vez más sufrieron graves bajas, lo cual sin duda agudizó la oligantropía espartana. Pirro invadió en 272 pero fue rechazado, irónicamente, por una fuerza mercenaria macedonia enviada desde Corinto.

Areo acuñó moneda en Esparta por primera vez, algunas de sus emisiones siguen el molde de Alejandro y llevan la leyenda: *basileos áreos*,[354] otras ponen su perfil por una cara y el de Alejandro en la otra. En el decreto de Cremónides es nombrado junto con los lacedemonios y sin el rey compañero. Esparta, o al menos Areo, parece haber estado asumiendo el lenguaje y el estilo de las otras monarquías cuando era

conveniente. Puede responsabilizarse a Areo de no lidiar con los problemas sociales; pero un rey, particularmente uno espartano, era el producto, y quizá el prisionero, de su sociedad, y sabemos demasiado poco de la sociedad espartana de este período para atribuirle un fallo.

La guerra cremonidea terminó en un fracaso y con Areo muerto. Entre esa fecha y la subida de Agis IV en c. 244 sabemos sólo de un acontecimiento: un ataque fallido contra Mantinea. Desde Queronea, los espartanos habían seguido su propio camino; pero difícilmente pueden ser culpados de aislacionismo. Han sido criticados por no percibir que sus días de gloria habían terminado y por no actuar en consecuencia; pero para las personas que vivían en la época, particularmente en el Peloponeso, esto podría no haber sido evidente. Una sublevación contra los macedonios tenía más de una oportunidad de triunfar, y la victoria podría acarrear una renovada hegemonía espartana sobre el Peloponeso; con todo, escapar de la dominación macedónica dejaría a las ciudades estado en dependencia de un nuevo señor en Egipto.

Agis y Cleómenes (c. 244-219 a. C.)

El punto de partida de esta historia de Agis y Cleómenes es la afirmación de que se había dejado el tradicional modo de vida militar en tiempos recientes. Encontramos aquí inmediatamente el mayor problema de nuestras principales fuentes, Polibio y Plutarco. Dados los antecedentes de Polibio como jefe militar e hijo de un prominente general de la liga aquea, a duras penas podemos esperar que no sea sino apasionadamente antiespartano. Plutarco, por otra parte, que utiliza a Filarco de Atenas (como lo hace Polibio mismo), adopta una posición mucho más favorable a los reyes, que ha influido en algunos escritores actuales (incluida Naomi Mitchison que, en su novela histórica *The Corn King and the Spring Queen*, con el escenario de la Esparta de finales del siglo III y un sólido fundamento en las fuentes históricas, idealiza a Cleómenes como una especie de protosocialista).[355]

Polibio estaba motivado por sus intereses personales; para él los hechos de los reinados de ambos reyes estaban casi dentro de la memoria vivida y tenían una resonancia en sus propios días. Plutarco, sin embargo, mira hacia atrás desde una Grecia que en el siglo II es parte del imperio romano, en un momento en que la antigua historia griega era admirada y estaba siendo modificada para una nueva audiencia. Su presentación de los reyes espartanos refleja parcialmente su punto de vista y el de sus contemporáneos sobre el rey justo y estoico y sobre el carácter de las amenazas al buen orden social; quizá los coetáneos de estos reyes no vieron la cuestión de esta manera. Los escritores modernos, igualmente, tienden a ocupar los diferentes puntos de un espectro; algunos ven a Agis y a Cleómenes como unos reaccionarios que trataban de retrasar el reloj, mientras que para otros son idealistas que deseaban la ciudadanía para todos.

Como ocurre con la polaridad en algunas representaciones modernas de Cleómenes como cuasifascista o socialista liberal, la verdad probablemente está en medio de la versión de Polibio y la de Filarco. Las peculiaridades de la sociedad tradicional espartana, y su deseo de preservar su modo de vida y de resucitar su poder militar, no deben ser menospreciadas como anacronismos excéntricos y tratadas como instrumentos regresivos de la lucha de clases (Esparta no era ni mucho menos la única en tener clases sociales subordinadas), sino que deberían ser vistas como una posición significativa. Cuando los reyes afirmaban que estaban restableciendo el tradicional modo de vida espartano, que los espartanos creían que había sido instituido por un antiguo reformador, Licurgo, estaban en lo correcto y en lo erróneo a la vez: estaban resucitando costumbres que se creía que habían caído en desuso, pero les daban un significado que, estrictamente hablando, no habían tenido antes. Cuando afirmaban que estaban creando una sociedad más justa, también estaban (correctamente según la norma de la época) tratando de hacer su polis poderosa. En el pasado admirado había un valor propagandístico y un poder de legitimación a los cuales apelar.

Plutarco presenta a Agis IV (r. c. 244-241) conmovido por la pobreza de la masa de ciudadanos que han perdido sus tierras a manos de los ricos. Dice que se aglomeraban en la ciudad con ánimo de revuelta, aunque aquí su imaginación parece estar teñida por los episodios de la historia romana de finales de la república. Lo que el joven rey (n. c. 262) hizo efectivamente tras su subida al trono fue proponer, a través de un partidario que era éforo,

> que los deudores quedaran libres de sus deudas; que se dividiría el territorio, y de la tierra que hay desde el barranco de Pelenes al Taigeto, a Malea[356] y a Selasia, se formarían cuatro mil quinientas suertes (*klêroi*), y de la que cae fuera de, esta línea, quince mil, y ésta se repartió entre los colonos que pudieran llevar armas, y la de dentro de la línea entre los mismos espartanos, que el número de éstos se completaría con aquellos colonos y forasteros que se recomendasen por su figura y su educación liberal, y que estando en buena edad tuviesen la conveniente robustez; y finalmente, que de estos nuevos espartanos se dividirían en quince mesas o banquetes de doscientos a cuatrocientos, observando el mismo método de vida que sus progenitores.
>
> (Plutarco, *Agis*, 8, Austin 55 6).

Agis logró obligar al otro rey, Leónidas, a exiliarse cuando se le opuso; pero habiendo efectuado la abolición de las deudas fue obstaculizado por los propietarios de latifundios que se contentaban sólo con quedar libres de los compromisos, pero no deseaban perder sus tierras. En 241, fue enviado a auxiliar a los aqueos para rechazar la invasión etolia (Plut. *Agis*, 13), y a su regreso fue ejecutado —junto con su madre y su abuela, quienes, según Plutarco, eran ricas e influyentes, como las mujeres espartanas en general.

Leónidas había sido restablecido durante la ausencia de Agis, pero cometió lo que a primera vista parece ser un grave error, al casar a la viuda del rey muerto, Agiatis,

con su propio hijo Cleómenes (Plut. *Cleóm*. 1). Su objetivo era probablemente incorporar la fortuna de Agiatis a la de su familia fundiendo la otra casa real con la suya. Según las fuentes, Agiatis no estaba menos comprometida con la reforma que su difunto esposo, y en corto tiempo las ideas de éste comenzaron a influir en el nuevo heredero. Cleómenes también tenía como tutor al filósofo estoico Esfero de Borístenes (o de Olbia, Plut. *Cleóm*. 2), que más tarde los ayudaría a poner sus reformas en práctica.

Seis años después Cleómenes sucedió a su padre como rey, con lo cual los aqueos comenzaron a presionar militarmente a Esparta con la esperanza de incorporarla a la liga. Cleómenes tenía otras ideas: los etolios le entregaron varias ciudades peloponesias, e intervino en las campañas que provocaron un conflicto con Arato. Al cabo de ocho años de reinado, en 227, probablemente por la muerte del rey correinante (el hijo menor de Agis IV), invitó al hermano de Agis a convertirse en rey con él y atacar a los éforos, que sabían que se opondrían a las reformas que planeaba. Cuatro éforos fueron asesinados y sus cargos abolidos por no ser «licúrgicos».

Cleómenes propuso leyes similares a las de Agis, y dio el ejemplo cediendo sus propiedades para que fueran distribuidas entre los ciudadanos (Plut. *Cleóm*. 11, Austin 56b). Los periecos fueron inscritos como ciudadanos y entrenados en la lucha espartana, y la preparación de los jóvenes fue reorganizada bajo la supervisión de Esfero. Los triunfos militares contra los aqueos y otros pueblos vecinos comenzaron a multiplicarse. En respuesta, dice Polibio, Arato indujo a la liga aquea a declarar la guerra (227; Polib. 2. 46) y planteó que se aproximaran al nuevo rey macedonio, Antígono III Dosón (r. c. 229-222, inicialmente como regente del joven Filipo V; Polib. 2. 48-50).

Plutarco ofrece prueba *prima facie* del amplio descontento social que, considera, propició que aumentara el apoyo a Cleómenes de personas que deseaban reformas semejantes en sus propias ciudades. Describe la situación en 225:

> Grande fue entonces la turbación de los aqueos, inclinándose las ciudades a la rebelión: de parte de la plebe, porque esperaba el repartimiento de tierras y la abolición de las deudas, y de parte de los principales, porque les era molesto Arato, y aun algunos habían concebido ira contra él porque les traía los macedonios al Peloponeso.
>
> (Plutarco, *Cleómenes*, 17)

En su biografía de Arato, basada ampliamente en las propias memorias de este jefe, Plutarco dice (bajo la influencia de las afirmaciones de aquél) que «veía titubear a todo el Peloponeso y a todas las ciudades puestas en sublevación por los que querían novedades» (*Arat*. 39. 8). (En cambio, en su vida de Cleómenes, donde sigue principalmente a Filarco, critica a Arato [cap. 16, Austin 57] por haber traído a los macedonios.) El objetivo de Cleómenes puede no haber sido nunca expandir la revolución social, ni aun entre las élites propietarias de otras ciudades. En Argos, dice Plutarco, no logró satisfacer las exigencias de la plebe, y un ciudadano lo convenció

con facilidad de apoyar una revuelta contra Esparta, «irritada porque Cleómenes no había hecho la abolición de deudas con que ella se había lisonjeado» (*Cleóm*. 20).

Polibio, en cambio, deja de lado los verdaderos objetivos de Cleómenes, diciendo simplemente que «había suprimido el régimen político de su país y había convertido el reino constitucional en una tiranía» (2. 47). Este juicio puede ser sólo un prejuicio aqueo; pero es probablemente exacto afirmar que la ambición de Cleómenes era dominar el Peloponeso (en absoluto toda Grecia, como dice Polibio en 2. 49: ese nunca había sido un objetivo espartano y estaba bastante fuera de las posibilidades de la ciudad).

La situación parece haber sido lo bastante importante para que Antígono trajera un ejército al Peloponeso (224); es presumible que viera una oportunidad para ampliar la dominación macedónica a una región que nunca habían controlado. Infligió unas cuantas derrotas a Cleómenes (2. 54), pero después de que los éxitos de éste se multiplicaron, se enfrentó a él directamente y derrotó a los espartanos en Selasia en el norte de Laconia (222 a. C.; Polib. 2. 65-69, una bella descripción de serie de batallas).[357] Antígono fue el primer invasor que se adueñó de Esparta, abolió las reformas y según Polibio «restituyó a los lacedemonios su constitución tradicional» (2. 70); esto era una falacia porque la doble realeza fue abolida.

Cleómenes huyó a Egipto, pero Ptolomeo III Evergetes que le había dado antes dinero, fue sucedido por el joven Ptolomeo IV Filopator (r. 221-205), cuyos consejeros consideraban que Antígono era demasiado fuerte y decidieron no ayudar a Cleómenes a recuperar Laconia. En 219 Cleómenes y sus seguidores lanzaron un vano ataque contra Alejandría y fueron muertos; una vez más Plutarco se centra en los sufrimientos y la nobleza de las mujeres ejecutadas (*Cleóm*. 38; cf. p. 127).

Para Plutarco, que escribía en el siglo II d. C., Cleómenes es un emblema de la realeza justa; su noble carácter lo convierte en un «verdadero» rey (*Cleóm*. 13, Austin 56a). Las mujeres espartanas, con su fortaleza y su virtud tan espartana de la piedad, su «lacónica» expresividad personal, personifican simbólicamente el espíritu griego de la era clásica admirado por Plutarco y sus lectores. Encaja perfectamente en el orden de cosas de Plutarco que los signos de bendición divina se hayan reunido alrededor del desollado y crucificado cuerpo del rey (*Cleóm*. 39), pues los reyes gobernaban por la autoridad divina (como los emperadores romanos de su época), y Cleómenes encarnaba las verdaderas virtudes estoicas de la realeza:

> Al cabo de pocos días, los que guardaban el cuerpo de Cleómenes puesto en cruz vieron un dragón de bastante magnitud enroscado en su cabeza y que le cubría el rostro en términos de no poder acercarse ninguna ave a comer sus carnes, de resulta de lo cual se apoderó del ánimo del rey (Ptolomeo) cierta superstición y miedo, que dio ocasión a las mujeres para diferentes expiaciones, dándose a entender que habían muerto a un hombre amado de los dioses y de una naturaleza superior; los de Alejandría dieron en concurrir a aquel lugar, invocando a Cleómenes como héroe e hijo de los dioses…
>
> (Plutarco, *Cleómenes*, 39. 1-2).

Incluso Polibio, para quien Cleómenes es un tirano, acepta que era «un hombre muy hábil… un varón con dotes de mando y de índole verdaderamente real» (Polib. 5. 39). Es también una prueba del papel de Tiché (la Fortuna) en los asuntos humanos: pero por azar hubiera escapado de la derrota y el exilio, pues en unos pocos días Antígono había partido para defender Macedonia contra los ilirios, y murió poco después (2. 70).

Agis y Cleómenes no eran revolucionarios en el sentido de expresar el deseo de las masas por un cambio progresista. No concedieron el sufragio a los pobres, sino a los miembros de la comunidad —espartiatas, periecos (quienes eran lacedemonios de todos modos)— y a los extranjeros de élite; sólo en la desesperada situación de 223/222 vendió Cleómenes la ciudadanía a 6000 hilotas para reforzar el ejército y recaudar dinero (Plut. *Cleóm*. 23). Sin embargo, eran algo más que reformadores; procuraban un cambio fundamental y «sin duda revolucionaron Esparta efímera e ineptamente».[358] Que fundaran su llamado en una tradición presuntamente antigua les permitió (como a los Gracos, con quienes Plutarco los compara) disfrutar del apoyo de la clase alta, y Cleómenes justificó sus acciones con referencia a enseñanzas filosóficas «respetables».

Aunque es verdad, como sugiere Cartledge, que los lemas de la abolición de deudas y de redistribución de las tierras no pueden haber tenido el mismo significado en Esparta que en otras partes, los problemas de Esparta eran en cierta medida los de Grecia en su conjunto. No hay prueba confiable de penuria masiva (los ciudadanos griegos difícilmente formaban una «masa» social en el sentido del siglo XX), sino más bien de cierta pérdida de tierras y de privilegios por parte de algunos grupos entre las clases favorecidas que formaban la *politai* o habían sido alguna vez *politai*. Lo que las élites de las ciudades aqueas quizá temían no era que el orden social fuera destruido por una airada clase de marginados, sino que ellos y sus amigos se vieran privados del poder político por sus rivales —hombres muy parecidos a ellos, pero que confiarían en el apoyo de Esparta y así permitirían el resurgimiento del poder espartano.

Ni los jefes espartanos ni los aqueos pueden ser culpados por procurar sus propios intereses tal como los veían. Pueden haber juzgado que el poder espartano nunca sería absoluto en el Peloponeso y que la hegemonía sobre la región estaba allí para ser asumida.

Esparta después de Selasia y el reinado de Nabis (207-192 a. C.)

Selasia no llevó la paz al Peloponeso. En Esparta se desató una violenta lucha política; resurgió la realeza; Filipo V de Macedonia (r. 222-179) intervino varias veces; y por muchos años hubo guerras locales. El enigmático rey Licurgo (inicios de

la década de 210) y el regente o rey Macánidas (inicios de la década de 200) una y otra vez recuperaron y perdieron los antiguos territorios espartanos. La muerte de Macánidas en una gran batalla en Mantinea en 207 elevó al trono a un contemporáneo de Cleómenes III, más joven que éste.

Nabis (r. 207-192), que probablemente reinó solo, hizo un nuevo intento de reforma social y política. Como Areo, puso su efigie en las monedas; a diferencia de Cleómenes, mantuvo un cuerpo de guardaespaldas mercenarios y adoptó todo el boato poco espartano de la monarquía de su tiempo, como caballos de desfile y un palacio suntuoso. Puede ser que el aborrecimiento aqueo a Esparta haga que Polibio (13. 6, Austin 63), seguido por el historiador romano Livio, describa a Nabis como un tirano; a la vez, es probable que Nabis imitara conscientemente la espléndida riqueza de los tiranos sicilianos de una época anterior. Como uno de éstos, Dionisio I de Siracusa (r. 405-367), se dice, habría dado la ciudadanía a «esclavos», con lo que se quiere decir probablemente que la dio a algunos hilotas (pero no a todos).[359] Parece haber alentado a los espartiatas, quizá por primera vez desde la época arcaica, a participar en el intercambio y el comercio; es llamado benefactor en una inscripción de la polis mercantil de Délos (IG xi. 4. 716). Por esta época se edificó el primer tramo de muralla de Esparta, de unos diez kms de largo; se organizó el suministro de agua, y la arqueología revela un aumento de la producción artesanal, especialmente de talleres de alfarería. Los espartanos comenzaron a edificar mausoleos monumentales, un cambio respecto a la discreta norma del período clásico. Aunque sería apresurado atribuir a Nabis todas estas innovaciones, parece que, por diversas razones, Esparta a partir de finales del siglo III, se convirtió cada vez más en una polis griega normal.

Nabis cultivó las relaciones diplomáticas con la nueva potencia en la escena griega —Roma—, pero había aceptado el regalo de Argos del enemigo de Roma, Filipo V de Macedonia. Después de la derrota de Filipo en 197 (capítulo 10) el general romano Flaminino, para realzar la posición de Roma entre sus aliados griegos, traicionó la amistad de Nabis e invadió Laconia con el pretexto de liberar Argos, donde Nabis había abolido las deudas y redistribuido la tierra; una vez más la reforma social parece haber tenido objetivos pragmáticos antes que idealistas; y la oposición fue motivada por el deseo de que no se perjudicara a los aliados. Esparta perdió otra vez mucho del territorio perieco que le quedaba. Nabis intentó recuperarlo en 193, pero fue asesinado. Esparta sucumbió ante el general aqueo Filopomene, que había luchado en Selasia. Las ambiciones espartanas fueron finalmente neutralizadas con su incorporación a la liga aquea en 192, y su historia independiente llegó a su fin, aunque tampoco esto significó el fin de la agitación en el Peloponeso.

ATENAS Y MACEDONIA A PARTIR DE 239 a. C.

Atenas desde 239 hasta 192 a. C.

LA descripción de Atenas por «Heráclides» no puede ser fechada con precisión; incluso si es exacta, es difícil decir si pertenece a un período de dominio macedónico o a una época de libertad. Junto a sus monumentos clásicos, dice el autor, la ciudad tiene festivales para deleitarse, filósofos para entretener y comida de primera clase, aunque no muy abundante (1. 1-2, Austin 83). Cualquiera que fuera su suerte política, la ciudad tenía una elevada reputación en lo cultural.

Después de haber sufrido los intentos de los aqueos de separarlos de Gónatas y su guarnición, los atenienses soportaron nuevos ataques durante la «guerra de Demetrio», que duró todo el reinado de Demetrio II de Macedonia (r. 239-229). Se puede imaginar lo que esta intermitente perturbación significó para la vida ática a partir de la interrupción constatada en las festividades de Rhamnunte en la costa noreste.[360] En Atenas el culto de Antígono Monoftalmo y de Demetrio Poliocertes fue reinstaurado, pero no podemos suponer que todo el cuerpo ciudadano, o todos los miembros de la élite política, soportaron alegremente el dominio macedónico. A su vez, las incursiones aqueas pudieron crear resentimiento, pues cuando Arato fue derrotado (entre 235 y 232) y los rumores de su muerte llegaron a Atenas, hubo un regocijo prematuro. La hostilidad que parece haber suscitado su persona —al menos entre algunos ciudadanos— puede explicar por qué Atenas no lo apoyó contra Esparta un decenio después.[361]

Atenas recuperó su libertad en 229. Después de la muerte de Demetrio II, el gobernador macedonio Diógenes, que puede haber sido un ciudadano ateniense encargado de sus conciudadanos, entregó El Pireo, Salamina y Ramnunte a la ciudad. Arato después afirmó haber desempeñado un gran papel en esto (Plut. *Arat*. 34; Paus. 2. 18. 6), pero probablemente exageraba su parte.[362] Los ateniense habían estado bajo dominio directo durante treinta y tres años; sin embargo, quizá una razón de mayor celebración era la liberación de El Pireo después de no menos de sesenta y seis años de ocupación.

Para preservar su libertad, los atenienses adoptaron una neutralidad oficial; en realidad se pusieron del lado de su aliado de la década de 260, el Egipto ptolemaico, esperando presumiblemente que esto disuadiría la agresión macedónica.[363]

> Los atenienses se vieron libres del temor que les infundían los macedonios y dieron la impresión de disfrutar con firmeza de su libertad. Habían nombrado magistrados supremos a Euríclidas y a Mición, y no intervinieron para nada en las cuestiones de los demás griegos. Fieles siempre a las directrices de sus jefes, o más bien a sus caprichos,

adularon a todos los reyes y, más que a todos, a Ptolomeo. Pasaron por decretos y proclamas de todo género e hicieron caso omiso de lo razonable, debido todo a la simpleza de sus gobernantes.

(Polibio, 5. 106. 6-8)

La vehemencia de Polibio puede deberse a que creía que los atenienses no deberían haber permanecido neutrales, sino que deberían haberse unido a la liga aquea, y así Arato no habría tenido que realizar un giro de 180 grados y llamar a los macedonios en su ayuda. El interés propio era, sin embargo, el principal motivo de los atenienses, sin duda acertadamente; además, ellos no sentían simpatía por Arato después de su invasión del Ática.[364]

La neutralidad fue suavizada por la diplomacia. En 226, como lo muestra un decreto (ISE 28),[365] los atenienses encargaron al filósofo aristotélico Pritaneo de Corinto negociar con Antígono, quizá para conseguir el reconocimiento de su libertad; no hay constancia de que su petición tuviera éxito. En un corto tiempo, en respuesta a la demanda de ayuda de los aqueos, Dosón resucitó la liga helénica de Filipo II y Demetrio I, que ahora comprendía a la mayoría de los estados griegos centrales (*Staatsv*. iii, p. 507; cf. Polib. 4. 25-26, Austin 58). Presumiblemente en reacción, poco después, los atenienses votaron honores tales para Ptolomeo II que sólo tenían parangón con los votados para los Antigónidas en 307. Entre otros honores, el culto de Ptolomeo fue agregado al panteón, se creó una nueva tribu de Ptolemaidas, formada por una *dême* de cada una de las demás, y una nueva de Berenícidas (llamada así por la reina) y se aumentó la *boulé* a 650 miembros.[366]

Aproximadamente por la misma época, los atenienses fortificaron las murallas de su ciudad y las de sus *demes* rurales.[367] Su política de neutralidad, vinculada con los políticos Euríclidas y Mición, les ahorró compromisos en las guerras macedonias y romanas de 222-205 (véase el capítulo 10), e incluso la toma romana de Egina en 210 y su entrega a los etolios (que la vendieron a Átalo de Pérgamo) no les llevó a tomar partido, sino antes bien a unirse a los intentos fracasados de mediación bajo la égida de Ptolomeo IV en 209 (Livio, 27. 30. 4-6). Aunque el nombre de la ciudad aparece en el texto de la paz de Fenice, esto puede haber sido una falsificación. No obstante, en poco tiempo la neutralidad se haría imposible.

En 201, una escaramuza diplomática con los acarnanios aliados de Filipo V, quizá provocado precipitadamente por los atenienses, desató feroces incursiones en el Ática de aquellos acarnanios con ayuda macedonia. Livio ve sus efectos en graves términos: «el ejército… comenzó a pasar a hierro y fuego el Ática, regresando después a Acarnania con toda clase de botín» (31. 14. 7-10). En efecto, la opinión antimacedonia se impuso entre los atenienses. Declararon la guerra a Filipo y abolieron dos tribus antigónidas (como habían hecho en aquellas ocasiones en que habían asegurado su libertad de Macedonia). Las referencias a los Antigónidas fueron borradas de los documentos oficiales, se agregaron maldiciones a las oraciones

públicas y se prohibió la entrada al Ática a los macedonios (Livio, 31. 44. 2-9). Como Átalo I de Pérgamo estaba en Atenas en ese momento para buscar auxilio militar contra Filipo, y como su llamado tuvo éxito, los atenienses aprovecharon la oportunidad para crear una tribu de Atálidas y un *demes* de Apolónidas (en honor a la reina Apolonis), y agregar el culto del rey al panteón epónimo. La moneda de los honores cultuales se estaba devaluando un poco, pero los ánimos estaban caldeados y los atenienses no podían esperar misericordia de Filipo.[368]

Los atenienses enviaron un emisario a Roma en busca de ayuda. Más tarde esto sería utilizado por los romanos para justificar su entrada en Grecia, pero no era el motivo principal ni la causa de su guerra contra Filipo. Para los atenienses era un paso sensato, pues en 200 un ejército romano brindaba la única protección confiable frente a los ejércitos macedonios que incluso penetraron hasta la Academia, apenas extramuros de la ciudad (Polib. 16. 27. 1; Livio, 31. 16. 2). Poco después, Filipo mismo penetró en la ciudad a la cabeza de su ejército; una vez más fueron los aliados de Atenas, esta vez las tropas pergamenses así como romanas, las que los sacaron del aprieto (Livio, 31. 24. 4-25. 2). Sin embargo, subsiguientemente, la guerra se trasladó a otros teatros, y los atenienses volvieron a un estatus menor entre los adeptos de Roma. El duro acuerdo impuesto a Filipo en 196 y la declaración de Flaminino de que los griegos debían ser libres, marcó el fin de la amenaza macedonia para la Grecia meridional.

Durante todo el siglo II los atenienses permanecieron leales partidarios de Roma, convirtiéndose probablemente en aliados formales entre 191 y 188. Durante cien años no predominó una posición contraria. Fue un notable siglo de paz para Atenas,[369] lo cual puede querer decir realmente que aquellos que apoyaban a Roma eran la sólida mayoría, quizá con más seguridad que cualquier otra polis.

Los últimos Antigónidas (239-168 a. C.)

En Macedonia, Demetrio II (r. 239-229), durante su confuso reinado, se vio fuertemente involucrado en Grecia, lo que comprendió intervenciones en Acarnania, Argos, Grecia central y el noroeste.[370] Su muerte prematura dejó a Antígono Dosón (r. 239-221) como regente del joven Filipo V. Después de defender con éxito el reino frente a la invasión de los dardanios, etolios y tesalios, Dosón fue hecho rey con Filipo como su hijo adoptivo y heredero. Perdió el control de Atenas al comienzo, pero supervisó la reconstrucción de la liga tesalia, restableció su influencia en Caria en Asia Menor occidental (quizá como futura provincia para Filipo) y, como hemos visto, lanzó una expedición clave contra Esparta que hizo de Maeedonia la potencia decisiva en el Peloponeso. Parece haber aprendido de la experiencia de Demetrio II e hizo buenos planes administrativos,[371] pero a su muerte la entrega del poder a un

joven de diecisiete años debió probablemente cambiar el ritmo y el carácter del gobierno.

Filipo V (r. 221-179) demostró su valor luchando contra los vecinos no griegos de Macedonia, y después combatió en la guerra «social» (i.e. la guerra de los aliados, 220-217) contra los etolios, los espartanos y los elianos. Sus intentos de ampliar la influencia macedónica hasta el Adriático, y su alianza con Aníbal de Cartago, lo llevó al conflicto con Roma, que culminó en la primera guerra macedonia (211-205) contra Roma y los etolios y la segunda (201-197) contra una coalición de Roma, Egipto, Pérgamo, Rodas, Bizancio y Etolia. En ambas guerra fue derrotado y sometido a tratados de paz desventajosos. Aunque se convirtió en aliado de Roma y pudo reconstruir su poderío militar, despertó sospechas, como muchos de los aliados de Roma. Después de ejecutar a su hijo Demetrio por traición, murió inmediatamente y dejó el reino a Perseo(r. 179-168).[372]

A su vez, Perseo, al conseguir renombre en su patria por sus campañas en Grecia septentrional y central, se convirtió en objeto de temor romano; fue depuesto, y se abolió la realeza en la tercera guerra macedonia (172-168); murió después cautivo en Italia.[373] El reino fue dividido en cuatro repúblicas y en 146 se convirtió en una provincia romana.

LOS LIMITES DEL PODER MACEDÓNICO

LOS argumentos que señalan un empobrecimiento de Macedonia al inicio del reinado de Gónatas no son tan sólidos como los historiadores han presumido con frecuencia. Antes se ha sugerido que, aunque los gálatas fueron los invasores más importantes de Grecia desde Jerjes, los efectos de sus campañas habrían sido exagerados y que su importancia habría dado oportunidades a los reyes para demostrar su pericia militar. Antígono Gónatas no estuvo solo en sus esfuerzos por mantener un perfil cultural destacado entre sus homólogos. Había una larga tradición de actividad cultural e intelectual dentro y en torno a la corte helenizada. Se dice que Filipo V gustaba de los epigramas y que ordenó que se hicieran copias de la historia de Filipo II por Teopompo (FGH 115 fr. 31). Se edificarían templos para los nuevos cultos de los fundadores de ciudades en Filipoi, Tesalónica y Demetria. Hacia 187 un templo para el dios egipcio Serapis había ya existido por algún tiempo en Tesalónica (Burstein 72). Los Antigónidas hacían ofrendas en Délos, donde, bajo el reinado de Filipo V, había suficientes residentes macedonios para formar una *koinon* y dedicar una estatua al rey, que edificó una stoa:[374]

> El *koinon* de los m[ace]don[ios] (honra)
> al rey Fi[lipo hijo del rey]
> Demetrio por su v[irtud].
> y su buena voluntad [hacia Apolo?]
>
> (*Syll3* 515; Choix 55)[375]

Estos ejemplos aislados, algunos posteriores a la década de 220, refuerzan la idea de que el estado macedonio posterior a 277 distaba de estar en la bancarrota. Las dificultades para controlar Grecia meridional tenían más que ver con el fragmentado paisaje político y las tradiciones de independencia local que con una debilidad inherente en el norte. Incluso Filipo II tardó veinte años en sojuzgar a los griegos. El hecho de que después de Demetrio Poliorcetes pasase medio siglo sin que un ejército macedonio tomara la ofensiva en Grecia[376] no significa que el estado fuera débil. Dado el costo de conservar las «cadenas», habría sido sorprendente encontrar además a sus ejércitos en una campaña continua con gran costo en el sur. Sin embargo, algunas importantes ciudades-estado griegas permanecieron independientes durante largos períodos.

Los reyes macedonios no se esforzaron demasiado por establecer un control completo de la Grecia meridional, y no parecen haber estado excesivamente preocupados por la presencia de bases ptolemaicas en las fronteras de su territorio. Estas consideraciones sugieren que su interés era principalmente excluir a los otros

reinos de obtener ventajas comerciales o militares al tener un libre acceso a Grecia, e impedir el crecimiento o resurgimiento de potencias peligrosas (Atenas, Etolia) en Grecia. El empleo de guarniciones bien situadas y de tiranos títeres para gobernar las ciudades fueron modos eficientes de estabilizar el control indirecto.

5. LA RELIGIÓN Y LA FILOSOFÍA

ATENAS, la ciudad principal de la antigua Grecia, perdió periódicamente su independencia en el siglo III, pero mantuvo su primacía entre los estados griegos por sus escuelas filosóficas, y en ciertas fases del período helenístico vemos a los filósofos participando en la vida pública. Este capítulo intenta mostrar el contexto social de la filosofía griega en este período, pero primero examinará los cambios en otros sistemas de creencias más antiguos.[377]

Desde los días de los primeros pensadores, los presocráticos, los filósofos habían tratado de vincular al supremo guardián divino del universo en el discurso teológico y mitológico con el orden universal observable a su alrededor. Sus argumentos se formulaban en buena parte en términos religiosos; era apropiado que los hombres honraran a los dioses con templos, estatuas y juegos. Desde entonces la filosofía se había desarrollado como un discurso complejo, mientras que la religión continuaba evolucionando según se desarrollaba la polis.

En el período helenístico la religión y la filosofía todavía se influían y se tomaban en cuenta mutuamente. Cada discurso tenía que adaptarse para abordar la existencia de las nuevas monarquías, los cambios en el papel de la ciudad-estado y las opciones que tenían los miembros de la élite. ¿Era adecuado que los ciudadanos honraran a los dioses ahora, incluso suponiendo que estuvieran dispuestos a hacerlo? ¿Qué deberes tenían los ciudadanos con sus conciudadanos y con otros miembros de la raza humana?

Se ha sugerido con frecuencia que los cambios observables en la religión y la filosofía reflejaban cambios fundamentales y cruciales de perspectiva, y muchos escritores han supuesto una ruptura de las certezas existentes en una era de rápido cambio. Los datos arqueológicos, epigráficos y literarios, sin embargo, sugieren continuidades antes que discontinuidades. La posición adoptada aquí es que el mundo no cambió tan radicalmente como algunos creen, y por tanto, tampoco la religión y la filosofía.

EL CAMBIO RELIGIOSO

EL mundo religioso de la polis clásica ha sido objeto de una intensiva investigación, y muchas nuevas ideas se han incorporado en los años recientes. Los estudiosos subrayan las diferencias entre la religión antigua y la moderna, particularmente respecto al cristianismo. La religión griega, que era politeísta, era ante todo una religión que implicaba transacciones prácticas entre el adorador (o la comunidad, o su representante) y los poderes divinos. Los dioses tenían que ser aplacados o reverenciados, y esto tenía que ser hecho en la forma debida, con las palabras y las acciones rituales apropiadas (como los sacrificios). La fe, en el sentido del compromiso emocional o filosófico del adorador la existencia de un dios particular o de un código moral particular, no era esencial como hoy en día; había poca discusión (a excepción quizá de los filósofos) sobre si los dioses existían, aunque podría haber debates sobre si un dios en particular era una «verdadera» deidad o no.[378] Tampoco la adhesión a un culto determinado excluía a uno de la adoración a otros dioses. No había textos sagrados análogos a la Biblia o al Corán. Los primeros poetas eran mencionados como autoridades, en cierto sentido, para el corpus constantemente cambiante de mitos o leyendas (*mythoi*, «historias»; *logoi*, «cuentos») que expresaban narrativamente las relaciones entre los dioses y los humanos y en cierto modo proporcionaban modelos para la acción. Casi ningún culto ofrecía un código moral completo que se supusiera válido para todos los hombres. Los cultos particulares no implicaban teorías particulares sobre la creación del mundo. La religión sobre todo era práctica, aunque «práctica» podría comprender el simplemente «estar presente» cuando se celebraban los rituales importantes y tomar parte en las festividades.

Las doce deidades olímpicas eran esenciales en la religión clásica; de entre ellos se escogía a los dioses protectores de las ciudades particulares: Atenea en Atenas, Apolo en Corinto, y así sucesivamente. Con frecuencia la deidad protectora llevaba un título especial: Atenea como guardiana de Atenas era llamada Atenea Polias (de la ciudad), pero figuraba en la Acrópolis como Atenea Partenos (virgen) y Promacos (la guerrera); en Tegea en el Peloponeso se la identificaba con la diosa local y se convirtió en Atenea Alea. Los olímpicos eran reverenciados con templos y estatuas de piedra, aunque sus santuarios (recintos sagrados) también contenían monumentos a otros dioses. También los principales rituales religiosos de las ciudades clásicas eran los que tenían presentes a los olímpicos.

Un segundo estrato de la práctica cultual clásica comprendía a los «héroes» de estatus semidivino, que iban desde las grandes figuras de la leyenda homérica hasta las personas reales (difuntas) elevadas al estatus cultual por conferir beneficios especiales a la comunidad, tales como el fundador (*oikistês*) de una ciudad. Un héroe o heroína usualmente tenía un vínculo especial con una ciudad o región particular,

como era el caso de los reyes de Atenas, el primero y el último, Ericteo y Codro, y las figuras homéricas de Helena y Menelao en Esparta.

Mantener estos dos tipos de culto era defender el poder y la seguridad de la ciudad y construir una identidad colectiva para la comunidad. En teoría al menos, estos cultos exigían la fidelidad y la participación de todos los ciudadanos y, cuando era conveniente, de sus mujeres y sus hijos.

Finalmente, gran parte del espacio social en que los griegos actuaban estaba marcado, de modo más bien local, por una completa geografía de lugares sagrados y monumentos, como el culto a las ninfas en las fuentes o las figuras estilizadas de Hermes que a veces estaban en las esquinas de la calle.

En cambio, el período posterior a la muerte de Alejandro, quizá más que ningún otro en la historia griega, se presta a una (hiper) interpretación como época de crisis religiosa. En muchas descripciones generales del período se habla de una decadencia en las creencias tradicionales y de un auge del escepticismo, el agnosticismo y el ateísmo. Por lo visto, inconscientes de la paradoja, los historiadores (incluso los mismos) perciben un aumento de la superstición, del misticismo y de la astrología, así como del culto del soberano, los cultos orientales, de religiones del destino personal y la adoración de abstracciones. Estos cambios son interpretados como reacciones comprensibles a las incertidumbres de la vida en el mundo griego después de Alejandro.[379] El desarrollo religioso y el filosófico pueden ser incluso presentados como un paso lógico en el camino al cristianismo.

En primer lugar se debe hacer notar que probablemente es demasiado optimista suponer que podemos generalizar a partir de los pocos testimonios que tenemos y hablar de una época de incertidumbre. En segundo lugar, la religión griega, al igual que la filosofía, siempre se había modificado, se habían importado cultos extranjeros y aunque algunos habían sido asimilados mediante la identificación de la nueva deidad con alguno de los dioses olímpicos, otros ocuparon un lugar junto a ellos en el calendario del ritual religioso. En consecuencia no es posible reconstruir una «religión griega» definida (como ocurriría restringiéndola a los dioses con nombres griegos), ni declarar que cualquier culto practicado en las comunidades griegas era no griego. En tercer lugar, existe el peligro de imponer términos anacrónicos o cristianizados al describir incluso los rasgos más elementales de la religión antigua.[380] Por ejemplo, Walbank en un pasaje parece ver los cambios en las creencias y los rituales como un fenómeno superficial:

> Las viejas certezas habían desaparecido y aunque los antiguos ritos se cumplían con celo en la convicción de que la tradición debía ser preservada, muchas personas eran agnósticas en el fondo o incluso ateas. La observancia de los rituales establecidos debe haber tenido poco significado para muchos devotos.
>
> (Walbank, HW 209)

No deberíamos divorciar la creencia de la práctica al hablar de la religión griega y sería una equivocación ver el ritual como un epifenómeno distinto de la experiencia religiosa. Además, puede considerarse que términos como «ateísmo» y «agnosticismo» contienen connotaciones cristianas, que sugieren que la religión estaba principalmente unida a un sentido de filosofía personal o incluso de destino personal. Hoy algunos ateos y agnósticos prefieren no ser considerados meramente como aquellos que niegan ciertas proposiciones sobre la existencia de Dios, sino como los que hacen enunciados positivos sobre la relación entre los seres humanos y el cosmos, en la convicción de que su posición es más «racional» y por tanto más propicia a la felicidad colectiva e individual. Los indicios de tales ideas en el pensamiento griego son escasísimos; probablemente una pequeña minoría entre los miembros educados de la élite que estaban en contacto con las obras de los filósofos podrían haber formulado enunciados de este tipo.

Tampoco deberíamos tratar de explicar los cambios principalmente en términos de, por una parte, las «necesidades» emocionales de los súbditos, ni, por otro, la cínica manipulación de los gobernantes. En su estudio del culto imperial romano Price ha mostrado que ni una explicación «objetiva» (en términos de ceremonias, resoluciones, personal, etc.) ni una «subjetiva» (en términos de necesidades emocionales o cálculos manipuladores) es adecuada de por sí.[381] Deberíamos dejar de lado la presunción de que el lenguaje y el ritual religiosos tienen un significado (aunque no uno determinado) para los implicados, y examinar los nuevos procesos en términos de su ubicación social y de lo que nos dicen sobre las relaciones en la sociedad.

El culto del soberano

Una de las características de esta época que se debate con mayor frecuencia, que se supone uno de los signos más visibles de innovación y de una crisis de la religión tradicional, es el culto del soberano. Es importante desde el comienzo hacer dos precisiones, una que tiene que ver con la naturaleza de la religión griega, y la segunda con el desarrollo efectivo del fenómeno.

En primer lugar, los honores divinos no son lo mismo que la deificación, tal como Préaux ha demostrado con particular claridad.[382] Un testimonio del primer caso conocido de honores divinos que rindió una ciudad a uno de los sucesores de Alejandro aparece en la respuesta de la ciudad de Skepsis a la carta de Antígono de 311 a. C.:

> A fin de que Antígono reciba honores dignos de sus hazañas y se vea que el pueblo le da las gracias por el beneficio que ha recibido, vamos a señalar un *temenos* (recinto sagrado) para él, edificar un altar y establecer una estatua para el culto tan bella como sea

> posible, y haremos que el sacrificio, la competición, el uso de la guirnalda y el resto del festival sean celebrados cada [año] en su honor tal como era antes. Vamos a [coronar]lo con una corona de oro [que pese] 100 [estáteros] de oro…
>
> (Austin 32, BD 6, OGIS 6)

Aquí se asocia a un general vivo (que aún no ciñe la corona real) con un festival existente. Esto no está lejos de la deificación; probablemente Antígono no era considerado un dios, pero recibía el mismo tipo de honores que los dioses y los héroes. De forma parecida, cuando la estatua de Átalo I fue colocada junto a la de Apolo en el agora de Sición (Polibio, 18. 16), esto no lo convirtió en un dios. Ni tampoco el compartir el templo con un dios, como cuando Átalo III (r. 138-133) fue venerado en su ciudad natal, Pérgamo. La mayor parte del preámbulo que explica las obras benéficas del rey se ha perdido, pero el inicio del decreto propiamente dicho se conserva:

Con buena fortuna, el consejo y el pueblo han resuelto:

Coronar al rey con una corona de oro precioso, y consagrarle una estatua suya de cinco codos, vestido de armadura, de pie, sostenida por perros en el templo de Asclepios Soter, de modo que sea el cotemplario (*synnaos*) del dios; y poner una imagen ecuestre de oro suya sobre una columna de mármol junto al altar de Zeus Soter, para que la imagen quede en la posición más destacada en el agora.

> Y cada día el *stephanêphoros* («portador de la corona», magistrado superior) y el sacerdote del rey y el *agônothetês* (funcionario encargado de las fiestas) deben quemar incienso al rey ante el altar de Zeus Soter. Y el octavo día (de cada mes), en el cual llegó a Pérgamo, será sagrado todo el tiempo, y en ese día, cada año, realizará el sacerdote de Asclepio una procesión, la más bella posible, desde el *prytaneion* (cámara del consejo ejecutivo) al santuario de Asclepio y el rey, las personas que suelen ir juntas en procesión.
>
> (OGIS 332, líneas 5-17)

A la larga lista de honores sigue una descripción (líneas 17-62) de la participación de los magistrados en el sacrificio y su financiación. Se establecía la redacción de las inscripciones que iba a ser grabada en la estatua y en la «imagen». El rey debía ser coronado cada vez que llegara a Pérgamo («nuestra polis») por «el *stephanêphoros* de los Doce Dioses y del Dios, del Rey Eumenes» (adviértase que es el difunto rey, no el viviente, quien es considerado dios); el texto incluye las palabras de las plegarias ofrecidas por su salud, su seguridad, victoria y fuerza y para la preservación de la monarquía, y de las respuestas oficiales por el personal designado portando o usando los objetos apropiados. Se dan los detalles de los sacrificios por realizar en el aniversario de la llegada del rey por cada una de las tribus de la ciudad, y su financiación, otra vez con las plegarias y respuestas específicas. Hay prescripciones algo vagas para otros sacrificios en su honor en la stoa real, el altar de Hestia del

Consejo, y el de Zeus del Consejo. El rey debía ser agasajado por los generales. Una copia del decreto debía ser dada al rey con (por llamarla así) una carta de presentación formal, el cual debía ser grabado en una estela en el santuario de Asclepio e incorporado a las leyes de la ciudad.

Nada aquí indica que hubiera una divinización como tal, tampoco el rendir honores de culto a individuos en vida o después implica necesariamente que fueran considerados como dioses del mismo modo que lo eran Zeus o Atenea.

En segundo lugar, es necesario trazar una línea divisora entre el «culto del soberano cívico», establecido (en teoría voluntariamente) por las ciudades, y el «culto regio del soberano», promovido o fundado por el propio rey. Por ejemplo, antes del reinado de Antíoco III no había un culto organizado centralizadamente de los reyes y reinas seléucidas, aunque hubo cultos locales cívicos a partir de Seleuco I en adelante. Todavía no se había considerado como un dios a ningún Seléucida viviente; los reyes fundaban el culto de sus predecesores. Bajo Antíoco III, sin embargo, apareció una innovación importante. Se preservan varias copias de un edicto de 193 grabadas en piedra, evidentemente distribuidas por todo su imperio, incluida una en Laodicea-Nihavend en el oeste de Irán (Austin 158)[383] y otra en Eriza en Frigia. Allí Antíoco planteaba la organización administrativa de un nuevo culto de Laodicea, centralizadamente organizado pero que funcionaba en todo el reino:[384]

> El rey Antíoco a Anaximbroto, saludos.
>
> Como deseamos aumentar aún más los honores a nuestra hermana y reina Laodicea, y como pensamos que es importante hacerlo porque vive con nosotros amorosa y solícitamente, y se muestra reverente hacia los dioses (*to theion*), hacemos con amor en todo momento las cosas que es adecuado y correcto que ella reciba de nosotros, y ahora hemos decidido que así como hay en todo el reino sumos sacerdotes designados para nuestro culto, así también sean nombradas en los mismos distritos sumas sacerdotisas de ella, que lleven coronas de oro con su imagen y cuyos nombres sean mencionados en los contratos después de los de los sumos sacerdotes de nuestros ancestros y nuestros.
>
> Por tanto, como en los distritos bajo nuestra administración ha sido nombrada Berenice, la hija de nuestro pariente Ptolomeo, hijo de Lisímaco, para ver que todo sea hecho según lo que se ha escrito antes, y guardar copias de las cartas, grabadas en estelas, puestas en los lugares más destacados, de modo que tanto hoy como en el futuro sea evidente para todos también nuestra política hacia nuestra hermana en este asunto.
>
> (RC 36 (cf. 37), BD 131, OGIS 224)

A partir de este texto sabemos de paso que el propio rey estaba ya recibiendo honores semejantes. La lista de cultos dinásticos inevitablemente se hizo más larga a medida que pasaba el tiempo; una inscripción de Seleucia de Pieria bajo Seleuco IV detalla una serie de sacerdocios de diferentes miembros difuntos de la familia real (Austin 177, OGIS 245).[385]

Los términos y los conceptos de la religión han sido utilizados tradicionalmente para honrar a los hombres descollantes. Rendir honores divinos a los humanos distaba mucho de ser algo nuevo. El reformador Licurgo de Esparta (que, si existió, podría

haber vivido a inicios del siglo VII) fue adorado como un dios, según Heródoto (1. 66.1). Los fundadores de las ciudades-estado fueron habitualmente adorados como «héroes» después de muertos, y ocasionalmente cuando todavía vivían. Los ejemplos invariablemente citados en este último caso se refieren a los jefes espartanos Brasidas y Licandro, honrados por las ciudades recientemente aliadas a Esparta durante y después de la guerra del Peloponeso. Es relevante que los reyes griegos en el período clásico, tal como en Esparta y Macedonia, afirmaran descender de los dioses. Es posible ver el culto del soberano esencialmente como un producto del mundo de la ciudad-estado griega; era completamente coherente con la religión griega tradicional.[386] Se ha sugerido a veces que la adoración del soberano seléucida comenzó estimulada por la práctica del Oriente Próximo; esto ha sido rebatido puesto que hay testimonios de que no hubo una adoración «nativa» de los Seléucidas en Babilonia e Irán, sólo plegarias tradicionales «por la vida del rey».[387]

En esta etapa la adoración del culto podía ser exigida por el soberano y claramente era una fuerza poderosa que debía ser aprovechada al máximo. La única oposición registrada a los honores divinos fue expresada en vida de Alejandro. Según Arriano (4.10-12, Austin 11), cuando Alejandro quiso que sus generales se prosternaran ante él, Calístenes y otros intelectuales «cortesanos» debatieron si Alejandro, en particular, y los humanos, en general, eran dignos de honores divinos. Es dudoso que dispongamos de un acta de un debate real.[388] El orador ateniense Hipérides protestó en 323 porque sus conciudadanos hubieran sido obligados «a ver sacrificios celebrados para hombres, (mientras) que las estatuas, altares y los templos de los dioses (eran) descuidados» (*Epitafios* [*Oración fúnebre*] 6, 21); pero al igual que posteriores objetores estaba expresando su disgusto por la indignidad del receptor presente antes que oponiéndose a los honores divinos por principio. No hay signo de oposición basada en la presuposición de que el culto del soberano fuera en sí mismo indignante y sacrílego.[389]

Alejandro parece haber creído ser un descendiente del héroe semidivino Aquiles, y posteriormente haberse considerado hijo de Zeus. Con todo, no fue sino hasta avanzado el reinado de Ptolomeo I, quizá en la década de 290, cuando Alejandro fue adorado como un dios.[390] En este momento ningún rey vivo era tenido por un dios, aunque los reyes recibían honores divinos: la liga de los insulares había sido la primera (quizá hacia 305/304) en decretar para Ptolomeo I «honores igual a los de los dioses» (o así era afirmado alrededor de 280: Austin 218, Burstein 92, *Syll3* 390).

La divinización de los Ptolomeos comenzó cuando Ptolomeo II Filadelfo, después de haberse convertido en el único rey, proclamó dios a su difunto padre, Ptolomeo I Soter. Con la muerte de la tercera y última esposa de Soter, Berenice, en 279, Filadelfo fundó un culto conjunto para ambos como dioses salvadores e inauguró el festival de la Ptolomea en su honor, cuya importancia puede apreciarse en un decreto de los samios para el rico conciudadano Bulágoras en la década de 240:

y (puesto que) durante el presente año se había enviado una delegación de emisarios sagrados a Alejandría, él [Bulágoras] —sabiendo que el pueblo da la mayor importancia a los honores rendidos al rey Ptolomeo (III) y a su hermana reina Berenice, ya que los fondos para sus coronas y los sacrificios que los sagrados emisarios debían realizar en Alejandría eran limitados, y no había dinero para pagar los gastos de viaje del jefe de la embajada sagrada y los sagrados emisarios que debían traer las coronas y realizar los sacrificios, y no había ninguna fuente inmediata de dinero disponible, y deseando que ninguno de los honores antes decretados para el rey, la reina, sus parientes y ancestros fueran omitidos— prometió que adelantaría el dinero para ese fin de sus propios recursos, el cual sumaba poco menos de seis mil dracmas…

(Austin 113, BD 64, SEG i. 366)

Posteriormente, Filadelfo se asoció junto con su hermana Arsinoe al culto de Alejandro como *Theoi Adelphoi*, «dioses hermanos» (P. *Hib*. 199).[391] Fue la primera vez que un monarca vivo era hecho dios. Arsinoe fue convertida en «diosa cotemplaria» (*symnaos theos*) en todos los templos de las deidades egipcias, y se destinaron ciertas rentas reales a financiar el culto.[392] Pese a que la iniciativa real estaba detrás de estos cultos, había un precedente egipcio de culto del soberano; de modo que el culto real de los Ptolomeos, tal como era practicado y está documentado en los templos egipcios autóctonos, se desarrolló con cierta autonomía, adaptando la práctica faraónica anterior a las nuevas exigencias.[393]

En Atenas, Antígono I y Demetrio I fueron honrados como salvadores después de capturar (o «liberar») la ciudad en 307. «Salvador» era un título lleno de resonancias cultuales y era apropiado para Zeus, y entonces o poco después de esto adoptaron o aceptaron el título de reyes (Plutarco, *Demetrio*, 10; Austin 34). Se realizaron más honores divinos en 291 o 290 cuando Demetrio entró en la ciudad en el momento de la celebración de los misterios eleusinos. Fue recibido por coros que cantaban en su honor (Demócrates, FGH 75 frag. 2 = Ateneo, 6. 253b-c) y uno de los himnos es citado por Ateneo, citando al historiador contemporáneo Duris de Samos:

¡Cómo los más grandes de los dioses y los más queridos
han llegado a la ciudad!
Pues en este momento a Deméter y a Demetrio
la ocasión propicia ha traído al tiempo.
Ella por su parte ha venido para celebrar
los solemnes misterios de Coré,
mientras que él lleno de alegría, como conviene a un dios,
hermoso y sonriente está aquí.
Su apariencia es venerable, todos sus amigos a su alrededor
y él mismo en medio,
semejantes los amigos a los astros,
aquél al sol.
¡Oh hijo del dios más poderoso Poseidón
y de Afrodita, salud!
Pues los demás dioses
o están lejos o no tienen oídos
o no existen o no nos prestan atención;
en cambio a ti te vemos aquí presente,

no estás hecho de madera ni de piedra,
sino que eres verdadero.
Por ello te suplicamos a ti:
en primer lugar consigue la paz, tú el más querido;
pues tú tienes la potestad.
Y después la Esfinge que domina no sólo sobre Tebas
sino sobre toda Grecia,
Etolia la que se sienta sobre una roca
como la antigua,
que se lleva nuestros cuerpos tras arrebatarlos
y que yo no puedo combatir,
pues es propio de los etolios el arrebatar lo de los vecinos
y ahora incluso también lo que está más lejos;
sobre todo castígala tú mismo,
y si no, encuentra un Edipo que la precipite
desde lo alto o que la convierta en ceniza.

(Duris FGH 76 frag. 13= Ateneo, 6. 253d-f, Austin 35, Burstein 7)

Algunos historiadores han afirmado con toda seguridad que el himno revela una difundida incredulidad en la existencia de los dioses. Se toma la sustitución de un nuevo dios, que es patentemente un simple mortal, como evidencia de la decadencia religiosa, la irracionalidad, la manipulación cínica de la religión con fines políticos o —de modo algo paradójico— una combinación de todo lo anterior. Deberíamos recordar que el himno ha quedado sólo porque un autor tardío lo cita a partir de una obra perdida de Duris, un autor antimacedonio. No hay garantía de que haya sido ejecutado de la manera como dice Ateneo. Incluso si así fuera, y si Duris quería que lo tomemos como una prueba de escepticismo (lo cual es dudoso), ¿podemos estar seguros de que el poeta era un escéptico frente a los antiguos dioses o que estaba incurriendo en la adulación? Aun si éste hubiera sido un escéptico, ¿lo serían los miembros de su audiencia? Si hubieran sido escépticos ¿serían representativos de su época? De seguro que no todos los atenienses aceptaban que fuera correcto ofrecer esos honores tan efusivos a Demetrio en 306 y 302; Plutarco nos dice que el poeta Filípides de Cefale atacó estas medidas (Plut. *Demetr*. 12. 4, 26.3).

El lenguaje del himno, de hecho, contradice la idea de una pérdida de la fe. Cuando el poeta dice «no existen», difícilmente está sugiriendo la inexistencia de todos los dioses: invoca a no menos de cuatro, e implícitamente hace de Demetrio un dios. Antes bien, así como algunos dioses están demasiado lejos o son sordos o indiferentes, otros pueden no ser dioses verdaderos. El lenguaje es el de la religión tradicional (tal como en los himnos de Calimaco [capítulo 7]), pese a su deliberado carácter literario y a su reformulación de los antiguos mitos, son todavía expresiones religiosas reales. Tampoco el lenguaje es necesariamente más racional que las antiguas formulaciones; está usando un marco racional diferente. Por último, el pasaje clave es de seguro el pedido de ayuda contra los etolios, que han tomado el control del oráculo de Delfos y hecho una alianza con Tebas.[394] El himno tiene un claro contenido político.

Reconocemos que hay testimonios que pueden aducirse en apoyo de la idea de que, mientras el común de la gente todavía creía, los miembros de la élite se inclinaban al ateísmo. Un relato utilizado a veces para apoyar la idea de una élite sofisticada, que explotaba cínicamente las imágenes religiosas para engañar al crédulo pueblo, es el de Eumenes y el trono vacío. Plutarco nos dice que Eumenes, temiendo que sus generales macedonios lo traicionaran antes que ser dirigidos por un no macedonio, les dijo que Alejandro se le había aparecido en un sueño diciéndole que, si ellos levantaban una tienda que contuviera un trono para él, estaría presente en sus debates y los guiaría. Diodoro (18. 61) agrega que se hicieron sacrificios a Alejandro y los comandantes se prosternaron «como ante un dios»,[395] mientras que Plutarco (quizá basándose en Jerónimo) caracteriza su credulidad como «superstición» (*deisidaimonia*, *Eum*. 13). Es difícil creer que estos endurecidos jefes militares que habían servido con Alejandro fueran más crédulos que el propio Eumenes; al sugerirlo, Plutarco seguramente se complace en el nacionalismo griego a costa de los «meros» macedonios. Lo que el relato sugiere, antes bien, es que era natural para ambos interesados aceptar que Alejandro era una especie de ser divino, o divinamente inspirado o favorecido (aunque no necesariamente un «dios»). Puede haber sido sensato creer que los grandes jefes militares cuyas proezas sobrepasaban con mucho los logros de los jefes de las ciudades-estado tenían al menos el respaldo de los dioses y quizá un parentesco divino.

Esto quizá explica por qué los reyes pudieron aprovechar las formas del ritual griego existente para legitimar su dominio —aunque no debemos ver esto únicamente como un ejercicio político. Tampoco podemos afirmar que el impulso para establecer el culto del soberano vino en su mayor parte de los devotos,[396] como si fuera un reflejo de la falta de confianza en los antiguos dioses de la ciudad-estado; ni podemos verlo puramente como un mecanismo de propaganda real para promover expresiones colectivas de lealtad. Cuando una ciudad establecía un culto, debemos suponer (a falta de pruebas de lo contrario) que se trataba de algo más que de una maniobra política y de ciertos grupos tratando de ganarse astutamente el favor del rey.

En Pérgamo y Macedonia del siglo III no había culto del soberano organizado. En Macedonia esto se debía quizá a que la realeza tuvo su marco ritual y religioso establecido anteriormente. En Pérgamo, puede haberse debido a que el estado no era tan exitoso como potencia «imperial» para requerir ese tipo de creación de imágenes. La compatibilidad de lo tradicional y lo nuevo se pone de manifiesto en el caso de los rodios, quienes al menos en una ocasión estuvieron orientados por el sistema religioso griego. Antes de dar el título de Soter (salvador) a Ptolomeo I, pidieron consejo al oráculo de Amon en Egipto (Diodoro, 20. 100, Austin 39, Paus. 1. 8. 6, para el origen rodio del nombre). Después, con el asentimiento del oráculo, le dedicaron al rey un recinto sagrado (*temenos*) con stoas adyacentes, llamado el Ptolomeo. Al igual que el culto del héroe, un *temenos* es un rasgo completamente griego.[397]

Las inscripciones muestran que, además de las ciudades, hubo grupos y asociaciones que podían fundar cultos del soberano.[398] Tenemos asociaciones de mercenarios o veteranos (no monárquicos en el sentido moderno, sino «devotos de los reyes») y *philobasilistai* («amantes de la devoción a los reyes») constituidas para celebrar el culto de los reyes ptolemaicos y los dioses egipcios juntos.[399] En Tera, donde había una base naval ptolemaica, una asociación de *basilistai* hizo una dedicación a Serapis, Isis y Anubis (JG xii. 3. 443); en Tespia, en el centro de Grecia continental, había una sociedad de «cosacrificantes Philetairian», *synthytai Philetêreieis* (sic), dedicado a la memoria del fundador de la dinastía atálida —fundado, en efecto, como resultado de una donación del mismo Filetairo (OGIS 311).[400] Más tarde el rey helenizante del Pontos, Mitrídates V Eupátor (r. 120-63), dio un vaso de bronce a una sociedad de «Eupatoristai del gimnasio» (OGIS 367).

A juzgar a partir del último caso, en que las personas eran miembros del *gymnasion* de la ciudad, algunas de estas sociedades de culto no eran expresiones de piedad por parte de los plebeyos, sino parte de una red elitista de vínculos culturales no distinta del Panheleneo del emperador Adriano en el siglo II d. C. Otras no se limitaban necesariamente a la élite. Los atalaistas de Teos en Asia Menor que construyeron un santuario, el Attaleion, cerca del teatro de esa ciudad (OGIS 326), eran actores, parte de la «internacional» de artistas dramáticos de todo tipo considerados como los artesanos (*technitai*) de Dionisio. Una de las principales ramas de los *technitai* estaba radicada en Atenas. Se les concedió privilegios y protección del consejo anfictiónico que administraba Delfos, así como de los estados y los reyes; a finales del siglo II estuvieron implicados en una disputa con el gremio de los actores ístmicos, que el senado romano resolvió en favor de los atenienses.[401] La protección real, que con frecuencia contribuía a financiar las festividades de la ciudad, fue extendida a estos grupos de actores, que habrían fundado estas organizaciones cultuales para corresponder a las donaciones. Los miembros de la familia real atálida aparecen en un documento como benefactores de la rama jonia y helespóntica de los artistas (Austin 123, Choix 75).

Fuera cual fuese el talante filosófico de los individuos implicados en dichas fundaciones para el culto real, es claro que los «súbditos» griegos y los reyes helenísticos sólo podían operar dentro de los términos y los conceptos accesibles a ellos. La expresión religiosa era una fuerza tan potente como siempre. En efecto, puede haber habido más práctica religiosa y discusión sobre ésta que antes.

Las religiones «orientales» y «personales»

En general era una época de cambio religioso —como el período clásico— en la cual se amplió y creció la gama de la práctica religiosa alternativa. Algunos cultos

antiguos se difundieron en nuevos lugares. En Roma, donde Dionisio había sido introducido en el siglo V y estaba bien establecido, Asclepio fue entonces recibido con la bendición del oráculo délfico. Otra tendencia, que Asclepio ejemplifica, es la popularidad aparentemente creciente de ciertos cultos existentes; sus principales santuarios fueron dotados de costosos edificios nuevos. En Atenas el santuario de Asclepio fundado en 420/419, fue dotado de una stoa de dos plantas bajo el reinado de Alejandro.[402] En Cos, donde el sinoecismo de la polis propició la construcción de un santuario de Asclepio, los benefactores locales y foráneos lo dotaron durante la primera mitad del siglo III de nuevas stoas, un altar, templos de Asclepio y Apolo, y una fuente; en la primera mitad del siglo II, se edificaron un nuevo templo, una escalinata monumental y dos nuevos salones. El santuario recién adornado puede haber sido el escenario del cuarto *Mimo* de Heredas, en donde dos mujeres pobres realizan sus humildes sacrificios al dios.[403] Aunque era grandioso, el santuario de Asclepio de Cos nunca tuvo gimnasio, teatro o estadio propios, a diferencia del de Epidauro, donde muchos de sus grandes edificios existían ya en el siglo IV.

Una indicación suplementaria de la complejidad de estos santuarios se plasma en los testimonios epigráficos de las curaciones milagrosas. Las siguientes inscripciones son de Epidauro de finales del siglo IV:

> [Cleio] estaba preñada hace cinco años… vino como suplicante ante el [dios] y fue a dormir al santuario interior. Tan pronto como salió de él y estuvo fuera del santuario dio luz a un niño, que apenas nació él mismo se lavó en la fuente y caminó junto a su madre. Después de haber recibido este favor, ella escribió la siguiente inscripción en su dedicación: «No es la grandeza de la tablilla lo que merece admiración, sino la divinidad…».
>
> Un hombre con los dedos de la mano paralizados excepto uno vino como suplicante ante el dios, y cuando vio las tablillas del santuario no creyó en las curas y fue bastante despectivo con las inscripciones, pero cuando se fue a dormir tuvo una visión. Creyó que estaba jugando a los dados bajo el santuario y estaba a punto de lanzar los dados cuando apareció el dios, saltó sobre su mano y le estiró los dedos…Al amanecer se marchó sano.
>
> Ambrosia de Antenas, tuerta, vino como suplicante ante el dios, y mientras caminaba al santuario ridiculizaba algunas de las curaciones por ser increíbles… Pero cuando se fue a dormir tuvo un visión. Creyó que el dios estaba de pie junto a ella y le decía que le devolvería la salud, pero que ella debía dedicar al santuario como recompensa un cerdo de plata en recuerdo de su estupidez. Habiendo dicho esto abrió el ojo enfermo y vertió en él un remedio. Al amanecer se marchó sana.
>
> (Austin 126, *Syll*.3 1168)[404]

Las curas milagrosas documentadas de este tipo, también encontradas en Cos y en Lebena en Creta, posiblemente manifiestan las preocupaciones y los temores de las personas comunes y corrientes,[405] pero debemos ser cautelosos.[406] Puede haber algo de cierto en que las presuntas curaciones (entre los doctores hay actualmente un menor escepticismo que antes acerca de los efectos de los estados psicológicos sobre el cuerpo), aunque es improbable que los documentos sean informes literales de lo

que el pueblo deseaba decir. Antes que tratarse de una evidencia genuina y vernacular de creencias populares y de la vida de las personas «corrientes», las historias seguramente fueron «registradas» por los sacerdotes según las reglas de un género de expresión que exigía que las maravillas del dios fueran pregonadas (exactamente como Diodoro, 1. 25, se afana en insistir que el dios realiza verdaderas curaciones). El énfasis en refutar al feligrés incrédulo estaba patentemente dirigido a reforzar la reputación y la riqueza del santuario.

Podría pensarse que son más sintomáticas de las creencias del pueblo las maldiciones escritas en tabletas de plomo ofrendadas en los santuarios, de las cuales se han encontrado muchas más que para períodos anteriores.[407] Sin embargo, esto simplemente puede reflejar la naturaleza del registro arqueológico, y sería precipitado llegar a conclusiones sobre la difundida alfabetización o sobre la relación antitética entre las expresiones religiosas personales y el culto «oficial»; después de todo, las maldiciones se encuentran en santuarios públicos. Pueden haber sido obra sobre todo de los estratos más privilegiados de la sociedad. Es falso suponer que la magia es la provincia de las personas sencillas, tal como muestran la *Pharmakeutria* de Teócrito y los poemas de Nicandro (capítulo 7).

Junto a la popularidad (posiblemente mayor) de los cultos preexistentes, la vitalidad del sentimiento religioso se manifiesta en la adoración de los dioses que eran nuevos en el territorio griego o fueron adoptados ampliamente por los griegos en los nuevos territorios. Con frecuencia han sido tratados como una especie de cultos «orientales», pero esta categoría es a la vez demasiado amplia y demasiado limitada, pues es equivocado amontonar juntas todas las conquistas africanas y asiáticas de Alejandro como si formaran un único ámbito cultural; había muchas culturas y religiones. Una definición más rigurosa y pese a ello útil sería: cultos con nombres no griegos derivados de ciudades y centros de culto en Egipto y el Oriente Próximo, recientemente introducidos en la antigua Grecia.[408]

Muchos de tales cultos habían sido ya introducidos en Grecia antes de los días de Alejandro: La *República* de Platón (escrita a mediados del siglo IV) comienza con Sócrates yendo a El Pireo a ver a una nueva diosa, traída ceremonialmente (1. 327 a 1.3). Un templo de Isis fue fundado en El Pireo hacia 333 a solicitud de los egipcios que residían allí (*Syll3* 380).[409] Los Ptolomeos organizaron el culto a Adonis en el palacio de Alejandría (Teócrito, *Idilio* 15); Apolonio, encargado de las finanzas de Ptolomeo II, edificó un templo al dios Poremanre (un faraón divinizado) en su propiedad (*P Mich. Zen*. 84).

Uno de los cultos «nuevos» más importantes fue el de Serapis (o Sarapis) cuyo nombre combina el de dos deidades egipcias, Osiris y el buey Apis. El culto no era, como afirmaron después el historiador romano Tácito (*Hist*. 4. 83-84, Austin 261) y el biógrafo griego Plutarco (*Sobre Isis y Osiris*, 28), inventado por Ptolomeo I o Ptolomeo II para proporcionar un punto de unidad a sus súbditos griegos y nativos.[410] Serapis había recibido culto en Saqqara en tiempo de Alejandro, y la

participación macedonia se remonta su reinado, pues su funcionario Peucestes había brindado protección al santuario[411] y los hallazgos de las estatuas ptolemaicas en el santuario prueban el mecenazgo grecomacedonio. Sin embargo, un Serapis antropomorfo podría ser una innovación griega.

Un ejemplo de la difusión del culto de Serapis dentro de Egipto es la petición de un ciudadano de Aspendo al administrador Apolonio en 257 a. C.; el solicitante, que ha experimentado una curación milagrosa, lo apremia a financiar la edificación de un santuario del dios (Austin 239, PCZ 59034). Posteriormente los sacerdotes egipcios agradecen a Ptolomeo III y a Berenice, y después a Ptolomeo V, por proteger a Apis y a otros animales divinos del país (véase primero, el decreto de Canopo, Austin 222, BD 136, OGIS 56; segundo, la Piedra Rosetta, Austin 227, BD 137, Burstein 103, OGIS 90). La protección real no sólo era supuesta; los Seléucidas también concedieron mercedes a los cultos nativos, particularmente en Mesopotamia. Lo que era inesperado, y puede haber contribuido a promover la idea de que el culto acababa de ser inventado, es su rápida difusión. No es sorprendente encontrar santuarios en lugares dentro de la esfera ptolemaica, tales como Samos y otros emplazamientos militares donde servían los egipcios, pero el culto se difundió rápidamente más allá del ámbito ptolemaico. Hay testimonios de él en lugares tan remotos como Hircania, al este del mar Caspio, bajo el reinado de Antíoco I (281-261), en el siguiente documento de Gorgan en Irán. Consigna la manumisión de un esclavo en la forma de una carta dirigida al parecer al gobernador de la satrapía:

> Evandro (envía) saludos a Andrágoras (y) Apolodoto.
>
> Hemos liberado a Hermaio en nombre del rey Antíoco y la reina Estratonice y sus hijos, (de modo que él pueda ser) consagrado a Serapis y hemos acordado su liberación en el santuario y la de su familia.
>
> [… (día) de Gorpiaio. Adiós.
>
> (SEG xx. 325)[412]

Una razón para la rápida difusión del culto de Serapis podría haber sido simplemente que los egipcios viajaban a lugares lejanos como mercenarios y comerciantes; pero el culto fue protegido por los griegos, tal como demuestran los edificios de estilo griego y su instalación en los espacios sagrados existentes.[413] En muchos aspectos Serapis se parecía a Asclepio y a otras figuras de culto «nuevas». Hablaba a sus devotos en sueños y realizaba milagrosas curaciones; Estrabón dice que el gran Serapeo (o Serapieion; Serapeum en latín) en Canopo (Canopus) cerca de Alejandría estaba protegido «incluso por los hombres más preclaros», que dormían allí o hacían que otros durmieran allí por ellos (17. 1. 17 [801]). Como los misterios eleusinos, el culto implicó ritos de iniciación, que pueden ser reconstruidos a partir de la novela latina *Metamorphoses* (*El asno de oro*) escrita por un autor norafricano, Apuleyo de Madauro, en el siglo II d. C. Como los misterios, también, su atractivo era

universal —y no sólo entre los grecohablantes, como era el caso con Eleusis.

Otro culto egipcio que arraigó en el mundo griego fue el de Isis, hermana de Osiris, junto con el hijo de ambos, Horus (llamado también Harpócrates en griego). El culto era conocido por Heródoto, que menciona que los extranjeros (específicamente carienses) participaban en su festival (2. 61). Como ocurre con Serapis, el conocimiento detallado del culto sólo se puede inferir a partir de fuentes posteriores, *Sobre Isis y Osiris* de Plutarco y la novela de Apuleyo; pero parece probable que fue en el período helenístico, quizá bajo el influjo helénico cuando el culto de Isis fue dotado de ritos de iniciación de estilo griego y la diosa se vinculó estrechamente al descubrimiento de las técnicas de civilización y la protección del matrimonio, el orden social y de los individuos en época de peligro.[414] La mayor popularidad de Isis, sin embargo, llegó con el imperio romano, cuando Diodoro escribió que su culto era conocido casi en todo el mundo habitado (1. 25). Esto debería ser visto como otro ejemplo de la disponibilidad griega a adoptar cultos extranjeros, antes que como un signo de cambio fundamental en la religión griega.

Otra deidad femenina «importada» al mundo griego fue la diosa siria, Atargatis (relacionada con la Istar babilonia y asiria y con la Astarté fenicia).[415] Para inicios del siglo III su adoración se había difundido desde Hierápolis en el norte de Siria hasta Egipto y Grecia, alcanzando después Italia y el occidente. Su templo en Hierápolis fue reconstruido por la reina Estratonice alrededor de 300 y saqueado por Antíoco IV (175-164); por casualidad sabemos de unos santuarios helenísticos en remotas ciudades de Etolia y Mesenia, y en Délos. Era principalmente una diosa de la fertilidad, aunque (como Istar) también era equiparable a Afrodita. (Las fuentes principales son *Sobre las diosas sirias*, de Luciano de Samosata del siglo II, y la *Metamorfosis* de Apuleyo, 8. 24-30, donde Lucio encuentra a sus sacerdotes.)

Kibele (latinizada como Cibele), llamada *Mêtêr Theôn* (madre de los dioses) o *Mêtêr Megalê* (la gran madre), vino de Pesinos en Frigia a Grecia poco después de 400 y después pasó a Egipto e Italia, donde en 204 la admitió el senado romano por consejo de los oráculos sibilinos; se convirtió en la «Magna Mater» del imperio romano. También era una diosa sanadora y protectora, guardiana de la fertilidad y la naturaleza salvaje. Sus seguidores se flagelaban e infligían mutilaciones y fueron descritos por Luciano y Apuleyo, y el poeta romano Catulo dedicó un poema (63) a la leyenda de su consorte Atis.

Délos, activo puerto y sede de culto, atrajo a mercaderes de todo el mundo mediterráneo; era tal la importancia comercial de la isla que en el siglo III en su mercado de traficaba con 10 000 esclavos diarios (Estrabón, 14. 5.2 [668-669], Austin 171). Aquí podemos ver en microcosmos los procesos de introducción y combinación que caracterizan el rápido intercambio de prácticas religiosas en el mundo helenístico. Junto a la gran variedad de cultos griegos encontramos indicios epigráficos y arqueológicos de un área sagrada que contiene tres adoratorios de Serapis, el más antiguo de c. 275-250 y el principal (llamado Serapeo C), con fecha

del siglo II, contiene un patio de columnas de más de 70 metros de largo, así como el culto de otras tres deidades egipcias.[416] Una inscripción de c. 215 a. C. consigna la introducción del culto de Serapis (Austin 131, Burstein 102, *Syll3* 663).[417] Hay abundante evidencia de una compleja organización del culto y los cuatro dioses pueden aparecer juntos, como en una inscripción de 109/108, cuando la isla estaba gobernada por Atenas:

> Dionisio hijo de Zenón, de Kefisia [el *demes* ático], habiendo llegado a sacerdote suplente de Serapis, dedicó los altares y las escalinatas a Serapis, Isis, Anubis y Harpócrates. En el sacerdocio de Apolofanes hijo de Dionisio, de Kefisia, y en la administración de la isla de [—]imacos de Paiania, y de los funcionarios de las cosas sagradas Theon de Pa(i)onidai y Argeo de Tricorinto.
>
> (SEG xvi, 452)[418]

Cerca había un santuario dedicado a los dioses sirios: Hadran, Hadad y principalmente a Atargatis, a veces llamada la «santa diosa» (*Hagnê Thea*) o identificada con la Afrodita griega,[419] como el Serapeo C está edificado en un estilo completamente griego, con un teatro, stoas, una entrada monumental, etc. También había una organización cultual permanente, con un sacerdote a veces nombrado en Hierápolis y otras veces en Atenas. Había una asociación o cofradía de devotos que a primera vista parece haber sólo comprendido a los griegos sirios, probablemente mercaderes residentes en Délos, y más tarde haberse expandido para incluir otros:

> El sacerdote Nicón hijo de Apolonio, y la sacerdotisa, su esposa, hija de Xenón, prepararon la casa existente de la cual se tomó una parte para el templo de Serapis, en nombre de ellos y sus hijos, como ofrenda de agradecimiento a Hagne Thea. Las siguientes personas también contribuyeron a la decoración de la casa: el *koinon* de los *thiasitai* de los sirios que celebran el día 20, a quien la diosa reúne […] 50 dracmas delios […]
>
> (BCH 92 1968, pp. 359-74)[420]

Otras deidades del Oriente Próximo a quienes se les rendía culto en Délos eran «los dioses de Ascalón», entre ellos a la Astarté Palaistine Urania Afrodita (*I. Délos* 1719), «los dioses de Iamneia» (Jabne en Palestina, *I. Délos* 2308-2309), Cibeles (muchas inscripciones) y probablemente Atis (*I. Délos* 2318), versiones sincréticas de dioses griegos como Zeus Dusares (este último es una deidad nabatea: (*I. Délos* 2315), y otros dioses árabes tales como Pakeidas y Oddos (*I. Délos* 2311, 2320). En una inscripción (*I. Délos* 2321) un árabe («Chauan hijo de Teófilo, *Araps*») dedica a Helio, el dios sol griego. Muchos de estos testimonios provienen de dos santuarios (llamados B y C) en la ladera norte del monte Cintos, que parecen haber sido designados como sedes para los dioses no griegos. Una serie de pequeños santuarios más fueron identificados por los excavadores como «orientales» basándose en su

planta. Finalmente, se ha excavado una probable sinagoga, y los testimonios literarios y epigráficos confirman la presencia de una comunidad griega que llamaban a su dios Theos Hipsistos (Dios el Supremo).[421]

Un rasgo notable de la profusión de la actividad cultual en Délos es que no está limitada a los griegos étnicos. Tampoco hay una separación absoluta entre los dioses a quienes los griegos y los no griegos adoraban. El sincretismo, la refundición o la identificación de dos deidades de diferentes panteones en un culto conjunto o único, es un testimonio importante —no necesariamente de la tolerancia religiosa, sino del deseo de grupos e individuos particulares de negociar sus relaciones mediante la redefinición (con frecuencia espontánea) de la práctica religiosa.

Isis, Cibeles y la diosa siria sugieren un patrón, pero sería erróneo sacar conclusiones generales, por ejemplo sobre las cambiantes visiones de la feminidad; las diosas universales como Deméter eran ampliamente adoradas antes. Antes bien estos cultos deben ser vistos en el contexto de otros cultos universales y curativos que evidentemente estaban ganando popularidad como el de Asclepio y Dionisio, con los que tenían rasgos en común.[422] Dionisio, ahora como antes, era un dios del bosque y de la subversión (temporal) de las normas cívicas; y también, al igual que Baco, del vino. No tenía un cuerpo fijo de práctica ritual; sus seguidores (hombres y mujeres) al parecer huían a los montes, despedazaban a los animales sacrificiales y se los comían crudos. La tragedia del siglo V, *Bakchai* (*Bacchae, Las bacantes*) de Eurípides es una fuente original, pero sería erróneo exagerar el grado de participación popular o masiva. Puede ser que su culto liberara las tensiones sociales, pero es presumible que la participación directa se limitara a una minoría. Podría ser un caso semejante el de las deidades llamadas los Kabeiroi (Cabiri), cuyos santuarios en Samotracia, Lemnos y otras partes recibieron ricas ofrendas de los reyes macedonios, los Ptolomeos y otros. Este culto, probablemente de origen frigio o semítico, parece haber tenido semejanzas con el culto de Dionisio y los misterios eleusinos.[423]

El «auge» de los «nuevos» cultos por tanto no implica una «decadencia» de la religión tradicional de la polis; por el contrario, el punto es precisamente que acababan de ingresar en el panteón existente de la polis. Sin embargo, sería injustificado ver en esto el surgimiento de un sistema religioso universalizado e internacionalizado;[424] hay mucha más continuidad con el pasado. Si hay algo nuevo, lo sería el mayor nivel de actividad y celebración religiosas —suponiendo que nuestros documentos den una imagen exacta y no estemos simplemente disponiendo de testimonios más abundantes que antes. Seguro que los nuevos cultos no eran, como se afirma con frecuencia, el producto de un terror existencial colectivo, sino de un enriquecimiento de la experiencia religiosa. Puede ser que hubiera una demanda de contacto personal con las deidades,[425] pero sería precipitado asumir que esta demanda haya sido menos fuerte en el culto griego anterior. La misma gente puede haber adorado o procurado el auxilio de muchas deidades a la vez (antiguas, nuevas, griegas, no griegas) cuyos poderes a menudo se repetían, algo que claramente no era

visto como un problema.

Los nuevos cultos muestran que la demanda de una expresión religiosa colectiva en la polis era palpable; Préaux habla de «un mundo que continuamente celebraba festividades».[426] Muchas listas de campeones de estos festivales fueron preservadas en piedra, así como innumerables pedestales (el carro de un príncipe sidonio, por ejemplo, ganó el premio de los juegos de Nemea: Austin 121,[427] c. 200 a. C.); hubo certámenes teatrales (Austin 122, *Syll3* 1080, de la Tegea del siglo III),[428] atléticos tradicionales, musicales y de otro tipo. La polis seguía existiendo, y aunque evolucionó (capítulo 3), los signos del cambio religioso pueden ser menos importantes que los numerosos testimonios de continuidad.

El apego a los cultos y templos de la ciudad antigua no presentan signos de decadencia. Consideremos las ofrendas de muchos reyes a los santuarios antiguos, como el intento de Antíoco IV (175-164) de terminar el templo de Zeus Olímpico en Atenas (pp. 112-113). Incluso bajo el imperio romano se gastaron gruesas sumas de dinero en nuevos monumentos para los antiguos santuarios. El cónsul romano Apio Claudio Pulcro inició la construcción de una nueva entrada monumental en Eleusis en 54 a. C.;[429] dos siglos después, el emperador Marco Aurelio lo imitó. La gran inversión del emperador Adriano en monumentos de Atenas, así como los de su contemporáneo ateniense Herodes Ático en Atenas y en todo el Peloponeso, son famosos.

Los cultos rurales con una amplia reputación internacional retuvieron su fuerte peso en la lealtad de la élite durante los períodos helenístico y romano, como lo manifiesta la espectacular serie de pedestales en el adoratorio del oráculo de Anfirao cerca de Oropos, en el noreste de Ática. Entre las personas importantes que hicieron ofrendas al santuario figura Lisímaco, que donó una estatua de su cuñada: «El rey Lisímaco (honra a) Adeia, esposa de su hermano Autodico, por su virtud y su devoción hacia él. A Anfirao» (Petraco, *Amphiareion* 45, n° 20). También fueron honrados Ptolomeo IV (221-205) con su reina Arsínoe, y otros personajes del siglo III. Algunos pedestales fueron reciclados en el siglo I a. C. para llevar inscripciones honoríficas de romanos destacados; no era raro que un hombre fuera definido como patrón del *demos*, una helenización del *patronus* latino y una indicación de que el *demos* había recibido (y presumiblemente esperaba seguir recibiendo) asistencia u ofrendas. Los romanos así honrados aparecen desde la primera mitad hasta el último cuarto del siglo I, y entre ellos figura P. Servilio Isaurico (cos. 79), al que se llama *sôtêr* y *euergetes*. Los más notables son Apio Claudio Pulcro, el benefactor de Eleusis (antes) y, desde 27 a. C. o poco después, Agripa, el lugarteniente del emperador Augusto: «El *demos* (honra) a Markos Agrippa, hijo de Leukio [ie. Marcus Agrippa, hijo de Lucius], tricónsul, .su propio benefactor» (Petraco, *Amphiareion*, n. 19).[430] Los sacerdotes de Anfirao quizá no buscaban favores, pero los reyes y los notables romanos pensaban que era importante vincularse al santuario.[431]

Agripa también fue homenajeado con una estatua ecuestre colocada en lo alto de un antiguo pedestal que todavía está junto a la entrada de la acrópolis ateniense. El pedestal originalmente tenía una estatua, que posiblemente conmemoraba la victoria del equipo de carros de Eumenes II de Pérgamo en los juegos panateneos de 178. Posteriormente, fue usado para las estatuas de Marco Antonio que lo representaban como el «nuevo Dionisio» y de Cleopatra como Isis; se dice que sus estatuas fueron arrancadas por el viento durante una tormenta (Plut. *Ant*. 60. 6; Casio Dión, 50. 15. 2)[432] —justo antes de la batalla de Actium, lo cual puede significar que el acontecimiento es ficticio. El nuevo uso del monumento de Agripa está documentado por una inscripción con las mismas palabras que las del *Amphiareion* citadas arriba (IG ii2 4122).[433] El mismo Agripa donó después una sala de conciertos (*ôdeion*) a la ciudad de Atenas, que fue edificada en medio del agora alrededor de 15 a. C. y fue llamado el Agripeo (Filostrato, *Vida de los sofistas*, 2. 5. 4).[434]

Todas estas ofrendas y renovaciones de ofrendas muestran que los santuarios de la polis no eran menos importantes que antes. En cuanto al culto rural, se ha sugerido que la religión decayó en la campiña ática basándose en el virtual cese de los decretos del *demes*;[435] pero dicho testimonio es también congruente con la parcial reubicación del culto antes que con una disminución del apego popular, puesto que hay un aumento de las inscripciones cultuales en guarniciones cercanas como Ramnunte y Sunion. Una vez más, los cultos de los olímpicos y de los héroes con una amplia reputación, como Anfirao, no sufrieron ninguna pérdida en su clientela.

Tyche

Los historiadores ponen particular énfasis en el fenómeno religioso de *Tyche* o la Fortuna. La palabra griega *tyche*, al igual que «fortuna», tiene un espectro de significados que van desde la ciega casualidad o accidente hasta una providencia activa que funciona en el cosmos. En esta última versión *tyche* puede operar contra uno, y es mejor tratar de ponerla de nuestra parte, por ejemplo dándole el nombre de *Eutiches* (buena suerte) a un hijo o invocando a *agathê tychê* (buena fortuna) como hacían el *demos* ateniense y otras entidades al inicio de sus decretos. Los dramaturgos y los poetas a veces convertían a la *tyche* en una diosa: Píndaro la llama hija de Zeus (*Oda Olímpica* 12), y el trágico del siglo IV, Cairemon la hace «tirana de los dioses» (Stoabeus, *Florilegium*, 1. 6. 16).[436] Menandro es citado refiriéndose al «divino aliento o comprensión que guía y preserva todas las cosas» de *tyche* (Stob. 1. 6.1); pero el concepto abstracto y la diosa personificada no estaban forzosamente demarcados de modo estricto (el antiguo griego no tiene letras mayúsculas y minúsculas separadas, de modo que no hay diferencia entre las dos palabras).

Sólo de vez en cuando se encuentra a *Tyche* como diosa a quien se le rendía culto

realmente. Tenía un santuario en Tebas, donde Pausanias vio en el siglo II una estatua suya llevando a Plutón niño («la riqueza»; Paus. 9. 16. 1); el mismo autor informa de muchos lugares de culto semejantes en Grecia continental. En la Atenas del siglo IV, Agathe Tyche recibió sacrificios junto con Eirene (la Paz) y posteriormente hay vestigios de cultos en Antioquía, Alejandría y en ciudades más pequeñas.

La *tyche* fue un tema de investigación intelectual. Los filósofos y los historiadores trataron de definirla con rigor. Aristóteles planteó una distinción entre *tyche* y simple accidente, mientras que el dictador filósofo Demetrio de Falero escribió un tratado sobre la *tyche*, el cual cita Polibio. Refiriéndose a la caída del poder persa y al auge de Macedonia dice Demetrio:

> La Fortuna en nuestra vida resulta inescrutable, lo innova todo contra nuestros cálculos y me parece que demuestra su fuerza en lo inesperado, incluso ahora, a todos los hombres, cuando sitúa a los macedonios como colonizadores en medio de la prosperidad de Persia. Pero también a los macedonios les concederá disfrutar de ella hasta que decida cualquier otra cosa.
>
> (Polibio, 29, 21. FGH 228 fr. 39, Austin 20)

La idea de la Fortuna como fuerza histórica fue desarrollada por Polibio, que dice que los romanos no podrían haber conquistado Grecia sin su ayuda. Puede haber estado influenciado por la Fortuna romana, que ya era adorada como diosa pero era benéfica y no caprichosa. Invoca a la *tyche* para «explicar» el elemento no previsible en la guerra, observando que si Cleómenes III de Esparta hubiera esperado unos pocos días antes de presentar batalla, o antes de fugarse a Egipto, los macedonios habrían tenido que suspender su invasión de Laconia a causa de las noticias de un ataque ilirio contra Macedonia. «La Fortuna —dice— acostumbra a decidir de manera absurda las mayores empresas» (2. 70). Polibio nunca resuelve las contradicciones en su uso del concepto de *tyche*, que es a veces una fuerza directriz en los asuntos humanos, pero otras veces es simplemente el elemento imprevisible que sólo tratamos de tener en cuenta lo mejor que podemos. Seguro que Walbank está en lo correcto al concluir que «hasta qué punto los hombres realmente personificaron tal abstracción y si tenían una concepción coherente sobre ella es un problema casi imposible de resolver».[437]

No parece haber testimonios (o son muy pocos) de una amplia participación en el ritual del culto de la diosa Fortuna, al igual que en el caso de las nuevas diosas universales. Tenía un culto oficial de la ciudad en muchos lugares, pero la diosa personificada siempre parece convertirse en la buena fortuna o *tyche* propia de la ciudad. El proceso de definir el concepto histórico y filosófico de *tyche* era probablemente bastante independiente de estos cultos. Es erróneo elevar a Tyche, como hacen muchos historiadores, a paradigma de la religión helenística, un símbolo de inestabilidad y de ruptura sociocultural; o ver que los cultos de la «diosa universal» compartían una «antítesis común al dominio de Tyche/Fortuna».[438]

Tyche no era tan importante.

¿La decadencia religiosa?

Se suele decir que en este período la religión olímpica estaba sometida al ataque del escepticismo o erosionada por el auge de otras religiones, o que (paradójica hasta cierto punto) ambas cosas ocurrían a la vez. Hemos encontrado razones para dudarlo: Apolo en Delfos era todavía capaz de ejercer su poder para rechazar a los merodeadores gálatas, como fueron informados los pobladores de Cos cuando en 278 decretaron que se hicieran ofrendas al santuario, y plegarias y sacrificios en su propia ciudad de Cos.

Por entonces se estaban edificando pocos templos importantes a los dioses olímpicos; pero toda religión tiene períodos de construcción activa y períodos de menor actividad; la mayoría de las catedrales inglesas anteceden a la Reforma, aunque después la cultura religiosa predominante siguiera siendo cristiana todavía. Las dinastías hicieron uso de los olímpicos como protectores o ancestros: Apolo para los Seléucidas, Atenea y Dionisio para los atálidas, Zeus y Heracles para los Ptolomeos.

¿Se podría sostener quizá que estos cultos ahora tenían significado sólo para los reyes y la élite política cada vez más reducida? Incluso así sería un cambio menos radical de lo que podríamos pensar; la mayoría de los «cultos de la polis» mencionados antes estaban allí porque la aristocracia los patrocinaba, en primer lugar, aunque la participación en las festividades fuera abierta a todos. La propia codificación y sistematización de los olímpicos en el período arcaico —tales como su identificación con las deidades locales como Atenea con Alea— implica un esfuerzo consciente de los aristócratas en diferentes ciudades por armonizar sus relaciones ceremoniales, que eran representadas no sólo en los festivales de la polis sino también en las reuniones internacionales como los juegos olímpicos. Además, todo el sustrato de religión no olímpica, no heroica, desde las ninfas lugareñas hasta los dioses de la vía pública, presumiblemente continuó casi como antes y puede decirse realmente que era la religión del pueblo.

El prestigio de los cultos olímpicos, tanto urbanos como panhelénicos, parece intacto. Las manumisiones de esclavos eran grabadas en piedra en el Delfos del siglo II (Austin 127).[439] Las ciudades continuaron regulando sus cultos olímpicos con minuciosidad (cf. Austin 129, *Syll3* 1003, sobre la Priene del siglo II a. C.) y los calendarios grabados de rituales tradicionales (cf. Austin 128, *Syll3* 1024, sobre Mikonos, c. 200 a. C.). Una asociación devota tradicional de *orgeônes* (socios sacrificantes) consignaba sus actividad administrativa en el modo habitual en 307/306 (cf. Austin 130, *Syll3* 1097).[440] Los testimonios del nuevo patronazgo «oficial» no son razón para suponer que los cultos olímpicos, y los de los héroes, no fueran

celebrados con el mismo entusiasmo que antes.

Hay evidentemente algún cambio. Ya se ha indicado el auge de los cultos «universalistas».[441] El atractivo de Dionisio y Asclepio, como el de los dioses egipcios, no se limitaba desde luego a los habitantes de una polis o a un grupo étnico; Serapis e Isis encontraron acogida en muchos santuarios griegos. Algunas de estas deidades habían estado presentes antes, pero sus cultos nunca prosperaron. Sin embargo, esto no implica la disminución de adhesión a los cultos existentes, sólo la ampliación de opciones y de modos de expresión religiosa. Uno podría incluso verlo como una liberación de la fe popular, que podría haber estado constreñida al marco olímpico-heroico anterior en un momento en que los ciudadanos —un grupo reducido, incluso entre los hombres adultos— tenía más poder.

La élite desempeñó todavía un papel rector en formular y coordinar la religión oficial. El escepticismo, con frecuencia invocado por los historiadores para explicar el cambio religioso en cualquier período de la historia griega, probablemente floreció sólo en la clase letrada que nos ha dejado sus palabras; pero incluso allí el número creciente de inscripciones cultuales y la construcción de nuevos santuarios y templos (aunque principalmente para dioses no olímpicos) sugiere, en todo caso, un aumento de la actividad de la élite. La práctica religiosa no disminuyó realmente. Los vestigios de la piedad popular son exiguos —limitados casi por completo a tablas de maldiciones y objetos similares—, pero también sugieren una permanencia de la piedad práctica. Los nuevos cultos, como se indica antes, pueden haber atraído una adhesión genuinamente popular.

Los historiadores pueden ser propensos a ver la religión griega después de Alejandro en términos pesimistas debido a su actitud en exceso reverente hacia la polis clásica y sus sentimientos consiguientes de que el auge del poder macedonio fue perjudicial para Grecia. Si insistimos en ver el cambio religioso como una reacción a la presunta catástrofe de la polis o a las incertidumbres existenciales de la época, podemos estar engañándonos sobre la época que la precedió, la cual distaba de ser estable y armoniosa. Recalcar la supuesta decadencia en la religión —una tendencia que algún que otro estudioso ha detectado en casi todos los períodos de la historia griega y romana— puede ser simplemente una proyección de una preocupación del siglo XX. Si, además, formulamos nuestra visión en términos de un creciente escepticismo y/o racionalidad (que no son necesariamente la misma cosa), podemos estar de modo inconsciente privilegiando las opiniones y las acciones un grupo minoritario de la élite.[442]

LAS FILOSOFÍAS RIVALES Y EL TERRENO COMÚN

ATENAS había sido el centro de la filosofía griega durante un siglo antes de la muerte de Alejandro, y siguió siéndolo incluso cuando el mecenazgo ptolemaico hizo de Alejandría el principal centro de la literatura y la ciencia (capítulos 7 y 9). Hubo interrupciones ocasionales. Después de que los Antigónidas liberasen Atenas en 307 y depusieran al tirano filósofo Demetrio de Falero, la opinión popular parece haberse vuelto contra los filósofos, haciéndose un intento de ponerlos bajo el control del estado. Sólo su partida *en masse*, dirigida por Teofrasto, forzó una reconsideración.[443] Atenas no era el único centro de la filosofía; a finales del siglo II y en el siglo I había una notable tradición en Rodas, cuyo hijo más famoso era el estoico Panecio (c. 185-109).

Las dos principales instituciones o agrupamientos filosóficos, antes de Alejandro, la Academia de Platón y el Liceo (o Peripatético) de Aristóteles, produjeron obras menos innovadoras en el período helenístico, y fueron ensombrecidas por las nuevas modas del estoicismo y el epicureísmo. Estas eran dos de las llamadas «escuelas» en que los escritores modernos así como les antiguos han clasificado usualmente a los filósofos del período. Otras escuelas eran los cínicos, los escépticos y los utópicos. Sin embargo, se diferenciaban en el grado en que eran asociaciones estrictamente definidas con estructuras y adhesiones formales. Muchos de los miembros de una escuela particular eran instruidos por un filósofo y permanecían en su círculo, uno de ellos heredaría la dirección del grupo; pero en algunos casos las etiquetas aceptadas pueden oscurecer no sólo las diferencias entre los miembros de una misma escuela, sino también las yuxtaposiciones entre las enseñanzas de las diversas escuelas.

Nuestro conocimiento detallado de la obra de los filósofos posteriores a Aristóteles y Teofrasto, y de sus escritos, es intermitente. Algunos pasajes continuos de Epicuro se preservan en papiros carbonizados de Herculano en Italia, enterrados en 79 d. C. por la erupción del Vesuvio; los libros casi con toda seguridad provienen de la biblioteca de Filodemo, un maestro epicúreo que pasó tiempo en Herculano. Quedan algunas cartas y aforismos (dichos cortos, sucintos) de Epicuro. De otros filósofos sólo tenemos citas breves, o listas de títulos de sus libros,[444] por lo demás, la mayor parte de lo que conocemos proviene de Diógenes Laercio. Por suerte, quizá significativamente, dedicó más espacio a los fundadores del estoicismo y el epicureísmo que a cualquier otro filósofo, a excepción de Platón.

La academia, el Liceo (Peripatético) y el escepticismo

A comienzos del siglo IV, Platón fundó la Academia en Atenas. Su nombre, *Akademeia* (o *Hekademeia*) no tenía connotaciones de escolástica en la torre de marfil, como ocurre con nuestra palabra «académico», sino que se refería al santuario del héroe ático Academo (o Hekademos) en las afueras de los muros de la ciudad, donde el círculo de Platón solía reunirse. En sus primeros diálogos desarrolla las ideas de su mentor Sócrates, quien no dejó obra escrita y fue ejecutado por impiedad por los atenienses en 399. Platón sustenta la existencia de verdades y valores eternos, e imagina una sociedad ideal gobernada por reyes filósofos. Su «idealismo» fue moderado por sus sucesores, y bajo Polemón (director de la Academia desde 314) el acento se puso en la ética (cuestiones prácticas en torno a la conducta correcta). Platón no había descuidado este campo, pero su filosofía resultaba difícil de poner en práctica, y el énfasis principal acabó poniéndose en interpretar su obra a la luz de la filosofía ética. El platonismo tuvo una larga vida, que culminó en la obra neoplatónica de Plotino, un griego del siglo III d. C.[445]

Aristóteles (384-322 a. C.), del pueblo griego de Estágira en Macedonia, estudió en la Academia pero la abandonó. Volvió a Atenas en la década de 330 y enseñó en el Liceo (*Lykeion*, el área circundante del santuario de Apolo Lykeios) o Peripatético (El Paseo, después un lugar de reunión en la misma área); este último dio nombre a la escuela peripatética de filosofía.[446] Sus preocupaciones, como las de otros continuadores de Platón, eran más pragmáticas que las de éste, como lo demuestran sus obras sobre ética (tales como *Eudemo* y *Ética nicomaquea*). Antes que intentar llegar a las verdades universales y sacar reglas de conducta generales a partir de ellas, tomó como punto de partida lo que las personas realmente hacían y por qué. Su actitud se refleja en sus numerosas obras sobre las ciencias naturales; fue, por ejemplo, el pionero de la clasificación biológica, un campo en que su trabajo resultó inmensamente importante —quizá excesivamente— hasta después de la Edad Media.

Bajo Teofrasto (c. 371 -c. 287), ciudadano de Eresos en Lesbos y sucesor de Aristóteles, el Liceo se convirtió en un instituto filosófico regular. Además de la filosofía natural, Teofrasto se ocupó de la retórica y el estilo literario, la poesía, la comedia y (en los *Caracteres*) sobre la naturaleza humana; era también conocido, principalmente entre sus contemporáneos, como historiador de la filosofía.[447] Uno de sus asociados fue el dictador ateniense Demetrio de Falero (Diόg. Laer. 5. 75-85), que intervino en ayudar a Ptolomeo I a organizar su biblioteca y el Museo (capítulo 7) y es notable por haber formado la primera colección de las *Fábulas* de Esopo.[448] El sucesor de Teofrasto como jefe del Liceo, Estratón, fue un prolífico investigador de los fenómenos naturales, pero no queda ninguna obra suya. La información sobre el trabajo de Estratón y sus sucesores en el Liceo es escasa; sin embargo, en el siglo I a. C., sabemos que el redescubrimiento de los manuscritos de Aristóteles promovió un interés renovado en su obra.

Principales miembros de las «escuelas» filosóficas.

La Academia

c. 369 I Platón (de Atenas) (427-347) (Dióg. Laer. 3)
347 II Speusipo de Atenas (c. 497-339)
339 III Jenócrates de Calcedonia (c. 396-314), se iría con Aristóteles en 347
314 IV Polemón de Atenas (Dióg. Laer. 4.16-20)
270 V Crates de Atenas (Dióg. Laer. 4. 21-23)
VI Argesilao de Pitane (m. 242/241) (Dióg. Laer. 4.28-45)
Carneades de Cirene (c. 129/128) (Dióg. Laer. 4. 62-66)
Plotino («neoplatónico», c. 205-270 d. C.), ensayos publicados por Porfirio c. 301-305 d. C.

El Peripatético o Liceo

I Aristóteles de Estagira (384-322) (Dióg. Laer. 5.1-35)
Aristógeno de Taras (c. 370-después de 322), estudió la armonía y el ritmo
322 II Teofrasto, establecimiento formal de su escuela (372/370-288/286) (Dióg. Laer. 5.36-57)
288/6 III Estratón de Lampsaco (c. 328-270/267) (Dióg. Laer. 5.58-64)

El Jardín de Epicuro

307/6 I Epicuro (Epicuro de Atenas, nacido en Samos) (341-271) (Dióg. Laer., libro 10)
Filodemo de Gadara (c. 110-40/35), quedan algunos fragmentos y epigramas
Diógenes de Oinoanda (n. c. 150/160 d. C.), autor de una larga inscripción que sintetiza las ideas epicúreas

La Stoa

c. 301 I Zeno (Zenón) de Citio (c. 333-c. 261) (Dióg. Laer. 7.1-160)
c.261 II Oleantes de Aso (c. 332-232) (Dióg. Laer. 7168-176)
232 III Crisipo de Soli (c. 280-C.206) (Dióg. Laer. 7179-202)
Esfera de Borístenes (fl. década de 220) (Dióg. Laer. 7177-178)
c. 206 IV Zenón de Tarsos
V Diógenes de Babilonia (c. 240-c. 152)
Blosio de Cumas (fl. década de 130)
c. 152 VI Antípatro de Tarso (m. 129)
129 VII Panecio de Rodas (c. 185-109)
Posidonio de Apamea (c. 135-C.55)
Epícteto (c. 50-120 d. C.), obras publicadas por Arriano
Marco Aurelio (121-180 d. C.; emperador 161-180)

Los escépticos
(*nota bene*: La Academia también adoptó el escepticismo bajo Arquesilao)

Pirrón de Elis (n. c. 365) (Dióg. Laer. 9.61-108)
Timón de Fleio (c. 320-230) (Dióg. Laer. 9109-116)
Sexto Empírico (finales del siglo II d. C.)

Los cínicos
(no es una escuela formal)

Diógenes de Sinope (contemporáneo de Aristóteles) (Dióg. Laer. 6.20-81)
Crates de Tebas (c. 365-285), influencia a Zenón (Dióg. Laer. 6. 85-93)
Bión de Borístenes (c. 335-c. 246) (Dióg. Laer. 4. 46-57)
Cercidas de Megalópolis, poeta (siglo III)
Teles (probablemente finales del siglo III)
Menipo de Gadara (siglo III) (Dióg. Laer. 6. 99-101)

El escepticismo comenzó a desarrollarse con Pirrón de Elis (n. c. 365) y Timón de Flainte (c. 320-230); se remontaba al filósofo del siglo VI, Jenófanes de Colofón que manifestó su deseo de cuestionar la autoridad convencional de Homero y Hesíodo. Bajo Arcesilao de Pitane (m. 241) la Academia se acercó a esa postura; como filosofía del conocimiento el escepticismo afirmaba que la certidumbre era imposible y que el juicio debía ser suspendido. Sin embargo, un escritor cristiano del siglo III nos dice que

> según Timón, Pirrón declaró que las cosas son todas por igual indiferentes, inciertas e indeterminables. Por esta razón ni nuestras percepciones ni nuestros juicios no son ni verdaderos ni falsos. Por tanto no deberíamos confiar en ellos,sino mantenernos inconmovibles, sin inclinarnos en ningún sentido, antes bien ser firmes, diciendo, respecto a cada cosa en particular, que no es más verdad que sea que que no sea, o que tanto es como no es, o que ni es ni deja de ser. Para aquellos que adoptan esta actitud la consecuencia será, primero, la reticencia a hacer afirmaciones, y, en segundo lugar, la libertad de las perturbaciones.
>
> (Eusebio, *Praeparatio evangélica*, 14. 18. 758 c-d)

Si Eusebio reflejó exactamente las opiniones de Pirrón, parece que éste no era un nihilista que negaba la realidad del mundo que percibimos, sino que buscaba lo mismo que los epicúreos: la felicidad a través de la ausencia de perturbación. El lector no está obligado a dudar de la evidencia de los sentidos, sino más bien a evitar engañarse pensando que ésta sea evidencia de la realidad fundamental, la cual es incognoscible. Esto equivale a un ataque contra los intentos de los filósofos como Platón y Aristóteles de comprender la naturaleza fundamental del cosmos. Como dice Diógenes Laercio:

> Admitimos que vemos, y reconocemos el hecho de pensar en algo; pero cómo vemos o cómo pensamos, lo ignoramos. Decimos descriptivamente que algo parece blanco, mas sin estar seguros por completo de que realmente lo sea.
>
> (Diòg. Laer. 9. 103 = «Pirrón», 26)

Un filósofo actual podría comentar que es difícil saber en qué podría consistir ser blanco, más allá de ser percibido como blanco; pero establecer si el enfoque escéptico es lógicamente sostenible es menos importante para nuestros fines que ubicarlo en la cultura de su época. El escepticismo era una posición filosófica, pero implicaba determinadas actitudes por parte del ciudadano si debía ser considerada como una justificación para desentenderse de la vida pública.

Arcesilao no escribió nada, quizá para evitar la acusación de haber llegado a unas conclusiones definitivas sobre el mundo. Carneades, de la Academia del siglo II, siguió su ejemplo, pero muchas de sus ideas fueron preservadas por el político y orador romano Cicerón (en sus tratados *De la naturaleza de los dioses* y *De la*

adivinación), a quien fueron transmitidas por su conocido Antíoco de Ascalón, miembro de la Academia; también fueron examinadas por Sexto Empírico (*Contra los profesores*), un doctor filósofo escéptico de finales del siglo II d. C. Con respecto a muchos filósofos helenísticos nos apoyamos en fuentes muy posteriores para obtener un conocimiento detallado de las concepciones escépticas. Carneades modificó su anterior escepticismo y rebatió tanto el estoicismo como el epicureísmo introduciendo el concepto de probabilidad: observó que aunque las impresiones de los sentidos no pueden garantizar su propia validez, en la práctica aplicamos ciertos criterios a las observaciones reales a través de los cuales evaluamos cuan confiables son.

> Por ejemplo, considerando que en el lugar del juicio [esto es, en un tribunal] están presentes el sujeto que juzga y la cosa que se juzga y el medio a través del cual se realiza un juicio, y la distancia y el intervalo, y el lugar, el tiempo, el humor, la disposición y la actividad, de modo que distinguimos la naturaleza de cada uno de estos factores: el sujeto que juzga, a menos que su vista sea borrosa (porque una vista de este tipo es incompetente para hacer un juicio); la cosa a ser juzgada, a menos que sea demasiado pequeña; el medio a través del cual el juicio se realiza, a menos que el aire esté en una condición opaca; la distancia, a menos que sea demasiado grande; el intervalo, a menos que esté comprimido [que sea demasiado corto]; el lugar, a menos que no se pueda medir; el tiempo, a menos que sea (demasiado) rápido; la disposición, a menos que sea considerada insana; y la actividad, a menos que sea inaceptable.
>
> (Sexto, *Adv. math*. 7. 183 = *Contra los lógicos*, 1. 183)

Carneades era muy consciente de las implicaciones prácticas de sus argumentos; como observa Long: «No hay razón para pensar que el escepticismo de Carneades tenga el fin de recomendar un comportamiento exageradamente prudente en los juicios cotidianos»;[449] como otros filósofos helenísticos tenía como objetivo brindar a las personas educadas un marco conceptual para lograr la felicidad.

El énfasis en formular filosofías susceptibles de aplicación práctica, antes que en desarrollar modelos universales seguros, puede haber reflejado las circunstancias políticas. No todas las personas estaban necesariamente temerosas en los momentos de incertidumbre, como algunos historiadores aducen; antes bien, quizá, los ciudadanos de la élite —aquellos que participaban en la vida pública— tenían que encontrar nuevos conceptos con los cuales definir la actividad política a la que se consideraban con el derecho y la habilidad para asumir. En momentos de crisis existían, sin duda, riesgos de exponerse; también en las épocas de paz, el poder de que disponía un hombre activo en la política local estaba más circunscrito que antes, y el centro de la ambición se trasladó a la diplomacia inter-polis, las negociaciones con el rey y sus amigos, y el cultivo del talento retórico para el debate político y las ceremonias de la polis. Otro eje de las rivalidades podría haber sido la promoción de cultos religiosos particulares, que puede explicar en parte la aparente acento pluralista en los cultos adoptados recientemente, incluyendo aquellos que concernían al destino

personal, junto con los de las deidades olímpicas oficiales.

Es difícil saber si realmente la reputación de la Academia y el Liceo disminuyó, como se afirma con frecuencia; lo que quizá es revelador es que las generaciones posteriores tenían mucho que decir sobre las otras dos «escuelas» que no se desarrollaron hasta después de la muerte de Alejandro: el epicureísmo y el estoicismo, el Jardín y el Pórtico.

El epicureísmo

Epicuro (Epikouros en griego) era el hijo de uno de los colonizadores atenienses que ocuparon la isla de Samos durante cuarenta y tres años hasta 322. Nacido en 341, emigró a Atenas después de la expulsión de la colonia, estudió filosofía, y estableció su propia escuela alrededor de 307/306.

El principio central de la escuela epicúrea fue que para lograr la felicidad es necesario evitar la agitación; el mayor placer es «la ausencia de perturbación» (*ataraxia*). La carta, elegantemente escrita, de Epicuro a Menoiko, conservada por Diógenes Laercio (10. 121-135), da una buena idea de esto pero es fácil ver cómo sus ideas podían ser distorsionadas:

> Así que, cuando decimos que el deleite es el fin, no queremos entender los deleites de los disolutos ni los que consisten en la fruición, como se figuraron algunos, ignorantes de nuestra doctrina, o contrarios a ella, o bien que la entendieron siniestramente; sino que unimos el no padecer dolor en el cuerpo con el estar tranquilo en el ánimo. No son los convites y banquetes, no la fruición de muchachos y mujeres, no el sabor de los pescados y de los otros manjares que tributa una mesa magnífica quien produce la vida suave, sino un sobrio raciocinio que indaga perfectamente las causas de la elección y fuga de las cosas, y expele las opiniones por quienes ordinariamente la turbación ocupa los ánimos.
>
> (Dióg. Laer. 10. 13-132 = Epicuro, 97)

El énfasis en el placer (*hêdonê*), aunque en una forma bastante enrarecida, dio lugar al reproche de «hedonismo» lanzado por los adversarios de Epicuro; esto era injusto, pues Epicuro abogaba por una vida tranquila, pero cívica. Justificaba su concepción refiriéndose a la teoría atómica del universo, que afirmó era un sistema impersonal y mecánico; incluso los dioses, aunque existen, eran remotos e indiferentes en los asuntos humanos. La muerte es meramente el fin de la sensación, una disolución de los átomos:

> Así que es un simple quien dice que teme a la muerte, no porque contriste su presencia, sino la memoria de que ha de venir; pues lo que cuando presente no conturba, vanamente contrista al ser esperado. La muerte, pues, el más horrendo de los males, es nada para nosotros; pues mientras vivimos, no está presente; y cuando está presente, ya no vivimos nosotros.
>
> (Dióg. Laer. 10. 125 = Epicuro, 92).

Epicuro no era un revolucionario (participaba en las festividades de la ciudad, a la vez que sostenía que los hombres debían evitar la política), pero sus opiniones sobre la sociedad no eran convencionales. Exhortaba a las personas a liberarse de la camisa de fuerza de la *paideia* («educación», i. e. cultura griega), y el compromiso de sus seguidores con determinadas concepciones implicaba un estilo de vida correspondiente, verdaderamente libre. Su casa, situada entre Atenas y El Pireo era llamada el Jardín y acogía a una devota comunidad de seguidores, incluidos las mujeres y los esclavos; era más una sociedad de amigos que una institución de investigación, una comuna antes que una escuela. Parece haberse sostenido durante generaciones después de su muerte, en parte observando rituales comunales en memoria suya. Como otros filósofos, Epicuro parece haber otorgado gran valor a dar ejemplo a los demás con la propia conducta y a vivir de acuerdo con los valores que se predicaban.[450]

Se asegura a veces que el epicureísmo fue un esquema de valores sin influencia; un autor llega a decir que «nunca llegó a ser totalmente respetable (excepto durante un corto tiempo en Roma hacia el final de la República)», y que «tanto en popularidad como en influencia fue superada por las enseñanzas de la Stoa ("columnata")», que se convirtió en «la filosofía más popular» bajo el Principado.[451] La idea de que el estoicismo fue «popular» será examinada en la siguiente subsección; en cuanto a la opinión de una fase «respetable» del epicureísmo, puede sustentarse señalando que los romanos de clase alta como Lucrecio a finales del siglo II d. C. deseaban convertir a sus lectores (o confirmar a los epicúreos en sus creencias) con un enunciado razonado de la filosofía materialista y moral en la forma de un poema largo. Sin embargo, es improbable que el epicureísmo tuviera una mala reputación en algún momento, excepto a los ojos de sus adversarios filosóficos; en efecto, Antíoco IV lo convirtió en el culto oficial de su corte.

No puede demostrarse que los epicúreos no fueran respetables, y aunque la comunidad incluía mujeres y esclavos, sus jefes, como la mayoría de los filósofos, pertenecían a los estratos superiores de los propietarios de tierras de la sociedad griega.[452] Ese culto del retraimiento político sólo podía ser abrazado por una clase social que tenía la opción de ser políticamente activa; los pobres no tenían tiempo para cultivar la tranquilidad.

La prescripción epicúrea no abogaba por una vida de indolencia; presuponía la organización social, las comodidades y el deseo de perfeccionarse.[453] Dio mucho menos justificación moral y social a los grupos e individuos poderosos para explotar a los demás, mientras que el estoicismo contenía elementos que podían ser utilizados para justificar el ejercicio del poder. Ambas filosofías reflejaban, de modos diferentes, los cambios que tenían lugar en la política y la sociedad; pero la magnitud y la profundidad de dichos cambios no debería exagerarse.

El cinismo y el estoicismo

Antes de examinar el estoicismo, debemos ser conscientes de que tenía sus orígenes en una ideología mucho menos «respetable», el cinismo, que no fue nunca una filosofía formal, pero existen figuras clave que compartieron concepciones similares. El primero fue Diógenes de Sínope (404-323 a. C.), que era llamado *kanykos*, «canino», porque rechazaba las convenciones de la sociedad, trataba de vivir sin propiedad y promovía que se ignorasen las normas habituales de conducta. Hoy podríamos definir a tal persona como uno que predica un antimaterialismo extremado. Diógenes Laercio preserva numerosas anécdotas, algunas de las cuales (o todas) podrían no ser históricas (6. 22-80). Entre ellas, el famoso encuentro con Alejandro en que el rey le dice que le pida cualquier merced que desee, a lo que el cínico replica: «Puedes apartarte para no taparme la luz del sol». Muchas historias lo representan como un desmitificador, que usaba expresivas bromas para hacer mella en la pretensión.

Las concepciones de Diógenes fueron retomadas por su discípulo Crates de Tebas en poemas que atacaban la ostentación. Crates a su vez enseñó a Zenón, el fundador del estoicismo, y aunque por razones ideológicas los escritores antiguos exageraron la influencia de los cínicos en las ideas más radicales de Zenón,[454] podemos suponer que su fase cínica le dio las armas para criticar el orden social existente.

En el siglo III encontramos otros cínicos, como el poeta Cércidas de Megalópolis, de cuyas diatribas yámbicas se preservan fragmentos en papiros. Cércidas escribe como un revolucionario:

> […] en tanto de entre ellos
> (insaciable) sacoderriqueza voraz e incontentón
> hizo al hijodepobrete Jenón, mandó nuestro
> dinero a estériles corrientes.
> ¿Y qué impediría, si se le pidiera,
> pues fácil es al dios cumplir cualquier
> cosa que a su mente acuda, al usurerosuciafalsamoneda
> y matacalderilla o al diario derrochador
> de todo un pletro de hacienda, vaciarle
> su porcinorriqueza y devolver al comelopreciso
> y bebevino de crátera el gastillo perdido?
> ¿Acaso el ojo de la Justicia depone su ceguera…
>
> (Cércidas, frag. 2)[455]

El fragmento continúa con una velada profecía de que Némesis (la venganza divina) alcanzará a los macedonios «que nos señorean». Esto no es necesariamente revolucionario. Es discutible si este tipo de poema (o canción) fue accesible a una audiencia masiva o llegó principalmente a los círculos literarios. Como Crates, Cércidas adaptó y parodió a los clásicos; ¿quiénes, sino la élite educada reconocería

la parodia? Podemos dudar que tuviera un propósito expresamente revolucionario. Un crítico ha sostenido que deberíamos ver a Crates como un poeta de «symposium», que escribía canciones con las que la gente podía entretenerse en los banquetes, quizá en competencia con otras canciones, no tan declaradamente radicales;[456] se podría decir que eran más de protesta que cínicas.

Además de los poemas, los escritores cínicos como Bión de Borístenes y Teles de Mégara escribieron *diatribai*. *Diatribê* significa literalmente «un pasatiempo», pero terminó por significar discursos o prédicas sobre un tema moral. Los autores estoicos escribieron *diatribai*, y el nombre no implica algo tan furibundo como el término «diatriba». Se dice que otro escritor del siglo III, Menipo de Gadara, habría combinado la seriedad con el humor y se habría burlado de otros filósofos. Sus obras fueron el modelo para algunas de los satíricos romanos. Una vez más no hay forma de separar de modo concluyente estos autores (y tampoco podemos hacerlo con los satíricos romanos) de un contexto literario de élite. Lo mismo es válido con respecto a Sotades, que escribió algunos poemas difamatorios como un aparente ataque al matrimonio de Ptolomeo II con su hermana Arsínoe, del cual procede el infamante verso: «Hundes el aguijón en un agujero impuro» (Plut., *La educación de los hijos*, 1l a; Aten. 14. 621a);[457] aparente porque no está del todo claro si se trataba de algún tipo de protesta genuinamente popular que Ptolomeo podría haber castigado, o era el pasquín tolerado de la época, como la serie televisiva británica de los años ochenta y noventa *Spitting Image*[*]. Las fuentes coinciden en que Sotades fue castigado, pero los detalles varían: se pudrió en la cárcel (Plutarco) o fue arrojado al mar (Ateneo). La discrepancia hace que sea incierto el que Sotades sufriera alguna pena.

Puesto que quedan obras como estas, sólo podemos presumir que fueron leídas por los griegos y los estudiosos «respetables» que poseían alguna copia escrita. Se dice que Bión iba de ciudad en ciudad, haciendo una gran función: «en Rodas persuadió a los marineros de que se vistieran con el traje de estudiantes y que lo acompañaran» dice Diógenes Laercio (4. 53). No podemos convertir esto en una actitud masiva,[458] pues la historia continúa con las palabras «y entró en el gimnasio atrayendo las miradas de todos». El *gymnasion* es un lugar para respetables ciudadanos de élite.

La filosofía estoica de Zenón (Zênón en griego) de Citio, como hemos visto, tenía parcialmente sus raíces en el rechazo cínico a la sociedad convencional, aunque Zenón también estudió con Stipon, jefe de la escuela filosófica megarense (vinculado a los cínicos y especialista en dialéctica; véase Diόg. Laer. 2. 113-120), y con Polemón, jefe de la Academia ateniense. Nacido en Citio de Chipre, Zenón puede haber sido fenicio étnicamente, aunque su nombre y el de su padre son griegos. Una vez que hubo formulado sus ideas independientemente de sus maestros, comenzó a enseñar en Atenas en la Stoa Pecile (el Pórtico Pintado), de la cual deriva el término «estoico».

Zenón, según los antiguos escritores, sostenía que el único bien real es la acción

buena; todo lo demás no es bueno ni malo, sino moralmente indiferente. El universo opera de acuerdo con la razón; como en el epicureísmo, los dioses no son activos, pero el hombre sabio actúa según sus leyes. Puesto que sabe que está actuando rectamente, es feliz incluso en circunstancias calamitosas: «feliz incluso en el tormento».

Esos son al menos los principios centrales del estoicismo, que tuvo una larga vida y se desarrolló por más de cinco siglos. Las propias obras de Zenón no se han conservado Es probable que sus concepciones fueran más radicales que las de sus sucesores. Su principal obra fue *Politeia* (*De la constitución*, el título es el mismo que el gran diálogo de Platón, llamado, bastante erróneamente, *La República*). Describía una sociedad ideal como la que vivía «en armonía con la naturaleza»; no una comuna ecológica, sino una sociedad con valores racionales, por tanto «verdaderos». Diógenes Laercio preserva elementos de la posición de Zenón en la forma de los ataques que se acumularon contra él:

> Algunos en efecto entre los seguidores de Casio el Escéptico, que acusando a Zenón decían, primero, que al inicio de su *Politeia* declaraba que la educación convencional no tenía valor; segundo, que describía como enemigos, a los enemigos, esclavos y extranjeros de todos los hombres que no eran virtuosos; los padres de los niños, los hermanos de los hermanos, los amigos de los amigos… Igualmente, en la *Politeia*, decían, que plantea la idea de que las mujeres (debían ser) comunes, y por la línea 200 que ni los santuarios ni los tribunales ni los gimnasios debían ser construidos en las ciudades. Y sobre la moneda, decían, que él pensaba que no debía usarse ni para el comercio ni para viajar al extranjero. Y mandaba que los hombres y las mujeres usaran el mismo traje y que ninguna parte (del cuerpo) estuviera completamente oculta.
>
> (Dióg. Laer. 7. 32-33)

Parece que alguna homosexualidad habría sido aceptable; al menos, tenemos la declaración de Diógenes de que los estoicos

> dicen que el hombre sabio siente deseo por los jóvenes que muestran en su apariencia una buena disposición natural hacia la virtud, como Zenón dice en la *Politeia*. Crisipo en el primer libro de su obra *De los estilos de vida*, y Apolodoro en su *Ética*.
>
> (Dióg. Laer. 7. 129)

A diferencia del estado ideal de Platón, la comuna no sería necesariamente una ciudad; Zenón estaba probablemente más preocupado de que comprendiera a todos los hombres sabios. Podían vivir en ciudades, pero éstas no tenían que ser las típicas *poleis* griegas.[459]

Zenón no estaba escribiendo una prescripción que pudiera ser puesta en práctica, sino que examinaba una situación hipotética. Aunque es fácil, ver el papel desempeñado en su pensamiento por los valores cínicos, para no mencionar los platónicos, tenía sus propias ideas y no era simplemente el producto de sus

profesores.[460] Además, puesto que él mismo era solicitado como profesor u orador en Atenas, sus ideas deben haber conectado con sus oyentes y correspondido a sus preocupaciones. ¿Cuáles eran éstas? Si deseamos subrayar el idealismo de Alejandro Magno (como historiadores como Tarn han hecho) y considerar que aspiraba a romper las barreras entre las razas, podríamos ubicar a Zenón en referencia a lo que sería visto como el fracaso de Alejandro y el caótico legado de su reinado. O si no, podríamos restar importancia al idealismo de Alejandro (como hacen ahora los estudiosos) y subrayar la inestabilidad de la sociedad cívica en la Grecia del siglo III, particularmente la frecuencia de las alteraciones civiles y el conflicto de clases, o la amenaza de éstos. Uno puede ver realmente que Zenón respondía a esta amenaza, externa o interna, a la polis de su época. Su respuesta sin duda era diferente del epicureísmo en que preconizaba la acción positiva —la participación política—, antes que el quietismo. Algunas de sus ideas democráticas eran de valor práctico, siendo adaptadas y usadas en el contexto de resistencia a Macedonia a inicios de la guerra cremonidea.[461]

No obstante, una vez que Atenas fue vencida en 263/262, un hecho que coincidió aproximadamente con la muerte de Zenón, el estoicismo tuvo que bregar con el problema de crear el estado ideal en un universo monárquico. Bajo Cleante de Aso (c. 261-232) y su sucesor Crisipo de Soli (232-c. 206) la Stoa parece todavía haberse mantenido como un foco de teoría antimacedónica. Esfero de Borístenes ayudó a Cleómenes III de Esparta en sus reformas, y sus vínculos con Ptolomeo III sugieren que la desestabilización de Macedonia era un objetivo que compartían. Roma, a finales del siglo III e inicios del siglo II, parecía un aliado prometedor contra Macedonia, pero su influencia orientó al estoicismo en una dirección más conservadora. A partir del siglo II en adelante, el estoicismo fue gradualmente adaptado para el uso de una filosofía del gobernante justo, y sus elementos más radicales fueron suavizados. Posteriormente los estoicos negaron incluso la autoría de Zenón de la *Politeia*, o la descartaron como una obra inmadura. «La Stoa se convirtió de una escuela ampliamente crítica de la sociedad contemporánea en una que la aceptaba en su mayor parte.»[462] También siguió siendo lo que había sido siempre: una filosofía para la élite política.

Los utópicos

Todas estas tradiciones filosóficas refleja un problema que los griegos educados encaraban: cómo participar en la actividad política que era un derecho de los ciudadanos, dada la existencia de las monarquías macedónicas. En diferentes modos todos abandonaron la confiada teorización filosófica y el compromiso político, con excepción de Zenón y los primeros estoicos.

Mientras algunos filósofos teorizaban sobre los estados ideales, otros describían tierras imaginarias que podrían ser llamadas utopías con más exactitud. Evemero (o Euhemeros) de Mesina, que sirvió al rey Casandro desde 311 a 298, escribió la *Hiera anagraphê* (*Narración sagrada*), un relato imaginario de un viaje a un archipiélago de islas en el océano índico, donde no sólo la naturaleza humana sino también la naturaleza se ha formado de un modo perfecto. Eusebio cita un sumario del perdido libro de Diodoro, que al parecer cita las palabras exactas del relato:

> Evemero entonces era un amigo del rey Casandro y como tal tuvo que llevar a cabo un número de misiones reales y emprender largos viajes al exterior. Dice que viajó por el sur hasta el océano; partiendo de la Arabia Félix viajó por muchos días por el océano, y llegó a las islas en el mar. Una de éstas se llamaba Pancaia; allí vio a los pancaias que habitaban la isla, hombres de gran piedad que adoraban a los dioses… Hay en la isla, en un monte muy elevado, un templo de Zeus Trifilo, fundado por él mismo en la época en que todavía estaba entre los hombres y era rey de todo el mundo.
>
> (Diod. 6. 1.4, 6, FGH 63, frag. 2, Austin 38)

Es una sociedad muy griega, con tres clases definidas (como en los modelos del diseñador de ciudades del siglo V, Hipodamo), aunque la ciudadanía es universal. Los dioses olímpicos bajan de categoría: una vez no fueron sino grandes reyes, después adorados como dioses por el pueblo agradecido, y reemplazados por el sol, las estrellas y los cielos que simbolizan el ojo que todo lo ve de la justicia. La propiedad privada y la moneda están ausentes, y la tierra está dividida equitativamente entre aquellos que trabajan duramente. Alexarco, hermano de Casandro, habría tratado de hacer la fantasía realidad fundando Uranópolis (ciudad celestial) en la península de Atos en el norte de Grecia[463] (puso el sol en sus monedas),[464] pero Evemero era difícilmente un revolucionario político; no debemos olvidar que era un jefe militar al servicio de un rey. Más importante que la filosofía era la fundación de la ciudad, una empresa eminentemente práctica.

La «filosofía» de Evemero, hasta donde la hay, debería ser considerada quizá como un intento de proporcionar un lenguaje en el cual dar sentido a la nueva relación entre los reyes y las ciudades. Su influencia puede apreciarse en el libro más idealista de Iambulo (cuyo nombre sugiere que puede haber sido un árabe nabateo helenizado),[465] otro viaje fantástico escrito probablemente en el siglo III. El viaje llevó a Iambulo desde Etiopía a una isla feliz donde vivió durante siete años; también Diodoro preserva partes de la historia (2. 55-60). La población humana y la animal están dotadas de un modo aún más preternatural que en el cuento de Evemero: sus huesos son flexibles, sus cuerpos hermosos y sin vello; pueden imitar a los pájaros, y pueden mantener dos conversaciones a la vez. La naturaleza es categóricamente abundante, las cosechas maduran todo el año. Asimismo el dios sol es el gobernante y el guardián de la justicia; y la sociedad está organizada en términos comunales con un énfasis aún más igualitario que en Evemero, sin ninguna mención de las clases

sociales:

> Vivían en organizaciones políticas basadas en el parentesco, estando integrada cada unidad por un número de familiares no superior a cuatrocientos; éstos pasaban la vida en los prados, pues la tierra proporcionaba productos en abundancia para su mantenimiento…
>
> No contraían matrimonio con las mujeres, sino que las tenían en común, y a los hijos que nacían los criaban como si fuesen comunes y los amaban por igual; mientras los niños eran infantes, las que los criaban se intercambiaban con frecuencia los chiquillos para que ni siquiera las madres reconociesen a los suyos propios. De modo que, al no surgir entre ellos ninguna rivalidad, pasaban la vida sin luchas internas y valorando la concordia por encima de todo.
>
> (Diod. 2. 57.1, 2. 58. 1)

Hay un sistema racional de herencia monárquica, y se practica la eutanasia en los desahuciados y aquellos que llegan a la edad de 150 años. Este proyecto refleja realmente la teorización social de la época, pero en su mayor parte parece concebido para entretener: hay criaturas extraordinarias en la isla, incluyendo pájaros domesticados en cuyas alas los párvulos son colocados para ver si pueden soportar los rigores del vuelo y decidir si son lo bastante fuertes para ser criados. Los habitantes siguen una dieta simple y estricta y las personas cumplen servicios comunitarios por turno.

En un aspecto es quizá justificable inferir que hubo más interés popular por ésta que por otras filosofías, aunque hizo falta un miembro de la élite para fomentarla. Aristónicos, pretendiente al trono de Pérgamo después de la invasión romana de 133, puede haber obtenido un amplio apoyo recurriendo al libro de Iambulo y llamando a su ciudad Heliópolis (Ciudad Solar; Estrabón, 14. 1. 38 [646], Austin 212); el estoico itálico Blosio de Cumas era uno de sus partidarios, y una inscripción de Klaro, cerca a Colofón en Jonia, se refiere a Doulón Polis (Ciudad de esclavos).[466] Sin embargo, no hay indicios de un programa revolucionario inspirado por la filosofía social, sólo de una táctica política en un momento desesperado de su campaña.[467]

Incluso si fueran muestras del interés popular, el episodio de Aristónico y la fundación de Uranópolis serían excepciones a la regla general. Aunque había descontento social en la Grecia del siglo III, debería desconfiarse de dar por sentado que la cultura política se hubiera difundido en los estratos inferiores de la escala social. Es posible (como sostiene Ferguson) que los ideales utópicos tuvieran algunos puntos de contacto con la política estoica práctica.[468] Cleómenes de Esparta puso el sol en algunas de sus monedas (como Alexarco) y admitió a residentes extranjeros como ciudadanos. Sin embargo el paralelo con Aristónico es digno de mencionar: Cleómenes no admitió a los hilotas a la ciudadanía sino hasta la crisis de 223/222.

La filosofía en la sociedad

El cambio doctrinal y la puesta en cuestión de la ortodoxia no eran nuevos para el pensamiento griego; eran su distintivo desde las primeras épocas. El trabajo reciente sobre las nuevas filosofías destaca sus raíces en el pensamiento del siglo IV; no se desarrollaron de la nada, ni la filosofía hizo un avance espectacular cuando Macedonia derrotó a los griegos meridionales. (Un caso similar puede plantearse respecto al desarrollo continuo del cambio religioso, véase más arriba.) Por supuesto, el cambio doctrinal no se produjo aislado del mundo «real», y de algún modo habrá reflejado (o afectado) los cambios sociales y políticos. El error sería ubicar el ímpetu del cambio doctrinal en los «sentimientos» de los individuos acerca del mundo —de los cuales no tenemos prueba segura— antes que en el proceso de debate y la transmisión de ideas.

La filosofía helenística, particularmente el auge de las filosofías de retraimiento, es considerada a menudo una respuesta a los miedos de personas que viven en una época nueva e incierta. Como dicen Tarn y Griffith: «Las dos nuevas filosofías… eran ambas producto de… el sentimiento de que un hombre ya no era meramente parte de su ciudad; era un individuo y como tal necesitaba una nueva orientación».[469] Incluso el balance más austero de Long supone que las conquistas de Alejandro: «perturbaron los patrones de vida tradicionales… hicieron a muchas personas receptivas a filosofías que subrayaban la autosuficiencia del individuo». Para Grant (así como para muchos otros) la filosofía de la época es «la búsqueda de la tranquilidad mental», la literatura, mero escapismo.[470]

El invocar los miedos de los hombres y mujeres individualmente puede significar proyectar falsamente en la antigüedad una percepción moderna de la «gente corriente» impotente y atrapada en las vastas y ciegas maquinaciones de poderosos estados y fuerzas económicas. La polis no estaba agonizando. El mundo griego políticamente era incluso menos caótico que en los siglos V y IV, cuando las ciudades-estado entraban continuamente en guerra, hacían y deshacían alianzas, y durante casi todo el tiempo (con raras excepciones como Atenas) tenían poco control sobre su propio destino. En cuanto al terror de un vasto nuevo mundo, los griegos siempre habían comerciado con Egipto, zonas distantes del Mediterráneo y el mar Negro y partes de Asia, y las habían colonizado. Ahora podían ganar dinero por luchar allí y había nuevas oportunidades para asentarse consiguiendo tierras y privilegios.

El énfasis en la ética y la vida retirada pueden reflejar, no un abandono de la participación o un escapismo, sino un cambio en el papel político de la élite social que eran los verdaderos productores y consumidores del discurso filosófico. La política continuaba, aunque con diferentes objetivos. La mayoría de los filósofos que conocemos eran hombres de un origen sumamente privilegiado para los cuales la filosofía, aunque era una pasión, era también un gusto o incluso, como dice Habicht, «un pasatiempo para aquellos lo bastante ricos como para evitar las profesiones remuneradas». Los «filósofos» con frecuencia entraban en escena como emisarios

diplomáticos, como en la famosa «misión de los filósofos» a Roma, dirigida por Carneades en 155; en Atenas tres de los jefes políticos más importantes en este período fueron llamados filósofos: Demetrio de Falero (r. 317-307) y los tiranos de la década del ochenta, Atenión y Aristión.[471] Pero es posible que fueran políticos primero, y filósofos después.

LAS CONCEPCIONES DEL MUNDO Y LA SOCIEDAD

LA cosa más importante que podemos hacer al considerar la religión en este período es aceptar la validez religiosa de los nuevos cultos. No deberíamos atribuir ni una excesiva credulidad a las personas de la época, ni exagerar las pruebas de escepticismo o «racionalidad». En el caso de la filosofía, no deberíamos menospreciar las nuevas ideas viéndolas solamente como reacciones a los temores colectivos, ni exagerar la influencia de sistemas de pensamiento que fueron probablemente gestados por y para la élite política. Los cambios en ambas áreas fueron al menos tanto la continuación lógica de los procesos del siglo IV como el producto de un nuevo mundo —los cuales, después de todo, no eran muy nuevos. En ambas áreas hemos mencionado la cambiante posición de las élites en las *poleis*. Las ciudades-estado ya no involucraban a todos los ciudadanos por igual, y puede que el poder real se haya limitado a un grupo más pequeño; a su vez, las élites tenían menos poder porque las ciudades tenían menos libertad. Esto puede haber llevado a la formulación de nuevos sistemas filosóficos y al mismo tiempo diluido las restricciones para la innovación religiosa. El principal rasgo nuevo era la mayor popularidad de ciertas religiones (no todas «orientales», debe advertirse, ni adoptadas por sus devotos con exclusión de otras prácticas religiosas), religiones que proclamaban una realización colectiva e iban más allá de un único grupo étnico. Incluso éstas ingresaron en el panteón de la ciudad griega.

6. EL EGIPTO PTOLEMAICO

EN los cuatro capítulos siguientes nos trasladaremos fuera de Grecia y examinaremos cómo los griegos y los macedonios se impusieron en los países vecinos, y cómo conceptuaron su nueva relación con el mundo a través de sus actividades culturales. Primero abordaremos uno de los dos reinos más extensos.

Una vez esbozados el paisaje y la sociedad preexistente de Egipto, y el carácter distintivo de los vestigios ptolemaicos, examinaremos la historia de la dinastía desde sus días de ostensible gloria bajo los dos primeros reyes hasta el aparente caos de los siglos II y I a. C., en que sólo el hecho ocasionalmente documentado alivia la confusa secuencia de los escándalos dinásticos. Sin embargo, incluso la historia de los monarcas puede servir para ilustrar procesos más vastos. Las visiones más generales de la sociedad griega en Egipto, las relaciones entre los griegos y los nativos egipcios, y el carácter de la administración económica ptolemaica se rastrean evaluando los posibles efectos a largo plazo de la dominación ptolemaica. No obstante, debe aplicarse la cautela cuando se intenta asignar la responsabilidad por la decadencia, o incluso identificar sus síntomas; el reino subsistió mucho más tiempo que sus rivales, y hay signos de buen gobierno incluso en las últimas décadas de los Ptolomeos.

EL PAÍS Y SUS HABITANTES

COMO con respecto a otras áreas del mundo helenístico, es importante ser consciente de la naturaleza del territorio conquistado por Alejandro.[472] El antiguo Egipto ocupaba un área no muy diferente en su forma a la del actual estado de Egipto, que abarca una masa de territorio de unos 1000 kilómetros cuadrados, aunque es posible que, como otros estados antiguos, el país probablemente no tuviera las fronteras claramente definidas y custodiadas. Como el Egipto actual, el territorio central era muy largo y sumamente estrecho. La principal área de asentamiento, el Egipto medio y alto, estaba conformada por el valle del Nilo al norte de la primera catarata, bajo Siene (actual Asuán), c. 800 kilómetros tierra adentro; esta franja fértil tenía generalmente de 10 a 20 kilómetros de ancho. En el extremo norte los brazos del río Nilo se ensanchaban para formar el Delta, de unos 200 kilómetros de costa, que vinculaba Egipto al mundo mediterráneo y estaba densamente poblado. La tercera zona importante de asentamiento era El Fayum o el nomo Arsinoita (los nomos, *nomoi* en griego, eran los distritos administrativos antes de Alejandro), una fértil depresión de unos 850 kilómetros cuadrados de extensión actualmente,[473] con el lago Moiris (Birket-el-Qarun) al norte y el Delta al noreste.

Aunque Egipto estaba constreñido por un territorio inhóspito, su población sumaba varios millones, que en su mayoría vivían en ciudades pequeñas y aldeas. Hasta la invasión de Alejandro la capital estuvo en Menfis, a orillas del Nilo no lejos del sur del Delta, cuya población en el período ptolemaico se calcula en decenas de miles[474] y que se mantuvo como un poderoso centro religioso y cultual incluso cuando Alejandría se hubo convertido en la nueva capital.

Fuera de El Fayum, el país al oeste del valle del Nilo era un desierto aliviado sólo por oasis esporádicos, de los cuales el más largo era El-Bahriya y El-Kharga, el oasis septentrional y el meridional (o el Pequeño y el Grande), situado cada uno a más de 100 kilómetros al oeste del Nilo. El área entre el Nilo y el mar Rojo, a 100-150 kilómetros al este, consistía en una tierra montañosa desértica que se elevaba hasta casi 2000 m sobre el nivel del mar; pero había canteras de granito, de mármol y de otras excelentes piedras monumentales en este desierto oriental, y los asentamientos en la costa, como Mio Hormo (Fondeadero del Ratón) y Leuco Lime (Puerto Blanco), pueden haber existido anteriormente y haber sido refundados por Ptolomeo II Filadelfo. El nuevo puerto de Berenice fue realmente fundado por él, probablemente para acortar la travesía del mar Rojo:[475]

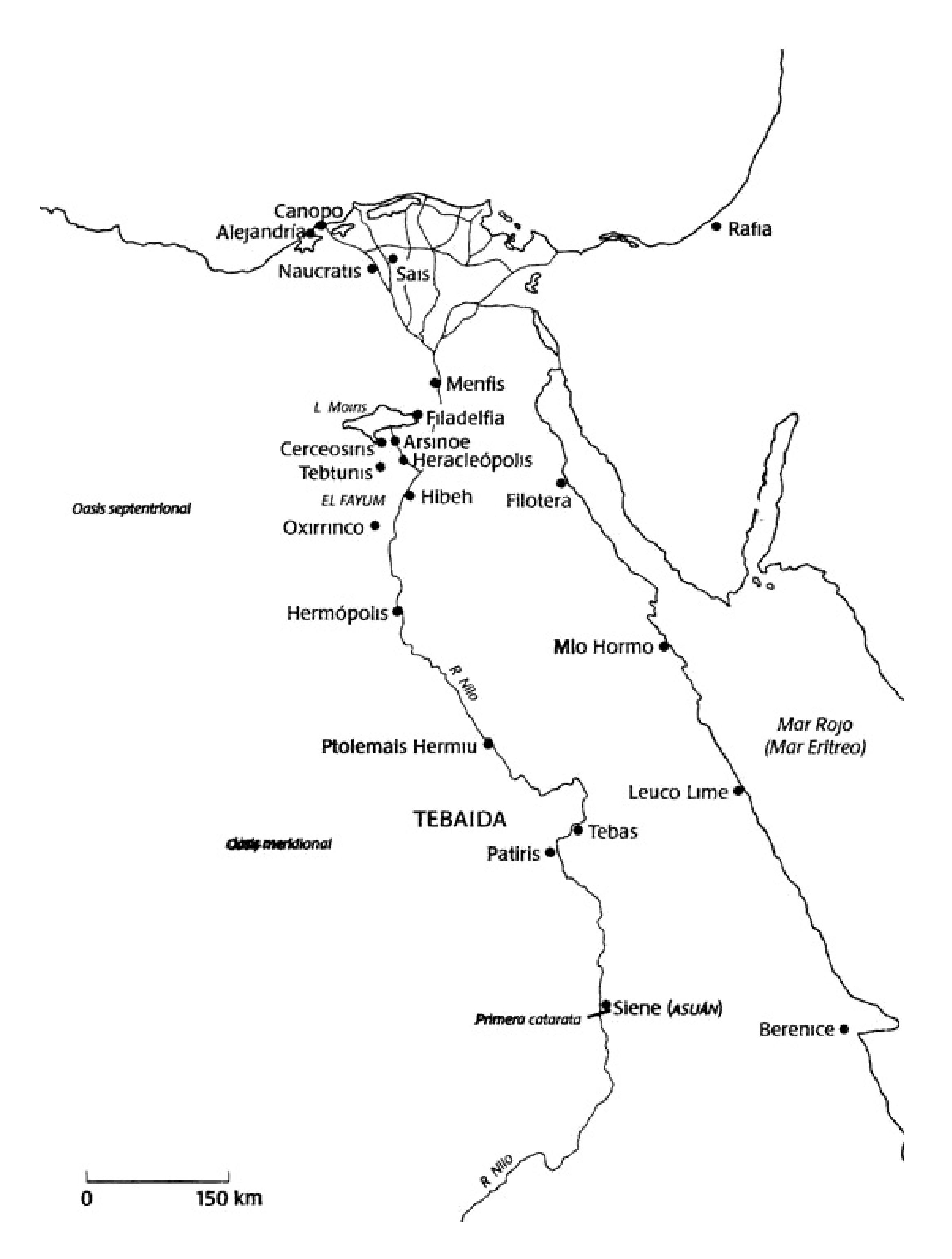
> La ciudad [Berenice] no tiene puerto, pero debido a la favorable situación del istmo tiene lugares de desembarco aparentes. Se dice que Filadelfo fue el primero que con un ejército abrió este camino, que carece de agua, y construyó estaciones, como para los viajes de los mercaderes en camellos y que lo hizo porque el Mar Rojo es de difícil

navegación, particularmente para aquellos que se hacen a la vela desde sus mas recónditos parajes.

(Estrabón, 17. 1. 44-45 [815], Austin 277)[476]

Egipto estaba bien provisto de recursos minerales. Además de una amplia gama de piedras semipreciosas y algunas gemas, tenía muchas piedras para escultura, edificación y usos industriales. No obstante, los yacimientos minerales del desierto oriental no fueron completamente explotados hasta el período romano,[477] y aunque había existencias de oro en el extremo sur era difícil de extraer (Diod. 3. 12. 1-3, Austin 263).

Como resultado de la aridez de buena parte del país, Egipto dependía esencialmente de la agricultura en el valle del Nilo, y el rasgo esencial de la agricultura era la irrigación. La crecida anual, que ocurría con toda seguridad cada año hasta que se edificó la presa de Asuán en época moderna, proveía a Egipto con su mayor recurso, el fértil limo del valle y el Delta, pero creó algunos de los problemas más grandes de organización. Se controlaba el agua en los campos mediante un complejo sistema de fosos y diques, y las ciudades y las aldeas tenían que ser protegidas apretujándose en áreas limitadas de más elevación. (Un documento de 257 a. C. preserva un presupuesto de un contratista para la reparación de los diques en Menfis: Austin 242.)[478] Los Ptolomeos invirtieron cuantiosamente en proyectos de drenaje en El Fayum, abriendo nuevos canales para traer agua de las marismas y poner en cultivo nuevos suelos.[479]



Egipto (adaptado de J. B. Salmón en Talbert, Atlas, p. 76).

Como el imperio persa y sus predecesores, Egipto era en muchos sentidos un imperio tradicional y jerárquico del Oriente Próximo. Había existido como reino desde por lo menos 3000 a. C., aunque su territorio varió de tamaño; en el momento de mayor expansión abarcaba desde el Sudán hasta el norte de Siria. Como en los estados palaciegos de la edad de bronce griega, la administración central extraía un gran porcentaje de producción agrícola de los agricultores y la administraba. Después de Alejandro, la sociedad egipcia siguió siendo extremadamente jerárquica, dominada por el rey y la corte, junto con los sacerdotes de los templos nativos que formaban un poderoso centro de poder secundario con un virtual monopolio de la escritura (no

griega).

Además de explotar el territorio central de Egipto, el reino ptolemaico dependía crucialmente para su riqueza y seguridad de la posesión de territorios en el exterior. Los testimonios seguros del papel económico de las posesiones ultramarinas son algo limitados, pero ciertamente contribuían a las rentas del rey: indirectamente absorbiendo los gastos de una base naval ptolemaica, proporcionando gente para las fuerzas armadas, y mediante los impuestos regulares ptolemaicos sobre las actividades económicas; directamente pagando el tributo probablemente en forma de «coronas» voluntarias antes que tasas obligatorias.[480] El dieceta [*dioikêtês*] del rey (superintendente de finanzas) supervisaba detalladamente las rentas y los contratos en el imperio (Austin 265),[481] y en 163 el jefe de la guarnición de Thera era directamente responsable ante él (Austin 266, OGIS 59).[482]

Egipto era un país étnicamente diverso; las ciudades estaban con frecuencia divididas en barrios y el ejército estaba integrado por mercenarios extranjeros. En Menfis, además de los recientes inmigrantes griegos y los descendientes de inmigrantes previos como los mercenarios jónicos del siglo VI (llamados helenomenfitas), había numerosos fenicios, carios (cariomenfitas, con una definición menos fuerte como comunidad que en épocas anteriores), judíos y otros colonos semitas, e idumeos (que probablemente vinieron en el siglo II). En las ciudades y en el campo la seguridad y el orden público se imponían con la presencia de guarniciones militares.[483]

Egipto era visto en los tiempos antiguos como un país de riqueza natural ilimitada gracias a su rico valle aluvial, y la vasta mayoría de la población eran agricultores egipcios con pequeñas tenencias, que pagaban impuestos en especie. Sería demasiado simple, sin embargo, imaginar una masa de trabajadores explotados despiadadamente desde los centros urbanos. Los agricultores eran legalmente libres y tenían derecho a la justicia, y la propiedad de esclavos era principalmente un rasgo de la sociedad urbana griega. Esta expectativa de un trato justo se reflejaba en la tradición cuyo nombre griego, *anachôrêsjs*, significa «subir» (desde el valle al desierto), mediante la cual los agricultores agraviados se retiraban, solos o en *masse*, a otra región o templo (una especie de huelga).[484]

La historia más antigua de Egipto sugiere que para tener una administración única fue necesario un poder central fuerte; pero el control general era difícil de lograr, con el resultado de que el Alto (sur) Egipto periódicamente se convirtió en una entidad separada. Egipto había tenido reyes extranjeros durante gran parte de los trescientos años previos, más recientemente los persas desde 525 a. C. 404 y desde 341 hasta la invasión de Alejandro; y la posición de un faraón de origen extranjero había siempre suscitado el problema de la relación entre rey y pueblo.[485] El rey tenía que estar en armonía con los dioses de Egipto, o la estabilidad de su gobierno estaría en peligro.

Los templos, con sus grandes propiedades, y la influyente jerarquía eclesiástica

representaban una importante estructura de poder paralelo. En Menfis ocupaban quizá un tercio del área de la ciudad y probablemente empleaban el número mayor de personas, funcionando como centros de redistribución y comercio para la comunidad en su conjunto. En Egipto antes de Alejandro, los templos, aunque en algunos aspectos controlados por la corona, eran los principales propietarios (por licencia del rey) y recaudadores de impuestos. Los miembros del templo podían ser eximidos del trabajo obligatorio (véase, p. ej., Austin 246, PCZ 59541). Diodoro conserva la afirmación de que un tercio de Egipto fue dado a los sacerdotes por la diosa Isis para sostener las actividades de culto (Diod. 1. 21. 7, cf. 1. 73. 2-3); la segunda parte, dice, está en manos de los reyes para sostener las guerras, una corte espléndida y las donaciones reales (1. 73. 6), la tercera era para la clase militar (1. 73. 7).[486] Bajo los Ptolomeos, el ingreso de la corona se desvió a los templos bajo dos rubros: los *apomoira*, impuestos pagados por los viñedos y manzanares, fue transferido al culto real, mientras que la *syntaxis* se constituyó en una garantía para sostener las actividades normales de los templos. Esta última era parcialmente un reemplazo de la renta que los templos habían recaudado previamente de sus propias tierras, parte de las cuales eran ahora controladas por el estado, mientras que otras fueron devueltas a los templos.[487]

La complejidad y la solidez de la organización social egipcia significa que no hemos de suponer que encontraremos todo un nuevo sistema impuesto por los «racionales» griegos a un paisaje precivilizado, ni siquiera que hubo cambios rápidos y de largo alcance. El Egipto ptolemaico no era, en ningún grado notable, una creación «desde arriba» de los griegos y macedonios. En muchos aspectos el período de la dominación ptolemaica, aunque duró cerca de tres siglos, no ocasionó una ruptura drástica en la sociedad y la economía; la población agrícola continuó como bajo los faraones egipcios y los persas, y así lo haría después bajo la dominación romana. La sociedad estaba evolucionando, como todas las sociedades, pero los cambios estructurales tuvieron lugar de modo gradual y no necesariamente como resultado de la invasión macedónica.

LOS TESTIMONIOS

ENTRE los estados helenísticos, Egipto es el único que ha producido decenas de miles de documentos administrativos diarios en forma de papiros, escritos en griego o en demótico (la versión menos formalizada de la escritura egipcia).[488] Muchos se han preservado porque durante el período ptolemaico inicial se volvió una práctica común reciclarlos como cartón, una especie de papel maché utilizado para hacer cajas de momias. A partir de aquellos descubiertos en excavaciones de tumbas, han sido reconstruidos muchos papiros importantes y extensos, incluidas secciones de textos literarios como las obras de Menandro. Otros papiros han sido recuperados en su forma original por medio de la excavación de los antiguos asentamientos, como los llamados archivos de Zenón de Filadelfia. Todo esto da a la historia del Egipto ptolemaico (e incluso a la historia política, particularmente de los últimos Ptolomeos) un nivel de detalle no encontrado en otra parte. Sin embargo, es necesario tener prudencia al generalizar a partir de Egipto hacia el mundo helenístico más amplio (el llamado problema de la tipicidad),[489] puesto que algunas características de los testimonios pueden haber sido específicas para esta área e indicar tradiciones políticas y culturales locales diferentes a las de Grecia y el Asia occidental.

Además, los testimonios papirológicos, particularmente en griego, están distribuidos de modo desigual. El papiro se preserva mejor en condiciones estables de sequedad; en consecuencia, la mayoría de los hallazgos se han hecho donde no hay asentamientos ni cultivos hoy en día, como las fronteras del desierto o los antiguos cementerios.[490] Debido a que el desierto posteriormente invadió El Fayum, se han encontrado allí la mayoría de los documentos en papiro que quedan del período ptolemaico. El valle del Nilo, rico y densamente poblado, ha generado relativamente pocos papiros, aunque hay importantes excepciones como (entre los papiros desenterrados) el archivo del Serapeo del nomo menfita y los archivos de los soldados del Patirita, mientras que los hallazgos de cartonaje comprenden textos del siglo III de Hibeh y un importante corpus de material del siglo I del nomo heracleopolita (Abusir el Melek). La Tebas egipcia generó una proporción más grande de textos en demótico. Los papiros de El Fayum provienen principalmente de las aldeas, mientras que muchos del valle del Nilo proceden de contextos urbanos.[491] (Entre aquellos ejemplos de documentos del valle del Nilo revisados en este capítulo se incluyen los casos de Peteharsemteo y Driton).

Hay variaciones cronológicas. Algunos yacimientos principales, como el oasis occidental y la ciudad de Oxirrhinco en el Egipto medio, han generado papiros de fecha romana principalmente. En muchos casos sólo cubren un período muy corto, puesto que los papiros con frecuencia aparecen en conjuntos particulares de documentos, convencionalmente llamados «archivos» (como los archivos de Zenón).

Este es un término equívoco, puesto que los documentos no estaban usualmente catalogados o clasificados con el fin de ser archivados, y pueden haber permanecido juntos simplemente porque trataban asuntos de una familia, de un funcionario o de una comunidad.[492]

Finalmente, miles de papiros han quedado inéditos; este es en especial el caso de aquellos escritos en demótico, puesto que hay menos estudiosos preparados para leer en esa lengua.[493] De modo que aunque tenemos muchos documentos ilustrativos para utilizar, la tarea de generalizar sobre Egipto en su conjunto, a partir de períodos, grupos sociales y comarcas particulares, suele ser extremadamente compleja, pues la variación regional siempre es una probabilidad.

Otro grupo importante de documentos son los ostraca, trozos de vasijas rotas que el pueblo usaría para comunicaciones efímeras y como borradores, antes que desperdiciar el costoso papiro. Queda un número muy grande del Alto Egipto pero su distribución es menos desigual que la de los papiros, ya que su permanencia no dependió tanto de las condiciones del suelo. En particular, han servido a los estudiosos para formar una imagen de la tributación ptolemaica.

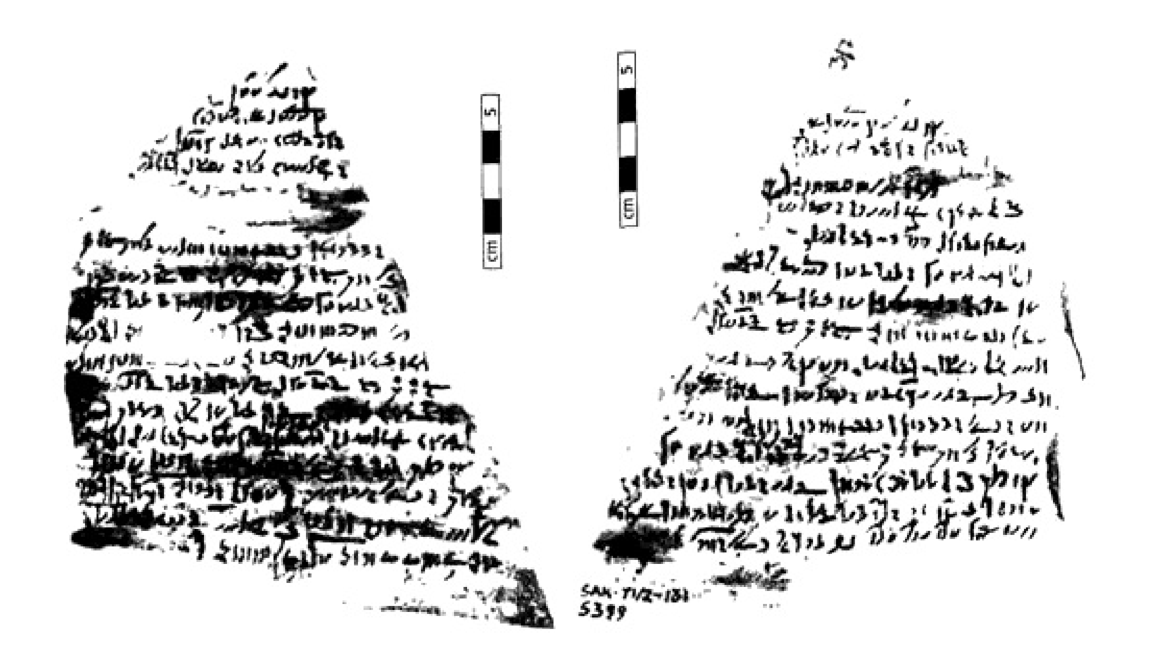
Las inscripciones hacen importantes contribuciones a la historia ptolemaica, e incluyen desde los documentos públicos monumentales como la Piedra Rosetta a las numerosas lápidas inscritas en griego y en demótico de ciudades y aldeas. Lo que falta es un tipo de documentación ciudadana como la que tenemos de Atenas y las demás *poleis* del mundo egeo; ese tipo de organización política no existió en Egipto, fuera de las ciudades griegas de Alejandría, Ptolomea y Náucratis.

Entre las fuentes literarias, podemos destacar a Diodoro Sículo (siglo I a. C.) cuyo primer libro está dedicado a la topografía, costumbres e historia egipcias y se basa ampliamente en el autor del siglo IV, Hecateo de Abdera y en Agatárquides de Cnido.

La tendencia a subutilizar las fuentes demóticas está corrigiéndose lentamente. A la vez, se está comenzando a percibir que en muchos aspectos la cultura egipcia era bilingüe. Muchas personas, por ejemplo, tenían dos nombres, y había un completo sistema legal egipcio que funcionaba paralelamente a la ley griega introducida por los Ptolomeos. Los contratos entre los egipcios se escribían todavía en demótico, utilizando un complicado sistema de testigos y copias múltiples. Hacia finales del siglo III fue simplificado, quizá por influencia de la ley griega, hasta con dieciséis testigos listados en una copia única principal (los contratos griegos sólo tenían seis testigos). Finalmente, a inicios del siglo III o II, los *agoranomoi* públicos («notarios», no como en Grecia, superintendentes comerciales) podían escribir los contratos en griego sin necesidad alguna de testigos, aunque desde mediados del siglo II los *grapheia* (notarías) guardaban copias de los contratos; cuando el contrato estaba en demótico, un resumen y la fecha también se consignaban en griego. Con estos estímulos el griego comenzó a desalojar al demótico como la lengua normal para estos propósitos. Sin embargo, el uso persistente de las formas legales nativas, cuya

validez era aceptada en la práctica griega, debe haber desempeñado un papel esencial en mantener el sentimiento de identidad propia de los egipcios.[494]

Debido a que su preservación es desigual en el espacio y el tiempo, y a las condiciones de su creación, existe el peligro de que la abundancia de nuestros testimonios escritos sobre Egipto pueda hacer que los historiadores se confíen demasiado. Los papiros, ostraca e inscripciones nos hablan principalmente sobre la vida en zonas particulares de la *chôra*, el territorio rural fuera de las ciudades principales; la literatura y la historiografía preservadas se concentran en Alejandría y el mundo de la corte y el rey. Ademas hay una carencia relativa de vestigios arqueológicos de Alejandría, una ciudad habitada continuamente desde su fundación (aunque el cuadro no es tan escueto como hace una generación).[495] Sería erróneo generalizar con demasiada facilidad sobre la vida en el delta y Alejandría a partir de la economía y la sociedad de El Fayum, así como lo sería tomar la literatura y la ciencia de la capital como típica del Egipto ptolemaico en su conjunto.



Ostracón de Hor, de Saqqara. (Reproducido de Ray, *Archive of Hor*, lám. 3, con la autorización de la Egypt Exploration Society.)

LA DINASTÍA PTOLEMAICA

Desde Soter a la batalla de Rafia (323-217 a. C.)

PTOLOMEO (Ptolemaios), hijo de Lago (de donde se deriva lagidai o lágidas, nombres alternativos para la dinastía), llamado Ptolomeo I Soter («el salvador», r. 323-282), asumió el poder como sátrapa en 323 en nombre de Filipo III Arriadeo.[496] Desde c. 331 Egipto había sido gobernado por Cleómenes de Náucratis (o Alejandría), uno de los designados por Alejandro que se había establecido como sátrapa efectivo, o verdadero, hacia la época de la muerte de Alejandro y dejó a Ptolomeo 8000 talentos cuando éste entró en su satrapía. Cleómenes era evidentemente un administrador eficiente, por no decir despiadado. Los *Oikonomika* atribuidos a Aristóteles nos dice cómo manipuló el precio del trigo durante una escasez, y estafó a los sacerdotes egipcios para que renunciaran a los tesoros del templo ([Arist.] *Econ*. 2. 2. 33. 1352 a-b). El discurso contemporáneo del tribunal ateniense *Contra Dionisodoro* asegura que fue responsable de hacer subir artificialmente el precio del trigo (Demóstenes, 56. 7).[497] En algún momento entre 323 y 320, no obstante, Ptolomeo hizo asesinar a Cleómenes, por la sospecha de que era partidario de Perdicas el quiliarca (Paus. 1. 6. 3), que ahora tenía sus designios puestos en Egipto.

De Alejandro y Cleómenes, Ptolomeo heredó una administración estrictamente estructurada que controlaba el trabajo de la población agrícola y aseguraba un constante flujo de impuestos a las arcas reales; pero modificó el aparato administrativo existente. Para legitimar su dominio se presentó de modo solícito ante la población, tanto en Egipto como en el mundo exterior. Ante la población egipcia nativa y su élite sacerdotal parece haberse comportado desde el comienzo como el sucesor legítimo de Alejandro; Diodoro (18.14) dice que se comportaba generosamente con los nativos en su época, lo que probablemente reflejaba la tradición faraónica de que cada nuevo soberano debía públicamente conceder ciertas mercedes.[498] En el contexto grecomacedonio dio pasos para hacer que su posición pareciera particularmente legítima, apoderándose del cuerpo momificado de Alejandro mientras era llevado a Macedonia para ser enterrado, y colocándolo en Menfis, la antigua capital sagrada. Después dejó claro el papel simbólicamente principal de Alejandría edificando un espectacular sepulcro para Alejandro (posteriormente Ptolomeo IV Filopátor edificó a su alrededor un mausoleo, el Sema o Monumento, para guardar las tumbas de Alejandro y de todos los Ptolomeos).[499]

En las guerras de los diadocos Ptolomeo parece desempeñar sobre todo el papel de observador, aprovechando ocasionalmente los conflictos de sus rivales o

influenciando en el resultado para sacar provecho. Se apoderó de Celesiria en 318, aunque finalmente Antígono la conquistó. Ayudó a Seleuco a recuperar Babilonia, aunque esto no fue garantía de una alianza permanente. Después de Ipso (301), otra vez se adueñó de parte de Celesiria y tomó parte del Asia Menor suroriental. A finales de la década de 290 o inicios de la de 280 la liga de los insulares, fundada en 315-314 por Antígono Monoftalmo para controlar las rutas marítimas egeas, se convirtió en ptolemaica[500] y fue nombrado un *nêsiarchos* («comandante de las islas») (Austin 218, Burstein 92, *Syll3* 390; y Austin 268, OGIS 43).[501] Evidentemente Ptolomeo no se contentaba con permanecer en su reino y consolidar el poder de su familia en Egipto; las razones para sus aventuras ultramarinas serán consideradas con más amplitud más adelante.

Después de gobernar durante treinta y ocho años, en 285 Ptolomeo promovió a su hijo Ptolomeo II, más tarde llamado Filadelfo («el que ama a la hermana», r. 285-246), al estatus de corregente; murió dos años más tarde. El longevo Filadelfo creó o disfrutó de un período de estabilidad relativa, durante el cual la reputación cultural de Alejandría alcanzó un nivel espectacular (capítulos 7 y 9). Una narración detallada de la estrategia exterior ptolemaica de mediados del siglo III no es posible, pero además de agregar la importante base naval de Samos a sus posesiones egeas después de la muerte de Lisímaco, Filadelfo ganó territorio en Asia Menor, como resultado de la primera guerra siria de 274-27.[502] Estas victorias, o al menos el espíritu de un imperio siempre creciente, pueden reflejarse en la lista de posesiones ultramarinas de Filadelfo escrita por el poeta cortesano de inicios del siglo III, Teócrito:

> Y parte se anexiona de Fenicia y de Arabia, y de Siria y de Libia y del país de los negros etíopes. Gobierna a los panfilios todos, y a los lanceros cilicios, y a los licios y a los carios, que gustan del combate, y a las islas Cicladas, pues suyos son los mejores barcos que bogan por el mar.
>
> (*Idilio* 17; cf. Austin 217)

Precisamente antes de esto, Filadelfo debeló una revuelta de su medio hermano Magas en Cirene (Magas como posible protegido de Antíoco II, quien aspiraba a derrocar a Ptolomeo). En la década de 260 apoyó a Esparta y a otros estados griegos en su fracasada rebelión contra Macedonia, la guerra cremonidea, durante la cual (o después de ella) sufrió derrotas navales en Cos y en Éfeso y habría perdido el control de la liga de los insulares.[503]

Las guerras «sirias».

c. 274-271 primera guerra siria
260-c. 253 segunda guerra siria
246-241 tercera guerra siria (laodicea)
219-211 cuarta guerra siria
202-200 quinta guerra siria
169-168 sexta guerra siria (invasión de Egipto por Antíoco IV)

Poco después de 261, el rey seléucida Antíoco II recuperó Samos y territorios en Asia Menor como resultado de la segunda guerra siria, que llegó a su fin con la boda de Berenice II, hija de Filadelfo. Ese matrimonio a su vez llevó a la guerra laodicea o tercera guerra siria, en que Ptolomeo III Evergetes («el benefactor», r. 246-221; también llamado Evergetes I) invadió Asia Menor y Mesopotamia; aunque sus únicos triunfos permanentes se dieron en Asia Menor, además de Samos otra vez. (Fue a su regreso a Egipto cuando recibió el título de Evergetes). La invasión de Siria se narra claramente en nombre del propio rey, en un relato histórico fragmentario conservado en papiro (FGH 160, Austin 220, BD 27, Burstein 98). Un texto de carácter más monumental, muy en el estilo de los monarcas tradicionales del Oriente Próximo, lista sus triunfos en Asia y se atribuye el mérito de la recuperación de objetos sagrados sacados de Egipto por los persas (Austin 221, BD 26, Burstein 99, OGIS 54; cf. el Decreto de Canopo, Austin 222, BD 136, OGIS 56, línea 11). Se han encontrado una estela con una inscripción de los mercenarios ptolemaicos de servicio en Siria quizá en este momento (Austin 274),[504] así como testimonios de la regulación ptolemaica de ganado y esclavos en Siria y Fenicia en 260 a. C. (Austin 275, *C. Ord. Ptol*. 21-22).

El inicio del reinado de Ptolomeo III atestiguó el primer levantamiento nativo documentado en Egipto, el cual parece haber sido reprimido sin haber tenido efectos duraderos[505]. Fuera de Egipto, ambos Filadelfo y Evergetes dieron apoyo a la liga aquea contra los macedonios. Cuando Arato selló un pacto con Antígono Dosón (capítulo 4), Evergetes estaba deseoso de recibir al rey espartano exiliado Cleómenes III en Egipto pero no para ayudarlo activamente; puede haber considerado que Antígono era ahora demasiado fuerte para que valiera la pena oponerse de esta manera.



Figura 6.5. Moneda con retrato de Ptolameo III Evagetes, que muestra al rey con un corona radiada y otros símbolos de la realeza egipcio-macedonia (BMC Ptolomeis, lám. 12. 4) (*Museo Británico*, Londres.)

El ascenso de Ptolomeo IV Filopátor («el que ama a su padre», r. 221-205) se presenta a menudo, siguiendo a Polibio, como un giro desastroso para el poder ptolemaico. El joven rey y sus consejeros Sosibio y Agatocles, presuntamente ruines, fueron culpados por la pérdida de la supremacía naval en el Egeo y por las consecuencias catastróficas de la invasión de Antioco de Siria (en la cuarta guerra

siria, 219-211; cf. Polib. 5. 67, Austin 148).[506]

> Inmediatamente después de estos sucesos [la cuarta guerra siria], Ptolomeo se vio obligado a guerrear contra sus propios súbditos. Este rey [Ptolomeo IV], en efecto, había armado a los egipcios para la guerra contra Antioco: tal determinación le resultó acertada para el presente, pero equivocada para el futuro. La victoria de Rafia ensoberbeció a aquellas gentes [los egipcios] y ya no soportaron más la autoridad. Se creían capaces de bastarse a sí mismos y se buscaron un capitán bien figurado, cosa que acabaron por lograr y muy pronto.
>
> (Polibio, 5. 107. 1-3. Austin 225 a)

En 217 había sido necesario por primera vez reclutar egipcios nativos en gran número para el ejército con el fin de rechazar a Antioco en la batalla de Rafia cerca de Gaza (Polib. 5. 63, 65, Austin 224; para las fuerzas sirias véase Polib. 5. 79, Austin 149). Como resultado, Ptolomeo ganó la ciudad clave de Seleucia de Pieria; la acusación levantada por Polibio y Justino de que falló en aprovechar su triunfo adecuadamente es de algún modo refutado por esta adquisición y las cantidades de botín capturadas.[507] Sin embargo, Polibio critica el reclutamiento de tropas nativas por la subsiguiente agitación.

Realmente hubo episodios turbulentos después de Rafia. Uno al que Polibio se refiere es el segundo levantamiento conocido bajo los Ptolomeos, y fue más grave que el primero. Polibio no nombra al jefe aunque parece mencionar la misma revuelta en otra parte (5. 87; 14. 12, Austin 225 b). Se alude a él en la Piedra Rosetta (Austin 227, BD 137, Burstein 103, OGIS 90), donde se dice que Ptolomeo V Epífanes castigó a los hombres que habían sido los jefes rebeldes bajo su padre (líneas 27-28, cf. 22-23). No obstante, la cronología polibiana se contradice, y es posible que la sublevación tuviera lugar bastante después de Rafia, más bien que poco después. Además, la Piedra Rosetta registra que entre los numerosos blancos de la ira de los rebeldes estuvieron los templos nativos; quizá veían a los sacerdotes como colaboradores del soberano extranjero.[508]

Por otra parte, el reinado de Ptolomeo IV ha sido revaluado como una época en que la influencia ultramarina de Egipto se mantuvo con éxito;[509] y los Ptolomeos continuaron reinando por casi dos siglos más, considerablemente más tiempo que sus rivales. El vínculo casual entre la batalla de Rafia y los disturbios en Egipto no es firme. Hay mucho más en al historia del Egipto ptolemaico en los años intermedios, comenzando con un breve examen de los propósitos de las empresas de los reyes en territorios ultramarinos durante el siglo posterior a la muerte de Alejandro.

Las aspiraciones ptolemaicas

Había una base naval ptolemaica en la isla de Tera; quizá es más sorprendente que

hubieran otras incluso en Grecia continental, en Metara en el golfo sarónico (sólo a unas veinticinco millas del baluarte macedonio de El Pireo), en la isla de Keos cerca de Ática, y en Maronia en el norte de Grecia. Otras posesiones eran Samos, Cos y Chipre. Itanos en Creta oriental fue ptolemaica desde la época de la guerra cremonidea (la ciudad honró a Ptolomeo III en c. 246: Austin 267, *Syll3* 463),[510] mientras otras ciudades griegas tales como Gortina disfrutaban de estrechos lazos diplomáticos con Alejandría. Un enclave ptolemaico en el continente frente a Samotracia puso al gobernador en contacto con esa polis insular durante el reinado de Ptolomeo III (Austin 269, *Syll3* 602).[511] De vez en cuando se apoderaban de partes de Asia Menor en manos de los Seléucidas, y las inscripciones dan testimonio de diferentes niveles de administración, y de los esfuerzos ptolemaicos por sostener una presencia frente a la oposición seléucida (Austin 270, BD 21, Burstein 95, RC 14; Austin 271, Burstein 100, OGIS 55; Austin 272, RC 30; Austin 273).[512] Hemos visto que los sucesivos Ptolomeos lucharon por mantener posesiones en Siria, lo cual resulta extraño si uno ve a Egipto como una entidad geográfica autosuficiente con fronteras naturales definida.

Polibio es un texto clave:

> … debido a su dominio efectivo sobre Chipre y Celesiria, [los primeros ptolomeos] podían amenazar, por mar y por tierra, a los reyes de Siria; acechaban al mismo tiempo a los monarcas asiáticos y, asimismo, a las islas por el mero hecho de controlar las ciudades, puertos y parajes más importantes en la zona costera que va de Panfilia al Helesponto, y también por haber sometido la región de Lisimaquia. Vigilaban también los asuntos de Tracia y de Macedonia, puesto que eran dueños de las ciudades de Enos y Maronia, y aun de otras más distantes. Esta realidad, la de tener tan extendidos sus brazos de este modo, la de haber puesto delante suyo, y a distancia, tantos reinos, lograba que jamás debieran angustiarse por el reino de Egipto. Era, pues, lógico el gran empeño que ponían en sus asuntos exteriores.
>
> (Polibio, 5.34. 5-9. Austin, 223)

Polibio es sólo un comentarista, no un contemporáneo, y podemos suponer que como aqueo sintiera prejuicios contra los reyes, particularmente los de ascendencia macedonia. Sin embargo, era probablemente exacto al dar una pluralidad de razones: para presionar a los Seléucidas, para vigilar a Macedonia, para mantener la seguridad e (implícitamente) para acumular y ejercer el poder. Es una amalgama verosímil de estrategias activas y reactivas.

Se ha escrito mucho de un debate, con frecuencia estéril, en torno a si Ptolomeo I y sus sucesores codiciaban todo el imperio de Alejandro (como, se afirma, también de Antígono, Demetrio y Seleuco). Un corolario de esto es preguntar si los reyes macedonios y seléucidas abrigaban esa ambición. Incluso si la respuesta a estas preguntas es afirmativa, es demasiado simple llamar a la agresión ptolemaica «imperialismo defensivo», como si fuera una serie de ataques anticipados con el objeto de impedir a las otras potencias que se expandieran al Egeo y al Mediterráneo

oriental.

Parece improbable que un principio tal como un «equilibrio de potencias» fuera observado conscientemente.[513] La disuasión en el sentido moderno tampoco estaba probablemente en juego. Las tropas eran para la acción, y esperaban las habituales recompensas de botín y tierras. El rey también tenía buenas razones además de la defensa para mostrar su fuerza: tenía que mostrar su valor como jefe guerrero y defensor del pueblo; esto puede explicar por qué al menos cuatro de las guerras sirias ocurrieron inmediatamente después de la subida de un rey ptolemaico o seléucida. La creación de un imperio naval no era meramente una iniciativa previsora, era una respuesta necesaria a las exigencias hechas por el papel de rey, y al poder de las armadas macedonias y seléucidas.

En ninguna época podía un soberano dar por hecho que controlaría Egipto sin una línea de defensa avanzada. Chipre era vital para controlar las rutas marítimas, como lo había sido en el siglo IV y para Alejandro.[514] Además, los artículos valiosos para la manutención de una armada y un ejército (en especial, metales, madera y brea) no podían ser encontrados en Egipto, o no en cantidades suficientes, pero estaban fácilmente disponibles en Celesiria, el Líbano y Chipre. Chipre podía proporcionar abundante cantidad de grano para aliviar la escasez en Egipto u otras partes, como lo atestigua el decreto de Canopo de 238, en el cual se declara que Ptolomeo III compró trigo allí;[515] las montañas de Troodos eran una fuente de madera y los yacimientos de cobre en las faldas de esas montañas habían sido explotados durante milenios. Un oficial militar responsable de las minas de la isla fue honrado por el *koinon* de las *poleis* chipriotas a finales del siglo II o inicios del siglo I (OGIS 165). Los yacimientos de plata de la isla fueron explotados también para proporcionar metal para amonedar.

Celesiria, Chipre y Cirene se combinaban estratégica y económicamente para desempeñar un papel clave en la preservación del poder ptolemaico. Fueron administradas de modo similar y pertenecían a la esfera monetaria ptolemaica; los intereses políticos precedían a los comerciales, como era inevitablemente el caso dada la ausencia de un fundamento poderoso para exportar en los antiguos estados. En primer lugar, los Ptolomeos tenían interés en asegurar un continuo suministro de artículos clave no disponibles fácilmente en Egipto; esto, en efecto, era una motivación primordial para administrar la economía interna, que sólo podía proporcionar las rentas para pagar esos artículos y sostener las estructuras militares con las que asegurar el acceso a ellos. Una segunda razón era política: el mantenimiento del poder naval ptolemaico en el Egeo y el Mediterráneo oriental era una herramienta estratégica vital para contener a Macedonia y el eje antigónida-seléucida que se estaba formando contra Egipto. La tercera, una muestra de poder en las zonas griegas, incluidas las áreas de influencia macedonias, como la protección de la cultura griega en Alejandría, demostró la helenidad de Egipto y manifestó el compromiso de los reyes con la cultura y la tradición griegas, justificando su derecho

a un lugar en la órbita cultural griega.

Hasta Rafia, el poder ptolemaico se extendió muy lejos de Egipto; no siempre se repetiría otra vez. Las etapas de los siglos II y I cuando Chipre no estaba en manos ptolemaicas, y finalmente la pérdida permanente de Chipre y Cirene en el siglo I, fueron duros golpes para el sistema, aunque el reino fue todavía poderoso durante el siglo II.

Los problemas de la dinastía, 217-230 a. C.

Gran parte de la historia consignada de Egipto consiste en repetitivos escándalos dinásticos y revueltas, y necesita ser equilibrada con los testimonios documentales de inscripciones y papiros. Dicha presentación en las fuentes literarias al menos ilustra, entre otras cosas, el poder de los acontecimientos externos para trastornar Egipto.

Incluso si Rafia no llevó de inmediato a una agitación descontrolada en Egipto, parece que la generación que siguió al ascenso de Filopátor al trono contempló el comienzo de la desestabilización. Aunque la primera revuelta, al inicio del reinado de Evergetes I, no generó una permanente disrupción visible para nosotros, los *anachoresis* nativos comenzaron ahora a hacerse cada vez más frecuentes, y hubo secesiones en el Alto Egipto y Cirene, y disputas entre los pretendientes rivales al trono. En 205, a finales del reinado de Filopátor, un jefe egipcio cuyo nombre probablemente es transliterado como Haronnophris fue coronado faraón en Tebas en la tercera revuelta consignada.[516]

Ptolomeo IV fue asesinado por Sosibio y Agatocles, quienes trataron de retener el poder bajo el joven Ptolomeo I Epífanes («el [dios] manifiesto», r. 205-180), y procuraron el asesinato de la reina madre, Arsínoe III (Polib. 15. 25. 3-18, Austin 226). Sosibio, sin embargo, parece haber muerto poco después que Arsínoe, mientras Agatocles y su madre Oinante fueron linchados por el pueblo de Alejandría, donde Arsínoe había sido popular. Polibio, mientras que profesaba, sin duda justamente, evitar los extremos de sensacionalismo, describe la sangrienta escena vívidamente y con prolongada exaltación (15. 23-36); su conclusión sugiere que dista de carecer de prejuicios sobre Egipto, sea griego o nativo:

> El primero que llegó, no mucho después, fue Agatocles, maniatado. Algunos corrieron hacia él y lo atravesaron con sus venablos, con lo cual le hicieron un favor y no un daño, pues así lograron que no recibiera lo que merecía como castigo. A continuación fueron trasladados allí Nicón [un pariente], Agatoclea [hermana de Agatocles, amante de Ptolomeo], desnuda, y sus hermanas, seguidos del resto de la familia; la última fue Enante que arrancaron del Temosforio; también a ésta la desnudaron y la condujeron a lomos de un caballo. Todos [Agatocles y sus parientes] fueron puestos a discreción de la turbamulta: unos les mordían, otros les pinchaban, otros les sacaron los ojos, al que se caía le dislocaban los miembros hasta que se los quebraban todos. Cuando están enfurecidos la crueldad de los egipcios es terrible.

(Polibio, 15. 33. 6-10)

La parte inicial del reinado de Epífanes continuó siendo agitada. La mayoría de las posesiones del Egeo y del Asia Menor fueron inmediatamente perdidas a raíz de la agresión seléucida y macedonia. Posiblemente bajo los términos de un pacto secreto que, se dice, hizo con Filipo V (Polib. 15.20, Austin 152), Antíoco III se apoderó de Celesiria en 201-200 en la quinta guerra siria.[517] Epífanes, asesorado por su consejero Aristómenes, cedió el territorio y en 193 casó con Cleopatra I, hija de Antíoco.[518] Maduró hasta convertirse en un soberano eficaz, reprimiendo sublevaciones nativas y una rebelión en el Alto Egipto. Este acontecimiento (o serie de acontecimientos), la cuarta de las revueltas conocidas en el Egipto ptolemaico, se extendió quizá desde 197 hasta 185 y comprendió un sitio del rey a la ciudad de Licópolis en el delta. En el Alto Egipto, Haronnophris fue sucedido por Caonnophris, quien no fue derrotado hasta 186.[519]

Por esta época, los rodios comenzaron a suplantar a Egipto como la principal potencia naval en el Egeo y el Mediterráneo oriental. Bajo los términos de la paz de Apamea (188) que dio fin a la guerra de Roma contra Antíoco III, se les garantizó el control sobre partes de Asia Menor y un efectivo poder en el mar.

El hijo de Ptolomeo V, Ptolomeo VI Filométor («el que ama a su madre», r. 180-145) trató de reconquistar Celesiria con un notable ataque a finales de 170 o inicios de 169, provocando una reacción espectacular de su tío Antíoco IV, quien invadió Egipto en la sexta guerra siria y ganó una batalla decisiva en Pelusión, apoderándose de Chipre y de todo Egipto excepto Alejandría. Los estudiosos discrepan si Antíoco fue entonces coronado faraón o sólo instituyó un protectorado en nombre de su sobrino con él mismo como tutor.[520] En 168 Antíoco se lanzó otra vez a sitiar Alejandría, pero en julio el comandante romano Gayo Popilio Laenas lo compelió a abandonar la invasión y a ceder Chipre. La fecha de su partida es conocida a partir de dos ostraca demóticos en el llamado archivo de Hor. El primero lleva una «profecía» de la partida del rey (escrita después del acontecimiento); en la primera sección Hor se dirige a Filométor directamente:

> De Hor el escriba, un hombre del pueblo de Isis, señora de la caverna, la gran diosa, en el nomo de Sebennitos. El sueño que me habló de la seguridad de Alejandría (y) los viajes de 3tyks [Antíoco], a saber que vendría por mar de Egipto para el año 2, Paoni, último día [30 de julio de 168]. Informé de la susodicha cuestión (a) Hrynys [¿Helenio o Eirenaiol?], que era stratégos, (en el) año 2, Paoni, día 11. Gryn3 [Cleón], el delegado de 3tkys, no había dejado aún Menfis. (Pero) las dichas cuestiones fueron reveladas de inmediato. No habló más de ellas, (pero) envió al cabo de una hora una carta. Se la di a los faraones en el gran Serapeo que está en Alejandría, en el año 2, Epeiph, último día [29 de agosto de 168]. Para cada asunto que se refiera a esto era compensación para ti (en) el momento en cuestión (por) la que me concierne, a saber, la grandeza de lo que concierne a los dioses (en) tu corazón. He traído esto ante ti, pues vine a Alejandría con Tytts [¿Diodoto?] el estratego, a saber…

(Austin 165)[521]

(Los caracteres 3 y 3 en los nombres transcritos representan una interrupción glotal en egipcio). El segundo ostraca proclama que Antíoco saldrá en el día previsto.

Pese a que la invasión de Antíoco podía implicar que Egipto no podía ya autogobernarse, la parte final del reinado de Filométor fue una época en que el poder ultramarino egipcio fue reafirmándose. Un signo de esto es el restablecimiento de una guarnición ptolemaica en Itanos en Creta en 163 o posteriormente.[522] En esta fecha los romanos no buscaban neutralizar a Egipto sino mantenerlo como un contrapeso frente a Siria.

En la época de la invasión, la realeza estaba compartida entre los tres hijos de Ptolomeo V: Ptolomeo VI Filométor, ya rey desde 180, su hermano el longevo Ptolomeo VIII Evergetes II (r. 170-163, 145-116; apodado Fiscon, véase más adelante); y su hermana Cleopatra II (r. 170-145).[523] Los dos hermanos eran enconados rivales y cada uno buscó el apoyo de Roma, Filométor terminó ganando finalmente el favor del senado. Polibio comenta sagazmente:

> Los romanos echan mano con frecuencia de decisiones así: se aprovechan de la ignorancia del vecino para aumentar y organizar de forma efectiva su propio poder, cosa que encima se les agradece, pues dan la impresión de beneficiar a los ofendidos.
>
> (31. 10, Austin 229)

Mediante una alianza con Pérgamo, Filométor pudo intervenir en la sucesión real seléucida —las familias reales estaban emparentadas— y conquistar Celesiria en 147, sólo para perderla con su inesperada muerte dos años después.

El período de correinado en la década de 160 vio el quinto levantamiento nativo consignado. Desde aproximadamente 165 los corregentes en ese momento (Filométor, Evergetes II y Cleopatra II) afrontaron una agitación renovada por parte de la población egipcia. Un tal Dionisio Petosarapis, uno de los amigos de Filométor dirigió una inútil revuelta; cuando iba a fracasar, trató de movilizar el apoyo nativo (Diod. 31, fr. 15 a, cf. 17 b; Austin 228). Varios papiros y dos ostraca de aproximadamente 160 aluden a los daños y a las bajas causadas por los rebeldes.[524]

El primer período de reinado conjunto de Ptolomeo VIII Evergetes II terminó en 163. En 155, después de un presunto atentado contra su vida, hizo un testamento en que dejaba Egipto a los romanos si moría sin heredero (Austin 230, BD 43, Burstein 104).[525] Es la primera vez que se consignaba un procedimiento semejante, pero, como los casos posteriores, estaba probablemente dirigida a disuadir del asesinato y no fue puesto en práctica.

Evergetes gobernaba Cirene cuando en 145 fue traído de regreso para ser rey. Inmediatamente asesinó a Ptolomeo VII Eupátor («del buen padre», r. 145), el hijo de

su hermano mayor Filométor con su hermana menor Cleopatra y se casó con esta reina doblemente despojada de sus seres queridos. (Notoriamente, también desterró a los intelectuales de Alejandría.) Más tarde tomó adicionalmente como esposa a la hija de Filométor, su propia sobrina, Cleopatra III (r. 116-101).[526] Tales relaciones incestuosas, aunadas con la corpulencia de Evergetes, parecen haber llevado al desprestigio de la monarquía entre los griegos, que lo apodaron Fiscon («el panzudo»). Las fuentes preservadas, tales como Polibio, Diodoro y los fragmentos de escritores posteriores, no proporcionan la historia completa, pero después de una lucha de poder entre las cleopatras —la más joven era sobrina, cuñada y (lo más importante) hija de la mayor— siguió una guerra civil en 132; Evergetes tomó partido de la más joven, su sobrina, hijastra y cónyuge. La lucha dinástica había de permanecer como un rasgo de la vida egipcia durante décadas, mientras los romanos desempeñaban el papel de hacedores de reyes o reinas; pero en esta ocasión el rey y su esposa más joven parecen haberse impuesto al cabo de tres años.

Había transcurrido menos de una generación desde el anterior levantamiento nativo documentado, cuando la Tebaida, con sus antiguos centros religiosos protegidos de Alejandría por la distancia, era otra vez escenario de protestas nacionalistas. La revuelta de Harsiesis (131-130), la sexta consignada, coincidió con la guerra entre Evergetes y Cleopatra II y es notoria pues su jefe fue el último egipcio coronado «faraón». Por entonces se fundó la polis de Evergetis para resguardar la frontera meridional (133/132) y se asentaron nuevas tropas en Cerceosiris en El Fayum (130/129).[527] Otros testimonios de complicaciones locales indican un debilitamiento del control central, pero aunque es fácil representar el siglo II como una época de caos, no deberíamos exagerar el grado en que los remotos problemas dinásticos pueden haber afectado la vida cotidiana.

Los tres contendientes se reconciliaron en 124 y expidieron un decreto de amnistía en 118, que ha sido llamado «prácticamente el último documento griego importante en papiro de los ptolomeos»,[528] y se preserva en un papiro escrito en Cerceosiris por Menches. En este extracto el espíritu de reconciliación refleja la tradición faraónica de *philanthrôpa* (mercedes):

> [El rey] Ptolomeo y la reina Cleopatra su hermana [y reina] Cleopatra su esposa, conceden una amnistía a todos sus súbditos [en] el [reino], por los delitos voluntarios e involuntarios, [acusaciones, condenas], y procesos de todo tipo hasta el noveno [Farmouthi en el año] 32, excepto a [aquellos] culpables de [homicidio] voluntario y sacrilegio. También han decretado que aquellos que han huido [porque fueron acusados] por bandidaje y otros delitos vuelvan a [sus casas] y reanuden sus antiguas ocupaciones, [y recuperen] sus pertenencias [que fueron confiscadas] por [estas razones] sino no [han] sido todavía vendidas. Y [se remitan a todos] los atrasos [por el] período [hasta el] año 50, en lo referente a los [impuestos] en especie y [moneda] excepto para los arrendatarios hereditarios que han dado una fianza.
>
> (Austin 231, BD 45, P. Tebt. 5)

Sigue allí una larga enumeración de diferentes profesiones y grupos sociales, desde clerucos a profetas, guardas de graneros, campesinos, tejedores, etc. El texto combina generosas medidas para los deudores y los trabajadores de las ramas productivas con nuevas concesiones a los templos y los clerucos, y los intentos para poner controles a la administración opresiva, que podía, sin embargo, haber sido acatada durante la secesión.[529]

La muerte de Evergetes en 116 llevó a una mayor tensión entre las dos reinas, que intentaron gobernar juntas. Después, Cleopatra III gobernó con Ptolomeo IX Soter II (r. 116-107, 88-81), llamado Latiros («el garbanzo»), que habría sido hijo de Cleopatra II (más que de Cleopatra III, como dicen las fuentes). Nuestra comprensión de los hechos en este período se ve obstaculizada por la frecuente tendenciosidad de los escritos posteriores. Pausanias, por ejemplo (1.9.1-3), presenta la historia del Egipto ptolemaico como un drama moral dominado por protagonistas regios. Tales autores parecen no ser conscientes de las causas y consecuencias más amplias, que posiblemente comprendieron dificultades administrativas en El Fayum y en otras partes.

En 107 Soter II fue derrocado por su medio hermano (o hermano), Ptolomeo X Alejandro (I), hijo de Cleopatra III, que había estado a cargo de Chipre. Soter ahora se apoderó de Chipre, quedando ésta separada del reino, lo que tendría un impacto previsible en las rentas egipcias. Previamente había estado gobernando Cirene, que pasó entonces a un hijo ilegítimo de Evergetes II, Ptolomeo Apión. Estos cambios geográficos representan algo más que el último episodio de una narración confusa, pues finalmente la muerte de estos dos hombres cambió la geopolítica del Mediterráneo oriental. En 96 Apión falleció y legó su provincia a Roma; Alejandro I hizo lo mismo con Egipto y Chipre.[530] Dejar el reino o un territorio a una potencia no egipcia era al parecer preferible a prolongar la lucha dinástica; el precedente había sido establecido por Ptolomeo VIII en 155 (véase antes) y quizá llevado a la práctica sin querer en el caso de Átalo III de Pérgamo en 133, y se consideraba mejor dejarlo a Roma que a Siria. En este caso los romanos no se apresuraron a tomar posesión del legado —Cirene fue reclamada en 75/74, Chipre sólo en 58-56—, pero aprovecharon su interés ahora legítimo en Egipto y sus posesiones para manipular la situación con provecho.

Presuntamente Alejandro asesinó a su madre en 101, colocando en el trono como consorte suya a su sobrina, Cleopatra Berenice III hija de Soter II.[531] Cuando los alejandrinos los depusieron a ambos en 88, Soter volvió una vez más y reinó con su hija, ahora popular (aunque no necesariamente la desposó; el incesto entre padre e hija tiene paralelos faraónicos pero es desconocido entre los Ptolomeos).[532] Como en ocasiones anteriores, la inestabilidad dinástica puede haber sido un factor en la agitación egipcia, puesto que en 88-86 otro importante levantamiento tuvo lugar, el séptimo y último documentado.[533] Aunque lidió con energía con los rebeldes, Soter

mostró mayor sensibilidad que Alejandro interesándose por los cultos egipcios.

La visita del general romano Lúculo en 87/86 puede haber hecho a los romanos más conscientes de la tentadora riqueza de Egipto. Sólo unos pocos años después, cuando murió Soter II, no vacilaron en marcar el compás, estableciendo a Ptolomeo XI Alejandro II (r. 80), un hijo de Alejandro I que había estado viviendo en el exilio en Roma. A tono con las recientes prácticas, primero casó con su sobrina y última esposa de su padre, que era su propia prima y madrastra, y después se libró de ella. Una vez más, la opinión pública (el elemento más violento) tuvo un papel: a las tres semanas fue linchado, lo que puede haber tenido que ver tanto con el papel que los romanos desempeñaron en su ascenso como con sus actividades internas.

El último adulto de los Ptolomeos en subir al trono, el hijo de Soter II, Ptolomeo XII, llamado Neo Dionisio («el nuevo Dionisio») o Auletes («el flautista»; r. 80-58, 55-51) fue traído desde Siria. (En 103 Cleopatra III lo había enviado para su seguridad a Cos —mostrando un sorprendente desinterés, si era en efecto hijo de Cleopatra II, no suyo.) No tenía otra opción que solicitar el respaldo de los romanos, enviando por ejemplo donativos y suministros a Pompeyo durante sus campañas en el Levante en 64/63, y después pagando para ser reconocido como su aliado (en 59). Como Evergetes II y Soter II, Auletes parece haber jugado sus cartas de un modo sensato en Egipto al dotar a muchos templos nativos. Sin embargo, cometió un error en la política romana, cuando el tribuno Clodio le propuso anexionar Chipre en beneficio del pueblo romano, probablemente para sostener su plan de reparto de grano;[534] la posibilidad de perder Chipre, habiendo perdido Cirene del mismo modo diecisiete años antes, suscitó la enemistad hacia Auletes en Alejandría. Fue depuesto en favor de su hija Berenice IV (r. 58-55), que gobernaba inicialmente con su hermana Cleopatra VI Trifena II,[535] y después con su esposo Arquelao (r. 56-55). Sin embargo, los romanos restauraron a su cliente al cabo de tres años, y muchos soldados romanos permanecieron en Egipto por primera vez.

En Alejandría, la hostilidad popular a lo romano complicó la vida de Auletes, y su reino es considerado una época de deficiente gobierno; pero la enérgica Cleopatra VII (r. 51-30) demostró tener el firme pulso de su padre al negociar con los templos. Fue también la primera de la dinastía que habló egipcio (Plutarco, *Antonio*, 27). Tenía sólo diecisiete años cuando subió al trono con su hermano (y esposo) de diez años, Ptolomeo XIII (r. 51 −47) que se ahogó durante la guerra de César y Cleopatra contra los nacionalistas; más tarde reinó con otro hermano, Ptolomeo XIV (r. 47-44) como consorte, cuya muerte procuró. Intentó utilizar para provecho de Egipto la situación política durante las décadas de las guerras civiles romanas y casi lo logró. Su relación con Julio César en la década de 40 le proporcionó no sólo Chipre, sino también un hijo, llamado Ptolomeo XV César (n. 47, r. 36-30) y apodado Cesarión (Kaisarión, diminutivo de César). Sus relaciones con Marco Antonio en la década del 30 son demasiado conocidas para ser pormenorizadas aquí. A veces parecía que el centro del mundo romano pasaba al oriente., pero el heredero de César, Octaviano, derrotó a las

fuerzas navales de Antonio y Cleopatra en Actium, en la costa oriental de Grecia (31 a. C.). Después de la conquista de Alejandría, su orgullo no le dejó más alternativa que el suicidio (el 12 de agosto de 30).[536]

Egipto finalmente se convirtió en una provincia romana, sesenta y seis años después de que Ptolomeo lo legara a Roma. Pérgamo había sido romana durante un siglo; Pompeyo, en la década de 60, como un nuevo Alejandro, trazó de nuevo el mapa del Mediterráneo oriental; sólo unos pocos reinos menores quedaban ahora en Asia Menor (el Ponto, Frigia, Capadocia). Aunque Egipto resistió mucho más tiempo que las poderosas monarquías seléucida y macedonia, y no era el fantasma impotente que se representa a veces, era quizá precisamente su relativa debilidad lo que detenía la mano romana. Filipo V y Antíoco III podían ser representados como amenazas a Roma, y sufrir la derrota militar; Egipto no era una amenaza, y Roma lo había respaldado para anular el peligro de Siria.

LOS GRIEGOS Y LOS MACEDONIOS EN EGIPTO

LA posición de los dominadores griegos y macedonios *vis-á-vis* los habitantes egipcios y no griegos es diferente en ciertos aspectos de su posición en otras partes del mundo; formaban una clase de colonos como en Asia, pero mientras en la antigua Grecia y las ciudades griegas de los territorios seléucidas eran numerosos, en Egipto eran pocos. El antiguo puerto griego de Náucratis en el Delta, reorganizado sobre el emplazamiento de una antigua fundación griega del período arcaico, mantuvo su importancia pero fue aventajado por la nueva capital de Alejandría. Varias ciudades recibieron nuevos nombres o fueron refundadas con un nombre griego, pero aparte de Alejandría sólo se registra una fundación griega. Ptolemais Hermiou (o Ptolomea de la Tebaida) en el Alto Egipto fue creada por Ptolomeo I en el emplazamiento de una aldea egipcia en el margen izquierdo del Nilo, y fue planeada quizá como un contrapeso frente a la Tebas egipcia (Austin 233, OGIS 48, es un decreto de la ciudad). Se sabe de otras fundaciones, como Arsínoe, Berenice, Filotera y Alejandría Nesos. Ptolomea Theron (de las bestias) fue establecida en la costa oriental presuntamente con el fin de facilitar las cacerías de elefantes (Estrabón, 16. 4. 7 [770]). (Sobre el interés de Ptolomeo II en los elefantes de guerra y las serpientes exóticas, véase Diod. 3. 36-37, Austin 278; para una inscripción de cazadores de elefantes bajo Ptolomeo IV, en un lugar desconocido véase Austin 279, OGIS 86.) Ptolemais Hermiou era la única polis importante entre éstas; disfrutaba de una autonomía formal y tenía la instituciones normales griegas del *prytaneis*, la *boulé* y la asamblea popular, aunque sus *prytaneis* eran simultáneamente receptores de nombramientos reales, como los *epistratêgos* (generales agregados) de la Tebaida. [537]

Alejandría

La distinción entre Alejandría (*Alexandreia*) como capital griega y su emplazamiento egipcio puede haber sido consagrada en la terminología oficial, puesto que los documentos del período romano se refieren a ella como Alejandría de Egipto. Arriano describe cómo Alejandro la fundó, en términos que sugieren sin lugar a dudas un elemento de casualidad o capricho, y de elogio también:

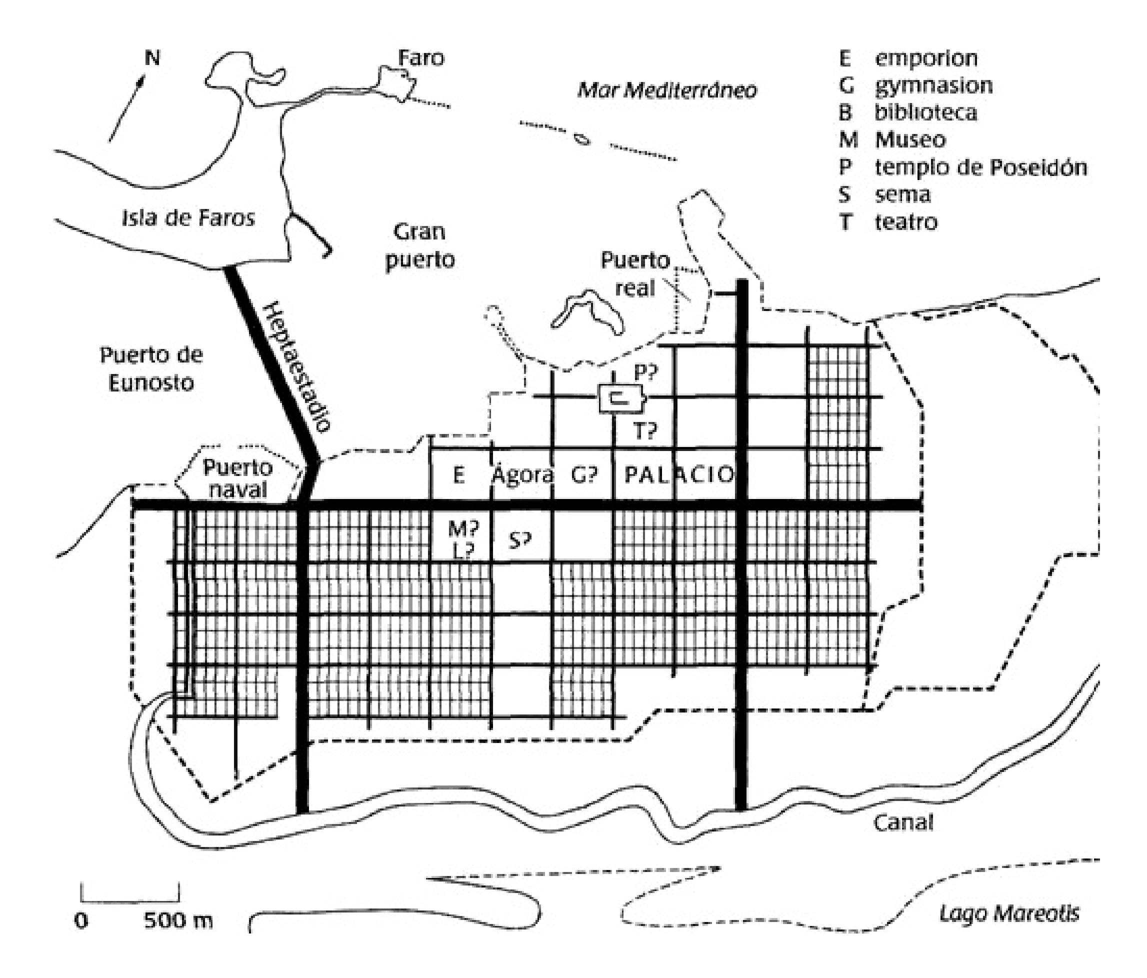
> Llegado a Canopo, bordeó el lago llamado Mareotis, y desembarcó donde ahora se encuentra la ciudad de Alejandría, así llamada por el nombre de Alejandro. Le pareció, en efecto, aquel lugar muy idóneo para fundar una ciudad que con el tiempo había de ser próspera en sumo grado. Sintió por la nueva fundación gran interés fijando él mismo los límites de la ciudad, el lugar donde había de alzarse el mercado [agora], el perímetro de los muros y el número de templos y de dioses que en ellos se venerarían, incluyendo no

> sólo a los griegos, sino también la egipcia Isis. Ofreció sacrificios a este fin y las víctimas resultaron propicias.
>
> (Arr. *Anab*. 3.1, Austin 7 a)

Plutarco confirma que Alejandro deseaba fundar una ciudad que fuera «capaz y populosa»; escogió el lugar inspirado en un sueño, y sus consejeros creían que «abundaría de todo y daría el sustento a hombres de diferentes naciones» (*Alex*. 26, Austin 7 b). Estos enunciados no necesariamente son resultado de una mirada retrospectiva; era un lugar excelente, dotado de puertos naturales tanto en el litoral marítimo como en el lago Mareotis. Como sus sucesores, Alejandro sabía el valor de las ciudades como creadoras y preservadoras de la riqueza.

El carácter físico de la ciudad es menos conocido, pues ha estado continuamente habitada desde su fundación; pero el antiguo trazo puede rastrearse a partir del trazado moderno de las calles y tenemos una descripción de Estrabón de varias páginas (17. 6-10 [791-795]; parte en Austin 232).[538] Admira el tamaño y la profundidad del puerto (un puerto doble natural mejorado por Ptolomeo I), el faro erigido en la isla de Faros (de la cual tomó el nombre la forma arquitectónica) por Sostratos de Cnidos (completado c. 280), las ventajas naturales del emplazamiento (resultando en un gran flujo de riqueza por tierra y mar) y la pureza del aire.

> Toda la ciudad está atravesada por calles aparentes para la circulación de caballos y carros, y por dos que son muy anchas, de más de 1 *plethron* (30 m) de ancho; éstas se intersecan en ángulos rectos. La ciudad tiene magníficos recintos públicos y palacios reales, que ocupan un cuarto o incluso un tercio de toda el área de la ciudad. Pues, como cada uno de los reyes quisiera, por amor al esplendor, embellecer los monumentos públicos, edificaba una residencia además de las ya existentes a su propia costa… No obstante, todas están comunicadas entre sí y con el puerto, incluso las que están fuera de ella.
>
> (Estrabón, 17. 1. 8 [793], Austin 232)



Alejandría. (Basado en Hoepfner y Schwander, *Haus und Stadt*, fig. 225 página opuesta a p. 238.)

Continúa con una descripción del Museo. Al unir la arqueología fragmentaria y la descripción de Estrabón, puede recobrarse algo parecido al plano antiguo de la ciudad. El elemento básico era un bloque cuadrangular de 330 por 278 metros, con un área reservada para un «barrio palaciego», y su trazado ha sido comparado con el de Pela en Macedonia.[539]

Diodoro definió la Alejandría de su época como la ciudad más grande del mundo (17. 52-6), y declara que sus habitantes libres eran trecientos mil. Si esto incluía a las mujeres, pero no a los esclavos, o a las mujeres pero no a los tributarios militares, parece probable una población urbana total de 400 000 a 500 000, comparada con la cifra de siete millones que Diodoro da para el resto de Egipto «en tiempos antiguos» (esto es, bajo los Ptolomeos, 1. 31. 6-8).[540] La población tenía una composición diferente a la de Egipto en su conjunto. Además de los numerosos griegos que habían emigrado en busca de prosperidad y comodidades urbanas, particularmente en el medio siglo posterior a la fundación de la ciudad, había muchos egipcios y judíos (muchos de estos últimos, al parecer, originalmente prisioneros de guerra). La ciudadanía era accesible sólo a los macedonios y los griegos, que eran clasificados en *demes* siguiendo el modelo de Atenas; tenían una *boulé*, un *prytaneos* y una asamblea, aunque no hay casi indicios del funcionamiento efectivo de estas

instituciones, que pueden haber sido abolidas poco después con el tiempo.[541]

La «chôra»

Desde 313 a. C. Alejandría fue la capital política de Egipto, mientras Menfis fue el centro religioso.[542] Fuera de Alejandría, los Ptolomeos no fundaron ciudades, como hicieron los Seléucidas en Asia. El valle del Nilo y el Delta tenían una antigua red de aldeas y caminos, mientra que entre las ciudades existentes había algunas que fueron capitales en diversos momentos: Tebas, Menfis y Sais. Las antiguas provincias, nomos (*nomois*) en la terminología griega, fueron mantenidas, siendo cada una administrada por un general (*strategos*); pese a su título, un nomarca (*nomarchês*) era un individuo responsable de la irrigación y de los proyectos de recuperación de tierras bajo Ptolomeo II y III, al menos en El Fayum. Estos hombres eran auxiliados por los *myriarouroi*, «hombres para diez mil amura», cada uno de los cuales supervisaba 2500 hectáreas. Bajo el *strategos* estaban los escribas reales, luego venía el escriba de la aldea (*kômogrammateus*) o funcionario de la aldea (*kômarchês*, comarca); estos hombres usualmente llevaban nombres egipcios, aunque es dudoso que un nombre sea un indicador confiable de la identidad étnica. Muchas personas usaban dos nombres, y en algunas profesiones parece que empleaban cualquiera que consideraran el más apropiado.[543]

A finales del siglo III se introdujo un nivel intermedio, el distrito o *toparchia* (toparquía, una subdivisión de un nomo) bajo un *toparchês* (toparca). Paralela estos oficios, se impuso una nueva jerarquía de hacienda, que comprendía al *dioiketes* (dieceta) y el funcionario de hacienda de cada nomo (*oikonomos*, ecónomo) con su personal. Además, había una jerarquía de recaudadores y auditores.

Aunque los griegos se establecieron por todas partes, hemos de suponer que muchos de ellos vivían en aldeas más que en ciudades. Al igual que los anteriores faraones establecieron asentamientos de mercenarios griegos (como los jonios bajo Psamético en el siglo VI: Heródoto, 2154), los Ptolomeos establecieron no sólo a sus soldados como ejército permanente, sino también prisioneros de guerra griegos (y judíos), en propiedades por todo el país, particularmente en el norte. Una recompensa en tierras era un incentivo importante para los griegos en el extranjero para adscribirse al servicio militar. Aunque los nuevos colonos eran predominantemente grecohablantes, otras naciones se incorporaron, como los idumeos de la región meridional del mar Muerto y, especialmente en el siglo III, los judíos. Los colonos eran llamados clerucos (*klêruchoi*). Primero sus asentamientos eran sólo por una vida; en un documento de 239-238 a. C. (Austin 252, P. Hib. 81) la corona reclama las tenencias de los soldados de la caballería. Gradualmente, no obstante, sus asignaciones de tierras se volvieron permanentes y hereditarias. En efecto los colonos

pasaron a formar una clase hereditaria de reservistas militares, facilitando el control gubernamental; el sistema tenía un paralelo en el Egipto preptolemaico.[544] Los soldados que ocupaban la tierra de la cleruquía no pagaban arriendo, sólo ciertos impuestos; aquellos que arrendaban tierras reales o de la corona no estaban exentos de cualquiera de los impuestos pagados sobre la tierra. Una lista de campeones de un festival realizado en 267 a. C. a imitación de la Basilea («festival real») en Alejandría, fundado recientemente en honor del aniversario del rey (Austin 234), nos permite una mirada a su cultura; al llevar a cabo, y conmemorar, el festival los colonos proclamaban su helenidad y su lealtad al rey.[545]

La mayoría de los colonos no trabajaba la tierra sino que la subarrendaba a los egipcios; muchos vivían como terratenientes absentistas en Alejandría o en una capital de distrito. Podían, no obstante, estar muy implicados en la administración o la explotación económica de la finca. En 256 a. C. tres hombres de una familia, llamados «macedonios de la epigonê» (el significado es incierto) subarrendaron 100 *arourai* de la propiedad de Apolonio y acordaron pagar un arriendo a cambio de la semilla del grano y los gastos (Austin 244, P. Col. 54). A finales del siglo II leemos de Dionisio, hijo de Cefalas, de Tenis en el nomo hermopolita, un miembro bilingüe de una familia griega que se había vuelto cada vez más egipcia. Él y sus parientas contrajeron deudas de dinero y granos con otros soldados y clerucos acomodados de la zona. Este hecho no implica que fueran pobres; pues Dionisio tenía una extensa hacienda, arrendada de la corona que era trabajada por otros; probablemente utilizaba el dinero y el grano que había pedido prestado para hacer, a su vez, préstamos de capital a los campesinos con altos tipos de interés.[546] En una carta al estratego local en 109/108 vemos a Dionisio protestando por la conducta de un tal Admeto quien, dice, está interfiriendo con su programa de siembra.

> Por tanto, como la tierra está en peligro de quedar desatendida y soy incapaz bajo las circunstancias presentes de llevarlo a juicio por los contratos, me veo obligado a pedirte amparo. Te ruego, si lo consideras adecuado, sobre todo y ante todo que envíes una orden al jefe de policía de Acoris de que no permita que el acusado interfiera conmigo o con mi madre, y darme garantías [para tal efecto] por escrito, hasta que haya terminado yo con la siembra y pueda arreglar las cuentas con él en todos los asuntos. Si esto se hace, nada de utilidad al rey se habrá perdido, y yo habré estado protegido. Adiós.
>
> (P. L. Bat. 22, n.° 11 = P. Gr. Rein. 18, líneas 22-37)[547]

Dionisio corre un velo sobre el hecho de que está varios meses retrasado con los pagos de un préstamo a Admeto, pero puede invocar un reciente decreto que requería que los arrendatarios de la corona como él no fueran estorbados ni distraídos de sus responsabilidades agrícolas.

Había divisiones sociales entre los clerucos: los de la caballería, por ejemplo, eran casi exclusivamente griegos —o tenían nombres griegos. Un hombre, que había vendido sus servicios a un tracio de nombre griego, un colono «de la primera división

de caballería» en el período anterior a la campaña de Rafia, se queja de que no se le haya pagado su salario (13 de enero de 218 a. C.):

> Al rey Ptolomeo, saludos de Pisto hijo de Leontemene, un persa de la epigonê. He sido engañado por Aristócrates, un tracio, dueño de 100 aroura de la primera división de caballería, uno de los colonos de Autôdice. Pues en el tercer año, el octavo de Audnaio, en Autôdice. Yo [acord]é con él por contrato […] que lo acompañaría en la campaña militar, haciendo para él [los] servicios que requiriese […] y [traer]lo de regreso a Autôdice, recibiendo como paga mensual la suma acordada por nosotros. Pero cuando cumplí con los servicios [para él] sin falta y lo traje de vuelta a Autôdice […] contrato, Aristócrates me sigue debiendo [10 dracmas] de mi salario, (pero) al reclamárselos no me los [entregó], despreciándome a causa de mi] debilidad, y es posible que me quiera engañar. Por tanto, os pido, Rey, mandes a Diofanes, el stratego, que es[criba a Fiti]ades e[l epis]tate (que debería hacer) que le envíen a Aristócrates, y si las cosas que escribo son ciertas, [lo] obligue a darme los 10 drs. y cancelar (?) el contrato mío para que yo no sea estafado por él, de modo que a través de vos, Rey, pueda yo obtener socorro.
>
> (P Enteuxeis, 119-121, n.° 48)

Pisto tiene un nombre y patronímico griegos, pero se define como un «persa de la epigonê»; el significado de este título es dudoso, pero no excluye la identidad étnica griega.[548]

Además de los clerucos y soldados profesionales había una clase de prósperos griegos no militares, muchos de los cuales comenzaron de la nada pero hicieron fortunas considerables. Aquellos que estaban al servicio del rey recibieron bellas casas en Alejandría, a veces grandes haciendas en Egipto, e incluso las rentas de pueblos en Asia Menor; pueden haber recibido salarios o haberse mantenido del dinero que podían sacar del pueblo con que negociaban. Un hombre de ese tipo fue Cleón el ingeniero real responsable de las obras públicas del nomo Arsinoita (El Fayum), como las canteras y la manutención del sistema de irrigación.[549]

Un caso comparable es el de Zenón, escritor de uno de los más famosos «archivos» descubiertos en época moderna, que contiene cerca de dos mil documentos y se conservó donde estuvo su casa en Filadelfia en El Fayum, hasta que fue encontrado en la década de 1910.[550] Gran parte de su correspondencia era con Apolonio, el *dioiketes* (dieceta). Habiendo llegado desde Caria y entrado al servicio de Ptolomeo II en 261, cinco años después Zenón fue puesto a cargo de una propiedad de 10 000 *aroura* (2500 hectáreas) cedida a Apolonio por el rey. Se trataba evidentemente de un cargo excepcional, pero Zenón tal vez sea poco representativo de toda la clase de inmigrantes griegos. Aunque no todos los griegos en Alejandría eran ricos, para algunos Egipto representó una oportunidad de ascenso.

Separación *versus* integración

En la cima de la escala social la dominación de los grecohablantes parece completa.

La cultura de la corte era totalmente griega y particularmente bajo Filadelfo y sus sucesores no se sabe de egipcios que hubieran tenido altos cargos o el mando militar (aunque es necesario tratar con prudencia el testimonio de los nombres).[551] Es difícil detectar el prejuicio racial, pero un personaje femenino del décimo quinto *Idilio* de Teócrito parece tener un bajo concepto de los nativos. El poema tiene como escenario Alejandría y describe a dos mujeres de Siracusa que en su camino al festival de Adonis, van hablando de sus criaturas, los tenderos que estafan a sus maridos, las calles atestadas y los bellos tapices del palacio real.

> ¡Ay, dioses, qué gentío! ¿Cómo vamos a pasar por este jaleo? ¿cuándo? ¡qué muchedumbre! Parece un inmenso hormiguero. Muchas cosas buenas has hecho, Ptolomeo, desde que tu padre está con los inmortales. Ningún malhechor se acerca a uno en la calle a la manera egipcia y le hace una canallada, broma que antes gastaba esta gentuza que lleva la mentira en la sangre, todos de la misma calaña, tramposos, chusma maldita.
>
> (Teócrito, *Idilio*, 15. 44-50)

Teócrito era un poeta cortesano, y las mujeres que representa no eran pobres puesto que iban acompañadas por esclavos. La actitud es inequívoca, aunque deberíamos tener en cuenta que Teócrito no está hablando con su propia voz sino adoptando la apariencia y la dicción de su personaje, una mujer doria estrecha de miras de Siracusa; el chiste se hace parcialmente a costa suya.

Sería interesante saber si tales actitudes desdeñosas se observaban en los niveles inferiores de riqueza. En un ejemplo conocido, un camellero escribe a Zenón una queja; es de suponer que empleó un escriba o intérprete para escribir esta carta:

> Sabes que me dejaste en Siria con Croto [el agente de Apolonio] y que cumplí todas las instrucciones referentes a los camellos y que no tengo culpa para ti. Y cuando le ordenaste que me pagara mi salario, (Croto) no me dio nada de lo que habías mandado… Aguanté por mucho tiempo esperándote, pero cuando se me acabó lo necesario y no pude conseguirlo de ninguna otra fuente, me vi obligado a huir a Siria[552] para evitar morirme de hambre…
>
> Y cuando tú me enviaste a Filadelfia a Jasón, e hice todo lo que me ordenaste, desde hace nueve meses que no me ha dado nada de lo que tú mandaste, ni aceite ni grano, excepto que cada dos meses me paga el (estipendio para) el vestido. Y estoy angustiado el verano y el invierno. Y me dice que acepte el vino corriente como salario. Pero me ha tratado con desprecio porque soy un bárbaro [es decir, no griego].
>
> Por tanto te pido, si te agrada, ordenarles que me permitan obtener lo que se me debe y que en el futuro me paguen con regularidad, de modo que no muera de hambre por no saber hablar griego (*hellenizein*)…
>
> (Austin 245, BD 114, P. Col. Zen. 66)

Es dudoso si el camellero es egipcio o pertenece a otro grupo étnico (los editores originales sugieren que podría ser un árabe, como otros camelleros). En todo caso, el documento parece contener claros indicios de la existencia de un prejuicio griego

contra los «bárbaros», puesto que fueran o no ciertos los reclamos específicos del corresponsal, éste debía presumiblemente creer que su empleador reconocería un fundamento legítimo de apelación. La frase final indica que no conocer el griego podría entrañar desventajas prácticas.

A veces vemos las relaciones desde el otro lado. En el siglo II un cierto Ptolomaio, de origen macedonio y un «preso»[553] en el Serapeo de Menfis (un templo regentado principalmente por sacerdotes egipcios) envió la última queja de una larga serie al *strategos* local sobre el personal no griego del templo:

> Pues he sufrido una grave injusticia y mi vida ha sido frecuentemente amenazada por los limpiadores del templo cuyos nombres listo abajo, me amparo en vos en la convicción de que de esta manera me aseguraré conseguir justicia. El 8 Phaophi del año 21 [161/160 a. C.] vinieron al Astarteo, que está en el santuario… Algunos de ellos llevaban piedras en las manos y otros palos, y trataron de entrar por la fuerza para saquear el templo y matarme porque soy griego…
>
> Cuando estos mismos hombres me trataron del mismo modo en Phaophi del año 19, de inmediato os elevé una petición, pero como no tengo a nadie que cuide este asunto, se vieron impunes y se envalentonaron. Por tanto, os pido, si os place, que les ordenéis que comparezcan ante vos de modo que reciban el castigo que se merecen por estas fechorías. Adiós.
>
> (Austin 257, BD 115, UPZ i. 8)[554]

Antes, en 163/162, Ptolomaio había sido atacado por los panaderos locales: «porque soy griego» (UPZ i. 7).[555] Estos incidentes eran parte de un patrón en los años que siguieron a la abortada invasión de Antíoco IV, cuando reinaba una renovada agitación nacionalista. Como con la queja del camellero, no obstante, no es seguro que la afirmación de un odio racial estuviera justificada. Igualmente el odio a los griegos sólo explica parcialmente hechos tales como la quema de contratos (P. *Amherst*, ii. 30), que puede haber sido impulsada por un deseo de destruir los registros de deudas y así sabotear a las autoridades. (Para un caso de quema de archivos en Dimê, en Acaya, en 115 a. C., castigado por el procónsul romano como susceptible de poner en peligro el orden establecido y llevar a la abolición de las deudas privadas, véase Sherk 50, Syll3 684, RDGE 43).

Los indicios anteriores parecen sugerir que la sociedad egipcia en un ámbito local estaba separada de los otros (griegos y no griegos); pero esto debe interpretarse con prudencia. En un estudio de 21 contratos hechos en 232/ 231 a. C. entre los colonos ptolemaicos en una aldea (probablemente nueva) de El Fayum, ha sido observado que diferentes grupos étnicos no egipcios —tracios, judíos y persas— estaban haciendo contratos y casándose entre sí (a excepción de los judíos), pero ningún egipcio aparece en estos documentos.[556] La evidente exclusión de los egipcios, sin embargo, puede indicar simplemente que estaban usando su propio sistema legal separado, no que nunca hicieran contratos con los griegos.

Hay pruebas de matrimonios entre griegos y egipcios, particularmente de

hombres griegos y mujeres egipcias, ya desde el siglo III y en el interior de Egipto. La adopción de los modales griegos podía ser un pasaporte para el ascenso social de los advenedizos nativos, y era más probable lograrlo en lugares alejados de la Alejandría dominada por los griegos. Es posible que los Ptolomeos, particularmente a partir de Soter, promovieran activamente la helenización (o con más precisión, el uso del griego) mediante la educación y los incentivos fiscales.[557] En la Tebas egipcia, aunque los griegos parecen haber sido un grupo de élite claramente delimitado de unos cuantos cientos o miles de familias, hay indicios de que muy pronto formaron lazos estrechos con la élite egipcia nativa mediante relaciones profesionales y vínculos matrimoniales, los cuales se hicieron cada vez más frecuentes.[558] Esto no quiere decir que los griegos no fueran los socios dominantes; que esto era así lo sugiere el hecho de que los escribas egipcios comenzaron a aprender la escritura griega en una fecha temprana.

En otras partes, incluso en los más altos círculos, la sociedad griega y la egipcia estaban lejos de estar herméticamente selladas una frente a otra. Algunos egipcios alcanzaron puestos de gran responsabilidad, como el general Nectanebo bajo Ptolomeo I, nieto de un importante jefe de los inicios del siglo IV y sobrino nieto de uno de los últimos faraones.[559] Del mismo período tenemos el caso del sacerdote Manetón, que ayudó a Ptolomeo a cerrar la brecha entre la cultura griega y la macedonia. Algunos egipcios han dejado sus propias reivindicaciones a la fama en los epitafios de sus tumbas, aunque es posible que sus realizaciones hayan sido infladas. Petosiris, de más o menos la misma época, quien provenía de una rica familia terrateniente y servía como sumo sacerdote de Tot en Hermópolis se jacta:

> Fui favorecido por el soberano de Egipto
> Fui amado por sus cortesanos.

Aquí también están las palabras de un egipcio llamado Wennofer:

> Fui un amante del vino, un señor de la fiesta,
> Mi pasión era deambular por las marismas
> Pasé la vida en la tierra gozando del favor del rey,
> Fui amado por sus cortesanos.

Otro hombre presume: «en la época de los griegos fui consultado por el soberano de Egipto, me amaba y conocía mis intenciones». Finalmente podemos citar la estela funeraria de Tathot; su nieto «estuvo al servicio del rey y daba informes a los magistrados; el rey lo prefería a sus cortesanos en cada consejo secreto en el palacio».[560] Turner duda de que tales casos sea otra cosa que excepciones;[561] pero muchos egipcios utilizaban nombres griegos en los contextos adecuados, de modo que son invisibles para nosotros.

Un punto de partida para la helenización era ser capaz de citar un antecesor griego o macedonio, como hizo Menches, un escriba aldeano de finales del siglo II.

Su padre y él eran «griegos nacidos en este país» (*Hellênes enchôrioi*), lo cual podría significar que eran egipcios con un antecesor griego al menos, o griegos que usaban nombres egipcios cuando eran designados para ciertos puestos; también «heleno» podría haber denotado una situación tributaria privilegiada.[562] Menches tenía el nombre griego de Asclepiades, su padre Petesoucos también era llamado Ammonio, y sus hermanos tenían nombres griegos. Podemos suponer que la familia pertenecía más al lado egipcio, pero esto no es seguro. (Para ejemplos del trabajo de Menches, véase Austin 260, BD 68.)[563]

Otra ruta de ascenso para un egipcio era ingresar en el ejército, particularmente si tenía un antecesor griego. Lewis explica el caso de Peterharsemteo, hijo de Panebkounis, y de sus parientes (mediados del siglo II). Como su parentela masculina, Peterharsemteo era un soldado de la guarnición, lo que no requería que abandonase sus actividades agrícolas y comerciales. El servicio militar podía situar a un egipcio por encima de sus compatriotas.[564]

La larga vida de Driton de Ptolomais (c. 195-c. 112 a. C.), un soldado profesional probablemente de ascendencia cretense que sirvió en la Tebas egipcia (a la que se dio el nombre de Gran Diospolis o ciudad de Zeus) y sus alrededores es instructiva. Transferido a una guarnición en la ciudad egipcia de Pathyris alrededor de 152, casó con Apolonia-Senmonthis, una mujer de una familia egipcia helenizante cuyos miembros llevaban nombres duales. Esto de por sí indica una familia de elevado estatus, y la pareja se convirtió en una importante propietaria y prestamista de dinero. Sin embargo, sus descendientes que vivieron en una sociedad casi completamente egipcia, tendieron a usar sus nombres griegos cada vez menos.[565]

En períodos anteriores, la clase sacerdotal estaba situada por encima de los egipcios plebeyos en razón de su riqueza y educación, aunque no era distante: por el contrario, los sacerdotes en las regiones agrícolas eran agricultores y cabezas de familia, arrendaban tierras del templo y se ocupaban de sus fincas tres meses de cada cuatrimestre; en el cuarto mes servían a tiempo completo en el templo. Como egipcios que vivían la mayor parte del tiempo entre ellos, eran potenciales representantes de su pueblo,[566] y desempeñaron un importante papel en la agitación social que parece haber sacudido cada vez más el reino (véase más adelante).

Hemos visto las razones para modificar la visión de Préux de las relaciones grecoegipcias de que las dos comunidades se desarrollaron separadamente; esa misma visión representa un cambio frente a suposiciones anteriores de una integración cultural bajo la égida de la helenización.[567] Antes bien parece haber indicios de la activa formación de multifacéticos vínculos económicos y sociales poco después de la muerte de Alejandro (en realidad, desde el momento en que la evidencia papirológica comienza a ser abundante). Esto no significa que hubiera igualdad —el grupo (o los grupos) étnico grecomacedonio era dominante claramente en muchos aspectos pese a estar completamente superado en número por los egipcios,

quizá en una proporción de setenta a uno.[568] Igualmente, esto no significa plantear relaciones armoniosas en todas partes, y menos aún negar que las relaciones comunales parezcan haber empeorado a finales del siglo III y el siglo II.

LA ADMINISTRACIÓN ECONÓMICA

LOS papiros proporcionan testimonio de una administración minuciosa y muy intervencionista; pero puede decirse que no debemos exagerar la coherencia y la efectividad del sistema.[569] Si esta opinión se acepta, tiene importantes implicaciones para los fines de la administración ptolemaica.

Uno de los documentos más citados fue probablemente (aunque no explícitamente) escrito por el dieceta (*dioiketes*) a un ecónomo (*oikonomos*, administrador local), que le informa con cierta amplitud de la serie de sus deberes y responsabilidades. El subordinado es instruido para inspeccionar

> los acueductos que van por los campos, si las tomas en ellos tienen la profundidad prescrita y si hay suficiente espacio en ellos; los campesinos están habituados a llevar el agua de éstos a la tierra que cada uno siembra. De igual modo con los canales referidos de los cuales salen las tomas van a los ya mencionados acueductos, (debéis inspeccionar) si están hechos sólidamente y si las entradas del río se mantienen tan limpias como sea posible y si en general están en buenas condiciones.
>
> Durante vuestra gira de inspección, tratad de animar a todos y de hacerlos sentir felices; debéis hacer esto no sólo con palabra, sino también si alguno de ellos tuviera alguna queja contra los escribas de la aldea o los comarcas sobre cualquier cosa relacionada con la agricultura, debéis investigar el asunto y poner un fin a tales incidentes en tanto sea posible.
>
> (Austin 256, BD 85, Burstein 101)

En el resto del fragmento del documento preservado se le dice que debe supervisar la cosecha y el transporte de frutos, censar el ganado real y privado, inspeccionar los lavaderos de lino, los talleres de hilo y las fábricas de aceite, auditar las cuentas del tributo de la aldea y regular la siembra de árboles. Ha de preservar catastros de las propiedades reales, mantener en orden a los soldados y marineros y en general impedir el crimen y la extorsión.

El documento vuelve una y otra vez a algunos de estos temas, sugiriendo una serie de adiciones y revisiones a un texto estándar a lo largo de muchos años. Refleja las formas y el lenguaje tradicionales de los escribas,[570] y la última sección incluye una exhortación formulaica al ecónomo a «comportarse de un modo ordenado y correcto en vuestro distrito, evitar las malas compañías, a alejarse de toda connivencia vergonzosa, a creer que si os mostráis irreprochable en estos asuntos se os considerará digno de puestos más altos». Estos sentimientos forman casi un género literario. El documento no es tanto la descripción de lo que un ecónomo típico hacía realmente a diario, como una especie de documento contractual que cada nuevo responsable recibía al ser designado. Las prescripciones detalladas en el papel no eran siempre cumplidas, y pueden haber sido parcialmente expresiones de las piadosas esperanzas del superior para una efectiva gestión y la buena conducción del pueblo.

Debe recordarse que estos funcionarios tenían enormes privilegios y estaban a una gran distancia social de sus súbditos; por ejemplo, tenían la posibilidad de requisar grandes cantidades de productos de la población local para sus gastos y alojamiento cuando viajaban por negocios (Austin 254, de 225 a. C., lista los suntuosos preparativos para la inminente visita de un *dieceta*;[571] mientras que P. Tebt. 758, de inicios del siglo II, contiene una fulminante reprimenda de un superior a un funcionario local, implicando no sólo el deseo de frenar una opresión excesiva, sino al mismo tiempo la relativa libertad de acción disfrutada por los administradores en el ámbito comunal).[572]

Otro documento famoso, el papiro que contiene las llamadas «leyes de rentas» de Ptolomeo II, escrito en 259/258, podría parecer a primera vista que revela nada menos que una economía centralizada y planificada, pero hay buenas razones para pensar que ese no era el caso. Una sección comienza:

> [En el reinado] de Ptolomeo (II) hijo de Ptolomeo [y su hijo] Ptolomeo, año 27, [… el] sexto del vino [producido…], y de los [clerucos] que están cumpliendo con el servicio militar y que han plantado sus [propias] tierras, y de la tierra [en la] Tebaida que necesita irrigación especial y de [… el] décimo.
>
> (Austin 235, BD 95, P. Rev. col. 24; otra parte en Burstein 94)

Siguen prescripciones sobre cómo la vendimia debe ser organizada y vigilada, cómo los viñateros deben registrar sus negocios y vender vino, cómo deben dirimirse las disputas, y cómo los diezmos o sextos deben ser entregados a la hacienda real. Los viñedos y huertos debían ser censados y llevadas las cuentas. Un documento anterior, datado en 263, fue entonces copiado en el mismo papiro.

> [El rey] Ptolomeo (II) [a todos los] generales, [comandantes de caballería], oficiales, nomarcas, [toparcas], *oikonomoi*, controladores, [escribas] reales, Libiarcas, y alguaciles, saludos. Os hemos enviado copias de la [ordenanza que] requiere el pago del sexto a [Arsínoe] Filadelfo. [Tened cuidado por tanto] de que estas instrucciones se cumplan.
>
> (Col. 37)

Estos textos fueron una vez considerados testimonios de una economía estatal racional y se les dio títulos en consecuencia; las interpretaciones más recientes subrayan que sólo tratan una pequeña parte de la economía.[573] El rey no trata de «gestionar» la viticultura en el sentido moderno, sólo asegurar que toda la propiedad y el producto imponible fuera declarado y se recaudara la renta. Esta regulación tenía un propósito particular: garantizar las finanzas del nuevo culto de la divinizada Arsínoe Filadelfo desviando la *apomoira*, el impuesto sobre frutales y huertas hacia ese culto (fin de la col. 33).[574] De modo que hay evidencias de centralización y control, pero no de una economía planificada. (Un punto que vale la pena indicar además es que a los clerucos se les cobraba una tasa menor, el diezmo en vez del

sexto.) De modo semejante, la otra sección de las «Leyes de renta» (Austin 236, BD 95, columnas 38-56),[575] aunque trata de los monopolios del aceite y su renta para el tesoro (antes que para el culto de Arsínoe), no es prueba de una economía planificada, sino de un intento de usar una organización central para asegurar ingresos.

Otros documentos (como el de Austin 253, BD 87, del invierno de 239-238) se refieren al calendario de siembra preparado cada año después de la inundación del Nilo, que establecía cuánto de cada producto debía sembrar un terrateniente. Tales regulaciones no deberían ser equiparadas a los planes económicos de los estados modernos; sino que eran estimaciones anuales para ser comunicadas a los superiores desde el nivel local. Como señala Austin, «muestran también claramente la reluctancia del campesinado egipcio a ser limitado a los productos prescritos y las dificultades para hacer cumplir el calendario en la práctica».[576] En otras palabras, la producción no estaba organizada como el tesoro real, que por la mayor parte estaba preocupado sólo con especificar cómo las rentas de los impuestos debían ser maximizadas e impedir la evasión. Los métodos precisos para cumplir con esta exigencia eran organizados localmente.

Esto explica por qué los funcionarios reales escribían tan frecuentemente a sus subordinados para exhortarlos a maximizar el cultivo. Entre los textos preservados en los archivos de Zenón hay una carta de un médico al servicio de Apolonio al antecesor de Zenón en su puesto de administrador de la propiedad:

> Artemidoro a Panacestor, saludos. Cuando estaba viniendo de Boubastis a Menfis, Apolonio me ordenó visitarte si era posible… Pues ha oídtfíque los diez mil arourai no estaban siendo sembrados por entero. Por tanto me instruyó que te dijera que limpiaras el bosque y que regaras la tierra, y si era posible la sembraras toda, pero si no es así […] debería ser sembrada de sésamo y que ninguna parte de la tierra se quedara sin cultivar.
>
> (Austin 241, PCZ 59816)

Como los anteriores soberanos de Egipto, los Ptolomeos continuaron tratando de incrementar la tierra cultivada, lo que tendría un impacto directo sobre el monto de los impuestos recaudados. Un papiro de 257 a. C. preserva una petición a Apolonio de los campesinos egipcios traídos de otra zona para cultivar parte de la propiedad de 10 000 *aroura* de Apolonio:

> Después de que nos dieseis 1000 *arourai* de los 10 000 y que los hubimos trabajado y sembrado, Damis [el nomarca griego local][577] nos quitó 200 *arourai*, y cuando protestamos arrestó a tres de nuestros ancianos hasta que los obligó a firmar un acta de renuncia. Y aunque nosotros estábamos dispuestos a desocupar los 1000 *arourai* y le pedimos que nos diera tiempo para trabajarlos y sembrarlos, incluso entonces no estuvo de acuerdo sino que dejó que la tierra se quedara sin sembrar… Y hay muchas cosas mal hechas en los 10 000 *arourai*, pues no hay nadie que sepa nada de agricultura.
>
> (Austin 240, P. Lond. 1954).

Lo esencial de la queja parece referirse no a quién debería cultivar la tierra, sino cómo debía ser cultivada. Los egipcios lamentan que se les pida cambiar los métodos tradicionales, presumiblemente de probada eficacia.

Es dudoso si, en algún modo significativo, la jerarquía administrativa se parecía a la burocracia moderna, tal como los historiadores creyeron alguna vez. En verdad, el grado de control y de asiduidad de los registros es impresionante. La correspondencia diaria de Apolonio el dieceta suele llegar a diez o más cartas, cada una de las cuales fue archivada según la fecha y la hora (Austin 247, BD 71).[578] Apolonio, el hermano menor de Ptolomaio (el iniciado en el Serapión), mantuvo un registro detallado de su correspondencia con los funcionarios sobre el asegurar el reclutamiento para el ejército; en ello el grado de burocratización es asombroso:[579]

> De Demetrio, el jefe de los guardaespaldas y de suministros, recibí cuatro cartas: una para Posidonio, general del nomo, otra para Ammonio, pagador en jefe, una para Calístrato, secretario, y otra para Dioscórides, amigo del rey y ministro de hacienda… Recibí la orden de Ptolomaio, su secretario [de Demetrio], y la carta de Epimenes, y las llevé a Isidoro, y de él las traje a Filoxeno, y de él las traje a Artemón, y de él a Lieos, y éste hizo una copia de cada una, y las llevé a la oficina de correspondencia a Serapión y de él a Eubio;…
>
> (UPZ 14, citado de Lewis, *Greeks*, p. 78)

Es un punto discutible si estos procedimientos burocráticos fueron o no tan ineficientes como nos parecen a nosotros. En realidad no necesitamos tomarlos como síntoma de un sofocante totalitarismo, de lo cual no hay evidencia convincente; pero quizá sea optimista afirmar, como hace Lewis, que todo este control era un sistema efectivo para evitar errores.[580]

A primera vista, algunas instituciones ptolemaicas parecen implicar un control central del mercado interno. Los historiadores con frecuencia ponen énfasis en los llamados monopolios reales, tales como el control estricto de toda la producción de aceites vegetales (tratada en la última parte de las Leyes de rentas) incluyendo la regulación de los precios y los puntos de venta. Las minas, las canteras y las salinas eran monopolios, mientras que se ejercía un control menos rígido sobre el lino, el papiro y la cerveza. Tales controles no eran medidas ideológicas para crear igualdad o crecimiento económico en el sector estatal, como en los estados socialistas del siglo XX, ni eran como los monopolios capitalistas que buscan acaparar el mercado. Como en muchos imperios antiguos, al menos antes del auge del poder romano, el objetivo no era incentivar la producción para promover el crecimiento económico, ni había un objetivo político: «era fiscal, no económico ni socialista». La burocracia local como organización central estaba concebida para aumentar el ingreso del estado. La defensa de Egipto implicaba el control de Chipre y otras bases insulares, y la capacidad para intervenir en Siria; las rentas eran esenciales para una flota y un ejército fuertes. El dinero en el tesoro también permitía que se viera a Ptolomeo llevar un tren de vida

digno de un rey, sin lo cual su credibilidad habría sufrido.[581]

Era por estas razones por lo que se tomaron medidas activas para incentivar el comercio por Alejandría y Náucratis y para entablar relaciones estrechas con el emporio comercial griego de Rodas. El comercio estaba también estrechamente vigilado. No sólo se exigía a los comerciantes (como en los estados modernos) cambiar la moneda extranjera por la ptolemaica, sino que a veces se registraban detalladamente los artículos y las mercancías con fines fiscales. El siguiente extracto proviene de un papiro de 250 a. C. de los archivos de Zenón. Un cargamento importado para Apolonio el *dioiketes* es listado y gravado; los montos a la izquierda, en dracmas (dr.) y óbolos (ób.; un óbolo era un sexto de un dracma), se refieren a un impuesto de peaje pagado por la transferencia de bienes entre Pelusión y Alejandría.

> Tasación [en Pelusión] de los bienes [importados]… para [Apolonio] y los demás en barcos capitaneados por Patro y Heracleides. Año 27. Artemisio.
>
> Perteneciente a Apolonio [en el barco capitaneado por] Patro:
>
> 2 dr. 3 ob. → 5 [frascos de] almíbar de uva cada @ a 12 dr. → 60 dr.
> 3 dr. 4 ob. →11 [frascos] cada @ 4 dr. → 44 dr.
>
> Y [en el barco capitaneado por Heracleides]
>
> 3 ob. → 1 [botija] de vino filtrado → 12 dr.
> 1 dr. → [2 botijas de] vino ordinario cada @ 3 dr. → 6 dr.
> [1 dr. 2 ob.] → [4 medios frascos de almíbar de uva cada @ 4 dr. → 16 dr.
> [1 ob.; 1 dr. 3 ob.] → [1 media botija de aceite blanco] → 30 dr.
> [⅓ ob.; 1 ob.] → [1 jarra] → 4 dr.
> El 50 por 100 de impuestos sobre estos bienes (valor total) → [172 dr.]
> El 50 por 100 de impuestos sobre esta suma → 86 dr.
>
> (Austin 237, PCZ 59012)

La lista continúa con muchos más parágrafos, detallando exquisiteces tales como vino de Quíos y Tasos, miel de diferentes partes, varios quesos, pescado salado y seco, carne de oso salvaje, barro samiano (una arcilla utilizada para tierra de batán), nueces del Ponto y otros lugares, una variedad de otros comestibles especiales, e incluso una gran cantidad de lana pura. Claramente este es un comercio y consumo para el sector de lujo del mercado, que proporcionaba los manjares exquisitos que pueden haber exigido los griegos de Alejandría y los del nivel superior de la administración. Aunque los bienes eran importados para un funcionario ptolemaico, los pagos al tesoro bajo varios conceptos son gravados con tasas muy altas, sumando más de 1300 dracmas.

Algunos observadores han llamado «mercantilismo» al estímulo del comercio, pero ese término es más apropiado para los primeros estados modernos. Todos los antiguos estadistas sabían que un puerto activo equivalía a una ciudad rica, y es cierto que los Ptolomeos tomaron medidas para incrementar la producción agrícola; pero estas cosas fueran hechas (hasta donde podemos decir) no para impulsar las exportaciones hacia nuevos y crecientes mercados, sino para aumentar las rentas

también, esta vez con los impuestos del mayor comercio portuario. Una preocupación adicional de los reyes era asegurar el suministro de alimentos de Alejandría y la disponibilidad de mercancías de alta calidad para la población griega y macedonia.

El sistema cerrado de acuñación no estaba dirigido probablemente a controlar el suministro de moneda, en previsión de una balanza comercial negativa o para impedir las fluctuaciones en los tipos de cambio o la inflación. Antes bien, era tanto una afirmación de poder y estatus, así como una manera de asegurar una pequeña ganancia neta para el tesoro en cada transacción, puesto que las monedas ptolemaicas estaban acuñadas según un patrón ligeramente más bajo que las otras y contenían menos plata. Además, ahora es evidente que el sistema cerrado de acuñación no se extendió a las posesiones ultramarinas en Asia Menor.[582]

No deberíamos sobreestimar la amplitud de la innovación, como si los griegos empresariales y «racionales» hubieran llegado y modernizado por completo un estancado sistema económico del Oriente Próximo. Los soberanos antiguos rara vez, si acaso, trataban de estimular el crecimiento económico, al menos en el sentido moderno, y en la mayoría de los aspectos Egipto fue administrado como antes. Por ejemplo, todo el sistema de recolectar las cosechas y transportarlas por tierra o por el Nilo (como en Austin 248, BD 93, un recibo de un capitán de lancha por llevar 4800 *artahai* de cebada río abajo hasta Alejandría)[583] era muy probablemente una continuación de una práctica faraónica, y lo mismo es cierto respecto a muchos otros rasgos de la economía.[584] Los Ptolomeos, como otros monarcas, trataban de maximizar las rentas de muchos modos.

Por otra parte, parece que los primeros Ptolomeos tomaron medidas para mejorar y hacer efectivo el sistema de tributación —lo que en sí mismo es una manera de maximizar las rentas. El testimonio del funcionamiento práctico de la recaudación de impuestos sugiere que el sistema corregido funcionaba bien, aunque con resultados diversos dependiendo de la efectividad de los diferentes recaudadores. Un paso importante en esta dirección puede haber sido la adopción de moneda incluso para pequeños pagos de impuestos; una plétora de impuestos (pequeños por separado, aunque sumados rendían gruesas sumas) fue el fundamento de la economía.[585] La acuñación hizo más fácil sistematizar y registrar los pagos, y sin duda fue más difícil para las personas eludir el cumplimiento de esta obligación.

LAS CONSECUENCIAS DE LA DOMINACIÓN PTOLEMAICA

QUEDA por examinar la «debilidad» de los últimos Ptolomeos. Desde finales del siglo III en adelante hubo revueltas nativas, a veces asociadas con las secesiones del Alto Egipto y con las guerras dinásticas. Las posesiones egeas fueron perdidas ante los rodios o se hicieron independientes. El reino sufrió cada vez más a consecuencia de acontecimientos en otras partes. Entonces ¿fue opresivo el gobierno ptolemaico postrero? ¿Meramente incapaz? El auge del orgullo nativo después de Rafia ¿fue la causa principal de la decadencia?, o ¿fueron los culpables los propios soberanos?

Polibio y otros plantean estos problemas a las puertas de reyes débiles como Filopátor. Para algunos estudiosos modernos es el resultado directo de la desconsiderada explotación de Egipto y su pueblo por los soberanos macedonios y los colonos griegos. Turner sostiene que desde el comienzo los campesinos estuvieron demasiado oprimidos y el sistema era inherentemente inestable; Walbank resume «la penosa historia» del Egipto ptolemaico como una combinación de «una política exterior ruinosa, la pérdida de mercados en ultramar, el gasto causado por la agitación interna y las guerras civiles, el gobierno incompetente interno, la corrupción burocrática y la depreciación de la moneda».[586] ¿Fueron los Ptolomeos culpables de su propia decadencia?

Ya bajo el reinado de Filadelfo hay signos de tensiones entre la clase dominante grecomacedonia y los egipcios nativos, y a medida que el tiempo avanza hay crecientes pruebas de las dificultades experimentadas por los funcionarios estatales para dirigir la economía. En 257 algunos campesinos se quejaban de los nuevos sistemas agrícolas. De alguna fase del reinado de Filadelfo tenemos una ordenanza real que establece lo que se debe hacer con los marineros fugitivos (Austin 250, BD 103) y una carta del rey (Austin 249, BD 104) respondiendo a las quejas por el acantonamiento de tropas. Entre 250 y 248 Zenón estaba escaso de dinero en efectivo, con el resultado de que los salarios y las raciones de grano fueron reducidos.

Desde inicios del reinado de Ptolomeo III (242/241) tenemos un memorándum de un funcionario de la toparquía de Tebas acerca del trabajo obligatorio para mantener los canales y diques. El escribiente utiliza 30 *naubia* por persona (un naubion es una medida de volumen, aproximadamente un metro cúbico) para calcular el trabajo total disponible de todas las personas obligadas a ello, lo que daba un total de 32 460 *naubia*.[587] Seguidamente cataloga a aquellas personas que estaban exentas o eran incapaces de trabajar, con el fin de restar sus tareas.

los viejos que guardan los diques y malecones → 53
los viejos, los enfermos y los jóvenes → 61
los habitantes de Sonfis que entierran los gatos → 21

los asignados a recibir medidas de los graneros del estado → 5
los que han cumplido sus obligaciones en el nomo pathirita → 15
los asignados a la flota → 2
que están entre los griegos → 1
fugitivos → 37
también los guardianes de las momias → 21
muertos → 7
Resta → 282
sus *naubia* → 8460
queda de *naubia* → 24 000

(UPZII. 157, Austin 251)

En notorio que en este ejemplo 37 de 1080 personas potenciales (3,4 por 100 de la fuerza de trabajo potencial) fueran censadas como fugitivas.

En la misma época se desató una gran crisis con la tercera guerra siria o laodicea, de la cual fue llamado Ptolomeo III para que sofocara una sublevación nativa.[588] Fue durante los inicios de la década de 230 cuando se dieron pasos para ajustar el calendario de siembra (Austin 253, BD 87). Todo esto parece, a primera vista, ser prueba del inicio de dificultades económicas. Pero si la economía estaba funcionando mal en alguna forma, ¿cómo pudo este reino mantenerse unido aún más de doscientos años?

Es posible que las crisis de mediados del siglo III fueran por su propio carácter temporales y que estuvieran vinculadas a las exigencias militares de momentos particulares. Incluso si se estaban extrayendo demasiados excedentes mediantes tributos y otras imposiciones (y no tenemos manera de saber si los montos exigidos fueron realmente entregados), no es necesario que tuvieran consecuencias «económicas», como la ruina de la agricultura, para no hablar de una catástrofe demográfica o alimentaria; podrían repercutir tan sólo generando resentimientos y conflictos sociales y/o una caída de la recaudación del diezmo. Y ¿qué significa «demasiada» extracción? No hay sugerencias de que una mayor presión sobre los agricultores provocara el «sobrecultivo», la pérdida de cosechas o el agotamiento del suelo, cosas difíciles de imaginar en un valle donde los suelos se renuevan anualmente. Es cierto que las personas que se excusaban de pagar determinados impuestos eran con frecuencia no productoras. Filadelfo exceptuó a los profesores de griego, a los entrenadores atléticos y a los atletas victoriosos, y probablemente a los artistas de Dionisio del impuesto a la sal, lo que al menos en 263 era efectivamente un impuesto de capitación. En algunas circunstancias el ser empadronado como heleno («griego») autorizaba a una persona —fuera o no étnicamente griego— a ciertas exenciones, que probablemente beneficiaban a una clase ya privilegiada. Por otra parte, hubo ocasiones en que el propio impuesto de la sal fue rebajado para todos los contribuyentes; entre 253 y 231 las tasas para hombres y mujeres fueron reducidas a menos de la mitad. Pudo haberse tratado de una rebaja constante de exigencias tributarias —lo que no necesariamente significa que fueran recaudados menos

impuestos, en particular de los agricultores.[589]

Ver la agitación social y los problemas militares de los Ptolomeos como resultado de una deficiente gestión económica es quizá adoptar una perspectiva demasiado moderna. (Es también vulnerable a la recriminación de que los anteriores soberanos, incluyendo los faraones independientes del siglo IV, habían sido a veces responsables de una situación parecida al caos).[590] Los Ptolomeos no eran gestores sino principalmente dinastas militares, preocupados ante todo por su propio estatus y la defensa de su territorio. Buscar testimonios de que esa intervención desde arriba afectara al ciclo agrícola adversamente (en contraposición a provocar descontento social) puede ser proyectar análisis derivados del capitalismo e imperialismo modernos. Lo que una fuerte tributación podía generar era el abandono de la tierra por los agricultores que no podían pagar. Esto a su vez afectaría el monto de los impuestos recaudados.

Sin embargo, las pruebas de un deterioro en la gestión práctica de la agricultura en el siglo II (por ejemplo, el sistema de irrigación y de drenaje) en un sitio como Cerceosiris,[591] no necesariamente indican que los opresores cosecharan (por decir así) lo que habían sembrado. Las quejas del abuso de poder por los recaudadores y otros (véase, p. ej., Austin 258, 156 a. C.; Austin 259, c. 138 a. C.)[592] pueden (como la agitación social) ser tanto un signo de las crecientes dificultades que las autoridades encaraban para controlar la población como de un genuino aumento de la injusticia. Sería un ejemplo de una resistencia pasiva, a veces activa, por parte de una población colonizada crecientemente más asertiva, antes que la prueba de una mala gestión sistemática.

Del mismo modo, los testimonios de crisis agrícolas persistentes, como la notable secuencia de los años de 51 a 48 que experimentaron escasez de grano, malas cosechas, sequías y una baja inundación del Nilo,[593] no significan necesariamente cambios ecológicos fundamentales resultado de la mala administración; la variabilidad interanual es típica de los sistemas agrícolas mediterráneos. Puede simplemente haber sido más difícil lidiar con los cambios a corto plazo en un momento en que el control central estaba debilitado.

Un factor económico que tuvo una creciente importancia en las etapas finales de la dinastía fue el poder de Roma y los efectos negativos de sus guerras externas y civiles. Las pérdidas de Cirene y Chipre fueron golpes a la economía egipcia, pero posiblemente no menos perjudiciales que los donativos extravagantes, que en varias ocasiones llegaron a miles de talentos, dados a lo largo de varios años a Roma y a los jefes romanos por Ptolomeo XII Auletes. Sin duda políticamente necesarios, excedían en total a los ingresos de un año entero de Egipto,[594] una cifra que el comentarista contemporáneo Estrabón calcula en 12 500 talentos (17. 1. 13 [798]).

Probablemente el reino ptolemaico no fue ni un éxito completo (¿qué aventura imperialista lo es?) ni burdamente opresor. Es tentador considerar las causas

subyacentes de la decadencia, incluso si no fue tan veloz ni tan absoluta como algunos habían pensado. Algunos indicios de cambios se han esbozado antes. La inmigración a gran escala, tanto de Grecia como de otras partes, retrocedió después de comenzar el siglo III. Algunos estudiosos han señalado la relativa brevedad del período espectacularmente creativo de la alta cultura alejandrina (véanse los capítulos 7 y 9), que ocupó las primeras dos o tres generaciones posteriores a Alejandro. Sin embargo, en una nueva situación cultural y política, el predecible fin de la inicial euforia de innovación entusiasta en todo un campo cultural no es lo mismo que la pérdida de energía creativa, por no hablar de un amplio malestar socioeconómico. Por el contrario, los períodos de consolidación cultural que siguen a las fases de innovación (en el presente caso, la exploración constante de formas literarias existentes y la acumulación de nuevos descubrimientos científicos en líneas ya planeadas) pueden ser la evidencia de tiempos estables y prósperos.

McGing ha sugerido que no es posible decidir si fueron más importantes los sentimientos nacionalistas o los agravios socioeconómicos en las revueltas egipcias; en efecto, parece haber varios factores apuntando en la misma dirección. El resentimiento nacionalista ante el dominio extranjero no explica cuándo ocurrieron las revueltas. Además de la necesidad de un jefe fuerte y exitoso para un levantamiento violento, y el fenómeno ocasional de los habitantes de una zona imitando acciones victoriosas de los de otros lugares, parece haber un aspecto oportunista, según el cual las revueltas se iniciaron típicamente en la Tebaida a una buena distancia de Alejandría cuando la debilidad de las autoridades políticas lo permitía.[595] En otras palabras, las sublevaciones nativas no necesariamente son de por sí indicio de un creciente descontento social, sino más bien de un trasfondo general de descontento combinado con una creciente voluntad de actuar en respuesta a los agravios.

La «agitación nativa», la fricción entre diferentes grupos étnicos, no puede divorciarse completamente de la suerte militar del reino, pero el mecanismo por el cual uno provocaba el otro no es puramente económico. Ciertamente los egipcios que luchaban en Rafia se sintieron envalentonados, y esto puede tener mucho que ver con los problemas civiles en las décadas subsiguientes; pero los egipcios, particularmente los sacerdotes, los guardianes conscientes de la tradición, percibían continuamente que Egipto había tenido soberanos extranjeros antes —y eran periódicamente incitados a la rebelión. Durante el siglo V, bajo el dominio persa, los egipcios se sublevaron desde 487 a 485; se rebelaron otra vez brevemente en 450; y desde 404, con una fuerte dirigencia, afirmaron su libertad frente a Persia y permanecieron libres hasta finales de la década de 340. Alejandro llegó unos pocos años después. Entre 188 y 133, también pueden haber sacado fuerzas del hundimiento de otras importantes potencias griegas (Siria, Macedonia y Pérgamo).

En el marco de las reinterpretaciones de los imperios del siglo XX, como las de Edward Said, es atractivo ver las dificultades en Egipto como un resultado parcial de

la resistencia nativa. Los súbditos imperiales adoptan por lo común una variedad de estratagemas, que van desde las expresiones literarias privadas de resistencia a la violencia directa; hay un claro testimonio de esto último, al menos, desde una fecha temprana. También había una tradición religiosa de profecía apocalíptica, ejemplificada en el «Oráculo del alfarero» del Egipto romano (Burstein 106; el papiro es del siglo III d. C., el texto original c. 130-115 a. C.),[596] en el cual se predice la caída de la corrupta Alejandría. No deberíamos dar demasiada importancia a esta predicción en particular, incluso si suponemos que fuera hecha cuatro o seis siglos antes de la fecha de la copia preservada; pero es parte de un contexto religioso que recalca la confrontación entre el egipcio y el extranjero.

Los Ptolomeos probablemente no «le chuparon la sangre a Egipto». Pero puede bien ser que, dada la conciencia cultural de los egipcios y su conocimiento de su pasado, el sistema agrícola no pudiera soportar sus crecientes demandas de tributación en pos de objetivos militares sin generar descontento social. La explotación ptolemaica y griega puede haber provocado estratagemas de resistencia y aspiraciones separatistas, haciendo al reino incapaz de respaldar las metas de los Ptolomeos.

7. LA LITERATURA Y LA IDENTIDAD SOCIAL

LOS ESCRITORES EN LA SOCIEDAD

LA cultura griega generó un amplio corpus de escritura creativa. No obstante, los escritores helenísticos han sido muchas veces considerados como los parientes pobres de sus antecesores clásicos, una percepción propiciada por la imagen de la erudición alejandrina como ejercicio árido y polvoriento dedicado a la clasificación, y de la literatura de la época como poco más que un conjunto de imitaciones ineptas de obras geniales anteriores. Ya se han abandonado esas actitudes, y los estudiosos reconocen que las obras literarias de los siglos III y II son tan importantes y no menos clásicas que las obras de los atenienses de los siglos V y IV.

Lamentablemente quedan muy pocas de ellas, un hecho que podría explicar por qué han sido subestimadas. Debemos a la biblioteca de Alejandría la preservación de muchos textos clásicos que fueron copiados y divulgados desde ella. Los efectos del gran incendio durante la guerra de César contra Pompeyo (Aulo Gelio, 7. 17. 3; Séneca, *De tranquillitate*, 9. 5; Orosio, 6. 15. 31-32) fueron quizá compensados por el regalo del importante contenido de la biblioteca de Pérgamo de Antonio a Cleopatra (Plut. *Ant*. 58); pero el desastre parece que alcanzó la biblioteca principal cuando el barrio palaciego de Alejandría fue destruido durante la ocupación de Palmirene en la década de 270 d. C., mientras que su filial en el Serapión fue víctima de los disturbios entre paganos y cristianos en 391 d. C.[597] A estas infelices pérdidas se deben muchos de los lamentables vacíos en nuestro conocimiento de la literatura clásica y helenística de todo tipo.

La falta de preservación es responsable de nuestra virtual ignorancia sobre el sabio que fue (según se dice) el poeta más grande de comienzos del siglo III: Filetas (o Filitas) de Cos (n. c. 340), tutor del joven Ptolomeo II Filadelfos.[598] Autores posteriores lo convirtieron en uno de los dos únicos escritores helenísticos en la lista canónica de poetas elegiacos, pero parecen haber estado menos interesados en leerlo que sus contemporáneos, puesto que sólo quedan unos pocos epigramas y algunos fragmentos de una obra en prosa —una sana advertencia del peligro de juzgar la importancia de un escritor en su propia sociedad a partir de la suerte de sus obras en épocas posteriores.

Parece haberse escrito menos poesía durante el siglo IV; lo que se habría debido a algún cambio en la élite social, que no necesitaba ya o no brindaba las mismas oportunidades para la poesía, pero también a las predilecciones de las generaciones posteriores y su elección de los poemas a preservar. Es improbable que fuera el resultado de una escasez de hombres y mujeres capaces de escribir poemas memorables, aunque los trabajos modernos dan a veces esa impresión. Igualmente, al estudiar el mundo helenístico tenemos que tratar de comprender la actividad de escribir en un contexto social. El escribir y el interpretar obras escritas —tanto en

prosa como en verso— eran actividades sociales; por tanto hemos de esperar cambios en la producción literaria a medida que cambiaba la sociedad griega y que nuevos objetivos se planteaban a los escritores. La literatura debe ser tratada como una práctica social e ideológica, y ser examinada desde el punto de vista de quienes fueron los creadores y los consumidores, qué necesidades culturales pudo haber satisfecho, y qué efectos pudo haber tenido en la sociedad.

La literatura es a veces considerada, desde una perspectiva idealista, como el «espíritu inspirador» de la época, o desde un punto de vista estrechamente materialista, como algo que ocurre fuera del orden social. Antes bien, debería ser vista como parte del orden social, afectándolo y siendo afectada por él.[599] El término mismo de «literatura» es, por supuesto, problemático.[600] No existe ninguna palabra griega equivalente, aunque hay palabras para los diferentes tipos de poesía, música, retórica, filosofía e historia. Aun con respecto al mundo moderno es difícil llegar a una definición de «literatura» que satisfaga a todos. Muchos estarían de acuerdo en que la leyenda de una moneda o el anuncio de una estación de ferrocarril no son consideradas (usualmente) literatura, pero la mayoría aceptaría que las obras de Shakespeare son literatura. Sin embargo, incluso aquí las cosas no son tan simples como parecen; el estatus «literario» atribuido a ciertos escritos, tales como los de Shakespeare, pueden ser un reflejo no necesariamente de una cualidad inherente (aun cuando ésta pudiera ser medida objetivamente) sino de los propósitos ideológicos y culturales que esas obras servían o fueron orientadas a servir, y del sitial prestigioso que le ha sido asignado en el orden político y social de su época, o de la nuestra.

Una definición útil de literatura podría ser «las obras escritas de una élite social, que circulan escritas o interpretadas para el disfrute». Es importante, sin embargo, definir lo que se entiende por élite. En esta obra, la ciencia, la filosofía y la literatura son tratadas por separado, pero para múltiples propósitos prácticos eran parte de la misma gama de actividades sociales llevadas a cabo por los mismos individuos y sus protegidos, ubicados en los niveles altos de riqueza de la sociedad, que dedicaban su tiempo libre a su modo preferido de creación cultural. Con unas pocas excepciones posibles, no podemos entrever cómo pudieron haber sido las obras escritas de carácter popular; pudo haber incluso una tradición oral de obras representadas (como las farsas atelanas de la Roma republicana) de las cuales no queda ni rastro. Esto no cambia el hecho de que la mayoría de los escritos de la élite tienen una importancia especial: se propagaron por todo el mundo griego, y contribuyeron a la formación, mantenimiento, divulgación y desarrollo de una cierta visión de la cultura griega. Eran también conocidos por los escritores romanos y los posteriores, que los adaptaron y los citaron en sus propias obras.

Los «escritores» en la antigüedad griega pertenecían casi invariablemente a la élite social, intelectual y detentadora de la riqueza. Tampoco las fronteras entre los diversos géneros literarios y sus practicantes estaban trazadas entonces de modo estricto. El reformador ateniense del siglo VI, Solón, no sólo era un político sino

también un poeta prolífico, un jefe militar exitoso y un poco filósofo. Es probable que nadie decidiera ser un «escritor» como hacen hoy en día las personas; no existía la profesión de escribir como tampoco la de político o deportista. Igualmente, en los siglos IV y V los escritores a los que todavía leemos poseían probablemente riquezas heredadas procedentes de la propiedad de la tierra o habían hecho fortuna como jefes militares. Con respecto al origen social de los autores y eruditos helenísticos, hay pocas razones para suponer que las cosas hubieran cambiado;[601] es típico que Aristófanes de Bizancio, un erudito homérico, fuera el hijo de un renombrado jefe mercenario (*Suda*, s.v.).[602]

Igualmente, los usuarios de la literatura eran una élite más o menos estrechamente definida; se consideraban, o pueden haber sido considerados, como diferentes de los que no participaban en ella y su apreciación de la literatura como parte esencial de esa diferencia. En la Atenas clásica, también, las comedias de Aristófanes fueron escritas para ser representadas ante una gran audiencia, pero la mayoría de la audiencia pertenecía a un grupo privilegiado: los ciudadanos.

Este capítulo examinará las nuevas sedes de la producción literaria, y después examinará cómo la producción literaria puede haber sido influenciada por su contexto imperial o colonial. Se analizará el nexo entre la escritura literaria y la innovación. ¿Estaban los autores destinados a intentar escribir «mejor» que sus predecesores, o de modo diferente a ellos?, y si este era el caso, ¿cuál fue el propósito de dicha innovación? ¿Cuál es la importancia de los nuevos estilos con los que los autores abordaban lo aparentemente privado o personal en escritos que eran obviamente públicos?, y ¿cómo cambió la representación de las mujeres? Finalmente, ¿de qué manera los cambios en la ciudad-estado afectaron la escritura?

Las sedes de producción

En las sedes más antiguas de producción literaria, tales como Atenas y las ciudades-estado de la antigua Grecia, los miembros de la élite social continuaron escribiendo en estilos nuevos y antiguos. En los territorios nuevos, particularmente Alejandría, el mecenazgo real dio origen a nuevas formas de literatura particularmente interesantes.

Un resultado del mecenazgo real de los escritores fue lo que suele denominarse «poesía cortesana», un ejemplo famoso de la cual es un poema de Teócrito,[603] uno de los poetas helenísticos más leído hoy en día. Nacido en Siracusa, en Sicilia, se trasladó a Alejandría alrededor de 270, pero habría trabajado de modo independiente de la biblioteca y el Museo (el instituto de investigación ptolemaico). Hay algunos indicios en sus poemas que sugieren que, no habiendo conseguido el mecenazgo de Hierón II de Siracusa, lo obtuvo en la corte de Filadelfo. Sus poemas preservados, los *Idilios* (*eidyllia*, «pequeños cuadros») tienen como escenario ante todo la campiña de Sicilia y del sur de Italia, y pueden ser considerados los antecesores de la poesía

pastoral, pero no participan del primor de los poetas pastorales del siglo II como los de Mosco y Bión, de quienes han quedado varias obras.[604] Muchos de los poemas de Teócrito, aunque por lo común considerados pastorales, pueden ser mejor definidos como bucólicos («sobre los pastores»; la palabra *boukolikos* es suya, usada por Tirsis para definir su propia canción en Teócrito, *Idilio 1*, y por Lícidas en *Idilio 7*),[605] un término ideado para significar que tenían raíces reales en una tradición de la canción rural, aunque también procedían de poesía literaria más antigua. Escritos en una forma poética del dialecto dórico de su patria, apelan al interés alejandrino por probar el gusto del «otro». Teócrito hizo esfuerzos para subrayar la extrañeza de sus escenarios y caracteres;[606] incluso los pastores que compiten en el canto en varios de sus poemas podrían ser parcialmente representativos del modo de vida griego más antiguo y más puro que suscitaba la nostalgia de los ciudadanos nacidos y criados en Alejandría. Unos de los caracteres más memorables no es humano en absoluto, sino Polifemo, el cíclope torpe y tuerto, víctima de su peculiar capricho antropoide por la nereida Galatea (*Idilio 6* y especialmente el *11*). Teócrito puede haber sido un poeta bucólico, pero su campiña era un poco artificial, para deleite de personas para quienes el campo griego era remoto y sólo una reminiscencia.

El *Idilio 17* no es bucólico; puede ser definido con justeza como un poema cortesano. Alaba a Ptolomeo II, y quizá fue escrito para un festival o una ceremonia real. El padre de Ptolomeo se sienta con Alejandro en el banquete de los dioses, como su antecesor Heracles; su madre Berenice es un dechado de la virtud conyugal; signos del favor divino se manifiestan en su nacimiento en la isla de Cos; es el dueño de amplios y ricos territorios y el defensor de su reino. Por encima de todo era piadoso:

> El solo entre los antiguos y entre los que aún dejan sobre el polvo que pisan sus huellas recientes ha levantado fragantes templos en honor de su madre querida y en honor de padre, y les ha puesto allí bellísimas estatuas criselefantinas[*], tutelares de todos los humanos. Muchos muslos rollizos de bueyes él quema al paso de los meses sobre las aras cubiertas de rojo, él y su ilustre esposa, más noble que la cual mujer alguna abraza a su marido.
>
> (Teócrito, *Idilio 17*. 121-128, cf. Austin 217)

La oda puede ser comparada con otras prácticas para la elaboración de la imagen regia (capítulo 3); el rey debe ser rico, justo, pío y un guerrero triunfante.

El *Idilio 15* contiene un tributo indirecto a Ptolomeo. Al final, las mujeres escuchan la interpretación de un himno a Afrodita que es a la vez un tributo a la reina de Filadelfo y a la riqueza de la ciudad.

> Y en honor tuyo, Señora, de muchos nombres y de muchos templos, la hija de Berenice, tan bella como Helena, Arsínoe, acoge a Adonis con todos los honores. A su vera se hallan todos los frutos que la estación produce; a su vera, los gráciles jardines cobijados en macetas de plata; vasos de oro con perfume sirio; cuantos manjares elaboran las mujeres, en la amasadera, combinando toda suerte de colores con la blanca harina;

cuantos componen de dulce miel y de líquido aceite. Todos los animales del aire y de la tierra aquí están junto a él. Se han levantado verdes enramadas, cargadas de tierno eneldo, y por encima revolotean amores niños, cual jóvenes ruiseñores que en el árbol prueban sus alas aún crecientes volando de rama en rama… Mileto y el que pastorea en Samos podrán decir «Un nuevo lecho está dispuesto para el bello Adonis».

(Teócrito, *Idilio 15*. 110-127)

Nada hay en este poema que pueda ser tomado como un testimonio, aunque sin duda convierte a Alejandría en la encarnación de la sofisticación cosmopolita basada en la dominación imperial del Egeo (quizá exagerada aquí). Los soberanos son descritos como píos y como protectores del reino.

Sin embargo, el mecenazgo no buscaba sólo suscitar celebraciones explícitas de la realeza. Se hizo una gran inversión en el Museo y en la biblioteca de Alejandría.[607] A Ptolomeo I y al antiguo tirano de Atenas, Demetrio de Falero, se les atribuye la fundación de la biblioteca en el Broucheion de Alejandría. Ptolomeo II agregó una segunda biblioteca más pequeña en el Serapeo; algunos lo consideran como el verdadero fundador. El contenido de la biblioteca, o bibliotecas, se calculaba en varios cientos de miles de rollos de papiro, compuesto en parte, como se ha dicho, de libros que el edicto de Ptolomeo V había obligado a entregar a los barcos atracados en Alejandría antes de partir.

A mediados y a finales del siglo III, los reyes Atálidas de Pérgamo emularon a los Ptolomeos al edificar una biblioteca y atraer artistas e intelectuales de Atenas y Alejandría, tales como Antígono de Caristo (escultor y escritor), Polemón de Ilion (que escribía de arte) y el filósofo y estudioso homérico Crates de Malos en Creta, que enseñó en Roma en 168. El escritor romano Plinio el Viejo (HN 13, 17) dice que el pergamino fue inventado en Pérgamo (en el griego posterior era *pergamênê*, evidentemente por el nombre de la ciudad) como resultado de un edicto de Ptolomeo V al que acabamos de referirnos, que tuvo el resultado, o aun la intención, de obstruir el aumento de la biblioteca de Eumenes II. La vitela había sido utilizada desde antes de Heródoto (5. 58), de modo que lo que ocurrió ahora fue una mejora técnica o simplemente una resurrección de un estilo antiguo.

Tampoco deberíamos ignorar a la corte macedonia de Pela como centro del mecenazgo literario, particularmente desde la época de Antígono Gónatas en adelante. Entre los escritores notables que residieron allí por una temporada estuvieron el poeta didáctico y erudito Aratos de Soli, el poeta épico Antágoras de Rodas, el erudito y dramaturgo Alejandro de Etolia, y filósofos como Timón de Fleio y Menédemo de Eritrea. Algo inusual entre los historiadores fue Jerónimo de Cardia que pasó algún tiempo en Pela. El filósofo cínico Bión de Boristenes disfrutó del mecenazgo de un Antígono, probablemente Gónatas (Dióg. Laer. 4. 46. 54); Zenón, también, recibió una invitación de Gónatas pero no la aceptó, enviando a Perseo en su lugar (Dióg. Laer. 7. 6). El último rey de Macedonia, Perseo, poseía una notable colección de libros que fue capturada por el general romano Emilio Paulo (Plut. *Aen*.

28. 6).

Otros reyes, también, protegieron a los intelectuales griegos. Diodoro atribuye a Arriarates V de Capadocia (c. 163-130) el haber hecho de su reino «un lugar de estancia para los hombres cultivados» (31. 19. 8). Ciudades como Rodas y Atenas estaban orgullosas de sus vínculos con los pensadores y escritores más prestigiosos de su época.

Las bibliotecas en el mundo griego antes de Alejandro eran una rareza, si es que existía alguna; los tiranos del siglo VI Polícrates de Samos y Pisístrato de Atenas poseían grandes colecciones de libros, según Ateneo (1.4), pero esto no está confirmado por otras fuentes y puede ser una proyección retrospectiva de la época helenística. Estrabón, en un aparte de su descripción de Asia Menor noroccidental, dice de Aristóteles que «dejó su propia biblioteca (*bibliothêkê*) a Teofrasto… y fue el primer hombre de quien sabemos que coleccionó libros y enseñó a los reyes de Egipto la disposición de una biblioteca» (13. 1. 54. [608-609]). Aristóteles murió en 322. De modo que el enunciado es literalmente falso (si se refiere a los Ptolomeos); quizá efectivamente aconsejó a Alejandro, o quizá esto también es una invención de alguien que recordó que Platón enseñó al tirano siciliano Dionisio II y Aristóteles (supuestamente) al joven Alejandro. Es realmente posible que la de Aristóteles fuera la colección de libros más notable de la época —una suerte de biblioteca universitaria para investigadores. (En el mismo pasaje Estrabón dice que los propios libros de Aristóteles terminaron en la ciudad de Skepsis, y que aunque los reyes pergamenenses se empeñaron, no pudieron conseguirlos.)[608]

La organización de la biblioteca de Alejandría no es conocida, pero conocemos los nombres de los bibliotecarios. Estos eran también escritores: entre ellos figuraban Apolonio de Rodas, el poeta (bibliotecario c. 270-245), Eratóstenes el geógrafo (vivió c. 285-194), Aristófanes de Bizancio el homerista (c. 257-180) y Aristarco de Samotracia el crítico literario (c. 216-144). El primer bibliotecario, Zenódoto de Éfeso (c. 325-270, bibliotecario desde c. 284), inventó la notación de las marcas sobre las vocales griegas para mostrar la acentuación tonal,[609] y desarrolló una ciencia de crítica textual basada en la comparación de diferentes manuscritos, que debe haber sido antes casi imposible. En poco tiempo la biblioteca se convirtió en la principal fuente de textos confiables de autores tales como Homero, que eran cada vez más reconocidos como clásicos.

El Museo ha sido descrito sintéticamente por Estrabón; los detalles básicos pueden haber sido los mismos que en la época ptolemaica:

> El Museo también forma parte de los palacios reales; tiene un paseo cubierto, una arcada, una exedra y una gran casa, en la que está el comedor común [Estrabón utiliza la palabra espartana «*syssition*» que designa la mesa común de los ciudadanos] de los sabios [o «hombres eruditos»: *philologoi*] que son miembros del Museo. Esta asociación de hombres comparte la propiedad común y tiene un sacerdote a cargo del Museo, que solía ser designado por los reyes, pero ahora es nombrado por el cesar [i.e. el emperador romano].

(Estrabón, 17. 1. 8 [794], Austin 232)

En la biblioteca y el Museo el archivo escrito de la cultura griega podía ser completado, listado y clasificado, una operación para la que filósofos como Aristóteles y Teofrasto habían establecido un patrón. Esto a su vez hizo posible el crecimiento de lo que es con frecuencia denominado «erudición»; pero es importante no inferir que el principal motivo fuera el progreso del saber. Ni deberíamos ver la biblioteca y el Museo como importantes sólo por lo que proporcionaron a la cultura posterior, o como pasos en el camino a la racionalidad moderna. La recopilación y la sistematización del conocimiento bajo el mecenazgo de los reyes crearon una nueva sede social para la producción literaria, que abarcaba no sólo lo que podía ser llamado escritura creativa o imaginativa sino que comprendía todas las formas desde la historia local hasta la filosofía y la «ciencia».

El Museo dio origen a conflictos eruditos, los cuales se cree que el siguiente comentario de Timón describe, desde la perspectiva de otra corte real:

> Se apacientan en Egipto, rico en razas, muchos eruditos armados de cálamo, que mantienen peleas infinitas en la jaula de pájaros de las musas.

(Timón, *ap*. Aten. 1. 22d)[610]

Probablemente se refiere a las rivalidades y las polémicas surgidas entre los intelectuales que trabajaban en Alejandría. Calimaco de Cirene escribió un catálogo de las palabras raras y composiciones de Demócrito, y otro, más famoso, referido a los hombres célebres en cada rama del conocimiento con una lista de sus trabajos, que era un inventario en 120 libros organizado en secciones de todas las obras de la biblioteca y las vidas de sus autores. Fue quizá el primer catálogo griego de biblioteca, y aunque se perdió, indirectamente le debemos gran parte de lo que conocemos sobre las obras clásicas perdidas. Aristarco de Samotracia respondió con un tratado dirigido contra las listas de biblioteca de Calimaco, cuyo contenido no es difícil de imaginar. El carácter evidentemente minucioso de la nueva erudición es ejemplificado por obras como las de Aristófanes de Bizancio (un tratado sobre palabras susceptibles de no ser usadas por los antiguos escritores), o el libro de Ammonio sobre si hubo o no más de dos ediciones de la reseña de la *Ilíada* de Aristarco. El grado de remisiones existente es notable; es realmente un ejemplo de escritura de libros sobre libros sobre libros. Esencialmente, la creación de un lugar determinado donde se realizara un trabajo literario de muchos tipos permitió una mayor separación entre la interpretación y el libro. (La observación habitual de que los antiguos siempre leían en voz alta ha sido cuestionada. La lectura silenciosa era realmente practicada en Atenas clásica pero aún puede haber tenido un cambio de énfasis en el período helenístico, pues las bibliotecas se hicieron más comunes y las

referencias intertextuales adquirieron un carácter literario más deliberado.)[611]

Estos escritos con remisiones mutuas, a los que podemos designar como obras de erudición, eran parte de la literatura también. Lo mismo se aplica a las obras que llamamos científicas. La erudición, en el sentido de examinar el «conocimiento» escrito existente a la luz de un nuevo análisis, se había transformado en una profesión sustentada por el estado en una escala amplia organizada por primera vez en el mundo griego. Un hito distintivo del período es una literatura que no sólo se ensambló internamente mediante las remisiones, sino que también se dispuso en un cierto orden con respecto al cuerpo de la escritura griega antigua. La selección de obras canónicas, apoyada por el financiamiento de la autoridad suprema, era una actividad que creaba, y por tanto preservaba y legitimaba, una cultura, la cual probablemente estaba en búsqueda de una identidad.

Recopilar todos los textos griegos conocidos y clasificarlos no era simplemente una manera de hacer Alejandría grandiosa, era hacer una proclamación casi sagrada de ser la guardiana y la vigilante de la cultura griega para todos los griegos. Una función de las bibliotecas en todos los nuevos reinos era garantizar la memoria del pasado.[612] Además, si el conocimiento es poder, entonces el control del debate y la divulgación del conocimiento duplica el poder, y no sólo cultural necesariamente. Este aspecto de apropiación y control puede ser detectado en muchas áreas de la vida intelectual (como ha sido el caso, en diferentes circunstancias, en la Atenas clásica). Reunir el conjunto de la cultura griega escrita era también afirmar una relación particular entre los pueblos griegos y los no griegos; entre la nueva monarquía macedónica en Egipto y la cultura griega en general, y entre la élite dirigente cuyos predecesores habían sido apenas considerados como pertenecientes a Grecia y la masa más amplia de los grecohablantes.

Sin embargo, es importante colocar esta realización ptolemaica en un contexto más amplio. Se ha analizado el papel imperial y poscolonial de los modernos museos,[613] y lo mismo puede decirse de las bibliotecas. Hay una cierta correlación en la historia entre la creación de imperios y la de colecciones: considérese Roma, Viena, Londres, París. Una librería estatal puede ser expresión del éxito imperial. Con todo, este no es el rasgo nuevo de los imperios helenísticos; los antiguos imperios del Oriente Próximo tenían bibliotecas que contenían no sólo archivos administrativos sino colecciones de textos sagrados y «literarios» con los que los escribas trabajaban, incluso comparando diferentes versiones del mismo texto;[614] de modo que puede ser que lo que vemos como una creación distintivamente griega fuera la fusión de la cultura filosófica de la Atenas del siglo IV con un modo más antiguo de compilar y controlar la palabra escrita.

La compilación de información también es congruente con un cambio en la relación entre la cultura oral y la escrita que ha sido detectado en la segunda mitad del siglo IV. Aunque la sociedad griega, incluso en Atenas, era todavía predominantemente oral, se sentía cada vez más la necesidad de asentar la memoria

colectiva en textos y registros documentales. Un síntoma de ello era la decisión tomada por los atenienses en la década de 330, a sugerencia de Licurgo, de preservar copias de las obras de Esquilo, Eurípides y Sófocles en un lugar público (quizá el Metroón en el agora) y exigir a todos aquellos que desearan representar los dramas que utilizaran los textos oficiales (Plut. *Vidas de los diez oradores*, 841 f),[615] Se dice que Ptolomeo II tomó prestados los originales y nunca los devolvió. Este caso explícito de apropiación, y el esfuerzo más vasto de reunir la totalidad de la cultura literaria, puede ser visto como un intento de demostrar que Egipto era parte del mundo griego. Sin la transmisión escrita, tal trasplante cultural sería considerado necesariamente incompleto.

Tradición e innovación

Tradición e innovación. Dos términos que resumen de algún modo la posición de Ptolomeo: una nueva dinastía con una nueva capital, ocupando un antiguo reino.

De la poesía en un sentido estricto, dejando de lado el drama, opina Tarn que «La poesía, en la época de Alejandro, había casi perecido aplastada por el peso de los grandes maestros; nadie podía emularlos, y no valía la pena intentarlo».[616] Esta opinión pesimista presupone que los poetas estaban tratando de escribir como (o mejor que) los antiguos poetas; pero aceptarla sería ignorar el contexto social en que escribían. Préaux no tiene una opinión muy diferente de la de Tarn: considera que la literatura helenística estaba operando en un medio social cerrado, usando un lenguaje muerto, el lenguaje de una clase social a la defensiva.[617] Es cierto que uno de los rasgos más acentuados de la literatura del período es el clasicismo, la elevación de un número limitado de obras y estilos antiguos a la categoría de «clásicos»; y es posible pensar que la literatura se estaba tornando atemporal y que ignoraba el presente y la ciudad.[618] Aunque algunos ejemplos pueden servir para ilustrar estas ideas, también pueden llevarnos a cuestionarlas.

Muchos de los poetas más famosos de Alejandría vivieron en el medio siglo posterior a Alejandro, y eran inmigrantes de otras partes del mundo griego. Calimaco (Callimachus) de Cirene (c. 305-c. 240),[619] a quien hemos encontrado antes, trabajó en la biblioteca, aunque no fue probablemente el prefecto como se creyó alguna vez. Era recordado por su disputa académica con su pupilo Apolonio de Rodas, aunque no existe un testimonio contemporáneo que así lo confirme. Puede apreciarse en el poeta al erudito. Además de los catálogos bibliográficos sistemáticos, compiló listas como *Una colección de maravillas en toda la tierra según su lugar*; también fue el autor de los poemas *Aitia* o *Causas*, un compendio de 7000 líneas de leyendas sobre la historia y los rituales griegos, por ejemplo *La trenza de Berenice*, que combina la adulación cortesana con un ingenio punzante. Conmemora la ofrenda de una trenza de su

cabello por la esposa de Ptolomeo III, su desaparición del templo y su descubrimiento en el hemisferio norte (es la constelación que aún hoy es llamada la Cabellera de Berenice) por el astrónomo Conón. El fragmento más extenso preservado, revela cómo la estilizada elegancia apropiada a una pieza de adulación cortesana se equilibra con la participación original y ocurrente de la propia trenza de cabello como interlocutora:

> ¿Qué podemos hacer nosotros, unas trenzas, cuando montañas semejantes, ante el hierro ceden? Así perezca el pueblo de los cálibes, quienes, sacándola de la tierra, la planta nefasta, la expusieron por vez primera y enseñaron la tarea de los martillos. Al momento de cortarme (mis hermanas) las trenzas, sentían por mí la triste añoranza, y de súbito el blando soplo, que de la misma sangre es del etíope Memnón, lanzóse entre el torbellino de sus raudas alas, cárcel de la locria Arsínoe, la de cinto violeta, y me arrebató con su aliento, y conmigo cargado por los húmedos aires fue a depositarme en el regazo de Cipris.
>
> (Calimaco, *Aitia*, frag. 110 Pfeiffer, líneas 47-56)

El verso «montañas semejantes ante el hierro ceden» se refiere al canal del rey Jerjes de 481 a. C. en el monte Athos; los cálibes eran un pueblo en la región del mar Negro renombrado por su herrería; «de la misma sangre es del etíope Memnón» es Céfiro, el viento meridional; «locria», referido a la reina Arsínoe, es un confuso juego sobre la ubicación de su templo; Cipris es un sobrenombre común de Afrodita, que procede de su templo en Chipre, la isla de su nacimiento.

Muchos de los poemas de Calimaco están repletos de erudición y de alusiones mitológicas, pero también son sumamente originales. En su *Himno a Zeus*, aunque la forma y el lenguaje en general son de los himnos «homéricos» del siglo VII, introduce conversaciones, como el debate sobre las diferentes versiones del nacimiento de Zeus en el monte Ida, en el que el mismo dios interviene para declarar que «todos los cretenses son mentirosos». Calimaco probablemente intentaba satisfacer algo más que un mero interés por lo antiguo y conformarse con un público más escéptico que el que tuvieron los poetas antiguos. La demostración de su erudición es hecha con la mayor economía y pericia y, sobre todo, con un propósito que va más allá del alarde; como en el pasaje siguiente en que la ninfa Rea, después de haber dado a luz a Zeus en Arcadia, busca agua donde lavarse:

> Pero el caudaloso Ladón no discurría aún por allí, ni el Enmanto, el más límpido de los ríos, y estaba seca aún toda la Arcadia, la que un día iba a ser llamada la tierra de las bellas aguas. Entonces, cuando Rea se soltó el cinturón, se erguían sobre el lecho del húmedo Yaón numerosas encinas; numerosos también corrían sobre el Melas los carros; numerosas eran las serpientes que sobre el mismo cauce del Carión tenían sus guaridas; los hombres iban y venían a pie y sedientos sobre el Cratis y sobre el guijarroso Metope bajo sus pies fluían, numerosas las aguas.
>
> (Calimaco, *Himno I: A Zeus*, líneas 15-33)

Aquí los hitos geográficos no son enigmas divertidos por resolver o polvorientas «alusiones» a antiguas obras; enriquecen, y, como dice Bulloch, «actualizan la escena con una exactitud que tiene el mismo propósito que los cuatro detalles con los cuales se ilustra la sequedad de la Arcadia (encinas, carros, serpientes, marchas sin agua)». [620]

La poesía didáctica («educativa») es un género recientemente definido, principalmente representada por Arato de Soli (en Cilicia) y Nicandro de Colofón. Partía de lo antiguo y creaba formas literarias nuevas que homenajeaban el canon. Arato (c. 315-antes de 240), que trabajó en Pela, escribió una amplia variedad de poemas pero es principalmente conocido por aquellos que tratan de temas «científicos» tales como *Astrika* (*Sobre las estrellas*) y *Phainomena* (su único trabajo preservado), ambos tratan de la astronomía y la meteorología. Seguía los pasos de Hesíodo, el poeta folclórico de la religión y la agricultura del siglo VIII; también de los poetas más filosóficos del siglo VI, como Jenófanes, y del más próximo, en poesía, de Empédocles de Sicilia que escribió sobre la naturaleza (siglo V). Arato no fue el primero en escribir un poema específicamente astronómico, pero fue leído y estudiado más ampliamente. Su obra, de un carácter informativo más genuino que otras obras similares, estaba basada estrictamente en los escritos en prosa del astrónomo del siglo IV, Eudoxo de Cnido (capítulo 9), y posiblemente puede considerarse como parte de un programa intelectual más amplio que comprendía la divulgación del conocimiento; pero el término de Bulloch «popularización» es demasiado contundente para un poema sobre un tema rebuscado escrito en griego arcaico.[621]

Las dos obras preservadas de Nicandro (Nikandros, siglo II o III) son *Alexipharmaka* y *Theriaka*, la primera trata de venenos y antídotos, la segunda de animales venenosos y las curas de sus mordidas y picaduras. Es más literario y menos informativo que Arato, y es sorprendente que quizá estuviera menos versado en la antigüedad. Bulloch sugiere que su obra se conservó precisamente debido a la industria académica generada por su «expresa singularidad y retorcimiento literario», [622] pero este análisis ciertamente subestima el impacto del contexto social en el que Nicandro escribía.

La importancia de la llamada poesía didáctica probablemente no reside en ningún propósito o efecto genuinamente educativo —es difícil imaginar a un lector que no sea el más libresco (u ocioso) sentándose a leer su Nicandro, o incluso su Arato, más agradable (para nosotros)—, antes bien estuvo en el efecto que producía sobre el público lector para el cual se escribía (en el caso de Arato los lectores en Pela y Alejandría). Desde cierta perspectiva deben ser agrupados juntos con los autores «científicos» de Alejandría, con su pasión por clasificar el cosmos y presentarlo para el uso de una audiencia griega, como había hecho Heródoto. Son obras de verdadero valor literario.

En efecto, un notable poeta didáctico del siglo III es Eratóstenes, que además de sus trabajos científicos en prosa publicó algunas de sus ideas en verso, incluyendo *Hermes* de 1600 líneas que trata de la cosmología y las cinco zonas de la tierra, y las elegías muy admiradas de su *Erigonê*, que relataban el mito de Dionisio para explicar el origen de tres constelaciones.[623] La combinación de literatura y ciencia comprende las obras en prosa de Eratóstenes también. Sus investigaciones en la cronología histórica desde la caída de Troya hasta su propia época fueron adaptadas por Apolodoro (c. 180-después de 120; FGH 244), un ateniense de convicciones estoicas, que trabajó en Alejandría hasta el destierro de los intelectuales (145), emigró a Pérgamo, y finalmente regresó a Atenas en 138 o 133. Escribió cuatro libros perdidos de *Crónicas* (*Chroniká*) en verso, que terminaron yuxtaponiéndose a la de Eratóstenes. (*La Biblioteca* o *Bibliotheke*, un estudio de los mitos heroicos ampliamente leído aún hoy en día, es una obra del siglo I o II d. C., atribuida falsamente a éste). Apolodoro fue usado a su vez por el obispo cristiano Eusebio (c. 260-339 d. C.) para su exhaustiva historia universal; sus cuadros de fechas se preservan en una traducción armenia y una versión latina de san Jerónimo, y forman la base de la cronología antigua que usamos hoy (un ejemplo de la importancia indirecta de la erudición helenística, aparte de lo que puede revelar sobre la sociedad posterior a Alejandro). Sin embargo, incluso como escritura técnica, la obra de Eratóstenes debe ser considerada como literatura, y literatura de un nuevo tipo.[624]

«Tradición» es otra de aquellas palabras significativas, a primera vista muy claras pero que admiten complejas distinciones. A veces consideramos la tradición como algo dado, un modelo al cual los individuos adaptan su conducta tan estrictamente como pueden. Por otra parte, algunas tradiciones no parecen funcionar así. Las navidades familiares son un ejemplo: casi no hay dos familias en Gran Bretaña que celebren las fiestas de una manera exactamente igual (algunos abren los regalos en la víspera, otros el día de Navidad; parten el bizcocho navideño en momentos diferentes); pero la mayoría de ellos diría que realiza una celebración tradicional. La tradición admite una variedad casi infinita de variaciones. Puede permitir, incluso exigir, mucha libertad de inspiración. Considerar las referencias al pasado de la literatura helenística como un intento artificial de mantener una helenidad inalterada es una simplificación exagerada. La innovación no es disolución; la cultura griega era inherentemente innovadora. La innovación era la tradición. En contra de las sugerencias citadas al inicio de esta sección, la literatura no estaba muerta, ni a la defensiva, tampoco era atemporal.

Desde otro punto de vista, particularmente en lo referente al orden social y la importancia del mecenazgo, algunos tipos de literatura helenística representan un abandono de las formas especializadas, centradas en la polis y públicamente sancionadas de la Atenas clásica, en especial la tragedia y la comedia, y un regreso a anteriores sedes de producción y representación tales como el soberano como mecenas o el banquete privado de élite (*symposion*)

¿Audiencias diferentes?

Algunos estudiosos consideran que los poetas de Alejandría escribían en una torre de marfil. ¿Es esto exacto? ¿Para quiénes escribían?

Los hallazgos de papiros de Egipto indican que una amplia gama de poetas fueron leídos en varias comunidades grecohablantes. Un corpus reciente contiene más de mil fragmentos de papiro de los últimos cuatro siglos antes de nuestra era, con obras de no menos de 151 poetas identificados y 285 cuya identidad es desconocida (algunos de ellos pueden ser idénticos a los miembros del primer grupo).[625] Los papiros dan testimonio de la amplísima popularidad (no necesariamente limitada a los que podían leer o comprar libros) de *La Ilíada* y *La Odisea* de Hornero, probablemente las obras literarias más leídas en Egipto; también muestran la estricta normalización de los textos homéricos hacia mediados del siglo II, probablemente bajo la influencia de Aristarco de Samotracia.[626] Un estudio de los papiros romanos de Oxirrhinco y otros lugares sugiere que Heródoto también era muy leído, particularmente las partes de sus obras que trataban de la historia antigua de Grecia y la revuelta jonia.[627] Nada se conoce sobre la organización del comercio librero, pero tenemos derecho a suponer que la presencia de colonos griegos y macedonios creó una demanda de material de lectura, no limitada a los textos que se estaban convirtiendo ya en los «clásicos». Sin embargo, además de estas obras, había productos literarios mejor y peor elaborados, y no es fácil evaluar dónde su público lector podría haberse ubicado.

Quizá el poeta más «alusivo» y el único que sería posible descartar con más presteza por pedante y académico, es Licofrón, a veces llamado «pseudo-Licofrón» para distinguirlo del autor de un tratado sobre la comedia que organizó esa sección de la biblioteca en los inicios del siglo III.[628] Su único trabajo conocido, una de esas raras obras alejandrinas preservadas en su totalidad, es la extraordinaria *Alexandra*, un *tour de forcé* de 1500 líneas de enigmas mitológicos. La evidencia interna sugiere que fue escrito poco después de 197, aunque una fecha alternativa de c. 275 (la duración de la vida del autor bajo cuyo nombre el poema se ha conservado) no puede excluirse. Pretende ser una profecía de la caída de Troya y de toda la historia que siguió a partir de allí, pronunciada por Casandra (Alejandra) la profetisa troyana destinada a no ser entendida nunca. Aquí profetiza los vagabundeos de Odiseo y sus compañeros.

> Y a quienes vagarán por la Sirte y libística planicie, y el tirrénico canal y su angostura, y por las atalayas, para el nauta funestas de la mujer feral a la que el Macisteo, pastor siempre de piel vestido, matara, y los escollos en que los ruiseñores de patas de Harpía cantan, con hospitalidad los acogería a todos el Hades, devorados cruelmente o desgarrados con mil mutilaciones, dejando que uno sólo noticias de la muerte dé, el que lleve el delfín como emblema, el ladrón de la diosa Fénica.

(Licofrón, *Alexandra*, 648-658)

«Libística» es otra forma de «libia»; el «tirrénico canal» es un circunloquio por el estrecho de Messana. La «mujer feral» es Escila, el «Macisteo», Heracles que la mató en Macisto en Elis. Prosiguen referencias a los establos de Augidas y al rebaño de Gerión; los ruiseñores monstruosos son las sirenas, la última línea encierra referencias a Odiseo, su escudo y a su protectora Atenea.

Es una pieza bastante indigerible; en la mayoría de las líneas rara vez o nunca hay más de una palabra usada en otras piezas de toda la gama de la literatura griega existente. Licofrón puede ser asimilado a la poesía didáctica en ciertos aspectos; pero aunque cada verso es bastante eufónico (al menos en el griego original), su poesía es más bien monótona. Es difícil contradecir la opinión de un crítico bastante favorable de que «después de un momento la insistencia de Licofrón en lo rebuscado como vehículo para la ejecución virtuosista se vuelve retorcida y el poema chato hasta el cansancio»,[629] aunque esta lectura es algo subjetiva. ¿Qué tipo de público lector podía soportarlo? De seguro, los lectores voraces con una buena educación y tiempo disponible. Como Calimaco y otros, Licofrón probablemente escribía para los griegos de clase alta interesados en los orígenes de la cultura griega; podría también estar tratando de conmemorar el fin de la independencia griega después de la victoria romana en Cinoscefale en 197 (el poema rinde un homenaje sorprendente al creciente poder de los romanos, que se creían descendientes de los supervivientes del saco de Troya).[630]

En muchos otros textos aparece una fascinación por los aspectos formales. Calimaco y otros experimentaron con nuevos metros, y Licofrón ideó los primeros anagramas griegos conocidos *apo melitos* (de miel), se convirtió en ptolemaios, rey Ptolomeo; *ion (h) eras* «la violeta de Hera» (la h no se escribía en griego) se convierte en Arsínoe, su reina.[631] Otros concibieron poemas adivinatorios cuya respuesta era revelada por la forma en que estaban escritos, como un altar o un hacha de doble ala. El más famoso exponente de este truco es Simias (o Simmias) de Rodas (inicios del siglo III), cuyas *Alas*, *Hacha* y *Huevo* son famosos; una *Syrinx* (zampona) es atribuida a Teócrito, un *Altar* a un tal Diosadas (fecha incierta).[632] Se inventaron los acrósticos: los poemas en los que las letras iniciales de los versos sirven para deletrear un nombre, como la firma de Nikandros oculta en el *Theriaka* de Nicandro (versos 345-353). No se puede negar la explosión de imaginación tras estos experimentos, aunque el probable público lector es difícil de determinar.

Los mimos de Herodas, un grupo de escritos en verso para acompañar el movimiento y el gesto imitativos, son los únicos ejemplos que quedan de este importante y antiguo género de la literatura griega. Los espartanos llamaban a los ejecutantes *deikêliktai* en su dialecto, y los despreciaban (cf. Plut. *Agesilao*, 21. 8; Ate. 14. 621 d-e);[633] en la atmósfera diferente del siglo III su popularidad floreció.

La historia del autor es tan incierta como su nombre (Herodas, Herodes o Herondas), pero parece haber consenso en que vivía en Alejandría en el siglo III. No quedan manuscritos medievales. Cada uno de los tres mimos preservados consiste en unos trecientos versos de «yambos de pie quebrado», y fueron descubiertos en papiros a finales del siglo XIX. Los mimos parecen haber sido actuaciones monológicas, aunque sabemos de ejemplos más antiguos que circularon como textos. Herodas tiene algo en común con los *Caracteres* de Teofrasto, aunque los *dramatispersonae* de los bajos fondos apenas si son poco más que tipos sociales rápidamente esbozados. Un guarda de burdel afeminado persigue a un capitán de marinos por asaltar a una de sus mancebas (*Mimo 2*). Una madre se queja de las travesuras de su hijo y pide al sádico maestro de escuela que lo azote hasta casi matarlo (*Mimo 3*). Dos mujeres pobres y piadosas encuentran un gazmoño alcaide del templo de Asclepio (*Mimo 4*, el escenario pudo haber sido el verdadero santuario de Asclepio en Cos, cf. cap. 5). Y así sucesivamente.

Varios episodios nos trasladan al mundo privado de las mujeres casadas; la una amenaza a su amante esclavo con castigarlo por dormir con otra mujer; la otra visita a una amiga para hablar de qué guarnicionero hace los mejores consoladores de cuero; en el siguiente mimo aquélla lleva a dos amigas al taller de éste; el guarnicionero lanza un jactancioso discurso sobre sus zapatos y ellas regatean con él. El lenguaje es vivaz, el tono coloquial y «realista», incluso en los apartes intrascendentes y el pasajero menosprecio hacia las jóvenes esclavas:

> Metro: —Querida Corito, te toca a ti llevar el mismo yugo ¡yo ladrando sin cesar como un perro, me paso el día y la noche chinándoles a las tías estas que no sé ni como llamarlas! (cambiando de tema) Pero… a lo que he venido… [gritando a las esclavas] ¡Quitaos de en medio, lejos de nosotras, mentecatas, que no sois más que oído y lengua! Los demás ¡venga fiesta! [dirigiéndose a Corito] Te lo ruego no me engañes Corito querida, ¿quién puede ser el guarnicionero que te ha hecho el consolador colorado?
>
> Corito: —¿Dónde lo has visto, Metro?
>
> Metro: —Nóside, la de Erinna, lo tenía anteayer (con envidia) ¡Vaya regalo bonito!
>
> Corito: —¿Nóside? ¿De dónde lo habrá sacado?
>
> Metro: —¿Te chivarás si te lo digo?
>
> Corito: —Por estos ojitos (se lleva la mano a ellos), querida Metro, que no hay cuidado que nadie diga nada de lo que me cuentas.
>
> Metro: —Eubole la de Bitade se lo dio y le dijo que no se enterara nadie.
>
> Corito: —¡Qué mujeres! Esa mujer acabará por consumirse; por respeto a ella, de tanto como me insistía, se lo di antes, incluso, de usarlo yo; le echó la uña encima, como llovido del cielo. Y ahora se lo regala a los que no debe.
>
> (Herodas, *Mimo 6*, líneas 12-31)

Corito cuenta cómo engatusó al guarnicionero para que le permitiera tener uno y después deriva en el chisme:

> Corito: —¿Y qué no he hecho, Metro? ¿Qué argumentos no he empleado para convencerle? Besarle, acariciarle la calva, darle a beber vino dulce, hacerle

cucamonas… todo salvo entregarle mi cuerpo.

Metro: —Pues si también te lo hubiera pedido, habrías tenido que dárselo.

Corito: —Sí, habría tenido que dárselo, pero no estaba bien ser inoportuna; estaba allí Eubule, la de Bitade, moliendo el grano. Pero esa a fuerza de desgastar nuestra rueda de molino día y noche la ha dejado hecha una mierda para así no tener que gastarse ella cuatro óbolos en arreglar el suyo.

(Líneas 74-84)

Debemos ser prudentes y no deducir que las escenas descritas ofrecen una idea de cómo se comportaban las mujeres realmente.[634] Lo que tenemos es (al parecer) un hombre que escribe para un actor masculino que actúa para divertir a la audiencia griega que probablemente es masculina en su mayoría o al menos limitada por el *ethos* de una sociedad patriarcal (por lo menos por analogía con Atenas); como la *Thesmophoriazousai* de Aristófanes de la Atenas de finales del siglo V, nos dice menos sobre las mujeres que sobre lo que los hombres querían pensar que ellas eran capaces de hacer. Con referencia a la pretendida falta de decoro del tema, Mimo I es revelador: una anciana invita a una joven esposa cuyo marido está ausente a encontrarse con un joven y fornido atleta, pero la joven no acepta. También como en Aristófanes, se nos permite espiar el imaginado mundo prohibido de las tramas femeninas, pero sólo dar un vistazo; el decoro marital en poco tiempo queda restaurado.

En el *Mimo 8*, Herodas, en la persona de un agricultor, cuenta un sueño que significa el ensañamiento dado al poeta por los críticos pero también predice su destino final. El hecho interesante es (como podríamos haber deducido a partir de la carencia de una tradición manuscrita continua) que Herodas parece no haber sido muy leído por los griegos y los romanos; apenas si es alguna vez mencionado en escritos posteriores. Si esto se debió a sus deficiencias literarias es hasta cierto punto una cuestión de juicio subjetivo; es cierto que los argumentos y el estilo son escuetos, y el lenguaje, una imitación estilizada del dialecto dórico del siglo VI utilizado por algunos poetas yámbicos.[635] ¿Se debió a que esta literatura fue menospreciada por la élite ilustrada, por ejemplo, a raíz de su uso del lenguaje de la plebe?[636] ¿Son los mimos una genuina literatura de las clases subordinadas? Sólo podemos presumir dónde y cuándo fueron representados. El hecho de que parecieran atraer las actitudes esnobistas por parte de la audiencia no prueba lo contrario; la literatura producida en la élite es con frecuencia disfrutada fuera de ella. El dialecto literario, los signos de innovación (tales como el uso de varios caracteres) y, en general, el «manierismo estético»[637] de las piezas sugieren que fueron el producto de una élite antes que de un medio popular. Su práctica desaparición de la literatura no puede ser atribuida a defectos literarios (de haber sido así poetas muchos menos capaces habrían desaparecido); ni a su haber sido escritas para «la plebe» antes que para el público lector de clase alta. Quizá su popularidad dependió menos del texto silencioso que de su representación en vivo.

La presencia de un público popular es un poco más fácil de inferir a partir del contenido sensacionalista de algunos de los primeros historiadores de Alejandro. Onesicrito de Astipalaya, timonel de Alejandro, escribió un relato anecdótico de la expedición. Clitarco de Alejandría escribió, quizá bajo Ptolomeo II, un relato objetivo animado con pasajes más pintorescos y posiblemente con una dimensión humana más rica (utilizado por Diodoro en el libro 17). Cares de Mitilene, chambelán de Alejandro, registró el ceremonial y los chismes cortesanos. Dada la frecuencia con que los libros de pretendidas historias de Alejandro aparecieron durante el siglo III es posible que las declamaciones o lecturas de historias mitificadas sobre su persona fueran genuinamente populares. Si fue así, otros reyes pueden haber tenido en mente la creación de una imagen positiva en la fantasía popular cuando promovieron que se escribieran libros sobre ellos.

Tales reminiscencias pueden haberse reflejado en partes de la obra llamada *Romance de Alejandro* o «Pseudo-Calístenes» (por el historiador de Alejandro, a quien se atribuyó equivocadamente). La vida de Alejandro se enriqueció aquí con datos del rumor. Su verdadero padre es el faraón egipcio Nectanebo, que engaña a Olimpia haciéndole creer que es un dios (1.4-11); Alejandro después lo asesina (1.14). Muere a consecuencia del veneno administrado por su copero, Iolao (3.31).[638] Alejandro es un embaucador como el héroe homérico Odiseo, deslizándose en la corte persa disfrazado de mensajero (2. 13-14). Abundan los elementos mágicos y sobrenaturales: al caer la nieve un río de Persia se congela hasta el punto que los carros pueden cruzarlo, aunque se derrite en pocos días (2. 14); encuentra a un hombre de dos metros de estatura con manos como sierras, además de hombres esféricos «con expresión irritada como leones», animales de tres ojos como leones, moscas tan grandes como ranas y un gigante peludo que devora a los hombres (2. 32-33). Trata de visitar el lecho marino en una botija de vidrio protegida por una jaula, pero a los 1500 metros de profundidad un pez enorme atrapa la jaula y lo lleva a la orilla (2. 38). El ejército explora un país sumido en la oscuridad total, y Alejandro descubre (sin saberlo) una fuente que procura la inmortalidad, pero no bebe de ella (2. 39). Es llevado al cielo en una alforja de cuero por pájaros gigantescos, pero un hombre volador le advierte de que vuelva a la tierra (2. 40). La mayoría de estos cuentos se narran de pasada y forman sólo una pequeña parte de una narración cronológica en que predominan las campañas militares, aunque contadas por autores que parecen no haber tenido la más mínima idea de la geografía antigua.

Las historias se han preservado en muchos manuscritos. La más antigua, un texto griego, proviene del siglo III d. C., pero las versiones medievales aparecen en toda Europa en lenguas que van desde el magiar al escocés. Al comparar las diferentes versiones y examinar los episodios de la historia que tienen en común, los estudiosos han rastreado hasta tres probables fuentes. Una versión latina del siglo IV y una versión armenia del siglo V derivan de un texto griego del siglo III. Un grupo de textos del siglo IV al VIII forman una tradición separada, representada por varios

manuscritos en buen estado. Una tercera familia tiene dos ramas: una, surgida de un texto latino del siglo X, incluye las versiones europeas occidentales; la otra, desciende de un precursor sirio, incluye traducciones árabes, etíopes y orientales a partir de las cuales podemos rastrear las leyendas persas, afganas e incluso mongolas sobre Alejandro.

En su forma más antigua, sin embargo, estos cuentos probablemente se originaron no mucho después de la muerte de Alejandro, y encarnan una combinación de propaganda real y debate popular, quizá formado en un contexto multicultural, sobre el significado de la conquista de Egipto y Asia para la cultura y la identidad griegas. Los papiros que contienen elementos reconocibles eran comunes en el siglo I d. C. y Josefo preserva elementos de la tradición judía posterior sobre Alejandro.[639] Los textos escritos en torno a Alejandro quizá circularon junto con una interpretación oral entre los griegos plebeyos en la antigua Grecia y en el Oriente Próximo; muchas de las adiciones a la vida real de Alejandro pueden ser elementos folclóricos tomados de la cuentística del Oriente Próximo, antes que nuevas invenciones. Los fragmentos más antiguos, sin embargo, contienen pocos adiciones fabulosas y ahistóricas vistas después; de modo que si deseamos correlacionar los elementos sobrenaturales con su popularidad deberíamos ser cuidadosos en proponer la existencia de un público lector demasiado amplio con tanta anticipación.

En general no podemos percibir la literatura griega «popular» de la época con seguridad, aunque los cuentos sobre Alejandro pueden ser una excepción. En el ámbito egipcio, sin embargo, se ha mencionado la tradición de la profecía apocalíptica y por lo visto nacionalista (sobre el Oráculo del Alfarero). Una tradición más amplia, que al parecer circuló ampliamente, es la representada por las *Crónicas demóticas* y otros cuentos populares compilados que evocan el Egipto preptolemaico: la *Crónica* fue compilada ya a mediados del siglo III. Estos romances de reyes egipcios, reinas y heroicas luchas tienen elementos sobrenaturales así como personajes divinos. Aunque no se puede presumir una alfabetización masiva, habrían servido de base para su interpretación oral y cumplido así una función similar a la del *Romance de Alejandro*, expresando las aspiraciones y relatos colectivos de la tradición egipcia a través de los cuales los egipcios autóctonos, quizá en el ámbito popular de la *chôra* egipcia, afirmaban su identidad frente a la nueva élite dirigente. Otras tradiciones nativas comprenden los textos de instrucción, que incluyen máximas morales dirigidas al parecer primordialmente a recordarle a la audiencia sus deberes hacia su herencia egipcia. En el período romano, las leyendas fueron traducidas y adaptadas al griego, quizá para una población que consideraba que en parte al menos tenía un ancestro egipcio.[640]

Lo público y lo personal

El epigrama es una forma literaria que casi siempre intenta encarnar sentimientos personales y preocupaciones privadas. Es un poema corto, generalmente en dísticos elegiacos.[641] Quedan miles en las antiguas compilaciones literarias y como inscripciones en piedra. La colección más famosa es la *Guirnalda* de Meleagro (Meleagros; finales del siglo II - inicios del siglo I), que se conserva parcialmente en la Antología palatina del siglo X d. C. y en otros manuscritos. Como estilo de escritura el epigrama (cuyo nombre (*epigramma*) simplemente significa «inscripción») es el más antiguo de los escritos griegos: se hacían inscripciones de versos breves en los vasos de finales del siglo VIII. El epigrama en los períodos arcaico y clásico era sobre todo un poema oficial, como los poemas cortos de Simónides de Queos sobre las batallas en las guerras médicas, que estaban inscritos en monumentos públicos en Delfos y otras partes. Los epigramas con frecuencia era escritos para las inscripciones funerarias, y el filósofo del siglo IV Platón escribió epigramas que fueron muy celebrados; era un pasatiempo aristocrático distintivo. En el período helenístico esta forma parece haber sido genuinamente más popular que otros tipos de verso, a juzgar por el número de ejemplos conocidos, aunque debemos ser prudentes y no presuponer que se componían o incluso se leían en todos los niveles de la sociedad. Una característica peculiar de la época helenística es la manifestación por parte de los poetas de preocupaciones aparentemente personales; pero uno debe mostrar cautela al tomar los poemas como documentos de la vida real, pues los poetas asumen personalidades y voces diferentes a las suyas (un hecho que confunde a los comentaristas antiguos no menos que a los modernos). Es difícil exagerar el grado en que los epigramas fueron concebidos para mostrar la percepción del autor y su habilidad para reprocesar temas consabidos, de modo que lo que parece ser una expresión personal puede ser una pieza de destreza literaria.[642]

Entre los epigramistas literarios más famosos está Asclepiades de Samos, que además de inventar el metro que recibió su nombre (el *asclepiades*) publicó epigramas que combinaban los temas del amor y la bebida, tradicionales desde el siglo VI:

> En el vino se prueba el amor, pues, aunque él lo negase,
> delató a Nicágoras la mucha bebida.
> Lloraba, en efecto, abstraíase, al suelo miraba
> y firme la guirnalda no estaba en su cabeza.
>
> (Asclepiades, *Ant.pal*. 12. 135)

Otro samio, por adopción al menos, fue Hédilo cuya madre Hédile fue también poeta. Era el hijo de uno de los colonos atenienses que ocupó la isla a mediados del siglo IV. En un epigrama recrea la misma historia, como con frecuencia hacen los poetas (aunque no podemos estar seguros de qué poema fue escrito primero), dándole un tinte erótico, declaradamente *risqué*, que quizá sugiere una audiencia masculina:

Pues las copas del vino traidor a Aglaonice acostaron
y también el amor dulce de Nicágoras,
ahora a Cipris todo esto conságrase, oliente a perfume,
húmedos despojos del virginal deseo,
las sandalias y suave sostén que su pecho cubría.

(Hédilo, *Ant. pal*. 5. 199)

Si Nicágoras y Aglaonice fueron personas reales no tiene importancia; más relevante es la posible ocasión en que una canción como esta fuera interpretada (pues es probable que muchos epigramas literarios fueran escritos para ser recitados). La ocasión sería probablemente, al modo tradicional griego, un *symposion* o banquete de hombres con libaciones.[643] Sin embargo, aunque el asunto nos permite comparar los epigramas con sus precedentes clásicos, que eran de seguro compuestos para los *symposia*, no nos permiten hacer ninguna deducción sobre la conducta sexual. A menudo los epigramas presentan a las mujeres irónicamente, como sería el caso aquí:

Bito y Namon, las samias, no quieren dar culto a Afrodita
de acuerdo a sus leyes y se pasan a ritos
distintos y poco decentes. ¡Oh, Cipris, señora,
odia a las desertoras de tu lecho amoroso!

(Asclepiades, *Ant. pal*. 5. 207; Gow y Page, *GreekAnthology*; Asclepiades, n.° 7)

Las mujeres (lesbianas al parecer) de este epigrama de Asclepiades no necesariamente eran personas reales; y queda la interrogante de si el ingenio agudo y *risqué* sería apreciado por los hombres o las mujeres, o por ambos.[644] El tema puede ahora ser examinado —con los detalles eróticos sugeridos más o menos explícitamente— e investigado.

Otros epigramas sintetizan un sentimiento o un fragmento de saber filosófico en unos pocos versos bien trabajados. El epigrama sobre la amistad y la muerte de Calimaco es justamente famoso en la traducción de William Cory.,[645] pero puede ser mejor mantener la concisión del original:

Alguien contóme de tu muerte, Heráclito, y mi llanto
provocó; recordé cuántas veces dejamos el sol ponerse
conversando. Y ahora ya no eres amigo de Halicarnaso,
sino vieja ceniza, pero vivirán tus ruiseñores, y nunca
Hades, que todo lo arrebata, pondrá en ellos sus manos.

(Calimaco, *Ant. pal*. 7. 80)

El epigrama helenístico es a veces considerado, junto con otra literatura, como un hito de las presuntas preocupaciones individualistas de la época; pero los poemas habían sido (ostensiblemente) personales desde Arquiloco en el siglo VII. Los nuevos rasgos serían el énfasis en los detalles íntimos y un aparente realismo; este último es

paralelo a la manifestación de empatía psicológica de los pastores de Teócrito y Apolonio de Rodas. Resultaría particularmente precipitado por parte de algunos estudiosos sacar de los nuevos modos de expresión (pese a que puedan implicar una visión modificada del individuo) conclusiones excesivas referentes a la desesperación colectiva, el escapismo como respuesta a una situación política terrible, una época de egoísmo y cosas por el estilo.[646]

Lo personal invade lo poético donde uno menos lo espera. La poesía épica del estilo y la grandiosidad de Homero era tradicionalmente una medida para los poetas griegos, aunque casi no queda épica posthomérica. Calimaco, pese a toda su erudición, militaba contra los hinchados poemas heroicos: uno de sus epigramas comienza efectivamente: «Detesto el poema cíclico», una referencia a la inicial épica posthomérica; «Aborrezco el camino ordinario» (frag. 28 Pfeiffer).[647] Es muy conocido su famoso dicho: *mega biblion mega kakon*, «un libro grande es un gran mal».

La musa de Calimaco era «esbelta» y agradaba a Filetas y Arato; le disgustaba la épica en el estilo de la única obra preservada de este período, la *Argonáutica* (*Viaje de Argos*) de Apolonio de Rodas (*Apollonius Rhodius*).[648] Pero es Apolonio y no Calimaco quien es ampliamente leído hoy en día; y el carácter de su poema es revelador. La *Argonáutica* relata nuevamente la leyenda de la expedición de Jasón en su nave Argos y la búsqueda del vellocino de oro de Colquis. Su originalidad consiste en amalgamar una sólida narración épica con elementos pintorescos derivados de la filosofía contemporánea. Como todos los poetas griegos que usaron las leyendas, Apolonio se apoya en el hecho de que la audiencia ya conocía la historia, lo que le da margen para la innovación, parte de la cual consiste en referir cosas maravillosas y extraordinarias. Muestra un gusto característicamente alejandrino por lo curioso y lo extraño; los detalles etnográficos de lugares distantes y fantásticos se emplean en un modo similar al de Heródoto. Es más llamativo, no obstante, su interés por el carácter y la emoción individuales, que a veces bordea el estudio psicológico, como en el caso de Medea. El examen de los signos de la emoción no era nada nuevo —compárese, por ejemplo, el famoso fragmento de Safo (31) del siglo VI, que explora los sentimientos de la cantante que observa a la joven que ama—, pero en Apolonio está encuadrado en un discurso casi científico e interesado en la causalidad. Combinado además con un sentido muy visual de lo doméstico, ofrece una mezcla nueva y emocionante que tiene una fuerte tonalidad homérica:

> La noche luego trajo la oscuridad sobre la tierra. Los marineros en el mar miraban desde sus naves a Hélice y a las estrellas de Orion, y anhelaban también ya el sueño el caminante y el guardián de las puertas, y a alguna madre que se le habían muerto los hijos la envolvía una profunda somnolencia. No ladraban los perros ya por la ciudad, no había sonoros ruidos sino que el silencio se adueñaba de las tinieblas, más negras cada vez. Pero de Medea se apoderaba el dulce sueño, pues en su amor por el Esónida la mantenían despierta mil cavilaciones, temerosa del furor poderoso de los toros con los que él iba a sucumbir con un destino indigno en el barbecho de Ares. Sin tregua, el

corazón se le agitaba dentro del pecho: cual brinca por la casa un rayo de sol que se refleja desde el agua que se acaba de verter. Ya sea en un caldero, ya sea en un jarro y se agita lanzándose aquí y allá por obra de los veloces remolinos, así también el corazón de la muchacha bullía en su pecho.

(Apol. *Rod*. 3. 744-760)

El símil del reflejo en la pared quizá sea un poco rebuscado, y otros elementos del pasaje probablemente equivalen a los de poetas anteriores (que a su vez volvían a usar frases y figuras de sus predecesores), pero estos versos justamente famosos ilustran la verdadera originalidad de la poesía alejandrina. El énfasis en el sentimiento de la protagonista es particularmente notable, y está en sintonía con el desarrollo en la filosofía. En cuanto a la audiencia del poema, sólo podemos suponer igualmente que era una élite griega educada, el tipo de personas de quienes el poeta podía esperar que reconocieran las alusiones y su originalidad. No es ya aceptable caracterizar la *Argonáutica* como una pálida sombra de la antigua épica. Los numerosos fragmentos de papiro sugieren que siguió siendo ampliamente leída por los griegos educados durante muchas generaciones, y su alto nivel crítico está confirmado por el extenso uso que hizo de ella Virgilio en la *Eneida*.

Otro poema que explora un estado psicológico es el *Idilio 2* de Teócrito, el *Pharmakeutria* o la *Hechicera*, en que una campesina abandonada, Simaita, con la ayuda de su sirvienta Téstilis, prepara un hechizo para hacer regresar a su amante. Como Apolonio, Teócrito se centra en su agitación íntima al recordar el apasionado romance con Delfis, y la descripción de la brujería es casi única en la literatura contemporánea y anterior, así como el intento de explorar el estado emocional de una mujer. El poema también ilustra la fascinación alejandrina con lo insólito y la «patología de las ocasiones extraordinarias»,[649] como en estas líneas que describen el frenesí báquico de la venganza:

Delfis me ha causado una pena, y yo por Delfis laurel quemo:
como el laurel crepita vivamente en el fuego y se consume
sin que ni siquiera veamos su ceniza,
así la carne de Delfis se deshaga en la llama.
Gira, rueda mágica, y trae a mi hombre a casa.
Ahora voy a quemar el salvado. Tú Artemis,
puedes quebrar el durísimo metal de las puertas del Hades,
y vencer toda resistencia… ¡Testílide! Escucha,
las perras aúllan en la ciudad. Ya está la diosa
en las encrucijadas. Haz enseguida resonar el bronce.
Gira, rueda mágica, y trae a mi hombre a casa.
Mira, calla el mar, callan los vientos;
pero dentro del pecho no calla mi pena;
toda me abraso por este hombre vano,
que ha hecho de mí (¡desgraciada!) en vez de esposa,
una mujer infeliz y deshonrada.
Gira, rueda mágica, y trae a mi hombre a casa.

(Teócrito, *Idilio 2*. 23-37)

Hemos visto antes que su *Idilio 15* representaba a dos mujeres que conversaban mientras caminaban por las calles de Alejandría para una festividad. Podemos pensar que estos poemas son indicio de una mayor libertad de pensamiento y conducta para las mujeres, pero Teócrito es un poeta de la corte y un hombre. Parece, en efecto, haber habido una gama más amplia de papeles para las mujeres y se hablaba dejas mujeres de una forma nueva; esto, sugiero, puede haber tenido algo que ver con la reducida importancia de la ciudadanía masculina. Tenemos que encontrar el justo equilibrio entre interpretar los cambios en el papel de los sexos a partir de cada descripción literaria y evaluar qué cambios sustantivos en las actitudes o la conducta pueden ser documentados por la presteza de poetas y lectores en representar a las mujeres de una nueva manera.[650]

Vinculada con este interés en lo que podríamos llamar los estados psicológicos, está la exposición de lo erótico en nuevas formas y en nuevos contextos. He sugerido antes que los mimos de Herodas presentan a las mujeres en el contexto doméstico según una imagen que una audiencia predominantemente masculina pretende tener de ellas. Herodas no nos dice nada directamente de cómo se comportaban las mujeres, aunque presenta un discurso explícito sobre el sexo del que quedan pocos ejemplos anteriores, si es que hubo alguno (la famosa escena de seducción del poeta del siglo VII Arquiloco tiene un carácter bastante diferente; frag. 196a West).[651] Las siracusanas de Teócrito que van a la fiesta y su abandonada *pharmakeutria* aparecen en poemas que fueron escritos con seguridad para un público lector extremadamente selecto, centrado en la corte, en el cual puede haber habido más oportunidades para la expresión femenina o para la exploración literaria del carácter de las mujeres; no son personalidades individuales.

Tampoco las mujeres de la *Comedia Nueva* ática de Menandro (Menandros: 342/341-c. 290 d. C.) tienen un carácter individual. Al comienzo del siglo XX no quedaba ninguna de las comedias de Menandro sino en fragmentos; tenían que ser adivinadas a partir de citas posteriores y de las comedias romanas de Plauto y Terencio, que las reelaboraron un siglo después. Ahora se han encontrado en papiro extensas partes de varias piezas, algunas prácticamente completas. Se diferencian de las comedias de finales del siglo V e inicios del IV de Aristófanes principalmente en el argumento, en que se centran en los dramas familiares. Algunos acontecimientos, aunque parecidos a los de las telenovelas (el reencuentro de niños perdidos hacía tiempo, el rescate de hijas raptadas) son demasiado melodramáticos para haber sido experiencias cotidianas de los espectadores; quizá su verdadero propósito, al jugar con las inseguridades inconscientes de la audiencia, era afirmar con un contraste implícito los valores sociales de la normalidad y la estabilidad.

A primera vista, la frecuencia en Menandro de un interés amoroso es más reveladora de las actitudes hacia la sociedad y del lugar del individuo en ella. En la *Perikeiromene* (*La trasquilada*), el soldado mercenario Polemón («hombre de

guerra») le corta el cabello a la mujer con quien convive, Glícera (Dulce), después de saber que ha besado a otro hombre. El siguiente diálogo implica más libertad de acción para las mujeres (o menos restricciones en la representación de sus acciones) que la que podríamos suponer existió en la Atenas clásica:

> Polemón: —¡Yo la considero mi mujer legítima!
> Pateco: —No grites. ¿Quién te la dio?
> Polemón: —¿Quién? Ella misma.
> Pateco: —Muy bien. Quizá es que le gustabas y ahora ya no, y se ha marchado porque no la tratabas como es debido.
>
> (Menandro, *Perikeiromene*, líneas 239-243)

Pateco le recalca a Polemón que la violencia no traerá de regreso a Glícera. Sin embargo, es importante recordar que no se trata de personas reales sino de personajes imaginarios en una comedia representada en Atenas, que no era una ciudad común; que Polemón está desvinculado de la audiencia por ser un corintio; y que Menandro estaba asociado a Demetrio Falero, que introdujo «superintendentes de mujeres» (*gynaikonomoi*). No es sorprendente que el orden social sea restablecido: Glícera resulta ser hija de Pateco, el hombre que había besado era un hermano suyo perdido hacía tiempo y ella y Polemón contraen matrimonio.

Las mismas precauciones serían válidas para los llamados *anaischyntographoi* («escritores de temas descarados»), un tipo de autores que existió desde inicios del siglo IV hasta la época de Nerón y que escribían lo que los comentaristas modernos a veces denominan «manuales sexuales» bajo un seudónimo femenino.[652] (El *Ars amatoria*, *Arte de amar*, del poeta romano Ovidio, es una parodia de estos libros entre otros). No se preserva ninguno del período helenístico o explícitamente fechado en él, pero es probable que ya se escribieran algunos; la mentalidad catalogadora era característicamente alejandrina. En realidad, las obras, que afirmaban ser de tipo didáctico, abarcaban todos los tipos de la actividad erótica heterosexual, y no eran sólo enumeraciones de posiciones para la relación sexual. Uno de ellos incluía un relato (sin duda literario) de cómo un hombre debía seducir a una mujer.

Las obras de este tipo fueron atacadas por los filósofos, entre ellos el peripatético Clearco de Soloi (ap. Aten. 10. 457d-e) y el estoico Crisipo (ap. Aten. 8. 335); no con el fundamento de que mencionaran placeres ilícitos —la cultura griega no era demasiado prescriptiva en torno a qué actos sexuales eran o no permisibles—, sino porque alentaban la indulgencia consigo mismo y la exageración de los placeres físicos antes que la tradicional virtud filosófica (y «varonil») de la moderación.[653] Estas obras, por tanto, no implican una «liberación» posclásica, sino que encarnan una cosificación tradicional de la mujer y adoptan la habitual «mirada masculina». No hay nada que indique si eran hombres o mujeres, o ambos, quienes las leían.

¿Por qué no observamos que se hiciera público algo más de lo evidentemente privado y personal? ¿Se trata simplemente de que conocemos los títulos de más obras

perdidas que para el período anterior? ¿Es un caso de una lente diferente aplicada a una sociedad que era casi la misma que antes?, ¿o es indicio de un cambio social? Incluso si es recomendable la cautela, no parece razonable suponer que si la lente ha cambiado, por tanto también ha cambiado la sociedad; se presume que los autores representan y hablan de cosas diferentes si desean entretener y esclarecer a sus lectores. Incluso si la práctica social no ha cambiado de modo significativo, sí ha cambiado su conceptualización.

Para algunos griegos, la pérdida de la libertad política puede haber generado un nuevo tema para cierto tipo de discurso político. Y no eran cuestiones a ser debatidas en dramas representados en festividades ciudadanas como en la Atenas clásica. En lugares como Alejandría, la política no era realmente un negocio de los ciudadanos, aunque Polibio, en una situación diferente, hubiera deseado lo contrario.

El «otro»

Esta tendencia hacia la representación de lo doméstico —la cual Préaux denomina intimismo— está vinculada para ella con el exclusivismo griego y con la retirada de los griegos a una especie de *laager* («fortín») cultural.[654] Hadas, en cambio, la vincula a una disminución de la agresiva exclusividad del helenismo, ahora que el mundo estrechamente circunscrito de la polis no era ya la principal sede del poder social.[655] Hay algo que puntualizar con respecto a ambas opiniones, pero debemos ser prudentes.

En primer lugar, las comedias de Menandro provienen de la generación posterior a Alejandro, antes de que el orden político del mundo se hubiera asentado. No pueden ser tomadas como típicas de la literatura helenística —una Atenas verdaderamente independiente era todavía un recuerdo reciente y algo a que se aspiraba—, sino que confirman que muchos de los procesos de la literatura alejandrina del siglo III eran continuaciones de tendencias anteriores, quizá reflejando las actitudes sociales cuyos orígenes se pueden remontar a la Atenas próspera y democrática, antes que a la Alejandría ptolemaica. Los cambios, si fueron reales, seguramente datan de mucho antes de Menandro; podría ser simplemente que estamos contemplando aspectos de la sociedad ateniense que el público anterior no esperaba ver en una comedia.

En segundo lugar, el grado de exclusivismo griego, al menos en términos de cultura, no debe ser exagerado. La cultura griega en general no había sido nunca tan exclusiva, ni tan antibárbara como Aristóteles implica, por ejemplo, en la *Política*. Estaba escribiendo en circunstancias muy específicas, en una ciudad única, incluso excéntrica (Atenas), en un momento en que esa polis particular había sucumbido a una amenaza política y el problema al que había de enfrentarse era el de cómo debía reaccionar o adaptarse. Las sociedades griegas habían a menudo interactuado con las culturas no griegas, particularmente en las ciudades del Asia Menor, del mar Negro y

del lejano oriente. Debemos abandonar la idea de que los griegos y los macedonios contemplaban a los «bárbaros» con el tipo de odio racial que encontramos en la edad contemporánea; lo que ellos percibían era diferencias culturales y militares, y a veces se sentían superiores. Los capitanes de Alejandro podían haber retrocedido en su política de fusión con los persas no tanto por razones raciales como porque tenían la oportunidad de hacerse con el poder supremo. De igual modo, Labe Fox puede acertar al sugerir que el mantenimiento de la helenidad en la literatura no era una «cultura de refuerzo» para sostener la moral griega en ultramar y excluir a los bárbaros, sino más bien «marcaba las divisiones sociales entre los propios griegos». [656] Este siguió siendo el caso incluso donde hubo originalidad en las formas literarias; éstas podían no ser el producto de una nueva experiencia racial (como si los griegos consideraran que estaban viviendo en acosadas islas de helenismo rodeadas por un mar barbárico, tal como creen algunos estudiosos), sino de nuevas relaciones sociales, políticas y culturales entre los griegos. No es el menos importante de los cambios la caída de las fronteras que encerraban la polis.

En el *Idilio 15* de Teócrito hay un caso aparente de prejuicio racial declarado; pero, en general, los bárbaros parecen destacarse menos que en los escritos clásicos atenienses; quizá porque ya no representaban una amenaza. Además vemos algunos signos de una tendencia a asimilar a los no griegos al estilo griego de pensar, en el modo en que son representados, bastante parecido al modo en que, en el período romano, los escritos de Plutarco y Juvenal «integran lo que es distinto y ajeno en un modo que es completamente extraño a los textos imperiales de los imperios europeos. En Plutarco, la cultura egipcia se hace “nuestra”».[657] Es diferente el enfoque de Heródoto en el siglo V, que representa a Egipto (de modo poco convincente) como diferente a la sociedad griega en todos los aspectos (*libro 2*). Ahora tenemos autores como Hecateo de Abdera (c. 320-290, consejero de la expedición de Ptolomeo a Palestina en c. 320-318), que escribió *Aegyptiaka* (*Historia egipcia*) en la corte de Ptolomeo I,[658] basándose en documentos egipcios así como en escritores griegos antiguos incluido Heródoto. El primer libro de Diodoro nos muestra que Hecateo hizo una semblanza idealizada de Ptolomeo I y creó «una obra de propaganda representando Egipto bajo una luz que atraería a la opinión educada griega y, quizá, a la egipcia».[659]

Aún no se habían trazado explícitamente los límites entre la historia, la geografía y la etnografía.[660] En un famoso pasaje Hecateo describe a los judíos en términos que recuerdan a los espartanos, y nos presenta a un Moisés en cierto modo semejante al legislador espartano Licurgo, al menos en este extracto:

> El legislador también dedicó mucha atención al arte de la guerra, y obligó a los jóvenes a practicar el valor y la resistencia, y en general a soportar todo tipo de penalidades. También hizo expediciones militares contra los pueblos vecinos, y adquirió mucha tierra que distribuyó en lotes, del mismo tamaño para los individuos particulares pero más grandes para los sacerdotes, de modo que pudieran disponer de una renta más

considerable y así dedicarse continuamente y sin interrupción a la adoración de Dios. No se permitía a los individuos particulares vender sus tierras, para impedir que algunos las adquirieran codiciosamente, y así causaran penurias a los más pobres y causaran el descenso de la población.

(Hecateo de Abdera, FGH 264 frag. 6 = Diod. 40.3; Austin 166)

Hecateo presenta a los judíos fundamentalmente como no griegos,[661] pero en pasajes como este, consciente o inconscientemente, parece estar tratando de hacerlos accesibles a los griegos al describirlos en términos que sus lectores podían reconocer en su propia historia. (Es posible que los griegos de la península desde la primera mitad del siglo III por lo menos hayan entablado contacto con los judíos, como Mosco el esclavo liberto, que puso una piedra conmemorativa de su liberación en el Anfiareo de Oropos después de tener un sueño, probablemente inspirado por el propio héroe Anfiarao: SEG xv. 293.[662]) También se advierte que parte del propósito de Calimaco al incorporar materiales egipcios en sus poemas puede haber sido precisamente presentar Egipto ante una audiencia griega y hacer accesible lo desacostumbrado.[663]

Posteriormente, quizá a inicios del siglo III, Manetón (o Manethós, o Manethó; FGH 609), un sacerdote egipcio, retomó el proyecto de Hecateo y escribió varias obras, entre ellas, una nueva *Aegyptiaka* o *Historia de Egipto* «oficial» desde sus primeras épocas hasta 342. El texto original se ha perdido, pero se han reunido muchos fragmentos a partir de fuentes más tardías, que deja claro que Manetón escribió realmente una narración detallada; desafortunadamente, nada del original ha quedado para el período clásico.[664]

Quizá en respuesta a este tipo de iniciativas ptolemaicas, el mecenazgo seléucida promovió las obras de Beroso (Berossos; FGH 680), un sacerdote babilonio que escribió en griego una *Babyloniaka*, o historia de Babilonia hasta Alejandro, uno de cuyos objetivos era dejar claro a los griegos la diferencia entre Babilonia y Asiria,[665] y de Megástenes (FGH 715), un jefe macedonio que escribió sobre la India a partir de un conocimiento de primera mano aunque superpuso una glosa filosófica griega a su presentación de las culturas nativas. La obra de Megástenes se ha preservado indirectamente a través de la descripción de la India de Diodoro (2. 35-42).

Sigue siendo cierto que decidir asimilar o diferenciar implica una posición de poder cultural. El contexto imperial está siempre presente y puede influir en los escritores de modo consciente o inconsciente. En *el Idilio 14* el enamorado Esquines piensa aliviar su pena yéndose con Ptolomeo como mercenario.[666] La posibilidad de ir a los lugares lejanos del mundo estaba siempre presente para los griegos de finales del siglo IV y del siglo III. Pero aunque la representación del bárbaro sí contribuyó a constituir la identidad griega, no debemos asimilarla demasiado al racismo moderno.

LA HISTORIAGRAFÍA Y LA COLECTIVIDAD

CON el fin de esbozar las líneas generales para abordar el papel social y cultural de los historiadores durante el período helenístico, el examen se centrará ahora en los historiadores que escribieron durante los siglos III y II, se hayan preservado sus obras o no. No trataré de las fuentes escritas posteriormente, que se han examinado en el capítulo 1. Todas las historias contemporáneas están más o menos perdidas, con excepción de la de Polibio, aunque ésta sólo parcialmente. El análisis no se ocupará del relato de los acontecimientos, sino de los objetivos del autor y sus características.

Para el público lector, historia significaba historia política y militar. Ya en el período clásico esto entrañaba un fuerte énfasis en los «hacedores de la historia» individuales; Jenofonte, por ejemplo, había escrito semblanzas biográficas de los hombres que admiraba, como *La educación de Ciro y Agesilao*, incluso su *Anabasis de Ciro* y *Hellênika*, tenían un fuerte tinte biográfico sumado al autobiográfico. El retorno de una amplia monarquía al mundo griego acentuó este rasgo de la historiografía, aunque paradójicamente serían los individuos más poderosos (reyes como los Ptolomeos, los Seléucidas y los Antigónidas) quienes disfrutarían del registro literario más deficiente (véase el capítulo 1).

El elemento biográfico era particularmente notorio en la obra de Duris de Samos (c. 340-c. 270; FGH 76), un discípulo de Teofrasto. Como su padre, Caio, se convirtió en tirano de su ciudad (no eran tanto monarcas como gobernadores militares de los Antigónidas[667] y después de Lisímaco). La *Historia macedónica* (*Makedonika*) de Duris abarca los años de 370/369 hasta c. 281/280 y fue muy usada por Diodoro y Plutarco en sus vidas de Eumenes de Cardia, Demetrio I y Pirro. Su historia se considera a veces sensacionalista, y parece haber incluido anécdotas escandalosas dirigidas a mostrar a los reyes macedonios desde un ángulo poco favorable, incluidos los Antigónidas y Lisímaco (quizá compuso su historia después de la muerte de Lisímaco y del fin de la tiranía en 281/280). Su *vida de Agatocles*, tirano de Siracusa, es igualmente hostil; también fue usada por Diodoro. Un estudio sugiere, sin embargo, que los rasgos predominantes de su escritura no fueron el escándalo sino «el mito, la anécdota, las lecciones morales, las historias maravillosas, los proverbios, la poesía y la etimología».[668]

Se aprecia un énfasis biográfico y personal en la obra de Timeo (Timaeus) de Tauromenio en Sicilia (c. 350-260; FGH 566), que mientras vivió en Atenas durante varias décadas escribió una historia de los griegos occidentales hasta la muerte de Agatocles (289/288) y, al parecer, un relato separado de las guerras de Pirro (hasta 272); fue la principal fuente de Diodoro sobre Agatocles. También era contrario a éste, quien lo desterró de Sicilia; es claro que Timeo era propenso a atacar a otros historiadores, por lo cual era llamado Epitamio («calumniador»). No toda la extensa

crítica que le hace Polibio es justa (ocupa todo el libro 12); era un investigador cuidadoso, y sus investigaciones sobre la datación sincrónica son probablemente responsables de que los historiadores adoptaran una cronología estándar basada en las olimpiadas (los intervalos de cuatro años entre los juegos olímpicos: Polib. 12. 11). Parece haber evitado el tono más emotivo de Duris; y fue reconocido como el primer historiador griego en prestar la debida atención a la historia romana, aunque desde un punto de vista occidental (FGH 566, testimonios, 9 b-c).[669] Muy pocos de los fragmentos tratan directamente de Roma, pero sabemos que escribió sobre los Penates (los dioses del hogar de los romanos; frag. 59), dio una fecha equivalente a 814/813 para la fundación de Roma (frag. 60) y probablemente dijo que el rey Servio fue el primero en utilizar el bronce grabado como moneda (frag. 61). Es famosa su observación (frag. 139) de que Alejandro conquistó Persia en menos años que los que Isócrates empleó en escribir su *Panegirikos*, donde exigía una guerra panhelénica contra Persia.

Un coetáneo casi exacto de Timeo, y residente como él en Atenas, fue Filócoro (c. 350-c. 260), ciudadano de esa ciudad y el último de una vital tradición de historiografía local ateniense. Su *Atthis* (el nombre, dado probablemente por Calimaco, era el de una legendaria princesa ática) abarcaba la historia ática desde las edades míticas hasta 320-261, que ocupaban los últimos dos tercios de su obra (libros 7-17). Lamentablemente, debido al prejuicio clásico de los posteriores compiladores, casi todos los fragmentos que se han preservado pertenecen a los primeros libros. Filócoro se distinguió por su investigación de las antigüedades; fue «quizá el primer historiador académico». Pese a ello, encarna la participación de los intelectuales y artistas helenísticos en la vida pública, aunque sólo fuera porque acabó embrollado en la política de la guerra cremonidea y fue ejecutado por Antígono Gónatas por simpatizante de Egipto.[670]

El siguiente historiador importante cuya obra se ha perdido fue Filarco de Atenas o Náucratis (FGHSl), que escribió las *Historias* desde la muerte de Pirro (271) hasta la de Cleómenes III (220/219) y utilizó ampliamente a Duris.[671] También es criticado por Polibio (2. 56-63) por su escritura emotiva y sus prejuicios, aunque Polibio tenía muchos motivos para distorsionarlo pues Filarco presentaba a los reyes espartanos Agis y Cleómenes favorablemente; es esta versión la que se manifiesta definidamente en las vidas de los dos reyes de Plutarco y, pese a sus críticas, Polibio se basa en su trabajo para la historia del Peloponeso hasta la década de 220. Estuviera o no Filarco en lo correcto sobre los reyes espartanos, parece haber tenido un estilo particularmente colorido y anecdótico, que puede explicar por qué tantos de sus «fragmentos» son citados por Ateneo, el autor del siglo III d. C. de una vasta compilación de cuentos sobre banquetes y de todo tipo de pompa. Las observaciones de Filarco sobre Filadelfo son citadas de este modo:

> Así, estando sitiado por varios días, cuando finalmente se sintió mejor y vio por las

> ventanas a los egipcios comiendo su comida del medio día junto al río y disfrutando de las cosas cotidianas, y tendidos despreocupadamente en la arena, dijo: «¡Infeliz de mí! ¡No puedo siquiera ser uno de ellos!».
>
> (Aten. 12. 536 e, FGH&l frag. 80)

Un poco más adelante, Ateneo cita una extensa descripción de Filarco sobre los extravagantes atavíos de los cortesanos de Alejandro y sus miembros (Aten. 12. 539 b-540 a = frag. 41). Filarco (citado otra vez por Aten. 12. 521 b-e) es una de las fuentes primarias del legendario lujo del pueblo de Sibaris en Italia.

Ninguno de estos tres historiadores parece haber disfrutado del mecenazgo real, y podían escribir a pesar de ello. Otros estaban al servicio de los reyes directamente. Alejandro creó una moda al llevar consigo un historiador comprometido con su causa en su expedición, Calístenes de Olinto, sobrino de Aristóteles (FGH 124), quien no obstante, en 327, fue ejecutado por oponerse a la creciente autocracia del rey. Los historiadores con frecuencia trabajaban como archiveros o *hypomnêmatographos* para los reyes, preservando registros de los asuntos diplomáticos;[672] era una operación minuciosa a juzgar por la historia de lo ocurrido cuando Alejandro incendió la tienda de su secretario jefe Eumenes de Cardia, al no darle éste todo el oro y la plata. Eumenes pudo reemplazar todos los papeles con las copias duplicadas guardadas por los sátrapas y generales de Alejandro (Plut. *Eumenes*, 2). El archivo real era una mina potencial de importantes testimonios: Filipo V quemó el suyo para impedir que cayera en manos de los romanos (Polib. 18. 33), mientras que Diodoro afirma haber consultado el *hypomnêmata* de Alejandría (3. 38).

El más famoso «historiador cortesano» de los años subsiguientes fue Jerónimo de Cardia (c. 364-c. 260; FGH 154), que era archivero de Eumenes (y posiblemente su sobrino)[673] y más tarde de Antígono I, Demetrio I y Antígono II. Como Eumenes, estuvo involucrado en asuntos de estado; una vez gobernó la Tebas beocia en nombre de los macedonios. Pese a estas vinculaciones se le considera generalmente un historiador desapasionado, que incluso escapó a la censura del cáustico Polibio (al menos en las partes preservadas de la obra de este último); el cargo de proantigónida que le levanta Pausanias es difícil de sustentar. Jerónimo efectivamente reaccionó contra la propensión de Duris de contar escándalos.[674] Aunque poco leído en las generaciones sucesivas, estaba entre los historiadores en que más se apoyaron los escritores posteriores sobre este período (Diodoro, Plutarco, Nepote, Arriano y Trogo).

Jerónimo puede no haber estado en la situación de tener que atenerse a una línea particular, pero otros reyes realmente manifestaron un interés directo en modelar las opiniones sobre el pasado reciente. Ptolomeo I escribió su memoria de la expedición de Alejandro (FGH 138); fueron utilizadas por Arriano, quien declara de manera bastante extraña que deben de ser confiables porque es particularmente deshonorable para un rey decir mentiras. Pirro de Épiro escribió su autobiografía (FGH 229) como

lo hizo Ptolomeo VIII, ambos basándose en los archivos oficiales (Plut. *Pirro*, 21; FGH 234).[675] Átalo I de Pérgamo tuvo un historiador de la corte, Neante de Kiziko (FGH 840 y otros empleaban a historiadores como embajadores prefiriéndolos a los filósofos, médicos o abogados.[676] Otras obras históricas derivadas del mecenazgo real fueron las de Hecateo, Beroso, Manetón y Megástenes.

Además de los historiadores de Alejandro y los grandes historiadores ya examinados, una plétora de escritores compusieron historias de sus comunidades locales. Algunos son nombrados en inscripciones, como los samios mencionados en relación a un conflicto territorial con Pirenne, Olímpico (FGH 537), autor de una *Samiaka* (*Historia samia*) y Uliades (FGH 538), por lo demás desconocido. En Atenas el sobrino de Demóstenes, Democares, escribió una historia contemporánea. Diyilos, hijo de un historiador ático, continuó la obra del historiador del siglo IV, Éforo, hasta 297. La obra de Diyilos fue proseguida por Psaon (FGH 78), la de Psaon por Menódoto (FGH 82). Ninfis, de Heraclea del mar Negro (FGH 432) compuso no sólo una historia de Alejandro sino también una sobre su propia ciudad. Sosibio, el primer historiador lacedemonio (c. 250-c. 150; FGH 595), es un poco más conocido; por unas treinta citas sabemos que compuso un relato cronológico de la antigua historia espartana y escribió sobre las festividades y costumbres lacedemonias. Los historiadores locales de la isla de Rodas son nombrados en la *Crónica india* (FGH 532, Burstein 46) compuesta en 99 a. C., un ejemplo de registro cronológico compilado para exhibición pública. Otro es el Mármol parió de 264/263 a. C. (Marmor Parium, FGH 239; partes en Austin 1 y 21; Harding 1; Tod 205), una serie de breves entradas cronológicas como: «desde la época en que apareció el cometa, y Lisímaco [pasó a Asia, 39 años, y Leóstrato fue arconte de Atenas]» (Austin 21, §25). Las áreas helenizadas de Asia Menor también tenían sus historiadores (Xenófilo de Lidia, FGH 767; Menécrates de Xanto, FGH 769).[677]

Las crónicas eran una forma tradicional babilonia, que fue puesta al servicio del nuevo orden. Las listas reales babilonias incorporaron a Alejandro y a sus sucesores en un esquema histórico tradicional, y procuró una importante prueba cronológica para la dinastía seléucida (Austin 138,[678] 141).[679] La llamada *Crónica de los diadocos* incluye «profecías» retrospectivas sobre Alejandro y los Seléucidas, que refleja quizá el apoyo babilonio a los nuevos soberanos como resultado de los esfuerzos de los reyes por encontrar un terreno común con la cultura tradicional.[680]

Las obras de prosa griega por no griegos comprenden una serie importante de literatura judía.[681] La llamada *Carta de Aristeo*, que probablemente data del siglo II a. C., pretende ser de un cortesano griego de Alejandro a su hermano (parte en Austin 262).[682] Describe el encargo (que puede haber sido un hecho real) de Ptolomeo II de una traducción griega de la *Torah*, los libros de la ley judaica que son los cinco primeros libros de la Biblia. (La traducción dio su nombre a la versión griega del Antiguo Testamento, llamada usualmente la *Septuaginta*, nombre que se refiere a los

setenta y dos eruditos judíos que tradujeron la *Torah* para Ptolomeo; por tradición el número fue redondeado a setenta, *septuaginta* en latín.) El documento nos dice cómo los eruditos hablaron de la realeza con Ptolomeo en un festín de siete días, otro ejemplo del topos del «encuentro del rey con el filósofo».

La literatura greco-judía tuvo su origen en las versiones griegas de los libros narrativos de la Biblia, especialmente las *Crónicas*, y se convirtió en una rama distinta de la escritura helenística en prosa.[683] Comprendía traducciones y adaptaciones de otros libros bíblicos, los estudios históricos de la historia judía, los tratados filosóficos y las profecías. Aunque estos textos estaban al servicio de los judíos grecohablantes de la diáspora, también eran leídos por comunidades bilingües que necesitaban integrarse en el contexto griego. Los libros de los Macabeos ilustran estos diversos aspectos. Los dos primeros tratan de acontecimientos ocurridos a mediados del siglo II; pero aunque el primero (escrito entre 135 y 104) fue traducido del hebreo, el segundo (escrito entre 124 y 63) es una paráfrasis de un original griego. Los libros tercero y cuarto son parcialmente ficticios, y el cuarto en parte filosófico.[684] (Los dos primeros a menudo son impresos con los *Apócrifos* o libros no canónicos del Antiguo Testamento en la Biblia cristiana.)

Un rasgo de muchas de estas obras es el esfuerzo por vincular la visiones del mundo hebreo y griega de alguna manera, como cuando Aristóbulo de Alejandría (c. finales del siglo II a. C.; no el historiador de Alejandro) derivó las ideas de los poetas y filósofos griegos de Moisés. Leemos en *Macabeos* que los judíos afirmaban un parentesco con los espartanos y fueron reconocidos por el rey Areo a mediados del siglo III:

> Viendo Jonatán que las circunstancias le eran favorables, escogió hombres y los envió a Roma con el fin de confirmar y renovar la amistad con ellos. Con el mismo objeto envió cartas a los espartanos y a otros lugares…
>
> «Jonatán, sumo sacerdote, el senado de la nación, los sacerdotes y el resto del pueblo judío saludan a sus hermanos los espartanos. Ya en tiempos pasados, Areios, que reinaba entre vosotros, envió una carta al sumo sacerdote Onías en que le decía que erais vosotros hermanos nuestros como lo atestigua la copia adjunta. Onías recibió con honores al embajador… hemos procurado enviaros embajadores para renovar la fraternidad y la amistad con vosotros y evitar que vengamos a seros extraños, pues ha pasado mucho tiempo ya desde que nos enviasteis vuestra embajada. Por nuestra parte, en las fiestas y demás días señalados, os recordamos sin cesar en toda ocasión en los sacrificios que ofrecemos y en nuestras oraciones, como es justo y conveniente acordarse de los hermanos. Nos alegramos de vuestra gloria. A nosotros en cambio, nos han rodeado muchas tribulaciones y guerras… [pero] contamos con el auxilio del Cielo, que viniendo en nuestra ayuda, nos ha librado de nuestros enemigos y a ellos los ha humillado. Hemos, pues, elegido a Numenio, hijo de Antíoco, y a Antípatro, hijo de Jasón, y los hemos enviado a los romanos para renovar la amistad y la alianza que antes teníamos, y les hemos dado orden de pasar también donde vosotros para saludaros y entregaros nuestra carta sobre la renovación de nuestra fraternidad. Y ahora haréis bien en contestarnos a esto.» Esta es la copia de la carta enviada a Onías:
>
> «Areios, rey de los espartanos, saluda a Onías, sumo sacerdote. Se ha encontrado un documento relativo a espartanos y judíos de que son hermanos y que son de la raza de Abrahám. Y ahora que estamos enterados de esto, haréis bien en escribiéndonos sobre

> vuestro bienestar. Nosostros por nuestra parte os escribimos: Vuestro ganado y vuestros bienes son nuestros, y los nuestros vuestros son. Damos orden de que se os envíe un mensaje en tal sentido.»
>
> (Mac. I, 12: 1-23)

Después los espartanos respondieron a la noticia de la muerte de Jonatán y renovaron su amistad con su sucesor, Simón (Mac. I, 14: 16-23). Un sumo sacerdote exiliado, Jasón incluso se afincó en Esparta y murió allí (Mac. II, 5: 9).

Era más factible que fueran las élites griegas (tanto en la ciudad y en los estados federales) quienes desearan crear y disfrutar la historia, más que los súbditos de los reyes. Esto es particularmente cierto en relación a aquellos que deseaban escribir el tipo crítico de historia realizado por Tucídides y los historiadores áticos del siglo IV. Otras formas de literatura necesitaban del mecenazgo: el apoyo de las altas esferas era necesario si la redacción de obras científicas o la diligente investigación en la biblioteca iba a ser algo más que un pasatiempo. Para las élites independientes el sentimiento de la participación política era suficiente para escribir historia.[685] Por otra parte, la posición prominente de una comunidad como polis o liga no era garantía de imparcialidad; los historiadores independientes del patrocinio real podían tener fines interesados. Los integrantes de las élites griegas habrían deseado leer historia debido a que veían que su comunidad había desempeñado un papel en la creación de la historia, y había tenido una participación en gestar la historia ahora «clásica» de épocas antiguas; necesitaban saber de dónde procedían. Esto explica parcialmente el entusiasmo por las historias locales y las investigaciones de antigüedades, convertidas en materia de interés público. Muchos de estos escritores se basaron ampliamente en obras geográficas, que se volvieron más populares y desempeñaron un gran papel consignando y construyendo los horizontes del mundo griego después de Alejandro.

Uno de los escritores más partidistas del siglo III fue Arato de Sición (271-213; no debe ser confundido con el poeta didáctico), general de la liga aquea durante buena parte del período 245-220. Aunque «de tosco estilo y deslucido por importantes omisiones»,[686] sus memorias (básicamente una apología de sus propias acciones) fueron la principal fuente de Polibio para el período que va hasta 220. Polibio era beligerantemente proaqueo y antiespartano, lo cual no es sorprendente considerando sus orígenes (capítulo 1); lo mismo debe aplicarse a Arato, pese a la afirmación de Polibio de que las memorias eran «francas y lúcidas» (2. 40, Austin 53). No causa asombro que estos autores tengan una opinión de Cleómenes III muy diferente de la que ofrece Filarco. Tanto Arato como Polibio ejemplifican el trabajo histórico de una élite griega independiente, aunque Polibio dominaba horizontes mucho más amplios que un historiador de la polis.

La historia militar, aunque no exclusiva para los historiadores del mundo de la política griega, no era menos importante para ellos que para los reyes. Las batallas y las guerras, que para nosotros son un aspecto específico de la historia que ha de

subsumirse en los problemas sociales y culturales más vastos, eran para los escritores antiguos la estructura de la historia. Las batallas se convirtieron en piezas literarias,[687] uno de los tipos de escritura más cuidadosamente concebidos. Polibio dedica relatos pormenorizados a batallas como la de Sellasia (2. 63-71) y Rafia (5. 80-86), siempre esforzándose por ofrecer una explicación convincente de cómo el resultado estaba destinado a ser el que fue, admitiendo el papel de *Tiché* (la Fortuna).

Gracias al uso de historias centradas en la polis en las obras de historiadores posteriores como Diodoro, tenemos un conocimiento algo superior de éstas que de las historias regias. Era quizá más probable que se preservaran las primeras, directa o indirectamente, y más probable que fueran escritas. Los alejandrinos no tenían el mismo incentivo para indagar en su pasado, porque no tenían voz en los asuntos de estado y ninguna historia de polis comparable a las de Grecia; y las historias de los reyes tampoco tenían el mismo interés intrínseco para los romanos, o para los griegos bajo el imperio romano, como la historia de los estados griegos.

Queda por explicar por qué los historiadores desaparecieron en buena parte. Sería demasiado simplista afirmar con un antiguo comentarista: «La razón principal para la desaparición de tanta prosa helenística reside en su falta de atención al estilo»,[688] aunque podría ser que la adopción militante del estilo griego ático del siglo IV en tiempos posteriores hiciera que algunas obras del siglo III cayeran en desuso. En parte podemos aducir la pérdida de los escritos helenísticos en general. La gran mayoría de las obras de los historiadores es citada por escritores posteriores:[689] Diodoro se queja de aquellos historiadores que rellenan su obra con pasajes excesivos en estilo directo, haciendo que algunos lectores «fatigados en el ánimo por la palabrería del historiador y su falta de gusto, abandonen del todo la lectura» (20. 1). Pausanias da a entender que los historiadores de los reyes hacía mucho que no eran leídos (1. 6.1). Las historias de los Seléucidas y los Ptolomeos podrían haber sido inhallables ya en la época de Plutarco, quien no nos ha dejado biografías de ellos; o bien, eran poco adecuados para ser sus héroes.[690] La prolijidad no era exclusiva de los historiadores helenísticos; puede explicar la desaparición de gran parte de la obra de Livio y de Diodoro. La creciente popularidad del resumen y de las versiones abreviadas (como el resumen de Justino de las historias de Pompeyo Trogo) es otra razón para la pérdida de obras completas.[691]

Además se han preservado tan pocas obras de los historiadores griegos de cualquier período, que la existencia de las pocas que hay (Heródoto, Tucídides, Jenofonte y Polibio) supone una selección categórica, sea deliberada o casual. Regresamos al «clasicismo», la consagración de ciertos textos a un lugar canónico, concomitantemente con su uso en la educación griega y latina. Sólo esto, quizá, podía asegurar que hubiera suficientes copias de una obra para maximizar sus posibilidades de perdurar; la pérdida de muchas obras se debió en mucho a no haber sido seleccionadas.

Como nota al pie de esta revisión de los propósitos de la historiografía en el mundo griego después de Alejandro, podemos mencionar brevemente la historia poética. Además de las obras en verso por astrónomos y naturalistas (véase antes «poesía didáctica» y el capítulo 9), la historia escrita en forma prosaica no era desconocida. Rianos, un antiguo esclavo nacido en Creta (n. c. 275) escribió (probablemente en Alejandría) una épica sobre las historias étnicas griegas, la más importante fue la *Messêniaka* (*Historia mesenia*) en seis libros, usada por Pausanias (4.6, etc.) para la antigua historia de Esparta. Quizá habría que clasificarla junto con la historia de la polis; debe de haber sido un motivo de orgullo para los mesenios al brindarles la historia de que habían carecido durante siglos de ocupación espartana hasta 369. Otras historias poéticas trataban de las hazañas de los reyes: además de los originales en verso del *Romance de Alejandro*, un tal Piteas (no el explorador del capítulo 9) escribió un poema sobre la victoria de Eumenes en 166, y la victoria de Filetairo de Pérgamo sobre los galos inspiró poemas históricos (Choix 31).[692] Es una advertencia saludable de que nos arriesgamos a distorsionar la literatura griega si la encasillamos con demasiada prolijidad; como se ha advertido antes, la historia con frecuencia coincide con la geografía y la etnografía, y tanto el verso como la prosa podían ser su vehículo.

CONCLUSIÓN

AL evaluar el lugar de la literatura griega en la sociedad, es importante preguntarse si los griegos eran los que leían estas obras. Es evidente que sólo una minoría de la población griega de cualquier sociedad habría sido funcionalmente capaz de leer,[693] mientras que muchos menos podrían leer lo que llamamos «obras literarias». Con todo, es fácil señalar a Atenas, Alejandría y Pérgamo como centros de creación y disfrute literario, y sin duda en estas y otras antiguas ciudades griegas había un grupo educado relativamente amplio (cuando se mencionan escuelas en las fuentes clásicas, incluso en ciudades bastante pequeñas, tienen cien o más niños en ellas).[694] Una gama más limitada de obras filosóficas y literarias pueden haber sido leídas en las comunidades griegas más recientes de Egipto y del imperio seléucida; de los indicios que tenemos de la enseñanza del griego en Egipto, resulta que el canon educativo abarcaba obras antiguas como las de Homero, la tragedia ática, y la *Comedia Nueva*, mientras que de la literatura contemporánea sólo se usaba alguna poesía alejandrina.[695]

Fuera de las ciudades de la antigua Grecia, los vestigios testimoniales son pocos pero sugerentes. La impresión invertida de un texto en papiro de un filósofo griego ha sido encontrada en el suelo de Ai Janum;[696] en el mismo contexto arquitectónico griego, alguien inscribió máximas deificas traídas de Grecia por un filósofo llamado Clearco, posiblemente Clearco de Soloi (Austin 192, Burstein 49).[697] La obra de Beroso supone un círculo letrado en la Mesopotamia seléucida, cuya existencia podemos sospechar; aun si Burstein acierta en considerar inferior su estilo, podemos preguntarnos si el libro circuló ampliamente. Más allá de casos como estos, sólo podemos inferir, a partir de la existencia de ciudades griegas y *katoikiai*, que había *gymnasia* para asegurar la reproducción de la cultura griega mediante la enseñanza de Homero y los «clásicos» (véase Austin 255, P Enteuxeis, 8, para un ejemplo de gymnasia sostenidos privadamente en Egipto ptolemaico). Es dudoso que la nueva literatura penetrara de modo significativo en ellos.

Sherwin-White y Kuhrt expresan una opinión relativamente optimista sobre la interacción cultural entre los miembros de las élites griegas y no griegas. En contra de estudiosos como Préaux que han afirmado que la cultura griega fue exclusiva en Egipto y en el imperio seléucida, pero sin ir tan lejos como estudiosos como Hadas que plantean la existencia de una amplia helenización, muestran que los testimonios de una estricta impermeabilidad de la sociedad griega y la «bárbara» no resisten el escrutinio; hubo una activa helenización por parte de los reyes. Sin embargo, para los griegos en el oriente —y para cualquiera de los nativos helenizantes a quienes se permitiera participar— la paideia griega significaba ante todo la preservación de la helenidad, no la creación de un nuevo híbrido. Sólo en lugares como Alejandría, la

cultura griega, a la vez que construía sobre lo antiguo como siempre había hecho, creó nuevas formas para satisfacer nuevas necesidades. Incluso aquí, no obstante, no debemos considerar la interacción sólo desde el punto de vista griego; era un proceso en dos sentidos.

El papel social de la literatura griega no es simple. Generalmente definía una élite, pero hay indicios de un disfrute popular también. La representación de lo no griego a veces creó una identidad griega por medio de la toma de distancia, a veces afirmó la helenidad por medio de la apropiación y la asimilación. Lo personal y lo público coexistían, y los modos de mecenazgo parecen comparables a los de la Grecia arcaica. Los escritores se entendían con la tradición, pero (en un modo tradicional) innovaron, experimentaron nuevas formas de describir las preocupaciones humanas y de concebir la personalidad humana. La historiografía a la vez describió el nuevo sistema multipolar de poder y defendió la identidad cívica, según fuera la necesidad. El hilo común en todo esto es la prolífica reproducción de formas literarias, que atestiguan el continuo papel de la lectura y la interpretación en los debates culturales y la reflexión entre las élites griegas.

8. EL IMPERIO SELÉUCIDA Y PÉRGAMO

EL imperio seléucida era el más extenso de los reinos de los diadocos. A diferencia de Macedonia y Egipto, no era una unidad geográfica poblada principalmente por un grupo étnico, sino que comprendía muchos países y culturas. Ofrecía más oportunidades para la interacción entre griegos y no griegos: es la parte del mundo griego después de Alejandro donde más a menudo podemos apreciar la «helenización» en acción en la fundación de ciudades. A la vez, debido a su tamaño, presentaba problemas peculiares de control e imponía límites cruciales a las metas de los soberanos. Otros aspectos del imperio se han examinado antes, aquí el acento incidirá en los paisajes y los recursos, y en los asuntos de control y gestión militar, económica y de otro tipo. Después de un esbozo geográfico y un examen de problemas militares en un contexto narrativo, nos ocuparemos de las técnicas y las estructuras con las que los Seléucidas gobernaron su imperio. Un tema recurrente será en estas secciones el grado en el que los Seléucidas construyeron una nueva estructura o heredaron un sistema existente de explotación: en buena medida el campo había sido allanado para los Seléucidas, puesto que los persas durante más de dos siglos habían definido selectivamente las partes más ventajosas del imperio, particularmente el Asia Menor y las costas, creando una infraestructura de comunicación, administración fiscal y control militar que no habría de ser destruida por Alejandro. Finalmente un examen sintético de la historia de la dinastía atálida implicará un escrutinio de las causas de la decadencia imperial de los Seléucidas.

Las fuentes para la historia seléucida son algo diferentes de las que hemos encontrado hasta ahora. Mientras que hay cientos de inscripciones griegas de Asia Menor y de otras partes occidentales del imperio (en especial las cartas reales recopiladas por Welles), para las comarcas situadas más al oriente nos basamos en documentos en lenguas no griegas, que todavía están en proceso de ser integrados a los relatos históricos generales. En particular, hay importantes diarios astronómicos babilonios y una serie de otros textos cuneiformes (Austin 138, una lista de reyes desde Alejandro hasta Antíoco IV).[698] La arqueología ha tendido a centrarse en los yacimientos urbanos (especialmente los de Asia Menor) y en la recuperación de obras de arte y documentos, muchos de los cuales carecen de contextos exactos; la prospección de campo minuciosa no ha avanzado mucho excepto en Mesopotamia,[699] aunque la exploración de Balboura en Licia está comenzando a aclarar los procesos de helenización en una ciudad fundada aproximadamente en los inicios del siglo II a. C.[700] Aunque faltan historias contemporáneas para buena parte del siglo III, tenemos las últimas narraciones sobre Alejandro para los lugares tocados por sus campañas, así como las obras de historiadores como Apiano (*Guerras sirias, Guerras de Mitrídates*, y otras) y Justino. Para la economía y los paisajes podemos usar a

autores geógrafos como Estrabón. La mayor diferencia con Egipto es que no se encuentran papiros en el imperio; mientras que para reconstruir algunos aspectos de la historia dinástica, particularmente en Bactriana e India, nos basamos casi completamente en los elusivos indicios de las monedas.[701]

LA TIERRA Y LOS RECURSOS

UNA mirada a un mapa en relieve a una escala suficientemente reducida muestra que la región montañosa que se extiende desde Turquía a Afganistán forma un bloque que más o menos separa Arabia y Mesopotamia de la India, China y las estepas asiáticas occidentales. Las tierras bajas del Levante o el «Creciente Fértil» se encuentran en el noreste con el muro ininterrumpido de la cordillera del Zagros; estas son las «tierras inhóspitas» que los persas de la época de Ciro, en la historia griega (Heródoto, 9. 121), optaron por no dejar por miedo a perder su peculiar rudeza. El núcleo del imperio persa estaba ubicado en la zona donde el bloque montañoso y las tierras bajas coinciden, con cuatro capitales reales situadas en el ámbito del Zagros: Ecbatana (la antigua capital elamita, actual Harmadán), Susa, Persépolis y Pasargadai. Las dos primeras están en la parte occidental, menos abrupta, que da acceso a las ricas tierras agrícolas del oeste: Mesopotamia, Egipto, Siria-Fenicia y Anatolia occidental. Además el Tauro forma una barrera casi impenetrable; incluso el paso más fácil, llamado las puertas de Cilicia, era formidable.[702]

La descripción que sigue a continuación intenta ilustrar la riqueza y la diversidad de los territorios seléucidas y sus recursos económicos, y dar una idea de los paisajes, que rara vez pueden extraerse de los libros generales sobre la época. También señalan los problemas históricos de cómo los reyes lograron gobernar sus territorios y hasta qué punto lograron unificarlos.

El imperio puede ser dividido en cuatro unidades topográficas principales.[703]

La Anatolia occidental

La Anatolia occidental (Asia Menor occidental) esta formada básicamente por una planicie que se eleva de 500 a 1500 metros sobre el nivel del mar.[704] La península mide c. 800 kilómetros de oeste a este, y el mar la rodea por tres costados, pero en el este se yergue el macizo del Tauro, que es contiguo a las prolongaciones noroccidentales de los montes Zagros (véase «Anatolia oriental, las sierras septentrionales y el interior de Irán»). No sólo son difíciles los accesos y salidas por el extremo oriental, sino que en general la costa occidental ofrece más puntos de fácil acceso.[705] Este hecho y las divisiones topográficas tendieron a desalentar la unificación política. El potencial agrícola de la planicie, comparativamente limitada, atribuible al clima antes que al relieve del suelo, ha hecho que las ciudades en la mayoría de las épocas estuvieran sobre todo en la costa o próximas a ella. La helenización del interior no avanzó mucho hacia finales del siglo IV, y Alejandro no tuvo tiempo de conquistar todas las regiones (varias áreas del interior y del norte,

como Comagene y Ponto, no fueron conquistadas por él y nunca estuvieron firmemente bajo el poder seléucida),[706] pero las estrechas planicies costeras del norte y del oeste estaban bordeadas por *poleis* griegas. Las más famosas estaban en la costa occidental: Pérgamo en la Tróade, pasando por la Eólida y después Jonia, con ciudades como Éfeso y Mileto, hasta las zonas parcialmente helénicas de Caria y Licia en el suroeste, donde estaba situada Halicarnaso. En el interior de Jonia estaba la satrapía persa de Lidia con su capital, Sardes. Las regiones de Asia Menor eran famosas por sus vinos, por frutos como los higos y, en general, por productos animales como las pieles de cordero y los tejidos de lanas.[707]

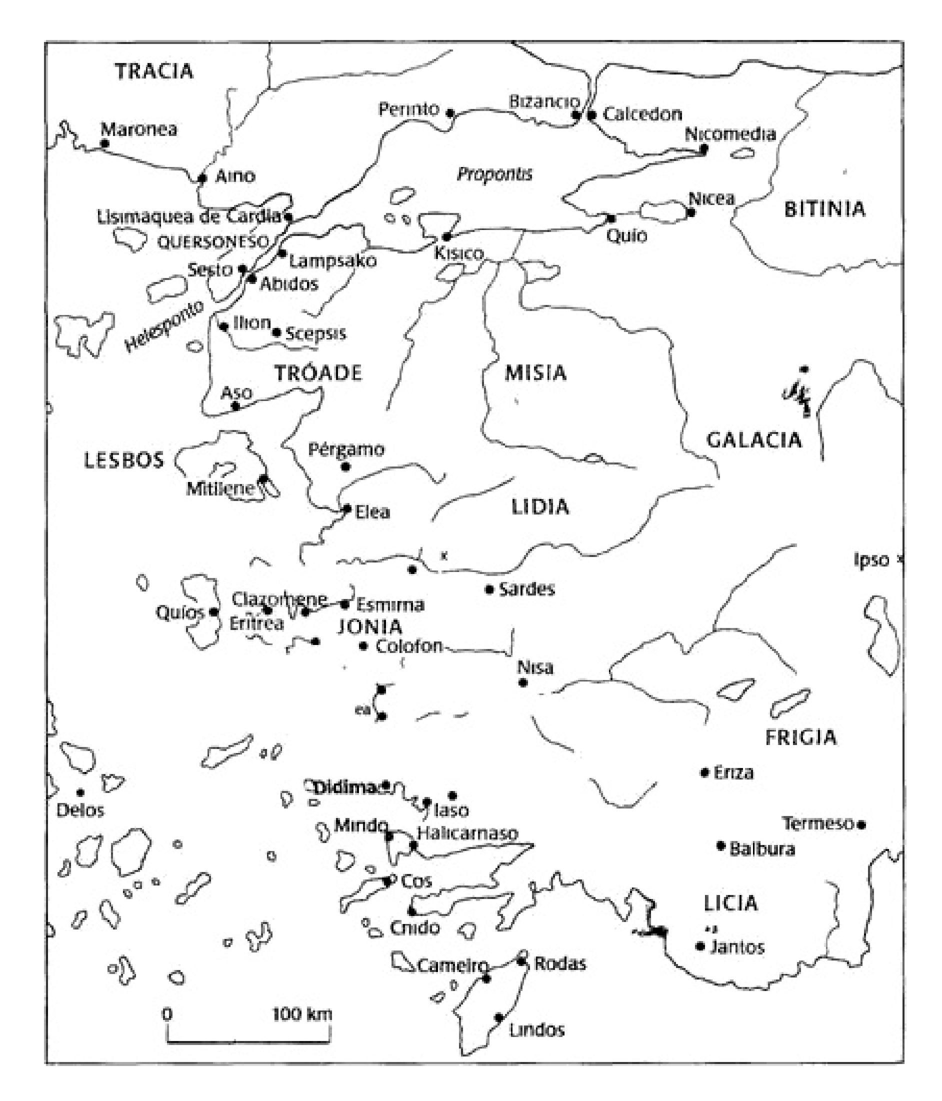


El imperio seléucida (Adaptado de Kuhrt y Sherwin-White, *Hellenism*) Las áreas sombreadas representan el territorio por encima de 1000 y 3000 m.s.n.m.

Aunque las ciudades griegas disfrutaban de una mezcla típica de comercio y agricultura (algunas, como Priene, dominaban un territorio habitado por pueblos no griegos reducidos casi a la servidumbre), las tierras del interior, aunque parcialmente urbanizadas, eran en general menos prósperas. Más hacia el este, la península se dividía en Bitinia, Frigia, Panfilia y Paflagonia (un traspaís montañoso tras la costa norte). Aunque no todas eran satrapías seléucidas, la mayoría estaban dentro de la esfera seléucida de dominación. (El Ponto se incluye en la sección «Anatolia oriental», más adelante).

Si bien las regiones urbanizadas al oeste del Tauro eran capaces de producir rentas sustanciales, la región era naturalmente difícil de controlar desde el oriente, y se convirtió en el teatro de guerras y secesiones intradinásticas, aun cuando es de suponer que los reyes habrían dedicado esfuerzos considerables a consolidarse en

ella. La distancia exclusivamente no parece una explicación adecuada para estas dificultades, puesto que Seleucia de Pieria (para mencionar siquiera una de las capitales seléucidas) no estaba más lejos de las partes más ricas de Asia Menor que del Irán occidental; la distancia era más corta por mar. Los problemas probablemente se debieron en parte a la fragmentación geográfica y política de Asia Menor, en parte a las tradiciones de independencia de la ciudad griega, pero en una medida muy grande a la proximidad de Egipto y Macedonia, cuyos soberanos periódicamente trataban de desestabilizar el poder seléucida.



El Asia Menor occidental (Adaptado de J B Salomón, en Talbert, *Atlas*, p. 73)

El Levante o el «Creciente Fértil»

Esta zona costera abarca los actuales países de Israel, Jordania, Líbano, Siria e Iraq, y sus áreas suroccidentales, que fueron continuamente disputadas por los Ptolomeos. Es con buen fundamento que los escritores modernos llaman a este conjunto de regiones el «Creciente Fértil»; efectivamente, su fertilidad puede haber sido mayor en la antigüedad.[708] Siguieron siendo una importante fuente de riqueza y no menos

porque tenían la mayor concentración de grandes ciudades en todo el imperio. Muchas eran ya antiquísimas, como Babilonia y Uruk en Mesopotamia, y los puertos fenicios de Tiro y Sidón.

Mesopotamia (los dos tercios noroccidentales de Iraq) es un área baja de unos 90 000 km cuadrados de extensión, formada por las planicies fluviales del Eufrates y el Tigris unidas. Para mitigar las temperaturas extremas asociadas al clima continental (inviernos secos y fríos; veranos cálidos y secos),[709] el Tigris y el Eufrates, con abundante agua proveniente de la nieve fundida, tienen una crecida anual como el Nilo, permitiendo las complejas combinaciones de riego que describe Estrabón (16. 1. 9-11 [740-741]). Alejandro concibió la idea de remozar un canal que bajaba de Babilonia, de modo que en la estación seca pudiera ser más fácilmente contenido en un dique y hacer así que el Eufrates permaneciera lleno de agua:

> para ello decidió cegar drásticamente el desagüe del Eufrates en el Palácopas, justo en el punto en que las aguas de aquél se desvían hacia éste. Al avanzar unos treinta estadios, advirtió que el terreno se hacía rocoso, y pensó que si abría una zanja hasta conseguir unirla al antiguo canal de Palácopas, el agua no podría así desparramarse por ser el terreno muy compacto; además, cuando interesase, sería muy fácil cortar la corriente. Más tarde, navegó hasta el Palácopas y bajó por él hasta los lagos en dirección a Arabia. Encontró allí un lugar bien situado y en él fundó una ciudad, toda ella amurallada, en que asentó a algunos mercenarios griegos que voluntariamente se lo habían pedido, así como a otros que por su edad o por sus heridas resultaban inútiles para la guerra.
>
> (Amiano, *Anáb*. 7.21. 6-7)

La fertilidad de la región era legendaria:

> La tierra produce cebada en tales cantidades que ninguna otra región la iguala, dicen incluso que trescientas veces más. Sus demás necesidades las cubre la palmera, a saber pan, vino, vinagre, miel y granos; y todo tipo de textiles provienen de ella; y los forjadores de bronce usan las cascaras en lugar de carbón, y éstas cuando se humedecen son forraje para los bueyes y las ovejas de engorde.
>
> (Estrabón, 16. 1. 14 [742]

Además de los productos agrícolas, las ciudades de Mesopotamia probablemente cobraban peajes al comercio terrestre de caravanas.[710] La agricultura y el comercio mantuvieron su contribución al tesoro real en un alto nivel. La mejor tierra estaba en la convergencia de los dos ríos. Aquí, frente a Babilonia, Seleuco fundó una nueva ciudad, Seleucia del Tigris, que se convirtió en un punto nodal de las rutas hacia Asia; Estrabón describe cómo se hizo más grande que Babilonia y la suplantó como capital (16. 1. 5 [738], Austin 188). Fue creada en parte por razones políticas, como lo sugiere el hecho de que los magos se opusieran al plan, puesto «que no deseaban que una fortaleza tal (*epiteichisma*) llegara a existir en su detrimento» (Apian. *Syria* 50).[711] La seda asiria de la época de Plinio el Viejo podría haberse desarrollado a

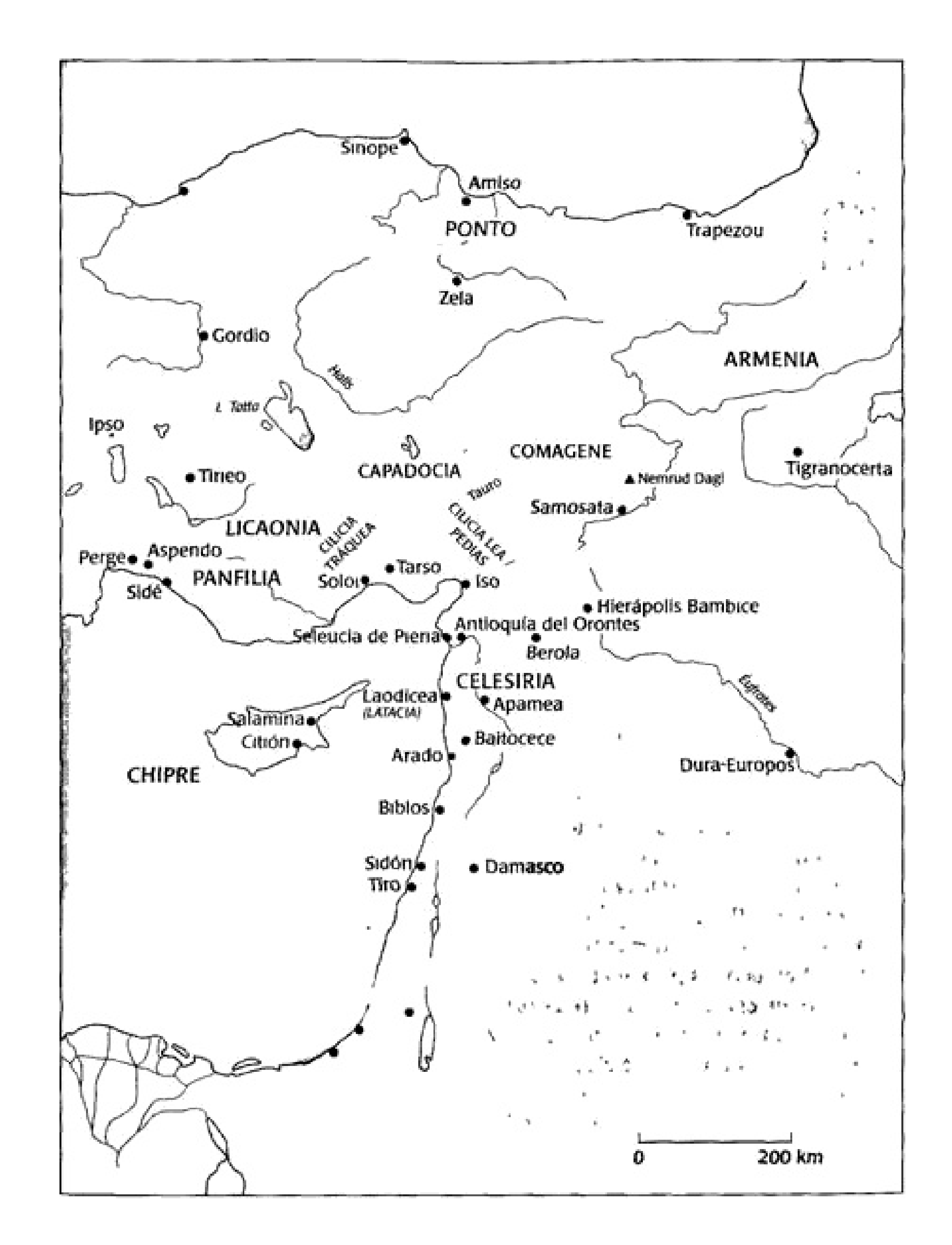
partir de los Seléucidas, pero su papiro babilonio (13.73) habría sido un legado helenístico; es particularmente lamentable que las condiciones del suelo no hayan permitido su conservación.

Sherwin-White y Kuhrt sostienen que el núcleo del imperio estaba allí. El área había sido urbanizada desde el tercer milenio a. C. y fue el escenario de los imperios anteriores a los persas, como el babilónico y el neoasirio. Babilonia, a orillas del Eufrates, tenía un sistema sumamente desarrollado de leyes, comercio y burocracia; los sacerdotes de la ciudad, a partir de una larga experiencia, habían creado incluso ceremonias para dar la bienvenida a nuevos conquistadores.[712] Las montañas del norte de Mesopotamia producían madera, piedra de construcción y minerales, pero las planicies fluviales del sur tenían la concentración más rica de tierra agrícola.

Siria y Líbano brindaban suministros de madera y brea, esenciales para el poderío militar; Diodoro (19. 58. 2-5) describe que Antígono hizo que se construyera una flota con madera del Líbano e instaló astilleros en los puertos de Fenicia y otras partes.[713] Siria tenía relativamente grandes extensiones de buena tierra cultivable.[714] Estrabón describe recursos adicionales en las vegas del río Orantes:

> Y aquí Seleuco Nicátor mantuvo sus quinientos elefantes y la mayor parte de su ejército, como hicieron aquellos que reinaron después. Y fue una vez llamada Pela por los macedonios, porque la mayoría de macedonios que sirvieron en el ejército se establecieron aquí, y Pela, la patria de Filipo y Alejandro, se ha convertido en una metrópolis (ciudad madre) para los macedonios. Y aquí estaba la oficina de superintendencia militar y la cuadra, con más de treinta mil yeguas reales y trescientos sementales. Y aquí los domadores de potros, los entrenadores de hoplitas y todos los educadores en cuestiones militares ganaban su salario.
>
> (Estrabón, 16.2. 10 [752])

Dafne, el suburbio-jardín de la nueva fundación de Antioquía (Antiocheia, en griego) tenía bosquecillos y Damasco estaba bien irrigada. Siria también era un país clave de tránsito: permitía acortar el camino desde el Mediterráneo al interior de Asia, llegando al medio Eufrates a través de la planicie baja de Aleppo (antigua Berrhoia o Berea).[715] Las ciudades costeras independientes se habían enriquecido con el comercio en la antigua época griega, y el mar de Tiro producía una renta de la púrpura. Es comprensible que Alejandro y sus sucesores se esforzaran por mantener su fidelidad; de aquí la recurrente disputa entre los Ptolomeos y los Seléucidas por el control de esta zona. Los Ptolomeos, de hecho, dominaron Fenicia buena parte del tiempo.[716] Antes del reinado de Seleuco los principales asentamientos eran la Arado fenicia y Antigonia, una polis griega inconclusa (destruida por Seleuco); probablemente, algunos de los nombres de lugares macedonios listados por Estrabón también habían sido asignados antes de Seleuco,[717] aunque éste era activo fundando ciudades que lograron gran prosperidad.



El Asia Menor oriental y Siria. (Adaptado de J. B. Salomón, en Talbert, *Atlas*, p. 74.)

Adyacente a Siria, al norte, estaba Cilicia Lea (Cilicia plana; también llamada «Cilicia Pedias», la planicie de Cilicia), bien irrigada desde el monte Tauro; en la época romana se cultivaba lino para los tejedores de Tarso (Dión Crisóstomo, *Oración*, 34. 21-23). Al sur, Palestina (Palaistina) tenía tierra cultivable, buenos pastos, a veces sustentados por la irrigación. Las palmas datileras y los árboles de bálsamo florecían en los valles interiores del bajo Jordán (Diod. 19. 98); se recogía asfalto de las costas del mar Muerto para ser usado en Egipto en la momificación.[718] La Transjordania era fértil, con el suelo parcialmente volcánico; la zona de Gilead tenía abundantes fuentes, bosques de árboles de hoja caduca y pastos. Algunos de los países adyacentes al Creciente Fértil no podían ser dominados con facilidad directamente, y se mantuvieron las relaciones tradicionales de intercambio de dones con los árabes seminómadas del desierto de Siria y el norte de Arabia.[719]

La Anatolia oriental, las sierras septentrionales y el interior de Irán

Esta región topográfica es una cadena de cordilleras montañosas que se extiende desde Cilicia Tráquea (Cilicia escarpada), Licaonia y Comagene, pasando por el Ponto y la antigua Armenia (la actual Armenia y el noroeste de Turquía) y Atropatene (Azerbaján) hasta Irán (que no es un nombre antiguo). Comprende la cordillera del Zagros y las partes integrantes del interior de Irán: Media, Susiana, Persis (sur del Zagros, la patria de los persas), Carmania y Paretaquene (en otras palabra, el actual Irán aproximadamente sin su parte oriental más elevada).[720] Forma una barrera física entre los países vinculados al Mediterráneo y aquellos que miran al oriente, hacia la India y China, y aquellos que miran al noreste hacia las grandes planicies de las repúblicas centroasiáticas de Turkmenistán, Uzbekistán, Quirgizia y Kazajstán. El mismo Irán es una meseta o cuenca (básicamente de 500 a 1500 m sobre el nivel del mar) rodeada por montañas; la cara más escarpada del Zagros la domina desde el este y el suroeste, los montes Elburz (o Alburz) y Kopet Dag están pegados a ella por el norte, y al este y al sur están las prolongaciones occidentales de la cadena del Himalaya-Kara Koram. Irán tiene también dos costas: el mar Caspio y el golfo Pérsico.

Estrabón describe Comagene como «un país bastante pequeño», con su antigua residencia real (i.e. seléucida) en Samosata, una ciudad con un «pequeño territorio muy fértil que la rodea» (Estrabón 16. 2. 3 [749]; también 12. 2. 1. 1 [535], implicando que estaba extensamente sembrada de árboles frutales); pero no puede haber sido puesta bajo el directo dominio satrápico antes de las campañas de Antíoco III. Una gran parte de Comagene eran estepas, y el lago Tatta era salado.[721] Estrabón conocía Capadocia por sus huertos (en una comarca, Militene, al menos: 12. 2. 1 [535]). Las minas de plata eran conocidas desde épocas antiguas y posteriores al igual que una fuente de almagre (u ocre rojo) (12. 2. 10 [540]). El Ponto en el norte de Asia Menor tenía recursos madereros; entre sus comarcas fértiles estaba Amasea, la patria de Estrabón (12. 3. 15 [547]). Los árboles frutales florecían; en el noreste del Ponto y otras áreas de Asia Menor septentrional se extraían plata, hierro y varios minerales (12. 3. 40 [562]). Las ciudades costeras explotaban las zonas pesqueras del mar Negro.[722]

Armenia, conquistada posiblemente por Alejandro, «abunda en frutos y árboles cultivados y plantas de hoja perenne, e incluso se da el olivo» (Estrabón, 11. 14. 4 [528]), este último presumiblemente en los valles. Se extraían la plata y el hierro, y era famosa por sus caballos para la caballería; pero sus montañas se elevaban hasta 5200 metros en el macizo Ararat y a diferencia del Zagros formaban un importante obstáculo. Sus duros inviernos aislaban aún más a Armenia:[723]

> Chorzena y Cambisene eran los distritos más septentrionales y los más expuestos a las nevadas, tocaban a la cordillera del Caúcaso, a la Iberia y la Cólquida. Allí, se dice,

> en los desfiladeros de las montañas suele ocurrir que la nieve, que de hecho cae abundantemente en estos parajes, tape por completo a las caravanas. Para sobrellevar tales peligros los viajeros se procuran cayados que empujan hasta la superficie de la nieve, para poder respirar y al mismo tiempo señalar su presencia a los que vengan después de ellos, esperando así que los socorran cavando en la nieve para salvarlos.
>
> (Estrabón, 11. 14. 4 [528])

Estas condiciones no explican completamente la ausencia de una activa intervención por parte de los Seléucidas, pues Armenia es accesible desde Mesopotamia por el paso relativamente bajo de las cabeceras del Eufrates.[724] Era a veces una lanza en el costado de los Seléucidas, al colaborar con sus enemigos en varias ocasiones en el siglo III. Estaba dividida en dos zonas, ambas bajo los dinastas iranos que parecen haber estado contentos de estar «sujetos» a los Seléucidas; sólo posteriormente el rey intervino de modo directo, expulsando a Orontes, el último de su dinastía, en favor de otro soberano.[725]



El imperio seléucida central y oriental. (Adaptado de J. B. Salomón, en Talbert, *Atlas*, pp. 70-71.)

La montañosa Atropatene (noroeste del Irán actual y Azerbayán, en la costa suroccidental del Caspio) se mantuvo semiindependiente bajo su anterior sátrapa Atropares (de ahí su nombre antiguo y el moderno) y sus sucesores, de los cuales el más poderoso fue Artabarzanes en el reinado de Antíoco III. Tenían algunas laderas productivas, regadas por vientos portadores de lluvia del Caspio.[726]

El interior de Irán está formado en su mayor parte por tierras escarpadas y

montañas, y es notable por su duro clima continental, pero, al igual que Mesopotamia, disfrutaba de abundante agua de los ríos que recibían nieve de las montañas. La aristocracia persa tenía fama por hacer «jardines» (quizá más bien parques y cotos de caza) con huertos de manzanos y duraznos. Se cultivaba alfalfa para forraje de los caballos, y Estrabón (11. 13. 7 [525]) menciona la Gran Media como una zona de cría de caballos —la marca de la ceca de Ecbatana era la parte frontal de un caballo. Media era un lugar rico en ganado. Partes del territorio que ahora son desiertos de sal pueden haber sido lagos en la antigüedad; incluso en épocas recientes ha habido valles fértiles como la meseta de Teherán en la Gran Media y alrededor de Ispahan (que está en la antigua Media Paraitakene, Media oriental). Sin embargo, el betún de un pozo de Susiana (Herod. 6119) quizá no fue explotado ampliamente y las resistentes alfombras persas, mencionadas por Plinio el Viejo (HN 8. 191), eran quizá una curiosidad antes que una exportación principal. En conjunto, Irán no era probablemente ni muy rico ni muy productivo, y el paisaje estaba disgregado geográficamente, aunque había pasos fáciles por las montañas circundantes.[727]

La población, en su mayoría asentada en aldeas del interior de Irán, debe haberse procurado medios de vida combinando la producción ganadera y la agricultura en pequeña escala —lo cual difícilmente podía ser la base de una gran prosperidad, pero, dado el tamaño del territorio y el probable número de la población, la región era una considerable fuente potencial de tributos. Existían grandes ciudades, como Ecbatana en la ruta comercial de China a Siria, antiguas capitales palaciegas como Susa, Pasargadai y Persépolis en el Zagros, y nuevas fundaciones como Laodicea. Los principales centros de Media eran Ragai y Ecbatana. Susa fue refundada por Seleuco I con el nombre de Seleucia de Eulaio.[728] Los Seléucidas dominaron en el interior de Irán de modo preventivo,[729] como lo muestra la instalación de guarniciones y la fundación de nuevas ciudades como Laodicea (Nihavend) en Media. Sin embargo, aunque las comarcas de la antigua región nuclear persa como Media, Susiana y Persis estaban directamente gobernadas por sátrapas, algunas permanecieron bajo el control de gobernantes semiindependientes. Las montañas entre el Tigris y el Zagros, por ejemplo, eran una satrapía; pero esta última región era controlada mediante un intercambio de dones con las aldeas montañesas.[730] En general, la importancia del Irán occidental para los Seléucidas debe haberse fundado en las relaciones negociadas con la nobleza existente, la cual podía asegurar que se pagaran los impuestos y que se levantaran fuerzas militares cuando fuera necesario.

Las satrapías orientales: el Irán externo.[731]

Las tierras bajas del noreste.

Más allá del Elburz estaba la pequeña satrapía de Hircania (ahora Gurgán) en la costa suroriental del Caspio. Pasada la cordillera del Kopet Dag había un compacto grupo de satrapías nororientales en la costa: en el actual Turkmenistán estaban Partia, Margiana (atravesada por el río Oxus) y Aria (la última que abarcaba el noreste del Irán y el noroeste de Afganistán). Más al este, alrededor de Marakanda (actual Samarcanda en Uzbekistán), estaba la región seléucida más remota de todas, Sogdiana (también llamada Transoxiana por los estudiosos).

Hircania es un área de asentamientos en las montañas favorecidos por los vientos portadores de lluvia del Caspio, y no se sabe que haya recibido ninguna fundación bajo el dominio seléucida.[732] Al este está Partia, que después ostentó un gran poder aunque sólo progresó lentamente (sobre sus orígenes véase Estrabón 11.9. 2-3 [515], Austin 145);[733] durante el siglo III por lo menos, permaneció formalmente como vasalla de los Seléucidas. La región adyacente de Aria, una fértil satrapía, era probablemente seléucida durante el siglo III; como otras partes de Irán sufría temperaturas extremas, pero las ciudades estaban sustentadas por la irrigación de los ríos alimentados por el agua de la nieve fundida durante la primavera.[734] Exactamente lo mismo ocurría en Margiana en el norte, cuya fertilidad admiraba tanto Antíoco I, según Estrabón (11.10. 2 [516]), que refundo la nueva ciudad de Alejandro con el nombre de Antioquía (cerca de la actual Mary, antiguamente Merv, en Turkmenistán).[735] Se deben de haber ganado grandes riquezas con la existencia de la ruta comercial terrestre a China.

Finalmente, Sogdiana, en el extremo norte, estaba abierta a los ataques de los pueblos de la estepa aún más remotos, pero constituía una valiosa satrapía junto con Bactriana. Sogdiana ha sido descrita como «una región de ricos campos y bellos huertos», más rica en recursos naturales que Bactriana y los suelos irrigados por los ríos de Bactriana, Sogdiana y Margiana hacían del conjunto de estas comarcas «la Babilonia del este». Sogdiana efectivamente tenía más tierra montañosa y desiertos que Bactriana, pero un número mayor de oasis fértiles, como la ciudad principal de Marakanda.[736] La intervención seléucida aquí tomó la forma de fundación de ciudades y pequeños asentamientos militares. La ciudad de Alejandría Escate (Alejandría la más lejana) refundada por Antíoco I como otra Antioquía, manifiesta el activo interés de los reyes, y hay indicios de otras fundaciones de ciudades nuevas, como las construcciones griegas en Marakanda.[737]

Las regiones montañosas orientales

Iniciándose en Irán centrooriental, este territorio comprende Drangiana en el centro-este de Irán y el sur de Afganistán, Aracosia en el sur de Afganistán, Bactriana en el noreste montañoso de Afganistán y Carmania en el sureste de Irán.

Drangania era una región fértil irrigada por el río Helmand, y probablemente siguió siendo seléucida durante el siglo III pese a la falta de pruebas.[738] Se destacaba

por sus minas de estaño (Estrabón, 15. 2. 10 [724]). La parte desértica oriental de Aracosia fue cedida al rey maurya Chandragupta por Seleuco I. Aracosia fue entonces anexionada por Demetrio de Bactriana después de la muerte de su padre Eutidemo c. 189, junto con Paropamisadai (las laderas del Hindú Kush, al noreste de Aria) y probablemente Aria y Drangiana. La Aracosia occidental, como otras áreas descritas aquí, tiene temperaturas extremas y dependía de la irrigación. En el extremo sur, Carmania (actual Kerman) no era sólo un valle fértil sino que producía oro, plata, cobre, almagre, sal y vinos (Estrabón, 15. 2. 14 [726-727]).[739]

Bactriana con frecuencia queda al margen en los panoramas generales porque estuvo separada del reino seléucida desde mediados del siglo III; pero de ningún modo estuvo aislada del occidente. Se ha sostenido que una expansión hacia el sur de la potencia parta no separó a los Seléucidas de Bactriana-Sogdiana; no sólo hay una ruta alternativa que vincula el Irán central con Bactriana, sino que el testimonio del rápido auge de Partia es poco sólido (hasta esta época el poder parto estuvo probablemente confinado a zonas en Kopet Dag y al norte de éste).[740] Además, la completa separación cultural de Bactriana después de la ruptura política bajo Diodoto es inherentemente improbable; la renombrada riqueza de Bactriana-Sogdiana (que formaban una única satrapía) las convirtió en un área interesante para los Seléucidas.

Bactriana tenía fama de ser una tierra rica, célebre por sus caballos y su comercio de tránsito por las rutas de las caravanas, pero pobre en plata y oro; Tarn afirma que «la riqueza de Bactriana está en su suelo, no bajo él».[741] Como otras áreas del imperio oriental dependía de la agricultura de irrigación y de los muchos ríos que bajaban de las montañas, en este caso los afluentes de la cuenca del Oxus (Amu Daria). El sistema de irrigación era extenso, y según Estrabón (11.11. 1 [516], Austin 191, Burstein 51 c (a)) Apolodoro describió Bactriana como «el adorno de toda la Aria» (es decir, el este de Irán). Además de la base agrícola, los habitantes probablemente extraían recursos argentíferos del Hindú Kush. Tan legendaria era la riqueza de Bactriana que las fuentes antiguas aseguraban que tenía mil ciudades; si la categoría de *poleis* puede ser estirada hasta incluir los pequeños asentamientos «aldeanos» urbanizados que con frecuencia eran llamados *poleis* en Grecia, puede que no estuviera muy alejado de la verdad.[742]

La satrapía era estratégicamente importante[743] debido a las estepas asiáticas del norte. Como los Aqueménidas, los Seléucidas y la subsiguiente dinastía greco-bactriana tuvieron fuertes sobre el río Jaxartes (Sir-Daria). Alejandro había fundado Alejandría Escate en Sogdiana; Seleuco agrego Antioquía en Escitia y Antíoco I aumentó los asentamientos militares en Antioquía de Margiana (Merv).

Bactriana fue perdida por los Seléucidas a mediados del siglo III más o menos; pero llamar a esto secesión implica una ruptura demasiado legalista como si se tratara de que el Reino Unido dejara la Unión Europea. Una revuelta en el extremo oriental había comenzado antes de la muerte de Alejandro (Diod. 17. 99. 5-6) y fue

continuada después:

> Los griegos instalados por Alejandro en lo que se llama las Altas Satrapías añoraban la vida cultural (*agôgê*) y las costumbres (*diaita*) de Grecia, ellos, que habían sido arrojados a las regiones más remotas del imperio. Mientras Alejandro estaba vivo, soportaban su suerte, a causa del temor. Pero cuando murió se sublevaron. Se pusieron de acuerdo y eligieron como jefe al ariano Filón y juntaron un ejército considerable, pues disponían de más de veinte mil infantes y tres mil jinetes, todos con una larga experiencia en la guerra e insignes por su valentía.
>
> (Diod. 18. 1, 1-2)

Pérdicas ordenó que el ejército macedonio los masacrara, aunque según Diodoro el comandante no quiso hacerlo, y fueron los soldados macedonios, deseosos de botín, quienes cumplieron la orden (Diod. 18. 7. 5-9). Todo esto proporcionó las condiciones previas para la revuelta de finales de la década de 240 o inicios de la de 230 bajo Diodoto, que asumió el título de rey. Sherwin-White y Kuhrt niegan con fundamento que esta revuelta fuera el resultado del descuido de los Seléucidas, cuya determinación a preservar Bactriana-Sogdiana está muy manifiesta en sus fundaciones de ciudades y se sustenta por el hecho de que Seleuco I enviara a Demodamas de Mileto, en una fecha indeterminada, a intimidar a los nómadas esteparios más allá del río Jaxartes (Plinio, HN 6. 49). Un tal Patroclo (FGH 712) exploró la región del Caspio por orden de Seleuco mientras estaba encargado de Bactriana-Sogdiana alrededor de 280 (Estrabón, 2. 1. 2-9 [67-70], passim.; 11.7.3 [509]; cf. 2. 1. 14 [73] para información probable sobre Patroclo).[744]

El lejano oriente

Áreas más remotas como Gándara (una antigua satrapía persa junto con Sind),[745] Gedrosia (Baluchistán: una meseta desértica a. C. 1500 m)[746] y las zonas que rodean las ciudades de Taxila y Pushkalavati en el valle del Indus, fueron cedidas a Chandragupta.[747] Su imperio maurya era poderoso y potencialmente un vecino peligroso de los Seléucidas. Bajo su sucesor Bindusara o el siguiente rey, el famoso Asoka, se expandió para abarcar la mayor parte del subcontinente indio fuera del extremo sur, incluida la Aracosia occidental. Asoka era un converso al budismo (la religión fue fundada en el siglo VI) e intentaba propagar su religión a las zonas de asentamiento griego; envió misioneros a los reyes griegos, y ha dejado una serie notable de inscripciones grabadas en piedra (los edictos de la roca) en las que hace declaraciones moralizadoras (aunque los textos tal como los tenemos son versiones corregidas por funcionarios locales y fueron ajustados a la cultura de las comarcas en las cuales fueron introducidas).[748] En una inscripción greco-aramea de Kandahar de modo parecido expone sus logros; aquí la traducción de la versión griega:

> Habiendo completado diez años, el rey Piodasses [Asoka] hizo que los hombres

> conocieran la piedad, y después hizo que los hombres fueran más píos y que las cosas florecieran por todo el país; y la abstinencia que el rey tuvo de las cosas animadas, y también otros hombres, y todos los que eran cazadores o pescadores del rey habiendo cesado de cazar, y si había algunos hombres incontinentes, cesaron su incontinencia hasta donde fue posible, y obedecían a su padre y a su madre y a sus mayores a diferencia de antes, y en futuro vivirán con más provecho y mejor en todo sentido haciendo estas cosas.
>
> (Burstein 50)[749]

El comercio con India, particularmente de bienes suntuarios como las maderas preciosas, las especias y piedras preciosas, continuó bajo los Seléucidas.[750] Sin duda los reyes lo promovieron, tanto por los bienes que proporcionaba como por el monto de peajes que podían recaudar. Seleuco envió a Megástenes a hacer un informe sobre la India, quizá con perspectivas de una empresa militar; parece haberlo pensado mejor, pero la obra de Megástenes quedó como un adición importante a la etnografía griega sobre los no griegos.[751] Demodamas (aquel que avanzó más allá del Jaxartes, véase arriba) escribió sobre la India (FGI 428).

La conquista de la frontera noroeste de la India nunca fue conseguida por los Seléucidas, sino que tuvo que esperar a la expansión del reino greco-bactriano a mediados y finales del siglo II, particularmente bajo los llamados reyes indogriegos (o grecoindios) Demetrio II (c. 185-175?) y Menandro (Menander, r. c.155-c.130). Demetrio II era el primer rey grecobactriano cuyo título, «Aniceto» (No vencido) fue traducido al indio en las monedas. El budismo recuerda a Menandro como Milinda: se convirtió al budismo y se dice que debatió sobre la doctrina con un monje (véase, p. ej., Plutarco, *Preceptos de estado*, 821 d-f).[752] A partir de este momento, sin embargo, los reyes grecobactrinanos e indogriegos quedaron casi perdidos para la historia. Se conocen las monedas de aproximadamente veinte soberanos posteriores; probablemente representaban varias dinastías. Los grecobactrianos parecen haber dominado mas allá del Oxus hasta c. 140, más o menos por la época en que los chinos expulsaron a los pueblos escitas a la margen opuesta del río; éstos, derrotados por Mitrídates I (o II) de Partia, se asentaron en Dragiana por varias generaciones. Después de Menandro, los fondos de monedas sugieren un período caótico en las regiones oriental y meridional de los territorios griegos. Hacia el año 100, más o menos, los yuehzis se habían adueñado de la propia Bactriana; a su vez, fueron expulsados por el pueblo saka que procedía del Pamir y por los escitas, ahora llamados escitopartos, que se dirigieron al norte desde Dragiana. Se cree que el último rey conocido, Hermao, trató de unificar las ramas bactriana y griega del reino griego; pero hacia 50 a. C. aproximadamente los diferentes invasores se habían repartido los territorios griegos entre sí.[753]

Toda la región descrita en las cuatro secciones previas estaba constituida por cuatro zonas orográficas principales, aunque abarca una amplia variedad de tipos de territorio. Aunque más o menos definida de modo natural por las barreras geográficas

en cada lado, difícilmente se podría decir que forma una unidad natural. Para la parte oriental solamente (Irán, Afganistán y Asia central):

> es claro que no podía haber unidad ni grandes poblaciones como en las cuencas del Nilo y del Tigris-Eufrates. Vastas áreas, en su mayor parte, sólo podían ser gobernadas por un corto tiempo por estados nómadas o tribales, o por cierto tipo de alianzas feudales. Los problemas para la comunicación y el mantenimiento de la lealtad eran enormes…
>
> (Frye)[754]

Con cuánta eficacia se enfrentaron los Seléucidas a estos problemas, y a los del resto del imperio, es una cuestión importante. Habían tenido un comienzo ventajoso al heredar de los Aqueménidas un sistema que había controlado toda el área con mayor o menor éxito durante doscientos años. En el estudio del imperio seléucida, es mejor suponer que su dominio triunfó a menos de que haya pruebas de fracaso, antes que concentrarse exclusivamente en lo que ha sido tildado de decadencia.

CRISIS Y CONTINUIDADES EN EL PODER SELÉUCIDA, 312-164 a. C.

Seleuco I y Antíoco I (312-261 a. C.)

A la muerte de Alejandro, Seleuco I (r. 305-281) fue nombrado para gobernar Babilonia. Expulsado por Antígono, fue reinstalado en 312 con la ayuda de Ptolomeo. Antígono siguió siendo un enemigo poderoso, y puesto que Seleuco no había sido encargado del gobierno del conjunto de las conquistas orientales de Alejandro, si hubiera deseado más provincias habría tenido que luchar por ellas, tanto contra Antígono (a quien derrotó finalmente en Babilonia en 308)[755] como contra los gobernadores locales que éste designó, como Nicanor en la pequeña zona del noroeste de Irán, llamada Media. Además de Media, Seleuco se adueñó de las extensas tierras tributarias de Susiana y las regiones adyacentes (Diod. 19. 100) que posiblemente comprendían Persis. Entonces «escribió a Ptolomeo y a sus otros amigos sobre sus logros, en posesión ya de la grandeza de un rey y una reputación digna del poder real» (Diod. 19. 92). Quizá Diodoro escribía a partir de hechos consumados, sabiendo que hacía mucho Seleuco se había unido a los otros adoptando el título real; pero el vínculo entre las campañas militares triunfantes y la condición real es clara. Para Ipso (301) o poco después, había añadido los territorios remotos de Irán, todos los cuales habían en cierto sentido pertenecido al imperio persa y fueron conquistados, o al menos recorridos, por Alejandro.

Antes de Ipso, Seleuco invadió el noroccidente de la India desde Bactriana, guerreando con Chandragupta (Sandrokottos en griego), que había establecido recientemente un extenso y poderoso reino maurya, presentándose como un soberano antimacedónico, después de que los sátrapas de Alejandro y sus sustitutos habían sido muertos en India. Aquí, también, Seleuco podía afirmar que estaba restaurando la herencia de Alejandro; pero esta vez hizo la paz, cediendo territorio a cambio de elefantes de guerra.[756]

A raíz de Ipso, Seleuco obtuvo nuevas ventajas al obtener por un tratado las ricas Celesiria y Fenicia. Inmediatamente perdió parte de ellas ante Ptolomeo, pero pronto conquistó el norte de Siria y de Mesopotamia, Armenia y el sur de Capadocia; también afirmó su soberanía sobre Comagene.[757] Era ahora virtualmente el dueño de todas las conquistas de Alejandro fuera de Grecia (aparte de Egipto y partes de Asia Menor), es decir, del antiguo imperio persa con todos sus países tributarios.

A finales de la década de 280, Seleuco finalmente derrotó a Lisímaco en Curopedio e invadió Macedonia. Un documento babilónico de esta época se refiere

efectivamente a su deseo de reconquistar «Macedonia, su país», mientras que las fuentes griegas hablan solamente de su «nostalgia» (*pothos*) por ver su patria otra vez.[758] En la práctica los diadocos estaban obligados al compromiso si tenían algún deseo firme de reunificar el conjunto del imperio de Alejandro (compárense las ambiciones ptolemaicas); pero este episodio sugiere que un deseo latente resurgía en Seleuco cuando se presentaba la ocasión.

Su asesinato no desató una crisis, pues su hijo Antíoco I (r. 292-261) había sido rey correinante desde 292. No se trató de una división del reino generada por problemas profundos, ni parece haber habido una distribución formal de poderes.[759] Un correinado era una sabia declaración pública de estabilidad, una innovación inteligente en vista de la experiencia, siendo claramente quizá una consecuencia de la muerte de Alejandro.

Probablemente para simbolizar la cooperación y salvaguardar la sucesión, Seleuco entregó su esposa Estratonice a su hijo Antíoco. Antíoco se encontraba en el lejano oriente cuando Seleuco murió, y se sabe que partes del imperio se sublevaron, incluidas «las ciudades de Siria» (decreto de Ilion, Austin 139, BD 16, Burstein 15, OGIS 219), probablemente fundadas por el propio Seleuco; los problemas fueron quizá provocados por Ptolomeo II.[760] Sin embargo, los indicios de agitación no griega son débiles,[761] y es mejor considerar las campañas de Antíoco de los siguientes años como una reafirmación de soberanía sobre las zonas conquistadas por Seleuco I, o asignadas a él después de Curopedio, que como el aplastamiento de una rebelión.

Hacia c. 270 Antioco había derrotado a los gálatas, y su posición era elevada en Asia Menor. Esto quizá contribuyó a mantener la lealtad de Capadocia (bajo un *stratégos*) y del gobernador de Pérgamo, Filetairo, previamente general de Lisímaco. Hubo probablemente un choque con Ptolomeo II, llamado la primera guerra siria, en el que Ptolomeo se apoderó de algunas de las antiguas posesiones de Lisímaco en Asia Menor occidental y el Egeo. Es posible que Antioco tuviera esperanzas en derrocar a Ptolomeo y colocar en el trono de Egipto al hermano de éste, Magas, gobernador de Cirene, con quien había hecho un pacto; si fue así, no resultó. Después de una década de actividad militar, los territorios de Antioco del Asia Menor y Siria hasta el oriente se mantuvieron leales e intactos.

Los reinados de Seleuco y de Antioco se distinguen por la activa edificación de ciudades en Irán y Asia Menor. Sus proyectos pueden haber comprendido Ai Janum e Icaro. La estabilidad estaba asegurada por fuertes y prósperas fundaciones urbanas tales como las cuatro ciudades sirias fundadas por Seleuco, después de Ipso, descritas por Estrabón:[762]

> (4) Seleucia es la mejor de las partes ya mencionadas [de Siria], pero es llamada Tetrápolis [las cuatro ciudades], y es así por sus notables ciudades, de las cuales hay unas cuantas; aunque las más grandes son cuatro: Antioquía de Dafne, Seleucia de Pieria, Apamea y Laodicea, que solían ser llamadas hermanas debido a la concordia que reinaba

> entre ellas. Son las fundaciones de Seleuco Nicátor.[763]… (5) Además, Antioquía es la metrópolis de Siria, y la residencia del rey (*basileion*) fue fundada allí por los soberanos del país, y en su poderío y tamaño no está por debajo de Seleucia del Tigris y Alejandría de Egipto… (6) Dafne está situada cerca de Antioquía a cuarenta estadios, es un asentamiento mediano pero también una gran arboleda sombreada atravesada por aguas de las fuentes; en el medio hay un santuario inviolado y un templo de Apolo y Artemis… (8) Yendo hacia el mar desde éstas está Seleucia y Pieria, una montaña… La ciudad es una notable fortificación, más poderosa que (cualquier) fuerza… (9) Luego viene Laodicea, una ciudad construida a la orilla del mar, muy bellamente y con un buen puerto; tiene un territorio rico en vino además de sus demás riquezas. Proporciona la mayor parte del vino a los habitantes de Alejandría, y la montaña que domina la ciudad está cubierta de viñedos casi hasta la cumbre… (10) Apamea también tiene una acrópolis que está muy bien defendida; pues es una montaña bien fortificada en una planicie honda. El Orontes la convierte en una península, como hace un largo lago que la rodea en donde el río desagua en amplias marismas y muy extensos prados para las vacas y los caballos. Y así la ciudad está en una situación segura… y disfruta de una extensa y buena tierra por donde fluye el Orontes, y hay muchos pueblos junto a ella.
>
> (Estrabón 16. 2. 4-6 [749-750], 8-10 [751-752], Austin 174).

Siria era conocida por los griegos, particularmente por ser un gran centro mercantil, pero esta red de nuevas fundaciones fue un intento audaz y exitoso de imponer un nuevo marco de control militar y económico.

Como su padre, Antíoco recurrió (en 279) al sistema de correinado conjunto para asegurar la sucesión, pero fue necesario ejecutar a su hijo Seleuco a inicios de la década de 260 (Trogo, *Prólogos*, 26).[764] El nuevo heredero fue su hijo menor, el futuro Antíoco II.

Los acontecimientos del reinado de Seleuco I y Antíoco I habían hecho de Siria una zona de fricción entre Asia y Egipto. También habían permitido (fuera del hiato de 281) a los reyes y a sus gobernadores acumular una experiencia de medio siglo en consolidar el poder imperial y construir una unidad estable dinástica.

Antíoco II y Seleuco II (261-226 a. C.)

Los reinados de Antíoco II (261-246) y Seleuco (246-226) a veces son representados como período de grandes crisis que amenazan su control sobre el imperio oriental. Musti presenta las posesiones iranias como cada vez más marginales «a la unidad económica y política que estaba madurando en el núcleo sirio-mesopotamio del estado»,[765] pero el énfasis occidental es discutible. Los soberanos de Bactriana consiguieron su independencia en esa época, pero no hay testimonios detallados de otros acontecimientos en el oriente; para cualquier comarca determinada sería más seguro asumir la continuidad del dominio seléucida a no ser que sea desmentido con pruebas. Desde esta perspectiva, el hecho de que no se sepa de algún rey seléucida que haya visitado Irán entre la década de 260 y c. 230[766] puede muy bien ser un signo de confianza y estabilidad, antes que de debilidad. Bactriana permaneció en

cierto sentido adscrita al imperio que había necesitado de sus recursos y protección estratégica; el asunto clave es lo que pertenecer al imperio implicaba, y volveremos sobre este punto después. Finalmente la Bactriana griega cayó en manos de los invasores nómadas a finales del siglo II aproximadamente, quizá los gobernantes la abandonaron mientras que los plebeyos siguieron allí y brindaron su adhesión a los nuevos amos.[767]

Al inicio de su reinado, Antíoco II (r. 261-241) luchó en la segunda guerra siria contra Ptolomeo II, que estaba tratando de ganar territorios en Asia Menor y el Egeo, pero perdió en favor de Antíoco algunas ciudades griegas en Jonia, en islas como Samos, y en las zonas costeñas de Cilicia Tráquea y Panfilia. Lo que vino después puede ser visto como un compromiso o como una victoria diplomática para Antíoco: se divorció de su reina Laodicea, y se casó con la hija de Ptolomeo, Berenice. A la muerte de ambos reyes en 246 siguió inmediatamente una nueva puja por el poder, la tercera guerra siria o guerra laodicea (246-241) en la que Ptolomeo III invadió Asia Menor con la esperanza de asegurar la sucesión para el hijo de Berenice y Antíoco. Sin embargo, ella y su hijo fueron asesinados, y el trono pasó al sucesor elegido por Antíoco, su hijo con Laodicea, Seleuco II. Pese a este revés la invasión de Ptolomeo llegó realmente hasta Babilonia, aunque al final ganó o recuperó sólo algunos baluartes mediterráneos, incluida Seleucia (el puerto de Antíoco) y varias zonas de Cilicia Tráquea, Panfilia y Jonia.

Seleuco II (r. 241-226/225), como sus predecesores, usó el sistema de un correinado inicial para asegurar el control del imperio; pero el rey correinante fue su hermano Antíoco «Hiérax» (halcón) y su rivalidad pronto se convirtió en una guerra (c. 241-c. 239; cf. Estrabón, 16. 2. 14 [754], Austin 144). Átalo I de Pérgamo se vio envuelto rápidamente en una guerra con Hiérax, que ahora se hacía llamar rey; después de intermitentes campañas, Átalo lo derrotó en 227 y dominó gran parte de Asia Menor; pero en un cuadro más amplio (si aceptamos que el centro del imperio no estaba en occidente), la pérdida de territorio ante Pérgamo no era quizá tan seria. Más importante para Seleuco era el control del noreste; alrededor de 230-237 estaba combatiendo a los partos con vista a reasegurar su control sobre Bactriana.

Los treinta y cinco años de los reinados de Antíoco II y Seleuco II habían visto pérdidas territoriales y luchas dinásticas, lo cual sugiere que el imperio podría ser más vulnerable a los trastornos que antes. Una combinación de casualidades y planes prolongaría la cadena de crisis después de la muerte de Seleuco II.

Seleuco III y Antíoco III (226/225-187 a. C.)

Seleuco II murió pronto, y su hijo Seleuco III (r. 226/225-223) fue asesinado mientras estaba en campaña contra Átalo I. Fue sucedido por su hermano Antíoco III (r. 223-187), de 19 o 20 años de edad, quien sería el miembro más duradero y exitoso de la

dinastía desde su fundador. Su ascenso al trono fue seguido en 221 por el de dos hombres incluso más jóvenes en los reinos rivales: Ptolomeo IV en Egipto y Filipo V en Macedonia, una coincidencia histórica que no se le escapó a Polibio (2. 71, cf. 5. 34; Austin 223). Sus reinados verían una reorganización completa de la política global del Mediterráneo oriental, ayudada por la intervención romana.

No obstante, primero Antíoco III tenía que rechazar otras amenazas. Al morir Seleuco II, el ejército había proclamado a Acayo como rey, un nieto de Seleuco II; pero éste renunció al trono en favor de Antíoco III y continuó dirigiendo la campaña contra Átalo (Polibio, 4. 48; Austin 146). Polibio nos dice que, Hermias, el primer ministro de Antíoco dominaba al joven rey. Molón, comandante de las satrapías orientales, se sublevó en 222, supuestamente temeroso del poder de Hermias, el cual fue asesinado. Molón fue derrotado, pero no antes de haber invadido el imperio occidental. Casi inmediatamente Acayo asumió el título real en Asia Menor, una región que periódicamente era centro de aspiraciones separatistas. Por un tiempo Antíoco se conformó con dejarlo actuar, pero en 213 Acayo fue apresado, mutilado y empalado, el mismo castigo que los reyes persas habían aplicado tradicionalmente a los traidores.

Las campañas occidentales de Antíoco lo habían llevado ya a invadir Egipto, donde fue derrotado en Rafia. Ahora, en 212, tomó Comagene y el norte de Armenia e hizo que el rey del sur de Armenia le pagara los tributos atrasados. Siguiendo hacia el este, se embarcó en una serie de campañas durante ocho años (212-25/204) que fueron llamadas *anabasis* o «ascenso» (como la *anabasis* de Jenofonte, «viaje al interior» con Ciro el Joven en 404-399), en las que restableció el señorío seléucida en las satrapías orientales. El ataque que realizó efectivamente contra los partos debe verse como la expulsión de las incursiones fronterizas desde Media nororiental, antes que como una invasión del territorio de éstos, pues los partos, tal como muestran sus monedas, todavía reconocían la supremacía seléucida.[768] Obtuvo el título de Megas, «el Grande». Atacó a Eutidemo de Bactriana por rebelde y usurpador, pero finalmente reconoció su realeza; según Polibio, Eutidemo apeló a su mutua necesidad de seguridad frente a los numerosos nómadas que amenazaban ambos reinos (Polibio, 11. 34, 1-10, Austin 150, donde averiguamos que venía originalmente de Magnesia, probablemente de la ciudad lidia de ese nombre). La representación estereotipada de los pastores no helenizados como peligrosas hordas bárbaras es típica de la retórica antigua, y quizá sea auténtica antes que polibiana, puesto que estaría probablemente bien calculada para apelar a un soberano griego en Asia occidental.[769] El antiguo rey, en todo caso, concedió la realeza a su vasallo.[770] Antíoco renovó sus vínculos con la India maurya, pasó por las satrapías iranias orientales e hizo un tratado con los árabes de Gerrha.

La *anabasis* no debe ser considerada como un intento efímero y fallido de reconstruir el imperio oriental —nunca se había disgregado—, sino como una necesaria reafirmación periódica de señorío, tradicional para los imperios del Oriente

Próximo. La expedición era mucho más que una pausa momentánea que interrumpía una decadencia inexorable.

Pese a sus diversos triunfos, el hecho por el que Antíoco III es más recordado es su guerra contra los romanos entre 192 y 189, que culminó con su derrota en Magnesia en Asia Menor occidental (inicios de 189). Con la paz de Apamea (188) abandonó la mayor parte de Asia Menor, que fue dividida entre Rodas y Pérgamo. Al cabo de un año murió. Estos episodios son vistos a menudo como golpes mortales al imperio seléucida, el comienzo del fin; siguió siendo un gran reino durante otro siglo,[771] pero había perdido una de sus más valiosas posesiones, Asia Menor.

De Seleuco IV a Antíoco IV (187-164 a. C.)

Los historiadores y los estudiosos suelen concentrarse en la historia seléucida y atálida hasta 188, pero la época posterior es importante y está bien documentada, y revela mucho del carácter de ambos reinos y las razones de su caída. Las probables explicaciones de la ruina del reino seléucida se centran en los romanos, y en lo que parece haber sido su deliberada política de desestabilización. Después de Magnesia, sin intentar apoderarse de la mitad occidental del imperio, pudieron influir enormemente en los acontecimientos a través de la diplomacia y las acciones militares.

Al hijo de Antíoco III, Seleuco IV (r. 187-175), las fuentes lo representan como débil, pero es difícil saber qué crédito darles, puesto que la situación en que se encontraba no ofrecía muchas oportunidades para un gobierno enérgico. Se retrasó con los pagos de las compensaciones y parece haber mantenido sólo el mínimo contacto diplomático con Roma; de forma más activa, arregló alianzas matrimoniales con Prusias de Bitinia y Perseo, rey de Macedonia. Envió a su canciller, Heliodoro a recaudar fondos del templo en Jerusalén; cuando fracasó la misión, Heliodoro provocó el asesinato del rey (II Mac. 3: 4-40). Quizá debido a que Seleuco se había distanciado de Roma, el aliado de Roma, Eumenes II de Pérgamo ayudó a Antioco, hermano menor de Seleuco, a asegurarse el trono frente a la oposición del hijo del rey Demetrio que estaba de rehén en Roma. Un decreto (probablemente emitido en Atenas) alaba a Eumenes y a su reina Apolonis por haber ayudado a Antioco (Austin 162, Burstein 38, OGIS 248). No es seguro si los romanos estaban realmente ofendidos por esta usurpación del trono; incluso la podrían haber consentido, y les dio una excusa para interferir después.[772]

El hermano menor de Seleuco, Antioco IV (r. 175-164), era llamado Teo Epífanes («el dios manifiesto»). Tenía fama de excéntrico, pero parece haber sido un soberano eficaz. La controversia rodea su tratamiento de los judíos en la década de 160, pero en sus primeros años canceló las compensaciones a los romanos (Livio, 42. 6. 7), activó la diplomacia e hizo dádivas a las ciudades griegas, en el santuario de Zeus

Olímpico de Atenas. Sin embargo, como rey en 168, se sometió a la exigencia romana de que desistiera de invadir Egipto durante la sexta guerra siria, en que estaba obteniendo buenos resultados. En ésta, el tristemente célebre ocasional comandante romano Gayo Popilio Lenas se presentó con la demanda del Senado, y trazó con un sarmiento un redondel en la arena alrededor del rey, diciéndole que diera una respuesta antes de salir de él (Polib. 29. 27, Austin 164).[773] No demoró mucho Antioco en acatar, pese a que Roma estaba sobrepasando los términos de Apamea, que Ptolomeo había sido el agresor y no lo contrario, y que su imperio era aún poderoso y rico. Puede haber sentido un comprensible temor del ejército romano, que antes había derrotado a Antioco III y acababa de obtener una victoria sobre Macedonia.

> Lejos de descorazonarse o trastornarse por esta humillación, Antioco emprendió campañas militares en el oriente. Antes de partir, demostró el persistente poder de su imperio organizando una enorme procesión al santuario de Apolo en Dafne, cerca de Antioquía, en 166/165. Primero 36 000 soldados (muchos de los cuales llevaban armas y lorigas de oro), 500 gladiadores, cerca de 9500 jinetes (muchos de los caballos llevaban arreos de oro y plata, y los jinetes mantos de púrpura y brocados de oro con bordados heráldicos en forma de animales), 140 carros tirados por 760 caballos, dos carros llevados por elefantes y 36 elefantes, después unos 800 jóvenes coronados decoro, cerca de 1000 bueyes para sacrificar, además de otros 300 y 800 colmillos de elefantes ofrecidos por los estados extranjeros.
>
> El número de imágenes fue incontable pues eran llevadas en andas todas las de aquellos que los hombres dicen o creen ser dioses, semidioses e, incluso, héroes; unas eran sobredoradas y otras estaban vestidas con ropajes de oro. Y a todas ellas los acompañaban representaciones, ejecutadas en materiales preciosos, de los mitos referidos a ellos tal como tradicionalmente se narran. Las seguían estatuas de la Noche y del Día, de la Tierra y del Océano, de la Aurora y el Mediodía. La cantidad de oro y plata se puede adivinar por lo que sigue: sólo a un amigo del rey, Dionisio, el secretario de cartas reales, le seguían mil esclavos que llevaban bandejas de plata, valorada cada una en no menos de mil dracmas. Iban a su lado seiscientos pajes reales, portadores de bandejas de oro. Seguían mujeres, unas doscientas, que rociaban (a los espectadores) con perfumes; las vasijas eran de oro. Venían luego, ochenta mujeres más, sentadas en literas con peanas de oro, y quinientas, instaladas en otras literas con peanas de plata, todas ellas vestidas lujosamente. Y esto era lo más vistoso del cortejo.
>
> (Polibio, 30. 25-26 = Aten. 5. 194)[774]

Antíoco se dirigió luego al oriente (165-164) y restableció el dominio seléucida en la Gran Armenia, que, como otras satrapías orientales, había reivindicado su independencia desde 188. Trató de hacer lo mismo en otras partes de Irán, pero sucumbió a una enfermedad mortal. Si su objetivo estratégico era contener el avance parto, al menos lo consiguió temporalmente, y puede ser considerado como uno de los reyes seléucidas de más éxito.[775]

LOS MÉTODOS DE CONTROL

Unidad *versus* regionalismo

LOS Seléucidas se encontraron con dificultades debido a la distancia geográfica y la diversidad étnica de los centros de poder tradicionales y nuevos; pero gobernaron con enérgica ambición y explotaron los recursos de su imperio con éxito considerable. En esta sección veremos que habían aprendido de sus predecesores aqueménidas a gobernar por medios que no implicaran un costoso abuso de la fuerza.

Cuando Alejandro derrotó a Darío asumió el sistema existente de provincias gobernadas por sátrapas, que eran por lo general persas aunque a veces eran nobles locales. Alejandro designó como tales a los macedonios y también ocasionalmente a los persas; Seleuco continuó con esta práctica.[776] El sistema persa había sido concebido para asegurar la lealtad de una provincia (lo que en realidad significaba de la élite dominante) como fuente confiable de tributo y, si era necesario, de fuerzas militares en las raras ocasiones de una leva general. Esta limitada concepción significaba que los persas no tenían que crear una compleja administración intervencionista; en efecto, parecían no haber tenido afanes de cambiar la economía o la sociedad de una provincia, sino tan sólo extraer lo que deseaban. Sin embargo, el sistema ofrecía al sátrapa muchas oportunidades de aumentar su propio poder, incluso hasta el extremo de negarse a pagar el tributo y reivindicar la independencia. Si esto ocurría, una provincia sólo podía ser recuperada mediante la acción militar del rey, de modo que un sátrapa podía evitar pagar el tributo por un largo tiempo. La mejor táctica para el rey era escoger a sus sátrapas con cuidado y vigilarlos estrechamente poniendo funcionarios designados desde la capital en el palacio provincial.

Heródoto, en el siglo V, ofrece una útil indicación del potencial ingreso del gobierno cuando anota los montos del tributo presuntamente recibido por Darío I a finales del siglo VI de cada comarca de su imperio (3. 89-95), y aunque no sabemos si son exactos, o si son las sumas realmente enviadas, su cuenta indica qué satrapías eran consideradas las más importantes. De las áreas, que posteriormente formaron parte del territorio seléucida, la que pagaba más era Babilonia-Asiria (1000 talentos de plata), seguida por el golfo Pérsico (600), Cilicia (500), Media (450) y las áreas griegas vecinas del Asia Menor occidental (400), aunque toda el Asia Menor excluyendo a Cilicia pagaba 1060 talentos. Fenicia, Siria, Palestina y Chipre aparecen pagando sólo 350 entre todas, pero esto puede deberse a que proporcionaban naves de guerra; también podría ser que, en relación con la población de estas pequeñas comarcas, su contribución fuera alta. Bactriana sola pagaba 360, pero los partos, corasmianos, sogdianos y arianos juntos pagaban sólo 300. Dando por hecho que no

había habido un cambio socioeconómico radical en estas zonas, las cifras de Heródoto pueden ser tomadas como una guía general de la relativa importancia de las satrapías seléucidas.

Los principales rasgos del sistema satrápico persa se reflejaron en el imperio seléucida: el cuidadoso escrutinio de los posibles sátrapas, prolongados períodos de no intervención, y ocasionales expediciones militares del rey para hacerle recordar sus obligaciones al gobernante local. A la variedad de paisajes se sumaba la variedad de los sistemas administrativos locales: los reyes locales y los «dinastas» nativos, los sátrapas designados por el poder central y las ciudades griegas independientes, exactamente igual que en el imperio aqueménida. Las principales preocupaciones del rey y sus consejeros eran, aparte de resistir los ataques, maximizar el ingreso de tributos en todas las formas y la capacidad de movilizar un importante ejército cuando fuera necesario. Un corolario del sistema es que, como bajo los persas, la «independencia» de una provincia rara vez significaba una hostilidad abierta o una amenaza militar para el rey; un sátrapa podía formalmente reconocer la soberanía, por ejemplo a través de la moneda acuñada. Si incumplía con pagar el tributo, proclamándose rey, entonces el rey superior, tendría que actuar, como hizo Seleuco II contra Diodoto; pero es notable que cuando Antíoco III atacó a Eutidemo de Bactriana no llevó su victoria hasta el punto de destruir al sátrapa, sino que llegó a un compromiso diplomático. Sólo en casos en que un miembro de la familia real o un general del rey optaba por la ruptura, planteando una amenaza a la dinastía, se tomaban crueles medidas después de la victoria, como contra Acayo.

Otra importante faceta del imperio fue el uso de las antiguas lenguas del Oriente Próximo, en la administración. Los estudiosos ya no creen que el griego fuera promovido como la única lengua oficial. La burocracia era tan complicada como bajo los persas, y la mayor parte de ella siguió funcionando como antes. En las zonas no griegas, las lenguas escritas, como el arameo, siguieron siendo usadas en los archivos oficiales, mientras que el acadio cuneiforme también fue utilizado, como en la inscripción del templo de Ezida fundado por Antíoco I en Borsipa cerca de Babilonia en 268:[777]

> Antíoco, el gran rey, el poderoso/legítimo rey, rey del mundo, rey de Babilonia, rey de los países, guardián de Esagila y Ezida, primogénito de Seleuco, el rey, el macedonio, rey de Babilonia, soy yo.
>
> Cuando decidí edificar Esagila y Ezida, los ladrillos para Esagila y Ezida moldee con mis manos puras (usando) aceite fino en la tierra de Hatti y para poner los cimientos de Esagila y Ezida (los) traje. En el mes de Addaru, en el día veinteavo, año 43, el cimiento de Ezida, el verdadero templo, la casa de Nabú que está en Borsippa, puse.
>
> Oh Nabú, supremo hijo, sabio entre los dioses, orgulloso, digno de alabanza, el hijo más noble de Marduk, prole de Erua, la reina, que creó a la humanidad, míra(me) con gozo y, a tu elevado mando que es perenne, pueda la ruina de los países de mis enemigos, el triunfo en mis designios guerreros contra mis enemigos, victorias permanentes, una realeza justa, años de alegría, hijos en abundancia, ser (tu) don para el reinado de Antíoco y Seleuco, el rey, su hijo, para siempre.
>
> [Sigue otra plegaria, después una tercera:]

(Oh) Nabú, primogénito, cuando entres a Ezida, la verdadera casa, te pluga favorecer a Antíoco (y) el favor para Seleuco, el rey, su hijo, (y) Estratonice, su consorte, la reina, esté en tu boca.

(Austin 189)[778]

El reino seléucida se parece a los imperios modernos en ciertos aspectos: un grupo dominante étnicamente definido, la explotación económica de territorios conquistados (en este caso mediante los impuestos, el tributo y el servicio militar), y así sucesivamente. Pero no se hizo ningún intento (como en los imperios británico y soviético) de homogenizar la ley o estandarizar la producción económica. Entre sus peculiaridades estaba que los soberanos greco-macedonios eran, en efecto, exiliados de su patria étnica, y que eran tanto los creadores como los herederos del imperio. La teoría del centro-periferia (o núcleo-periferia), con frecuencia utilizada en el análisis de las relaciones modernas político-globales (basadas en la idea de que los sistemas económicos extraen riqueza de las áreas lejanas desfavorecidas hacia la zona central dominante), puede esclarecer ciertos aspectos pero no puede ser transferida por completo al contexto de la antigüedad, sobre todo porque el imperio no tenía un único centro —un análisis moderno menciona cinco lugares como capitales bajo los Seléucidas: Antioquía, Seleucia del Tigris, y los antiguos centros aqueménidas de Ecbatana, Susa y Sardes[779]— o un centro económico o administrativo. La diversidad y la falta de centralización eran los distintivos de este panorama tributario. En cierto sentido el «núcleo» estaba dondequiera que el rey estuviera; Antíoco II todavía se ocupaba de los asuntos rutinarios durante su *anabasis*. En 210, desde algún lugar de Irán, escribió a Zeusis, virrey de Asia Menor, sobre el nombramiento de un sacerdote, tal como sabemos por Josefo, historiador judío del siglo I d. C.:

El rey Antíoco a Zeusis, su padre, salud. Si tú estás bien de salud, me alegro; yo también estoy bien.

(149) Habiendo sabido que algunos en la Lidia y la Frigia promueven movimientos sediciosos, pensé que debía prestar al asunto la mayor atención. Después de consultar con los amigos lo que parecía más conveniente hacer, nos ha parecido indicado transferir dos mil familias judías con todo su equipo desde Mesopotamia y Babilonia a las guarniciones y lugares más importantes. (150) Creo que han de ser buenos custodios de nuestros asuntos por la piedad que practican… Por lo tanto quiero que, no obstante lo trabajoso que es, se los traslade, con la promesa de que se les permitirá atenerse a sus leyes. (151) Después de que los transportes a los dichos lugares, les darás lugar donde edifiquen sus casas y campo para plantar viñas, y durante diez aflos estarán libres de todo impuesto por los frutos de la tierra… (153) Procura también, en la medida de lo posible, que nadie los incomode.

(Jos. *Antigüedades de los judíos*, 12. 148-153, Austin 167, Burstein 29, cf. 35)[780]

Desde otro punto de vista, el «núcleo» del imperio se define verticalmente (en términos de clase social) antes que horizontalmente (en términos de regiones geográficas), y consiste en la élite dominante grecomacedonia.[781]

El país y los impuestos

Un pasaje casi al inicio del libro 2 de *Económicos* atribuido a Aristóteles, pero probablemente escrito por otro erudito después de la muerte de éste, analiza la administración «real» y «satrápica» de un modo que sugiere que el escritor tenía en mente el imperio seléucida.

> Así pues vemos primero la economía propia del rey (*basiliké oikonomia*). Ella es universal en sus posibilidades, pero tiene cuatro aspectos especiales: la moneda en circulación, las exportaciones, las importaciones, y los gastos.
>
> Tomemos cada uno de éstos: con la moneda en circulación me refiero a qué tipo y cuándo se ha de acuñar de valor alto o bajo; en relación a las exportaciones e importaciones, en qué momentos y cuáles productos le será ventajoso disponer de ellos, una vez recibidos de los sátrapas en tributo real; respecto de los gastos, cuáles habría de suprimir y en qué momento, y si deberían pagar los gastos con moneda, o en lugar de moneda, con mercancías.
>
> En segundo lugar, veamos la economía satrápica (*satrapiké oikonomia*).
>
> Pertenecen a ésta seis tipos de ingresos: de la tierra; de los productos peculiares de la región [o «cosas especiales»], del comercio [o «mercaderes»], de los impuestos, de los rebaños y demás fuentes. De ellos, el primero y más importante es el que proviene de la tierra; este es el que algunos llaman *ekphorion* [impuesto sobre el producto] y otros «diezmo»; el segundo en importancia procede de los productos peculiares, en un lugar oro, en otro plata, en otro cobre, cualquier cosa que se pueda hallar en un lugar determinado; el tercero es el derivado del mercado exterior [o «mercaderes»]; el cuarto es el que resulta de los impuestos por el paso por tierra y de los mercados. El quinto procede de los rebaños, llamado «primicias» o «diezmo»; el sexto procede de las personas, al que se da el nombre de «capitación» y *cheirônaxion* [¿una tasa de los artesanos?].
>
> (Pseudo-Aristóteles, *Económicos*, 2. 1.2-4, 1345a-b)[782]

Debería subrayarse que el autor está describiendo dos aspectos de un único sistema, no dos sistemas alternativos. El extracto resalta nítidamente los diferentes intereses de los distintos grupos: el rey recibe productos de los sátrapas y desea maximizar el ingreso de su tesoro; el sátrapa está ocupado en recaudar la renta en el ámbito regional y regular directamente la actividad económica de su provincia, pero también tiene propiedades privadas, cuyo producto puede ser embargado. El sátrapa era quizá también responsable del mantenimiento del sistema del «camino real» que Heródoto admiraba tanto (5. 52).

Sin embargo, en una provincia (al menos en la parte occidental del imperio), el rey tenía responsabilidad directa de ciertos arreglos económicos. Los bosques y las minas, por ejemplo, probablemente pertenecían al rey. Los impuestos a las ventas mencionados en el texto citado implican el control real de las ferias y mercados (véase también la inscripción Austin 78, BD 40, Sherk 21, Syll3 646).[783] Dicho control también se deduce en una carta del rey Antíoco (probablemente I o II) a un

funcionario sobre el importante santuario de Zeus de Baitokaike cerca de Arado en Siria:

> Me ha llegado un informe sobre el poder del dios Zeus de Baitokaike, he decidido concederle por ahora las fuentes del poder del dios, a saber, la aldea de Baitokaike, antes en poder de Demetrio hijo de Demetrio, nieto de Mnaseas…, junto con todo lo que corresponde y pertenece a ella, según los catastros existentes, e incluir las rentas del presente año… Las ferias exentas de impuestos se realizarán en el 15 y el 30 de cada mes; el santuario debe ser inviolable y la aldea exenta de acantonamiento de tropas…
>
> (Austin 178)[784]

Evidentemente el rey o un predecesor había alguna vez «concedido» la aldea a Demetrio, quizá un griego o un macedonio a su servicio,[785] presumiblemente el beneficiario recibió los impuestos o diezmos pagados por agricultores, artesanos y mercaderes. Las referencias al pasar a «catastros» (periorismoi: registros de horoi, límites), rentas anuales y acantonamiento son notables; pero el documento, como otros citados en este capítulo, debería ser visto en el contexto de la práctica prealejandrina —exactamente igual que mucho tiempo después, Augusto estuvo de algún modo implicado en la decisión de la ciudad de Arados de permitir el libre tránsito de bienes y animales de venta en las ferias quincenales realizadas en el santuario (la ciudad le informó de su decisión y una copia del decreto se inscribió inmediatamente bajo el texto citado antes).[786] Hay una importante distinción entre la propiedad última, que corresponde al rey, y el usufructo de la tierra, que él puede adjudicar a otro.[787]

Se conocen pocos detalles de la economía fiscal seléucida, pero la administración de los impuestos sobre la tierra debe haber variado, según las costumbres locales. Los impuestos «reales» aplicados desde el centro eran probablemente más uniformes. Una de las pocas fuentes para el segundo grupo es una carta de Antíoco III a Ptolomeo, gobernador de Celesiria, después de la conquista de la región; fue preservada por Josefo. Después de agradecer su apoyo a los judíos y concederles ayuda para reconstruir la ciudad, recientemente destruida en la guerra, el rey explica sus intenciones:

> (142) Que los hombres de esta raza vivan de acuerdo con sus leyes paternas; que el senado, los sacerdotes, los escribas del Templo y los cantores sagrados sean exceptuados de los impuestos que les tocaran por cabeza, del impuesto de la corona y de la sal. (143) Y a fin de que la ciudad se pueble lo más rápidamente posible, otorgo a los que ahora habitan en ella, y a la misma hasta el mes hiperbereteo [en octubre], exención de impuestos durante un trienio. (144) Y en adelante, los eximimos de una tercera de los impuestos a fin de resarcirlos de los daños sufridos.
>
> (Jos. AJ 12. 142-144, Austin 167, Burstem 35)

Más adelante el pasaje menciona la remisión de los impuestos de productos

agrarios (§ 151). Demetrio I, en una carta a los judíos de 152 a. C. (Mac. I 10: 29-30), escribe sobre un impuesto territorial, «tributos» (¿el impuesto de la sal y el real?), y del tributo sobre el precio de la sal, así como los diezmos, los peajes y los «tributos del ganado». El impuesto de la sal estaba probablemente vinculado a las salinas, que, como las minas, canteras y pesquerías, eran probablemente propiedad real. La capitación era tácita. Es cierto que se gravaban tasas aduaneras y portuarias y probablemente un impuesto sobre el uso de los caminos reales y principales vías acuáticas.[788]

La principal preocupación de los Seléucidas, como la de sus antecesores persas, era maximizar sus rentas, y debería entenderse que esto está detrás de ciertas medidas que pueden a primera vista parecer algo más ambicioso, como la promoción del crecimiento y la innovación económica (ej. los experimentos reales con nuevos cultivos y animales.). Fuera que reclamase o no una parcela de tierra como suya, el rey ejercía derechos tradicionales de propiedad en muchos lugares. De los reyes persas, los Seléucidas heredaron grandes propiedades de «tierras reales» (*basilikê chora*); las fuentes griegas se refieren a *paradeisoi* («jardines del paraíso») o más bien parques, dispersos por todo el imperio desde Sardes hasta Bactriana.[789] Como el rey podía controlar la productividad de sus propiedades, si no de las demás, tenía la oportunidad de probar nuevos cultivos o variedades de ganado. Al hacerlo los Seléucidas estaban siguiendo la práctica de los reyes asirios y persas,[790] manifestando su equidad y compasión y mostrando que podían tener una perspectiva amplia.

En otras partes es probable que fueran puestas en cultivo nuevas tierras. La carta de Antíoco III a los judíos babilonios habla de dar a cada colono «un lugar para edificar una casa y una parcela de tierra para cultivar y plantar viñas»; después de diez años se convertirían en individuos sujetos a impuestos (Jos. AJ 12. 148-153; Austin 167; Burstein 29 + 35).[791] Incluso si la tierra no estaba vacía en el momento, un cambio de su uso podía siempre ser contemplado, lo que produciría rentas a su debido tiempo.

En ambos documentos se menciona la exención de impuestos, un elemento de buenas «relaciones públicas», que los Seléucidas con frecuencia aprovechaban. Sin embargo, ningún documento da pruebas de algún intento por cambiar la organización económica en detalle en el nivel local, tan sólo de la reasignación del control local sobre las rentas.

Más detalles de la organización de la tenencia de la tierra proceden de una famosa inscripción de Ilion en el noroeste de Asia Menor (tampoco podemos extrapolar a partir de esta área periférica a las antiguas zonas nucleares del imperio persa). El informe comienza con una carta de Meleagro, sátrapa de la región helespóntica, que está enviando al «senado y al pueblo» de Ilion tres cartas de Antíoco III y los apremia a votar honores para el rey. Las copias de las cartas del rey llevan abajo estas inscripciones:

> (1) El rey Antíoco a Meleagro, saludos… Hemos dado a Aristodícides de Aso, 2000 plethra de tierra cultivable, que deben ser adscritas a la ciudad e Ilion o Scepsis…
>
> (2) El rey Antíoco a Meleagro, saludos. Aristodícides de Aso vino a vernos para pedirnos que le diéramos la satrapía helespóntica de Petra, antes en manos de [otro] Meleagro, y en el territorio de Petra, 1500 plethra de tierra cultivable y 2000 plethra más de tierra cultivable del territorio colindante con la porción que ya le hemos dado… Por tanto investigad si esta Petra no ha sido dada antes a otro, y asignadla con su territorio vecino a Aristodícides. Y de la tierra real que colinda con la tierra dada antes a Aristodícides, da instrucciones de medir y asignarle de ella 2000 plethra y permitidle adscribirla a cualquier ciudad que desee en el país (*chora*) y la alianza. Si las personas reales (*basilikoi laoi*) de la región de Petra desearan vivir en Petra por razones de seguridad, hemos dado instrucciones a Aristodícides de permitirles residir allí. Adiós.
>
> (Austin 180, BD 18, Burstein 21, RC 13, OGIS221)

La tercera carta responde a una aparente queja de Aristodícides por una demora subsiguiente, y confirma las instrucciones anteriores. Una vez más, los supuestos tras estos textos son por lo menos tan reveladores como los detalles de la transacción. El rey decide, al parecer unilateralmente, reasignar la tierra anteriormente concedida a un griego o a un macedonio (no al sátrapa), a un ciudadano de Aso, que además tiene el derecho de «adscribir» la tierra a una polis cercana; la medida equivale a una donación a la ciudad así como al individuo (cf. n. 5 de Austin). Además se mencionan «pueblos», *laoi*, que pertenecen al rey; puede tratarse de habitantes no griegos de condición casi servil que estaban adscritos a la tierra, como los *pedieis* de Priene.[792]

En 254/253, Antíoco II transfirió las propiedades de su ex esposa Laodicea. También eran comprados y vendidos los pueblos campesinos y sus rentas (Austin 185, BD 25, Burstein 24, RC 18-20, partes en OGIS 225). Un caso similar está documentado en una inscripción de Sardes, pormenorizando la merced de una propiedad que comprende una serie de aldeas nativas a un tal Mnesimachos, que también recibe un préstamo del templo de Artemisa en Sardes (Austin 181, c. 200 a. C.).[793] También en otro caso de Asia Menor occidental, una polis griega expresa su agradecimiento a los funcionarios seléucidas después de haberse asegurado las rentas de aldeas «sagradas» que son posesión de la ciudad (Austin 187, fecha incierta).[794]

Para los dos tercios orientales del imperio no hay testimonios griegos sobre la tenencia de la tierra, pero parece probable que la tierra estuviera bajo una mezcla de propiedad y posesión defacto mediante el uso. Además de la «tierra real», había tierra que había sido concedida a los templos o a otras comunidades griegas y no griegas, muchas veces según acuerdos ancestrales,[795] a individuos o a *katoikiai* militares y a ciudades griegas.

La preocupación del rey por la recaudación de rentas podía incluso implicar *euergesia* real tal como un documento de Licia demuestra. El rey implicado es Eumenes II de Pérgamo, pero puede suponerse que cosas similares ocurrieron en los dominios seléucidas:

El rey Eumenes a Artemidoro. He leído los comentarios que agregasteis a la petición enviada por los colonos de la aldea de Cardaces. Ya que después de investigar averiguasteis que sus negocios particulares están en mala situación, pues los árboles no dan mucho fruto y la tierra es pobre; dad instrucciones que puedan preservar la parcela de tierra que compraron a Ptolemaios [no el rey probablemente] y el precio que no pagaron porque la mayoría no tenía ya recursos, y dad instrucciones de no exigirles el dinero; y puesto que deben pagar por cada persona adulta la capitación de cuatro dracmas rodios y un óbolo, pero la situación precaria de sus negocios la convierte en una carga para ellos, (dad instrucciones) de exceptuarlos de los atrasos del año décimo sexto [182/181] y de 1 dracma rodio y 1 óbolo del año décimo séptimo… y que puedan reparar el fuerte que antes tenían… aunque yo mismo pagaré a un artesano diestro. Año 17, 4° día del fin del mes de Dión.

(Austin 202)[796]

Es raro que los historiadores vean los efectos de los actos de los soberanos sobre los plebeyos, y más raro que los reyes muestren preocupación y compasión; nos beneficiamos la confianza gubernamental en las comunicaciones documentales.

La imagen y el ideal

Así como en la esfera fiscal, en el ámbito de la imagen y la ideología real, los Seléucidas en buena parte asumieron los elementos tradicionales. Al igual que los Aqueménidas, cooperaron con los sacerdotes de Babilonia, realizando incluso nuevas construcciones. Para legitimar su posición como señores de Asia, los reyes a partir de Antíoco dieron pasos para promover el culto del soberano. Antíoco III fue el primero de la familia real en organizar un culto real del soberano (el término es utilizado por Sherwin-White y Kuhrt), pero Antíoco I había establecido el culto del difunto Seleuco I,[797] sin la organización central que implicaban las últimas medidas (véase el capítulo 3 sobre los honores divinos y la deificación de los reyes). El estatus de Seleuco y sus herederos, favorecido por los dioses y finalmente divino, fue subrayado por las historias que pronto aparecieron haciendo de Seleuco un descendiente o incluso hijo de un dios. Un decreto de Ilion en honor de Antíoco I de inicios de su reinado declara que los sacerdotes y las sacerdotisas de la ciudad deberán sacrificar «a Apolo, el antecesor de su familia» (Austin 139, BD 16, Burstein 15, OGIS 219). En la década de 240, Seleuco II, agradeciendo al pueblo de Mileto los honores, se refiere a las ofrendas de sus antecesores y su padre (Antíoco II), «debido a los oráculos dados allí por el santuario de Apolo Didimeo» (de Didima, el santuario cerca de Mileto) y «por el parentesco con el mismo dios» (Austin 186, RC 22, OGIS 227).

Como los anteriores soberanos de la región, los Seléucidas aprovecharon el lenguaje visual de la realeza. Comenzando por Antíoco I, el retrato del rey reinante aparecía en las monedas; el rey probablemente aprobaba sus retratos, aunque esto no

nos permite considerarlos semejantes a su modelo.[798] Curiosamente, no hay ninguna imagen esculpida de un Seléucida identificada con seguridad.[799] Las historias de amor que rodean la entrega de Estratonice por Seleuco I a su hijo quizá reflejan un intento, sea directamente patrocinado por los reyes o no, de hacer circular versiones favorables sobre ellos. Una serie de anécdotas sobre Seleuco I aparece en Apiano:

> Sus grandes victorias en la guerra le ganaron el apellido de Nicátor [«Vencedor»]… Era alto y de complexión fornida; un día en que un toro salvaje fue llevado a Alejandro para el sacrificio y rompió sus ligaduras, él [Seleuco] solo lo contuvo y lo controló con las manos desnudas. Esta es la razón porque las estatuas lo representan con cuernos…
>
> Dicen que cuando estaba realizando la fundación de las dos Seleucias, la de Seleucia del Mar fue precedida por una tormenta de truenos…
>
> También dicen que para la fundación de Seleucia del Tigris se ordenó a los magos que eligieran el día y la hora para comenzar a excavar los cimientos, pero falsificaron la hora pues no deseaban que se hiciera una fortaleza semejante que los amenazara. Seleuco estaba esperando la hora fijada en su tienda, mientras su ejército preparado para trabajar se mantenía firme hasta que Seleuco les diera la señal. De pronto, a la hora más favorable, pensaron que alguien les daba la orden de empezar y salieron a trabajar; ni siquiera los esfuerzos de los heraldos pudieron retenerlos.
>
> (Ap. *Guerras sir*, 58, Austin 46)

Estos episodios, que Apiano debe haber tomado de fuentes helenísticas, resumen nítidamente varios aspectos de la imagen que los Seléucidas deseaban cultivar: el hábil empleo de sacerdotes nativos (el relato del intento de los magos de sabotear la fundación no es necesariamente histórico), la observación piadosa del ritual religioso para el bien de los súbditos, las pruebas evidentes de la intervención divina en su favor y la realización de actos sobrehumanos.

Helenización y urbanización

Un gran número de soldados griegos y macedonios se habían asentado en el Oriente Próximo por obra de Alejandro y los diadocos. En el primero de sus dos discursos, *Sobre la fortuna* o *la virtud de Alejandro*,[800] Plutarco formula un nexo explícito entre la fundación de ciudades y la introducción de la civilización en Asia:

> Y si te fijas en la pedagogía de Alejandro, educó a los hircanos en el respeto al matrimonio, enseñó a los aracosios a cultivar la tierra y persuadió a los sogdianos a cuidar de sus padres y no matarlos y a los persas a respetar a sus madres pero no a casarse con ellas [Explica cómo la literatura y la religión griegas fueron adoptadas en el Lejano Oriente] Alejandro… fundó más de sesenta ciudades en pueblos bárbaros y sembró Asia de magistraturas griegas y se impuso sobre su modo de vivir salvaje e incivilizado… los que fueron conquistados por Alejandro son más felices que quienes escaparon a su mano. Pues nadie puso fin a la desdicha en que vivían, en tanto que el vencedor llevó a aquellos a una vida de felicidad… quienes fueron sometidos por Alejandro no estarían civilizados si no hubieran sido dominados.

(Plut. *Moralia*, 328c-f, Austin 19)

Sin embargo, esta figura no sólo es exagerada (Alejandro no fue el único responsable de todas las fundaciones de ciudades),[801] sino que podemos dudar legítimamente de que las motivaciones suyas y las de sus sucesores fueran tan nobles.

En cualquier caso, Seleuco I y Antioco I fueron los fundadores de ciudades más activos en el oriente.[802] Algunas áreas del imperio, como Irán, eran básicamente no urbanas. Según Arriano (*Indikê*, 40. 8), Alejandro fundó ciudades para convertir a los iranios de nómadas en agricultores, pero se puede demostrar que ya se estaban volviendo sedentarios y parece probable que existía ya, y continuó existiendo, una sociedad de base aldeana predominantemente.[803] No obstante, la sociedad prealejandrina en el Oriente Próximo, comprendía algunas de las más antiguas entidades urbanas del mundo conocido, y su papel se mantuvo básicamente sin cambios bajo el dominio seléucida. Tal parece haber sido el caso de Uruk, donde ninguna influencia griega es visible durante todo el período seléucida; mientras Babilonia, aunque probablemente recibió una comunidad grecohablante, no cambió ni de nombre ni de estatus.[804]

Un ejemplo de helenización más preventiva es la antigua ciudad lidio-griega de Sardes, en Asia Menor occidental, donde se agregaron edificios e instituciones griegas y el trazado de las calles fue rehecho según el patrón de cuadrícula «hipodámica» después de que la ciudad fuera devastada por un asedio de Antioco II. En otras partes una población griega, un nombre griego y las instituciones de la polis se introdujeron en una ciudad no griega preexistente, como Berrhoia (la antigua Alep) y quizá en la «Antioquía» que Antioco IV deseaba hacer de Jerusalén; durante el siglo III la antigua capital elamita y persa de Susa recibió colonos grecomacedonios y fue refundada como Seleucia de Eulaio.[805] Algunas *poleis* fueron creadas de la nada (o a partir de un pequeño asentamiento no griego) y dadas a ciudadanos grecomacedonios; esto pasó en Apamea de Orontes, Seleucia de Pieria, Doura-Europos y otras (para un fragmento de la constitución dada a Doura-Europos, véase Austin 179).[806] Algunas veces una ciudad fue reemplazada con una nueva estructura, posiblemente en un nuevo emplazamiento, como en Antioquía donde Seleuco I destruyó una ciudad existente, Antigonia, fundada por Antígono (Estrabón, 16. 2. 4 [749], Austin 174), y su población griega se trasladó al nuevo lugar. A veces una nueva ciudad se situaba junto a una antigua capital, como en el caso de Seleucia del Tigris, edificada frente a Babilonia.[807]

En muchos lugares los Seléucidas fundaron colonias de veteranos con un propósito militar expreso, llamadas con frecuencia *katoikiai*, «asentamientos», principalmente de grecomacedonios. Aunque algunos fueron fundados como guarniciones y otros como colonias por sí mismas, típicamente tenían una población étnicamente homogénea. La cultura griega fue promovida mediante el *gymnasion*

(véase, por ejemplo, la nueva carta real de Tiriaion en Frigia), donde la admisión era selectiva; pero en un asentamiento que era una polis la población nativa se convertiría en parte de la ciudad. Cohén señala las motivaciones de *realpolitik* de este activo programa de colonización (comercio, seguridad militar, a veces circunstancias políticas locales) y rechaza la sugerencia de que la helenización fuera una política de los reyes, una idea que encontramos en el orador del siglo IV d. C., Libanio de Antioquía:[808]

> Los demás reyes habían disfrutado al destruir las ciudades existentes; por otra parte, él había dispuesto que se edificaran ciudades que no existían aún. [Seleuco] fundó tantas sobre la tierra que bastaban para llevar los nombres de las ciudades de Macedonia como los nombres de los miembros de su familia… Además, si uno desease compararlo con los atenienses y milesos, que se supone habían establecido el mayor número de colonias, resultaría ser el más grande colonizador, pues en tanto los superó en la magnitud de sus obras que una de sus ciudades valía lo que diez de ellos. Uno puede ir a Fenicia a ver ciudades, uno puede ir a Siria y ver aún más y más grandiosas ciudades suyas. Extendió esta noble empresa al Eufrates y al Tigris; y rodeó Babilonia de ciudades; las derramó por todas partes, incluso en Persia. En suma, no hubo lugar aparente para fundar una ciudad que él dejara desnudo; antes bien, al helenizar el mundo bárbaro le dio fin.
>
> (Libanio, *Oratio*, 11. 101)

Tomando en cuenta la advertencia de Cohén, sin embargo, podemos aceptar que Libanio no estaba lejos de la verdad en su elogio de Seleuco, que revela cuan grande fue la fama de los sucesores de Alejandro. No obstante, la helenización fue en buena medida un efecto indirecto de la colonización.

El dar a las ciudades nombres de los miembros de la familia real fue una contribución más a la propaganda dinástica.[809] Apiano, en su famoso encomio de Seleuco (Sir. 52-63, Austin 46), atribuye treinta y cuatro ciudades a Seleuco:

> dieciséis llamadas Antioquía (*Antiocheia* en griego), nueve llamadas Seleucia, cinco llamadas Laodicea por su madre Laodicea y cuatro Apamea por su esposa.

Apiano puede haber estado confundiendo las fundaciones de Alejandro y de Antíoco con las de Seleuco, pero el mensaje es el mismo.

> Las otras las denominó con nombres de los lugares de Grecia o Macedonia, o con los de sus propias hazañas, o en honor de Alejandro el rey. Es por eso que hay en Siria, y en las tierras bárbaras, muchos topónimos griegos y macedonios: Berroia, Edesa, Perinto, Maronea, Calípolis, Acaya, Pela, Europos, Anfípolis, Aretusa, Astaco, Tegea, Calcis, Lansa, Heraia y Apolonia; también en Partia Soteria, Calíope, Caris, Hecatompilos y Acaya; entre los indios Alejandrópolis; y entre los escitas, Alejandrescata. También, llamadas por las victorias de Seleuco está Nicéforo en Mesopotamia y Nicópolis en Armenia, muy cerca de Capadocia.
>
> (Apian. *Guerr. sir*. 57, Austin 46)

Durante el reinado de Seleuco unas veinte ciudades fueron fundadas por todo el

imperio, desde Cilicia a Irán, de las cuales las cuatro más famosas son las «tetrápolis» sirias, ninguna de las cuales está a más de 50 km del Mediterráneo: Seleucia de Pieria, Antioquía del Orontes, Apamea (también a orillas del Orontes) y Laodicea del Mar. En el noreste de Siria, en el alto Eufrates, fundó Seleucia-Zeugma, y en la orilla opuesta (comunicada por un puente) otra Apamea; río abajo estaban Doura-Europos y Berrhoia. En Mesopotamia fundó Seleucia del Tigris y otras. Las fundaciones de Antíoco I seguras fueron Antioquía de Persis y la refundación de Antioquía de Margiana.[810]

Se corrobora que Bactriana distaba de ser marginal en la política seléucida[811] por la construcción de nuevas ciudades allí, de las cuales la más famosa es Ai Janum a orillas del río Oxus. Fue edificada a finales del siglo IV y destruida por los sakas que la invadieron desde el este en 150 más o menos. Tenía edificios de estilo griego como el teatro, el santuario de culto, el *gymnasion* y grandes columnatas rodeando los espacios públicos, además de una gran casa, un recinto para la guarnición en la ciudadela y una enorme fortificación, aunque se encuentran también edificios y elementos arquitectónicos que evocan la arquitectura aqueménida. Es difícil estar seguro de dónde vivían, respectivamente, los griegos y los no griegos, o de si había una separación espacial entre ellos.[812] Otras notables fundaciones seléucidas comprenden el asentamiento excavado de Icaro, en la isla de Failaka a la entrada del golfo Pérsico. Pudo tratarse de un puesto comercial preseléucida con un complejo de culto pregriego, que no llegó a tener estatus de polis.

Lugares como este, fueran *poleis* autónomas o no, a veces tenían un gobernador real. La mayoría tendrían las normales instituciones cívicas griegas: asamblea pública, consejo (*boulé*) y magistrados electos, pero la textura de la vida cívica y política es confusa. Pese a los procedimientos formales según los cuales el rey trataba a la polis como si fuera igual en categoría, las más de las veces es evidente que son sus decisiones las que cuentan. Cuando la ciudad de Magnesia del Meandro en Asia Menor occidental pidió que su nueva festividad fuera reconocida como «isopitia» (igual en categoría a los juegos pitios de Delfos), fue el rey quien tuvo que acceder a la petición y dar instrucciones a sus funcionarios para que procuraran que otras ciudades hicieran lo mismo (Austin 184, BD 128, RC31, OGIS23l)[813]

Era menos probable que las antiguas ciudades griegas fueran sometidas a remodelaciones radicales y bajo los Seléucidas, como bajo los Ptolomeos, fueron tratadas con respeto; en teoría, efectivamente, eran todavía entidades independientes con las que los reyes tenían que negociar una relación. Un ejemplo famoso de negociación exitosa por una ciudad menor es el caso de Demodamas de Mileto, miembro del consejo y promotor en 299 de un decreto en honor de Antíoco I (Burstein 2, OGIS 213),[814] que había aceptado costear una columnata en el santuario de Apolo en Didima, y de otro decreto en honor de su madre Apame. Ya hemos encontrado a Demodamas como general de Seleuco, pero también es un ejemplo de una red de influencias que se extendía desde la ciudad a través de sus

ciudadanos prominentes hasta llegar al rey.

Además de ilustrar cómo Seleuco desarrolló la imagen de una armoniosa familia dominante (como con la historia de Estratonice), los documentos ejemplifican cómo una comunidad local, particularmente una antigua polis griega, podía aprovechar los contactos personales con el centro del poder, sacando ventaja de su historia y del deseo del rey de parecer generoso. Esto es tanto más sorprendente cuanto más consideramos la posición marginal de Mileto en el reino y la enorme distancia entre ella y la probable ubicación de la corte en todo momento.[815]

Había muchos objetivos tras la fundación de ciudades, y muchas variedades de *poleis* en los diferentes territorios, pero la uniformidad de las estructuras administrativas que resultaron es uno de los distintivos del período helenístico.

Los Seléucidas y los judíos de Jerusalén

El más destacado enfrentamiento de los Seléucidas con una colectividad no griega y uno de los más citados por los actuales escritores en relación con el tema de la helenización, fue con los judíos de Jerusalén en el segundo cuarto del siglo II.[816] Una especie de memorial se preserva en Macabeos I y II, que abarcan, respectivamente, los años 175-135 y 175-160 no siempre en orden cronológico. El libro de Daniel que asumió su forma definitiva alrededor de 165, contiene «profecías» retrospectivas de acontecimientos sucedidos en ese momento. Josefo (*Las guerras de los judíos* y *Las antigüedades de los judíos*) relata algunos episodios, no necesariamente de modo fiable. Tanto éste como los Macabeos incluyen citas directas de correspondencia contemporánea.[817] Desafortunadamente, casi todos los detalles de la cronología y las causas de los hechos son materia de controversia, y nada más que una visión general puede ofrecerse aquí.[818]

Hasta el 200, Jerusalén y su territorio fueron posesiones ptolemaicas, pero la hostilidad hacia la dominación ptolemaica surgió en algunos sectores, tal como lo expresa el libro griego del *Eclesiases* («El predicador», c. 250 a. C.) que se preserva entre los libros de la *Biblia*. Parece que Ptolomeo IV intentó insensatamente popularizar algunos cultos griegos como el de Dionisio, aunque los detalles no son seguros. Antíoco III arrebató el sur de Siria a Ptolomeo V en la quinta guerra siria (202-200), y en el estilo tradicional del Oriente Próximo proclamó la tolerancia de la cultura local. La carta a Zeuxis expone que animó a la nación (*ethnos*) judía a vivir según sus propias leyes a la vez que pagaban los impuestos pertinentes, aunque se hizo considerables concesiones en este rubro. En un documento citado por Josefo, Antíoco hace contribuciones para sus sacrificios, consistentes en animales, vino, aceite e incienso por el valor de 20 000 piezas de plata, 1460 *medimnoi* de trigo y 375 *medimnoi* de sal, y promete materiales para la reedificación del templo (Jos. *AJ* 12,

140-141, Austin 167, Burstein 35).

El rey tenía claramente un papel decisivo en la designación del sumo sacerdote de Jerusalén, como ocurrió en 175:

> Cuando Seleuco dejó esta vida y Antíoco, por sobrenombre Epífanes, comenzó a reinar, Jasón, el hermano de Onías, usurpó el sumo pontificado, después de haber prometido al rey, en una conversación, trescientos sesenta talentos de plata y ochenta talentos de otras rentas. Se comprometía además a firmar el pago de otros ciento cincuenta, si se le concedía la facultad de instalar por su propia cuenta un gimnasio y una efebía, así como la de inscribir a los Antioquenos en Jerusalén.[819]
>
> Con el consentimiento del rey y con los poderes en su mano, pronto cambió las costumbres de sus compatriotas al estilo griego. Suprimiendo los privilegios que los reyes habían concedido a los judíos… y abrogando las instituciones legales, introdujo costumbres nuevas contrarias a la Ley. Así pues, fundó a su gusto un gimnasio bajo la misma acrópolis e indujo a lo mejor de la juventud a educarse usando el petaso. Era tal el auge del helenismo y el progreso de la moda extranjera a causa de la extrema perversidad de aquel Jasón, que tenía más de impío que de sumo sacerdote, que ya los sacerdotes no sentían celo por el servicio del altar, sino que despreciaban el templo; descuidando los sacrificios, en cuanto se daba la señal con el gong se apresuraban a tomar parte en los ejercicios de la palestra contrarios a la Ley.
>
> (Mac. 11,4:7-14)

El autor emplea el término *hellenismos*, posiblemente usado aquí por primera vez en griego, para denotar «el estilo de vida griega» (4: 13; se opone al *ioudaísmos* en 2: 21).[820] Parece que Jasón no estaba solo sino que era el jefe de un grupo de «helenizadores».

> En aquellos días surgieron de Israel unos hijos rebeldes que sedujeron a muchos diciendo: «Vamos, concertemos alianza con los pueblos que nos rodean, porque desde que nos separamos de ellos, nos han sobrevenido muchos males». Estas palabras parecieron bien a sus ojos, y algunos del pueblo se apresuraron a acudir donde el rey y obtuvieron de él autorización para seguir las costumbres de los gentiles. En consecuencia, levantaron en Jerusalén un gimnasio al uso de los paganos.
>
> (Mac. I, 11: 10-14= Austin 168)

Esto significaría que el impulso para la helenización a finales de la década de 170 e inicios de la de 160 surgió inicialmente en Jerusalén, pero recibió la aprobación real; sería normal que una comunidad deseara construir *gymnasia* y en general alterar sus instituciones para tratar de asegurarse el apoyo real, incluida la ayuda financiera. Un paralelo casi contemporáneo lo ofrece una inscripción recientemente descubierta en Frigia de los años posteriores a 188, época hacia la que Eumenes II de Pérgamo otorga a una pequeña comunidad la categoría de polis y le permite construir un *gymnasion*. A la vez, no parece haber un abandono de las antiguas formas: Macabeos I específicamente implica que los rituales en el Templo continuaron, aunque a los ojos de algunos no eran debidamente respetados. La evidencia que puede interpretarse en el sentido de que la helenización tuvo que avanzar más lentamente en

Judea que en otras partes del Oriente Próximo,[821] también plantea el problema de si, en esta etapa, la helenización de Jerusalén estaba siendo impuesta desde arriba, o más bien era el producto de la política cultural interna. No es necesario decir que ambas opiniones han sido defendidas.

En algún momento (posiblemente en 167 o antes), Jasón fue reemplazado como sumo sacerdote por un tal Menelao (Mac. II, 4: 26-5, 27), pero no es seguro que haya tenido algo que ver con los «helenizadores».[822] En el momento en que Antíoco fuera humillado por Popilio Laenas en Egipto, los rumores de la muerte del rey (Mac. II, 5: 5) provocaron una guerra civil en Jerusalén; pudiera ser que, por esta razón, Antíoco interviniera para restablecer el orden y quizá para guardar las apariencias. Muchas personas murieron y Jasón fue expulsado. Quizá imprudentemente, Antíoco saqueó o permitió a sus soldados que robaran los tesoros del Templo, antes de poner una guarnición en la ciudad (Mac. I, 1: 20-36, Austin 168). No es claro que esto tuviera algo que ver con la temprana introducción de las costumbres griegas.

Sin embargo, pronto hubo una activa persecución de los judíos de Jerusalén, cuya cronología se debate,[823] en particular su relación con la invasión de Egipto. El papel de Menelao tampoco está claro; igualmente incierto es si la opresión era parte del intento de introducir las costumbres de la polis griega por parte del «movimiento helenizante». Lo que no se discute es la afirmación de que el rey «publicó un edicto en todo su reino ordenando que todos formaran un único pueblo y abandonara cada uno sus peculiares costumbres» (Mac. I, 1: 41). El mismo autor da detalles considerables:

> También a Jerusalén y a las ciudades de Judá hizo el rey llegar, por medio de mensajeros, el edicto que ordenaba seguir costumbres extrañas al país. Debían suprimir en el santuario holocaustos, sacrificios y libaciones; profanar sábados y fiestas, mancillar el santuario y lo santo, levantar altares, recintos sagrados y templos idolátricos; sacrificar puercos y animales impuros; dejar a sus hijos incircuncisos; volver abominables sus almas con toda clase de impurezas y profanaciones, de modo que olvidasen la Ley y cambiasen todas sus costumbres. El que no obrara conforme a la orden del rey, moriría.
>
> (Mac. I, 1:44-50, Austin 168)

Tal como generalmente se interpreta, y concediendo incluso el tono polémico, esto significa que Antíoco prohibió la religión y las prácticas sociales judías categóricamente (lo cual de paso confirma que estaban todavía vigentes; ni los pasos tempranos hacia la helenización ni el nombramiento de Menelao, al parecer, buscaban detener la observación de la ley y las costumbres judías). El historiador romano Tácito lo expresa de modo más terminante: «el rey Antíoco, esforzándose en quitarles su superstición y darles la forma de vida de los griegos, se vio impedido por la guerra de los partos de cambiar para mejor a un pueblo tan repulsivo» (*Historias*, 5. 8. 4).[824]

El autor de Macabeos I también dice que Antíoco levantó sobre el altar del

Templo «la abominación de la desolación» (Mac. I, 1: 54, Austin 168).[825] El significado preciso ha sido discutido sin cesar; una sugerencia es que se refiere a la construcción de un altar del dios sirio Baal-Shamen,[826] que, si es cierto, hablaría contra la activa política de helenización del rey, aunque en favor de la promoción de una alternativa monoteísta al dios judío. O, si recurrimos al consenso de las fuentes de diferentes fechas (Dan. 11: 39; Mac. II, 6; Mac. I, 1; Diod. 34/35. 5.1; Jos. BJ 1. 34), el rey habría mancillado el altar del Templo al sacrificar un cerdo.

Las fuentes posteriores también se refieren, con menos certidumbre, a la erección en el recinto del Templo de estatuas para el culto de Zeus Olímpico, y posiblemente del propio Antíoco y Atenea (Jerónimo, *Sobre Daniel*, en 8: 14-15 y 11:31; *Synkellos*, p. 531 Dindorf). No obstante, Zeus Olímpico era un dios con quien Antíoco IV estaba muy identificado, por ejemplo, a causa de sus donaciones para la construcción del Olimpio en Atenas y de otro templo en Priene. El autor bizantino Ioannes Malalas (pp. 206-207 Dindorf) incluso declara que el Templo fue consagrado a Zeus Olímpico y a Atenea; esto es bastante posible, puesto que la comunidad posiblemente no judía del monte Garizim pidió al rey con éxito que consagrara su santuario a Zeus Xenio (Mac II, 6: 1-2; cf. Jos. AJ 12. 258-263, Burstein 42).[827] Si esto es exacto, señala un intento de sustituir la adoración del dios judío con el politeísmo griego; pero no todos los estudiosos aceptan este testimonio, y algunos prefieren interpretar los acontecimientos, incluida la posible consagración del Templo, como parte de la gradual helenización de Judea y el surgimiento (deducido) entre los pueblos de la región de una preferencia por un único dios «supremo», cualquiera que fuera la cultura propia.

Si la dirección tomada aquí es correcta, no obstante, no hay pruebas de que Antíoco estuviera promoviendo el politeísmo; simplemente, decidió imponer el culto griego a los judíos, por razones que no podemos conocer definitivamente pero que eran evidentemente políticas. El intento de suprimir incluso costumbres tales como las restricciones alimentarias tiende a confirmar que no se trataba simplemente de una campaña religiosa. Quizá durante su invasión de Egipto, los acontecimientos en Jerusalén bajo Menelao suscitaron disturbios que el rey no podía ignorar (estos disturbios no tenían necesariamente relación con la oposición a las costumbres griegas, puesto que por lo visto las innovaciones no estaban socavando la tradición judía). Dada la desusada fuerza de la identidad y las costumbres judías, el rey puede haber decidido que eran necesarias medidas extraordinarias para devolver el orden a la ciudad.

Los resultados a largo plazo del intento de hacer entrar en vereda a Jerusalén fueron calamitosos. Quizá ya en 166/165, un grupo dirigido por Matatías y su hijo Judas Macabeo («el Martillo») comenzaron la resistencia armada a la supresión de la ley judía, reconquistando finalmente Jerusalén y derrotando al gobernador de Siria en la batalla. Sin embargo, una vez que Antíoco estuvo en guerra en el Lejano Oriente y escaso de dinero, decretó una amnistía y anunció una vuelta a la ley (Mac. II, 11: 27-

33, 164 a. C.). Después de su muerte a finales de 164, el regente Lisias, en nombre del joven Antíoco V, suspendió el anterior decreto:

> El rey Antioco saluda a su hermano Lisias. Habiendo pasado nuestro padre donde los dioses, deseamos que los súbditos del reino vivan sin inquietudes para entregarse a sus propias ocupaciones. Teniendo oído que los judíos no están de acuerdo en adoptar las costumbres griegas, como era voluntad de mi padre, sino que prefieren seguir sus propias costumbres, y ruegan que se les permita acomodarse a sus leyes, deseosos, por tanto, de que esta nación esté tranquila, decidimos que se les restituya el Templo y que puedan vivir según las costumbres de sus antepasados. Bien harás, por tanto, en enviarles emisarios que les den la mano, para que al saber nuestra determinación, se sientan confiados y se dediquen con agrado a sus propias ocupaciones.
>
> (Mac. II, 11: 22-26; Burstein 43)

Simplemente reconoció el *statu quo*; los judíos habían ya recuperado el Templo que fue vuelto a consagrar a finales de 164.

Hacia finales de la década de 160 los judíos habían formado una alianza con los romanos (Mac. II, 8: 22-32, Burstein 44), quienes sin duda veían con buenos ojos la oportunidad de desestabilizar Siria. Pese a las victorias sobre los ejército seléucidas, Judea a partir de ahí no se hizo independiente inmediatamente, sino que cultivó una relación cercana y respetuosa con los reyes seléucidas. En 152, por ejemplo, cuando el rey Alejandro Balas la invadió, Jonatán Macabeo reconoció su soberanía, fue nombrado amigo y se le envió una clámide de púrpura y una corona de oro (Mac. I, 10: 15-20). Desde 142, sin embargo, los descendientes de Matatías gobernaron como sumos sacerdotes (y reyes desde 104-103), expandiendo gradualmente el territorio de Judea a costa del reino seléucida cada vez más dividido. En 139, durante la guerra con Diodoto Trifón, Antioco VII fue obligado a confirmar las anteriores exenciones de tributo y a hacer otras concesiones (Mac. I, 15: 1-19, Austin 172). Posteriormente conquistó Jerusalén; pero después de que muriera luchando con los partos en 129, Judea se volvió independiente (Just. 36. 1.10). Esto duró hasta la reconstrucción del Levante por Pompeyo en 63, aunque la dinastía continuó a partir de entonces hasta la época de Herodes y con posterioridad.[828]

La efímera supresión de la cultura judía tuvo efectos de largo alcance en la historia de la región en los siglos siguientes.[829] Al intentar proscribir una cultura con tanta fuerza interna, el rey provocó una reacción que hizo a Judea más firme y ambiciosa que antes, y de ese modo fomentó el espíritu de independencia ya fuerte entre los judíos. No obstante, si la interpretación asumida aquí es correcta, el episodio no entraña una lección general sobre la debilidad o inadecuación de la dominación seléucida, o sobre la insensatez de una activa helenización.

LA DINASTÍA ATÁLIDA (283-133 a. C.)

LA primera secesión y la más importante del imperio seléucida la protagonizó la ciudad de Pérgamo, situada en el noroeste de Asia Menor. A medida que el imperio perdía, por etapas, su poder en esa región, Pérgamo habría de convertirse en su principal sucesora en el continente y, como tal en el principal foco de la atención romana, con buenas y malas consecuencias.

Pérgamo, hasta entonces una ciudad relativamente oscura cuya existencia sólo está documentada desde finales del siglo V, era administrada en nombre de Lisímaco desde c. 302 por Filetairo, cuyo cargo probablemente era el de *qazophilax* o guarda del tesoro. Era hijo de un macedonio, Átalo; Estrabón (13. 4. 1-2 [623-624], Austin 193) sintetiza la historia y la cronología de sus descendientes, los Atálidas. Aunque ningún miembro de la familia fue proclamado rey antes de c. 240 (en Austin 197, Burstein 85, OGIS 273-279, de c. 238-227 a. C., el «rey» Átalo ofrenda el botín de sus victorias militares), el período oficial de reinado fue hecho retroceder hasta 283, la fecha en que Filetairo (que ocupaba un cargo en Pérgamo desde c. 302) ofreció su adhesión a Seleuco I en vez de Lisímaco. Se supone que a partir de entonces ocupó un puesto más elevado que el de tesorero. Su nombre aparece en monedas de la ciudad, junto con la cabeza de Seleuco. Cuando Seleuco murió en Europa, Filetairo envió sus cenizas al nuevo rey, Antíoco I (Ap. *G. sir*. 63). Ya la influencia de la ciudad, aunque no su soberanía directa, se extendía sobre una amplia región; Filetairo concedió mercedes a Kizikos (Austin 194, OGIS 748) y otras ciudades, y probablemente refundo el santuario de Meter (la diosa madre) en Mamurt-Kaleh, a unos 30 kilómetros de la ciudad. También consiguió victorias contra los galos más o menos al mismo tiempo que Antíoco I (sobre los gálatas, véase el capítulo 2). Aunque otros gobernantes en Asia Menor rompieron con Lisímaco, ninguno disfrutó del éxito de los Atálidas.

Eumenes I (r. 263-241), sobrino e hijo adoptivo de Filetairo, gobernó como *dinasta* antes que como rey. Pérgamo, ya una polis notable a causa del cercano santuario de Meter, ganó más prestigio. A los dos años de asumir el mando, Eumenes derrotó a Antíoco I en la batalla y afirmó una mayor independencia; para entonces era *dynastês* del territorio que rodeaba la ciudad, un papel que puede haber reclamado en el momento de su ascenso. Sus monedas llevan el perfil de Filetairo en vez del de Seleuco, lo que representa una negación de su anterior relación de subordinación. Ahora Pérgamo controlaba la ciudad portuaria de Elaia y sus soberanos probablemente habían construido una flota.[830] Eumenes (una vez destituido) fue sucedido por su primo e hijo adoptivo, el longevo Átalo I (n. 269, r. 241-197).

Al cabo de poco tiempo de iniciado su reinado Átalo rehusó pagar el dinero que por su protección los dinastas del Asia Menor occidental daban periódicamente a los

gálatas (Livio, 38. 16. 14); los derrotó en Misia, asumiendo luego el título de rey (Polib. 18. 41. 7-8).[831] Se conmemoró la guerra con esculturas que simbolizaban la defensa de Pérgamo del helenismo frente a los bárbaros, entre las que estaban las famosas escenas de batalla como la del galo matando a su esposa y suicidándose, y la del galo moribundo (conocidas sólo a través de copias romanas).[832] El cambio de política con respecto al tributo es tomado como un signo de que Átalo había formado un ejército fuerte, mientras que sus predecesores habían dependido más de mercenarios (véase, p. ej., Austin 196, OGIS 266, un acuerdo entre Eumenes I y sus mercenarios).[833]

En campañas probablemente distintas Átalo derrotó a los mercenarios gálatas de Antíoco Hiérax, ganando en consecuencia gran parte del territorio seléucida al pretendiente. Estas nuevas tierras fueron conservadas ante los ataques de Seleuco III (r. 226-223), pero fueron perdidas probablemente durante un corto tiempo ante Acayo. Los dos quizá llegaron a un acuerdo antes de que Acayo se proclamase rey en 220, ya que en ese año los bizantinos recurrieron a ambos para pedir ayuda en la guerra contra los rodios (Polib. 4. 48. 1-3); Átalo estaba dispuesto a acudir, pero no podía pues estaba confinado a Pérgamo (Polib. 4.48. 11), pero la demanda implica que no estaba ya en guerra con Acayo. Sin embargo, en 218, cuando Acayo estaba en Pisidia, Átalo aprovechó la oportunidad para reconquistar Eolis y Misia (Polib. 5. 77-78). Dos años después hizo un pacto con Antíoco III contra Acayo (Polib. 5. 107. 4) continuado probablemente hasta antes de 212 con una alianza formal (a la que se refiere retrospectivamente en Polib. 21. 17. 6; Ap. *G. sir*. 38). Fue el momento decisivo en las relaciones atalido-seléucidas; posiblemente por primera vez los Seléucidas reconocieron la soberanía de su antigua posesión.

En la primera guerra macedónica, aunque no era tal vez formalmente un aliado de Roma, Átalo le dio apoyo a ésta y a sus aliados. Esto podía ser la consecuencia de los estrechos lazos con los etolios; Átalo era ahora su general. Durante la guerra obtuvo posesión de Egina (c. 210). Pérgamo fue enumerada entre los aliados de Roma en la paz de 205. Después Átalo recibió Andros de los romanos (199; Livio, 31. 45. 7) y durante un tiempo breve controló una ciudad en Eubea.[834]

Vale la pena centrarse en los medios por los que el poder pergamense fue ejercido en el Asia Menor noroccidental. En Pérgamo, ya entonces bajo Eumenes I, el rey ejercía el poder *de facto* nombrando a los *stratêgoi* (generales) de la polis (Austin 195, RC 23, OGIS 267), un sistema que fue probablemente extendido a otras ciudades sólo después de 188. Al recobrar Eolis y Misia en 218, Átalo probablemente restableció un relación en que las *poleis* griegas no disfrutaban de independencia sino sólo de autonomía interior; las de Eolis pagarían tributo mientras que las de Misia, básicamente asentamientos que no eran *poleis*, serían controladas menos formalmente, por una especie de protectorado.[835]

Átalo desempeñó un papel decisivo en que los romanos intervinieran en Grecia otra vez contra Macedonia, y en asegurarles de que Atenas, Acaya e incluso Esparta

les dieran ayuda. Se escaló una cumbre simbólica cuando, en 200, defendió El Pireo contra las fuerzas de Filipo V. Su visita a Atenas es descrita por Polibio (16. 25-26, Austin 198). Además de recibir los honores cívicos,[836] es posible que dedicara en la cima de la acrópolis, justamente encima del teatro de Dionisio, las estatuas de personajes míticos que conmemoraban las victorias griegas sobre los bárbaros (gigantes, amazonas, persas, gálatas) que son llamadas la *Pequeña consagración pergamense* (sólo quedan también copias romanas).[837] También habría pagado la stoa en Delfos y las fortificaciones para los etolios.

La apreciación de Polibio sobre Átalo es favorable (18. 41, Austin 199). Pérgamo estaba ya instalada en el núcleo de la conciencia cívica griega. Había disfrutado un siglo de independencia, gracias a su lejanía de los núcleos seléucidas, a su fértil territorio y a la antigua y sólida riqueza de las ciudades griegas del Asia Menor occidental. La duración del reinado de Átalo puede haber promovido la estabilidad, y en términos de fortaleza y creciente estatus su reinado puede haber, en cierto sentido, representado la cumbre del éxito pergamense; pues aunque las décadas posteriores a su muerte vieron la monumentalización más espectacular de la ciudadela de Pérgamo, y un masivo aumento territorial, también acarrearon problemas.

Eumenes II (r. 197-159) preservó los estrechos vínculos de su padre con los estados del sur de Grecia, contribuyendo a las campañas de los aqueos contra Esparta (195, 192) y concediendo espléndidas dotaciones a Delfos. Livio comenta explícitamente que «todas las ciudades de Grecia y la mayor parte de sus notables estaban en deuda con Eumenes por su buen comportamiento y su generosidad» (42. 5. 3). Pese a la antigua amistad con Antíoco III, Pérgamo sufrió un ataque en 198, lo cual la hizo pasarse definitivamente al campo romano, convirtiéndose en su principal aliada en la guerra contra Antíoco.[838] Con la paz de Apamea en 188, Pérgamo obtuvo la porción seléucida del Asia Menor septentrional y se convirtió en el reino más poderoso de la región.

Un notable hallazgo epigráfico contiene una profesión pública de Eumenes de su deuda con Roma. En su respuesta a una petición de una pequeña comunidad en Frigia (probablemente una mezcla de colonos griegos y gálatas) que después de 188 solicitaba la categoría de polis.

> Con buena fortuna
>
> El rey Eumenes a los habitantes de Toriaion [i.e. Tiriaion], saludos.
>
> Los hombres de entre vosotros, Antígenes, [B]reno y Helíades, a quienes enviasteis para felicitarnos por haber conseguido todos nuestros objetivos y haber llegado a este lugar con bien, razones por las cuales, en verdad, hicisteis ofrendas de agradecimiento a los dioses y presentasteis los sacrificios adecuados, y para pedir, en razón de la devoción que abrigáis hacia nuestros asuntos, que os sea otorgado una constitución de polis (*politeia*) y vuestras propias leyes y un *gymnasion* y tantas otras cosas que vienen con éstas, han hablado de estos temas con gran entusiasmo…
>
> Y considero, por una parte, que concederos vuestras peticiones no es poco importante para mi, en relación a muchas cosas más grandes; pues ahora (un favor) que yo os conceda sería duradero, pues he obtenido autoridad plena [sobre el país] al haberlo recibido de los romanos, que ganaron tanto en la guerra como en los tratados, mientras

que este favor decretado por aquellos que no tienen dicha autoridad no sería (duradero), pues justamente sería considerado vacío y engañoso por todos.

Pero debido a la devoción que abrigáis hacia nosotros y que habéis demostrado en el momento justo, os concedo a vosotros y a los que viven con vosotros en los lugares (*chôria*) (fortificados) que os organicéis en un solo cuerno ciudadano y uséis vuestras propias leyes. Si estáis satisfechos de estas (leyes), enviádnoslas de modo que podamos ver que no contengan nada contrario a vuestro provecho. Si no, informadnos y os daremos los hombres capaces de establecer un consejo y magistrados y de dividir el demos y distribuirlo en tribus, después formar un gymnasion, de proporcionar aceite a los jóvenes…

(*Epigraphica Anatolica*, 29 1997, 3-4, líneas 1-11, 17-34)[839]

En una epístola posterior el rey promete disponer que se asignen las rentas para sostener el suministro de aceite. Explícitamente vincula sus obligaciones para con los romanos con las obligaciones que tiene como soberano de tratar bien a sus nuevos súbditos.

Aunque Pérgamo había ganado una cantidad considerable de territorio, el Ponto permanecía independiente en el noreste de Asia Menor. En las fronteras de Pérgamo estaban situados los reinos de Bitinia, Galacia céltica y Capadocia, de los cuales sólo el último era amistoso. Desde aproximadamente 187 a 183 Eumenes estuvo en guerra con Prusias de Bitinia, que aunque era proromano había perdido territorio ante Pérgamo por la paz de 188, y con los gálatas. Las amenazas de Roma forzaron la cuestión en favor de Eumenes. (Entre los jefes de Prusias estaba el exiliado Aníbal, a quien Prusias fue obligado a entregar en 183 y que se suicidó entonces.) La victoria sobre los gálatas hizo que los griegos de Asia Menor llamaran a Eumenes «Nicéforo» (Portador de la victoria), y en 181 inauguró un festival panhelénico de Atenea Nicéfora en Pérgamo.

La guerra de Eumenes contra el Ponto y sus aliados (183-179) fue ganada igualmente con la ayuda de la diplomacia romana. Como en la paz de Fenice, otros estados fueron en cierto sentido colaboradores de la paz, incluida la Gran Armenia y algunas ciudades griegas del Propontis y el mar Negro (Polib. 25. 2. 12-13). El poder del reino estaba en su apogeo, no sólo por sus propios esfuerzos, y esto se reflejó en la mayor elaboración del ya enorme complejo de la acrópolis y en los donativos de grano y monumentos arquitectónicos de Eumenes a ciudades como Atenas (la Stoa de Eumenes). Este fue el período durante el cual la nueva moneda «cistofórica» fue introducida en celebración de los logros de la dinastía (y de su nueva separación política de los Seléucidas), quizá inmediatamente después de Apamea.[840]

Cuando Eumenes apoyó las pretensiones de Antíoco al trono seléucida, debe haberse sentido invulnerable, pero su apoyo a Roma contra Perseo (172-168) y la derrota de Macedonia a continuación eliminó la razón por la que los romanos lo necesitaban. No pasó mucho tiempo antes de que el Senado encontrara razones para sospechar de su lealtad y se mostrara favorable a su hermano Átalo (Polib. 29. 22; 30. 1-3). Los senadores rehusaron incluso dar audiencia a Eumenes (Polib. 30. 19. 12).

Animaron a los gálatas a rebelarse (así lo sugiere Polib. 30. 3. 7-9; 30. 30. 6), después los declararon libres (30. 28) —un acto que no tenían poder legal para realizar. A su vez, los vecinos enemigos de Pérgamo, como Prusias II de Bitinia, encontraron audiencia en Roma. Eumenes recibió amplia simpatía en Asia Menor por el trato que le dieron los romanos (Polib. 31.6. 6).[841] Los homenajes que le ofrecieron al rey, como los espléndidos honores que aceptó de la liga jónica en 167/166 (Austin 203, BD 41, Burstein 88, RC 52, OGIS 763), reflejan su fama. (La guerra que emprendió contra los gálatas, 168-166, es mencionada por Átalo en una carta a la ciudad de Amlada: Austin 205, RC 54, OGIS 751).

Los rodios también habían caído en desgracia, perdiendo no sólo territorios sino la jefatura de la liga de los insulares. Su amistad con los romanos sólo fue reparada parcialmente por un tratado en 164.[842] Roma permitió que algunos pueblos carios escogieran adherirse a Rodas, pero en otras partes el poder de los rodios para controlar la piratería fue desafiado con éxito por los cretenses (155-153). La decadencia del poder militar de Rodas coincide con su auge como centro cultural con una renombrada escuela filosófica.[843]

El ascenso de Átalo II en 158 no produjo ningún cambio real; tuvo que ceder ante los romanos, aun cuando había sido su candidato favorito. Un documento extraordinario, y al parecer genuino, de su correspondencia privada, publicado en piedra un siglo después, registra discusiones secretas de alto nivel, sobre un posible ataque contra los galos. Es una carta a un sacerdote gálata:

> El rey Átalo al sacerdote Atis, saludos… Cuando vinimos a Pérgamo reuní no sólo a Ateneo, Susandro y Menógenes, sino también a muchos otros de mis «parientes», les plantee lo que habíamos hablado en Apamea, y les dije lo que habíamos decidido. Siguió una discusión muy complicada, y al comenzar todos estaban inclinados a la misma opinión que nosotros; pero Cloro insistía mucho en recalcar el factor romano y aconsejaba que de ningún modo hiciéramos nada sin consultarlos. Primero pocos compartían su opinión, pero después de esto, a medida que íbamos examinando la cuestión día a día, su consejo nos hizo una mayor impresión, y continuar sin consultarlos parecía implicar un peligro considerable…
>
> (Austin 208, BD 42, Sherk 29, RC 61, OGIS 315 c vi)

Como señala Habicht, esto muestra claramente que los reyes de Pérgamo creían que Roma no deseaba que tuvieran una política independiente.

Átalo pudo rechazar el ataque de Prusias en 156-154; el senado, no viendo peligro para los intereses romanos, le dio respaldo. Por el contrario, o de modo congruente, cuando Átalo, junto con Ariarates de Capadocia, ataca a la ciudad griega de Priene que les había causado problemas, el senado otra vez impidió cualquier cambio en el *statu quo*.[844] Sin embargo, Átalo pudo obviar el derrocamiento de Prusias por su hijo Nicomedes en 149, y contener los estragos que los soldados tracios infligían a las ciudades griegas en los años siguientes. Proporcionó tropas para apoyar las guerras romanas contra Andrisco y contra los aqueos (Paus. 7. 16. 8).[845] El poder y la

riqueza pergamenses eran todavía grandes. Átalo, además de las nuevas construcciones en su ciudad, fundó o refundo ciudades en su territorio y dotó a las ciudades de otras partes con espectaculares mercedes, la más famosa es la stoa en el agora ateniense que lleva su nombre.

Lo que Ptolomeo IV fue respecto a Ptolomeo III, así aparece la fama de Átalo III comparada con la de su padre. Las fuentes de su corto reinado oscurecen su nombre, pero sus presuntos crímenes pueden ser invenciones. Al parecer, era en verdad extraordinario en mostrar un interés genuino y activo en las artes y las ciencias. Hay testimonios de que cumplió con las habituales tareas administrativas de un rey (tales como la correspondencia sobre un sacerdocio en Austin 210 a-b, RC 66-67, OGIS 331, ii-iv), pero puede haberlas delegado a los funcionarios, y esto no prueba que fuera un gobernante competente. Su mala prensa puede reflejar (si bien no puede ser justificada por) su inesperada decisión de dejar su reino a los romanos en su testamento.[846] Las razones son desconocidas, pero puesto que murió prematuramente y sin hijos, su testamento quizá no estaba concebido como solución permanente, sino como, por ejemplo, un arreglo temporal para impedir que Aristonico, su (supuesto) hermano ilegítimo, tuviese el papel de presunto heredero. La muerte del rey tuvo consecuencias imprevistas en Roma, donde el tribuno Tiberio Graco usó el legado para financiar su reforma agraria (véase Plut. *Ti. Graco*; Apiano, *Guerras civiles*, libro 1). El decreto del senado romano reconociendo los actos de Átalo, y, por tanto, su testamento, como válidos han quedado en una copia fragmentaria de Pérgamo (Austin 214, Sherk 40, OGIS 435).[847]

En Pérgamo, Aristónico se proclamó rey como Eumenes III (sabemos esto sólo a partir de sus monedas).[848] Nuestras fuentes lo describen como una especie de Espartaco griego que movilizó a los esclavos y labriegos pobres, pero probablemente lo hizo como último recurso después de fracasar en atraer un apoyo más poderoso. Poco después de la muerte de Átalo los ciudadanos de Pérgamo concedieron la ciudadanía a varios grupos militares que residían en Pérgamo, pero excluyeron a las personas que habían dejado, o podrían dejar, la ciudad y sus términos:

> En el sacerdocio de Menéstrato, hijo de Apolodoro, el decimonoveno de Eumeneo; el pueblo resuelve la moción de los generales.
>
> [Puesto] que el rey Átalo Filométor y Evergetes, habiendo [partido] de entre los hombres, dejó nuestra [ciudad natal] libre, habiéndole agregado también el territorio [cívico] que designó, y (puesto que) es necesario que el testamento sea ratificado por los romanos, y es [esencial] para la seguridad de todos que las clases (de hombres) [mencionadas más abajo] participen en los derechos ciudadanos debido a la [total] devoción que han mostrado hacia el pueblo; con buena [fortuna sea resuelto por] el pueblo conceder los derechos ciudadanos a las [clases mencionadas más abajo]…
>
> (Austin 211, parte en Burstein 91, Sherk 39; OGIS 338)

Esto está presumiblemente relacionado con la revuelta de Aristónico; al parecer la polis intentaba concitar el apoyo de los no ciudadanos. El decreto también puede

haber estado dirigido a impresionar a los romanos. También en este momento Pérgamo o Elaia decidieron celebrar sus estrechas relaciones con Roma con un festival que comprendía un sacrificio a la diosa Rhômê (Austin 213, Sherk 44, Syll2 694).[849] La dependencia del reino respecto a los romanos era evidente.

Una amplia coalición, formada por ciudades y reyes del Asia Menor así como Roma, se enfrentó a Aristónico. Un cónsul romano y el rey de Capadocia perdieron la vida, pero Aristónico fue derrotado en 130 y sus últimos seguidores en 129. Enseguida una comisión senatorial creó la provincia romana de Asia a partir del reino pergamense (que comprendía sólo una parte de Asia Menor; Estrabón, 14. 1. 38 [646], Austin 212). De ese modo se dio continuidad al proceso de deliberada romanización mediante la acción directa. Después de 150 años de una independencia de sólidas bases, Pérgamo halló imposible sobrevivir a la amistad, y a la desconfianza, de los romanos. Su desaparición dejó al disminuido imperio seléucida como el principal foco de la atención de Roma en el oriente. En la siguiente sección se tratará de cómo Siria se desenvolvió frente al creciente poder romano durante y después de mediados del siglo II.

LA DECADENCIA SELÉUCIDA

De Antíoco V a Pompeyo (164-64 a. C.)

DURANTE el siglo posterior a la expedición de Antíoco a Irán, los reyes seléucidas se vieron en crecientes dificultades para mantener todas las partes de su reino unidas. La interferencia romana causó una mayor inestabilidad y como el éxito eludió a un rey tras otro, se convirtieron con más frecuencia en las víctimas de intrigas cortesanas y de rebeliones de aquellos que, quizá, pensaban que podían desempeñarse mejor en el puesto.

Al morir Antíoco III en 164, accedió al trono su hijo menor Antíoco V Eüpátor, con un regente, Lisias. En el mismo año, los embajadores romanos «aprobaron» las concesiones que Lisias había otorgado a la facción macabea en Jerusalén, aunque no tenían ningún derecho legal a hacerlo (Mac. II, 11: 34-38); en el año siguiente ordenaron la destrucción parcial de las fuerzas armadas de Antíoco que sobraban según los términos del tratado de Apamea. Roma prefería un rey niño a uno adulto (así especula Polibio, 31. 2. 7), y rehusó ayudar a Demetrio, el hijo de Seleuco IV destronado en 175 (Polib. 31. 2, Austin 169). Huyó entonces de Roma y tomó el poder como Demetrio I Soter (r. 162-150), ejecutando a Antíoco y a Lisias.[850] Demetrio bregó activamente con las rivalidades internas, cultivó buenas relaciones con los estados en Asia Menor, recuperó Babilonia y otras satrapías orientales una vez más para los Seléucidas (Ap. *G. sir*. 47, cf. Diod. 31. 27 a). Su intervención en una disputa dinástica en Capadocia fue minada por el senado (158-157) (Ap. *G. sir*. Al, cf. Diod. 31. 19. 6-8; 31.3; 32.10). Después parece haber perdido la iniciativa en Asia Menor y haberse enemistado con Ptolomeo VI al intentar subvertir su dominio en Chipre (Polib. 31.5).

Con la ayuda ptolemaica y pergamense, Roma (Polib. 31. 18) respaldó con éxito a otro presunto hijo de Antíoco IV, Alejandro Balas (r. 150-145); también llamado Epífanes (p. ej., Mac. I, 10: 1), que primero derrotó y mató a Demetrio y luego derrotó a Ptolomeo VI Filométor, recobrando Celesiria en 145.[851] Por primera vez un rey seléucida era sin lugar a dudas el títere de soberanos extranjeros (que en 146 se convirtieron en soberanos absolutos de Grecia). El reinado de Alejandro vio el inevitable reconocimiento de Jonatán Macabeo en Judea y la pérdida de otras dos satrapías: Media para Mitrídates I (Arsaces I) de Partía (r. 171-128), un reino no griego cuyo poder creció lentamente en el siglo III y comienzos del II,[852] y Susiana para el soberano local de Elimai.

Quizá debido a que Alejandro no era activo en los asuntos externos, sus aliados en Pérgamo, Capadocia y Egipto no se opusieron a que el joven Demetrio II Nicátor

(r. 145-140, 129-126/125), un hijo de Demetrio I, subiera al trono tras una campaña de dos años. Ptolomeo VI usó la fuerza para decidir la guerra en su favor (Diod. 32. 9 c; Mac. I, 11: 1-13; Jos. AJ 13. 109-116), tomando Celesiria y Palestina como recompensa; pero cuando Ptolomeo murió a causa de las heridas en la batalla, Demetrio incumplió el pacto, rompió con Egipto y obligó a Jonatán a reconocer su dominio (Polib. 39. 7; Diod. 32. 9 y 10.1; Ap. *G. sir*. 67; etc.).[853] Pronto se hizo con una fama de gobernante despiadado (Diod. 33. 4, Austin 170) y se enemistó con muchos de sus súbditos al desbandar su ejército regular. Estas protestas fueron sofocadas con la ayuda de los judíos, pero continuaron bajo la jefatura de un tal Diodoto, que proclamó rey, como Antíoco VI, al hijo de dos años de edad de Alejandro (r. 145-142). Diodoto forjó una alianza con los judíos pero cuando triunfó se libró de ellos y de su real protegido, matando a Jonatán y a Antíoco. Como Diodoto, Trifón Autócrato (r. 142-139/138) fue el primer soberano seléucida que no tuvo sangre real.

La muerte de Jonatán dejó el camino libre para que su sucesor como sumo sacerdote, Simón, consolidara la independencia de Jerusalén con la ayuda de Demetrio II (142 o 141); la cual fue reconocida por Roma (Mac. I. 14: 40).[854] En 140/139 Demetrio invadió Mesopotamia en un intento de recuperar Babilonia, que había caído en manos de Mitrídates, pero fue apresado en Media. Su hermano Antíoco tomó la bandera contra Trifón y fue proclamado Antíoco VII Sidetes (r. 139/138-129; apodado así por haber vivido en Sidé cuando era joven) en 139/138. Con la ayuda de los judíos, derrotó a Trifón, quien se suicidó.

Ahora que Antíoco VII no necesitaba el apoyo de los judíos, invadió Judea y restableció la soberanía seléucida después de poner sitio a Jerusalén. Trogo señalaba: «Las fuerzas de este pueblo [judío] fueron tan grandes, que después de esto no soportaron ningún rey macedonio y, tomando soberanos de su propio pueblo, asolaron Siria con grandes guerras» (Just. 36. 1. 10). Mientras Pérgamo se estaba convirtiendo en una posesión romana a partir de 133, Antíoco intentaba preservar la hegemonía seléucida en el oriente contra el sucesor de Mitrídates, Fraates II (r. 138-c. 128). Organizó una expedición en 131, pero después de reconquistar Babilonia, Seleucia, Susa y Susiana, fue derrotado y muerto en Media (129). Aunque Demetrio entonces escapó de la cautividad y reinó durante unos pocos años, el dominio seléucida en el oriente nunca fue restablecido. El reino quedó reducido a Cilicia y al norte de Siria. (Los judíos recuperaron su independencia bajo Juan Hircano.)[855]

Los Seléucidas habían tratado reiteradas veces de recuperar los territorios perdidos, y más de una vez triunfaron temporalmente. Antíoco VII casi derrotó a los partos, de modo que es difícil sostener que su fracaso se debió a una debilidad militar o estructural inherente del imperio. Sin embargo, es posible que por varias décadas la interferencia de Roma distrajera a los reyes de la urgente tarea de controlar Mesopotamia. No obstante, llamar a la muerte de Antíoco VII «la catástrofe del helenismo en Asia continental»,[856] es distorsionar la situación. Era realmente un

desastre para los Seléucidas (y las bajas sufridas contra los partos fueron inmensas), pero se puede cuestionar si ellos consideraban en un sentido más amplio que estuvieran helenizando Asia, y si cambiaron muchas cosas para los habitantes de Babilonia cuando sus soberanos cambiaron, puesto que los partos mantuvieron las estructuras administrativas existentes e incluso extendieron los sistemas de irrigación seléucidas a las provincias orientales.

Después de la muerte de Demetrio II, presuntamente asesinado por su esposa Cleopatra Thea (viuda de Antíoco VII), lo que quedaba del reino era disputado entre diferentes miembros de la familia real. Junto con las fuentes fragmentarias, Apiano proporciona breves relatos de estos hechos (*G. sir*. 68-69) y Trogo (*Just*. 39-40), pero es difícil separar los hechos de las leyendas.[857] El heredero del trono, Seleuco V, pronto fue asesinado por su madre. Su hermano Antíoco VII Gripo (r. 126/125-96) primero se libró de ella (121) y después disputó el reino a su medio hermano Antíoco IX Ciciceno (r. 114/l13-95), hijo menor de Antíoco VII. Aunque el territorio quedó dividido entre ambos, el largo reinado de Gripo parece haber sido relativamente pacífico. Su asesinato en 96 dejó a Ciciceno con el control general, pero uno de los cinco hijos de Gripo, Seleuco VI, lo destronó al cabo de un año, sólo para ser inmediatamente destronado por el hijo de su víctima, Antíoco X Eusebes. Siguió un decenio de guerra entre Eusebes y los cuatro hijos menores de Gripo, todos los cuales (Antíoco XI, Filipo I, Demetrio III y Antíoco XII Dionisio) gobernaron parte del reino en un momento u otro (los dos primeros, como gemelos, juntos durante un tiempo). Antíoco XI fue derrotado por su primo Eusebes, que a su vez fue derrotado por los árabes nabateos, con nuevas pérdidas territoriales. Demetrio III fue hecho prisionero por los partos. Antíoco XII murió luchando con los nabateos, a raíz de lo cual se perdió Damasco. Cuando en 83, Filipo II (hijo de Filipo I) se vio complicado en la guerra civil contra Antíoco XIII (hijo de Eusebes), los habitantes de Antioquía, cansados de los conflictos intestinos, entregaron la corona a Tigranes de Armenia (véase el capítulo 10). La dinastía se extinguió en catorce años, para revivir brevemente en 69 antes de su supresión definitiva por obra de Pompeyo en 63.

Los pueblos vecinos —los judíos, los nabateos y los armenios— ganaron territorios y poder a costa del decadente imperio seléucida. Esto no debe ser visto como resultado de un sentimiento nacionalista (en el sentido de antiimperialista) por parte de los «nativos» colonizados, o de un fracaso inherente del control seléucida; menos aún como el justo merecido después de generaciones de inicua opresión. Estos y otros estados satélite, normalmente semiindependientes bajo los Aqueménidas y los Seléucidas, seguramente habrían continuado enviando tributos al gran rey si los Seléucidas hubieran abatido a los partos. Tan alejados estaban de desear expulsar al opresor extranjero que algunas de estas monarquías imitaban a la corte seléucida; en Comagene, por ejemplo, se emplearon los nombres dinásticos seléucidas y se adoptaron los elementos griegos e iraníes en la cultura del reino, aunque éste había sido cada vez más independiente desde mediados del siglo II.[858]

Las causas de la «decadencia»

En algunos textos modernos, los problemas del imperio surgen de la idea de que una clase dominante pequeña y no autóctona podría difícilmente mantener el control de un disperso mosaico de naciones; pero esto es exactamente lo que los persas habían hecho durante dos siglos. Los textos que subrayan las ambiciones «nacionalistas» por parte de los gobernantes y pueblos locales están demasiado teñidos por las modernas nociones del estado nación.[859] La sugerencia de que los Seléucidas «fracasaron» en unificar los códigos legales, en introducir nuevas tecnologías o en mejorar la situación de sus súbditos tropiezan con la objeción de que esos no eran los propósitos del imperialismo antiguo. Igualmente, la idea, sostenida por Rostovtzeff,[860] de que los Seléucidas promovieron a la población grecomacedonia como un baluarte contra la agitación irania, principalmente mediante la fundación de ciudades, ahora parece demasiado simple.

Se ha sustentado, a partir de unos 250 nombres de funcionarios seléucidas durante tres siglos, de los cuales 97,5 por 100 eran griegos, que los Seléucidas activamente excluyeron a los no griegos del poder.[861] Sherwin-White intenta desdeñar la validez de la muestra porque se limita a los escalones superiores de la administración, los que, se supondría, comprenderían principalmente macedonios y griegos;[862] pero esto es simplemente pasar por alto la posibilidad misma de que los grecomacedonios monopolizaran estas auténticas posiciones de poder. Un reparo más serio es que la muestra de Habicht puede estar distorsionada por el hecho de que los nombres conocidos aparecen en documentos y textos literarios griegos, que tienen mayor probabilidad de mencionar funcionarios griegos antes que no griegos. Además, los no griegos podrían haber tomado nombres griegos como alternativa o haberles dado nombres griegos a sus hijos.[863] De modo que la principal afirmación de Sherwin-White sobre este punto todavía es válida: «Lo que ocurre en los niveles por debajo [de los puestos más altos]… es más revelador de la política hacia los súbditos no griegos».[864] Los casos como los de Banabelo (su nombre es babilónico), administrador de la tierra de un alto funcionario seléucida llamado Acayo (relacionado con el último virrey de Asia Menor, véase Austin 142),[865] y de Bagadates (iranio por el nombre), a cargo de un importante santuario de Artemisa por el pueblo de Amizon en Caria en 321, a propuesta de nada menos que el sátrapa macedonio Asandro, difícilmente podrían haber surgido si hubiera habido un prejuicio sistemático contra los no griegos.[866]

El argumento fundamental del estudio de Claire Préaux sobre la sociedad helenística es que los grecomacedonios procuraban sus propios intereses imperiales y mantuvieron a los pueblos no griegos a distancia; para describir la situación utiliza la

palabra *étanchéité* («impermeabilidad»).[867] Hay escasos testimonios directos en favor de este fenómeno, y ahora han aparecido algunos contrarios. En asentamientos como Ai Janum e Icaro (Failaka), no hay indicios de segregación espacial entre casas griegas y no griegas.[868] La oposición a los Seléucidas no provino exclusivamente de los no griegos; como señalan Sherwin-White y Kuhrt: «Es posible que sea anacrónico (aunque esté de moda) esperar oposición por parte de los súbditos al imperio y a la monarquía».[869] (En el capítulo 6 vimos indicios similares de integración en Egipto.)

Un asunto difícil de resolver es si la dominación seléucida tuvo algún efecto económico apreciable en el imperio, fuera negativa o positiva. No hay indicios directos de que la fiscalidad o las prácticas militares hayan empobrecido los territorios. A la luz de los comentarios de Wallbank sobre las desastrosas consecuencias de la dominación ptolemaica para Egipto,[870] uno podría suponer que los efectos de no tener un soberano asiático en el antiguo imperio oriental persa fueron perniciosos. Una evaluación igualmente pesimista es dada por Kreissig, que minimiza de modo convincente el grado en que las formas socioeconómicas fueron introducidas, y considera razonablemente que las relaciones de producción fueron una combinación de antiguas formas «orientales» (es su denominación) con menor libertad política para los agricultores productores, pero es menos convincente cuando examina la situación en términos marxistas (una contradicción fundamental entre los agricultores y trabajadores oprimidos, por una parte, y una clase privilegiada de macedonios y griegos, por otra).[871] Probablemente es difícil sustentar generalizaciones tan amplias.

Parece que los Seléucidas en su mayor parte adoptaron los mecanismos existentes de control y explotación. Donde los modificaron, como con la imposición de nueva propiedad de la tierra, la introducción de nuevos cultivos o el aumento del uso de moneda,[872] no estaban haciendo más de lo que habían hecho los Aqueménidas. Uno puede cuestionar si podrían haber realizado algún cambio fundamental en la economía, dado el tamaño del reino, la falta de comunicaciones complejas y otros medios de imponer cambios a distancia, y la minúscula superestructura administrativa. Es importante subrayar la dificultad de distinguir los efectos generales en un paisaje tan vasto y dispar, particularmente dado el carácter fragmentario de los testimonios.

Un argumento más sutil sobre la debilidad seléucida podría centrarse en el problema del control de las provincias distantes. En la época de Heródoto eran necesarios tres meses para que un mensaje llegara al Este desde Ecbatana, y esto todavía lo hacía más difícil; la lejanía podría ser considerada como una causa subyacente de la pérdida de Bactriana y otras provincias orientales. Sin embargo, la distancia no era el único factor; la cultura y la política podían mitigar o aumentar sus efectos. El Asia Menor era difícil de controlar, pese a su relativa proximidad a las capitales imperiales (no menos distante que Irán en kilómetros, estaba efectivamente más cerca por vía marítima); tampoco hay testimonios directos de separatismo griego

regional como tal; cuando el Asia Menor se convirtió en un reino separado bajo Acayo, esto no tuvo nada que ver con el resentimiento de las ciudades con la dominación macedónica, y mucho que ver con la propia opinión de Acayo sobre el nuevo rey y sus consejeros. Por el contrario, las remotas satrapías de Irán estuvieron vinculadas al reino seléucida de algún modo casi continuamente hasta terminado el reinado de Antíoco III.[873]

El surgimiento de potencias externas, sobre todo los partos y los romanos, puede explicar la dificultad de mantener la posesión territorial. Estos factores exógenos explican las disputas sucesorias cada vez más caóticas a partir de 188. Habría sido posible para los Seléucidas controlar los amplios y diversos territorios del antiguo imperio persa sólo si los romanos no hubieran optado por alterar la estabilidad de la dinastía.

El punto esencial del estudio de Sherwin-White y Kuhrt es que los historiadores han subestimado la deuda seléucida con los Aqueménidas. Como en el imperio persa precedente, hubo intercambios importantes de información cultural. El imperio se semejaba a su predecesor en no estar paralizado por la lejanía y la confrontación étnica, ni debilitado por las derrotas militares únicas en una zona (compárese Jerjes después de 480, o los Seléucidas después de la ruptura de Pérgamo y Bactriana a mediados del siglo III y después de Magnesia).

Sería erróneo dar la impresión de que el reino seléucida era exactamente un segundo imperio aqueménida. Hubo innovaciones y modificaciones, y la superestructura del imperio era básicamente griega en su lengua, costumbres y aspiraciones. La patria de los conquistadores no estaba ya dentro del imperio; Seleuco I nunca renunció (o quizá, ya en la edad madura, reavivó) su ambición de dominar Macedonia, y casi lo consiguió. No había una razón *a priori* para que él y sus sucesores no pudieran haber controlado ambos reinos; los persas bajo Jerjes casi se habían apoderado de Grecia, y sólo arbitrariamente cabría decir que nunca lo hubieran podido lograr: el resultado en 480-479 fue determinado por la mejor organización, táctica y quizá tecnología de los griegos, exactamente como el talento militar daría a Roma el poder en el oriente en el siglo II. Dicho esto, sería erróneo imaginar a los soberanos macedonios de Asia atormentados por una crónica nostalgia de la patria, una especie de *pothos* («ansia») de nuevos horizontes opuesto al que se cree que Alejandro debe haber sentido. Tal vez dicha suposición ha llevado a los historiadores a exagerar la preponderancia occidental de los intereses seléucidas, los cuales se centraban tanto en Mesopotamia como en Siria.

El desgaste militar del imperio se prolongó desde mediados del siglo II hasta las campañas de Pompeyo —no puede decirse que fuera un fenómeno de la noche a la mañana. En lo que respecta a la conquista romana, ésta también fue un proceso gradual, que culminó en el derrocamiento de Antíoco XIII Asiático y la anexión de Siria en 64.[874] Aunque el proceso fue bastante implacable, incluso para los romanos la conquista del imperio no habría sido en modo alguno inevitable si los Seléucidas

hubieran derrotado a los partos, como parecía probable a veces. Lo que lo hizo irresistible fue el poder del ejército romano.

Aparte de la superioridad de las legiones romanas, ¿por qué pudieron Roma y Pérgamo interferir tan ruinosamente en la toma de decisiones de reyes seléucidas aún poderosos? ¿Por qué Popilio pudo dibujar un redondel en la arena con el sarmiento? Probablemente fue el temor a las legiones romanas —que ya habían derrotado a los ejércitos seléucidas y macedonios— lo que hizo a Antíoco doblegarse en 168. El día en que Popilio hizo uso del sarmiento que empuñaba, un aspecto nuevo y perturbador del poder romano se manifestó. El imperio podría haberse expandido bajo Seleuco y después de él, pero los factores militares y la casualidad (como en 281) lo impidieron. Culturalmente las estructuras de poder estaban dominadas por los griegos, pero debían mucho a sus predecesores aqueménidas. Ni la confrontación étnica, ni el factor «exilio» pueden explicar la prolongada erosión del poder territorial y militar. No fue una inestabilidad interna inherente, sino que fueron el poder romano y el parto los que pusieron fin a la larga empresa seléucida.

9. LA COMPRENSIÓN DEL COSMOS: LA «CIENCIA» GRIEGA DESPUÉS DE ARISTÓTELES.

LOS PENSADORES GRIEGOS EN LA SOCIEDAD

NO hay un equivalente exacto en griego para el término «ciencia».[875] El propio campo semántico de la palabra ha variado, incluyendo no sólo una rama objetiva del conocimiento, basada en la observación sistemática, la experimentación y las pruebas, y dirigida a entender el mundo material, el principal sentido de la palabra hoy, pero también de otros tipos de conocimiento sistematizado (como «ciencias políticas»).[876] Pese a esta dificultad de definición y traducción, podemos justificar el uso de «ciencia» con la debida prudencia —como una categoría analítica aun cuando los miembros de una sociedad en el pasado no la habrían reconocido; pues para explicar el pasado en términos satisfactorios tenemos que hacerlo significativo para el presente, dejando claras a la vez las diferencias entre cómo conceptuamos las cosas y cómo lo hicieron los antiguos. Aquí, entonces, la palabra «ciencia» será usada para abarcar una gama de investigaciones y teorías sobre el funcionamiento del mundo material (filosofía natural, como distinta de la filosofía ética y la política); pero parte del propósito será clarificar cómo las investigaciones antiguas eran distintas de las modernas, sin la presunción de que tuvieran rasgos en común.

Debemos evitar juicios gratuitos y comparaciones indeseadas sobre un punto relacionado. Muchas obras generales publicadas sobre la historia helenística incluyen una evaluación de los «logros» de los pensadores helenísticos, esencialmente en términos de cuan interesantes eran (casi como si la cultura griega estuviera compitiendo en un concurso de talento). Antes que adoptar este enfoque, deberíamos tratar de entender el pensamiento helenístico y la inventiva en áreas científicas en el trasfondo de la sociedad (o sociedades) que les dieron origen. Al hacerlo, seguiremos ante todo la obra de Geoffrey Lloyd cuyos numerosos escritos han redefinido todo el tema de la ciencia griega.[877] Tampoco debemos evaluar la ciencia helenística (como se ha hecho muchas veces) según si fue precursora de descubrimientos posteriores, o condujo a ellos. Se ha advertido que Posidonio (frag. 49 Edelstein-Kidd [frag. 28 Jacoby] = Estrabón, 2. 3. 6 [102], cf. 1.4.6 [65]) dedujo, quizá de Eratóstenes, que al navegar hacia el oeste más allá de las columnas de Hércules (el estrecho de Gibraltar) llegaría a la India. Una idea parecida aparece en una tragedia de un aristócrata romano del siglo I d. C.:

> Tiempos vendrán al paso de los años
> en que suelta el océano las barreras del mundo
> y se abre la tierra en toda su extensión
> y Tetis nos descubre nuevos orbes
> y el confín de la tierra ya no sea Tule.
>
> (Séneca, *Medea*, 375)

Algunos estudiosos han sido de la opinión de que estas ideas llevaron al descubrimiento de América.[878] pero no significó una revolución del pensamiento plantear esa hipótesis, y aun si Cristóbal Colón hubiera sido consciente de estas ideas, eso no nos serviría para comprender la práctica de la ciencia en la época helenística, ni la importancia de la proposición de Posidonio en el momento en que la formuló. La búsqueda de los orígenes del conocimiento moderno arriesga el convertirse en una indagación esencialmente anacrónica si ignora los términos, los objetivos y la transmisión de las antiguas investigaciones.

Sobre todo no debemos apreciar a los investigadores de este período en función de cuan lejos estuvieron de lo que podrían haber logrado, o porque no hicieron las cosas que no hicieron.[879] Por el contrario, nuestro objetivo debe ser comprender sociológicamente lo que era investigado, por quién, para quién y con qué propósitos (los cuales deben ser medidos en los términos del discurso antiguo, no evaluados y ponderados según los cánones de la ciencia moderna).[880]

En las sociedades modernas occidentalizadas, los científicos son profesionales asalariados que son titulares de un determinado puesto, financiado por el gobierno o la industria, y que poseen credenciales reconocidos oficialmente. Pueden seguir una carrera durante toda su vida enseñando o investigando en una rama o subárea del conocimiento. Estas ramas se han hecho cada vez más especializadas: hoy no tenemos sólo química, metalurgia y física, sino química inorgánica, la metalurgia de semiconductores y física teórica de partículas. En el mundo griego no había credenciales educativas formales; y aunque las disciplinas generales tales como la filosofía y las matemáticas se diferenciaban explícitamente una de otra, no estaban subdivididas tan precisamente como ahora. Además, los científicos en sus investigaciones con frecuencia atravesaban lo que podría ser visto como las fronteras de las disciplinas.[881] Eratóstenes de Cirene (275-200) que estudió en Atenas bajo el filósofo estoico Aristón antes de trasladarse a Alejandría, escribió sobre geografía, matemáticas, astronomía, historia y literatura. Su entrada en el Suda nos dice que «debido a que estaba en segundo lugar en todas las ramas de la cultura (*paideia*), aunque tocaba la cima, fue llamado "Beta", la segunda letra del alfabeto griego, lo que significaba número dos»[882] —aunque la anécdota puede ser irónica, al implicar que en realidad era considerado el científico más importante en general.

Respecto a grandes campos de la ciencia nos basamos en autores griegos y romanos del período imperial; la interpretación de éstos plantea problemas particulares (como los examinados en el capítulo 1). Sin embargo, para algunos campos quedan extensos escritos.

Teofrasto de Ereso en Lesbos (372/371-288/287 o 371/370-287/286) sucedió a Aristóteles y permaneció como director del Peripatético desde 322 hasta su muerte. Escribió numerosos libros (la mayoría de ellos opúsculos breves, con toda probabilidad) sobre una amplia gama de temas. Entre sus trabajos se conservan los

tratados sobre metafísica, los sentidos, las plantas, los olores, el fuego, las piedras, los vientos, la meteorología (éste se conserva sólo en versiones siríacas y arábigas) y, por último, no de poca importancia: sus famosos esbozos de *Caracteres*; Diógenes Laercio da una lista (5. 42-50).[883] Algunos de éstos, sin duda, eran secciones de escritos más largos y no eran monografías completas e independientes; pero ilustran la amplia gama de intereses que un hombre podía cultivar. La naturaleza multidisciplinaria de su actividad dista de carecer de paralelos en la historia griega. Hombres como Tales de Mileto (inicios del siglo VI a. C.) combinaban el estudio de ideas originales con un desempeño completamente aristocrático y presumiblemente muy competitivo en la política y la dirección de la cosa pública. Aprendió como predecir eclipses, pero también era un jefe militar y un teórico político. En el período helenístico tenemos el ejemplo de Duris de Samos, historiador, tirano y discípulo de Teofrasto. Ni estaban todos los «científicos» limitados a las actividades intelectuales: los médicos aparecen como consejeros privados de los reyes (ya bajo los faraones y los reyes persas), a la vez que, al igual que otros pensadores, actuaban como emisarios diplomáticos.[884]

Los pensadores de este período pertenecían principalmente, quizá todos, a la élite educada; no hay pruebas claras de una movilidad social ascendente del tipo ofrecido por una carrera en ciencias en el mundo moderno.[885] Arquímedes de Siracusa (c. 287-212 o 211) estaba vinculado a la familia dominante de su ciudad y su padre Feidias era astrónomo. Sus nombres sugieren sus orígenes: formas compuestas como Arquímedes (gobernante de los persas), Erato-ste-nes (adorable en fuerza) e Hiparco (señor del caballo) probablemente pertenecen a una élite terrateniente; los hombres humildes de la época, cuando alguna vez se les menciona, con frecuencia tienen nombres más sencillos como Zenón («hombre de Zeus»), Neón («hombre nuevo») y Zoilo (quizá «vivaz»). Una excepción parcial a esta generalización de carácter social es Ctesibio (c. 270 a. C.), inventor de varios aparatos mecánicos descritos extensamente por el escritor romano de arquitectura Vitruvio (9. 8. 2-5; 10. 7. 1-8. 6); era el hijo de un barbero de Alejandría (Vitruv. 9. 8. 2). Aunque carecemos de testimonios precisos, es probable que la mayoría de los investigadores fueran hombres con recursos particulares, de los que dependían exclusivamente, y que dispusieran de tiempo libre para poder realizar su trabajo, si bien sólo una minoría de hombres de medios más limitados como Ctesibio recibieron el importante apoyo de protectores ricos o regios.[886]

Estas consideraciones sirven para comprender por qué la posición social de los científicos era, como la del filósofo, muy distinta a la del moderno profesor de química y más semejante a la del novelista de éxito. No sólo intentaron los pensadores escribir obras que tuvieran mérito literario de por sí (al veces escribiéndolas incluso en verso), sino que el científico no era tanto un servidor útil del gobierno o de la empresa, como un generador de debate cultural y entretenimiento intelectual para una élite cultivada y podía ser incluso el transmisor de una sabiduría

moral. La mayoría, sino todos los escritores de estos temas, eran hombres. Escribían para personas como ellos, que fueran educadas y tuvieran tiempo libre en el cual leer o escuchar leer. Estaban interesados en poder hablar doctamente sobre estas nuevas ideas con sus homólogos en términos sociales.

El período helenístico trajo muchos escritores y eruditos a Alejandría bajo la égida del patronazgo real. Ya que la literatura y la ciencia no estaban separadas en compartimentos estancos, encontramos científicos en los mismos sitios en el papel de escritores y eruditos: la biblioteca y el museo fundados por los primeros Ptolomeos. Disfrutaban de acceso a ambos y eran probablemente alimentados y hospedados a expensas del rey. La protección real y el énfasis en la investigación diferencian el Museo de la antigua Academia y el Liceo de Atenas;[887] sólo podemos especular sobre si, sin la asistencia real, estos hombres habrían tenido las condiciones de ocio y contemplación en las que pensar, debatir y escribir. Parece al menos posible que así sería; Lloyd recomienda prudencia al suponer «que todo científico del que se sabe que trabajó en Alejandría (y esto incluye casi todos los nombres importantes de los siglos III y II) fue subsidiado por los Ptolomeos».[888] Es bastante probable que varias clases de intelectuales se ganaran la vida, completa o parcialmente, dando clases a un público que los remuneraba (al modo de los sofistas del siglo V en Atenas) o, si poseían el conocimiento práctico en la mecánica y la medicina, vendiendo sus servicios. Lloyd está probablemente en lo correcto al sugerir que la mayoría de los investigadores no esperaban vivir sólo realizando sus investigaciones científicas: probablemente ya eran acomodados antes de empezar. La mayoría procedía de las ciudades-estado fuera de Egipto, como Eratóstenes de Cirene y Aristarco de Samos. La mayoría de ellos deben haber nacido de la élite social, incluso si al comienzo disfrutaban del patronazgo o estaban en algún modo bajo la dirección de un maestro establecido.

Donde existió la protección real, ésta realzó por supuesto el prestigio del rey. Los Ptolomeos, y después los Atálidas, trataron de convertir sus capitales en centros intelectuales de renombre universal. (Es importante recordar que el patrocinio ptolemaico y seléucida de la literatura y la ciencia refleja precisamente las prácticas de las monarquías iniciales del Oriente Próximo). Los motivos que hay detrás de la protección ptolemaica a los intelectuales fueron examinados en el capítulo 7. Se aplicaban del mismo modo a las ciencias, con una diferencia importante: algunas cosas que los científicos hacían tenían beneficios prácticos para los reyes. En la representación griega de su propia historia, hay una tradición del individuo excepcional que combina las funciones de estadista, sabio, «descubridor» (*prôtos heuretês*) y benefactor de la humanidad. Los reyes adoptaron y remozaron el modelo mediante su mecenazgo de los intelectuales. Los frutos de éste no eran sólo para su disfrute; podemos imaginar que los ciudadanos informados de Alejandría y Pérgamo se enorgullecían de las innovaciones, lo que a su vez aumentaría el prestigio del rey.

La distinción actual entre ciencia pura y aplicada no tiene una réplica exacta en el

pensamiento griego, aunque se distinguía entre lo teórico y lo práctico, por ejemplo Pappus de Alejandría, un geómetra que escribía a inicios del siglo IV d. C., siguiendo claramente las fuentes helenísticas:

> Los mecánicos de la escuela de Herón dicen que la mecánica puede dividirse entre una parte teórica (*logikon*) y manual (*cheirourgikon*). La parte teórica está compuesta por la geometría, la aritmética, la astronomía y la física. La parte manual está compuesta por la metalurgia, la arquitectura, la carpintería y la pintura, y todas las cosas que implicaban habilidad con las manos.
>
> (Pappus, *Colección*, 8. 1-2, GMWii 615)[889]

Plutarco parece que expresa una distinción ligeramente diferente, y un prejuicio ampliamente compartido por las élites griegas y romanas (no sólo de su propio período), cuando dice que Arquímedes consideraba la aplicación prácticas de sus matemáticas en los campos de la ingeniería y la guerra como «innoble y ministerial», y valoraban sólo aquellas actividades «que llevan consigo lo bello y lo excelente, sin mezcla de nada servil» (Marcelo, 17. 4). Pese a esto, se puede dudar razonablemente que Arquímedes, un prominente ciudadano de una famosa polis griega, hubiera despreciado las contribuciones prácticas que podía hacer para la seguridad de sus conciudadanos. Plutarco estaría escribiendo para los lectores griegos y romanos de su época que esperaban dijera este tipo de cosas, aunque podían muy bien estarse beneficiando económicamente de algo tan tosco como el comercio, la agricultura y las técnicas constructivas. Los estudios modernos sobre la ciencia helenística quizá se hacen eco involuntariamente de la misma percepción relativa de la ciencia pura y aplicada, al ocuparse de la pura antes que de la aplicada. Si deseamos comprender el lugar del científico en la sociedad, haríamos bien en considerar primero las invenciones y las aplicaciones prácticas de las cuales tanto los reyes y otros griegos tendrían conciencia en sus vidas.

LA INGENIERÍA, LA MECÁNICA Y LA FÍSICA

Entretener a una élite

EN su juventud, según Plutarco, Arquímedes inventó máquinas contra los sitios «de todo lo cual hacía muy poca cuenta Arquímedes y sus inventos. No se había dedicado a ellos ex profeso (*parerga*), sino que le entretenía y eran como juegos de geometría a que era dado» (Plut. *Marc*. 14. 4). La combinación de la inventiva científica, particularmente mecánica, con el tema de diversión es una característica de muchas áreas de la ciencia helenística. Las descripciones de las invenciones de Ctesibio pasan fácilmente de la utilidad al placer:

> Habiendo advertido Ctesibio que de la percusión y expulsión del agua, se formaban soplos y voces; siguiendo estos principios, inventó el primero de todos las máquinas hidráulicas, los surtidores de agua, autómatas, máquinas de movimiento recto y circular, con otras muchas especies deliciosas (*deliciae*), una de las cuales fueron los relojes de agua.
>
> (Vitruv. 9. 9. § 40)

Vitrubio describe los órganos musicales movidos por agua, de tal modo que implica que Ctesibio era un pionero (10. 7-8): no sabemos cuándo ni dónde tales instrumentos fueron usados.[890] Las diversiones de la élite coinciden con la astronomía seria en la persona de Arquímedes, que además de sus muchas otras realizaciones, hizo un planetario, quizá para entretener a sus amigos aristócratas (descrito por Cicerón, *De re publica*, 1.14. 21-2).

Un texto clave en relación a esto proviene del ya mencionado Pappo, que enumera las artes «más necesarias para los propósitos de la vida práctica». Las primeras tres de la lista no son ninguna sorpresa: el arte de hacer poleas, el arte de hacer máquinas de guerra como las catapultas y la construcción de máquinas para elevar el agua desde una gran profundidad. Para un lector moderno es más inesperado y, por tanto, más esclarecedor sobre los propósitos de la ciencia en la época posterior a Alejandro, encontrar en el cuarto lugar,

> los fabricantes de maravillas (*thaumasiourgoi*), entre los que algunos ejercen su arte mediante neumáticos, como Herón en su *Pneumatika*; otros parecen imitar los movimientos de las criaturas vivientes mediante resortes y cuerdas, como Herón en su *Autômata* y *Balancing*; otros mediante cosas portadas por el agua, como Arquímedes en su libro *Sobre los cuerpos flotantes*; o mediante relojes, operados por agua, como Herón en su *Hydreia*, que parece compartir un fundamento con el arte de relojes de sol.
>
> (Pappo, *Coleción*, libro 8, prefacio 2, GMWii. 617-619)

Finalmente, dice, viene el arte de hacer modelos esféricos de los cielos. Pappo no está revisando ninguna sociedad pasada real, sino repasando la gama de las obras científicas actuales que conocía. Sin embargo, es razonable suponer que su orden de prioridades refleja de modo general el de los reyes e ingenieros matemáticos en los siglos III y II, ya que se refiere a autores de ese período.

El tratado *Pneumatika* por Herón (Hêrón o Hero) de Alejandría, aunque escrito en la segunda mitad del siglo I d. C., refleja una característica mezcla helenística de teoría y de manufactura de diversiones —«maravillas»— para el solaz de la élite.[891] Estaba basado parcialmente en la obra de Estratón, sucesor de Teofrasto a la cabeza del Liceo. Herón demuestra claramente los principios de la física aristotélica con el resultado de sencillos experimentos con esferas metálicas; pero describe numerosos artilugios para efectos trucados, tales como los vasos de beber y un aparato que ha sido llamado, con cierto equívoco, «proto-turbina», y que era simplemente una esfera de metal con tubos doblados y soldados, que rotaban sobre un pivote como resultado de un vapor expelido por una caldera en la base (Herón, *Pneumatika*, *proemio*, 16. 23-24). Estaba probablemente concebido como una «maravilla», con ningún propósito funcional salvo el de demostrar la ingeniosidad del inventor.

Las aplicaciones civiles

Algunas invenciones proporcionaban un beneficio a la comunidad. La referencia de Pappus a «instrumentos para elevar agua» probablemente denota la rosca de Arquímedes o cóclea (*kochlias* en griego, *cochlea* en latín), que puede haber sido usada para bombear agua de las naves y drenar los campos después de la inundación del Nilo (Diod. 1. 34; 5. 37). Ateneo (5. 208 f) se refiere a «la kochlias inventada por Arquímedes», mientras que Vitrubio (10. 6) se refiere a una máquina similar, sin atribuírsela. Hay una tradición de que Arquímedes realmente la inventó en Egipto, y una cóclea en funcionamiento aparece representada en un relieve helenístico tardío de Alejandría.[892]

Un nuevo aparato mecánico con aplicación agrícola fue el molino de agua (Vitruv. 10. 4-5; Antípatro de Tesalónica, *Antología palatina*, 9. 418; Estrabón, 12. 3. 30 [556]; cf. Plinio, *Historia natural*, 18. 97),[893] mientras que los papiros del siglo III dan testimonio de la limitada adopción en Egipto de rejas de arado y otras herramientas de metal. Dos papiros de Zenón (PCZ 5982a, 59851) se refieren al consumo en grandes cantidades de hierro (incluidos c. 100 talentos) en la propiedad, mientras otro (58849) es un recibo de azadones.[894]

Arquímedes ideó la polea compuesta, que mejoraba la polea simple conocida antes. La tradición de benefactor de la humanidad quizá se refleja en el relato de que con la ayuda de su sistema de polea compuesta hizo zarpar él solo al Syrakosia, la

nave insignia del tirano de Siracusa, Hierón. Se supone que en esta ocasión le dijo al rey, en el estilo paradójico grato a los pensadores griegos (tal como son representados ante nosotros): «dadme un punto de apoyo y moveré el mundo» (esta versión aparece en Pappo, *Colección*, 8. 11. 19, GMWii, 35; también en los versos del *Libros de historias*, ii, 130, de Johannes Tzetzes del siglo XII; GMW ii. 21); Plutarco lo presenta jactándose: «le aseguró que si le dieran otra Tierra, moviera ésta después de pesar a aquélla» (Plut. *Marc*. 14. 7-9). La importancia de la historia (cuya verdad o falsedad es indiscernible e irrelevante) reside en la presentación, una vez más, del inventor como benefactor de la comunidad.

Ctesibio (p. 351) inventó las clepsidras (relojes de agua), de las cuales Vitrubio (9. 8. 2-5) hace una extensa descripción. Después de describir la rueda dentada que se pone en movimiento con la crecida de la marea, Vitruvio explica el ajuste de la máquina a diferentes estaciones:

> También en una columna, o en una anta de la máquina se describen las horas, que con una varilla va todo el día señalando una figurita que sale de abajo. La brevedad o longitud de las horas se consigue con meter los conos cada día y mes. Pero la debida ministración de agua se obra de esta manera. Hácense dos conos… Si no gustase el modo de alargar o reducir los días, con oprimir o separar los conos, porque estos suelen contraer mil defectos, se obra de esta forma. Descríbanse por el analema[895] las horas transversalmente en una columnilla; como también las líneas de los meses; colocándole de modo que pueda girar; pues girando junto a la estatuita, ésta con su vara señalará las horas y dará brevedad o aumento en sus respectivos meses.
>
> (Vitrub. 9. 8. 6-7)

El mecanismo exacto es difícil de visualizar a partir de esta mera descripción, pero el pasaje es una de las muchas pruebas de la complejidad de los aparatos mecánicos y del nivel de los pacientes ensayos y modificaciones que había en su concepción. El pasaje de Pappo citado antes nombra a Herón como inventor de las clepsidras.

Un producto de la invención de Ctesibio puede verse en la Torre de los Vientos, del helenismo tardío, edificada por Andrónico de Ciresto a finales del siglo II, probablemente, que domina el foro romano de Atenas, algo más tardío. La torre, que Vitrubio pretende describir aunque sin haberla visto posiblemente, está decorada con relieves que representan los ocho vientos; en el techo había una veleta en forma de una figura con una vara que señalaría el relieve adecuado; dentro de la torre había una clepsidra y las paredes externas estaban adornadas con relojes de sol. La situación de la torre encima de una elevación al lado oriental del agora ateniense subraya su función cívica de registro oficial del tiempo.[896] Como tal suplantó a una clepsidra de la segunda mitad del siglo IV, construida en la parte suroeste del agora, que durante el período helenístico dejó de ser un sencillo recipiente con un agujero de desagüe para convertirse en un aparato con un mecanismo superior de flujo, probablemente a la luz

de los avances técnicos como los realizados por Ctesibio.[897] (Una estructura muy parecida a esta última, probablemente también de finales del siglo IV, puede ser vista en el Anfiareo en Oropos).



Muralla posterior conservada de la Stoa de Eumenes en Atenas (Fotografía del autor)

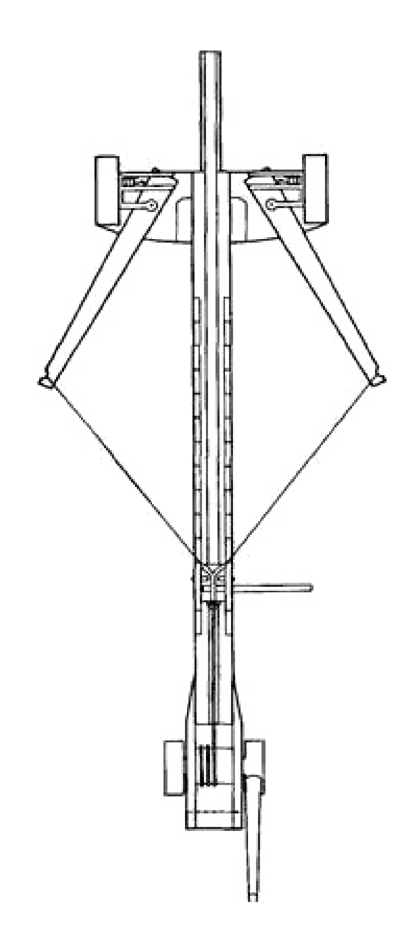
Vitrubio también describe la invención de Ctesibio de una bomba para llevar agua a un reservorio del cual se podía alimentar una fuente; parece, a partir de su relato, que dependía de la energía animal o humana para hacer girar un cabrestante. Este es otro ejemplo de mecánica aplicada a la mejora del medio urbano.

Al respecto podemos mencionar la introducción de una mejora de la mezcla de mortero en la mampostería pública, y de los primeros arcos y bóvedas auténticos; los griegos pueden haber aprendido estas nuevas formas a raíz de las campañas persas de Alejandro. Se conocen bóvedas a partir de finales del siglo IV en adelante, como la del túnel de entrada al estadio de Nemea en el Peloponeso (c. 325) y una cisterna abovedada del siglo III en Délos. En Grecia peninsular aparecen en la pared trasera de la Stoa de Eumenes en Atenas (mediados del siglo II)[898]. Un ejemplo adicional de experimentación innovadora para el adelanto cívico lo ofrece el descubrimiento de un sistema de calefacción en el subsuelo que data de mediados y finales del helenismo en los baños del santuario de Asclepio en el Gortis arcádico,[899] un probable antecesor del hipocausto romano; como era costumbre, los romanos parecen haber tomado la terminología griega existente (*hypokauston*, «encendido por debajo»). Los instrumentos ópticos llamados dioptra, perfeccionados por el astrónomo Hiparco durante este período, eran útiles para actividades como la construcción pública y la inspección catastral; Polibio (10. 45-46) describe su uso para deletrear palabras transmitidas por señales. Estas y otras invenciones ubican algunas actividades de los científicos helenísticos en el contexto de la ciudad, y son un signo más del constante triunfo de la polis como institución social.

Las técnicas militares

La tecnología militar, debido a los gastos cada vez más cuantiosos que implicaba, fue más del dominio de los reyes que de las *poleis*; pero conjugó una serie de avances de la ingeniería. Los asedios y la edificación de sólidas fortificaciones —a veces para afirmar el estatus y la aspiración al poder, no solamente para defenderse— habían sido desde antiguo características de la vida urbana (compárense las murallas edificadas por Polícrates, el tirano del siglo VI, que rodean de la acrópolis de Samos), y se hicieron más comunes en la guerra del Peloponeso de finales del siglo V. Sólo *poleis* excepcionales, como Esparta, resistieron esta tendencia. Aunque los espartanos se vieron en la necesidad de cavar cuanto antes un foso y levantar una empalizada cuando Casandro amenazó con invadir el Peloponeso en 319 o poco después, no fue sino hasta el reino de Nabis (207-192) cuando se erigió una muralla permanente de piedra y ladrillo.[900]

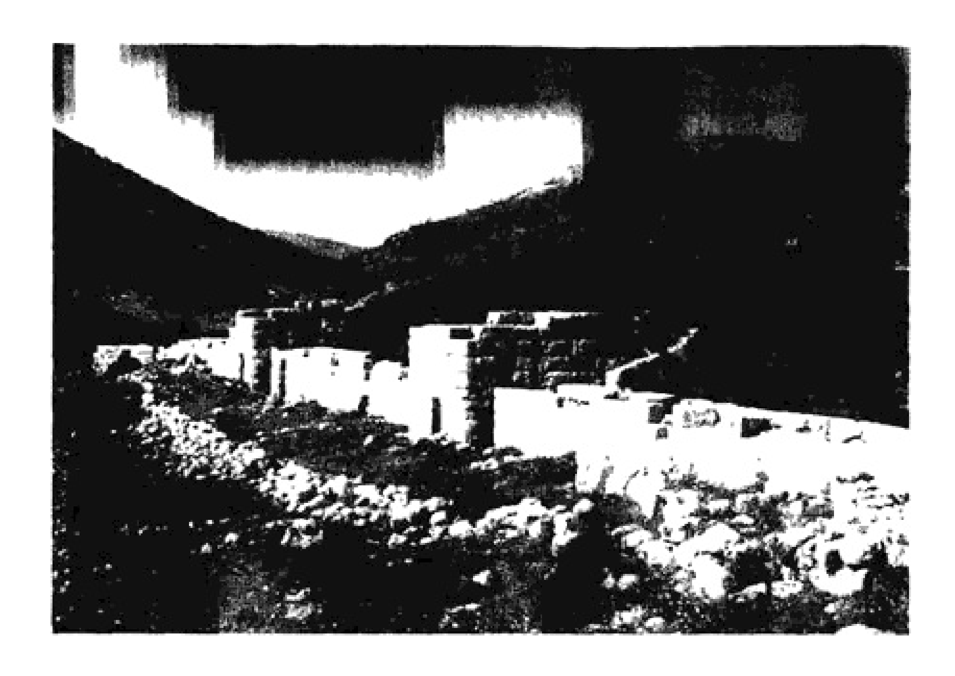
El siglo IV dio origen a un nuevo género de literatura: el tratado sobre temas militares. Un libro existente del general arcadio, Eneas (Eneas el Táctico o Eneas Táctico), escrito hacia mediados del siglo IV, llamado vulgarmente *Poliorketika* (o *Cómo sobrevivir en un sitio*) es el ejemplo perfecto.[901] Aunque la obra contiene secciones de considerable interés técnico (por ejemplo sobre la abertura de entradas clausuradas y el envío de mensajes secretos), la principal preocupación del autor es el control político de la población urbana en un momento en que la traición es un peligro omnipresente; las técnicas de defensa que examina son casi completamente no mecánicas. Sin embargo ya había habido avances en las técnicas de sitio, como las implementadas por el tirano Dionisio de Siracusa, que encargó catapultas que disparaban flechas. En la década de 330, Alejandro usó en el sitio de Tiro máquinas para arrojar proyectiles, y su ingeniero Diadas inventó el *korax* o puente de abordaje para usarlo en los encuentros navales (un aparato similar es descrito con detalle por Polibio, 1. 22. 3).[902] La protección real era un factor importante en el desarrollo de estas artes; sabemos de un ingeniero ateniense, Epímaco, que colaboró con Demetrio I en el sitio de Rodas, y de los arquitectos Calias y Diógenes que defendieron la ciudad (Vitrub. 10. 16. 3-4). Un tal Biton dedicó al «rey Átalo» un breve tratado titulado *Construcción de máquinas de guerra y proyección*.[903] Entre las fuentes preservadas está la *Colección mecánica* (*Mechaniké syntaxis* «Tratado sistemático de mecánica») de Filón de Bizancio (también llamado por su nombre latinizado de Filo), escrito alrededor del 200 a. C. El libro 4 fue titulado *Belopoiika* (*Artillería*, o *Sobre la fabricación de proyectiles*).



Catapulta con resorte de bronce de Ctesibio. (Según Mardsen, *Greek and Roman Artilley Technical Treatises*, p. 174, diagrama 9; reproducido con permiso de Oxford University Press)

El desarrollo de estas y otras máquinas parecidas es una demostración importante de que los científicos griegos no estaban, como se ha afirmado muchas veces, obsesionados por la teoría abstracta y eran incapaces de dedicarse a la experimentación práctica. Filón nos informa de que los ingenieros alejandrinos, con el mecenazgo real, hicieron pruebas sistemáticas de diferentes modelos de catapulta, ajustando el modelo hasta que lograron los resultados correctos:

> En los viejos tiempos, algunos ingenieros estaban a punto de descubrir que la base fundamental y la unidad de medida para la construcción de máquinas era el diámetro del hoyo… Era imposible obtenerla, excepto aumentando y disminuyendo experimentalmente el perímetro del agujero… Después los ingenieros sacaron conclusiones de sus errores anteriores, buscando exclusivamente el factor constante guiándose con los experimentos siguientes, e introdujeron el principio básico de construcción, a saber, el diámetro del círculo que sostiene el resorte. Los artífices alejandrinos lograron esto primero, con fuertes subsidios porque tenían reyes ambiciosos que promovían su trabajo. El hecho de que no todo pudiera ser logrado con los métodos teóricos de la mecánica pura, sino que mucho se consiguiera a través de la experiencia, es comprobado particularmente por lo que voy a decir.
>
> (*Belopoiika*, 50. 14-26, con omisiones)[904]



La muralla septentrional de la fortificación de Eleuteria en la Ática noroccidental. (Fotografía del autor.)

Los puntos clave de este pasaje son, primero, el presunto contraste entre la desordenada experimentación anterior y la investigación posterior basada en la búsqueda de un factor constante; segundo, el papel de la protección real. Entre los principales modelos de artillería descritos por Filón está la catapulta inventada por Ctesibio que estaba dotada de resortes de bronce y aire comprimido (Filón, *Bel*. 67. 28-72. 23)[905].

Las armas ofensivas podían servir para la defensa; el inventor podía ser el benefactor de la ciudad así como servidor del rey. Arquímedes inventó arpeos y catapultas que contribuyeron a que los siracusanos mantuvieran a raya a las naves romanas durante tres años (descrito extensamente por Plut. *Marc*. 15. 1-17. 3), y se dice que ideó espejos que concentrarían los rayos del sol en las naves para incendiarlas (Tzetxes, *Chil*. 2. 118-127, GMW ii. 20).[906] La importancia de la táctica antiasedio, y la estrecha relación entre la experimentación mecánica y la seguridad pública, se ve realzada por la diversidad de tretas defensivas que las ciudades adoptaban,[907] particularmente aquellas que implicaban máquinas defensivas que lanzaban armas arrojadizas, guadañas y redes, o vaciaban sustancias perjudiciales o paralizantes sobre la cabeza de los atacantes. Por tanto, es indicativo del pensamiento helenístico y romano que Vitrubio, fuertemente imbuido de las ideas helenísticas, terminara su obra *De la arquitectura* con capítulos sobre las armas ofensivas y las estratagemas defensivas (10. 10-16).

Algunas de las respuestas más visibles a las nuevas tácticas son los vestigios existentes de las fortificaciones, que adoptaron trazados cada vez más complejos y de más sofisticación táctica a partir de la segunda mitad del siglo IV en adelante. El trazado de las murallas del fuerte de Eleuteria en el noroeste de Ática estaba

concebido para obstaculizar a los atacantes, con complejas entradas de diferentes formas y con salientes y entrantes en las murallas para permitir a los defensores disparar a los atacantes de costado.[908] Hasta 1981 la obra de arquitectura más grande que quedaba era la torre en la esquina sureste del fuerte de Aigosthena en la punta del golfo de Corinto (las hileras más altas de la mampostería saltaron debido a los daños causados por el terremoto); el fuerte puede estar vinculado con Demetrio I o algún otro de los diadocos, pero ha sido también tentativamente atribuido a los atenienses y datado en la década de 340.[909]

Una potencia militar sin precedentes exigía construcciones a una escala sin precedentes.[910] Así como el patronazgo real dio origen a una arquitectura colosal, del mismo modo produjo aparatos militares enormes tales como la famosa Helépolis («tomaciudades») de Demetrio Poliorcetes. Usó una de estas contra la ciudad de Salamina en Chipre en 306 (Diod. 20. 48. 2-3); tenía ballestas capaces de lanzar proyectiles que pesaban tres talentos (c. 80 kg), pero los ciudadanos la incendiaron (20. 48. 6-7). Durante el sitio de Rodas en 304 se edificó una versión más grande:

> Después de haber juntado una masa de todo tipo de materiales, construyó una máquina llamada *helépolis*, cuyo tamaño excedía en mucho a la que había fabricado antes. Hizo que cada lado de la plataforma cuadrada fuera de casi cincuenta codos de largo, hechos de troncos unidos con hierro. El espacio interior lo dividió con vigas separadas entre sí por un codo, de modo que hubiera espacio para los hombres que empujarían la máquina hacia adelante. Toda la estructura era movida por ocho sólidas ruedas; sus aros, reforzados con fuertes láminas de hierro, tenían un grosor de dos codos… El edificio tenía una altura de nueve pisos, el primero tenía un área de cuarenta y tres akainai [c. 400 m2], el noveno superior nueve akainai [c. 80 m2]. Los tres flancos visibles estaban cubiertos con láminas de hierro remachado por el exterior de modo que fueran invulnerables para los que les lanzaban fuego. Los pisos tenían ventanas en el frente, correspondientes en tamaño y forma a las particularidades de los proyectiles que iban a ser lanzados. Estas ventanas estaban dotadas de cerraduras que podían cerrarse mecánicamente, con lo cual los hombres en cada piso ocupados en el lanzamiento de proyectiles podían estar protegidos; pues las cerraduras estaban unidas por costuras de cuero y estaban rellenas con lana, con el propósito de absorber el impacto de la artillería.
>
> (Diod. 20. 91.2-6)

Vitruvio (10. 16. 3-8) y autores posteriores traen otras descripciones. La máquina estaba movida por 3400 hombres, los de la parte externa estaban protegidos por colgadizos y pasadizos cubiertos. Cuando la helépolis fue traída hasta las murallas, acompañada por arietes y cargada con la artillería (Diod. 20. 95. 1-2), parece haber probado su valor, puesto que partes de la muralla rodia fueron derribadas (95. 5). Después fue dañada por el fuego y sus láminas de metal desmontadas, aunque el incendio fue apagado (96. 4. 7). No obstante, el sitio fue abandonado finalmente (99. 1), y semejantes artilugios desmesurados parecen haber caído en desgracia.

Otras fuentes hablan de enormes naves de guerra construidas por Antígono Gónatas y Ptolomeo Filadelfo, que tuvieron, respectivamente, veinte y treinta bancos de remos; se sabe de ellas por la dedicatoria realizada por Ptolomeo II encontrada en

el santuario de Afrodita en Pafos, en Chipre: «El rey Ptolomeo (honra) a Pirgoteles hijo de Zoés, arquitecto de la nave de treinta bancos (*triakontérés*) y el de veinte bancos (*eikosérés*)» (OGIS 39). Ateneo (5. 203 d-e; Austin 219) lista las excepcionales naves de Filadelfo, mencionando la de «veinte» y la de «treinta». La tendencia hacia el gigantismo en la manifestación del poder real alcanzó su apogeo en la nave de cuarenta remos de Ptolomeo IV,[911] de la cual tenemos una descripción por Calixeino:

> La nave de cuarenta remeros la construyó Filopátor con una longitud de doscientos ochenta codos, treinta y ocho de pasillo a pasillo, y una altura hasta el mascarón de proa de cuarenta y ocho codos. Desde el mascarón de popa hasta la línea de flotación medía cincuenta y tres codos. Tenía cuatro gobernalles de treinta codos, y los remos del banco superior, que eran los más grandes, medían treinta y ocho codos; aunque llevaban plomo en los mangos y eran extremadamente pesados dentro de la nave, eran fáciles de manejar en virtud de su estabilidad… Pero estaba extraordinariamente bien proporcionada. Eran también admirables los restantes ornamentos de la nave. En efecto tenía unas figuras de no menos de doce codos a popa y a proa; todo el espacio estaba coloreado de encausto… Abundante era así mismo la ornamentación de las armas, y colmaba las necesidades de cada parte de la nave. Durante un viaje de prueba, precisó más de cuatro mil remeros y cuatrocientos asistentes. En el puente eran necesarios tres mil ciento cincuenta marineros.
>
> (Ateneo, 5, 203 e-204 d)

Se podía tratar sólo de una especie de fortaleza flotante, que nunca había entrado en acción, y quizá no estaba dirigida a la acción.

La mayoría de las innovaciones militares del período helenístico tuvieron lugar fuera de Grecia; esto no es sorprendente, ya que la mayoría de oportunidades para probarlas tenían lugar fuera del mundo de la polis, ahora que las ciudades llevaban a cabo pocas campañas. Garlan, sin embargo, apunta a «una fosilización del arte militar en los reinos helenísticos» en términos técnicos, culpando a ésta por las derrotas de Macedonia a manos de los romanos y del imperio seléucida por los partos.[912] Señala la rigidez de la falange y la complicación de las maniobras bajo la influencia de los modelos abstractos. Su estudio está quizá excesivamente influido por Polibio, quien, dice, lamenta la mediocridad de algunos aspectos de la práctica militar (Polibio examina el problema de la falange en 18. 28-32; parte en Austin 67). Con todo, parece ser cierto que los reyes y generales preferían confiar en las fórmulas usadas y comprobadas —aunque ¿en qué época, hasta los tiempos más recientes, no ha sido así?— y que habrían sido lentos en adaptarse frente a nuevos enemigos con nuevas tácticas. Los reyes no temían innovar donde había riqueza para invertir en la solución de un problema, por ejemplo, comisionando mejoras técnicas en el equipo militar, o edificando grandiosas (y sin duda muchas veces efectivas) fortificaciones. Posiblemente, la dimensión de las monarquías, comparada con las ciudades-estado, no era propicia para la experimentación rápida y limitaba su capacidad para adaptarse frente a nuevas amenazas desde el occidente.

LA COMPRENSIÓN DE LAS FORMAS DE VIDA

LA creciente complejidad y elaboración de la descripción son rasgos de los escritos filosóficos y científicos griegos antes y durante este período. Otro rasgo es la efectiva especialización de las diferentes ciencias, aunque no de los científicos.

La botánica y la zoología

El principal autor botánico es Teofrasto, uno de los pocos autores de las ciencias de la vida cuyas obras quedan en forma razonablemente completa.[913] No hay suficiente espacio aquí para examinar las copiosas obras de Aristóteles en este campo,[914] y no podemos hacer más que advertir que la obra igualmente amplia de Teofrasto surgió directamente de la de su inmediato predecesor. Hay también un debate sobre el grado en que consideró que estaba desafiando antes que ampliando las realizaciones de Aristóteles.[915]

Teofrasto se inspiró en escritores antiguos y en los nuevos datos reunidos por los científicos que acompañaron la expedición de Alejandro;[916] sus dos libros siguieron siendo los textos clave de la botánica de allí en adelante. No parece haber realizado experimentos, pero su trabajo se ordena de acuerdo con una racionalidad aristotélica y evita, en su mayor parte, la atribución de propiedades mágicas a las plantas.[917] Es parte de la reacción gradual contra la interpretación mágica de las especies naturales.[918]

La antigua *Historia de las plantas* fue escrita alrededor de 300.[919] El libro 1 trata de la estructura y la clasificación de las plantas, el tono enérgico, rigurosamente impersonal, aparece desde el inicio:

> Me propongo hablar de las diferentes plantas y de su distinta naturaleza atendiendo a sus partes constitutivas, a sus cualidades, a la génesis de las mismas y a las etapas de su desarrollo. Su comportamiento y actividad no son como la de los animales. En efecto, las plantas son más fáciles de examinar y menos complejas en lo que se refiere a las modalidades de su generación, a sus cualidades y a sus formas de vida, mientras que las partes de los animales son más complejas. Esto es, precisamente, lo que entraña cierta dificultad y lo que no ha sido suficientemente dilucidado: saber qué es lo que hay que llamar «partes» y qué es lo que no.
>
> (Teofr. *HP* 1.1.1)

Los libros posteriores tratan (2) de la propagación, especialmente, de los árboles, (3) los árboles silvestres, (4) los árboles y las plantas de regiones particulares, (5) la madera, (6) los arbustos, (7-8) las plantas herbáceas y (9) los jugos de las plantas y

las propiedades medicinales de éstas. Estos libros son ricos en descripción y enumeran muchos cientos de observaciones de especies particulares. A veces la clasificación y los datos específicos van juntos:

> Respecto al cultivo y laboreo, unas observaciones son comunes, otras específicas de cada árbol. Comunes son los trabajos de excavar hoyos, el riego, la estercoladura y, además, la poda y escamondeo de las ramas muertas. Estas operaciones difieren en grado según los árboles. Porque unos árboles son aficionados al agua, otros al estiércol, y otros no lo son tanto, como el ciprés, que no es aficionado al estiércol ni al agua, sino que, según dicen, muere si, cuando es todavía joven, recibe riego en demasía. En cambio, el granado y la vid son aficionados al agua. La higuera crece vigorosa si se la riega, pero su fruto resulta inferior, excepto si es de Laconia. Pues ésta gusta del agua.
>
> (Teofr. *HP* 2. 7. 1)

Este extracto ejemplifica el modo en que Teofrasto se basaba en informes de todo el mundo griego, usualmente especificándolo con «dicen» o una frase parecida. La naturaleza sistemática de su clasificación, como la de Aristóteles, se generaliza a partir de la experiencia del mundo, no impuesta sobre la realidad por un razonamiento *a priori*. Otros pasajes muestran su precisa atención al detalle o la de sus corresponsales, sea que su clasificación y marco explicativo encaje con los de hoy en día o no:

> A distinto género pertenece el árbol que se cría en el monte Ida y que llaman *koloitia* [sauce ceniciento, bardiguera o sarga negra]. Es un arbusto, ramificado, con muchos vástagos. Es escaso, no abundante. Tiene la hoja parecida al «laurel de hoja ancha», pero más redonda y ancha, como que se parece en esto a la del olmo, pero es más oblonga; es de color verde por ambas partes, pero blanquecina en el arranque; en este lugar es muy fibrosa, a causa de las finas fibras que proceden, en parte, de la nervadura central y, en parte, de entre los nervios, que arrancan de ésta. La corteza no es lisa, sino más bien como la de la vid. La madera es fuerte y prieta. Las raíces son superficiales, delgadas y largas, aunque a veces son compactas, y son muy amarillas. Dicen que carecen de fruto y de flor, pero tiene sus nudosos retoños de invierno y sus «ojos». Éstos crecen a lo largo de las hojas. Son muy suaves, lustrosos y blancos y tienen la forma de un brote de invierno. Si se corta el árbol o se quema de abajo, echa brotes laterales y rebrota.
>
> (Teofr. *HP* 3. 17.3)

Tal descripción entusiasta y sistemática y el deseo de encontrar comparaciones con los datos conocidos, son característicos de la ciencia helenística.

Una obra con frecuencia impresa junto con la *Historia de las plantas* es el tratado de Teofrasto, *Sobre los olores*, que también trata de las especias y los perfumes. Junto con el libro 9 de la *Historia*, ofrece datos inestimables sobre las prácticas de los antiguos herboristas, e ilustra la ausencia de pruebas experimentales:

> La raíz del ciclamen se usa contra la supuración de los flemones, como pesario para las mujeres y para las heridas, mezclada con miel. El jugo mezclado con miel sirve para la purgación de la cabeza. Sirve también, si se da a beber disuelto en vino que contenga raspaduras de ella, contra la embriaguez. Dicen también que la raíz es un buen hechizo

> para provocar un alumbramiento rápido y que es también un buen filtro amoroso. Cuando la arrancan, la queman y, luego, echando las cenizas en vino, hacen esferitas como las que se fabrican con la zupia que se usa para lavarse.
>
> (Teofr. *HP* 9. 9. 3)

Sin embargo, hay vacíos sorprendentes para cualquier persona familiarizada con la cocina mediterránea actual: el ajo (*skorodon*), por ejemplo, es mencionado sólo como precaución contra el veneno contraído por aquellos que arrancaban eléboro (9. 8. 6). Teofrasto nos dice poco de sus métodos de recogida de datos.

El último tratado *Sobre el origen de las plantas*, de la última década de la vida de Teofrasto,[920] es más abstracto y busca explicaciones de las características comunes y particulares de las plantas en general. Trata (libros 1-2) de los procesos espontáneos intrínsecos a las plantas (generación, florecimiento, etc.), (3-4) de los procesos que resultan de la intervención humana (principalmente la agricultura), y de los efectos no naturales dañinos de la agricultura y los efectos especiales del artificio humano. El libro 6 trata de los sabores y los olores, al igual que el libro 7 (ahora perdido). El objetivo más explicativo de esta obra aparece aquí:

> Otro problema es este: ¿por qué, cuando el cereal está henchido y uno podría decir (como si estuviera) seco, la lluvia lejos de mejorar el fruto, lo empeora; pero el cereal que ha sido segado y amontonado en pilas se madura más y así mejora, y algunos agricultores incluso riegan el montón?
>
> La razón es esta: en el primer caso el cereal se empapa y el sol sale otra vez y elimina el fluido natural con la lluvia, y de ese modo encoje los granos; en el segundo caso, la humedad es producida por el montón y el vapor que se eleva, el cual es fino y como *pneuma* [gas tibio y expansivo], penetra en los granos y los hace madurar más.
>
> (Teofr. *OP* 4. 13. 6)

(Compárese con el pasaje más descriptivo sobre la misma práctica en *HP* 8. 11.4).

El conocimiento de las plantas era el foco de la atención de escritores sobre las técnicas agrícolas. Ninguna de las numerosas obras sobre agricultura de esta época se ha preservado; pero mucho de este material fue posteriormente tomado por los escritores romanos sobre la administración de fincas tales como Varrón (*De re rustica*, publicado en el 37 a. C.), quien da una nómina de más de cincuenta escritores antiguos, casi todos griegos de la época helenística (1. 1.8).

La producción agrícola y pecuaria eran temas de interés real, particularmente en Egipto y Asia, donde había una tradición persa de apoyo real a la experimentación con nuevas especies; la carta de finales del siglo VI de Darío I a su sátrapa Gadatas en Jonia (ML 12) es un célebre ejemplo de esta preocupación. La innovación no tomó normalmente la forma de una cría científica de nuevas variedades, sino que implicó antes bien el trasplante de plantas y animales a nuevos ambientes, sea con el objetivo de mejorar la calidad de vida de los miembros de la élite o con la esperanza de que esto aumentara las rentas reales. Ya en el período arcaico los hombres poderosos

habían estado aclimatando nuevos animales domesticados de otros países, como ovejas, perros de presa y carneros traídos por Polícrates, tirano de Samos (finales del siglo VI, At. 12. 540 d-e).[921] En el período helenístico, una combinación de buenas relaciones públicas y preocupación por las rentas reales se refleja en los intereses agrícolas de los monarcas. Hierón II de Siracusa y Átalo III de Pérgamo son nombrados por los autores de tratados sobre agricultura (Varrón, *RR* 1. 1. 8; Columela, RR 1. 8; Plinio, HN, índices de autores citados en libros 14, 15 y 18).

La mayor parte de los indicios sobre la intervención real concierne a Egipto. Sabemos que Ptolomeo hizo un contacto personal con Teofrasto (Diόg. Laer. 5. 37; pero no da detalles). Muchos cambios fueron hechos en los patrones de cultivo existentes.[922] Tenemos las noticias del archivo de Zenón de que Ptolomeo II personalmente autorizó varias medidas en la propiedad de Apolonio con el fin de promover la agricultura. Éstas comprendían nuevas variedades de árboles frutales de los jardines botánicos del rey; Apolonio dispuso que se plantaran seis diferentes tipos de higueras, así como granadas y albaricoques (PCZ 59033, 257 a. C.).[923] Un tipo de trigo que maduraba a los tres meses fue plantado en la tierra irrigada (PCZ 59155, 256 a. C.) y se introdujeron razas especiales de ovejas de Mileto y Arabia (PCZ 59195, 255 o 254 a. C.; 59430, sin fecha).[924] Aparte del trigo de rápida maduración, los trasplantes de los que sabemos tienden a ser plantas ornamentales, como las vides introducidas en Babilonia por los Seléucidas:

> La vid, que no había sido cultivada allá [en Susis] primero, los macedonios la plantaron aquí como en Babilonia, sin abrir surcos sino sólo hincando estacas en el terreno con las puntas cubiertas de hierro, y después quitándolas y poniendo inmediatamente la planta tierna en su lugar.
>
> (Estrabón, 15. 3. 11 [731])[925]

También del archivo de Zenón proviene el sorprendente documento de 257 a. C. sobre la promoción de la viticultura. Un agente escribe a Apolonio el *diokétés* sobre su enorme viña en Galilea, en ese momento bajo dominio ptolemaico:

> Glaucias a Apolonio, saludos.
>
> Sobre las cosas de que me ordenaste informar a Nicanor y Antíoco, ya lo hice. Sé que están de acuerdo con ello. De las otras cosas os informaré en cuanto lleguemos. Al llegar a Baitanós [Bethaneth] y al llevar a Melas conmigo, visitamos las plantas y todo lo demás. Bien, me parece que están cultivadas satisfactoriamente, y dice que el viñedo tiene 80 000 (en número). También ha construido un pozo y una vivienda satisfactoria. Me dio vino para probar, y no distinguí si era de Chian o local. De modo que vamos bien, con buena suerte en todas las cosas.
>
> (P. Lond. 1948)[926]

A juzgar por su tamaño parece ser una empresa comercial, aunque dirigida al sector de lujo del mercado.

Átalo III se dedicaba a la botánica con el propósito de cultivar plantas medicinales, y Celso, Galeno y Plinio dicen que descubrió varios remedios.[927] A veces motivos más maquiavélicos habrían estado presentes; Plutarco nos informa de que: «Átalo, llamado Filométor, cultivaba hierbas venenosas, no sólo el beleño y el eléboro, sino también la cicuta, el acónito y el doriemo» (Plutarco, *Demetrio*, 20; cf. Plinio, HN 25. 6. 28. 64; 25. 8. 55. 99; Justino, 36-4-3) y Galeno informan que fueron utilizados para los criminales.[928]

A veces el interés en la flora y la fauna solía ser una combinación de fines políticos con el deseo de realzar el prestigio real, como cuando Ptolomeo II incluyó animales exóticos en su gran procesión (Calixeno ap. At. 5. 201 b-c: Austin 219; véase pp. 93-94), o cuando Seleuco I envió un tigre indio a Atenas (At. 13. 590 a, citando las comedias de Filemón [frag. 47; Kock, CAF ii, 490] y Alexis [frag. 204; Kock, CAF ii. 372]). Cuando Ptolomeo VIII —que no era amigo del Museo— importó pájaros exóticos para adornar su corte (At. 14. 654 c), ¿suponemos que sus motivaciones estuvieran limitadas a un deseo de lujo? Cuando Filetairo se interesó mucho en la cría de ganado, ¿estaba simplemente posando de intelectual, promoviendo el nivel intelectual de su corte, interesándose como era debido en el potencial de aumentar sus rentas de la tierra, o tratando de procurarse los mejores tejidos posibles para la corte? Es difícil separar las motivaciones. A veces el interés comercial puede haber estado presente (también parcialmente dirigido a mantener altos los ingresos), como en los intentos seléucidas y ptolemaicos de aclimatar las plantas[929] productoras de especias y perfumes, pero no podemos descartar las mismas consideraciones de prestigio que estaban detrás del patronazgo de la literatura y el arte.

La medicina

Como los demás campos de la ciencia, la medicina no experimentó una transformación fundamental, sino que evolucionó a partir de lo que había existido antes. Los principales centros de enseñanza e investigación fueron la polis insular de Cos, con su santuario curativo de Asclepios, y la nueva capital cultural de Alejandría. Como con las demás ciencias, los investigadores médicos fundaron diferentes filosofías y visiones del universo material. Como los filósofos, se agruparon en «escuelas» con ideologías rivales y posiblemente enfoques opuestos de la práctica médica, aunque no debemos exagerar las diferencias.[930]

Una figura importante que se destaca al inicio de la medicina helenística es la figura bastante nebulosa de Proxágoras de Cos. En la segunda mitad del siglo IV ganó fama de anatomista y maestro e hizo importantes descubrimientos, modificando la antigua teoría hipocrática de los humores corporales.[931]

Entre los discípulos de Proxágoras estaba uno de los dos médicos más famosos del siglo III, Herófilo de Calcedonia (c. 330 -c. 260 a. C.). Descubrió los nervios, distinguiendo entre nervios sensores y motores e identificando los del cerebro y el nervio óptico, así como definiendo las distintas partes del ojo. Describió el hígado, y las partes de los sistemas reproductores masculino y femenino y del cardiovascular. Aunque teorizó sobre los desequilibrios de los «humores»[932] como la causa de la enfermedad, consideraba provisionales todas las explicaciones. Es más famoso por analizar el carácter y la variación del pulso, que usó como medio de diagnóstico. En suma, la obra de Herófilo estuvo entre las más fértiles de los científicos griegos, estimulando una amplia gama de análisis favorables y contrarios en muchos escritores médicos, filósofos y religiosos de la posteridad.[933]

Erasístrato, de Iulis de Queos (c. 315-c. 240 a. C.), hizo importantes descubrimientos sobre las válvulas del corazón, e introdujo una teoría única que unía la respiración, la sangre, el sistema nervioso, los músculos, el apetito y la digestión, basada en la transmutación del aire inhalado en «*pneuma vital*» (literalmente «aliento») y finalmente en sangre, aunque se creía que la sangre ocupaba sólo las venas, no las arterias. El mismo modelo fue empleado para explicar las enfermedades, incluidas las de las mujeres (que no se creía que fueran específicas de ellas). Erasístrato es notable por su disposición a llevar a cabo experimentos, disecando animales y humanos para comprobar sus teorías.[934]

Tanto Herófilo como Erasístrato pertenecían al grupo de los llamados «dogmáticos» (el nombre fue una invención posterior), que afirmaban el valor de la disección; en efecto, los dos eran los únicos médicos antiguos de los que se sabe que realizaron disecciones sistemáticamente. Los «empíricos», por su parte, sostuvieron que los doctores debían evitar la teorización sobre el cuerpo o las enfermedades y considerar sólo los síntomas.

Aunque solían dedicar gran esfuerzo a la investigación del organismo humano, los escritores médicos usualmente interpretaban lo que veían sólo de modo que respaldara el modelo existente de cómo funcionaba el cuerpo. La principal diferencia entre la medicina y las demás ciencias era que la mayoría de los escritores médicos eran doctores practicantes, de modo que la mayor parte de la investigación médica fue realizada por hombres que dependían de su arte para su subsistencia. Con frecuencia eran receptores de honores públicos, y su categoría social era elevada, como se puede suponer. En Cirene su independencia política estaba garantizada en la carta de refundación de Ptolomeo I:

> Quienquiera del cuerpo ciudadano que esté sirviendo en un cargo oficial como doctor, entrenador de gimnastas o maestro de arco, de equitación o lucha hoplítica, o como heraldo en la cámara del consejo, no se le permita participar en los oficios propios de los Diez Mil (ciudadanos). Todos estos hombres serán escogidos por sorteo y renunciarán a su oficio.
>
> (Austin 264, Harding 126, SEG ix. 1, líneas 42-45)[935]

Es posible que esta sea una restricción para las profesiones de los estratos bajos, pero la palabra clave es *dêmosiâi*, «en un cargo oficial», que quizá implicaba que se trataba de evitar un potencial conflicto de intereses, o que se exceptuaba a estos grupos del servicio público como reconocimiento de la contribución que ya estaban haciendo.

La investigación médica continuó en el nivel superior de la sociedad, junto con otras ciencias. La protección ptolemaica se deduce del enciclopedista médico romano Celso, que conserva buena parte de nuestro conocimiento de la ciencia helenística, sin sensacionalismo:

> Además, ya que los dolores y varios tipos de enfermedades surgen en las partes internas, piensan [aquellos que practican la medicina fundados en la razón] que nadie puede remediarlos si no conoce las mismas partes, y que por tanto es necesario abrir los cuerpos de los difuntos y examinar las vísceras y los intestinos. Consideran que Herófilo y Erasístrato lo hicieron de la mejor manera posible, al recibir de los reyes hombres inicuos sacados de la prisión, para abrirlos vivos mientras aún respiraban; examinaron los órganos que la naturaleza había antes ocultado, su ubicación, color, forma, tamaño, disposición, dureza, suavidad, sus puntos de contacto, también las protuberancias y hendiduras de cada uno, y si uno estaba insertado en otro o recibe parte de otro en sí… No pensaban que fuera cruel (como la mayoría de la gente piensa) buscar en el castigo de los inicuos, y sólo unos pocos para este efecto, los remedios para personas inocentes de todas las futuras generaciones.
>
> (Celso, *De medicina, proemium*, 23-24, 26)

Celso desaprueba la vivisección, pero su tono desapasionado le da credibilidad. De modo más sensacionalista, aproximadamente en 200 d. C., el autor cristiano Tertuliano, probablemente siguiendo a Sorano, se refirió a Herófilo como «ese doctor o carnicero que abrió a innumerables seres humanos de modo que pudiera estudiar la naturaleza», y que específicamente defendió la vivisección (*De anima*, 10. 4).[936]

Aunque este testimonio está marcado por el prejuicio antipagano, el de Celso hace probable que la disección científica de personas fuera practicada, quizá por primera vez, y posiblemente la vivisección.[937] Uno puede preguntarse si los diferentes agrupamientos ideológicos entre los doctores reflejarían de algún modo una diversa accesibilidad al patrocinio regio; no sería sorprendente que aquellos para los cuales el material anatómico no era accesible afirmaran la primacía de la observación externa. La protección real puede haber tenido incluso el efecto de crear controversias en la profesión médica.

Hubo nuevos descubrimientos importantes, la mayoría atribuidos a Herófilo y a Erasístrato. En el sistema nervioso los nervios sensores y motores,[938] los tendones y ligamentos, fueron primero diferenciados por estos dos hombres. Los escritores actuales con frecuencia sacan a relucir los errores de la medicina griega; pero dado el punto de vista teórico accesible a los antiguos, sus conclusiones con frecuencia eran completamente razonables, como cuando Erasístrato, siguiendo a los doctores

antiguos, concluyó que las arterias (por oposición a las venas) no estaban llenas de sangre sino de aire. Erasístrato también investigó el sistema digestivo con gran inteligencia, mientras Herófilo creó un sistema elaborado para evaluar la salud del paciente por el pulso.[939] El deseo de sistematizar el conocimiento en un esquema que pudiera ser aplicado a casos reales revela que la medicina no estaba más presa de la teoría que cualquier otra ciencia.

La medicina y la religión se entrecruzaban en varios puntos. Ya en el siglo IV la popularidad del dios sanador Asclepio había comenzado a aumentar, como lo testimonia su santuario del siglo IV en Atenas. Su culto no era un centro del ceremonial cívico, sino más bien un culto al que el individuo recurriría con la esperanza de obtener orientación personal dada por la deidad.[940] Una persona que sufría una enfermedad o herida que no respondiera al tratamiento dormiría en el santuario (un proceso llamado incubación), esperando que se le transmitiera una cura por medio de un sueño. La eficacia médica del culto es difícil de evaluar a partir de los documentos que quedan. El patrocinio ptolemaico del santuario de Asclepio en la isla de Cos, donde había una escuela médica (según se dice fundada por Hipócrates), es bien conocido y es atribuido a la gratitud del rey a su isla natal, adonde su madre fue enviada en el 309/308 cuando estaba embarazada de él (Mármol de Paria [FGH 239], B 19, Austin 21).[941] El patrocinio real de la medicina no debe atribuirse a un deseo de mejorar la salud de los súbditos del rey, aunque éste podía disfrutar del reflejo de la gloria de los nuevos descubrimientos y de una asociación con los dioses sanadores.

Como la medicina, incluso más que otras ciencias, tenía un aspecto práctico, también estaba en un contexto cultural y político. Esto no es negar el humanismo de sus practicantes, ejemplificado quizá en el famoso juramento hipocrático. De fecha incierta, se supone por lo general que perteneció al período clásico tardío o al helenístico inicial. No era probablemente una declaración universal de los doctores, sino de un grupo específico, pues además de los requerimientos normales de no administrar veneno, ni usar un pesario para causar abortos, e incluso (al parecer) respetar las confidencias, comprendía la promesa de no operar agresivamente («No haré uso del bisturí, ni aun con los que sufran con la piedra»), algo que muchos doctores ciertamente hacían. Su requerimiento de respetar al propio maestro y transmitir el propio conocimiento, por lo menos, concuerdan con la estructura general de la medicina de los siglos IV y III.[942]

Una de las antiguas obras médicas más famosas es el tratado del siglo IV, *Sobre los aires, aguas y lugares*, atribuido a Hipócrates.[943] Se aconseja al doctor tomar en cuenta los vientos del país y el clima y de ese modo anticipar los tipos de enfermedades que es probable que encuentre en una región determinada, y clasificar las naciones diversas según su inteligencia, carácter político y espíritu militar. Se cree que el clima templado de Asia es la causa de la indolencia mental y física de sus

habitantes (cap. 16), mientras que las condiciones variables y cambiantes de Europa han hecho a sus habitantes belicosos, valientes y deseosos de arriesgar —aunque el autor explícitamente también asigna un papel prominente a las tradiciones culturales (cap. 23).

Un desarrollo de la misma estructura aparece en la Política de Aristóteles:

> Los [pueblos] que habitan en lugares fríos y en Europa están llenos de coraje, pero faltos de inteligencia y de técnica, por lo que viven más bien libres, pero sin organización política o incapacitados de mandar a sus vecinos. Los de Asia, en cambio, son inteligentes y de espíritu técnico, pero sin coraje, por lo que llevan una vida de sometimiento y esclavitud. En cuanto a la raza helénica, de igual forma que ocupa un lugar intermedio así participa de las características de ambos grupos, pues es a la vez valiente e inteligente. Por ello vive libre y es la mejor gobernada y la más capacitada para gobernar a todos si alcanzara la unidad política.
>
> (Arist. *Pol*. 9. 7. 1327 b 23-1328 a 33)

La idea reaparece en el autor estoico Posidonio (c. 135 -c, 55 a. C.), quien es la probable fuente de un pasaje del Tetrabiblos escrito por el escritor astrónomo del siglo II, Claudio Ptolomeo, llamado por lo común Ptolomeo. La región civilizada ahora se había expandido para incluir a los egipcios y los caldeos. Un extracto vale por todo el pasaje:

> Sin embargo, los habitantes de la región entre los trópicos y las Osas, como el sol no está directamente sobre sus cabezas ni demasiado lejos en sus tránsitos del mediodía, participan de la templada temperatura de los aires, que varía, de seguro, pero no tiene cambios violentos del calor al frío. Por tanto son de color mediano, de estatura moderada y de naturaleza ecuánime, viven muy juntos y son civilizados en sus hábitos. Los más meridionales [los egipcios y los caldeos] son en general más sagaces e ingeniosos, y mejor versados en el conocimiento de las cosas divinas porque su cénit está cerca del zodíaco y los planetas que giran en torno a él.
>
> (Tetrabiblos, 2. 2. 55-58)

A finales del siglo I a. C. la idea helenística fue reelaborada por Vitrubio; en su esquema, sin embargo, son los itálicos los que ocupan la zona climática más favorable y por tanto tienen dotes superiores:

> así las gentes en Italia son aptísimas para entrambos ministerios, de valor en su cuerpos, y de agudeza en el ánimo… del modo mismo la Italia, sita entre septentrión y mediodía, tiene la preeminencia de que con la mezcla de ambos temperamentos goza constitución templada, así que con el consejo rebate la fuerza de los bárbaros, y con el valor la fuerza de los meridionales. En efecto, colocó Dios la capital del pueblo romano en región tan templada y excelente, para que fuera dueña y señora del mundo.
>
> (Vitrub. 6. 1. 11)

Las teorías de los escritores médicos, aunque con frecuencia contradictorias,

revelan presupuestos sociales y culturales. Vitrubio pudo transformar la idea para sus propios propósitos propagandísticos, y halagar a los lectores romanos al transferir la alabanza que hizo Aristóteles de las características griegas a ellos, porque la ciencia helenística podía plantear una conexión entre paisaje o clima y la naturaleza de los organismos en él.

LA ESPECULACIÓN MATEMÁTICA

La astronomía y la astrología

LA astronomía griega tradicional se remonta al uso de las estrellas y planetas para marcar los puntos del calendario vistos en Homero y Hesiodo. En los inicios del siglo VI, se decía que Tales de Mileto había pronosticado un eclipse, aunque esto no puede haber sido posible antes de que Metón de Atenas, a finales del siglo V, descubriera el ciclo de diecinueve años que vincula los movimientos del sol y la luna. Los cosmólogos y filósofos del siglo V planteaban que la tierra era esférica, y que los eclipses se originaban al pasar la luna por delante el sol (aunque esta idea posiblemente no era muy popular), pero no se habían pronunciado sobre el número y los nombres de los planetas. Sólo en el siglo IV Platón o Eudoxo de Cnido (que era geómetra y astrónomo) teorizó que los movimientos de los cuerpos celestes deberían ser calculados geométricamente, desarrolló la noción de las esferas concéntricas y distinguió los cinco planetas visibles a simple vista con claridad. (Sobre Eudoxo, véase Dióg. Laerc. 8. 86-91). Sólo se utilizaban los instrumentos astronómicos básicos. Aparte de Metón, Eudoxo habría sido el primero en utilizar los conceptos babilónicos, que se aprecian en su descripción de las constelaciones.[944]

De modo que la astronomía helenística no innovó al inspirarse en la observación y la teoría del Oriente Próximo, si bien ya tenía un fácil acceso entonces a los datos babilónicos. Los avances en astronomía continuaban la anterior investigación del cosmos, aunque los más rápidos se realizaron en el siglo II, un poco después que en otros campos de la ciencia. Dos tendencias pueden distinguirse: el deseo de catalogar los cielos visibles, y el deseo de explicar los movimientos observados del sol, la luna y los planetas. Con frecuencia ambos proyectos iban juntos.

Hiparco de Nicea (c. 190-después de 126 d. C.), conocido como el inventor de la trigonometría, también puede haber fabricado una dioptra mejorada, al parecer ajustable a la inclinación del polo norte (Arquímedes, *Arenario*, 1. 11; *Hipótesis astronómicas*, 4).[945] Tuvieron lugar otras mejoras de instrumentos de medición: Hiparco probablemente utilizó la esfera armilar, una serie de aros concéntricos que rotaban simulando el movimiento relativo del sol, la luna y los planetas.[946] Ptolomeo (*Almagesto*, 5. 1; 5. 12) describe instrumentos semejantes. Con la ayuda de instrumentos ópticos y de modelos de este tipo, Hiparco creó el primer catálogo exhaustivo de estrellas, que superó al de Eudoxo. Algunos de los datos tenían origen babilónico, aunque Hiparco también se basó en observaciones de los astrónomos de Alejandría de inicios del siglo III, como Timocaris y Aristilos (Ptolomeo, *Almagesto*,

7. I).[947]

En el campo de la explicación, Hiparco descubrió la precesión de los equinoccios, que ahora describimos como el efecto del lento giro del eje terráqueo cada 25 000 años, que causaba que las constelaciones hiemales se convirtieran en las estivales y viceversa. Puesto que, sin instrumental moderno, este fenómeno sólo puede ser advertido al comparar las observaciones astronómicas a lo largo de muchas décadas, es un testimonio de la precisión y el rigor de estos astrónomos que el cálculo de Hiparco para la duración del ciclo, 36 000 años, sea del orden correcto de magnitud (aunque no sería relevante si su error fuera mayor, pues la cuestión no es la exactitud sino el método). Esto refuta una vez más la idea de que los pensadores griegos estuviesen encerrados en la teoría, con exclusión de la experimentación real, la observación y la medición.

Este deseo de catalogar y denominar los cielos puede ser considerado como parte de un proyecto ideológico mayor, que podría decirse comenzó (de forma muy distinta) con el historiador Heródoto en el siglo V y culminó con los mapas y las geografías del período romano. Tanto Grecia como Roma eran, por decirlo de este modo, culturas volcadas al exterior, y el discurso dentro del cual la élite (y otros) operaban estaba teñido por el deseo de identificar y apropiarse simbólicamente de los pueblos y países con los que establecían contacto.[948] Visto en este contexto, y con el trasfondo de las conquistas de Alejandro, el proyecto de enumeración y catalogación del mundo terreno y del celestial alcanza su particular coherencia.

Hay estrechas relaciones entre el aspecto catalogador de la astronomía (la exploración astronómica, por decirlo así) y la medición terrestre. Hiparco fue probablemente el primero en idear un sistema elaborado de latitud y longitud, aunque los conceptos básicos eran ya conocidos por Eratóstenes. Nuestra principal fuente sobre la obra de Hiparco es la *Mathematike syntaxis*, «tratado matemático sistemático» (llamado por su título arábigo *Almagesto*, derivado de la palabra griega *megistê*, «el más grande»), un enorme manual de astronomía en trece libros escrito en el siglo II d. C. Quizá el proyecto más ambicioso que vinculaba ambas fue el intento de medir el tamaño de la tierra. Aristarco de Samos (fl. 280 a. C.), seguido por Posidonio, calculó la distancia entre el sol y la tierra. Otros asignaron nombres a los nuevos cuerpos celestes. Conón de Samos (después, de Alejandría) descubrió una pequeña constelación de la Cabellera de Berenice (o la designó como constelación, pues las estrellas que la integraban eran perceptibles a simple vista), llamándola así en honor de la reina.

Una de las teorías astronómicas griegas más citadas es la «hipótesis heliocéntrica» de Aristarco.[949] Hoy vemos la tierra sólo como uno de los planetas que giran en torno al sol, y el aparente movimiento de las estrellas y el sol es el ilusorio resultado de la rotación de la tierra. La visión ortodoxa en la antigüedad era que la tierra estaba fija en el centro del universo mientras el sol, las estrellas y los planetas giraban alrededor de ella. La hipótesis alternativa de Aristarco, de que la

tierra en efecto giraba alrededor del sol, es descrita por Arquímedes en un tratado preservado:

> Aristarco de Samos, sin embargo, ha publicado algunas hipótesis de las que se deduce que el universo es muchas veces más grande de lo que nosotros vemos. Supone que las estrellas fijas y el sol permanecen inmóviles, que la tierra gira en torno al sol siguiendo la circunferencia de un círculo, que está en el centro de la órbita, y que la esfera de las estrellas fijas, que se extiende entorno al mismo centro del sol, es tan grande que el círculo en que él supone que la tierra gira mantiene una proporción con la distancia de las estrellas fijas como el centro de la esfera respecto a su superficie.
>
> (Arquímedes, *Arenario*, 1, GMW i. 3-5)

Aunque no podemos saber si Aristarco en efecto creía que este fuera el caso, no tenemos base para dudar de que planteaba esta hipótesis seriamente como una solución matemática posible a cómo los cuerpos celestes se movían.[950] No encontró una aceptación general: Plutarco dice que después de Aristarco sólo un astrónomo la adoptó, un tal Seleuco de Seleucia del Tigris, un caldeo o babilonio de c. 150 a. C., «el primero sólo lo suponía, el último lo afirmó» (*Cuestiones platónicas*, 1006 c).[951]

Los historiadores a veces lamentan que esta hipótesis, que ahora sabemos estaba más cercana a la verdad que la ortodoxia de la época, fuera rechazada siglos después. Tales reacciones pierden de vista la cuestión. Dadas las concepciones del mundo material generalmente existentes en la época, la teoría de Aristarco era, si no insostenible, por lo menos imposible de probar. Plutarco refiere una objeción de fundamento religioso: dice que el filósofo estoico Cleantes «pensó que los griegos debían procesar a Aristarco de Samos acusándolo de impiedad por poner en movimiento el Hogar del universo» (Sobre la faz de la luna, 923 a);[952] una autoridad de la talla de Aristóteles había sentenciado que la tierra no se movía (*De cáelo*, 2. 13). Estaba además el hecho que llamamos gravedad: según todas las apariencias la tierra era el centro hacia donde todas las cosas se movían. Después, estaba el argumento de que el aire y los objetos móviles deberían verse visiblemente afectados si la superficie de la tierra estuviera moviéndose rápidamente. Finalmente, si la tierra giraba alrededor del sol cada año, entonces las estrellas parecerían moverse de un extremo a otro conforme cambiara nuestro punto de vista (fenómeno actualmente llamado paralaje estelar). Aristarco era consciente de esto, pero explícitamente asumió que las estrellas estaban infinitamente lejos de la tierra de modo que no tenía que defenderse de este argumento. Sin embargo, dado el bajo nivel de exactitud disponible en la medición direccional, habría sido imposible demostrar el paralaje estelar.[953] En efecto, Préaux atribuye el rechazo a las hipótesis de Aristarco principalmente a la falta de una medición precisa; pero no sabemos que nadie pensara comprobarla de este modo. Antes bien, los términos del discurso prevaleciente estaban tan abrumadoramente en contra de Aristarco que no había razones de peso por las que otros astrónomos debieran sentirse obligados a refutar su teoría con datos observados;

había muchos otros fundamentos para disentir.

Este es un caso en que los científicos griegos se «equivocan» por razones perfectamente correctas, lo que quiere decir que no deberíamos acusarlos de error. Ya que la teoría existente parecía explicar los fenómenos, no había incentivos para corregirla. De ningún modo el caso de Aristarco implica una falta de racionalidad, o un deseo de distorsionar los hechos y oscurecer la verdad. Revela que era difícil escapar de una visión del mundo existente, lo que quizá Aristarco ni siquiera se proponía hacer.[954] Tenemos también que considerar quiénes eran los usuarios de la astronomía.

Consideraciones similares se aplican a la teoría de los epiciclos y los círculos excéntricos que eran utilizados para explicar las irregularidades en los movimientos observados del sol, la luna y los planetas. Este modelo fue adoptado de preferencia a la anterior teoría de Eudoxo de que los cuerpos celestes se movían en esferas fijas con la tierra en el centro. Implicaba atribuir al sol, la luna y los planetas un movimiento complejo formado por una combinación de movimientos circulares y diferentes velocidades de rotación. La teoría es mejor conocida a partir de Ptolomeo pero fue probablemente enunciada primero con detalle por Apolonio de Perge (activo en Alejandría en la segunda mitad del siglo III), la otra figura dominante de la astronomía helenística. Sabemos ahora que las irregularidades se debían a la forma de las órbitas planetarias, que no son circulares sino elípticas; pero en su época la teoría era flexible y podía dar «versiones sintéticas y de una exactitud tolerable de algunos fenómenos astronómicos sumamente complejos».[955] Eran excelentes razones para que se mantuviera como el modelo dominante de los cielos por muchos siglos, siendo mejorado por Hiparco y después adoptado por Ptolomeo, convirtiéndose entonces en la ortodoxia medieval hasta la época de Tycho Brache.

Han de decirse unas pocas palabras sobre la astrología, la ciencia de interpretar los movimientos de los cuerpos celestes y su influencia en las cosas humanas. No había una firme división entre la astrología y la astronomía; la función de la segunda era con frecuencia servir a la primera, y los practicantes eran muchas veces los mismos. Los estudiosos modernos coinciden en ver la astrología, en tanto se convirtió en un cuerpo sistematizado de pensamiento, como un fenómeno intrínsecamente postclásico, y señalan la ausencia virtual de ideas astrológicas en la Grecia del siglo IV. Si, como sostiene Préaux, era también una intrínseca creación griega, una extensión lógica de la ciencia clásica, antes que (como anteriores estudiosos la consideraban) un préstamo «oriental», es menos claro. Probablemente debería ser considerada como una combinación de diferentes materiales. La astrología sistemática como tal estaba totalmente en armonía con otros aspectos de la ciencia griega. Por otra parte, un estímulo considerable fue ofrecido por los nuevos datos astronómicos procedentes de Babilonia, que no habrían sido fácilmente accesibles a los antiguos griegos,[956] y por los nuevos datos que continuaron llegando de allí. En Babilonia se levantaban horóscopos que contenían datos astronómicos u otros datos

para el día del nacimiento de una persona desde inicios del siglo IV a. C. Se puede apreciar una contribución egipcia en el sistema de calendario utilizado en la astrología griega. Aunque una sola cultura no creó la astrología, la astrología griega probablemente tomó forma en Alejandría, donde los datos babilónicos y la metodología astrológica fueron sistematizados por los científicos griegos.[957]

Una distinción entre dos tipos de procedimiento aparece explícitamente en Ptolomeo al inicio de su obra astrológica *Apotelesmatika* (*Influencias*) o *Tetrabiblos* (*Los cuatro libros*):[958]

> Los agricultores y los pastores más observadores conjeturan, en efecto, a partir de los vientos que predominan en la época de la fecundación y de la siembra de la semilla, la calidad de lo que se producirá; y en general, vemos que las más importantes consecuencias representadas por las estrellas son usualmente conocidas de antemano, incluso por aquellos que investigan, no por medios científicos (*physikós*, “por (las leyes de la) naturaleza”), sino sólo por medio de la observación.
>
> (Ptolomeo, *Tetrabiblos*, 1. 2. 4)

La distinción de Ptolomeo entre la investigación naturalista y la mera observación no debe confundirnos. No está afirmando que los datos tangibles son de importancia secundaria —en comparación, por ejemplo, con el razonamiento abstracto—, sino puede haber una astrología científica y una menos científica. La mejor combina la pericia filosófica y un amplio conocimiento empírico, la peor abarca tanto la observación casual de los plebeyos como los asertos de los charlatanes. Lanza una invectiva contra los que cultivan la astrología irracional, quienes «por hacer dinero, buscan la respetabilidad para otro arte —en efecto, se refiere a la astrología de bajo nivel— en el nombre de ésta, [y engañan a los plebeyos dando a entender que predicen muchas cosas, incluso ni las que no tienen posibilidad material —physis, literalmente “naturaleza”— de ser pronosticadas», puesto que todos saben cuáles pueden serlo (1. 2. 6). Esta distinción, como entre el predecir los movimientos de los cuerpos celestes y el predecir su influencia en los acontecimientos, estaba formulada —y sólo podía ser formulada así, en efecto— en términos de su relativa precisión, no en términos de la falta de cualquier base racional para la astrología.

El pasaje anterior a éste ilustra esta distinción. Ptolomeo señala que todos saben que el sol y la luna influyen en la vida de la tierra. En el pensamiento griego, se creía ampliamente que la luna influía en el clima y el comportamiento de ciertas plantas y animales, y Posidonio correctamente la vincula a las mareas.[959] Ptolomeo nota la relación (1. 2. 4), señalando que ciertas plantas y animales son afectadas por la luna.[960] De esto no hay más que un corto paso a inferir que los cuerpos celestes inferiores tiene una influencia, aunque más sutil. Para Ptolomeo entonces hay una astrología científica, aun cuando hay también una irracional. Incluso hoy se oyen racionalizaciones de la astrología —por ejemplo, en términos de los supuestos efectos

de las minúsculas fuerzas gravitatorias ejercidas por los planetas sobre el desarrollo del embrión humano. Poco plausible en apariencia, a falta de una refutación basada en una evaluación científica rigurosa, sólo una persona imprudente rehusaría mantener al menos parcialmente una mente abierta. Por ello precisamente deberíamos estar deseosos de conceder a los científicos del período helenístico y de los inicios de la época romana la capacidad de pensar racionalmente, aunque dentro de los términos de un discurso y una cosmología distintos a los nuestros.

La astrología griega alcanzó el mayor prestigio bajo el imperio romano, cuando la solicitaban las élites y la plebe por igual; la obra de Ptolomeo es prueba de su importancia en el siglo II d. C. Sólo podemos imaginar cuan ampliamente fue practicada en el período helenístico; pero sería razonable suponer que se inició con la élite griega, particularmente en Alejandría, donde la mayoría de los astrólogos famosos ejercieron.

Las matemáticas, puras y aplicadas

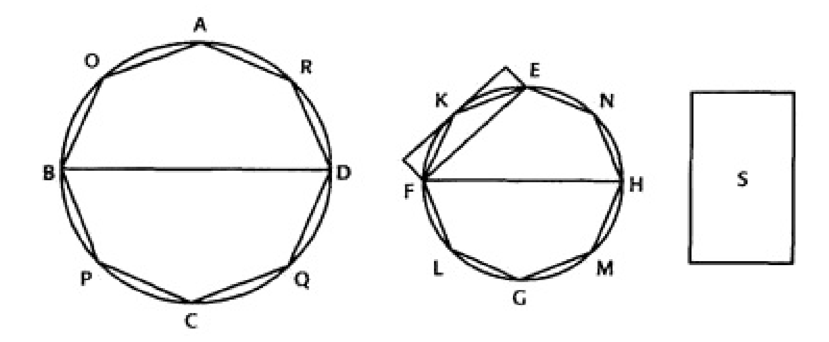
Las matemáticas habían hecho algunos avances antes de concluido el siglo IV, cuando Endemos, un discípulo de Aristóteles compiló una historia de la aritmética y la geometría. Los filósofos pitagóricos habían examinado las propiedades de los números de un modo semimístico, pero una rigurosa tradición de geometría había comenzado a desarrollarse hacia finales del siglo V. No es seguro cuánto de esto heredaron los griegos de la Mesopotamia del segundo milenio o del Egipto de la edad de hierro, y cuánto inventaron independientemente; pero es probable que la noción de prueba fuera suya. Eudoxo dio pasos importantes para superar los problemas lógicos en el siglo IV, probablemente estableció la geometría sobre una sólida base antes de Euclides. De este modo, en las matemáticas como en otras áreas, los siglos III y II representaron una continuación de lo anterior, no un cambio radical.[961] El logro del siglo III en matemáticas ha sido caracterizado como el más grande de todas las ciencias.[962] Esto puede ser exacto, pero no se deberían comparar las matemáticas con otras ciencias, o con las matemáticas antes o después; el papel de la especulación matemática en la sociedad y la cultura también debe ser tomado en cuenta.

Esto no equivale a negar la excelencia de la creación griega en el campo de las matemáticas puras. Su complejidad puede ser captada inmediatamente con una mirada a cualquier pasaje (como en la selección Loeb, *Greek Mathematical Works*). El nombre de Euclides (Eukleides en griego), que trabajó en Alejandría alrededor de 300 a. C. (su lugar de nacimiento es incierto), es todavía conocido por los estudiantes de matemáticas, principalmente gracias a su obra geométrica. Aunque es difícil establecer cuan original fue su contribución, habría hecho una innovación simplemente sistematizando el conocimiento existente de forma más amplia que sus

predecesores. Parece probable también que perfeccionara las nociones básicas de axioma (primer principio) y de hipótesis, y agregó nuevos axiomas, como el de que todas las líneas no paralelas se cruzan en algún punto. Según las tradiciones de la filosofía, comienza con los primeros principios, de lo cual da una idea el siguiente extracto:

> *Definiciones*. (1) Un punto es lo que no tiene partes. (2) Una línea es una longitud sin anchura. (3) Los extremos de una línea son puntos. (4) Una línea recta es aquello que yace por igual respecto de los puntos que están en ella. (5) Una superficie es lo que sólo tiene longitud y anchura. (6) Los extremos de una superficie son líneas [siguen otras diecisiete definiciones más].
>
> (Euclides, *Elementos,* 1, GMW i, 437-439)

Hasta un punto casi único entre las antiguas obras matemáticas, las ideas de Euclides, con algunas modificaciones por escritores posteriores, formó la base de una rama entera del campo de la geometría hasta el siglo XX. Sus demostraciones son planteadas exactamente igual que en los libros de texto actuales, usando las letras del alfabeto para designar puntos, y se acompañan con diagramas en los manuscritos que quedan. He aquí el inicio de una de sus proposiciones (el llamado "método de exhausción":



Demostración de Euclides por el método de la exhausción. (Basada en Thomas, *Greek Mathematical Works*, i. 461)

> Los círculos son uno a otro como los cuadrados de sus diámetros.
>
> Sean ABCD, EFGH los círculos y BD, FH sus diámetros.
>
> Digo que como el círculo ABCD es al círculo EFGH, así el cuadrado de BD es al cuadrado de FH.
>
> Pues si el círculo ABCD no fuera al círculo EFGH como el cuadrado de BD es al cuadrado de FH, entonces, como el cuadrado de BD es al cuadrado de FH, así será el círculo ABCD a un área menor que el círculo EFGH o a una mayor. Séalo en primer lugar a un área menor S; inscríbase el cuadrado EFGH en el círculo EFGH; entonces el cuadrado inscrito es mayor que la mitad del círculo EFGH; porque si traza más tangentes al círculo por los puntos E, F, G, H, el cuadrado EFGH es la mitad del cuadrado circunscrito en torno al círculo y el círculo es menor que el cuadrado circunscrito; de modo que el cuadrado inscrito EFGH es mayor que la mitad del círculo EFGH.
>
> Divídanse en dos partes las circunferencias EF, FG, GH, HE en los puntos K, L, M, N y trácense EK, KF, FL, LG, GM, MH, HN, NE; entonces cada uno de los triángulos EKF, FLG, GMH, HNE es mayor que la mitad del segmento del círculo en que se halla… [la

> prueba continúa por dos páginas más].
>
> Por consiguiente, los círculos son uno a otro como los cuadrados de sus diámetros.
>
> (*Elementos*, 12. 2, GMW i, 459-461)

Entre otros muchos legados de las matemáticas helenísticas, podemos mencionar la detallada investigación de Apolonio sobre las secciones cónicas (parábola, hipérbole y elipse); sin embargo, los nombres pueden remontarse hasta el siglo IV). [963] Buena parte del trabajo preliminar para calcular áreas y volúmenes fue hecho por escritores como Herón (en su *Metrikâ*), mientras Euclides utiliza sus conocimientos geométricos para desarrollar trabajos sobre óptica y armonía. Aquí la labor de los matemáticos se aproximó a la solución de problemas prácticos.

Arquímedes, pese a su versátil ingenio del cual hemos visto muchos y variados ejemplos, era principalmente conocido como matemático. Calculó un valor más exacto para *pi* (π la razón de la circunferencia respecto al diámetro), y consideró que su logro mayor fue el cálculo del volumen relativo de una esfera respecto al de un cilindro que la encerrara exactamente. La gama de sus estudios era amplísima, como ocurrió con otros sabios; sus trabajos incluyen *Sobre la esfera, Cuadratura de la parábola, Espirales*, etc. Uno de sus ejercicios más lúdicos y raros es el *Arenario*, en que trata de encontrar una manera de expresar el número más grande que uno pudiera expresar. Su respuesta, en notación moderna, es 10 seguido por 80 000 millones de millones de ceros, o 10 a la potencia de (8 X 3 X 1016). Sin que lo estorbara en lo más mínimo la falta de una notación numérica moderna, ideó un sistema para expresar este número económicamente con palabras: «una miríada de miríadas de unidades de números de la miríada del orden de la miríada[964] de la miríada del período de la miríada» (es decir, 10 a la potencia 108, todo a la potencia 108). También demuestra que el número de granos de arena que podría tener el universo es menor que 1063.

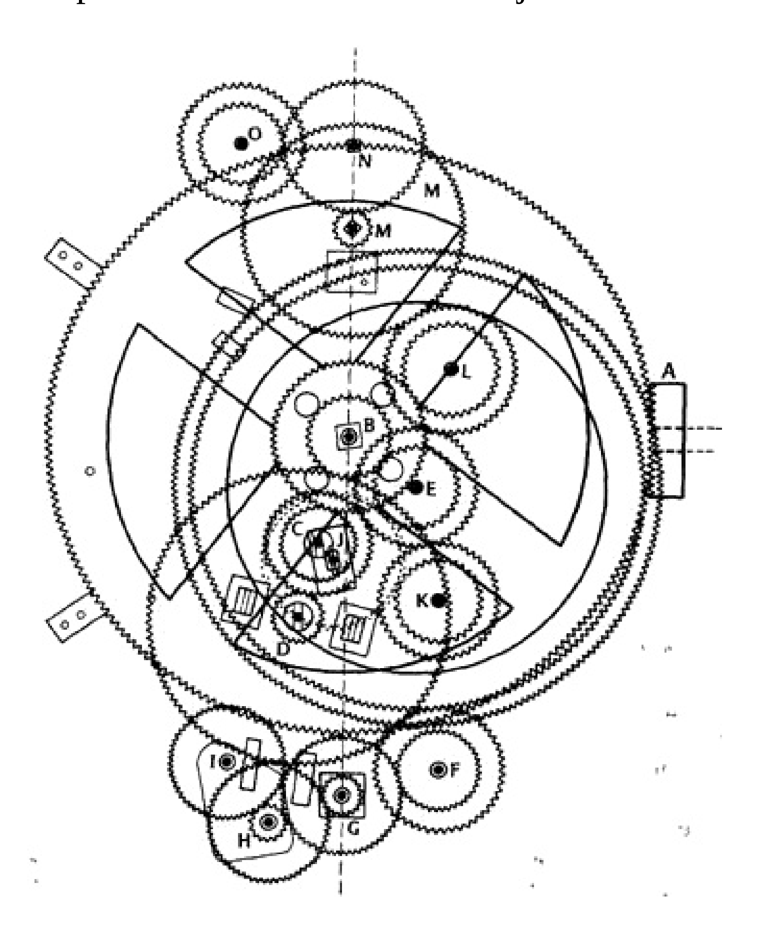
Se trataba, por supuesto, de un ejercicio de pura especulación, con pocas posibilidades de aplicación práctica. Arquímedes examinó los números puros en su *Método de teoremas mecánicos*, donde formuló lo que podríamos llamar un modelo de integración.

Para las matemáticas aplicadas seguimos con Arquímedes, generalmente recordado hoy como el hombre que descubrió cómo medir la gravedad específica de un cuerpo sólido. Para esta historia, volvemos una vez más a Vitruvio. El tirano Hierón de Siracusa deseaba comprobar si una corona de oro estaba hecha de metal puro. La idea de cómo discernir la densidad de la corona se le ocurrió a Arquímedes cuando iba al baño:

> Inferida de aquí la resolución de su encargo, saltó luego del solio lleno de alegría, y partiendo desnudo hacia su casa iba repitiendo en alta voz en griego «Heurêka, heurêka» [«lo hallé»].
>
> (Virtrub. *Arquitectura*, libro 9, prefacio, § 9)

El método de Arquímedes era comparar la cantidad de fluido desplazado cuando un cuerpo, cuya gravedad específica (densidad) no se conoce, se sumerge en él con la cantidad desplazada cuando un cuerpo de igual peso y composición conocida es sumergido. Aunque la historia sin duda es una ficción y la ciencia probablemente imprecisa,[965] no es menos interesante por lo que revela sobre el vínculo entre científico y patrón, como por tener una consecuencia práctica. En sus escritos matemáticos Arquímedes más que otros matemáticos de su época, tendía a considerar los problemas de los cuerpos sólidos de un modo abstracto, en contraste con las *Mechanika* pseudoaristotélicas antiguas con su orientación práctica.[966]

Al mismo tiempo, otros estaban aplicando las matemáticas específicamente a problemas mecánicos prácticos. Herón examina las diferentes fuerzas necesarias para mover un determinado peso utilizando poleas, palancas y ruedas dentadas o engranajes (*Dioptra*, 37; GM ii. 489-497). El tornillo fue investigado y aplicado ampliamente por primera vez (como la rosca de Arquímedes). En un antiguo naufragio (actualmente fechado en la década de 60 a. C. cuando mucho) en el Peloponeso suroriental se encontró el llamado engranaje de Anticitera. Es un aparato astronómico, formado por más de treinta ruedas dentadas, que permiten hacer cálculos, incluyendo las posiciones del sol y la luna.[967] Este raro ejemplar preservado de una máquina antigua muestra la capacidad de los matemáticos helenísticos para idear aplicaciones útiles de su trabajo cuando se veía la necesidad.



El engranaje de Anticitera (Según el dibujo de B. Pope en Price, Gears, p. 37, ftg. 29,

reproducida con autorización de la *American Philosophical Society*.)

LA EXPLORACIÓN, LOS IMPERIOS Y LAS ECONOMÍAS

LA historia de la «ciencia» griega puede ser comprendida, desde un cierto ángulo, en asociación con una creciente complejidad de la sociedad y la cultura. Desde el período arcaico en adelante, vemos que la poesía se diferencia de la prosa, en las que además surgen géneros distintos de escritura, y aparece la retórica como un arte reglamentado. La sofisticación de la palabra escrita y hablada permite nuevas técnicas de persuasión y descripción; el mundo humano y geográfico son descritos y manipulados simbólicamente.

La cultura helenística comprende dos tipos de geografía, a las que podemos llamar «teórica» y «descriptiva». La primera tiene muchos puntos de contacto, como ya se observó, con la astronomía y las matemáticas; en efecto, los mismos hombres eran cultores de las tres. La segunda suele estar representada por la descripción de viajes de viajeros oficiales (patrocinados por el rey) y privados, que no parecen haber frecuentado el mismo medio «científico». Poco queda de sus obras; nos basamos casi por completo en compiladores posteriores tales como Estrabón, Diodoro y Ptolomeo. Con todos estos autores, especialmente con Estrabón, debemos tener en cuenta el hecho de que están mirando hacia el pasado desde un punto en que la cultura romana era propensa a apropiarse de todas las demás e interpretarlas a la luz del destino asignado a Roma como soberana del mundo.[968]

Buena parte de la obra de los científicos de este período puede relacionarse al deseo de crear un marco conceptual que concordara con el dominio (real o deseado) de territorios recién colonizados. Alejandro deseaba saber cuánto había viajado y cuan vasto era su imperio, y estuvo acompañado por bematistas (marcadores del paso) que medían las distancias terrestres. Los estudiosos que viajaron con él (tales como Calístenes, Nearco, Onesicrito y Aristóbulo) dejaron relaciones sobre las regiones por las que viajaron. Alrededor de 300 a. C. el filósofo Dicearco, con apoyo regio según se dice (Plinio, HN2. 162), hizo un mapa del mundo y calculó la altura de las montañas.

Dicearco habría estimado la circunferencia de la tierra. En esto fue continuado por Eratóstenes, bibliotecario en Alejandría bajo Ptolomeo III y tutor del joven Ptolomeo IV[969] que ejemplifica nítidamente el vínculo entre el poder real, la ciencia y la ideología imperial. Midió la diferencia de ángulos entre las sombras del mediodía durante el solsticio de verano con agujas en los vasos de los relojes de sol en Alejandría y en Siene (Asuán), que fueron calculados en 5000 estadios (c. 920 km) más al sur. He aquí la culminación del largo ensayo que un autor posterior expuso meticulosamente:

> Por tanto, cualquiera que sea la proporción que el arco en el vaso del reloj de sol tiene respecto a su círculo, el arco que va de Siene a Alejandría tiene la misma proporción. Pero el arco en el vaso se debe encontrar en la décimo quinta parte de su propio círculo. Por tanto la distancia de Siene a Alejandría debe ser necesariamente la décimo quinta parte del gran círculo de la tierra. Y esta distancia es de 5000 estadios. Por tanto todo el círculo completo tiene 250 000 estadios. Tal es el método de Eratóstenes.
>
> (Cleomedes, *Sobre el movimiento giratorio de los cuerpos celestes*, 1. 10. 52)[970]

El hecho de que una cifra de 250 000 estadios (c. 46 000 km) para la circunferencia de la tierra (Estrabón 2. 5. 34 [132] da 252 000 estadios) sea próximo a la cifra correcta de c. 40 000 km es de importancia secundaria; el punto es que el intento fue realizado lógicamente según el discurso de la época.

Eratóstenes expuso una teoría de la organización del mundo, afirmando que Asia, Europa y África juntas formaban una «isla». Esto y el descubrimiento precedente fueron publicados probablemente en dos obras separadas, *Sobre la medición de la tierra* y *Sobre la geografía*; son resumidas extensamente por Estrabón en los libros 1 y 2 de su *Geografía* (véase también Plinio, HN 13. 13. 53). Eratóstenes puede haber sido el primer estudioso en trabajar totalmente con los conceptos de latitud y longitud, después elaborados por Hiparco (pp. 373, 374). Dicearco utilizó un paralelo central de latitud (el estrecho de Mesina, cabo Malea-Rodas) y un meridiano (línea norte-sur) que pasaba por Lisimaquea en el Helesponto; Eratóstenes tenía unos trece meridianos paralelos en su mapa. Estrabón (2. 1. 35-36 [87-88]) cita a Hiparco como el que mejoró el mapa de Eratóstenes y propuso la adición de divisiones regularmente separadas norte-sur.

Los geógrafos disfrutaban del patrocinio real en las tareas de exploración y las campañas militares, un tradición heredada de los persas y los antiguos soberanos.[971] Sabemos los nombres de los jefes de expedición que dejaron testimonios de su exploraciones, como el oficial seléucida Patroclo, que exploró el Caspio (Estrabón, 2. 1. 17 [74]; 11. 7. 3 [509]) y escribió sobre el noroeste de la India y otras zonas orientales del imperio. Los Ptolomeos enviaron muchas expediciones hacia el sur, en parte para buscar elefantes de guerra. La tradición de exploración en nombre de los reyes de Egipto se remontaba a los faraones; en el siglo V Heródoto (4. 42) describe una expedición enviada por Neco, la cual circunnavegó África.[972]

Los relatos literarios sobre el Alto Egipto y el mar Rojo se deben a griegos como Eudoxo de Kisiko. Ciudadano de la clase superior (pues, nos dice Estrabón, sirvió a su polis como emisario sacro, *theôros*) del siglo III, intentó circunnavegar África con el patrocinio de Ptolomeo (Estrabón, 2. 3. 4-5 [98-102], sigue a Posidonio pero es escéptico). Se dice que Eudoxo financió su viaje occidental hacia Gibraltar «divulgando ruidosamente su plan —presumiblemente con el fin de obtener donaciones monetarias— y haciendo dinero del tráfico». Otro explorador, Hípalo, aparece en la anónima *Circunnavegación del mar Eritreo* del siglo I d. C., como el

descubridor de una ruta marítima a la India; la obra suele ser llamada por su título latino *Periplos maris Erythraei*, y pone un énfasis particular en los recursos comerciales de los lugares descritos.[973]

Estas historias a veces se cuentan para esclarecer el descubrimiento de los monzones, «vientos del comercio», pero sobre todo revelan los vínculos entre las élites griegas, los intereses reales en las rentas del comercio y la conceptuación literaria de los lugares remotos. Este nexo también puede verse en Agatárquides de Cnido (FGH 86), que vivió de c. 215 hasta después de 145 y escribió un *Periplo del mar Eritreo* bajo Ptolomeo VIII.[974] Su obra también se relaciona con el comercio con la India. Diodoro cita a Agatárquides sobre las causas de la inundación del Nilo:

> Quien más se ha acercado a la verdad ha sido Agatárquides de Cnido, pues dice que cada año en los montes de Etiopía se producen continuas lluvias desde el solsticio de verano hasta el equinoccio de otoño. Justificadamente, por tanto, el Nilo en invierno se achica, al tener su caudal natural tan sólo a partir de sus fuentes; pero en verano, como consecuencia de las lluvias caídas, crece…
>
> Atestigua en favor de lo dicho por él lo que ocurre en algunos lugares de Asia. Así, en los límites de Escitia que dan al Cáucaso, cuando ha pasado ya el invierno tienen lugar nevadas impresionantes de manera continua durante muchos días, mientras que en las regiones del norte de la India en determinadas épocas graniza increíblemente en tamaño y cantidad; en el río Hidaspes, al llegar el verano, tienen lugar continuas lluvias y lo mismo ocurre en Etiopía unos días después. Esta circunstancia se da periódicamente produciendo precipitaciones en regiones contiguas. Por tanto, no es extraño que en Etiopía, que se encuentra por encima de Egipto, caigan continuas lluvias torrenciales en los montes durante el verano que llenen el río, sobre todo cuando el fenómeno mismo viene atestiguado por los bárbaros que habitan aquellos lugares.
>
> (Diodoro, 1.41.4-8)

De modo que Agatárquides apoyó su teoría recurriendo a la evidencia comparativa para el comportamiento de los ríos en Escitia, el norte de la India y Etiopía, que parece derivarse de las fuentes conocidas por él o incluso del examen directo.

Los griegos de la élite aparentemente exploraron por su propia iniciativa también, aunque no deberíamos suponer que sus motivos fueran puramente científicos. Alrededor de 320 Piteas, un capitán de Massalia (hoy Marsella), aseguró haber navegado a Bretaña y «por Tule… que dista de Britania seis días de navegación en dirección norte y que está cerca del mar helado» (Estrabón, 1. 4. 2 [63]); Tule (Thule) es Shetland, Islandia, o quizá las islas Feroe.[975] Escribió una obra geográfica que trataba de las longitudes y las latitudes. Su obra, aunque ahora aceptada como fundamentada, fue tema de controversia, Polibio y Estrabón hacen mofa de la veracidad de su relato. Las críticas de Polibio se conservan a través de la paráfrasis de Estrabón (2. 4. 1-5 [104-107] = Polib. 34. 5-7). Piteas aseguraba haber llegado a la región, ártica donde

> no hay tierra propiamente dicha, ni mar, ni aire, sino una amalgama de estos elementos,

> parecida a una esponja marina; en esta mixtura, la tierra, el mar y todo queda en suspensión, y viene a ser como el acoplamiento de todo, pero no es transitable ni navegable.
>
> (Estrabón, 2. 4. 1 [104] = Polib. 34. 5. 3)

Polibio consideraba increíble que «un simple particular y, encima, pobre… iba a poder recorrer y navegar tales distancias» (Estrabón 2. 4. 2 [104] = Polib. 34, 5. 7); pero es presumible que Piteas, un capitán de navío culto, no fuera pobre, simplemente no era un aristócrata como Polibio. Estrabón refuta la crítica de los cálculos de distancias por Piteas. Polibio pudo estar impelido a desdeñar las afirmaciones de Piteas porque podrían haber oscurecido sus propias hazañas de navegación más allá del estrecho de Gibraltar, quizá hasta el sur de Marruecos, bajo la égida de Escipión Emiliano (si tal es el sentido de Plinio, HN 5.9).

Los generales romanos, como los reyes griegos, tenían sus propias razones para desear acumular conocimientos sobre las regiones remotas y de su potencial para el comercio y el saqueo. A la vez, la polémica entre los escritores griegos sobre temas geográficos, que eran como mínimo tan violentas como en cualquier otro campo del trabajo intelectual, indican el grado en que el conocimiento de expertos estaba comprometido con el estatus de la élite y la reputación internacional.

CONCLUSIÓN

Experimentación *versus* especulación

EN este capítulo ya se ha mencionado la idea de que los pensadores griegos gustaban mucho de teorizar y se dedicaban escasamente al proceso experimental que habría sido necesario para comprobar sus teorías. Es bastante exacto que la mano de obra era demasiado barata como para que hubiera un amplio programa para aprovechar la tecnología y reestructurar la producción.[976] Sin embargo, imaginar que las cosas podrían haber sido de otro modo, o lamentar que no lo fueran, es anacrónico; habría sido difícil encontrar un griego educado que pensara que la esclavitud o la explotación de los no griegos era injusta (*laoi*). La afirmación también es refutada por los testimonios de experimentación e innovación tecnológica,[977] que permitieron aplicar al medio y a sus elementos un grado creciente de control. El período clásico final tuvo su parte en éstos; Teofrasto, por ejemplo, describe los descubrimientos recientes, como los métodos para producir almagre y extraer cinabrio (*Sobre las piedras*, 53, 58-59). Además de los ensayos sistemáticos de Filón con catapultas, tenemos la famosa declaración de Erasístrato, referida por Galeno, sobre la persistencia en la investigación:

> El hombre que está habituado a investigar explora todas las posibilidades cuando realiza su investigación, y considera toda posible dirección; y lejos de dejar de investigar durante el día, no cesa su búsqueda en toda su vida. Dirigiendo su atención a una idea y luego a otra que está vinculada a lo que se investiga, persiste hasta que llega a su meta.
>
> (Galeno, *Sobre los hábitos*, 1)

No hay duda que en el siglo IV el fermento de la experimentación continuaba y se aceleraba.

Sería poco razonable quejarse de un fracaso en descartar las teorías incorrectas cuando, en comparación a la época actual, muy pocos tipos de instrumentos de medición eran concebibles o accesibles. Los datos precisos no fueron descuidados: hay muchos ejemplos de cálculos nuevos e instrumentos mejorados.[978] Hiparco era consciente de la necesidad de instrumentos direccionales más precisos, pero usaba procedimientos perfectamente válidos para medir la duración del mes lunar con una aproximación de un segundo (Ptolomeo, *Syntaxis*, 4. 2. 270-271) y para calcular las distancias del sol y la luna. Según Pappus, también vio la necesidad de nuevas mediciones con las cuales determinar con mayor exactitud la distancia de la luna desde la tierra.[979] Hemos ya advertido los aparatos mejorados para medir el tiempo,

las altitudes y observar los cielos.

Aunque los científicos podían ser conscientes de la necesidad de mediciones precisas, estaban menos deseosos de descartar convicciones arraigadas. La ciencia es una actividad social; entonces, como ahora, uno tiene que justificar sus opiniones ante los demás.[980] Las explicaciones de los fenómenos naturales con el argumento de la analogía o en términos de los efectos simpáticos (*sympatheia*) eran muy aceptables. Para los astrónomos, lo deseable era explicar los movimientos de los planetas en términos del movimiento circular, ya que antiguos filósofos como Platón así lo habían exigido; de aquí la adopción de la teoría epicíclica. Los astrónomos estaban, por consiguiente, más inclinados a mejorar los viejos modelos que a buscar otros nuevos —como han hecho la mayoría de los científicos en casi todas las épocas.

El discurso predominante a menudo reprimió las visiones alternativas, como ocurre en mayor o menor grado en cualquier cultura. La hipótesis heliocéntrica de Aristarco fue rechazada. Thomas Kuhn, en *La estructura de las revoluciones científicas*, ha explorado el modo en que los «cambios de paradigma» —sustituciones globales con nuevos términos fundamentales de referencia, como la relatividad o la teoría cuántica— han sido necesarios para los avances importantes del conocimiento científico.[981] Algunos cambios en la ciencia del período helenístico podrían ser descritos como cambios de paradigma, como la sustitución de los epiciclos por las esferas celestes o los modos en que la magia fue criticada por científicos aun cuando seguía siendo practicada en toda la sociedad. Quizá estos dos ejemplos son atípicos, pero hubo muchas otras mejoras y sistematización de la teoría y la observación. Es posible ser lógico mientras se usan los términos de un discurso cuya racionalidad es distinta a la nuestra.

¿Una época de logros?

La primera parte del período helenístico, básicamente el siglo III, nos da nombres, y a veces personalidades y escritos, de un gran número de individuos realmente importantes que aplicaron sus mentes creativas al mundo natural con más éxito que en cualquier otro período de la antigüedad griega o romana, como es evidente por la deuda que con ellos tienen épocas posteriores. Es incluso sostenible que algunos campos de la ciencia se estancaron después del 200;[982] sin embargo, esto quizá no se debió a que el nivel bajara sino a que pocos hombres estaban dedicados a la «investigación». ¿Qué sugiere esto sobre la sociedad griega?

El pensamiento científico de la época helenística puede ser mejor entendido si se enmarca en el cambio social y político, y en el trasfondo de las continuidades de largo plazo en la cultura de la élite. El hombre que llamamos el científico era de la élite y escribía para sus miembros, incluidos los reyes. Deberíamos resistir la tentación de verlo como un espíritu desinteresado, resueltamente entregado a su

vocación; menos aún como una figura monacal, aislado de la vida normal en su torre de marfil; o un pobre escritor que luchaba por romper las cadenas de la irracionalidad y el prejuicio alrededor suyo («¡Un día me comprenderán!»). Sea o no cierto, como cuenta la famosa anécdota, que Arquímedes murió a manos de un ignorante legionario romano mientras estaba absorto dibujando un diagrama geométrico en la arena, el testimonio indica que había pasado realmente los meses precedentes ayudando a sus conciudadanos a defender la polis.

La ciencia, entonces como ahora, podía servir a intereses imperialistas e ideológicos, no siempre benévolos. Algunas obras de los pensadores helenísticos fueron realizadas en el espíritu del ciudadano ideal, de destacarse en beneficiar a otros miembros de la comunidad privilegiada (como Isómaco, que defiende a Jenofonte en *Oikonomikos*); otras fueron hechas para complacer al rey. Estos objetivos no son incompatibles. Si los miembros de la élite optaron por dedicar su ocio a la investigación del cosmos, lo hicieron como representantes de una civilización fundamentalmente colonialista, que consideraba que el mundo no griego estaba allí para ser catalogado, denominado y, si era posible, domado. También pertenecían a una cultura social y religiosa particular en la que, para ser digno de su posición social, uno tenía que cumplir con ciertas expectativas. Explicar a sus conciudadanos la naturaleza del universo era en parte una actividad sagrada, y la mayoría de los griegos permanecían fieles a la cultura religiosa que habían heredado. La autoestima cultural de la élite dependía de tener nuevas cosas que decir sobre el mundo continuamente.

Lloyd sostiene[983] que el auge de la ciencia en los períodos arcaico y clásico temprano se debió al carácter combativo, discutidor, de la sociedad de la polis. A la inversa se podría inferir que la aparente desaceleración de la creatividad intelectual a partir del siglo III ocurrió porque la sede del debate político se trasladó fuera de la polis. Uno podría sostener que este cambio comenzó el día en que Alejandro arrasó Tebas hasta los cimientos. ¿Cuan lejos había ido el proceso? Es verdad que Alejandro, que era un hombre muy cultivado, dejó en pie la casa de Píndaro, y que sus sucesores utilizaron sus riquezas para proteger el arte y las ciencias, quitando la iniciativa a las asambleas de la polis. Se podría especular que al cabo de unas pocas generaciones, quizá hacia la guerra cremonidea, la élite había dejado de considerarse como un cuerpo primordialmente político, y la cultura concomitante de la dialéctica política había comenzado a diluirse. El científico en Alejandría, en efecto, no era ya un miembro libre de la clase política, sino que era vulnerable al capricho del rey: Ptolomeo VIII incluso expulsó a los integrantes del Museo en el tiempo en que estuvo peleado con los alejandrinos (Menecles de Barca, FGH 270 frag. 9 = Aten. 4. 184 b-c, Burstein 105).[984]

Por otra parte, pese a los cambios políticos globales y la fundación de las monarquías, la cultura griega siguió estando centrada en la ciudad; la categoría de ciudadano en una polis se mantuvo como el componente esencial de la identidad

griega, y la cultura creada por el sistema de la polis persistió en las élites incluso durante el período romano.[985] Lo que quizá era excepcional en el siglo III fue el papel de Alejandría[986] y después de Pérgamo, las cuales ofrecieron comodidades y hospitalidad a los pensadores de élite. Esto no provino de los nobles motivos de reyes que deseaban fomentar la especulación pura (es de suponer que los Ptolomeos no ofrecían becas a jóvenes griegos con talento, pero pobres), ni del deseo de encontrar y reunir hombres dotados que pudieran, si no fuera así, permanecer en el anonimato. Los pensadores griegos de élite fueron seguramente atraídos por la protección real, y quizá por la sensación de un nuevo mundo por colonizar. Los problemas militares y políticos de las monarquías en el siglo n son quizá los causantes de la decadencia de la producción intelectual, no de que se agotara, porque no fue así.

Aunque había muchas aplicaciones prácticas, y una considerable interacción entre la teoría y la práctica, la falta más general de un desarrollo pudo deberse al comparativo aislamiento de los escritores que se ocupaban de la mecánica, que podrían haber desarrollado aplicaciones prácticas de teorías e invenciones, y a la falta de un apoyo sistemático atribuible a los valores dominantes en la sociedad.[987] Préaux identifica una ausencia de *enmeinement* «arraigo», señalando que en la cultura helenística «El tipo humano ideal no es el "investigador", sino el orador que es efectivo en los consejos del rey» (cursiva en el original).[988] Iría más allá y sugeriría que no había «investigadores» en el sentido moderno, ni ninguna línea clara que separara al «orador» —fuera político, administrador u «hombre de acción»— del llamado estudioso, que no era menos paradigmáticamente un hombre de la élite griega. La «ciencia» era algo en que los griegos educados (es decir, prósperos y ociosos) solían interesarse. Pero no la consideraban como algo que pudiera tener un impacto en las fuerzas de producción y sobre las condiciones de vida de la sociedad en su conjunto, excepto indirectamente mediante servicios públicos como los relojes de agua o máquinas que podían propiciar el triunfo en la guerra. Esta era la actitud normal de la época, y sería insensato por parte nuestra criticar su perspectiva por irracional o distorsionada. La obra de Aristarco era tan solicitada como la de Teocrito porque las creaciones de ambos y la situación social de su producción encarnaban una visión del mundo satisfactoria y justificadora. Esto no significa negar los verdaderos logros de los científicos helenísticos, el hecho de que algunos investigadores reivindicaran un «nuevo tipo de saber», ni el alto nivel de las demostraciones o pruebas que a veces se requerían.[989]

10. ROMA Y GRECIA

LA conquista de Grecia por Roma no es una parte separada de la historia del período helenístico, ni siquiera fue el fin de la cultura helenística, aunque la continuación de la historia de la cultura griega en el imperio romano maduro (y posteriormente en el imperio romano de oriente o bizantino, hasta 1453 d. C. y después) no puede ser parte del presente estudio.

La conquista de Siria y Egipto y de Pérgamo ha sido examinada en los capítulos 6 y 8. Este capítulo mostrará cómo, entre 229 y 30 a. C., casi todas las restantes partes del imperio de Alejandro, fuera de los territorios seléucidas orientales se integraron al imperio romano. El proceso revela la evolución del imperialismo romano. También ilustra el debilitamiento de la cultura política griega, basada en la ciudad-estado y que permitía un grado mayor o menor de participación ciudadana, que hasta 250 años después de 323 a. C. permitió a las clases propietarias —para bien o para mal— competir, como habían hecho anteriormente, por el control de las ciudades, negociar cuestiones clave de autonomía y lealtad externa, representar los intereses de sus ciudades tal como los concebían y rivalizar por los honores. Cuando la peor época, particularmente los inicios y mediados del siglo I a. C., llegó a su fin para las ciudades de Grecia y Asia, y comenzaron a florecer una vez más económica y culturalmente, lo hicieron como unidades administrativas en un sistema muy diferente. Las élites de la ciudad, aunque debidamente recompensadas por su docilidad, no tuvieron ya un papel en decidir los temas clave en relación a la suerte de sus comunidades. Fue la conquista romana, no la macedonia, la que alteró de modo fundamental el carácter de la polis.

La narración bastante pormenorizada de este capítulo refleja los testimonios, relativamente abundantes, proporcionados por las fuentes; en efecto, las páginas relevantes de Livio hasta el año 167 (libros 26-45) son una de las más completas narraciones para un período de la historia griega, y en términos de interés y esclarecimiento compensan bastante bien el esfuerzo de leerlas. Estos pasajes de Livio y la historia parcialmente fragmentaria de Polibio contienen muchas nociones explícitas e implícitas en la naturaleza y la práctica del imperialismo romano en Grecia hasta 146. Los límites de espacio impiden un examen del carácter y las causas del imperialismo romano en la república tardía.[990] Aunque se evita un análisis detallado de puntos de vista alternativos, las páginas que siguen intentan deducir las implicaciones políticas y morales de los momentos decisivos en las acciones de los romanos.[991]

Sobre el período posterior a 143, particularmente las guerras con Mitrídates, también estamos bien provistos de fuentes, aunque no siempre completas y nunca coetáneas al estilo de Polibio, quien, en un pasaje muy citado casi al inicio de su obra,

resume que el propósito de su historia es explicar

> ¿cómo y por qué género de constitución política fue derrotado casi todo el universo en cincuenta y tres años no cumplidos y cayó bajo el imperio indisputado de los romanos? Se puede comprobar que antes esto no había ocurrido nunca.
>
> (Polib. 1. 1.5)

Tiene en mente los años que van 220 a 167, desde el inicio de la segunda guerra púnica (contra Aníbal) hasta el fin de la monarquía macedónica. Escribe desde el punto de vista de un griego que conoce de cerca a los aristócratas romanos y ha llegado a creer que su dominio podía convertirse en algo beneficioso para los pueblos conquistados. Su propia explicación de la historia está encuadrada en términos de la superioridad de la constitución romana, con su mezcla teóricamente tripartita de monarquía (los dos cónsules), oligarquía (el senado) y democracia (las asambleas populares). Esto no satisface a los comentaristas modernos, que prefieren considerar la estructura de la sociedad griega y la romana, y los puntos fuertes y débiles de sus sistemas políticos.

Se ha sugerido que el expansionismo romano fue fundamentalmente el resultado del carácter de la política romana. La élite social romana estaba totalmente predispuesta para la hazaña militar; el éxito político dependía de dirigir ejércitos que triunfaran en el campo de batalla y así conseguir la popularidad ante el pueblo y el senado. Sin embargo, el sistema dependía de que los jefes individuales no lograran demasiado en detrimento de las carreras de otros aristócratas. El senado aprendió a adoptar una perspectiva más amplia, a la vez que sacaba provecho de las circunstancias, y la política y la conducta romanas cambiaron —algunos contemporáneos pensaban que para peor— cuando los romanos se acostumbraron al ejercicio del poder en nuevos lugares. Se sostiene que, al intensificarse la rivalidad entre los aristócratas combinada con una siempre creciente reserva de fuerza de trabajo, la tentación de ejercer el poder enviando un ejército al próximo lugar, y luego al siguiente, fue casi irresistible.[992] Hay mucho de verdad en esto, pero cualquier explicación en términos de la estructura social requiere ser respaldada por una percepción comprensiva de las percepciones romanas. Las invasiones de Italia por Pirro en 280-275 y por Aníbal en 218 pueden haber condicionado a los romanos a tomar la iniciativa en la agresión antes que dejar que los potenciales invasores actuaran primero.

ROMA EN EL SIGLO III

LA ciudad-estado de Roma estaba situada en la costa oeste (más exactamente en suroeste) de Italia, por el lado alejado de Grecia. Era un poder expansionista mucho antes de entrar en conflicto con los griegos. En el siglo V a. C. los romanos dominaron a los latinos y etruscos de Italia centrooccidental. Después de expandir su territorio a costa de Samnia y Campania (donde había colonias griegas) en el siglo IV, y aplastar una gran sublevación de los latinos en 341, los romanos llegaron a controlar todo el norte y el centro de la Italia peninsular hacia el 300, mediante una combinación de conquista, alianzas militares, construcción de caminos y fundación de colonias. En general, el estado oligárquico de Roma mantenía su control de las regiones dando apoyo a las élites locales, ofreciéndoles un interés en la preservación del *statu quo*.[993]

Los griegos se habían establecido en Italia y Sicilia desde el siglo VIII a. C. y hay testimonios de los contactos religiosos y culturales entre Roma y Grecia que se remontan ya a inicios del siglo IV, cuando Roma hizo una donación en el tesoro del pueblo de Massalia (actual Marsella) en el santuario de Apolo en Delfos.[994] Es difícil exagerar el prestigio que debe de haber ostentado la cultura griega a los ojos de los aristócratas latinohablantes de Italia central. La proximidad de siglos a las ciudades griegas de Campania como Cumas y Pompeya, las generaciones de contacto comercial con Siracusa y otras ciudades helénicas en las costas del Mediterráneo occidental, las historias de los viajeros sobre la espléndida arquitectura de las antiguas *poleis* del Egeo oriental, de la Atenas clásica, y finalmente de las metrópolis de los reyes macedonios, deben de haber servido en su conjunto para elevar esta cultura mediterránea oriental más reciente a una posición comparable quizá a la que los griegos antiguos atribuían a Egipto y Persia. (Otra analogía adecuada podría ser la admiración sentida por los aristócratas rusos del siglo XIX por el comercio y la cultura de los estados francés y alemán.)

Desde finales del siglo III, o antes, muchos aristócratas romanos estaban imbuidos de lo que ya era visto como una cultura clásica. Algunos adoptaron nombres griegos ya a finales del siglo IV.[995] En el siglo III, Livio Andrónico (posiblemente un liberto griego de Tarento) compuso, presumiblemente para lectores de élite, los primeros poemas latinos con formas griegas y tradujo la *Odisea* a versos latinos. Se permitió a los romanos tomar parte en los juegos olímpicos de 228, y no fueron el único pueblo no griego de los cuales se postuló un «origen común» en ese siglo (Plutarco, *Flamino*, 11. 4). Los romanos consultaron el oráculo délfico después de su derrota a manos de Aníbal en Canas en 216. El senador Quinto Fabio Pictor, que era parte de esta misión, escribió después la primera historia de Roma y lo hizo en griego, en

parte para mostrar cuan griega era la ciudad de Roma y en parte para convencer al mundo griego de los méritos de la política romana.[996] Catón el Viejo (234-249) se opuso a la exagerada adopción de la cultura griega (aunque no a la cultura griega en su conjunto), así como a una excesiva intervención en las guerras orientales; pero, aunque sus *Orígenes*, una historia de Roma desde su fundación (iniciada en 168 y nunca terminada), fue el primer libro de este tipo escrito en latín, estaba claramente inspirado en la historiografía griega.[997] Para entonces el filohelenismo se había convertido en un valioso instrumento de la política romana. La posición de los romanos como garantes de la libertad griega, proclamada en la década de 190, ayudó a conseguir apoyo contra Filipo V, pero fue acentuada con menos vigor cuando en posteriores guerras la dominación romana se expandió más en el oriente.[998] El estado romano que terminó por entrar en conflicto con los sucesivos reinos y ligas helenísticos, por tanto, estaba lejos de representar una cultura totalmente extraña. Si los griegos sabían tanto de Roma es una cuestión que suele debatirse.[999]

Macedonia y los estados griegos meridionales no estaban muy cerca del territorio romano; en cambio los reinos del noroeste de Grecia sí, y fue un rey del Épiro, Pirro, quien en 280-275 invadió Italia y Sicilia a invitación del pueblo de Tarento, ya en conflicto con Roma (la principal fuente es *Pirro* de Plutarco).[1000] Derrotó a los romanos más de una vez, amenazando su posición en Italia. La victoria romana final en 275, una sorpresa para los observadores en el oriente griego, fue seguida en 272 por la toma de Tarento; su control de la Italia peninsular era virtualmente completo. Hacia 241, habían derrotado a Cartago por primera vez y se habían apoderado de Sicilia con sus ciudades griegas, la cual se convirtió en la primera provincia o territorio conquistado. Cerdeña siguió en 238. Después un problema local en Grecia noroccidental llevó a Roma a involucrarse en Macedonia de modo indirecto.

LAS GUERRAS DE ROMA CONTRA MACEDONIA Y SIRIA

Las guerra ilirias y la primera guerra macedónica (229-205 a. C.)

FUE en el noroeste de Grecia donde ocurrieron los hechos que atrajeron la atención de los romanos: la extinción, por una combinación de casualidad y tradiciones federalistas, de la casa real del Épiro en 232, el reclutamiento de ilirios por Antígono Dosón de Macedonia para hostigar a la liga etolia, y la incursión en el Peloponeso occidental de un destacamento de estos atacantes. Todo esto creó el contexto para la derrota naval de los ilirios y acarnianos por los etolios y los aqueos en Paxos en 229.[1001] Aunque sólo fuera porque las naves ilirias estaban atacando los bajeles mercantes itálicos en el Adriático, estos hechos no podían haber sido pasados por alto por los romanos, llevándolos primero a involucrarse en Iliria, y después indirectamente en Macedonia.

En 229 el senado decidió una acción militar contra la reina iliria Teuta —la primera guerra iliria—,[1002] en parte quizá bajo el estímulo de los clamores itálicos de ayuda, pero probablemente porque la reina había ordenado el asesinato del emisario romano que intercedió en favor de una ciudad griega a la que había puesto sitio. Los relatos de Apiano (*Guerras ilirias*, 2. 7-80) y Polibio (2. 2-12) parecen contradecirse, pero en realidad aquí se complementan.[1003] Los romanos quizá fueron azuzados no sólo por el temor de una posible invasión a largo plazo, sino también por el deseo de que no se viera que abandonaban a sus aliados itálicos, cuyas naves mercantes estarían en peligro debido a la desenfrenada «piratería» iliria, la cual era en realidad una parte de la vida económica normal de los ilirios así como de otros griegos noroccidentales. Como las experiencias de otras potencias imperiales confirman, la intervención en un área puede llevar a más compromisos.

En una corta campaña (229/228), varias ciudades griegas fueron liberadas, estableciendo el cariz de las subsiguientes acciones. Los romanos trataron de establecer centros de poder rivales en el noroeste de Grecia, que debían vigilarse entre sí; pero su gobernante cliente, Demetrio de Faros, trató de llevar agua para su molino manteniendo estrechos vínculos con Iliria y Macedonia, y las tropas ilirias ayudaron a Antígono Dosón a derrotar a Esparta en 222. En 220 Demetrio y otro jefe ilirio, Skerdilaidas, atacó el Peloponeso, con la intención de hostigar a los etolios, que estaban en guerra con Filipo y sus aliados, incluidos los aqueos en la «guerra social» (220-217, del latín *socii*, «aliados»). Esto provocó que los romanos enviaran otro ejército a los Balcanes, en la segunda guerra iliria (219). Demetrio huyó a Macedonia

(Polib. 3. 19), donde habría influido en el nuevo rey, Filipo V. Durante la negociación de la paz de Naupacto en 217, a finales de la guerra social, Agelao de Naupacto advirtió del peligro que representaba Roma, invitando a Filipo a convertirse en el protector de los griegos:

> La conferencia celebrada entonces enlazó por primera vez los acontecimientos de Grecia, de Italia y aun de África, porque ni Filipo ni los demás hombres de estado griegos, cuando se hicieron la guerra y cuando pactaron la paz, tuvieron como punto de referencia la situación de Grecia, sino que todos tenían la vista puesta en objetivos de Italia. Y muy pronto ocurrió algo semejante con los isleños y los habitantes del Asia. En efecto: los que estaban descontentos de Filipo y algunos que tenían diferencias con Átalo ya no se giraron hacia Antíoco o hacia Ptolomeo, ni hacia el sur ni hacia el norte, sino que desde entonces miraron a poniente; unos enviaban legados a los cartagineses, y otros, a los romanos. Y los romanos hicieron lo mismo con los griegos: temían la audacia de Filipo y se previnieron ante un ataque suyo en las circunstancias en que se encontraban.
>
> (Polib. 5. 105.4-8, Austin 59)

A la luz de esto no resulta sorprendente que en 215 encontremos a Filipo haciendo un pacto con Aníbal de Cartago, que había invadido Italia y derrotado a los romanos en el campo de batalla. El tratado (Polib. 7. 9, Austin 61), que quizá no habría sido siquiera ratificado en Cartago,[1004] no implicaba que Filipo abrigara designios sobre Roma (pudo haber sido sólo para su propia seguridad), pero en tal situación y recordando la invasión de Pirro sesenta años antes, los romanos difícilmente podían ignorar el peligro potencial.

Así comenzó la primera guerra macedónica (214-205). La acción tuvo lugar fuera de Macedonia, en regiones donde los etolios esperaban extender su poder. Durante la guerra, en 212 o 211, los romanos hicieron un tratado con los etolios,[1005] que habían estado recientemente en guerra con Filipo y sus aliados incluidos los aqueos en la guerra «social» de 220-217. El texto del tratado, sintetizado por Livio (26. 24. 7-15, Austin 62 a) y parcialmente conservado en una inscripción de Thyrreion en Acarnania, ofrece datos importantes sobre el desarrollo del imperialismo romano:

> Y si los romanos toman por la fuerza alguna ciudad de estos pueblos, se permitirá a los etolios poseer estas ciudades y sus territorios en cuanto concierne a los romanos. Y [lo que] sea capturado por los romanos fuera de la ciudad y su territorio, que se lo queden.
>
> (Austin62 6, BD32)[1006]

La especificación de cómo las recompensas de la acción militar conjunta se repartirían es reveladora: los etolios, como los ilirios, eran asaltantes habituales, pero en el caso presente no es el botín sino las ciudades lo que obtendrían. Se permitía obtener a los romanos no sólo un botín material inerte sino viviente. La típica conducta del ejército romano después de un sitio es descrita por Polibio, en su relato

sobre el saco de Nueva Cartago en España en 209:

> Cuando Publio Escipión creyó que el número de los suyos que había entrado era ya respetable, envió, según la costumbre de los romanos, a la mayoría contra los de la ciudad, con la orden de matar a todo el mundo que encontraran, sin perdonar a nadie; no podían lanzarse a recoger botín hasta oír la señal correspondiente. Creo que la finalidad de esto es sembrar el pánico. En las ciudades conquistadas por los romanos se pueden ver con frecuencia no sólo las personas descuartizadas, sino perros y otras bestias.
>
> (Polib. 10. 15)

Nueva Cartago, por supuesto, era una ciudad de la que los romanos deseaban hacer un ejemplo; en las guerras macedonias, a veces no mataban a la población de la ciudad tomada sino que los esclavizaban, como en la Dime aquea alrededor de 208:

> Los dimeos, recientemente hechos prisioneros y saqueados por el ejército romano, habían sido rescatados de la esclavitud, cualquiera que fuera su paradero por orden de Filipo, que les había devuelto la patria además de la libertad…
>
> (Livio, 32. 22. 10)[1007]

El tratado con los etolios esclarece el modo en que el ejército romano se aprestaba a aprovechar la guerra mientras evitaba compromisos a largo plazo y aparentaba ser generoso con sus aliados. En otros aspectos, también, el tratado era una continuación de la política inicial de no buscar conquistas directamente más allá del Adriático; pero comprometió a los etolios para atacar a Filipo por tierra, y a los romanos para apoyarlos con naves de guerra.

En la primera guerra macedónica varias ciudades griegas fueron liberadas por Filipo, incluida Egina, la cual fue vendida a Pérgamo c. 210 y se convirtió en una base naval atálida (Polib. 22. 8. 10; véase también Austin 209, OGIS 329, un decreto de los eginenses en honor del gobernador atálida a mediados del siglo II). La lista de aquellos interesados en el triunfo romano no estaba evidentemente limitada a Grecia. Después de un tiempo los romanos dejaron la lucha principal a los etolios, por estar concentrados en su propia guerra contra Cartago; pero en 206 los etolios, cansados de esperar la ayuda romana, hicieron la paz con Filipo después de que éste había atacado su santuario común en Termón.[1008] En 205 la guerra macedonia fue concluida por un tratado de paz indeciso cerrado en Fenice en el Épiro, del cual sólo tenemos el sumario de Livio (29. 12. 11-16, Austin 64). Se permitió a Filipo retener la mayoría de los territorios que había conquistado en el noroeste de Grecia, aparte de ciertos pueblos que habían sido antes aliados de los romanos y dos ciudades que debían convertirse en posesiones romanas. El relato de las pérdidas por Polibio dificulta comprender con certeza un apéndice del tratado (Livio, 29. 12. 14, Austin 64) que parece hacer partícipes a un amplio conjunto de estados y pueblos en cierto sentido; pero entre estos están Pérgamo y Esparta, que podrían haber deseado mostrar su

adhesión a los romanos, quizá para asegurarse protección contra Filipo. Los nombres de Ilion y Atenas, si no otros, pueden ser una interpolación de un autor del siglo I a. C.[1009] Comoquiera que sea, la paz de Fenice cristalizó la creciente influencia de Roma en el mundo griego.

La segunda guerra macedónica (200-197 d. C.)

El respiro fue temporal. La influencia romana creció rápidamente, tanto en la Grecia continental como en el Egeo. Cinco años más tarde atacaron a la misma Macedonia, iniciando la segunda guerra macedonia (200-197).[1010] En 202 y 201 Filipo se aventuró en el Egeo, usando a un jefe etolio independiente para recaudar fondos por medio de ataques a los aliados de los etolios y a las bases navales de los Ptolomeos y los rodios. La toma de varias ciudades neutrales y la esclavización de los habitantes de Quíos en el Asia Menor occidental (Polib. 15. 21-23) causó alarma e hizo a Filipo sumamente impopular. Sitió Quíos pero sufrió allí una importante derrota naval frente a la flota conjunta de tres poderosas ciudades marítimas del Egeo: Rodas, Pérgamo y Bizancio (Polibio, 16. 2-10, describe la batalla ampliamente). Después (o posiblemente antes) derrotó a los rodios y atacó Pérgamo, donde fue acusado de violar los santuarios de los dioses (Polib. 16. I).[1011] El dominio macedónico se estableció sobre varias ciudades carias, Samos fue tomada por la fuerza (Apiano, *Guerras macedónicas*, frag. 4) y Filipo puede haber sellado con Antíoco III un pacto secreto para apoderarse de Egipto, quizá con la verdadera intención de neutralizar a Antíoco.[1012]

En el otoño de 201 los rodios y Átalo de Pérgamo buscaron ayuda de los romanos (Livio, 31.2), quienes dieron un ultimátum a Filipo (Polib. 16.27. 2-3). Polibio evoca la determinación del pueblo de Abidos frente al sitio de Filipo (16. 30-31, Austin 65). El voto por la guerra tuvo lugar a inicios de 200. Los atenienses abolieron los honores votados antes para Filipo V (Livio, 31. 44, 2-9, Austin 66) y crearon una nueva tribu de Atalis en honor del rey de Pérgamo, que ayudó a la defensa de la ciudad y El Pireo contra las tropas de Filipo (Polib. 16. 25-26, Austin 198).[1013]

Los intereses de los jefes romanos, ambiciosos de victorias, coincidieron con los intereses de muchas comunidades griegas y la percepción de los romanos de que no debía permitírsele a Filipo incumplir el primer acuerdo logrado por Roma. La segunda guerra macedónica tuvo repercusiones mucho más vastas que la primera, e involucró a muchos estados de la Grecia continental y del Egeo. El comandante romano Tito Quinto Flaminino concentró sus energías en las posesiones de Filipo en el sur de Grecia, presentando a Roma como una potencia liberadora. Cuando llegó el enfrentamiento directo, Filipo fue la parte que recibió la primera gran derrota de un ejército griego por las legiones romanas en Cinocefale, en Tesalia (197; descrito por

Polib. 18. 19-27).

En 196 el senado impuso un drástico tratado que confinaba a Filipo en Macedonia, requería la entrega de sus ciudades con guarniciones en Grecia y Asia Menor, y confiscaba su flota (Polib. 18. 44-45, 47, parte en Austin 68). De significación particular a largo plazo fue la exigencia de que «todos los demás griegos, tanto en Asia como en Europa, debían permanecer libres y usar sus propias leyes» (Polib. 18. 44. 2; Austin 68), y la proclamación hecha por Flaminino en los juegos ístmicos de 196, en que reiteraba el tema de la libertad griega:

> El senado romano y Tito Quinto Flaminino, cónsul y general, que han hecho la guerra contra Filipo y los macedonios, dejan libres, sin guarnición, sin imponer tributos, y permiten usar las leyes patrias a los corintos, a los focenses, a los locros, a los eubeos, a los aqueos de Ptía, a los magnesios, a los tesalios y a los perrebios.
>
> (Polib. 18. 46. 5, Austin 68)

Este anuncio, dice Polibio, fue recibido con entusiasmo por la multitud, entre la cual algunos hombres prominentes habían estado esperando que los romanos retuvieran el control de lugares clave (18. 46. 1). En el contexto de la agresión macedónica es fácil entender que Flaminino tuviera un cálido recibimiento; pero la victoria de Roma cambió irrevocablemente las vidas de los griegos, y la nueva superpotencia trajo, como hacen las superpotencias, una combinación de beneficios y riesgos para quienes tenían que recurrir a ella.

Roma contra Antíoco III (197-188 a. C.)

Otro rasgo notable del acuerdo de 196 fue el hecho de que los romanos reclamaron el derecho a decidir el destino de los griegos en Asia. Algunas ciudades, en efecto, ya ponían sus esperanzas en Roma. Los habitantes de Lampsakos en el Asia Menor noroccidental enviaron una embajada a Lucio, el hermano de Flaminino, que era también un jefe romano; a través de él «exhortaron y suplicaron al pueblo romano, ya que eran parientes de los romanos, a tomar en consideración la ciudad de modo que se produzca algo ventajoso para el pueblo» (Austin 155, BD 33, Sherk 55, Syll3 591),[1014] una referencia a los esfuerzos de la ciudad en 196/195 por mantener su independencia de Antíoco III, que estaba intentando recobrar las posesiones seléucidas en las costas de Asia Menor (Livio, 33. 38, Austin 153), con la oposición de los rodios.

En un encuentro con los emisarios romanos en 196 Antíoco sostuvo que estaba simplemente recobrando sus posesiones ancestrales (Polib. 18. 49-51, Austin 154); pero como se podía argüir que éstas se extendían hasta Europa, a las ciudades que había tomado recientemente en el Quersoneso y en sus proximidades, y que estaba

reconstruyendo Lisimaquea, de hecho estaba negando a los romanos el derecho a pronunciarse sobre los asuntos griegos incluso allí, no sólo en Asia.[1015] Desde este punto de vista los romanos eran unos intrusos. En 195 y 194 hizo campaña en Tracia. Livio conserva los detalles de una conferencia entre los emisarios de Antíoco y los miembros del senado romano en 193, en la cual Flaminino le advirtió que sus relaciones amistosas con Roma dependían de que se mantuviera fuera de Europa y que permitiera a los griegos de Asia Menor mantener su autonomía (Livio, 34. 57-59).[1016] Es un ejemplo de la creciente propensión de los romanos a considerar los asuntos de otros como suyos, viendo los hechos en las zonas que lindaban con su esfera de influencia como hechos sobre los que tenían derecho a dar su opinión. La posesión de un poder irresistible tiende a generar dicha arrogancia; en este sentido, hasta aquí sería difícil presentar a los romanos como menos imperialistas que Filipo o Antíoco.

Un patrón recurrente de acontecimientos en este período fue el modo en que los antiguos aliados se convirtieron en objeto de sospecha para los romanos, quienes les asignaron el papel de enemigos potenciales, y aquéllos, sintiéndose cada vez más amenazados, llegaban a la conclusión de que sólo podrían sobrevivir oponiéndose a Roma. El grado de cinismo ante la conducta romana que uno adopte depende del punto de vista que se adopte sobre el imperialismo romano.[1017] Otra de las características sorprendentes de esos años es el modo en que los romanos asumieron con bastante claridad una perspectiva de largo plazo en la diplomacia y la guerra, lo que quizá da derecho a juzgarlos con severidad si a veces parecen no actuar correctamente.

La anterior manipulación romana de los diferentes grupos en Grecia fue el origen de la guerra contra Antíoco, pero un factor más importante fue la enorme confianza que el senado romano sentía ahora en su poder militar. Los etolios habían retomado el bando de Roma en 199,[1018] pero eran inevitablemente sospechosos desde entonces. En 192, decepcionados por no haber recibido territorios griegos con la paz, intentaron apoderarse de Esparta (donde asesinaron a Nabis), Calcis y Demetria, y llamaron a Antíoco «a liberar Grecia y a resolver las diferencias entre etolios y romanos» (Livio, 35. 33. 8). Antíoco sí invadió Grecia, desembarcando en Demetria, pero encontró poco respaldo; como señala Errington «la mayoría de los estados griegos desde 196 habían disfrutado de una mayor independencia efectiva que en cualquier otra época desde mediados del siglo IV».[1019] Al examinar las opciones de las ciudades griegas, debemos recordar que la mayoría o todas las ciudades griegas meridionales tenían constituciones democráticas, y que la elección que una ciudad hacía dependía de que un grupo entre los jefes políticos fuera capaz de generar un apoyo mayoritario. Si entonces nos preguntamos qué pensarían la élite y la plebe de un jefe seléucida deseoso de gobernarlos como posesiones tributarias, debemos concluir que les podría haber parecido apenas preferible a un agresivo rey macedonio. Las protestas romanas de apoyo, tales como la carta de L. Cornelio Escipión y su hermano al pueblo de

Heraclea de Latmos (Austin 159, BD 38, Sherk 14, Syll3 618),[1020] son signo de las grandes esperanzas que algunas ciudades ponían en ellos. El desafortunado, aunque (para las personas de la época) impredecible, desenlace fue que la alternativa a Antíoco —los romanos— no resultaría mejor, sino peor.

Antíoco sufrió una grave derrota en la primavera de 191 en Termopilas, también en la batalla naval en la costa de Mioneso en el Asia Menor occidental, y poco después en Magnesia de Sipilo (Livio, 37. 40-44, parte en Austin 160, enumera las fuerzas seléucidas en Magnesia; sobre los hechos de la guerra, véase Polibio, libros 20-21; Livio, libros 35-38).[1021] El tratado sellado en Apamea en Siria, en 188, liberó todo el territorio seléucida de Asia Menor al oeste de la cordillera del Tauro, pero dio la parte norte a Pérgamo y el resto a los rodios (Polib. 21. 22-23, Austin 200). La liberación, por tanto, no significó libertad necesariamente; las antiguas ciudades tributarias de Antíoco en el norte de Asia Menor quedaron exentas del pago del tributo a Pérgamo sólo si habían luchado contra Antíoco, y permanecieron sujetas a Pérgamo (Polib. 21. 46); aunque en casos particulares podrían disfrutar de una remisión de impuestos y otros beneficios (como pasó con la ciudad del Helesponto no identificada citada en Austin 201).[1022] Muchas ciudades dieron la bienvenida a la conquista rodia, pero algunas que temían la ruptura de las esferas locales de control no fueron tan amables. En Licia, que había apoyado a Antíoco, la resistencia armada a los rodios duró varios años (Polib. 22.5).

En Grecia, los etolios se convirtieron en los primeros griegos cuya independencia fue formalmente retirada por los romanos (para el trato dado a Etolia por los romanos en 191 y 189, véase Polib. 20. 9-10 y 21. 32, Austin 69-70) y perdió ante los tesalios su dominio sobre la anfictionía délfica (Austin 72, Syll.3 613 a).

El poder romano en un medio griego (188-179 a. C.)

Confiado en su extraordinario éxito (las victorias sobre Cartago y los dos reinos helenísticos más poderosos en quince años), el senado romano comenzó a mostrarse aún más arrogante. Varios episodios en los años posteriores a 188 revelaron la capacidad romana para distorsionar las situaciones en su provecho y con impunidad. Adoptaron una posición sobre si Esparta debía permanecer en la liga aquea (había sido incorporada por Filopoimen en 192: Livio, 35. 37. 2), aun cuando era estrictamente un asunto interno de la liga (la constitución espartana fue abolida en 188: Livio, 38. 34, Austin 71). Ordenaron a los beocios que recibieran a un exiliado que había colaborado con Flaminino (Polib. 22.4. 5). Oyeron favorablemente a los emisarios de las ciudades que clamaban contra el continuado dominio de Filipo V, incluso donde los romanos habían reconocido implícitamente su derecho sobre ellas (Polib. 22. 6, en 188/187 a. C.; Livio, 39. 25-29, en 185 a. C.); tanto Polibio (22. 18. 10) como Livio (39. 23. 5) sitúan los orígenes de la guerra de Roma contra Perseo

(171-168) en el resentimiento de Filipo por esto.[1023] Filipo, entretanto, se aprestó a restablecer el poder militar macedónico (Livio, 39. 24. 1-4, Austin 73; cf. Austin 74, Burstein 66, ISE ii. 114, si data de esta época).[1024] En el invierno de 188/187, un emisario romano excedió su autoridad al pronunciarse sobre el trato a Esparta dado por los aqueos (Polib. 22. 10; Pausanias, 7. 8. 6; 7. 9. 1). Cuatro años más tarde, un nuevo emisario no hizo ningún intento de disfrazar el puño armado cuando arbitró entre las dos partes (Livio, 39. 35-37):

> Entonces Apio [el comisionado romano] dijo que aconsejaba encarecidamente a los aqueos que se mostraron indulgentes, mientras podían hacerlo por convencimiento propio, para no tener que hacerlo muy pronto a la fuerza y en contra de su voluntad.
>
> (Livio, 39. 37. 19)

Finalmente, ese invierno (184/183) los aqueos fueron forzados a aceptar en Roma el fallo del senado sobre las disputas en Esparta (Polib. 23. 4), incluida su recomendación de que se permitiera a los espartanos restaurar las murallas de su ciudad (Paus. 7. 9. 5). Cuando Mesene se separó de la liga aquea, los romanos también se arrogaron el poder para determinar los resultados (Polib. 23. 9. 8-10). Al relatar la reincorporación forzada de Mesenia a la liga por los aqueos en 182, Polibio formula la posición romana explícitamente: habiendo antes negado cualquier *locus standi* en la cuestión de Mesene, ahora aseguraban que habían prohibido las exportaciones de grano y armas a los rebeldes (Polib. 23. 17. 3).

> Y así pusieron de manifiesto que no sólo no se desinteresaban ni rehuían los asuntos extranjeros, aunque no les afectaran directamente, sino que muy al contrario les indignaba que algo no les fuera sometido y que todo no fuera administrado según su parecer.
>
> (Polib. 23. 17.4)

La mentalidad de potencia suprema aparece una vez más; o, si se prefiere, podría considerarse la mentalidad del gendarme del mundo.

La cuestión de la participación de Esparta en la liga fue planteada otra vez, y en Roma en 181/180 el emisario aqueo Calícrates exhortó al senado a mostrar que respaldaba sus partidarios de la clase alta en las ciudades griegas, para forzar a sus opositores populistas a capitular. «Si ahora el senado romano decidía algún tipo de castigo, los dirigentes políticos se pasarían sin dilaciones al partido romano y la masa (*hoi polloi*, la muchedumbre, los plebeyos) seguiría por miedo» (Polib. 24. 9. 5). La presunción de que la mayoría de la población era antirromana es reveladora. En consecuencia el senado,

> por primera vez se propuso debilitar a los que trabajaban por el bien en diversas ciudades y fortalecer, tanto si era justo como injusto, a los que le eran afectos.
>
> Con el correr del tiempo sucedió, y a no mucho tardar, que al senado romano le

sobraron aduladores, pero anduvo escaso de amigos verdaderos.

(Polib. 24. 10-4-5)

La opinión de Polibio está sin duda teñida por el hecho de que su padre, Licorta, fue uno de los jefes aqueos de esta época que deseaban tratar con Roma sobre un base de respeto mutuo. Sin embargo, Calícrates y otros ultrapragmáticos hicieron sus carreras abogando por la obediencia a Roma como el bien supremo.[1025] Polibio llega al extremo de decir que Calícrates actuaba «sin haberse dado cuenta de que para los griegos esto fue el origen de grandes males y para los aqueos más que para otros» (Polib. 24. 10. 8).

Grecia sufrió unos cuantos años turbulentos,[1026] debilitando aún más su resistencia a Roma. Los aqueos debatían si debían reanudar las relaciones normales con Macedonia (Livio, 41. 23-24). Los disturbios internos estallaron en Etolia, Tesalia y Creta. En Licia, el senado en 178/177 había devuelto arbitrariamente su antigua asignación de la región a los rodios siguiendo las peticiones del pueblo de Jantos:

Al final lograron [los enviados de Jantos] convencer al senado de que remitiera una delegación a Rodas, a poner en claro que, atendiendo las disposiciones promulgadas por los diez legados en Asia cuando trataron la guerra de Antíoco, los licios habían sido confiados a los rodios, pero no en calidad de dádiva, sino más bien como amigos y aliados. Tal fue la solución que se halló, la cual, ciertamente, no satisfizo a muchos pues parecía que los romanos querían suscitar un conflicto entre los rodios y los licios con la intención de agotar las provisiones y el dinero de los primeros.

(Polib. 25. 4. 5-7)

Polibio continúa diciendo que el motivo aparente del senado era la venganza por el nuevo acercamiento entre los rodios, Seleuco IV, Perseo y Prusias de Bitinia (25. 4. 8). Pronto la disputa entre los licios y los rodios se reavivó otra vez (Livio, 41. 25).[1027]

El final de la resistencia a Roma: la tercera guerra macedónica

Cuando Perseo sucedió a Filipo como rey de Macedonia en 179, comenzó a cultivar el apoyo allí y en el sur de Grecia (Polibio lo denomina *hellênokopein* «cortar (un) griego», una metáfora quizá de la acuñación de moneda, 25. 3.1). Se sospechaba que él podría haber instigado conflictos entre dos tribus en el norte de su reino. Aunque esto no es seguro, da una idea de la suprema confianza de los romanos en su propio derecho a decidir el resultado de los asuntos griegos, y posiblemente de una actitud extremadamente defensiva, el que un informe de la sospecha parezca haber sido suficiente para hacerles temer una guerra con Macedonia (Livio, 41. 19. 4; 175 a. C.).

Cuando Perseo restableció el dominio macedónico sobre Dolopia en el sur —posiblemente rompiendo el mandato de Roma de que los macedonios habían de quedarse confinados a sus antiguas fronteras— y se dijo que sus emisarios habían visitado Cartago, los romanos dieron por hecho que se preparaba para la guerra.

En 172, Eumenes II de Pérgamo (r. 197-159/158) denunció a Perseo en Roma (Livio, 42. 11-13). Cuando se adujo que Perseo había urdido un plan para asesinarlo (42. 15-17), el macedonio fue declarado enemigo de Roma. Livio enumera las consideraciones que pesaron en las diferentes potencias mediterráneas cuando aguardaban el estallido de la guerra (42. 29, Austin 75). Una versión retórica de las quejas contra Perseo se conserva en una carta de los romanos, o de un funcionario romano, a la anfictionía délfica (Austin 76, Sheik l9).[1028]

Con ello comenzó la tercera guerra macedónica. Según Livio, Perseo tenía ahora un ejército más grande que cualquier otro rey desde Alejandro Magno (42. 51, Austin 77). Engañado por una oferta de negociación (42. 39-42), dio tiempo a que los romanos se prepararan para la guerra y acumularan refuerzos en Grecia (42. 47). Algunos senadores —los más ancianos, debe decirse— desaprobaban tal duplicidad, «gustaban menos de la moderna sapiencia, demasiado estudiada» (42. 47. 9). No es extraño que el prolongado disfrute de extraordinario éxito genere la laxitud ética en la élite dirigente.

Cuando Perseo ganó una batalla de caballería en Tesalia (Livio, 42. 58-61), pero sus términos de paz fueron rechazados (Livio, 42. 62; Polib. 27. 8), hubo una explosión de sentimiento promacedonio en los estados de Grecia. Este cambio de opinión significa, en la práctica, un cambio en el equilibrio de poder en la dirigencia política de las ciudades. No fue compartido por los atenienses, que no sólo eran aliados agradecidos de los romanos, sino que tenían más razones que los demás para temer la ira de los macedonios. Sin embargo, en otras partes, según Polibio «fulgió como una centella la inclinación de las masas (*hoi polloí*) a favor de Perseo» (27. 9. 1), un signo de que la opinión pública, al menos en términos numéricos, había cambiado o se había hecho demasiado fuerte para ser contenida. Livio confirma que los plebeyos respaldaban a los macedonios, aunque sus jefes estaban divididos (42. 30. 1-7, Austin 75).

El apoyo popular a Perseo puede ser incluso considerado como evidencia de que Roma estaba implicada en una guerra de clases,[1029] pero es dudoso que los plebeyos creyeran firmemente que sus intereses estuvieran mejor atendidos por Macedonia, o que tendrían el derecho a hacerlo. Filipo V había esclavizado al pueblo de Quíos una generación antes y ciudades como Lampsakos habían demandado protección a los romanos contra los Seléucidas. Todas las potencias imperiales necesitan amigos en la élite económica de los estados sometidos, y cultivan y favorecen a sus amistades; Macedonia no podía ser mejor en este sentido. Por tanto, es posible que la clase propietaria, que constantemente ocupaba la posición dirigente, hubiera estado siempre dividida en promacedonios y proromanos; estos grupos se formarían en gran

medida a través de las adhesiones personales, y ambos atraerían el apoyo popular por turnos. En cierta coyuntura podría haber sido sensato que una ciudad llamara a Roma para salvarse de Macedonia; en otro momento, las tornas se habían vuelto. En ciertos momentos, Roma, y en otros, Macedonia, jugarían la carta de «libertad y justicia». Ningún amo, sospechamos, había dejado a los plebeyos particularmente peor o mejor, en términos económicos o políticos. El objetivo o aspiración final de una comunidad griega era la autonomía, y era una esperanza que difícilmente colmarían en ningún caso.

En 170 el pretor romano Hortensio trató a la población de Abdera del mismo modo que Filipo había tratado a la de Quíos, pero el senado descartó dicha orden y mandó que se rescatara a los esclavizados (Livio 43. 4. 8-13). Hubo otros incidentes; se dieron garantías; pero el apoyo a Roma se erosionaba incluso en la liga aquea y entre los grupos proromanos de Etolia. La situación fue salvada por una diplomacia romana más blanda, pero fue una época peligrosa para los estados griegos. En la primera parte de la guerra, la liga beocia fue disuelta. Después de que Perseo fuera derrotado por L. Emilio Paulo en Pidna en 168, mil aqueos fueron deportados a Italia y quedaron en detención indefinida, 550 destacados etolios fueron muertos, y 150 000 personas del Épiro fueron vendidas como esclavos, pues habían apoyado a Perseo. Fue en el mismo año en que Gayo Popilio Lenas envió un ultimátum a Antíoco IV.

Los reinos del Épiro y Macedonia fueron abolidos y ésta fue dividida en cuatro repúblicas federales. Ninguna tenía un nombre propio —eran simplemente partes de Macedonia— y fueron establecidas de modo que no podían unirse ni colaborar: el matrimonio fuera de las fronteras de los estados quedó prohibido, así como la tenencia de propiedades en más de una república (Livio, 44. 29. 3-30, 32. 1-7; Austin 79).[1030] Los rodios, quizá mal aconsejados, habían entrado en la lista negra de los romanos al intentar mediar entre Roma y Perseo; fueron castigados con la pérdida de control del territorio cario y el licio asignado a ellos en 188 (Polib. 29. 19. 5).

Los atenienses parecen haber salido bien parados con el tratado, quizá porque su ciudad era relativamente irrelevante en términos estratégicos. Solicitaron con éxito al senado la devolución de Délos y Lemnos, que habían poseído antes. Es más controvertido el hecho que recibieran el territorio de Haliarto en Beocia, donde en 171 los romanos habían esclavizado a la población y arrasado la ciudad (Livio, 42. 63. 11-12; Estrabón 9. 2. 30 [411]). Los emisarios recibieron instrucciones de pedir al senado que compensara a los habitantes de Haliarto, pero, si esto no se conseguía, que pidieran el territorio. Polibio los critica sin razón por esto (39. 10. 1-9). Al devolver Délos a Atenas en 167, haciéndola un puerto libre (Polib. 30.-20. 7: cf. 30. 31, Austin 80), se ha creído tradicionalmente que los romanos se disponían a arruinar la economía rodia. Un portavoz rodio en Polibio (30. 31. 9-12) parece asegurarlo así en 165/164, afirmando que el valor de las cuotas de la aduana portuaria de los rodios, cuando eran arrendadas, habían bajado al 85 por 100. Puede tratarse de un efecto

temporal, no obstante, y el informe no dice nada sobre los cambios en el comercio. La decisión puede haber tenido como fin hacer un favor a los amigos de Roma en Délos y en Atenas antes que castigar a Rodas.[1031]

Tan seguros estaban los atenienses de la amistad de los romanos que pudieron mantener activos contactos diplomáticos con los Atálidas hasta 133 y con los Ptolomeos y los Seléucidas durante todo el siglo II. Pese a la derrota de Antíoco III, o quizá debido a ella, sus sucesores Seleuco IV (r. 187-175) y Antíoco IV (r. 175-164) fueron generosos con la ciudad y sus templos, especialmente con el de Zeus Olímpico. Para no ser superados, Eumenes II (r. 197-159/158) y Átalo II (r. 159/158-139/138) donaron espléndidas stoas en la ladera meridional de la acrópolis y al este del agora, respectivamente, a cambio de lo cual los atenienses erigieron estatuas de ambos reyes sobre el teatro de Dionisio (Plut. *Antonio*, 60. 6, n. 56).[1032]

En suma, Atenas (o su élite) prosperó, tal como lo sugiere la popularidad de su moneda de nuevo estilo, que fue introducida posiblemente a partir de 168 y siguió acuñándose durante más o menos 120 años. Se convirtió en la moneda más utilizada en el Mediterráneo oriental y recibió un estatus privilegiado de la anfictionía délfica, quizá a mediados del siglo II (Austin 107, Syll3 729).[1033] Se ha sugerido que, como se pensaba que las minas de plata de Laurión en el Ática eran menos productivas entonces que en el período clásico, la plata para esta nueva moneda puede haber provenido parcialmente de monedas macedonias refundidas.[1034] Por otra parte, las dos revueltas esclavas documentadas en las minas áticas, en 133 (Orosio, 5. 9. 5, usando Livio) y poco antes de 100 (Posidonio, FGH 87 frag. 35) pueden indicar una intensificación de la extracción y del procesamiento de la plata.




Tetradracma de plata «de nuevo estilo» (16,75 g) de Atenas, c. 125 a. C. Anverso: cabeza de Atenea. Reverso: búho sobre ánfora. (*Ashmolean Museum*, Universidad de Oxford.)

La nueva moneda se encuentra ordinariamente en Délos, que tenía estrechos vínculos económicos con Atenas. Los miembros de la aristocracia en ambos lugares estaban con frecuencia emparentados, y la relativa independencia de Délos parece haberla hecho atractiva a los atenienses ricos con intereses en los negocios. Un programa de construcción en la isla, y la necesidad concomitante de que se grabaran las cuentas del templo, dieron empleo, casi con toda seguridad, a grabadores de letras que habían estado antes ocupados en la factura de inscripciones en Atenas.[1035] Los

prósperos comerciantes no griegos emigraron a Délos, haciendo que sus hijos entraran en la versión local de la *ephebeia*, que finalmente dominaron. A finales del siglo II, cuando la prosperidad délica alcanzaba su cénit y el número de residentes itálicos crecía, los miembros de la élite, que sabían que debían su prosperidad al favor romano, comenzaron a dedicar votos al «pueblo de Roma» junto con el *demos* de los atenienses. Por esa época también (c. 119 a. C.) se comenzaron a erigir estatuas honoríficas de romanos notables en la misma Atenas.[1036]

De Pidna al saco de Corinto (168-146 a. C.)

Nuestras fuentes desde el año 167 al 150 son incompletas: Livio está perdido, Polibio es fragmentario. Aunque hay pocos indicios, es posible que esta fuera realmente una época tranquila al menos al comienzo. Los romanos apoyaron a Calicrates como jefe de la liga aquea, pero retuvieron rehenes aqueos hasta que Polibio contribuyó a asegurar su regreso en 150 (Plut. *Catón el viejo*, 9 = Polib. 35. 6). El senado también continuó interviniendo de buen grado en las disputas locales, como la de Esparta y Argos, o de Atenas y los delios expulsados después de 167 (Polib. 32. 7; en este caso el juicio se falló en contra de Atenas en 159/158). El senado parece también haber desestimado a los atenienses en una cuestión referente a un sacerdocio délico privado de Serapis (Burstein 75, Sherk 28, Syll3 664).[1037]

Roma trató de debilitar a la liga aquea separando ciudades de ella (Paus. 7. 11. 1-3). En un comentario revelador, Polibio (32. 13) informa que el senado temía que el ejército romano perdiera su capacidad bélica si no era usada, y por tanto se implicó ávidamente en una efímera guerra en Dalmacia en 156. La revuelta de Andrisco en Macedonia, que buscaba reconstruir la realeza y consiguió un apoyo considerable en las cuatro repúblicas, dio a los romanos una razón para intervenir completamente en 149-148.

En el sur de Grecia a finales de la década de 150, un persistente contencioso entre Atenas y la liga aquea por la posesión ateniense de Oropo en la frontera Beocia, llevó a una ruptura entre Esparta y la liga: se dice que Menálcidas, un general espartano, habría estafado a Calicrates en la parte que le correspondía de un soborno que pagaron los oropenses (Polib. 32. 11. 5-7, fragmentario; Paus. 7. 11. 4-7. 12. 9; cf. también Austin 137, Syll3 675, al relatar la mediación de un aqueo).[1038] Aunque Calicrates murió en 150, Menálcidas y el aqueo Dieo asistieron al arbitraje en Roma (149/148), pero esto fue superado por los acontecimientos. Al quedar Calicrates fuera del juego, fue más difícil de contener a la liga. Dieo insistió en la acción militar contra los periecos de Esparta, pese a que había acordado esperar una comisión senatorial, y Menálcidas se comportó de modo igualmente desafiante (Paus. 7. 13. 2-8). Harto de la obstinación aquea, el senado proclamó que Esparta, Corinto, Argos y otros lugares debían ser separados de la liga, con lo cual las relaciones con la liga

quedaron rotas y los romanos declararon la guerra en 146 (Paus. 7. 14. 1-15. 1).

Como en 172, hubo un amplio apoyo para la causa antirromana, aunque esto pueda parecer fútil. Polibio hace una notable observación, aun cuando está teñida por prejuicios de clase, sobre la composición de la asamblea de la liga aquea en el verano de 146, donde los emisarios romanos intentaron apaciguar a los delegados:

> La masa los escuchó, pero no les hizo el menor caso; se burlaba de los legados romanos y acabó echándoles entre alborotos y tumultos. Allí se juntó una masa de artesanos y obreros manuales como nunca se había visto; todas las ciudades estaban resfriadas,[1039] pero más que ninguna Corinto, su población entera. A unos pocos les agradaban mucho los discursos de los embajadores romanos.
>
> (Polib. 38. 12. 4-5)

Como señala Wallbank, tal gama de representación era improbable en una (mera) reunión del consejo;[1040] es presumible que fuera una sesión plenaria del consejo y una asamblea conjuntamente. Corinto era uno de los dos grandes centros manufactureros en Grecia, y probablemente los «gamberros» fueran en buena parte hombres del lugar y no miembros del consejo. No se trata de una toma del poder por trabajadores radicales, pero indica el sentido y la fuerza del sentimiento popular, que tenía una rara oportunidad de manifestarse debido al lugar donde se realizó la reunión.

El desafío resultó inútil, y quizá fuese tan absurdo como Pausanias lo calificó tres siglos después (7. 14. 5-6). Los romanos derrotaron a las fuerzas de la liga en tres ocasiones (Polib. 38. 14. 3; Paus. 7. 15. 4-6); después de la tercera derrota, en agosto o septiembre de 146, Dieo (en opinión de Pausanias) podría haber llegado a Corinto y forzado a Mumio a un sitio interminable (Paus. 7. 16. 4). En cambio, Corinto se rindió. Dos días después la ciudad fue incendiada, la mayoría de sus ciudadanos fueron asesinados; las mujeres, los niños y los esclavos, vendidos; y las reliquias, incluidos los exvotos, saqueadas (Polib. 39. 2; Paus. 7. 16. 8, Austin 82). Algunas de estas acabaron en Pérgamo, que había proporcionado tropas en apoyo de los romanos (Paus. 7. 16. 1 y 8).

Macedonia se convirtió en una única provincia con un gobernador romano. Pausanias describe el acuerdo político impuesto a la liga aquea:

> Las murallas de todas las ciudades que lucharon contra los romanos las derribó Mumio y les quitó las armas antes de que los romanos les enviaran sus consejeros. Cuando llegaron sus consejeros, acabó con las democracias y estableció los cargos de acuerdo con las fortunas. Se gravó un impuesto a la Hélade y a las clases adineradas se les prohibió adquirir propiedad en el extranjero. Las ligas por naciones, la aquea, la de los focidios, la de los beocios, o de cualquier otro lugar de la Hélade, todas fueron disueltas igualmente.
>
> (Paus. 7. 16. 9)

No obstante, Pausanias señala que los derechos de la federación fueron posteriormente restablecidos, y que algunas indemnizaciones impuestas por Mumio fueron canceladas (7. 16. 10).

Una vez más Atenas, como amiga del pueblo romano y potencia no militar, se benefició de la generosidad del senado al acabar el conflicto. Aunque Oropo puede haber sido entregada a Eritrea, Atenas pudo recibir algunas de las islas Esporadas a cambio. Aunque pocos testimonios epigráficos de los sacrificios oficiales al pueblo romano anteceden a 146, es improbable que éstos se hayan interrumpido. Los documentos del último cuarto de siglo se refieren a los romanos como a «los benefactores comunes», esto es, como benefactores de todos los griegos, y las relaciones romano-atenienses nunca fueron más cálidas.[1041] El comercio con Roma puede haber sido la esfera implicada en un decreto que procede de aproximadamente 112/111, que no sólo unifica las unidades de venta en los mercados áticos (como lo muestra este extracto):

> Aquellos que venden frutos secos persas (nueces), almendras secas, avellanas de Heraclea, piñones, castañas, alubias egipcias, dátiles y todos los otros frutos secos que son vendidos con estos, y altramuces, aceitunas y piñones se venderán con una media de capacidad de tres medios *choinikes* de grano al ras, vendiéndolos con este *choinix* colmado, con una profundidad de cinco dedos y un dedo ancho en el borde…

sino que introduce una nueva *mina* (una sexagésima de un talento) para cierto tipo de transacciones:

> La mina comercial ha de pesar 138 [dracmas de guirnalda (i.e. nuevo estilo) de plata] de acuerdo con los pesos monetarios establecidos, y un contrapeso de 12 dracmas de guirnalda (de plata), y todos han de vender todos los demás bienes con esta mina excepto aquellos expresamente especificados para ser vendidos según la plata (patrón de la moneda), y colocarán el nivel del astil de las balanzas a un peso de 150 dracmas (de plata) que lleven [guirnalda]…
>
> (Austin lll, IG ii2 1013)

La interpretación del documento ha sido muy discutida. La dificultad surgiría de una combinación de dos medidas separadas en un decreto: una simple puesta al día de las regulaciones mercantiles (como en el primer extracto) junto con una corrección de la unidad estándar de peso. Una *mina* de 150 dracmas (c. 646 gramos) pesaría casi exactamente dos *libri* romanos (c. 655 gramos). El primer extracto también puede manifestar la intención de poner el *choinix* ático a la par con las unidades romanas de sólidos. Es posible, por tanto, que el propósito sea facilitar el intercambio entre mercancías atenienses e itálicas.[1042]

Una vez más, sin embargo, debemos considerar la posibilidad de que tal medida pueda haber servido a los intereses de un sector de la sociedad, y que había una variedad de opiniones sobre Roma (como la había presumiblemente entre los

ciudadanos de otras *poleis*), aunque por el momento algunas voces eran acalladas.

MITRÍDATES

El surgimiento del Ponto y la primera guerra mitridática (113-84 a. C.)

NO fue hasta unos cuantos años después, en 133, cuando Pérgamo, todavía un reino próspero y una vez aliado de Roma, sucumbió al poder romano; la muerte fortuita de Átalo III dejó a Roma en condiciones de organizar la administración del Asia Menor occidental. Ya hemos visto (en el capítulo 6) que la influencia sobre Egipto creció durante el siglo II, hasta que en 96, Ptolomeo Apión dejó el reino al pueblo romano; de ahí en adelante los romanos desempeñaron un papel de gran autoridad en varias ocasiones en Alejandría, hasta que las guerras civiles determinaron la anexión de Egipto como provincia. Finalmente, con los Seléucidas también, Roma ejerció una enorme influencia a mediados del siglo II, pero los principales beneficiarios fueron los partos y otros vecinos orientales, que redujeron el reino a una fracción de su anterior tamaño, un residuo en Siria y Cilicia (capítulo 8).

Sin embargo, la conquista romana del oriente no avanzó sin complicaciones, y hubo ocasiones en que el poder romano pareció vulnerable. La resistencia provino de los reyezuelos de Asia Menor.

Al inicio de su largo reinado, Mitrídates Eupátor («el Grande») del Ponto (c. 113-65) edificó un imperio del mar Negro. Después expulsó a los romanos de Asia por un tiempo. Su carrera nos lleva de la caída de un Pérgamo independiente hasta la última fase de las guerras civiles, e ilustra tanto la laxitud del dominio romano en este momento, como los abrumadores recursos militares que, al final, determinaron el triunfo de Roma.[1043] Las fuentes sobre su vida son razonablemente completas, incluidas las *Guerras de Mitrídates* de Apiano, *las vidas de Sila y Lúculo* de Plutarco, unos cuantos pasajes de Justino (especialmente los libros 37 y 38), y los discursos políticos del orador romano Cicerón (*Pro Flaco, Pro Murena, Pro lege Manilla*).

Los antecesores de Mitrídates fueron los dinastas locales iraníes que gobernaron parte del Asia Menor noroccidental a mediados del siglo IV. Mitrídates Ctises («el Fundador») expulsado por Antígono Monoftalmo en 302, parece haber establecido un nuevo reino en el Ponto en el noreste de Asia Menor alrededor de 297. Él y sus sucesores gradualmente ganaron más influencia y a veces territorios de Paflagonia, Bitinia, Capadocia, Galacia y Frigia. Hablando con precisión, su territorio fértil y bien irrigado fue llamado «Capadocia, junto al Ponto Euxino» (Polib. 5. 43. 1) o «del Ponto» (Euxinos y Ponto eran los antiguos nombres del mar Negro: Estrabón, 12. 1.4 [534]). Culturalmente era una combinación de ciudades griegas con tradiciones

políticas distintivas y una sociedad de base aldeana con centros religiosos, señoreada por una arraigada aristocracia irania.[1044] Los reyes, con todo, no eran sólo de ascendencia irania sino que estaban estrechamente vinculados con la familia real seléucida mediante alianzas matrimoniales. La identidad de los miembros de la dinastía no es segura en todos los casos, pero una notable expansión ocurrió bajo Fraates (r. c. 189-c. 159), que fue obligado a ceder territorio por los romanos pero obtuvo Sinope y el señorío de Armenia. Como otros reinos orientales, el Ponto llegó a estar muy influido por la política romana, que primero buscó su amistad y después la socavó.

Mitrídates subió al trono alrededor de 113. Se dice que había pasado los años previos exiliado en las montañas del Asia Menor nororiental, cultivando su habilidad corporal y, al parecer, creando una tolerancia a los venenos temidos por todos los reyes:

> Su futura grandeza la habían predicho incluso fenómenos celestes. Pues el año en que nació y el primero en que empezó su reinado, en ambas ocasiones, un cometa brilló durante setenta días con tanta intensidad, que parecía estar todo el cielo en llamas. Pues ocupaba la cuarta parte del cielo por su enorme tamaño y superaba el brillo del sol por su luminosidad, y en su orto y en su ocaso empleaba cuatro horas. De niño sufrió las insidias de sus tutores que intentaron envenenarlo. Por temor a esto bebió antídotos muchas veces y, buscando remedios más seguros, se inundó tanto de ellos, que ni siquiera queriendo, ya viejo, pudo morir por efecto del veneno.
>
> (Just. 37.2)

Esas leyendas son productos de la mitificación de los autores orientales y, especialmente, de los romanos; pues Mitrídates se convirtió en la conciencia romana, en un enemigo arquetípico junto a luminarias como Aníbal y Perseo.

Al inicio de su reinado Mitrídates aceptó el vasallaje del rey de Armenia Menor y anexionó Colquis, un gran puerto en la orilla oriental del mar Negro. Al ayudar a Quersoneso contra sus vecinos escitas, ganó el control de Crimea; dio ayuda militar a Olbia y Apolonia en el noroeste, y se convirtió virtualmente en el amo de todo el mar. Esto alarmó a los romanos, particularmente cuando este expansionismo afectó a las regiones colindantes con su esfera de influencia. En 108-107, junto con Nicomedes de Bitinia, conquistó Paflagonia; ignorando la orden romana de retirarse, ocupó en cambio parte de la Galacia. Un intento de persuadir al senado para que ratificara sus conquistas no tuvo éxito. Él y Nicomedes riñeron por Capadocia, antes regida por la hermana de Mitrídates y parte de su esfera de influencia; hacia 101 había disuadido a Nicomedes con una masiva invasión de Capadocia donde había instalado a un rey títere. Cuando, pocos años después, la disputa se reavivó, el senado ordenó a Mitrídates que abandonara Capadocia y a Nicomedes que abandonara Paflagonia, estableciendo posteriormente un nuevo rey de Capadocia elegido por los nobles locales.[1045]

Mitrídates aprovechó la muerte de Nicomedes en 94 como una oportunidad para apoderarse de Capadocia y Bitinia, lo que hizo en 91/90 mediante su yerno, Tigranes I («el Grande») de Armenia (r. 96 o 95- c. 56). Una vez más cedió a las demandas romanas y se retiró, pero cuando el rey de Capadocia, restaurado por los comisionados romanos y animado por ellos a resarcirse por los costos incurridos, atacó el Ponto, Mitrídates protestó por este hecho y después reconquistó Capadocia desatando la primera guerra mitridática (89-85; véase esp. Ap. *Guerras mit.* 15. 50-58. 240; también Plut. *Sila*, 11-14), que fue esencialmente iniciada por los comisionados romanos destacados en el campo, dirigidos por M. (Manio) Aquilio, antes que por el senado. (La amplitud de las reservas de Mitrídates y la resistencia de sus ejércitos combatientes son evidentes por la escala de sus constantes esfuerzos.) Derrotando a los romanos cuatro veces en 89, ganó Bitinia, Frigia, Misia, Licia, Panfilia y Jonia, desmantelando la provincia romana de «Asia». Cuando Aquilio fue capturado, fue cruelmente ejecutado:

> No pasó mucho tiempo antes de que capturase a Manió Aquilio, el principal responsable de la misión diplomática y de esta guerra. Lo hizo atar a un asno y lo paseó por allí (con un cartel) proclamando su nombre, Manió, a los que pasaban, hasta que en Pérgamo hizo que le vaciaran oro derretido en la garganta para que se viera la vergüenza de aceptar el soborno de los romanos.
>
> (Ap. *Mit*. 21.80)



El mar Negro. (Basado en parte en Austin xv, fig. 1.)

Muchas ciudades griegas dieron la bienvenida al fin del dominio romano, aunque la resistencia en Caria, Rodas y otras partes nació de las anteriores mercedes y privilegios existentes concedidos por Roma. Cuando L. Cornelio Sila, el futuro dictador de Roma y antiguo procónsul de Cilicia, recibió del senado el mando de la

guerra, Mitrídates emprendió su más bárbara y audaz hazaña, nada menos que la limpieza étnica de Asia Menor. Probablemente en la primera mitad de 88, por una disposición secreta a cumplirse en el plazo de treinta días, las autoridades de cada ciudad de Asia Menor dieron muerte a todos los itálicos residentes —hombres libres, libertos, mujeres y niños— en un solo día (Ap. *Mit*. 22. 85-23. 91). Plutarco dice que 150 000 hombres fueron asesinados (*Sila*, 24), pero incluso si la cifra más baja de 80 000 dada por otras fuentes es todavía exagerada, esta deliberada atrocidad tuvo un impacto estremecedor. Esta masacre señala la impopularidad de los representantes oficiales de Roma, especialmente entre los propietarios griegos en las zonas romanas que pagaban los costos de la administración colonial. También debe de haber endurecido las lealtades en ambos bandos («aseguró entonces que ninguna ciudad que hiciera su capricho pudiera jamás ofrecer su adhesión a los romanos»)[1046] y fortalecido la obstinación del senado romano.

Aunque en las ciudades griegas pudo darse apoyo popular al ataque, puede que un cambio de soberano fuera urdido por un grupo de la élite propietaria con el fin de superar tácticamente a sus opositores políticos. No hubo probablemente una mayor libertad; en algunos lugares los dictadores (*tyrannos*) asumieron el poder en nombre de Mitrídates. En 88 Mitrídates sitió Rodas, el último baluarte sólido de oposición y un centro de lealtad hacia Roma, pero se vio forzado a retirarse. Fue su primer revés serio; Apiano (*Mit*. 26. 103-127) le atribuye el hundimiento del gigantesco plan de asedio de Mitrídates.

En la antigua Grecia, las reacciones a la «liberación» de Asia Menor fueron diversas, aunque la liga aquea y la mayoría de las ciudades beocias se unieron a su causa, como lo hizo Esparta. En Atenas, la mayoría había estado a favor de Roma; en 102-100, por ejemplo, se habían enviado naves en apoyo de la campaña de M. Antonio contra los piratas del sur de Asia Menor; y el hecho de que en 109/108 una disputa entre Atenas y Sición fuera dirimida por una tercera parte sin referencia a Roma sugiere que la mano del dominio romano no siempre era pesada.[1047]

Ahora, sin embargo, un partido antirromano ganó influencia, al parecer con apoyo popular (Paus. 1. 20. 5 habla del «elemento perturbador» de la ciudadanía). Atenión, un filósofo aristotélico, seguramente en favor de las clases propietarias, no sólo de los pobres, volvió de una misión diplomática ante Mitrídates portando la promesa del rey de apoyar la abolición de las deudas y la democracia, y fue elegido general hoplita. Mitrídates probablemente fue hecho arconte epónimo de la ciudad en 87/86. Este sorprendente cambio de la anterior posición pro romana debe ser explicado por una combinación de resentimiento con los acreedores romanos y de crítica al trato dado a Mitrídates por Roma. Uno se pregunta si los cambios en los intereses económicos de la élite no estuvieron detrás de un cambio en el cálculo político: Habicht señala el auge de los *nouveaux viches* con intereses comerciales en Délos, que a finales del siglo II comenzó a eclipsar a la antigua aristocracia terrateniente.[1048] Otro probable factor en la opción ateniense es el hecho de que Mitrídates controlara el Helesponto,

siempre presente en sus preocupaciones a causa de sus intereses en la provisión de grano del Egeo nororiental y el mar Negro.

Sobre Mitrídates, no todos los atenienses eran de una misma opinión. Una fuente principal sobre Atenión, el Poseidonio estoico (FGH 87 frag. 36), lo ridiculiza probablemente para usarlo como ejemplo moral y para demostrar la irracionalidad del demos ateniense.[1049] Incluso el jefe de la Academia de Aristóteles, Filón, buscó refugio en Roma, y la comunidad insular de Délos desertó de Atenas. Una expedición ateniense contra la isla, dirigida por otro filósofo peripatético, Apelicón, fue fácilmente aplastada por un ejército romano, pero poco después el general Arquelao de Mitrídates tomó la isla y la ofreció a Atenas (según se informa con la pérdida de 20 000 vidas itálicas) (Ap. *Mit*. 28. 109). Un ateniense llamado Aristión, un filósofo de la escuela epicúrea rival, había acompañado a Arquelao y ahora se convirtió en «tirano» de Atenas (aunque algunos creen que Atenión y Aristión eran el mismo hombre)[1050] y ayudó a Arquelao a preparar Grecia para el ataque romano.

Sila llegó a inicios de 87 y sitió Atenas y El Pireo (Plut. *Sila*, 13-14; Ap. *Mit*. 30. 118-138. 150). Aunque finalmente abandonó el sitio de El Pireo, en Atenas los ciudadanos soportaron condiciones espantosas. Por último, en la primavera de 86, se rindieron:

> sabiendo que los de la ciudad estaban muy apurados y que habían matado todo su ganado, hirviendo las carcazas y el pellejo y chupando cuanto alimento podían sacar de allí, que algunos habían incluso echado mano de los muertos, (Sila) ordenó a su ejército que cavara un foso alrededor de la ciudad de modo que ningún ciudadano se pudiera evadir sin ser notado, ni siquiera de uno en uno. Y cuando hubo tomado esta medida, trajo escaleras y al mismo tiempo comenzó a excavar las murallas. Estando los hombres débiles dentro, una derrota aplastante tuvo lugar.
>
> Irrumpió en la ciudad, e inmediatamente hubo una masacre enorme y despiadada: pues estaban imposibilitados de escapar al estar muriéndose de hambre, tampoco hubo ninguna piedad para los niños ni las mujeres. Sila ordenó matar a todos los que se hallaran. Estaba furioso de que hubieran cambiado de bando tan rápida y absurdamente, y se hubieran unido a los bárbaros, sin mostrar otra cosa que hostilidad hacia él. En este punto, la mayoría de la gente, conociendo su mandato, se arrojaban al paso de sus matadores; pero unos pocos muy debilitados se encaminaron hasta la Acrópolis. Aristión huyó con ellos, después de poner fuego al Odeón de modo que Sila no tuviera un suministro de madera listo para el asalto de la Acrópolis. Sila prohibió incendiar la ciudad, pero la entregó a su ejército para que la saquearan. En muchos edificios se encontraron porciones de carne humana preparada para consumir.
>
> (Ap. *Mit*. 38. 148-150)

Unas semanas después, los que estaban en la acrópolis se rindieron y fueron pasados a cuchillo.

Durante el sitio de El Pireo, Sila demolió la larga muralla que comunicaba El Pireo con Atenas, y utilizó los árboles sagrados de la Academia y el Liceo para leña (Ap. *Mit*. 30. 121); también confiscó los tesoros de los santuarios griegos de Epidauro, Delfos y Olimpia (Paus. 9. 7. 5). Cuando Arquelao abandonó El Pireo, los

romanos incendiaron la ciudad y destruyeron la base naval (Ap. *Mit*. 41. 157). Los soldados romanos robaron los escudos votivos de la Stoa de Zeus Eleuterio que conmemoraban a los muertos de las guerras pasadas (Paus. 10. 21. 5-6). Los vestigios arqueológicos del saco de Atenas comprenden los daños a los edificios del agora y el abandono del edificio procesional (Pompeyón) en la puerta de Dipilo, donde se han desenterrado armas arrojadizas.[1051] Sila hizo embarcar para Italia muchas obras de arte, incluyendo las columnas del templo inconcluso de Zeus Olímpico que fueron colocadas en el Capitolio en Roma (Plut. *Publicola*, 15. 4). Es posible que las bellas estatuas denominadas los bronces de El Pireo, descubiertas en el puerto en 1959, se hubieran perdido al ser llevadas a Roma, quizá desde Délos.[1052] Plinio el Viejo informa que una pintura del artista del siglo v Zeuxis se perdió en el mar (HN 36, 45). La biblioteca de Aristóteles y Teofrasto, que Apelicón había comprado después de su descubrimiento en Scepsis, fue enviada a Roma (Estrabón 13. 1. 54 [609]; sin embargo, un relato diferente aparece en Aten. 1. 3 a-b).[1053]

La constitución de Atenas fue modificada para dar más peso a las clases propietarias y para que los magistrados fueran elegidos antes que designados por sorteo. El nuevo régimen parece no haber alentado el debate político, a juzgar por la parquedad de los documentos oficiales desde mediados del siglo I. Por otra parte, a los atenienses se les permitió conservar Délos, aunque nunca recobró su prosperidad, y probablemente Salamina.[1054]

Unos pocos meses más tarde, las fuerzas de Mitrídates casi fueron aniquiladas en dos grandes batallas en Beocia, en Queronea y Orcómeno, en la cual se dice que diez mil de sus soldados fueron muertos. Sila arrasó las ciudades del distrito en castigo por su deslealtad. Sin embargo, se acordó con Arquelao, que Mitrídates podría retener su reino si cedía sus recientes adquisiciones, entregando un gran número de naves de guerra completamente pertrechadas y pagando una elevada indemnización.

En Asia, Mitrídates era el objeto de una creciente oposición durante 86 y 85. Tomó despiadadamente Quíos, deportando a su población al mar Negro (fueron rescatados por los habitantes de Heraclea Póntica). Otras ciudades jonias que se rebelaron fueron duramente reprimidas, mientras que sus promesas de generosidad para con otras tuvieron poco efecto. En 85, un ejército romano (bajo un jefe que actuaba por su cuenta) obtuvo victorias en Bitinia; pero los griegos de Asia deben haberse preguntado qué potencia militar era más letal, pues los romanos saquearon las ciudades tomadas y sus territorios y mataron a los pobladores de Ilion aun cuando habían abierto sus puertas. En una entrevista en Dárdanos en la Tróade, Mitrídates fue obligado a aceptar los términos ofrecidos antes (Plut. *Sila*, 24; Ap. *Mit*. 56. 227-258. 240). Sila, distraído por la guerra civil en Roma, estaría ansioso por no provocarlo más con exigencias excesivas; también estaba ganando tiempo para arreglar la futura organización de Asia. Permaneció allí hasta 84, y después pasó un invierno en Atenas antes de volver a sus asuntos en Italia.

Con la excepción de firmes aliados como Rodas, Quíos, algunas ciudades del

Asia Menor suroccidental e Ilion, las ciudades griegas de Asia recibieron un trato espantoso con la paz de Sila, pagando altísimas indemnizaciones y los gastos del ejército de ocupación (Plut. *Sila*, 25). Aquellos que resistieron fueron masacrados, otros esclavizados y las murallas de algunas ciudades fueron demolidas (Ap. *Mit*. 61. 251). Junto con los atrasos, la indemnización sumaba 20 000 talentos, una cifra que no era inconcebible —Alejandro había tomado 50 000 talentos del oro de Darío—, pero que sobrepasaba los recursos de las ciudades ya empobrecidas. El peso todavía era sentido una generación después, pues muchas comunidades fueron víctimas de inversores romanos y recaudadores (*publicani*), algunos de los cuales volvieron después de escapar con lo puesto del baño de sangre de 88 y ahora hacían préstamos a tasas de interés extorsionantes y bajo duras condiciones. Los edificios públicos tuvieron que ser vendidos o hipotecados (Ap. *Mit*. 63. 261), mientras los propietarios individuales que no podían cumplir con los pagos perdían las tierras.

Al mismo tiempo, la riqueza que permanecía en las ciudades parecía haberse acumulado en unas pocas manos, a juzgar por la referencia ocasional a hombres super ricos, unos de los cuales era Hierón de Laodicea:[1055]

> Laodicea, antiguamente una pequeña ciudad, gozó de prosperidad en nuestra época y la de nuestros padres. Fue dañada durante un sitio bajo Mitrídates Eupátor, pero la calidad de la tierra y la buena fortuna de algunos de los ciudadanos la hicieron grande. Primero estuvo Hierón, que dejó al pueblo un legado de más de 2000 talentos y adornó la ciudad con muchas dedicaciones. Después estuvo Zenón el orador y su hijo Polemón; este último, a causa de su gran coraje, fue considerado digno de la realeza [del Ponto y del Bósforo] por Antonio y después por César Augusto.
>
> (Estrabón, 12. 8. 16 [578])

Aunque había habido grandes benefactores cívicos, la escala podría haber sido inédita. Hombres como Hierón quizá se habrían aprovechado de la desgracia de los pequeños propietarios. Las consecuencias económicas de la organización de Asia Menor por Sila preocuparían después a los jefes romanos.

Otra consecuencia de la dura paz para Asia puede haber sido el aumento de la piratería en el Mediterráneo oriental. Apiano implica una conexión con la imposición romana en Asia Menor, pues se refiere a ello inmediatamente después de describir la desesperación financiera de las ciudades:

> Así el dinero fue todo llevado a Sila, y Asia tuvo su cuota de males. Y un gran número de bandas de piratas navegaban abiertamente contra ella, pareciendo más flotas que asaltantes. Mitrídates había sido el primero en lanzarlos al mar, iba saqueando todos los lugares fundándose en que no los poseería por mucho tiempo. Se habían multiplicado especialmente en esa época, y comenzaban a asaltar abiertamente no sólo a los navegantes, sino también los puertos, los asentamientos y las ciudades. Así Iasos, Samos y Clazomenas fueron tomadas y Samotracia, aunque Sila estaba presente, y el santuario de Samotracia fue saqueado de sus objetos valiosos que estaban estimados en 1000 talentos.
>
> (Ap. *Mit*. 63. 261-263)

Posteriormente (92. 416-493. 427) refiere el auge de los piratas, culpando a Mitrídates por incitarlo desde el inicio, pero atribuyendo su persistencia al «haber sido privados de medios de vida y nacionalidad por la guerra» (92. 417). La piratería fue alimentada por el gran número de ciudadanos desposeídos, esclavos libertos y fugados, y antiguos soldados y remeros a quienes el desbarajuste de los años recientes había expulsado de las ciudades-estado; aunque en parte fue el error de Diodoto Trifón y su uso de flotas de piratas, fue exacerbada por la destrucción de Cartago y Corinto y la creciente afición de los romanos a los esclavos (Estrabón, 14. 5. 2 [668-669], Austin 171). La piratería fue otro problema con el que los romanos tuvieron que lidiar después.

La segunda y la tercera guerras mitridáticas (c. 83-63 a. C.)

Un ambicioso jefe romano, Licinio Murena, provocó a Mitridates a defenderse (la segunda guerra mitridática, c. 83-81; Ap. *Mit*. 64. 265-266. 281); y después de la muerte de Sila el senado rehusó ratificar la paz de Dárdanos. Aunque Mitridates cumplió con sus términos por algunos años, no es sorprendente que comenzara a prepararse para la guerra; había hombres en Roma que estaban al acecho de una oportunidad personal en la reanudación de las hostilidades. En 78-77 los romanos crearon la «provincia» de Cilicia, en realidad un puesto de mando contra los piratas del Asia Menor meridional; pero si veían a Mitridates como el problema real esto explicaría por qué edificaron un camino militar desde Side en Panfilia casi hasta Capadocia.[1056]

La tercera guerra mitridática[1057] (73-63; Ap. *Mit*. 68. 289-113. 555) fue provocada por la muerte de Nicomedes de Bitinia (c. 75), que dejó su reino al pueblo romano. El senado lo convirtió en una provincia y nombró a L. Licinio Lúculo, que se había comportado antes con decencia con las ciudades griegas como gobernador de Cilicia, para que se encargara de la guerra que ya preveían (sobre la conducción de la guerra por Lúculo, véase Plut. *Luc*. 7-35). Ya en 73, Mitridates abrió su campaña infligiendo una gran conmoción a los romanos en la batalla, esta vez en el mar, pero durante 73 y 72 Lúculo sagazmente centró sus recursos militares en el control del mar y evitó una batalla preparada, liquidando finalmente al ejército y la flota de Mitridates por partes, y capturando puertos clave del mar Negro. En 72 y 71 habiendo forzado a Mitridates a retirarse, Lúculo atacó directamente el Ponto mientras la flota romana triunfaba en una serie de batallas navales. En una batalla cerca de Cabeira (71) Lúculo forzó a Mitridates a huir y convirtió la retirada en una masacre (Plut. *Luc*. 11). El rey se trasladó a la corte de Tigranes en Armenia, mientras Lúculo reorganizaba el Ponto. Después de que la exigencia romana de rendición de Mitridates fuera rechazada (70), Lúculo invadió Armenia y obtuvo una gran victoria

en Tigranocerta (octubre 69), obteniendo la sumisión de los pueblos y principados vecinos y restaurando al otrora rey seléucida Antíoco XIII al trono sirio.

Aunque Lúculo continuó en 68 su campaña contra Tigranes, y desmembró su reino, Mitridates aún se rehizo prodigiosamente. En 67 los romanos fueron derrotados por completo en Zela en el Ponto, y las exhaustas legiones de Lúculo presionaron a su jefe para retirarse. Mitridates y Tigranes volvieron a sus reinos, y Lúculo se dispuso a reconstruir las ciudades devastadas por los ataque romanos o mitridáticos: Zizicos, Sinope y Amisos (Plut. *Luc*. 12, 19, 23; Ap. *Mit*. 83. 370-374). Después otro procónsul organizó la reconstrucción de Heraclea, donde habían sido asesinados recaudadores de impuestos romanos (el hecho es relatado por Memnón de Heraclea, FGH 336, de cuya historia local, escrita alrededor del siglo II d. C. quedan extensos fragmentos). Lúculo alivió la situación de Asia Menor en general al fijar los tipos de interés y regular los pagos de las deudas (Plut. *Luc*. 20; Ap. *Mit*. 83. 376).

En 68 los romanos reanudaron sus operaciones contra los piratas cretenses, ahora activos en torno a Italia; en 67 reanudaron la campaña de Cilicia. Pronto, por encima de los procónsules existentes, C. Pompeyo aseguró recursos militares masivos del senado, con lo cual aniquiló las fuerzas de los piratas en sólo tres meses. En 66, en medio de la controversia política en Roma, se le asignó el prestigioso mando contra Mitrídates y Tigranes, también en lugar de los jefes existentes. Cicerón, en su discurso *De imperio Gnaei Pompen* (*Sobre el mando de Gneo Pompeyo*), exagera la amenaza mitridática a los ingresos romanos y las ganancias itálicas en las provincias de Asia. En unos meses Pompeyo había derrotado a Mitrídates en la batalla y había conseguido la rendición de Tigranes. Mitrídates intentó reconstruir sus fuerzas desde una base en Crimea, pero se vio frustrado por una revuelta de su hijo Farnaces (63). Inmune al veneno, se dice que ordenó a un oficial celta que lo matase. (Las fuentes para estos sucesos incluyen *Pompeyo* de Plutarco, los libros 36 y 37 de Casio Dión; Ap. *Mit*. 24. 428-111.539).

El fracaso final de Mitrídates representa, quizá, el fin de la resistencia seria al poder romano en Asia Menor. Si hubiera podido subsistir preparando la coexistencia con Roma es dudoso; había lecciones que aprender del destino de reyes anteriores, y Mitrídates no habría tenido quizá otra opción que preparar la guerra una vez más. Había opciones para sus súbditos, también. Como es frecuente en época de guerra, muchos individuos y comunidades, que habrían preferido no intervenir, se vieron forzados a tomar partido, con graves consecuencias para aquellos que tenían la desgracia de respaldar al perdedor. Por suerte, quizá al percatarse de que el acuerdo de Sila había empeorado las condiciones de Asia en lugar de mejorarlas, Pompeyo adoptó una línea diferente.

Como Sila, cuando se enfrentó a Mitrídates, Pompeyo permitió a Tigranes retener su reino pero confiscó sus conquistas. Este fue un paso crucial en el desmembramiento de los reinos helenísticos del oriente, pero era sólo una parte del plan de Pompeyo. Después de sus victorias puso en práctica una campaña contra los

albaneses y los iberos en el Cáucaso, territorio virgen para las legiones romanas; la gloria y el triunfo político en Roma eran probablemente sus principales metas, antes que el desarrollo del comercio y la actividad financiera itálicas (que estaban concentradas en el Asia Menor occidental) o la supresión de la piratería como tal. En 65 tomó Colquis y volvió al Cáucaso, los albaneses se sometieron pero conservaron sus tierras.

Durante el resto de 65 y la mayor parte de 64, Pompeyo administró la confiscación del enorme tesoro de Mitrídates, reorganizó el Ponto y restableció a los gobernantes existentes o reconoció a los nuevos en toda Anatolia (quizá mediante sus lugartenientes). Había inducido al rey parto Fraates a atacar a Tigranes de Armenia con la promesa de territorio; Fraates mantuvo su parte de la promesa en 66, pero Pompeyo parece haberse echado atrás durante 65, prefiriendo enemistarse con Fraates antes que consolidarlo. A finales de 64 Pompeyo tomó Comagene y conoció al último pretendiente seléucida, Antíoco Filadelfo, en Antioquía. Juzgando a éste incapaz de sostenerse en el poder frente a los estados árabe y judío crecientemente independientes, convirtió a Siria en una provincia, quizá más como un baluarte contra los partos antes que contra las bases de los piratas, aunque las eliminó también.[1058] En Judea, en 63, al vérselas con una disputa entre pretendientes rivales al sumo sacerdocio, Pompeyo ocupó Jerusalén tras un sitio de tres meses de duración y penetró en el santuario del Templo sin profanarlo (Josefo, *Antigüedades de los judíos*, 14. 29-79; *Las guerras de los judíos*, 1. 127-157). Los territorios judíos adquiridos por los reyes macabeos fueron asignados a Siria, con lo cual esta quedó reforzada.

La reorganización de Anatolia y el Levante por Pompeyo no fue radical, pero revela que los romanos ahora buscaban un equilibrio entre la seguridad y la ganancia del estado, o al menos resarcirse de los gastos militares. Los reyes de Capadocia, Comagene y Galacia fueron nombrados «amigos y aliados del pueblo romano», e incluso se permitió a Farnaces, el hijo de Mitrídates, preservar el Bósforo de Crimea. En Comagene, el rey Antioco I (r. c. 69-c. 36) creó uno de los más notables monumentos cultuales de este período, miles de metros sobre el nivel del mar en la montaña de Nemrud Dagi. En la espalda de los colosos esculpidos, que representaban su imagen y las de los dioses, hizo grabar inscripciones que proclamaban su propia divinidad llamándose «gran rey Antioco el dios, el justo, el manifiesto, amante de los romanos y amante de los griegos» (*basileus Megas Antiochos Theos Dikaios Epiphanés Philorhómanios kai Philhelléri*), se jactaba de su piedad y las recompensas que esto le había procurado. Había puesto allí las imágenes «de Zeus Oromasde y de Apolo Mitra Helios Hermes y de Artagnes Heracles Ares y de mi patria siempre nutricia Comagene» (Burstein 48, OGIS 383).[1059] No es sólo una de las más notables muestras de sincretismo religioso bajo patronazgo real, y una prueba de la fusión cultural parcial que había tenido lugar en Asia Menor, sino también el testamento de la importancia que tendría de ahí en adelante identificar los intereses de Roma con los propios.

Por el acuerdo con Pompeyo, la provincia de Cilicia fue ampliada y algunas ciudades griegas arruinadas revivieron (Ap. *Mit*. 115. 561-562), incluida Soli, llamada ahora Pompeyópolis. En Bitinia, se permitió a las ciudades griegas administrar territorios; en el Ponto, ahora parte de la provincia de Bitinia, esto significó el desmantelamiento de las gobernaciones de distrito. El gobierno local se había convertido en el eje del poder romano en las provincia, aunque era una democracia sólo nominal puesto que los consejos ciudadanos (*boulai*) eran designados mediante la nominación por magistrados superiores. El pago del tributo no fue impuesto sino sobre los dinastas locales del Ponto, Siria y Judea, pero la recaudación de impuestos se hizo menos abusiva.[1060] Una nueva reorganización de Judea tuvo lugar unos pocos años después bajo el gobernador Gabinio, después de una reanudación de la guerra civil. El sumo sacerdote fue despojado de la autoridad política y, como en otras partes, las ciudades se convirtieron en piezas del gobierno regional romano (Jos. *AJ* 14. 91, *GJ* 1. 170).

LA CULMINACIÓN DE LA HEGEMONÍA ROMANA

A partir de 86 Atenas fue una vez más una aliada de Roma, y permaneció oficialmente libre durante cincuenta y nueve años más. Hubo una interrupción formal breve cuando el tribuno romano Clodio (no el senado romano) recompensó al cónsul Piso con una provincia que por primera vez incluía al Ática; esto equivalía a declararla territorio soberano de los romanos, y el propósito era hacer más fácil a los acreedores itálicos poner pleitos a las ciudades griegas. La violación de la independencia no sobrevivió al mando de Piso (58-55).[1061] Los efectos adversos de la paz de Sila en las ciudades de Asia habrían sido también sentidos en Grecia, y podrían explicar la cancelación en 58 de los impuestos establecidos por Sila en Delos.[1062]

En el oriente los romanos sufrieron una humillación en 53 a manos de los partos, cuando el veterano estadista Craso fue muerto; la derrota detuvo el avance oriental del poder romano durante generaciones, y llevó a la invasión parta de Siria en 51. Grecia fue uno de los campos de batalla de las guerras civiles, donde Pompeyo fue derrotado por César en Farsalia en 48. Unas pocas semanas después Pompeyo fue asesinado en Alejandría; César lo siguió hasta allí, y se vio envuelto en la política dinástica egipcia y retenido en Alejandría por unos meses. En esta época se desarrolló su relación con Cleopatra VII; el hijo de ambos Ptolomeo César («Cesarión») nació después de su partida. En 47 hizo campaña en Asia, derrotando a Farnaces del Ponto en Zela, y volvió a Italia, donde fue asesinado en 44.

En el espacio de diez años Atenas fue gobernada por Pompeyo, Julio César (48-44), Bruto (44-43) y Antonio. No es claro si interfirieron con la constitución, el evidente amor de Antonio por Atenas no es prueba de que no modificara la democracia nominal. Como en las épocas anteriores y posteriores a Sila, la polis estaba dominada por familias ricas; los principales sacerdotes, los arcontes epónimos y otros magistrados principales estaban emparentados entre sí. En la década de 40 el consejo del Areópago siguió siendo un centro de poder clave.[1063]

Con su victoria en Actium (31), Octavio se convirtió en el dueño del mundo romano oriental. Hizo morir a Casio, uno de los asesinos de César, en Atenas, desafiando la sagrada costumbre griega, puesto que el hombre había buscado asilo allí.[1064] La libertad oficial de Atenas llegó a su fin cuando se creó la provincia de Acaya en 27; comprendía la mayor parte de Grecia continental, que hasta ahora no había sido formalmente una provincia. Como César Augusto, Octaviano convirtió en provincias a Galacia (25 a. C.) y a Judea (6 a. C.). Los últimos fragmentos del Asia Menor griega fueron absorbidos bajo sus sucesores.

Los efectos del dominio romano

Cada vez más itálicos hicieron de Atenas su patria a finales del siglo II y el I. Aunque algunos eran negociantes explotadores, muchos sin duda admiraban genuinamente las antigüedades y el legado cultural griegos. Grecia se convirtió casi en el equivalente del *Grand Tour* del siglo XVIII. Después de la toma de Atenas por Sila, Filón y otros filósofos volvieron a la ciudad. Cicerón se emocionó profundamente al visitar por primera vez Atenas. Menciona los *gymnasia* y la vida académica atenienses en su diálogo *Definibus* (5. 1), donde su sobrino Lucio queda especialmente impresionado por la exedra (aquí básicamente una especie de sala de conferencias), donde había enseñado Carneades y comenta que: «No hay fin para esto en Atenas; doquiera que pongamos el pie, tropezamos con un trozo de historia». Como Sila en 84, Cicerón trató de ser iniciado en los misterios eleusinos, y pasó dos años estudiando filosofía y retórica en Atenas y Rodas; hizo el esfuerzo de celebrar los misterios otra vez cuando tuvo la oportunidad treinta años después.[1065]

Por otra parte, la ciudad de Atenas estaba endeudada, como las de Asia, y se apoyaba en Ático y en otros hombre ricos para obtener donaciones de dinero, como las del amigo de Cicerón, Tito Pomponio, apodado Ático («Ateniense») en el 50 a. C. (Cic. *Cartas a Ático*, 6. 6. 2). El saqueo del procónsul Verres, más tarde procesado por Cicerón, significó el traslado de todo el oro que quedaba en el Partenón (Cic. *Verrine Orationes*, 2. 1. 44-45; 2. 4. 71). Durante más de dos siglos, los reyes griegos habían pagado los grandes proyectos que la ciudad ya no podía permitirse, pero quedaban pocos reyes. A mediados del siglo II, la Stoa Media había sido una donación real; a finales del siglo II Ptolomeo IV, Mitrídates V, Mitrídates VI el Grande y Juan Hircano de Jerusalén hicieron donativos. A inicios del siglo I Ariobarzanes II de Capadocia hizo una contribución para el nuevo Odeón y fue honrado por los atenienses (Vitrub. 5. 9. 1; IG ii2 3426-3427), pero de allí en adelante fueron principalmente los aristócratas y generales romanos los que rivalizaron entre sí por este tipo de generosidad.[1066] Pompeyo en 62 (Plutarco, *Pompeyo*, 27. 3), y Julio César y Apio Claudio Pulcro aproximadamente una década después (Cic. *Át*. 6. 1. 25), dieron enormes sumas para los nuevos edificios. Buena parte del monumental pórtico de Apio al santuario de Eleusis todavía es visible, como lo es su nombre en una inscripción del arquitrabe. El donativo de César fue utilizado para una nueva agora o *fórum*, completada por Augusto.[1067]

Alcock ha desmentido la antigua idea de que Grecia bajo el dominio romano estaba en una situación ruinosa.[1068] Este estereotipo equivocado se reflejó en antiguos estudios de la Grecia tardohelenística y romana;[1069] se deriva de las exageraciones retóricas así como de la relación del estado de las ciudades griegas

escrito por Servio Sulpicio Rufo en una carta a Cicerón en 45 (Cicerón, *Cartas a amigos*, 4. 5). Los resultados de la arqueología urbana y rural están comenzando a mostrar que el cambio fue a largo plazo y más sutil. Hubo (en algunos lugares) una tendencia a la fundación de asentamientos rurales más grandes y a la ampliación de las propiedades rurales de la élite, apreciable en la mayor diferenciación de edificaciones en el campo y el probable crecimiento de las poblaciones urbanas en ciertas partes de Grecia.[1070] En las ciudades, la intervención romana habría repercutido en la modificación radical de los centros monumentales urbanos, como cuando el templo de Ares fue traído del campo ático al agora de Atenas y reedificado, o cuando el emperador Nerón intentó abrir un canal por el istmo de Corinto.[1071] Continúan los trabajos sobre la red caminera imperial de Grecia, y hay ejemplos espectaculares de reorganización política, como la creación de nuevas ciudades (*coloniae*), una de las cuales fue Corinto, bajo Julio César.[1072]

Bajo el principado romano las diferentes áreas del mundo helenístico se hicieron de un carácter más semejante, pues las *poleis* dejaron de ser, aun en teoría, las entidades políticas que estructuraban el paisaje, convirtiéndose esencialmente en unidades administrativas y fiscales en un sistema imperial más vasto. Los miembros de las élites cívicas en Grecia, Asia Menor y Levante miraban hacia Roma, o por lo menos a los gobernadores provinciales en busca de patronazgo y mercedes. En cierto modo, la red internacional de las élites griegas continuó como en el período clásico y el helenístico, pero el escenario donde uno mostraba su categoría era ahora más amplio: podemos destacar la red internacional de culto establecida por el emperador Adriano (r. 117-138 d. C.) bajo el nombre de *Panhelenion*,[1073] el patronazgo accesible a los *literati* griegos de la clase alta como Arriano y Plutarco, y las oportunidades de ocupar el cargo puramente ceremonial de cónsul en Roma. Este honor fue concedido en 129 d. C. al administrador e historiador Arriano; antes, en 114, lo había obtenido el príncipe de Comagene y ciudadano ateniense honorario Gayo Julio Antíoco Filopappo, cuyo monumento se eleva en el monte de las Ninfas. Algunos de los monumentos más espectaculares de la Grecia romana son debidos al propio Adriano, como el templo de Zeus Olímpico en Atenas, finalmente terminado en su época.[1074]

El otro benefactor cuyas obras sorprenden nuestros ojos hoy en día fue un ateniense: Herodes Ático (Lucio Vibulio Hiparco Tiberio Claudio Ático Herodes), hijo del primer cónsul griego en Roma y él mismo cónsul en 143. Utilizó su vasta riqueza heredada para ornamentar muchas ciudades y santuarios griegos, reconstruyendo el estadio de Atenas, edificando el famoso Odeón (sala de conciertos) que lleva su nombre, un suntuoso ninfeo en Olimpia y otras obras.[1075] Estas manifestaciones egotistas no siempre eran recibidas sin controversia, pero son características de una época en que el ejercicio del poder ceremonial y político mediante la riqueza no estaba constreñido por las exigencias de una comunidad más amplia. Los monumentos hablan para todos, pero no necesariamente hablan por

todos. La conquista romana había gestado una transformación en la polis griega.

APÉNDICES

Cronologías dinásticas

[Nota: Parentesco con otros soberanos; h. = hijo de; ha.= hija de; 1, 2 = primer o segundo período de gobierno.]

1. Soberanos de Macedonia

360/359-336	Filipo II	
336-323	Alejandro (Magno) III	h. Filipo II
323-317	Filipo III Arriadeo	h. Filipo II
323-310	Alejandro IV	h. Alejandro III
317-316	Olimpia	madre de Alejandro III
315-297	Casandro (rey desde 305)	h. Antípatro (regente)
297	Filipo IV	h. Casandro
297-294	Antípatro y Alejandro V	hh. Casandro
294-288	Demetrio I Poliorcete («sitiador»)	h. Antígono I Monoftalmo
288/287-285	Pirro del Épiro	
288/287-281	Lisímaco	
281	Seleuco	
281-279	Ptolomeo Cerauno («rayo»)	h. Ptolomeo I
c. 277-239	Antígono II Gónatas	h. Demetrio I
239-229	Demetrio II	h. Antígono II
c. 229-222	Antígono III Dosón	sobrino de Antígono II
222-179	Filipo V	h. Demetrio II
179-168	Perseo	h. Filipo V

Nota: Hablando en sentido estricto, Antígono II debería ser Antígono I (Antígono Monoftalmo nunca fue rey de Macedonia) y Antígono III debería ser Antígono II, pero la numeración dada arriba es convencional.

2. La dinastía ptolemaica

304-283	Ptolomeo I Soter («el Salvador»; gobernador desde 323)	
285-246	Ptolomeo II Filadelfo («el que ama a su hermana»)	h. Ptolomeo I
246-221	Ptolomeo III Evergetes («el Benefactor»)	h. Ptolomeo II
221-204	Ptolomeo IV Filopátor («el que ama a su padre»)	h. Ptolomeo III
204-180	Ptolomeo V Epífanes («el [dios] manifiesto»)	h. Ptolomeo IV
180-145	Ptolomeo VI Filométor («el que ama a su madre»)	h. Ptolomeo V
170-163	[1] Ptolomeo VIII Evergetes II Fiscón («el Panzudo»)	h. Ptolomeo V
170-164	Cleopatra II	ha. Ptolomeo V
163-116		
145	Ptolomeo VII Neo Filopátor (con Ptolomeo VI, y brevemente después de la muerte de éste)	h. Ptolomeo VI
145-116	[2] Ptolomeo VIII	
139-101	Cleopatra III	ha. Ptolomeo VI, esposa de Ptolomeo VIII
116-107	[1] Ptolomeo IX Soter II Lathyros («lenteja»)	h. Ptolomeo VIII Cleopatra III
107-88	Ptolomeo X Alejandro I	h. Ptolomeo VIII
101-88	[1] Cleopatra Berenice	ha. Ptolomeo IX
88-81	[2] Ptolomeo IX	
80	[2] Cleopatra Berenice	
80	Ptolomeo XI Alejandro II	h. Ptolomeo X
80-58	[1] Ptolomeo XII Neo Dioniso Auletes («el Flautista»)	h. Ptolomeo IX
58-55	Berenice IV (primero con su hermana Cleopatra Trifena)	ha. Ptolomeo IX
56-55	Arquelao	esposo de Berenice IV
55-51	[2] Ptolomeo XII	
51-47	Ptolomeo XIII	h. Ptolomeo XI
51-30	Cleopatra VII Filopátor	ha. Ptolomeo XI
47-44	Ptolomeo XIV	h. Ptolomeo XI

3 La dinastía seléucida

305-281	Seleuco I Nicátor («Vencedor»; gobernador desde 312)	
281-261	Antíoco I Soter (correinante desde 294 o 293)	h. Seleuco I
261-246	Antíoco II Theos («el Dios»)	h. Antíoco I
246-226/225	Seleuco II Calínico («el Glorioso Vencedor»)	h. Antíoco II
226/225-223	Seleuco III	h. Seleuco II
223-187	Antíoco III Megas («el Grande»)	h. Seleuco II
187-175	Seleuco IV Filopátor	h. Antíoco III
175-164	Antioco IV Epífanes	h. Antioco III
164-162	Antíoco V Eupátor («del buen padre»)	h. Antíoco IV
162-150	Demetrio I Soter	h. Seleuco IV
150-145	Alejandro Balas (Epífanes)	«h.» Antíoco IV
145-140, 129-126/125	Demetrio II Nicátor	h. Demetrio I
145-142	Antíoco VI Epífanes	h. Alejandro Balas, Cleopatra Thea I
[142-139/138	Diodoto «Trifón», pretendiente (*CAH* viii. 367 n.)]	
139/138-129	Antíoco VII Sidetes	h. Demetrio I
126/125-123	Cleopatra Thea («diosa»)	esposa de Demetrio II
126/125-96	Antíoco VIII Gripo	h. Demetrio II
126	Seleuco V	h. Demetrio II
114/113-95	Antíoco IX Filopátor «de Kizikos»	h. Antíoco VII
95	Seleuco VI	h. Antíoco VIII
95	Antíoco X Eusebio («el Piadoso») Filopátor	h. Antíoco IX
95-88	Demetrio III Filopátor Soter (en Damasco)	h. Antíoco VIII
95	Antíoco XI Epífanes Filadelfo (en Cilicia; gemelo de Filipo I)	h. Antíoco VIII
95-84/83	Filipo I (en Cilicia)	h. Antíoco VIII
87	Antíoco XII Dionisio (en Damasco)	h. Antíoco VIII
84/83	Filipo II	h. Filipo I
69-63	Antíoco XIII Filadelfo	¿h. Antíoco X?

4. LosAtálidas

283-263	Filetairo (no fue rey)	
263-241	Eumenes I (no fue rey formalmente)	sobrino de Filetairo
241-197	Atalo I Soter	sobrino e h. adoptivo de Eumenes
197-159/158	Eumenes II Soter	h. Atalo I
159/158-139/138	Atalo II	h. Atalo I
139/138-133	Atalo III	h. Eumenes II
[133-129	Aristónico («Eumenes III»)]	

5. Soberanos de Bactriana

256-248	Diodoto I	
248-235	Diodoto II	h. Diodoto I

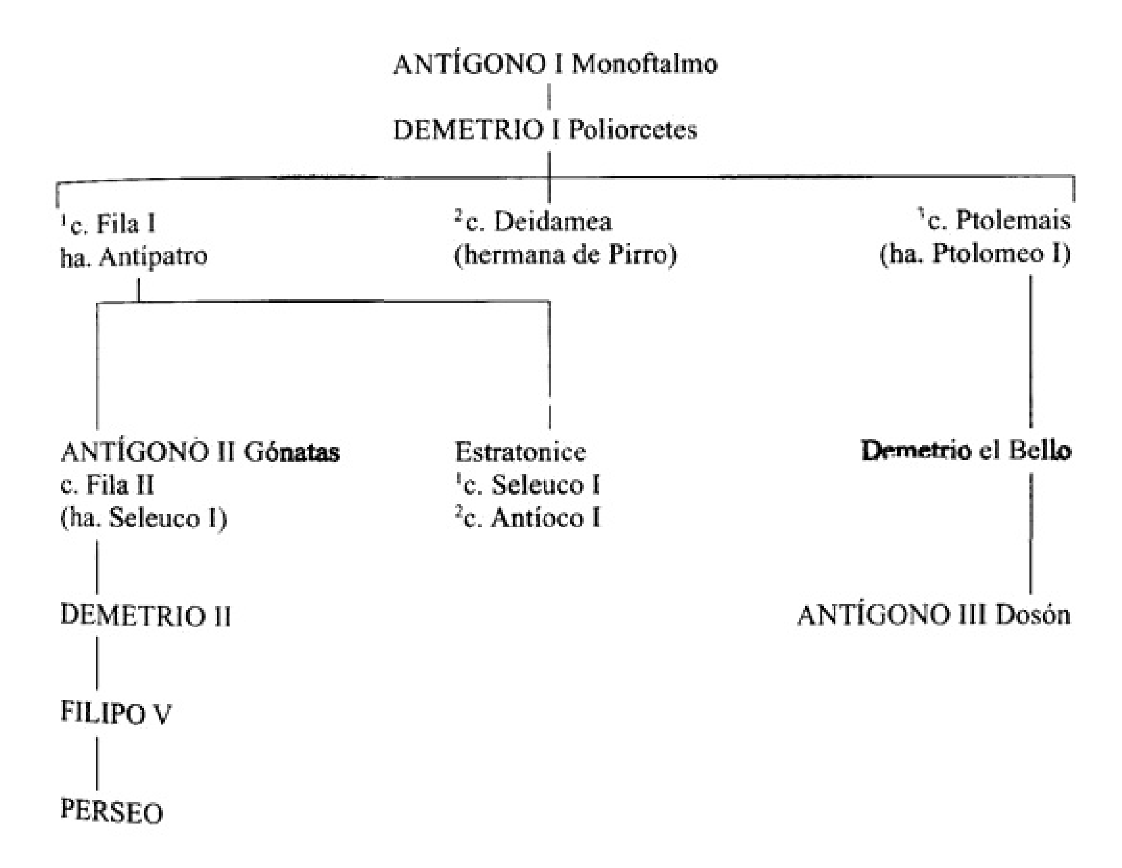
(de aquí en adelante todas las fechas son aproximadas)

235-200	Eutidemo I
200-190	Eutidemo II
200-185	Demetrio I
195-185	Antímaco I
185-180	Pantaleón
185-175	Demetrio II
180-165	Agatocles
171-155	Eucrátides I (¿usurpador?)
155-130	Agatoclea y Menandro
...	
75-55	Calíope y Hermeo (últimos soberanos conocidos)

Se conocen unos veinte nombres más. Para los detalles véanse los cuadros en, CAH² viii 420-421

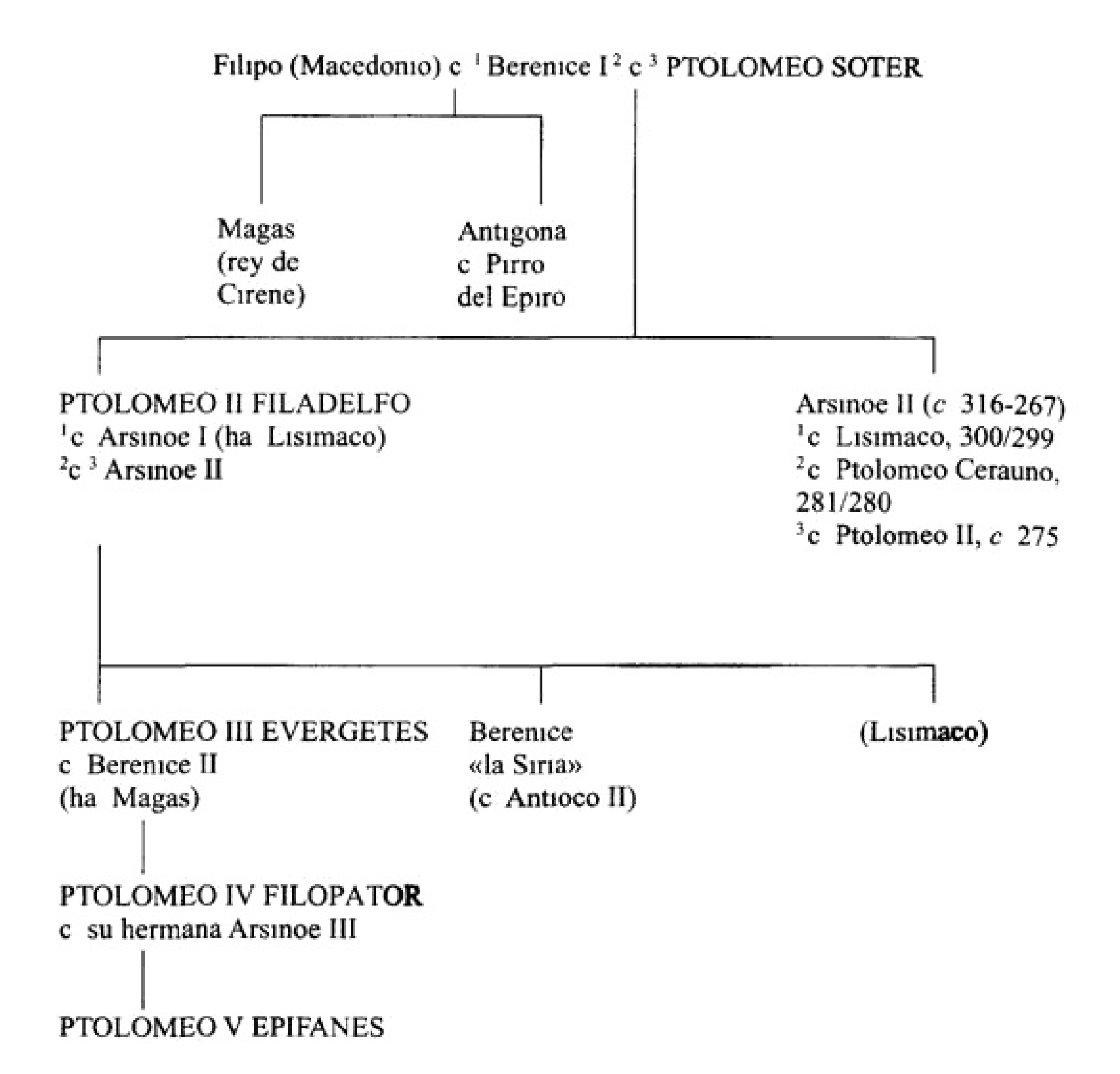
Genealogías

1) LOS ANTIGONIDAS



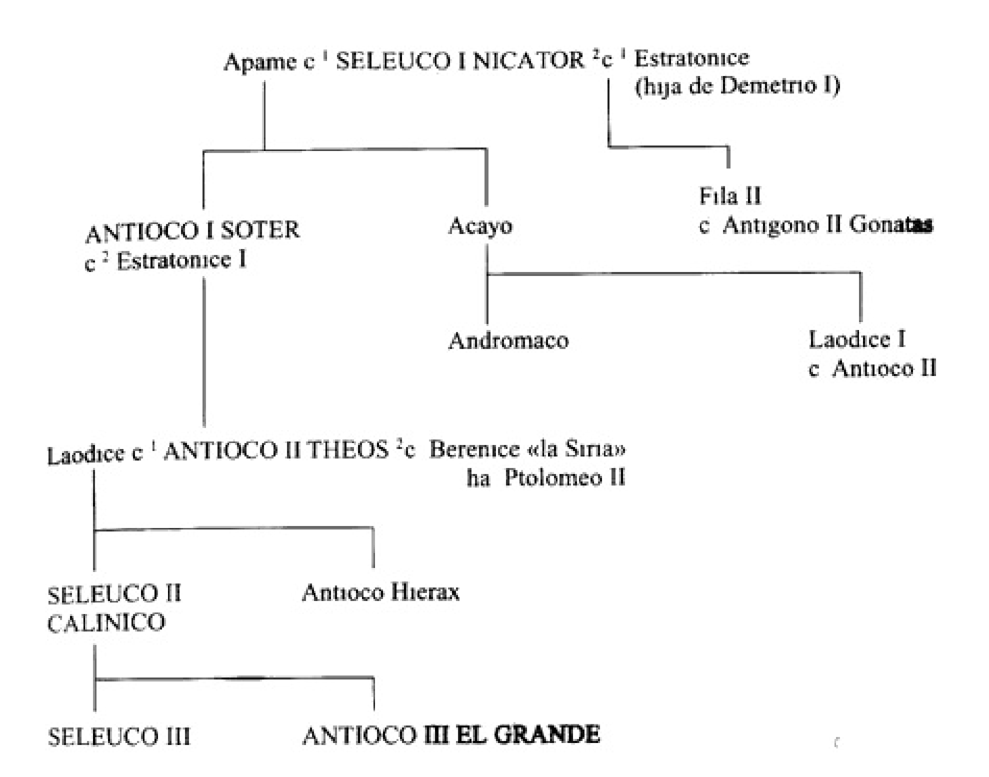
Nota: ha. hija de; c. casado/a; h: hijo.

2) LOS PRIMEROS PTOLOMEOS



Nota: Antes de Berenice I, su tercera esposa, Ptolomeo I se caso también (en segundo lugar) con Eundice I, con quien tuvo a Ptolomeo Cerauno (véase arriba) El resto de los Ptolomeos descendian de su matrimonio con Berenice I (nieta de Antipatro), quien fue amante de Ptolomeo antes de ser su esposa

3) LOS PRIMEROS SELEUCIDAS


Apame c [1] SELEUCO I NICATOR [2]c [1] Estratonice
(hija de Demetrio I)
ANTIOCO I SOTER
c [2] Estratonice I
Acayo
Fila II
c Antigono II Gonatas
Andromaco
Laodice I
c Antioco II
Laodice c [1] ANTIOCO II THEOS [2]c Berenice «la Siria»
ha Ptolomeo II
SELEUCO II
CALINICO
Antioco Hierax
SELEUCO III
ANTIOCO III EL GRANDE

LECTURAS SUPLEMENTARIAS

DESPUÉS de las secciones sobre obras generales y fuentes, la de Lecturas suplementarias está ordenada de acuerdo con las secciones numeradas correspondientes a los capítulos 1-10. Excepto bajo «Obras generales» y «Fuentes», se destacan las obras introductorias y generales sobre un tema, después los enfoques especializados no citados en las notas. Se han abreviado las referencias de la publicación, los detalles completos se encuentran en la bibliografía.

OBRAS GENERALES

La mejor síntesis general de los últimos tiempos, aunque dedicada principalmente a temas sociales y culturales hasta 146 a. C. es Préaux, *Le Monde Hellénistique*, lamentablemente no traducida al inglés [hay ed. castellana: *El mundo helenístico*, 2 vols. Barcelona: Ed. Labor, 1984. Trad. J. Faci Lacasta]; tiene bibliografías muy completas (en i, pp. 13-76). La mejor en inglés es Wallbank, *The Hellenistic World* [hay ed. castellana: *El Mundo helenístico*; versión castellana de la editorial revisada por Francisco Javier Lomas. Madrid: Taurus, 1985] que es una guía confiable, pero adopta un enfoque histórico más materialista que el presente libro y abarca un campo considerablemente menos amplio; como en Préaux, pone énfasis en la época previa a 146.

El ameno texto *Heritage of Hellenism* de J. Ferguson proporciona un cuadro inspirado aunque algo idealizado. Los capítulos sobre la cultura de Tarn y Griffith, *Hellenistic Civilisation* [hay ed. castellana: *La civilización helenística*. México: FCE, 1969] son todavía útiles e interesantes, reuniendo una amplia gama de información en un pequeño volumen. *Alexander to Actium* de Green es un compendio voluminoso e ilustrado, pero sus interpretaciones son con frecuencia excéntricas (véanse varias reseñas críticas, p. ej. las de Austin, Shipley y Potter, citadas en la Bibliografía). Algunas de las ideas de la presente obra han sido esbozadas en la reseña de Shipley, y en Parkins y Shipley, «Greek Kings and Roman Emperors».

Los manuales de la misma colección que el presente libro proporcionan excelentes introducciones a los períodos y regiones cercanos: véase Cornell, *Beginnings of Rome*; Hornblower, *Greek World 479-323 BC*; Goodman, *The Roman World* y Kuhrt, *Ancient Near East*.

Hasta hace poco, los trabajos especializados tendían a ser voluminosos y no estaban en inglés, pero algunos todavía pueden ser consultados con provecho y son citados en las secciones subsiguientes. El lugar de honor lo ocupa Rostovtzeff, *Social and Economic History of the Hellenistic World*, aunque su enfoque modernizador

debe ser tenido en cuenta.

La *Cambridge Ancient History* merece una mención especial, aunque tiende a ocultar los testimonios primarios. En la segunda edición CAH2 vii. 1, *The Hellenistic World* (ed. Wallbank et al.) abarca la primera mitad del período y los temas clave para el conjunto. Los estudios están en su mayor parte bien integrados entre sí, pero tienden a tratar la historia política y la cultura de modo separado y a restarle importancia a esta última, aunque el capítulo magistral de Davies sobre cultura, economía y sociedad es una excepción notable. Véanse también los capítulos de Garlan (la guerra), Heinen (las guerras sirias, Asia Menor), G.E.R. Lloyd (la ciencia), Meister (Agatocles), Musti (Siria y los Seléucidas), Thompson (la agricultura). Turner (Egipto; bastante general), Will (historia política de los diadocos, dos capítulos), Winter (edificios y planeamiento de ciudades) y especialmente Walbank (cuatro capítulos sobre fuentes, monarquía e historia grecomacedonia). Todos los capítulos indicados están listados en la Bibliografía. El volumen de ilustraciones de Ling constituye un excelente complemento que integra magníficamente monumentos, artefactos y estudios históricos.

La CAH, vii 2, *The rise of Rome* (ed. Walbank et al.), contiene un buen capítulo de Franke sobre Pirro. CAH2 viii, *Rome and the Mediterranean* (ed. Astin et al.), contiene capítulos clave, especialmente de Derow (las etapas finales de la conquista romana), Errington (la intervención de Roma desde 229 a 188; dos capítulos), Habicht (los últimos Seléucidas y el imperialismo romano), Narain (Bactriana e India) y Rawson (la helenización de Roma). La CAH2 ix (ed. Crook et al.), sobre finales de la república, incluye capítulos de Hind (Mitrídates), Rajak (los judíos bajo el dominio asmodeo), A. N. Sherwin-White (Pompeyo en el oriente) y esp. D. J. Thompson (los últimos Ptolomeos). Cada volumen contiene amplias bibliografías, cronologías y árboles genealógicos.

Sobre el siglo IV, comprendido Alejandro, CAH2 vi, *The Fourth Century* (ed. D. M. Lewis et al), es inestimable; véanse especialmente los ensayos de Austin (sociedad y economía), Bosworth (Alejandro, dos capítulos), J. R. Ellis (Macedonia, dos capítulos), Garlan (la guerra), Hammond (Iliria y Grecia noroccidental), Hornblower (fuentes; Asia Menor; Persia; epílogo general), A. B. Lloyd (Egipto), G. E. R. Lloyd (medicina), Maier (Chipre y Fenicia hasta 311), Ostwald y Lynch (la filosofía), Picard (Cartago hasta 308), Pollitt (el arte clásico y helenístico), Purcell (el sur de Italia), Rhodes (la polis y alternativas), Stolper (Mesopotamia hasta 330), y Westlake (Sicilia hasta 330).

La primera edición de CAH es todavía útil, particularmente los capítulos magistrales de Holleaux, Rostovtzeff y Tarn, así como otras secciones sobre aspectos culturales, que están menos tratados en CAH2. La CAH1 vi, sobre el siglo IV (ed. Bury et al.), contiene tres capítulos por Tarn sobre Alejandro y Grecia. La CAH1 vii, sobre las monarquías helenísticas y Roma (ed. Cook et al.), incluye Barber (la literatura), W. S. Ferguson (la filosofía), W. H. S. Jones y T. L. Heath (la ciencia) y

los notables estudios de la historia y las instituciones de Holleaux (Roma y Grecia noroccidental), Rostovtzeff (Egipto, Siria) y Tarn (Macedonia; Grecia; los nuevos reinos; las relaciones egipcio-macedonias). En la CAH1 viii, sobre Roma y el Mediterráneo (ed. Cook et ai), hay tres excelentes estudios de Holleaux (Roma contra Antíoco y Filipo V) y tres de Rostovtzeff (el reino de Bóspora; Pérgamo; Rodas, Délos y el comercio). La CAH1 ix incluye un trabajo de Tarn sobre Partía.

Los años recientes han visto un constante aumento del número de trabajos accesibles en inglés, especialmente en las excelentes colecciones editadas por Bulloch et al., *Images and Ideologies*; Green, *Hellenistic History and Culture*; y Cartledge et al., *Hellenistic Constructs*, un volumen en honor de Walbank. Los tres han sido publicados o coeditados en la cada vez más autorizada colección «Hellenistic Culture and Society» de Berkeley. Para otras publicaciones de la colección, véanse las entradas de la Bibliografía para Ager, Annas, Barkochva, Billows, Bracht Branham y Goulet-Cazé, Burton, Canfora (no tan buena), Clauss, G. M. Cohén, Dillon y Long, Eckstein, Errington, Green (tres trabajos), Kallet-Marx, Mikalson, Reger, Rigbsy, Stewart y Tracy (bis); no he visto aún las de S. D. Cohén, Feldman, Gruen, Gutzwiller, Holt y Scholten. La colección incluye ediciones paralelas de Kuhrt y Sherwin-White, *Hellenism*, y Sherwin-White y Kuhrt, *Samarkhand to Sardis*.

Más trabajos importantes aparecen en la colección «Studies in Hellenistic Civilization» de Aarhus, comprendiendo (hasta la fecha) cinco volúmenes colectivos de trabajos en inglés, editados por Bilde y otros, y monografías por Engberg-Pedersen, Gabrielsen, y I. Nielsen. «Hellenismestudier», también de Aarhus pero en danés, incluye *Aspekter af hellenismen, Fra Xenophon til Augustus,* y trabajos de 0stergárd, Tortzen, Zahle et al., Engberg-Pedersen (tres volúmenes compilados) y Bilde (dos volúmenes compilados); también Briant, *Alexander den Store*. «Studi ellenistici» de Pisa, por Virgilio y otros (véase Bibliografía, también Campanile, Del Monte, y Franco), contiene buenos estudios, principalmente en italiano.

R. W. Wallace y E. M. Harris, eds., *Transitions to Empire* (Festschrift for Badian), contiene una amplia gama de estudios sobre el período que llega hasta 146 a. C.

Además de las obras citadas en las notas del capítulo 1, los aportes adicionales de los estudiosos modernos comprenden: Finley, «The historical tradition: the Contributi of Arnaldo Momigliano»; Reinhold, «Historian of the classic world: a critique of Rostovtzeff».

1. LOS ENFOQUES Y LAS FUENTES

a) Traducciones

Entre las colecciones de fuentes traducidas la más brillante es *Hellenistic World*, de Austin, que tiene amplias notas y comprende fuentes históricas así como inscripciones y papiros, aunque carece de un índice de contenido detallado. Bagnall y Derow, *Greek Historical Documents: The Hellenistic Period*, es menos ambiciosa pero más sólida en los papiros.

La colección de Cambridge «Translated Documents of Greece and Rome» es inestimable. *From the End of the Peloponnesian War to the Battle of Ipsus* de Harding y *Hellenistic Age* de Burstein incluyen historias fragmentarias no disponibles en otro lugar; los acontecimientos posteriores son examinados en Sherk, *Rome and the Greek East to the Death of Augustus* y *The Roman Empire: Augustus to Hadrian*, el primero basado en Sherk, *Roman Documents from the Greek East*, que no incluye traducciones.

En las obras sobre historia helenística, se suelen citar las inscripciones en colecciones más antiguas por el número que llevan en esas obras (en las cuales con frecuencia no están traducidas y tienen a veces comentarios en latín): vg. Choix, IG, OGIS y Syll.3; nótese también «Tod». En el presente libro, donde se da una referencia de este tipo, se incluye en el texto. Una de las obras más antiguas donde se tradujeron todos los documentos es todavía un texto estándar: Welles, *Royal Correspondence*. Ninguna de las colecciones anteriores intenta ilustrar la literatura, la filosofía o la ciencia.

Las traducciones de Penguin Classics (no listadas normalmente en la Bibliografía; Publicadas por Penguin Books en Harmondsworth o, más recientemente, en Londres) comprenden (de autores griegos): *Alexander Romance*, Apolonio de Rodas, *Athenian Constitution*, *Politics* y obras filosóficas de Aristóteles, Arriano, *Hippocratic Works* (breve selección), Josefo (*Jewish War*), Pausanias (con extensas notas topográficas y arqueológicas de P. Levi), Polibio (amplia selección, con introducción de Walbank), Plutarco (selección de vidas que incluye *The Age of Alexander*, que contiene *Agesilaos, Demosthenes, Phokion, Alexander, Demetrios* y *Pyrrhos*; la selección de Talbert en *Plutarch on Sparta* incluye *Agis*, *Kleomenes* y otras obras), Teócrito, la *Greek Anthology* (selección), Jenofonte (incluyendo *Oikonomikos* o *The Estate Manager*) y muchos otros. Un volumen más antiguo que contiene *Menandro* y los *Characters* de Teofrasto todavía pueden encontrarse en bibliotecas. Los autores latinos son: Apuleyo César, Cicerón (varias obras), Curcio Rufo, Livio (esp. *Roma* y el *oriente*), Plinio el Viejo (sólo una selección limitada) y Tácito.

La Loeb Classical Library (no listada normalmente en la Bibliografía; Cambridge, MA: Harvard UP) incluye la mayoría de las obras clásicas principales. Los griegos de Loebs no comprendidos en las traducciones Penguin son: Eneas Táctico, Apiano, Aristóteles (numerosas obras), Ateneo, Casio Dión, Diodoro, Diogenes Laercio, *On the Natural Faculties* de Galeno, Herodas (nueva edición de Cunningham), Hipócrates (numerosas obras), Isócrates, Josefo, Calimaco, Licofrón, Manetón, Menandro, Plutarco (Lives y Moralia), Polibio (obra completa), Tetrabiblos de

Ptolomeo, Estrabón y Teofrasto (*Characters* y obras botánicas); entre los autores latinos: Catón *sobre la agricultura*, Celso, Colímela, Nepote, Plinio el Viejo, Varrón *sobre la agricultura* y Vitrubio. Particularmente buena es la edición corregida de Arriano por Brunt, titulada *History of Alexander and Indica*. Thomas ha publicado textos matemáticos (que incluyen algunos de ingeniería y astronomía) en *Greek Mathematical Works*, i-ii.

Algunas traducciones se listan en la sección siguiente.

b) Análisis

Entre las guías metodológicas a los testimonios están: (sobre cuestiones generales) Davies, «Documents and "documents"»; Hornblower, «Sources and their uses»; Walbank, «Sources forthe period»; (sobre historiadores) Hornblower, ed., *Greek Historiography*; (sobre las monedas) Crawford, «Numismatics»; Howgego, *Ancient History from Coins*; (sobre epigrafía) Millar, «Epigraphy»; Woodhead, *Study of Greek Inscriptions*; (sobre papiros) Bagnall, *Reading Papyri*; Turner, *Greek Papyri*.

Los minuciosos trabajos de Tracy: *Athenian Democracy in Transition y Attic Letter-cutters* han adelantado significativamente el estudio de las inscripciones atenienses. Welles, RC, presenta un examen de los estilos epigráficos y un cuadro de formas de letras (no siempre incluido en las reimpresiones).

Sobre la moneda, véase también Carradice y Price, *Coinage in the Greek World*, Davis y Kraay, *The Hellenistic Kingdoms*; Fleischer, «Hellenistic royal iconography on coins»; Grunauer von Hoerschelmann, *Die Münzpragung der Lakedaimonier*; Guillaume, *Graeco-Bactrian and Indian Coins from Afghanistan*; Morkholm, *Early Hellenistic Coinage*; Parise, «Le emissioni monetarie»; Warren, «The autonomous bronze coinage of Sicyon» (y otros estudios).

Easterling y Knox, eds., *Cambridge History of Classical Literature* (CHCL), contiene estudios introductorios sobre la mayoría de los autores, aunque el nuevo *Oxford Classical Dictionary* (OCZ)3) está más actualizado. Sobre las fuentes históricas, véanse también (sobre las leyendas de Alejandro) Stoneman, *The Greek Alexander Romance and Legends of Alexander the Great*; Schwarz, ed., *Miriams Tambourine*; (sobre Apiano) Brodersen, *Appians Abriss der Seleukidengeschichte* y *Appians Antioche*; (sobre Beroso) Burstein, *The Babyloniaca of Berossus*; Kuhrt, «Berossus' Babyloniaka»; (sobre Hecateo) Murray, «Hecataeus of Abdera and pharaonic kingship»; Stern y Murray, «Hecataeus of Abdera and Theophrastus»; (sobre Justino/Trogo) la primera traducción inglesa moderna del epítome de Justin de Pompeyo Trogo (Yardley, con introducción de Develin); la traducción y comentario de Watson y Miller trata de los libros 7-12 sobre Macedonia antes y bajo Alejandro, la de Yardley y Heckel de los libros 11-12 sobre Alejandro; (sobre Livio) Commentary sobre los libros 31-33 y 34-37 de Briscoe; cinco volúmenes y

traducciones de Walsh que abarcan los libros 36-40; (sobre Pausanias) Arafat, *Pausanias' Greece*; Reverdin y Grange, eds., *Pausanias historien*, con trabajos de Alcock, Ameling y Lafond; Habicht, *Pausanias'Guide to Classical Greece* (Pausanias und seine Beschreibung Griechenlands); (sobre Polibio) Derow, «Historical explanation» y «Polybius (2057-125? BC)»; Eckstein, *Moral Vision in the Histories of Polybius* y «Physis and nomos»; sobre todo *Historical Commentary* de Walbank, también su Polibio, «Polybius and Rome's eastern policy», y la introducción a la edición de Penguin Classics; (sobre Estrabón) Baladié, *Le Péloponnése de Strabon*; Clarke, «In search of the author»; (sobre Timeo) Momigliano, «Athens in the third century BC».

De los estudios recientes de autores no historiográficos se destaca: (sobre Apolonio de Rodas) Campbell, *Echoes and Imitations of Early Epic in Apollonius Rhodius* y *A Commentary on Apollonius Rhodius, Argonautica* III 1-471; Clauss, *The Best of the Argonauts; Green, The Argonautika* (trad., coment.) y «These fragments have I shored against my ruins»; Hunter, *Apollonius of Rhodes, Argonautica*, Book III y *The Argonautica of Apollonius, Literary Studies*; (sobre Heredas) Cunningham, *Herodas: Mimiambi*; (sobre Calimaco) Bulloch, «The future of a hellenistic illusion» y Callimachus: *The Fifth Hymn*; Hopkinson, *Callimachus: Hymn to Demeter*; Lehnus, *Bibliografía callimachea*; (sobre Licofrón) Fusillo et al., Licofrone, *Alessandra*; (sobre Mosco) Campbell, *Moschus of Syracuse, Europa*; (sobre Posidonio) la nueva edición de los fragmentos por Edelstein y Kidd (vol. i), Kidd (vol. ii. 1-2); (sobre Ptolomeo) Toomer, *Ptolemys Almagest*, trad. y notas; (sobre Teócrito) Burton, *Theocrituss Urban Mimes; Leyí*, «People in a landscape», con Halperin, «Response»; (sobre Teofrasto) Fortenbaugh et al, eds., *Theophrastus of Eresus: On his Life and Work*; Fortenbaugh y Sharples, eds., *Theophrastean Studies on Natural Science; Fraser*, «The world of Theophrastus»; Scarborough, «The pharmacology of sacred plants, herbs, and roots»; Sharples, *Theophrastus of Eresus, Sources… on Biology*; Ussher, *The Characters of Theophrastus*; (sobre Vitrubio) Gros et al., *Vitrubius* (trad., coment.); M. H. Morgan (trad.)

Una colección de poesía, en griego con un comentario en inglés, en Hopkinson, *Hellenistic Anthology.*

c) Arqueología

En arqueología no hay un manual o estudio general, pero véanse las láminas de Ling para una excelente selección de fotografías y comentarios. Rostovtzeff, SEHHW, hace continuas referencias a los resultados de la arqueología conocida en su época y contiene una amplia gama de fotografías de artefactos (tanto representativos como funcionales) y de monedas. El libro de Green, *Alexander toActium*, está suntuosamente ilustrado aunque las ilustraciones no son relevantes para el texto. Sobre grupos representativos de cerámica véanse: Edwards, *Corinthian Hellenistic*

Pottery; Hausmann, *Hellenistische Keramik* (sobre Olimpia); Rotroff, *Hellenistic Pottery* (dos volúmenes). Muchos estudios de grupos locales de vasijas (principalmente en griego moderno) se han publicado en los cuatro volúmenes de la *Hellenistic Pottery Conference*. Muchos otros informes sobre Corinto y el agora ateniense aparecen en *Hesperia* y en las dos colecciones de volúmenes relevantes publicados por la *American School of Classical Studies* en Atenas. Otros informes sobre yacimientos son citados en las notas, particularmente de los capítulos 3-4, 6 y 8.

Sobre prospecciones, consúltese primero las obras citadas en las notas a los capítulos 1 y 3, después Alcock et al., «Intensive survey, agricultural practice and the classical landscape of Greece», y Alcock, «Surveying the peripheries of the hellenistic world»; Bintliff y Snodgrass, «Mediterranean survey and the city» y «Off-site pottery distributions»; Macready y Thompson, *Archaeological Field Survey; Moody et al*. «*Surveying poleis*». *Graecia Capta* de Alcock desarrolla ideas que aparecieron en trabajos anteriores, como «Archaeology and imperialism» y «Roman imperialism in the Greek landscape».

Muchos estudios de zonas particulares se citan en las notas del capítulo 1. Otros no mencionados aquí son: (para Grecia al norte del Istmo) Lohmann, «Atene ('Attívti), eine attische Landgemeinde klassischer Zeit», «Landleben im klassischen Attika» y Atene (sus conclusiones sobre los patrones de asentamiento ático no son, en mi opinión, convincentes); Munn y Zimmermann Munn, «Studies on the Attic-Boiotian frontier»; Bintliff, «The Boeotia Survey, central Greece» y «The Roman countryside in central Greece»; Keller, «Archaeological survey in southern Euboca, Greece»; Fossey, The Ancient Topography of Opountian Lokris; (para el Peloponeso) Alcock, «Urban survey and the polis of Phlius»; Davis et al. y Zangger et al., «The Pylos Regional Archaeological Project»; Lloyd et al., «The Megalopolis survey in Arcadia»; McDonald et al, *The Minnesota Messenia Expedition*; trabajos en Nielsen y Roy, Deflning Arkadia; Roy et al., «Tri-be and polis in the chora at Megalopolis» y «Megalopolis under the Roman empire»; Van Andel et al., Beyond the Acrópolis; Wright et al., «The Nemea Valley Archaeological Project»; (sobre Asia) Márchese, *The Lower Maeander Flood Plain*; Bartl y Hauser, Continuity *and Change in Northern Mesopotamia from the Hellenistic to the Early Islamic Period*. Además de los estudios regionales arqueológico-históricos citados en las notas (vg. obras por Buck, Figueira, Reger, Shipley, y Sherwin-White), véase Jost, «Sanctuaries and civic space in Arkadia»; Tomlinson, *Argos and the Argolid*; Ragone, «II santuario di Apollo Grynios». Sobre las actitudes antiguas hacia el paisaje y el ambiente, véanse los trabajos en Shipley y Salmón, eds., *Human Landscapes in Classical Antiquity*.

d) Arte

Entre los estudios recientes sobre escultura, las obras de Pollitt, Robertson,

Ridgway, Smith, y A. Stewart listadas en la Bibliografía (algunas también citadas en las notas) ofrecen una buena base y traen muchas referencias a estudios adicionales. Sobre el arte griego en Asia occidental, véanse las diversas obras de Colledge. Aproximaciones breves, aunque especializadas en los estilos regionales de escultura se encuentran en Horn, *Hellenistische Bildwerke auf Samos*; Palagia y Coulson, *Regional Schools in Hellenistic Sculpture* (véase especialmente Fullerton sobre la cronología de los estilos áticos, Jockey sobre Delos, Marszal sobre Pérgamo y Mattusch sobre Rodas, los dos últimos en desacuerdo con la existencia de «escuelas» locales).

Sobre el arte en general, además de los trabajos citados en las notas (en especial del captítulo 3), véase Reeder, ed., *Hellenistic Art in the Walters Art Gallery*; (sobre retratos reales) Brown, *Royal Portraits; Fleischer, Studien zur seleukidischen Kunst*, i; (sobre lugares particulares) *Alexandria and Alexandrianism*; Connelly, *Votive Sculpture of Hellenistic Cyprus*; Fehr, «Society, consanguinity and the fertility of women», sobre el altar de Pérgamo; Hannestad y Potts, «Temple architecture in the Seleucid kingdom»; Houby-Nielsen, «“Burial language”» y «Revival of archaic funerary practi-ces»; Palagia, «Classical encounters»; (sobre arquitectura) Lauter, *Architektur des Hellenismus*; Macready y Thompson, eds., *Roman Architecture in the Greek World*; Nielsen, «From periphery to centre: Italic palaces»; Walker, «Roman nymphaea»; (sobre géneros particulares) Parlasca, *Syrische Grabreliefs*; Plantzos, «Hellenistic cárneos»; Rice, «The glonous dead: commemoration of the fallen and portrayal of victory»; D. B. Thompson, *Ptolemaic Oinochoai and Portraits in Faience*.

Sobre las ciudades y sus monumentos, véase también la sección 3 (a) más abajo.

2. ALEJANDRO Y LOS DIADOCO hasta 276 a. C.

a) Filipo y Alejandro

Sobre Alejandro, Arriano es mejor que cualquier escritor moderno como punto de partida. Sobre Filipo y Alejandro, además de los textos citados en «Obras generales» (arriba), véanse los numerosos trabajos por Bosworth y Hammond listados en la Bibliografía; también Hornblower, Greek World; Adams y Borza, eds., Philip II, Alexander the Great and the Macedonian Heritage. Breves introducciones sobre Alejandro son: Briant, Alexander the Great (Alexandre le Grand, Alexander den Store); Hamilton, Alexander the Great; Rice, Alexander the Great; Stoneman, Alexander the Great. Consúltense además las obras citadas en las notas del capítulo 2.

Los estudios más especializados comprenden: (sobre Filipo) Hammond y Griffith, History of Macedonia, ii; Cawkwell, Philip of Macedón; Ellis, Philip II; (sobre

Alejandro) Briant, «Conquéte territoriale et stratégie idéologique»; Hammond y Walbank, History of Macedonia, iii, autorizado; Carlsen et al., Alexander the Great. Reality and Myth. Sobre aspectos específicos véase Austin, «Alexander and the Macedonian invasión of Asia»; Cawkwell, «The deification of Alexander the Great»; Lañe Fox, «Text and image»; Worthington, «The Harpalus affair». Sobre los objetivos de Alejandro véase también Hornblower, «Epilogue».

b) Los diadocos

Entre las fuentes primarias están: Diodoro y las vidas de Eumenes, Demetrio y Pirro de Plutarco.

Para la narración de los acontecimientos comiéncese con Will, Histoire politique o sus capítulos en la CAH2 vii. 1; o con Rostovtzeff, SEHHW'x. 1-43. Consúltense después las obras citadas en las notas del capítulo 2, ambas sobre 323-281 generalmente y sobre las figuras como Eumenes, Casandro y Lisímaco.

Para estudios especializados véanse: (sobre la época en general) Billows, Kings and Colonists; G. M. Cohén, «The Diadochoi and the new monarchies»; (sobre Antígono I) Billows, Amigónos the One-eyed and the Creation ofthe Hellenistic State, con la reseña crítica de Derow; Briant, Antigone le Borgne; (sobre Antípatro) Baynham, «Antipater»; (sobre Lisímaco) Franco, «Lisimaco e Atene» and 11 regno di Lisimaco; Hatzopoulos,, Une donation du roi Lysimaque; Landucci Gattinoni, Lisimaco di Tracia; (sobre Seleuco) Grainger, Seleukos Nikator; Mehl, Seleukos Nikator und sein Reich, i. Sobre Macedonia véase también la sección 4 más abajo.

3. REYES Y CIUDADES

a) Las ciudades

La Política (o «Cívica») de Aristóteles es importante pero no ha de tomarse necesariamente como una descripción de la situación real de la polis griega a finales del siglo IV. Austin, Burstein y Bagnalli y Derow han compilado una amplia gama de documentos, que son probablemente el mejor punto de partida; los trabajos modernos tienden a ser especializados. Consúltese después las obras citadas en las notas del capítulo 3.

Para una lectura más sustanciosa, el capítulo de Davies en la CAH2 vii. 1 es un estudio clave, mientras que «Les cites hellénistiques» de Gauthier en las CPC Acts 1 (distinto de su estudio de título parecido de 1984, aunque es importante) es un esbozo maravillosamente comprensivo que sintetiza buena parte de los últimos replanteamientos. En general, los volúmenes del Copenhagen Polis Centre (CPC Acts

y CPC Pa-pers), aunque centrados antes de 300 a. C., son fundamentales para los debates sobre la polis (véase la Bibliografía: M. H. Hansen, T. H. Nielsen y Whitehead). Nótese también Gruen, «The polis in the Hellenistic world».

Gauthier Les Cites grecques et leurs bienfaiteurs es parte de una réplica a Veyne, Le Pain et le cirque (Bread and Circuses). Además de su trabajo en Acts 1, Gauthier examina las instituciones de la polis en «Les cites hellénistiques: épigraphie et histoire des institutions et des régimes politiques» y «Quorum et participation civique».

Véanse también Hansen, Demography and Democracy; Murray y Price, eds., The Greek City: From Homer to Alexander; Raaflaub, «City-state, territory, and empire». Ehrenberg, Greek State2, es todavía útil, pero exagera el cambio de la ciudad clásica a la helenística. Rostovtzeff, SEHHWi. pp. 189-247, estudia las ciudades de Grecia y las islas en el siglo ni. A. H. M. Jones, The Greek City: From Alexander to Justinian, traspasa fructíferamente la división cronológica grecorromana y contiene abundantes detalles, aunque ahora ya es un poco anticuada.

Sobre el federalismo, véase Larsen, Greek Federal States and Representative Government; Rhodes, Greek City States; Walbank, «Were there Greek federal states?».

Sobre el cambio socioeconómico, hay trabajos importantes: Fuks, «Patterns and types of social-economic revolution in Greece»; y todavía, «The social question in the third century». También son importantes McKechnie, Outsiders; Ogden, Greek Bastardy.

Sobre los cambios bajo la influencia del poder romano, véase también Geagan, «The Athenian élite». Además de los trabajos citados en las notas (particularmente en el capítulo 3), sobre la fundación de ciudades, véase G. M. Cohén, «Colonization and population transfer»; Tscherikower, Die hellenistischen Stadtegründungen.

Sobre ciudades diferentes a Atenas y Esparta (para las cuales véase sección 4), véase también Bilde, ed., Rhodos i hellenistisk tid (que no he examinado); Figueira, Excursions in Epichoric History, incluyendo «Notes on hellenistic Aigina»; Lanzillotta, Paro dall’etá arcaica all’etá ellenistica. Sobre las Cicladas; Reger, «Athens and Tenos» y «The polítical history of the Kyklades: 260-200 BC». Sobre los etolios, aún no he visto Scholten, The Politics of Plunder.

Sobre monumentos cívicos, aparte de las obras especializadas citadas en las notas (esp. del capítulo 3), véase Lawrence, Greek Architecture; Travlos, Pictprial Dictionary’, Wycherley, Stones of Athens. Los detalles de las excavaciones de Pérgamo están en los volúmenes «Altertümer von Pergamon» del Deutsches Archaologisches Instituí (Berlín: de Gruyter; no listado en la Bibliografía).

Sobre la planificación urbana, véase Di Vita, «Town planning in the Greck colonies of Sicily»; Hoepfner, ed., Geschicnte des Wohnens, i; Hoepfner y Schwandner, Haus und Stadt (especialmente cap. 9, pp. 235-256, sobre Alejandría, y las secciones sobre otras ciudades helenísticas); Owens, The City; Winter, «Building

and town planning», breve; Wycherley, How the Greeks Built Cities.

Sobre jueces extranjeros, un estudio fundamental es L. Robert, «Les juges étrangers». Sobre la educación y el deporte, véase Moretti, «La scuola» y «Lo sport».

Sobre los griegos occidentales, además de las obras citadas bajo «Obras generales» (arriba), véase Cárter, «Sicily and Magna Graecia», con buenas ilustraciones; Marcone, «La Sicilia fra ellenismo e romanizzazione».

b) La economía

De nuevo, las mejores fuentes primarias son los documentos traducidos en los textos de fuentes. Consulten también las obras citadas en las notas al capítulo 3, particularmente las secciones sobre asylia, piratería y euergesia; también el capítulo 2 sobre cambios demográficos. Consúltense también los índices.

Son fundamentales: Davies, «Cultural, social, and economic features»; Rostovtzeff, SEHHW (aunque tiende a ver el desarrollo en términos protocapitalistas; véase esp. ii. 1026-1301 para un análisis económico general); y capítulos en CAH2 vii. 1 (véase arriba o en la Bibliografía).

Sobre la economía antigua en general, véase Finley, Ancient Economy1 (con réplicas como las de D. J. Mattingly, «Beyond belief?» y trabajos en Garnsey et al., Trade in the Ancient Economy, y Parkins y Smith, eds., Trade, Traders and the Ancient City. Davies desarrolla sus puntos de vista de modo interesante en: «Finance, administra-tion, and Realpolitik» y «Ancient economies: models and muddles».

Sobre la economía agrícola, véase Burford, «Greek agriculture in the classic period»; Osborne, «Building and residence on the land»; D. J. Thompson, «Agriculture»; White, Greek and Roman Farming.

Véase también Moretti et al., La societá ellenistica, iv. 2, que contiene capítulos sobre las finanzas, el suministro de alimentos y la banca por Moretti, Bogaert y Parise, listados en la Bibliografía; Bilde, Centre and Periphery, con trabajos de Alcock, Buraselis, Cunliffe, Engberg-Pedersen, Gabrielsen, Guldager Bilde, Hannestad, Invernizzi, Kaul, I. Nielsen, Randsborg, Shipley y Skydsgaard; Foraboschi, «Archeologia della cultura económica»; Petropoulou, Beitráge zur Wirtschafts und Geselhchaftsgeschichte Kretas.

c) Las relaciones entre los sexos y la familia

Las comedias de Menandro (algunas fragmentarias) son una fuente crucial, y Demetrio de Plutarco contiene una versión de la historia de Estratonice. Otras fuentes están citadas en el texto.

Sobre el papel y la identidad de las mujeres, las obras de Pomeroy listadas en la Bibliografía dan una amplia introducción. Es válido consultar el estudio clásico de

Ma-curdy, Hellenistic Queens. Consúltense además los trabajos citados en las notas (también las de los capítulos 4 y 8), y los índices.

Para otros estudios específicos, véanse (sobre la construcción de la masculinidad) Foxhall y Salmón, eds., Thinking Men y When Men Were Men, el primero incluye a Heap, «Understanding the men in Menander»; (sobre la construcción de la mujer) Dean-Jones, «The cultural construct of the female body in classical Greek science»; Henry, «The edible woman: Athenaeus's concept of the pornographic»; (sobre el papel de las mujeres) Archer, «The role of Jewish women in… Palestine» y Her Price is Beyond Rubíes; Pomeroy, Women in Hellenistic Egypt y «Women in Roinan Egypt»; (sobre la familia) véase también Pomeroy, «Infanticide in hellenistic Grecce», Families in Classical and Hellenistic Greece y «Family valúes: the uses of the past»; Salmen-kivi, «Family Ufe in the comedies of Menander»; (sobre imágenes poéticas) Alan Cameron, «Two mistresses of Ptolemy Philadelphus».

Sobre mujeres regias, además de Macurdy y los trabajos citados en las notas, véase (sobre las mujeres ptolemaicas) Becher, Das Bild der Kleopatra in der griechischen und lateinischen Literatur; Burstein, «Arsinoe II Philadelphus: a revisionist view»; Hauben, «Arsinoé et la politique extérieure de l'Égypte»; Hughes-Hallett, Cleopatra; D. B. Thompson, «More Ptolemaic queens»; (sobre otras dinastías) Carney, «Olympias and the image of the virago» y «Olympias, Adea Eurydice, and the end of the Argead dynasty»; H. Müller, «Kónigin Stratonike, Tochter des Kónigs Ariarathes»; Wehrli, «Phila, filie d'Antipater».

d) La realeza

Para las fuentes, véase el capítulo 3. Son buenos puntos de partida Préaux, Monde hellénistique; Walbank, «Monarchies». Consúltense después los trabajos citados en las notas.

Para obras especializadas suplementarias, Bilde, Kingship, es una importante colección de trabajos; véase esp. Gruen, «Hellenistic kingship: puzzles, problems, and possibilities»; Murray, «Hellenistic royal symposia».

Sobre otros aspectos véase (sobre el papel del rey como guerrero) Austin, «Hellenistic kings, war, and the economy»; Gehrke, «Der siegreiche Kónig»; Gundlach y Weber, eds., Legitimation und Funktion des Herrschers; (sobre el ceremonial de otras épocas incluida la antigua Mesopotamia) Cannadine y Price, eds., Rituals of Royalty; (sobre alianzas dinásticas) Seibert, Historische Beitrage zu den dynastischen Verbindungen; (sobre roles culturales) R. R. R. Smith, «Kings and philosophers»; von Hesberg, «Tem-poráre Bilder oder die Grenzen der Kunst»; (sobre títulos) Muccioli, «Considerazioni generali sull'epiteto; (sobre los Amigos) las obras de Hermán listadas en la Bibliografía, y otras citadas en las notas.

Véanse también las secciones 1 (d) y 2 arriba.

4. MACEDONIA Y GRECIA

Sobre las fuentes primarias, véase el texto. Además de los trabajos citados en «Obras generales» (arriba) y en el capítulo 2 (a), véase, sobre todo, Hammond y Walbank, History of Macedonia, iii; Hammond, Macedonian State; y los excelentes estudios de Hatzopoulos listados en la Bibliografía. Errington, History of Macedonia (Geschichte Makedoniens) es autorizado pero limitado a la historia política. Sobre la historia de Atenas, Habicht, Athens from Alexander to Antony es accessible aunque muy exhaustivo. Consúltense también los trabajos citados en las notas (también notas de los capítulos 2 y 10).

Para obras especializadas suplementarias, véanse (sobre el imperialismo macedonio en Grecia), Briscoe, «The Antigonids and the Greek states, 276-196 BC»; (sobre arqueología, ilustrado) Tomlinson, «Macedonia, Greece and the Cyclades»; (sobre Antígono Gónata) Cioccolo, «Enigmi deiros»; (sobre Atenas) las numerosas obras de Habicht listadas en la Bibliografía; la obra clásica de W. S. Ferguson, Hellenistic Athens, todavía válida; Hoff, «Laceratae Athenae»; Lambert, The Phratries of Athens; trabajos en Frosén, Early Hellenistic Athens, especialmente Lónnqvist sobre el mercado monetario ateniense, y Hakkarainen sobre la riqueza privada; H. Mattingly, «Athens between Rome and the kings»; Mikalson, Sacred and Civil Calendar; Reger, «Athens and Tenos»; (sobre Esparta) Badián, «Agis III: revisions and reflections»; David, Sparta between Empire and Revolution; Forrest, History of Sparta; Oliva, Sparta and her Social Problems; Shimron, Late Sparta; trabajos en Cavanagh y Walker, Sparta in Laconia (especialmente Cartledge sobre la ciudad y su territorio; Mee y Cavanagh sobre el trabajo de campo reciente; Rañopoulou sobre el trabajo reciente en la ciudad, que no fue planeado antes del período romano; y Karafotias sobre Nabis y Creta).

Sobre Macedonia bajo los diadocos, véase también la sección 2. Sobre el federalismo, véase 3 (a). Los volúmenes de la conferencia Ancient Macedonia 1 & 5 contienen muchos estudios valiosos.

5 RELIGIÓN Y FILOSOFÍA

a) Religión

Sobre la religión antigua en general véase Beard y North, eds., Pagan Priests; Eas-terling y Muir, eds., Greek Religión and Society; Bruit Zaidman y Schmitt Pantel, Religión in the Ancient Greek City. Consúltense además los trabajos citados en las notas de los capítulos 3 y 5.

Para estudios especializados, véase (sobre la religión helenística en general) Mikalson, Religión in Hellenistic Athens; Pakkanen, Interpreting Early Hellenistic Religión; Z. Stewart, «La religione»; (sobre la religión de la polis) Alcock, «Tomb cult and the post-classical polis» y «The heroic past in a hellenistic present»; Jost, «Sanctuaries and civic space in Arkadia»; Leiwo, «Religión, or other reasons?»; Schmitt Pantel, «Public feasts»; (sobre la magia) Faraone y Obbink, eds., Magika Hiera; Gordon, «Quaedam veritatis umbrae»; D. B. Martin, «Hellenistic superstition»; (sobre el culto del soberano) Price, Rituals and Power; Préaux, Monde hellénistique; Walbank, «Monarchies»; (sobre Asclepio) Aleshire, The Athenian Asklepieion; ead. o «A new fragment of IG 112 1534A and B»; (sobre otros aspectos) Sfa-meni Gasparro, «Daimon and tuche»; Teixidor, The Pagan God; van Straten, "Images of gods and men"; (para religiones no griegas) Hjerrild, "The survival and modification of Zoroastrianism in Seleucid times"; Waldmann, Der kommagenische Mazdaismus.

b) Filosofía

Diógenes Laercio es una fuente tardía pero esencial de auétdotM'ydocttfflWSi y dedica una cantidad sorprendente de espacio a los pensadores helenísticos.

Los trabajos de Long, listados en la Bibliografía, proporcionan buenas introducciones; también Long y Sedley, The Hellenistic Philosophers (traducciones en vol. i); Sharples, Stoics, Epicureans and sceptics. Consúltense después los trabajos citados en las notas.

Enfoques más exhaustivos se presentan en Baldry, The Unity of Mankind in Greek Thought, algo anticuado; Bracht Branham y Goulet-Cazé, The Cynics; Dillon y Long, The Question of «Eclecticism»: Studies in Later Greek Philosophy; Korhonen, «Self concept and public image»; R. R. R. Smith, «Kings and philosophers»; (sobre el estoicismo) Garnsey, «The middle Stoics and slavery»; Sebofield, The Stoic Idea ofthe City.

Estudios más técnicos son: Annas, Hellenistic Philosophy of Mind; Annas y Barnes, The Modes of Scepticism; Bodei Giglioni, «Una leggenda sulle origini dell'elle-nismo: Alessandro e i cinici»; Engberg-Pedersen, The Stoic Theory of Oikeiosis; Gilí, «Panactius on the virtue of being yourself», con Annas, «Response»; Inwood, Ethics and Human Action in Early Stoicism; Inwood y Gerson, Hellenistic Philosophy: Introductor Readings.

6. EGIPTO PTOLEMAICO

La historia de Egipto ptolemaico inevitablemente tiende a ser estudiada en diferentes

publicaciones del resto del mundo griego después de Alejandro, y a veces parece abrumadora. Sin embargo, hay pocas introducciones mejores que la simple lectura de los documentos (principalmente papiros) traducidos por Austin, Burstein, o Bagnall y Derow. Véanse también Bagnall, Reading Papyri; Turner, Greek Papyri.

Se encuentran presentaciones generales en Bowman, Egypt after the Pharaons, y James, Introduction to Ancient Egypt. El capítulo de Turner en CAH2 vii. 1 es accessi-ble aunque general. El libro Greeks in Ptolemaic Egypt de N. Lewis es muy ameno y pone en primer plano documentos específicos (traducidos). Kuhrt, Ancient Near East, da los elementos básicos.

Son estudios fundamentales: Bouché-Leclercq, Histoire des Lagides; Préaux, Monde hellénistique y L'économie royale; y Rostovtzeff, SEHHW i. pp. 255-422, pero sus opiniones necesitan ya una revisión. La colección de estudios de D. J. Thompson (antes D. J. Crawford), sin embargo, encarna una nueva perspectiva basada en el estudio de papiros (sobre el trabajo papirológico propiamente dicho, véanse las numerosas publicaciones de Clarysse, Pestman y otros listadas en la Bibliografía). Sobre la arqueología y la historia véanse D. J. Thompson, «The Ptolemaic kingdom» (con ilustraciones).

Para más pormenores de la historia narrativa, véase Will, Histoire politique, y los capítulos de Will y Heinen, en CAH2 vii. 1. El capítulo cronológico de Thompson sobre los últimos Ptolomeos en CAH2 ix (un volumen principalmente romano) no debería ser descuidado. McGing, «Revolt», es otro trabajo clave con más amplia relevancia de lo que su título sugiere. Sobre Alejandría, el estudio monumental de Fraser es crucial aunque algo conservador en su metodología. Bagnall, Administration, sigue siendo el punto de partida para las posesiones de ultramar. Consúltense también los trabajos citados en las notas.

Véase también el ensayo metodológico de Bagnall, «Decolonizing Ptolemaic Egypt»; Herz, «Die fróhen Ptolemaier bis 180 v. Chr.». Una obra fundamental de referencia es Prosopographia Ptolemaica (véase Bibliografía, bajo Clarysse; Mooren y Swinnen; Peremans); también Peremans y van't Dack, Prosopographica.

Las obras de A. E. Samuel (vg. «The Ptolemies and the ideology of kingship»; From Athens to Alexandria; The Shifting Sands of History) son importantes, aunque a veces controvertidas. Véase también (sobre cronología) Samuel, Ptolemaic Chronology; Clarysse, «A royal visit to Memphis and the end of the second Syrian war»; (sobre la identidad étnica) Ambaglio, «Tensioni etniche e sociali nella chora tolemaica»; Delia, «'All army boots and uniforms?»; Goudriaan, Ethnicity in Ptolemaic Egypt y «Ethnical strategies in Graeco-Roman Egypt»; (sobre las relaciones exteriores) Beyer-Rotthoff, Untersuchungen zur Aussenpolitik Ptolemaios' III; Buraselis, «Ambivalent roles of centre and periphery»; Hauben, Calticrates of Sarrios y «Arsinoé et la politique extérieure de l'Égypte»; (sobre la organización del reino) Lavigne, De epistates van het dorp; Mooren, Hiérarchie de cour; Peremans, «Les Lagides, les élites insignes et la monar-chie bicéphale»; (sobre las revueltas)

Clarysse, «Notes de prosopographie thébaine, 7»; Pestman, «Harmachis et Anchmachis» y «Haronnophris et Chaonnophris»; Vandorpe, «The chronology of the reigns of Hurgonaphor and Chaonnophris»; (sobre la extensión del alfabetismo) Thompson, «Language and literacy in early hellenistic Egypt»; (sobre la economía) Gara, «Limiti strutturali dell'economia monetaria nell'Egitto tardo-tolemaico»; un interesante enfoque de la producción se encuentra en: Chouliara-Raios, L'Abeille et le miel en Égypte d'aprés les papyrus grecs; (sobre los cultos) Perpillou-Thomas, Fétes d'Égypte ptolémaique et romaine; D. J. Crawford, «Ptolemy, Ptah and Apis in hellenistic Memphis»; (sobre Zenón y su obra) Clarysse, «Philadelphia and the Memphites in the Zenon archive»; Orrieux, Les Papyrus de Zénon y Zénon de Caunos.

7. LITERATURA E IDENTIDAD SOCIAL

Véanse primero los trabajos listados bajo «Obras generales» y en la sección 1 (a-b). Consúltense después las obras citadas en las notas a los capítulos 1 y 7.

Para análisis adicionales véanse: (sobre el contexto social) Engberg-Pedersen, «The relationship between intelectual and political centres»; Thomas, Literacy and Orality; (sobre aspectos literarios) Gelzer, «Transformations» y Parsons, «Identities in diversity», con Henrichs, «Response» a ambos; Handley, «Comedy»; Holzberg, The Ancient Novel: An Introduction; Hutchinson, Hellenistic Poetry; (sobre la erudición) Pfeiffer, History of Classical Scholarship: From the Beginnings to the End ofthe Hellenistic Age; (sobre la recepción) Hornblower, «The fourth-century and hellenistic reception of Thucydides»; (sobre contexto cortesano) Weber, Dichtung und hofische Gesells-chaft y «Herrscher, Hof, und Dichter».

No he visto todavía Gutzwiller, Poetic Garlands: Hellenistic Epigrams in Context. Canfora, The Vanished Library (La biblioteca scomparsa; La Véritable Histoire de la bibliothéque d'Alexandrie) no es fiable.

8. EL IMPERIO SELÉUCIDA Y PÉRGAMO

a) Obras generales

Las guerras sirias y otras obras de Apiano proporcionan una narración parcial centrada en las guerras. Una narración moderna la proporciona Will, Histoire politique, y los capítulos de la CAH2 vii. 1 y viii consignados bajo «Obras generales» (pp. 429-431 arriba). El enfoque más radical de las instituciones seléucidas pertenece a Sherwin-White y Kuhrt, Samarkhand to Sardis. Sobre los Atálidas, las obras

principales en inglés son E. V Hansen, Attalids, y Alien, Attalid Kingdom, ambos amenos. Buenas ilustraciones en Colledge, «The Seleucid kingdom» y Sherwin-White, «Asia Minor». Kuhrt, Ancient Near East, y Hornblower, «Persia» dan el contexto hasta 330 a. C. Consúltense también las obras citadas en las notas al capítulo 7.

Para más detalles véase Bickerman, «The Seleucid period» y otros capítulos en Yarshater, ed., The Cambridge History oflran, iii. Bikerman (sic), Institutions des Séleucides y Rostovtzeff, SEHHWi, pp. 422-551 (administración seléucida), pp. 553-566 (Pérgamo) y pp. 566-602 (resto de Asia Menor), sigue siendo importante y presenta una impresionante gama de detalles. Bevan, House of Seleucus, es riguroso, aunque más anticuado; igualmente Bouché-Leclercq, Histoire des Séleucides.

Para obras más especializadas véase (sobre el legado aqueménida) Briant, «Des Achéménides aux rois hellénistiques», L'Asie céntrale y «The Seleucid kingdom, the Achaemenid empire and the history of the Near East in the first millennium BC»; Wolski, «Les Séleucides et l'héritage d'Alexandre le Grand en Irán»; (sobre la tierra y la economía) Briant, «Villages et communautés villageoises», «Colonisation hellénis-tique et populations indigénes» y «Colonisation hellénistique et populations indigénes, II», y «Remarques sur "laoi" et esclaves ruraux»; (sobre los templos) Isager, «Kings and gods in the Seleucid empire»; Baroni, «I terreni e i privilegi del tempio di Zeus a Baitokaike»; Virgilio, «I kátochoi del tempio di Zeus a Baitokaike» y «Strutture tem-plari e potere político»; (sobre Asia Menor) Hannestad, «"This contributes in no small way to one's reputation": the Bithynian kings and Greck culture»; (sobre los Atálidas) Hopp, Untersuchungen zur Geschichte der letzten Attaliden; Virgilio, «Strabone e la storia di Pergamo e degli Attalidi»; (sobre el Levante) Grainger, Hellenistic Phoenicia; Roueché y Sherwin-White, «Some aspects of the Seleucid empire: the Greek inscrip-tions from Failaka in the Arabian gulf»; Salles, «The Arab-Persian gulf under the Se-leucids»; (sobre Mesopotamia) Invernizzi, «Seleucia on the Tigris»; Kuhrt, «The Seleucid kings and Babylonia»; van der Spek, «The Babylonian city»; (sobre Bac-triana) Rostovtzeff, SEHHWi. pp. 542-551; Tarn, Greeks in Bactria and India1; Holt, Alexander the Great and Bactria y Thundering Zeus (esta última no la he visto todavía); Rapin, «Greeks in Afghanistan: Ai Khanoum»; (sobre la India) Woodcock, «The Indian Greeks» y The Greeks in India.

b) La helenización

Sobre cuestiones generales véase Cartledge, The Greeks; Cunliffe, Greeks, Romans and Barbarians; Hornblower, «Asia Minor» y «Hellenism, hellenization»; Momigliano, Alien Wisdom; Ostergárd, «What is national and ethnic identity?»; Randsborg, «Greek peripheries and barbarían centres». Refer next to works citado en las notas del capítulo 8 (también capítulos 2, 6 y 7) y consúltense los índices.

Para trabajos más especializados véanse S. Said, ed., 'Eá.á.t|i,o-|xós; (sobre los gála-tas/celtas) Hannestad, «Greeks and Celts»; Kaul, «The Gundestrup cauldron»; Nachtergael, Les Galates en Gréce; (sobre Asia occidental) Eddy, The King is Dead; Wiesehófer, «“Kings of kings” and “philhellén”: kingship in Arsacid Irán»; los trabajos de Colledge sobre arte; (sobre la cultura judía) Borgen, «Philo and the Jews in Alexandria»; Holladay, «Jewish responses to hellenistic culture in early Ptolemaic Egypt»; Kasher, «The civic status of Jews in Ptolemaic Egypt»; Otzen, «Crisis and religious reaction: Jewish apocalypticism»; (sobre otras relaciones) Burstein, «The hellenistic fringe: the case of Meroé», con Holt, «Response»; Podemann Sorensen, «Native reactions to foreign rule and culture in religious literature»; Skydsgaard, «The Greeks in southern Russia»; Funck, hellenismus, del que tuve conocimiento después de que este libro entrara en prensa, presenta análisis de las relaciones seléucidas con varias culturas regionales: Funck sobre la imagen de los Seléucidas fuera de su imperio; Funck y Gehrke sobre la aculturación; Hengel sobre Jerusalén; Huyse sobre la cultura griega en Irán; Koselenko et al. sobre Margiane; Olbrycht sobre los nómadas esteparios; Picikian sobre el nuevo trabajo en Bactriana; Szelényi-Graziotto sobre el culto de Babilonia; Wiesehofer sobre los primeros Seléucidas e Irán.

Véase también la sección 6 (arriba).

c) Los judíos

Algunas de los cientos de publicaciones sobre la crisis de la década de 160 están listadas en el capítulo 8, nota 119. Para las fuentes primarias, véase el texto principal y consúltense los índices.

Son buenos puntos de partida: Rajak, «Jews», con bibliografía adicional; Bickerman, Jews in the Greek Age; Davies y Finkelstein, Cambridge History of Judaism, ii; Tcherikover, Hellenistic Civilization and the Jews. Consúltense también las obras citadas en las notas al capítulo 8.

Para más detalles, véanse (aspectos generales) Schürer, History 2; (sobre las fuentes) Bar-Kochva, Pseudo-Hecataeus «On the jews»; Millar, «Hellenistic history in a near eastern perspective: the book of Daniel»; Troiani, «Per un’interpretazione della storia… nelle “Antichitá Giudaiche” di Giuseppe»; (sobre la carta de Aristea) Virgilio, ed., Studi ellenistici, 1, con los trabajos de Foraboschi, Gara, Harari, Murray (en inglés) y Troiani (todavía no he visto Feldman, Josephus’s Interpretation of the Bible); (sobre la década de 160) Bunge, «Theos Epiphanes» y «Antiochos-Helios»; (sobre las secuelas) Rajak, «Hasmonean kingship and the invention of tradition». Véanse también las secciones 3 (c), 8 (b) (arriba).

(No he visto Bilde, Jededommen og hellenismen; S. D. Cohén, The Beginnings of Jewishness; Gruen, Heritage and Hellenism.)

9. LA COMPRENSIÓN DEL COSMOS: LA CIENCIA GRIEGA DESPUÉS DE ARISTOTELES

Un rasgo de los estudios sobre la ciencia es que, sobre cuestiones técnicas al menos, la bibliografía más antigua es con frecuencia todavía confiable. Sin embargo, el capítulo 9 trata de dar un nuevo énfasis, interpretando la ciencia en un contexto social y cultural más amplio.

Para las fuentes primarias, véanse el capítulo 9 y la sección 1 arriba (particularmente sobre Teofrasto). Una traducción adecuada de obras fragmentarias es la de Tho-mas, Greek Mathematical Works; los volúmenes Loeb relevantes de autores individuales están listados en la sección 1.

El mejor punto de partida es G. E. R. Lloyd, Greek Science after Aristotle; Neugebauer, Exact Sciences, también es bueno. Lloyd, «Hellenistic science» y «Medicine», son accesibles pero tienden a no presentar los testimonios primarios. Hay estudios más detallados en French, Ancient Natural History; Sarton, History of Science. Los puntos de partida en otros campos son Barton, Ancient Astrology; Toomer, «Astronomy» y «Mathematics»; Dilke, Greek and Roman Maps; Vallance, «Medicine», con bibliografía; Finley, «Technical innovation and economic progress» y «Technology in the

Greco-Roman world», con Pleket, «Technology and society». Consúltense además los trabajos citados en las notas al capítulo 9.

Para trabajos más especializados, véanse (en general) los otros libros de Lloyd listados en la Bibliografía; Fraser, Ptolemaic Alexandria, sobre la ciencia alejandrina; (sobre astronomía y astrología) Konstan, «Conventional valúes of the hellenistic Greeks: the evidence from astrology»; Dicks, Early Greek Astronomy to Aristotle; Neugebauer «The early history of the astrolabe»; J. D. North, The Fontana History of Astronomy and Cosmology; Weinberg, «The Antikythera shipwreck reconsidered»; (sobre geografía) Brodersen, Pomponius Mela, texto y trad. alemana; Peretti, // periplo di Scilace; Romer, Pomponius Mela's Description ofthe World, introducción y trad.; (sobre geología) Caley y Richards, Theophrastus on Stones; Eichholz, Theophrastus: De Lapidibus; (sobre matemáticas) W. H. S. Jones y T. L. Heath, «Hellenistic science and mathematics»; (sobre medicina) Dean-Jones, «The cultural construct of the female body in classical Greece science»; Dobson, «Erasistratus» y «Herophilus of Alexandria»; Longrigg, Greek Rational Medicine; von Staden, Herophilus; (sobre la tecnología) Oleson, Greek and Roman Meckanical Water-lifting Devices; White, «The base mechanic arts?», con Scarborough, «Response»; (sobre la medición del tiempo) Field, «Some Roman and Byzantine portable sundials and the London sundial-calendar»; Gibbs, Greek and Roman Sundials; M. T. Wright, «Rational and irrational reconstruction: the London sun-dial and the early history of geared mechanisms»; R. M. Wright, Cosmology in Antiquity; (sobre la guerra)

Connolly, «Hellenistic warfare», con ilustraciones; Garlan, War in the Ancient World: A Social History, también «Warfare», referido al siglo IV; McNicoll, Hellenistic Fortifications from the Aegean to the Euphrates; Marsden, Greek and Roman Artillery. Historical Developments and Technical Treatises; Ober, «Towards a typology of Greek artillery towers»; Winter, «Phílon of Byzantium». Farrington, Greek Science, ha quedado anticuado.

10. ROMA Y GRECIA

Sobre las guerras de los romanos, las fuentes principales son Livio y Polibio; véase además el capítulo 10. Algunos estudios clave del imperialismo romano están listados en el capítulo 10, n. 1. Para una presentación introductoria, véase M. Crawford, The Roman Republic; Will, Histoire politique; sobre el carácter del estado romano en el siglo III, véase Cornell, Beginnings of Rome. Consúltense también los trabajos citados en las notas.

Para enfoques más especializados, véanse Fuks, «The Bellum Achaicum and its social aspect»; Grimal [et al.], Hellenism and the Rise ofRome; Harris, ed., The Impe-rialism of Mid-republican Rome; Holleaux, Études d’épigraphie etd’histoire grecques, iv; Kallet-Marx, Hegemony to Empire; Orsi, L’alleanza acheo-macedone; Rostovtzeff, SEHHW ii. pp. 603-1025; Walbank, «Polybius and Rome’s eastern policy»; también (sobre la romanización de Grecia) varias obras de Alcock listado en la Bibliografía, también aquellos estudios en Hoff y Rotroff, eds., Romanization of Athens, que no estén citados en las notas: Geagan sobre la élite ateniense; Kroll sobre la moneda; Lamberton sobre Plutarco; Rotroff sobre los cambios de la cerámica; Spawforth sobre el culto imperial; Walker sobre Atenas augusta; E. L. Will sobre el comercio de ánforas; (sobre la Atenas romana) Willers, «The redesigning of Athens under Hadrian»; (sobre las consideraciones generales de la romanización en el oriente) Woolf, «Beco-ming Roman, staying Greek». Sobre la conquista romana de una región, véase de Souza, «Late hellenistic Crete».

Notas